TENOCHTITLAN

La última batalla de los aztecas

JOSÉ LEÓN SÁNCHEZ

Presentación de Gabriel García Márquez

Premio Nobel de Literatura

TENOCHTITLAN

La última batalla de los aztecas

José León Sánchez

Copyright © 2021 José León Sánchez

Todos los derechos reservados

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de otro modo, sin el permiso expreso por escrito del autor.

ISBN-13: 9781234567890
ISBN-10: 1477123456

TENOCHTITLAN
(Tlacchitonatiuh)

A LA GLORIA DE LOS VENCIDOS

Sol de la tierra...
Esmeralda dormida en mitad de una laguna.
El lugar de los juncos acuáticos.
Un lugar en el agua.
El lugar donde las flores abren sus pétalos a la luz...

Pero...

¿Qué importa hoy la verdadera traducción?

Fue la gran ciudad de México Tenochtitlan, en el año 1519, en donde ya no quedaba un solo grano de maíz, los árboles fueron despojados de sus raíces y obtener así alimento, para continuar luchando por su libertad y la supervivencia de sus dioses hasta que el último de sus doscientos mil fuegos quedara extinguido.

A ellos,
LOS INMORTALES DE TENOCHTITLAN,
he querido dedicar esta novela.

A
Doña Eulalia Guzmán,
Don Miguel León Portilla,
Don Juan Rulfo y
Don Octavio Paz.
¡Muchas gracias, maestros!

Se realizará entonces el agüero que significa que nadie en el mundo podrá destruir jamás ni borrar la gloria, la honra y la fama de México Tenochtitlan.

Canto anónimo en 1281, durante la fundación de Colhuacan, recogido por Chimalpahin Cuauhtlehuanitzin, en el año 1620.

Contents

Title Page
Copyright
Dedication
Epigraph
TESTIMONIOS
Prologo
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX
XXI
XXII
XXIII
XXIV
XXV
XXVI
XXVII
XXVIII
XXIX
About The Author

TESTIMONIOS

Tenochtitlan basada en los testimonios de:

Bartola, Señora de Ixtapalapa, hija del Señor Cuitláhuac. Única mujer cronista del drama de Tenochtitlan.
Don Fernando de Alva Ixtlixóchitl, nieto del Capitán de Texcoco, Ixtlixóchitl. Don Alonso de Axayácatl, hijo del Señor Cuitláhuac, quien viviera el sitio a Tenochtitlan.
Don Lucas Calantla, don Antonio de Calmecua, don Martín de Coyolxhiyohqui, don Jacobo de Tlaltenzin, testigos de Tenochtitlan.
Códice de Aperreamiento. Proceso contra Pedro de Alvarado, acusado, junto con Hernán Cortés, de genocidio.
Don Alonso de Chichincuatzin, cronista de Texcoco.
Informantes Anónimos del Códice Florentino.
Lienzo de Tlaxcala.
Don Tadeo Niza de Santamaría.
Tezozómoc, nieto del señor Cuitláhuac.
Don Miguel Tlachpanquitzcatzin.
Don Toribio de Tolinpanecatl.
Don Francisco Ximénez.

Prologo

Gabriel García Márquez
Premio Nobel de Literatura

Un gran número de textos se ha escrito acerca del drama y la destrucción que provocó la caída de Tenochtitlan en 1521. Pero todos se han escrito para cantar el triunfo guerrero del conquistador o para glosar los recuerdos de quienes ganaron la guerra, José León Sánchez, por tanto, ha novelizado la versión de los vencidos. Ha querido dar el testimonio fiel de lo que verdaderamente sucedió durante el sitio a la capital de los aztecas. Su novela hace protagonista al héroe anónimo que resistió con valor ejemplar el asedio sin tregua. Su novela da cuenta de lo que en verdad sucedía cuando ya no había grano de maíz que repartir o un cuenco con agua para racionar.

Tenochtitlan fue concebida para perpetuar la llama rutilante de doscientos mil fuegos apagados en la gran ciudad vencida; glosa en sus páginas con tino inspirado, el momento épico por antonomasia y brinda al lector un fresco histórico ejemplar por su belleza.

La intriga y la ambición astutas de la Conquista, por un lado, y la desesperación y arrojo angustiados, por otro, se amalgaman en un torbellino de pasión guerrera que se lleva por delante almas, voluntades, destinos. El sino en una encrucijada en la historia barajó descomunales cartas sobre el escándalo del golpetear de cascos de caballos, el silbido casi sordo de nubes de flechas y el asombro de aguas que precipitaron sus torrentes. Ecos de gritos, maldiciones y agonías marcaron un horizonte de terror; mujeres que continuaron el macabro ejército de la derrota. Ya no había hombres que las acompañaran.

José León Sánchez ha escrito la novela sobre la última batalla de los aztecas. Hecho que partió la historia irremisiblemente y nada volvió a ser igual en el mundo.

I

El señor sacerdote de Cara Negra posó la mano sobre mi cabeza y dijo:

—Serás Amoxua y, un día, señor de Cara Negra.

Eso me dijo el señor sacerdote cuando yo cumplía doce años y ya había pasado más de tres en la Casa de los Estudios del Templo, sirviendo a nuestro señor Quetzalcóatl. Mi señor padre, Murmullo del Viento, se quedó mirando, durante un tiempo que me pareció eterno, el centro de mis ojos y agregó:

—Serás predilecto del señor de Cara Negra y nada se te ha de ocultar entre las orillas del tiempo. Serás sabio como el puente que viene con el chorro de agua de Chapultepec, y podrás encontrar la sabiduría que se esconde en cada una de las piedras del camino, desde aquí hasta la nación de Tlaxcala y desde la nación de Tlaxcala hasta la tierra de la fruta, donde el mar se hace enorme al juntarse con el cielo y donde habitan los totonacas.

Ese día, esa tarde, esa noche, mi madre estuvo siempre a mi lado como si supiera ya lo que sabría y es que mi padre, el Tequitlato de la Casa de los Sabios, iría al día siguiente a dirigir la danza contra un pueblo de los tarascos y nunca más habría de volver. Y digo que sabía lo que sabría, porque a la otra mañana, cuando las garzas iniciaron su juego por entre las redes de los pescadores en la gran laguna de Tenochtitlan, ya tenía el rostro y las manos y la cabeza llena de ceniza, como lo hacían siempre las mujeres cuando los hombres se iban para la guerra y había peligro de que no regresaran. Y así fue. Mi señor padre nunca más regresó de las guerras contra los vecinos de Michoacán, y mi madre se pasó muchos años con la cabeza rapada y las manos y los ojos y el vestido lleno de ceniza, como la mujer cuyo esposo nunca volvió.

Después, ingresé en el Tepuchcalli para aprender la historia de los Amoxuas y la sabiduría de los Tequitlatos, quienes sabían leer la historia del tiempo en los libros de colores. La historia de los nudos de color amarillo. La historia de los nudos de color azul y blanco y rojo,

donde los sabios escribían las cosas que habían pasado desde el tiempo de nuestro señor Moctezuma, nuestro señor Tizoc, nuestro señor Nezahualcóyotl.

Hasta que llegó el día en que mi madre se quitó la ceniza de las manos, de los ojos, de la cara y se adornó con un vestido de mariposas blancas y rojas, rojas y verdes, verdes y azules. Nos preparamos para la gran fiesta de la Madre de las Cosechas, porque mi hermana, Ala de Mariposa, completaba el tiempo para el cual había nacido en su destino: ser nuestra madrecita Esperanza, nuestra madrecita Lucero, y dedicar su sangre al dios de la Pierna de Palo, nuestro señor en el Templo Mayor.

Nuestra casa se llenó de visitantes. La gente llegaba para pedirle cosas a mi hermana y a reír con ella. Ala de Mariposa no cabía en sí de la gran alegría que sentía dentro del pecho. —Mañana seré parte del Dios —decía y repetía hasta que sus ojos tan alegres y tan lindos se le empañaban de lágrimas.

Esa noche, anterior a la otra en que mi hermana partiría para siempre hacia la Región de las Luces, hicimos oración para recordar a mi padre que tuvo la sabiduría de escoger a mi hermana y ofrecerla al templo como alimento para el señor de Cara Negra, el señor de la Pierna de Palo, el que todo lo sabe, el que hace caminar al mundo, el que recibió el cielo y la tierra alrededor del gran lago para que la gente le adorara. Fue la primera gran dicha de mi vida.

La fiesta se quedó grabada entre mis nudos de colores y la forma en que despedimos a nuestra hermana hizo que mi madre llorara de eterna alegría hasta el último día de su vida. Primero, mi hermana fue conducida en una caravana de flores hasta el Templo Mayor. Recuerdo que llevaba un vestido hecho de papel blanco estampado con mariposas azules. Y todas las niñas que iban con ella también tenían vestidos de papel con mariposas de colores, como aquellas que cazábamos de niños, entre los tulares del lago. Antes de la ceremonia, se inició la danza. Mi madre, en calidad de señora madre de una Mariposa Azul, empezó la danza.

Los muchachos del camino vecino al nuestro organizaron un coro de sopladores de campanas de barro rojo; frente a ellos estaba un coro de niñas, llamadas también campanitas azules. Ambos grupos formaban una y otra línea hasta integrar todas las del arco iris. Los hombres soplaban las campanitas que pendían, a la altura de sus ojos, de unos mecates rojos. Y cada vez que un muchacho soplaba, la campanita se mecía y hacía plin, plin, plan... En el centro, mi

hermana, Ala de Mariposa, inició la danza que tantas veces había ensayado.

La gente, vecinos que habían venido desde los diferentes barrios de Tenochtitlan y de Tlatelolco, se apiñaba con grande orden para ver lo que estaba pasando. Arriba, en la última grada del Templo Mayor, los sacerdotes hieráticos, con sus trajes negros y sus cuchillos, de obsidiana, esperaban.

Ala de Mariposa inició la Danza de la Semilla, y las muchachas del coro empezaron a alegrar la tarde. Formaban las filas del arco iris. La primera fila murmuraba como campanita. La segunda, silbaba como las aves misteriosas que venían al mercado desde las tierras de la fruta y el viento. La otra fila volvía a gemir como una campanita. En verdad que fue algo muy hermoso de ver y la gente gozaba en su gran silencio.

Ala de Mariposa comenzó a contar la historia de la semilla, y fue creciendo en su danza como crece el verolís. Fue bella como cuando revienta la flor. Y bailó muy de verdad hermosa cuando estaba representando el fruto de la planta. Después, un grupo de muchachos lanzó chorros de agua sobre ella. Las flores y las mariposas azules de su vestido se fueron destiñendo, y el traje blanco de papel se llenó de manchas azules. Mi hermana seguía el baile. Al recibir más agua, el traje de papel se rompió hasta no quedar más que el cuerpo hermoso, desnudo, que ella tenía. Y así, desnuda, siguió danzando hasta que se inclinó sobre la tierra y besó a la Madre Tierra Húmeda.

Fue solo un minuto, ya que al momento se presentó el sacerdote guía y la invitó a subir al Templo, donde los señores Cinco Sacrificadores la estaban esperando para que tuviera la enorme alegría de ofrecer su corazón de virgen al dios de los dioses y al dios de la Lluvia y a la diosa de la Cosecha, como había sido desde siempre en nuestro pueblo...Tenochtitlan.

Tenochtitlan, el lugar donde los lirios de la laguna abren sus pétalos a la luz.

La ofrenda de mi hermana, Ala de Mariposa, está grabada en mi memoria como si fuera la más hermosa página del libro de la Sabiduría, de los Poemas Verdes en la Casa del Saber de Texcoco. Y fue el último regocijo de mi madre, que vivió de los grandes recuerdos desde entonces y para siempre. El primer recuerdo fue de nuestro padre, capturado por los enemigos de Tenochtitlan e invitado a ofrecer su corazón al dios del lago. La hermosa ofrenda del pequeño

corazón que una tarde de sol regaló mi señora hermana, Ala de Mariposa.

Tiempo después recibí en la Escuela de los Mayores el permiso para ejercer mi oficio. Para entonces ya había encanecido mi cabeza. Mis ojos estaban turbios por el tiempo. Pero también es cierto que en ese tiempo ya nada necesitaba ver con mis ojos, puesto que, como lo auguró mi señor padre, ya todo lo conocía.

Para el tiempo de lo que sucedería y que había sucedido ya en mis libros de sabiduría, mi nombre era conocido como sabio entre los sabios de Tenochtitlan, de Texcoco, de Tlatelolco, de Cholula. El señor Tlatoani y su Consejo de los Treinta Señores me consultaban sobre muchas cosas.

Sabía el destino de la calzada de Cuepopa, el lugar donde se abrían las flores, el noreste, el sino de la calzada de Moyotlan, el lugar de los mosquitos, al suroeste, en donde miles de niños, de hombres y de mujeres vivían pescando huevecillos de moscos, la calzada del sureste, Teopan, donde estaba el lugar del Dios y se levantaba el gran recinto del Templo Mayor; y también la calzada del noroeste Aztacalco, el lugar de la casa de las garzas...

Y ahora que todo sucedió como los libros decían que tenía que suceder, ahora que la gran ciudad de México, Tenochtitlan, ya no existe; ahora que a nosotros, los habitantes de esta gran ciudad, se nos cuenta como la piedra de un camino; ahora me hago la misma pregunta que otros suelen hacerme:

—...¿Y fue hermoso el comenzar de la historia?

Era una mañana dorada como una tortilla sobre el comal. El tular florecido, mansamente abanicado por el viento que corría por todos los caminos del lago de Texcoco. Era un viento tenue de los que casi se adivinan y en el que la gente de esta ciudad se inspiraba para inscribir el nombre de sus hijas, de sus hijos, de sus nietos y de las cosas. Y desde donde yo estaba sentía el chasquido de un remo que movía el agua. Solamente escuchaba el eco de un remo. Era una pequeña canoa que se abría paso por entre los miles de flores del tular. Entonces vi a la mujer que la conducía. No era distinta de las mujeres que cada hora, cada día —aunque no fuera día de mercado— venían por miles y miles en sus canoas, desde todas las orillas del lago, hasta la ciudad de Tenochtitlan. Como ella estaba ante mi vista, la miré cómo cortaba flores y las iba lanzando al fondo de la canoa, donde ya tenía cientos de ellas y de todos los colores. Y allá, muy

lejos, se miraba la calzada de Ixtapalapa, la grande, la hermosa, la que se adentraba en la ciudad desde diez millas de distancia; allá en la tierra de la firmeza, donde empieza el camino de los volcanes.

Después, seguí con la mirada el rumbo que tomó la mujer y divisé miles de canoas más. Todas conducidas por mujeres algunas de ellas casi niñas, otras viejas. Y todas las canoas estaban llenas de flores. Entonces calculé que jamás en mi vida había visto tantos millones de flores juntas.

Y todas esas canoas enguirnaldadas, dirigidas por las mujeres, llegaban a un mismo lugar. Desde la azotea de mi casa pude apreciar cómo se varaban junto a la calzada de Ixtapalapa y la cubrían de flores. Fue un nunca visto y hermoso espectáculo en la gran calzada de Ixtapalapa, toda enflorada en sus diez kilómetros de longitud.

Mi vista se separó un instante de las canoas, de las mujeres y de sus cargas de flores, y la posé en los campos floridos de los magueyes... y en nuestro Padre Horizonte, donde se enmarcaba un volcán cubierto de nieve, lanzando humo esa mañana... Y más allá de allá, el lago de Texcoco, dividido por el gran dique que impedía a sus aguas salobres juntarse con las dulces de nuestra hermana laguna de Tenochtitlan.

Y así como después se marcarían en rojo los nombres de los invasores en el rostro de nuestros guerreros, en el hombro de nuestras vírgenes, en la pantorrilla de nuestros niños para convertirlos en esclavos; así, en un rojo vivo, vi aparecer unas letras sobre el azul del lago que decían:

Ehecatl Quechollt

Y escuché un grito de mujer, también con palabras en rojo, que las repetía.

Esa mañana fue el día 8 de noviembre de 1519, en el habla de los visitantes, llamados por otros, mensajeros de nuestro señor Quetzalcóatl, hijos de los dioses y dioses ellos mismos. Volví la mirada hacia la gran ciudad de Tenochtitlan, tan reunida por los siglos, tan hermosa... y lloré. Era nuestro último día de libertad. Porque esa fue la voluntad de nuestros dioses.

Desde ese momento, la cuenta del tiempo caminó por otro lugar, como si de repente los pájaros empezaran a volar por debajo de la tierra.

Nunca nadie había visto la gran calzada de Ixtapalapa tan llena de cosas bellas en toda su extensión, desde que nacía en la orilla de la ciudad y cruzaba la Puerta del Águila, la Puerta de la Rana, y la Puerta del Jaguar, en el mismo corazón de nuestro Templo. Un viento muy lindo agitaba las ramas de todos los árboles, llenas de frutas y de flores. Y desde un árbol hasta otro, por miles de miles, colgaban cordones con florescencias de papel. La señora de la Casa de las Niñas se había preocupado porque se calcaran, en papel de colores, todas las flores de la tierra habitada por los mexicas; y toda ella estaba alfombrada, esterada, llenita de rosas y de flores del tular.

En el centro mismo de los brotes que se extendían hasta perderse de vista, allá sobre el horizonte del camino, en mitad del agua, se escuchó de repente una flauta. Al sonido de la flauta le siguió un sordo tañido de tambor como el de las celebraciones. Luego, el silencio, y tras el silencio, un soplo de neblina −que danzaba a veces sobre la laguna− lo fue cubriendo todo y no se miró ya la calzada de Ixtapalapa.

Cuando la neblina pasó, allá estábamos todos los mexicas. Los habitantes por su orden: las mujeres y los niños, las muchachas guerreras, los muchachos guerreros. Todos estábamos con un olor a perfume que empezaba a percibirse con los rayos del sol. Un perfume de rosas y tulares que ascendía hasta quedársenos en mitad de las manos. Ahí estábamos todos los habitantes de Tenochtitlan en toda la orilla de la gran calzada, desde el principio hasta el fin; juntitos los pies, cabeza frente a cabeza, hombro con hombro. Allí estábamos, con nuestro corazón como las flores, esperando. Ahí teníamos los pies, algunos descalzos y otros con huaraches. Muchos de nosotros con los mejores vestidos, y todos con un ramo floreciente en nuestras manos. Detrás de nosotros, sobre el azul ya purísimo de la laguna, flotaban las chinampas.

No sé lo que dirá la otra historia. La que empezaron a contar los que llegaron hasta nuestra ciudad en mitad de los rayos del sol de la mañana. Creo que ellos escribieron lo primero que vieron. Lo primero que apuntaron en sus libros fue nuestro rostro. Sus ojos se quedaron en nuestros ojos. Y así fue, ya que así siempre empieza la historia.

Ellos vieron nuestros rostros. Rostros de niñas, de niños, de mujeres, de doncellas, de viejitos, de viejitas, de soldados, y también los ojos de los Caballeros Águila, de los Caballeros Coyote, de los Caballeros Jaguar... Y de seguro escucharon cómo el señor del Caracol, allá lejos, en la entrada de la ciudad, empezó a sonar y a soplar con fuerza para dar las segundas horas del día. El caracol sonó, cantó. Luego, otro caracol siguió sonando, tocado por el ayudante del señor del Caracol, hasta que terminó en una última nota sostenida por el eco de nuestro aliento.

Volví a mirar el lugar de nuestro padre el Sol y me di cuenta de que ya iba entrando en la mitad del cielo, que ya se adelantaba el día final de nosotros, los aztecas.

Cuando se oyó el grito de otro caracol, todos los que estábamos en la línea, en ambos lados de la calzada, volvimos los ojos hacia los volcanes. Allá lejos se divisaba un personaje que ingresó de primero en la calzada. Fue el primero en pisar las flores. Fue el inicial en hollar la gran estera florida. Venía gritando y moviendo una bandera de extraños colores; luego sabríamos que era el estandarte del llamado señor hijo de los dioses, que en ese momento llegaba desde Castilla y Aragón, nombres extraños de tierras muy lejanas, más allá de donde empiezan las tierras de la fruta, la miel, el algodón y las plumas del quetzal. El portador de la bandera, guerrero de Tlaxcala, gritaba en nuestro mejor idioma:

—Habitantes de Tenochtitlan, guerreras y guerreros, señores del Templo, señores de la Guerra, hijas e hijos de los señores de la Guerra, habitantes de esta laguna y de todas las lagunas; hay que tener alegría, deben tener alegría. Es la hora del asombro porque ingresa en esta gran ciudad de Tenochtitlan el invencible ejército del gran capitán don Hernán Cortés, y les visita en el nombre del gran señor don Carlos y su señora madre, doña Juana, grandes señores del mundo. Señores y señoras guerreras y guerreros, hijos del Sol; cualquiera que osare atravesarse en el camino de este ejército, será de inmediato cortado por la mitad del cuerpo.

En el rostro de los miles y miles que estábamos alineados en la orilla de la calzada, se quedó el asombro por esas palabras. Estábamos acostumbrados a que al ingresar los visitantes en nuestra gran ciudad se pronunciaran palabras de miel; y he aquí que este guerrero de Tlaxcala, de nuestros enemigos ya viejos, ya tenía la lengua de los recién llegados para augurarnos el mal. Nada de cantos. Nada de danzas. Nada de flores.

Todo pasó como lo había leído en los libros sagrados de los tiempos. El corazón se me hizo así de grande, como cuando el puño está lleno, hasta el borde, de chile rojo. Fue como lo escribió nuestro señor Nezahualcóyotl, en el año Ce Acatl nosotros los aztecas perderíamos la libertad.

No puedo decir qué vino después. Fue extraño. Se escuchó un sonido bonito. Era una marcha. La primera de las marchas de Castilla que escucharíamos. Empezó allá de lejos y poco a poco se fue acercando hasta incrustarse en cada uno de nuestros oídos y nuestros ojos. Era el llamado invencible ejército de los hijos del Sol, que daba sus primeros pasos en la inmensa estera de flores.

Cerca de donde yo estaba, un guerrero Águila oía con desagrado las palabras fanfarronas del guerrero de Tlaxcala, el primero que entraba a nuestra ciudad como hombre libre, después de cien años. Era el rostro del señor de Tlatelolco, el joven Cuauhtémoc. Había incertidumbre en la chispa de sus ojos.

Todos los rostros estaban llenos de alegría, de incertidumbre, de asombro. Era lógico, pues ante nuestros ojos empezaron a desfilar los hijos del Sol, los dioses blancos. Y ya escuchábamos y ya conocíamos el eco del galopar de los caballos, enormes, como venados grandes. Caballos y caballeros pasaron lanza en ristre, hombro con hombro, ocupando en línea de a ocho todo el grosor de la calzada.

Luego miramos y escuchamos el jadeo de una traílla de grandes perros, con pintas blancas y negras, que jadeaban y lanzaban espuma, tratando de soltarse de sus conductores que eran soldados portadores de venablos al hombro. Querían lanzarse sobre nosotros, eran parte del gran ejército invencible de Hernán Cortés, y nos miraban así de raro, porque los soldados solían alimentarlos con la carne de los guerreros cautivos que ellos tomaban en combates. Aullaban y asustaban a los niños que se asían a las enaguas de sus madres.

Y vi cómo los guerreros blancos, hijos del Sol, no ponían cuidado de la alfombra que nosotros habíamos tendido para que ellos pasaran. Solo tenían ojos para las tetas de las mujeres. Miraban solamente el pecho de las miles y miles de doncellas guerreras que, coronadas de flores y con las tetas libres, formaban fila hombro con hombro. Miraban el descubierto pecho de miles de doncellas como si sus ojos no fueran los ojos de los hijos de un Dios.

Ante nuestros ojos pasaban los caballos sudorosos, llenos de espuma los hocicos; el día estaba casi a punto de su ocaso. Y todo eso

acompañado por el ruido de las armaduras de los soldados que iban pasando, que ya pasaron ante nuestros ojos, alineados corno el viento en la orilla de la calzada.

El sonido de una sola trompeta interrumpió nuestro asombro. Todos volvimos los ojos para ver a un solo hombre que ingresaba de último en Tenochtitlan. Un mozo, de espalda desnuda, guiaba las riendas del caballo. Mis ojos se posaron en los cascos del caballo que ya pasaba ante mí. Detrás del caballo solo quedó el resto sucio de los millones de flores destrozadas. Y seguimos mirando a Hernán Cortés cómo marchaba detrás de su ejército rumbo al Fuerte de Xólotl, donde los señores de Tenochtitlan, Texcoco y Tlacopan lo estaban esperando.

Frente a él habían pasado, para gloria de su gloria, y para pena nuestra, miles de guerreros del pueblo de Tlaxcala. Ellos también irrumpieron en nuestra ciudad como triunfadores, no como invitados. Y fue tan de sorpresa su entrada, que ni siquiera tuvimos tiempo para organizarnos y lanzarles flores amarillas a su paso.

Se puede afirmar y escribir en la historia que el ejército de la gran ciudad de Tlaxcala, de la invencible ciudad de Tlaxcala, ingresó en nuestra ciudad, y sobre el eco de sus pasos llegó Hernán Cortés, el hijo del Sol, en nombre de los reyes de Castilla y Aragón. Y también, que llegó de último para ocupar el lugar del perro en la ya antigua historia de nuestra bella ciudad de México Tenochtitlan.

◆◆◆

II

Así nació la historia en la orilla del mar. Una orilla de mar mil veces más grande que todos los pueblos de las riberas del lago de Texcoco.

Sucedió en el mar que baña las tierras de la fruta, el algodón, y donde vive la gente totonaca. Les dicen totonacas por decir algo de ellos, pero no porque sean gente tonta. En una ensenada estaban ellos. Hojas Verdes no tenía ganas de ir a pescar esa mañana, pero Piedra Pequeña le había dicho:

—¡Vamos, mi tata! ¡Vamos! Regresaremos con la suerte.

En una pequeña ensenada, Piedra Pequeña se entretenía lanzando bolas de algodón contra la mansa fuga de las olas, ya pequeñas, que morían y morían. Hojas Verdes, que no estaba muy entretenido en el juego de Piedra Pequeña, escuchó la voz de su hijo:

—¡Ya vienen, tata, ya vienen!

Hojas Verdes miró hacia donde le señalaba la mano de su hijo. Y en verdad, venía el primer tlacamichin. Se le podía ver aproximarse con una enorme presa entre sus fauces, un pescado de color de rosa que se debatía entre el hocico del pez. Hojas Verdes sonrió. Por algo era el primer domador de tlacamichines reconocido en todas las orillas del mar donde se dan las frutas y el algodón y el cacao y el tabaco.

El tlacamichin se allegó hasta donde estaban padre e hijo, soltó la presa y regresó. El niño había dejado abiertas las puertas de cañuelas por donde ingresó el tlacamichin con su presa. La espera no se hizo tardía. Apareció un nuevo pez y otro y otros, hasta contar siete juntos.

—Hoy vamos a hacer dos rayas, padre, dos rayas.

En un momento ya estaba la red llena de pescados rojos y rosados, a los que Hojas Verdes les propinó porrazos sobre las cabezas para aquietarlos. Una vez terminada la pesca, guio a sus tlacamichines a un apartado de la ensenada y rieron juntos. Al día siguiente sería día de mercado en el pueblo y tendrían carne de pescado para el trueque, además de la que Hojas Verdes destinaba al tributo para la ciudad.

Los tlacamichines se quedaron devorando las tripas de los peces. En ese instante, Hojas Verdes lanzó su vista hacia el mar. Estaba acostumbrado a las cosas del mar, pero le pareció que ahora la mirada le estaba turbando. Quizás era la vejez, como le dijo una tarde su mujer, Río Sereno. Miró de nuevo la lejanía y notó que algo raro se encontraba allá... a lo lejos, sobre la última naciente de las olas... Se frotó los ojos con la mano derecha y volvió a ver al niño, como preguntándole con la mirada si observaba lo mismo que él. A lo lejos se apreciaba como pedazos de islas que flotaban sobre el río de las Mariposas en Tlacotalpan.

—¿Qué es, tata? ¿Qué es?

Ante la pregunta, un poco angustiada del niño, Hojas Verdes solamente atinó a responder:

—¡Calli, calli!

—¿Una casa en el mar? Tata, el mar no tiene casas…

—Pero esta vez sí, mi hijito. Es una casa que viene flotando sobre el mar.

Y como un eco de su voz, Piedra Pequeña repitió:

—¡Cierto... es una casa en el mar! —Y agregó de inmediato—, ¡Tata, en el mar no existen casas tan grandes!

El padre le iba a responder, pero cambió de pensamiento. Tomó a Piedra Pequeña de la mano y fueron a ocultarse detrás de unos árboles de cacao.

Al partirse la mañana en dos, allá en las tierras del calor, en la tierra de las flores, de las frutas, del cacao; dos pescadores vieron el primer barco, el primer bergantín en el que arribaron los hijos de los dioses a tierra totonaca.

Desde la nave, dos soldados descendieron en un bote más grande que nuestras canoas, que habían bajado atado a una cuerda amarilla.

Luego, desde arriba de la embarcación, dos soldados empezaron a deslizar barricas sobre la panza del bote. A los anteriores se agregaron tres hombres más, hasta hacer el número de una raya. Tres de ellos portaban armas, después nos enteramos de que se llamaban ballestas, y los restantes llevaban arcabuces, los terribles palos del trueno y del humo. Se escuchó la voz de uno de ellos, que parecía tener mando.

—Esta vez sí vamos a encontrar agua... la orilla parece fresca, con vegetación y flores.

—Seguro, seguro —le respondió con ansia otra voz. Mientras los cinco marineros se acercaban a tierra, otros hombres se quedaron a bordo. El bergantín empezó a mecerse ante el embate de las olas. Los marinos llegaron a un arroyuelo, llenaron sus barricas con agua y regresaron. Volvieron, retornaron una vez más, hasta llevar mucha agua hasta el navío. Hojas Verdes y Piedra Pequeña, cerca de ellos, lo miraban todo. En particular Hojas Verdes, quien entendía que ahí ocurría algo que el gran señor de la Costa debía saber. Ya no se acordaba de la red con pescados. Trataba de reunir en su mente las cosas que estaba mirando y algunas veces compartía su asombro con Piedra Pequeña, que apretaba con miedo la mano de su padre. Y es que esos hombres en verdad que daban miedo. Daban pavor con esos trajes y sombreros brillantes como el sol. Con esas sus barbas doradas, y con ese mirar cuidadoso, como esperando que alguien los atacara.

Cuando el último viaje terminó, unos hombres ayudaron a subir el bote con la misma cuerda amarilla. Hojas Verdes comprendió que no regresarían más por agua.

—Pero ¿quiénes son, padre?

—Ellos...

Tenía varias palabras para nombrar a los que brillaban con el sol: o quizá, simplemente, los buscadores de agua. Llegaron hasta un campo de maíz florecido y echaron a correr aplastando a su paso las espigas nuevas.

Teotili miraba a Hojas Verdes y no acababa de entender lo que le estaba diciendo. Había entrado hasta su palacio corriendo, casi jadeando, con su hijo a rastras. Había atravesado el pueblo como un ciclón de polvo sobre los meses del verano en los caminos. Hojas Verdes hincó una rodilla en tierra, colocó una mano sobre ella y luego la besó, con la esperanza de que Teotili le autorizara para contar su historia.

—Denle una jícara de cacao con chile... y otra al niño —ordenó Teotili.

Hojas Verdes recibió casi temblando una enorme jícara de cacao enrojecida por el chile y la bebió de un sorbo. Teotili era el gran

guerrero, amigo del señor Tlatoani de México Tenochtitlan y gobernador de todas las tierras del mar, ganadas por los señores y las señoras aztecas en las guerras de Ahuizotl. Acompañando a Teotili estaban unos Caballeros Águila, unos Caballeros Jaguar, unos Caballeros Ocelotl, unos Caballeros Coyote y también algunas hermanas de la guerra con mariposas pintadas en mitad del rostro.

Teotili estaba sentado sobre una estera tejida con plumas de colores. Junto a él, a su derecha, un muchacho joven mantenía en su mano los pinceles ya listos, que mojaba en un huacal de colores, para ir escribiendo sobre el lienzo, conforme Hojas Verdes contaba la historia.

—Vi a lo lejos las casas... una primero... otra después... y, por último, otra más. Eran muchas casas juntas que se mecían sobre las olas del mar. Eran grandes casas de madera. Dentro de ellas, hombres como nosotros, pero vestidos con piel de plata que brillaba... Eso brillaba como la plata en las noches de luna llena sobre el mar. Bajaron en una canoa, vigilaron los arbustos del cacao, miraron en la dirección del sol, probaron el agua y sonrieron. Eran los buscadores de agua.

—¿Así de grandes, como esas casas, eran sus canoas? —preguntó un señor Tequitlato. Se refería a lo que el pintor dibujaba sobre el lienzo blanco de algodón con pintura verde, rosa y roja. Hojas Verdes posó la mirada en la obra del artista, que traducía sus palabras en dibujos, y exclamó:

—Así eran las casas de los buscadores del agua.

—¿Hombres de guerra? ¿Hombres de paz? —preguntó Teotili —Hombres de guerra, porque miraban a todos lados como en espera de un ataque. Mientras unos recogían el agua, los otros montaban guardia cerca de los árboles del cacao. Tenían barbas largas y caras blancas.

Teotili hizo extender un enorme mapa de toda la región costera, donde estaban nítidamente dibujados los pueblos de la tierra de la fruta, del cacao y del sol, dominados por los aztecas, y preguntó:

—¿Dónde viste a esos buscadores de agua?

Hojas Verdes buscó con la mirada el arroyo de la ensenada donde tenía su trampa de tlacamichines amaestrados, y dijo:

—Aquí... aquí —y como para acentuar sus palabras, agregó: —Sus

canoas eran más grandes que dos de nuestras casas juntas...

Una vez que Hojas Verdes terminó su relato, Teotili y sus capitanes se quedaron un rato examinando la pintura que el artista había hecho. Todo estaba ahí... Las naves en el mar, Hojas Verdes y Piedra Pequeña escondidos detrás de unos árboles de cacao, el nombre de la ensenada y el arroyo azul, junto al cual el pescador concentraba sus peces amaestrados. Capitanes guerreros, capitanas guerreras, sacerdotes, niños, niñas, todos observaban llenos de asombro el cuadro que sería enviado esa misma noche, con correos especiales, al señor Moctezuma para que lo viera junto con los señores de Tlacopan y Texcoco, allá en Tenochtitlan.

Ya se iba a despedir Hojas Verdes, cuando Teotili le hizo la última pregunta:

—¿Te fue posible conocer quién los mandaba?

—De cierto señor... Sobre una de las grandes casas, se asomaba uno que gritaba y les hacía ademanes. Sin duda era el jefe, pero muy extraño. No era como los jefes de nuestras ciudades, era casi un enano, un pedazo de hombre.

◆◆◆

III

Sobre la cubierta de la nave capitana, gente apenas cubierta con unos harapos daba de comer a los caballos. Esos animales enormes, para nosotros hasta entonces desconocidos, estaban atados con unos mecates para que el vaivén de las olas no los arrojara al mar. Cada caballo era servido por dos hombres, quienes les daban de comer hierba. De una cubeta llena de polvo blanco, una mujer pequeña daba también el pienso a los caballos y después, comía de lo mismo.

En el palo mayor flotaba airoso en emblema real del navío y junto a él, la bandera capitana de Hernán Cortés. En un lugar de la nave, los soldados de Cortés reían y hacían bromas.

Algunos murmuraban.

—Mirad, que las muy buenas fueron para los capitanes. —Como siempre —respondió un soldado viejo, y agregó: —Estáis en lo cierto; mas a Portocarrero, a mi ver, le ha tocado la mejor de las mujeres.

Portocarrero, que estaba ahí, dijo: —Sí, la mejor, pero la más huraña; aún no he logrado darle un beso—. Los otros compañeros echaron a reír y llenaron de bromas al capitán Portocarrero. Luego hicieron un brindis y a coro exclamaron:

—¡Por Santiago!

—¡Ello, ello! ¡Por Santiago y por el oro!

Al escuchar la palabra oro, se les encendió la mirada y repitieron a coro: ¡Por el oro, por el oro!

En ese momento el capitán Portocarrero, joven apuesto que portaba espada con puño de la más fina plata toledana, se levantó y salió del grupo.

Tomó una lámpara y la encendió para ingresar en un cuarto ubicado bajo la línea de flotación de la nave. Descendió las escaleras, el lugar era oscuro, pero con la lámpara de aceite sobre su cabeza, sostenida con las dos manos, entró en la habitación custodiada por un centinela de lanza en ristre; la luz de su lámpara alumbró a un grupo

de mujeres. Todas, excepción de una, tenían largas trenzas, ojos asustados y perfiles mayas.

La luz cayó de lleno sobre una de ellas. Era alta, garbosa, morena, como una jícara de chocolate, con unos senos pequeños que se le adivinaban tras del huipil bellamente bordado de colores rubios y negros. Portocarrero llegó hasta donde estaba la mujer y tomándola de los cabellos intentó sacarla. Ella se resistió. Detrás de Portocarrero, el soldado que cubría la seguridad del lugar cerró la puerta, y se escuchó un duro aldabonazo. Portocarrero trató de forzar a la mujer que seguía defendiéndose. De un tirón la lanzó sobre las tablas del piso. Como ella se negaba, le colocó la bota sobre la cabeza, en tanto le gritaba casi con furia:

—Dejaos, mujer, sois mi esclava... —y repetía las palabras una y otra vez—. ¿Entendéis? ¡Mi esclava, mi esclava!

La mujer, que seguía sin entender las voces del capitán, intentaba defenderse, pero sin decir palabra. En ese momento una mano tiró por la parte de atrás, en una forma dura, de la bota del capitán Portocarrero. Este volvió los ojos llenos de furia para vérselas con quien había osado hacerlo, cuando sus ojos se toparon con los de otro hombre que lo miraba también con fiereza.

—¡Capitán! —exclamó Portocarrero cambiando la expresión de su gesto por una pose humilde —¡Señor capitán!

El capitán Hernán Cortés levantó a la mujer del sucio con un ademán elegante, pidió al soldado que acompañara a la esclava a otro lugar, y encarándose a Portocarrero, le dijo:

—Un capitán de Castilla no se comporta como vos lo hacéis, señor Portocarrero... A la mujer, como a las flores, hay que tratarlas con cuidado... ¡No lo olvidéis! —Hernán Cortés miró una vez más a la hermosa esclava, antes de que el centinela la llevara a un lugar más seguro, junto con las otras esclavas, y volviéndose hacia Portocarrero, añadió: —Os buscaba capitán, tenemos asamblea.

En un amplio bodegón de la nave celebrábase una asamblea de soldados. El barco se agitaba con pausas y se escuchaba el pisar de los caballos sobre los maderos de la cubierta. Estaban ahí todos los capitanes del rey al mando de Hernán Cortés, jóvenes y viejos. Pedro de Alvarado, Francisco de Montejo, Gonzalo de Sandoval, Juan Velázquez de León, Diego de Ordaz, Cristóbal de Olea y el más joven de todos, Andrés de Tapia, que apenas tenía veinticuatro años. El resto

frisaba entre los cuarenta y veintisiete años.

Pedro de Alvarado era el más fuerte y alto; andaba por los cuarenta años de edad y era poseedor de unos cabellos largos y rubios como del color del oro. Cuando hablaba, perdía el habla; repetía dos o tres veces la misma palabra. Costaba trabajo entenderlo cuando tomaba vino, pues se le acentuaba su tartamudez. A veces su problema de comunicación provocaba risas en sus compañeros, lo que le enfurecía.

Al centro de una mesa improvisada, con cubetas de vino, cebada y tocinos, se destacaba Hernán Cortés, también joven. No mayor de los treinta y cuatro años. Era un hombre pequeño, tanto que su estatura contrastaba con la de sus compañeros; si acaso, medía un metro y cincuenta y ocho centímetros. Pero lo que le faltaba en estatura le sobraba en personalidad, en gracejo, en altanería y en modular su voz, lo que imponía entre sus compañeros un aire de seguridad. De todos ellos Cortés poseía la más hermosa de las figuras faciales.

También dentro del grupo, vestidos de hábitos magros y serios, se encontraban el sacerdote Pedro Juan Díaz y Fray Bartolomé de Olmedo; y una mujer de Castilla, doña María de Estrada, de cincuenta años, dueña de una belleza tosca y un cuerpo vigoroso. Estaba un poco apartada del grupo y solamente intervenía para servir más vino con una enorme bota que le llegaba hasta la mitad de la cintura.

También formaba parte del grupo el más viejo de los soldados, Jerónimo de Aguilar. Tenía un rostro cansado y en sus manos un temblor acentuado en el lado derecho, lo que hacía que su otra mano detuviera el brinco de su compañera. La convulsión le llegaba hasta los labios y parecía que sus palabras, en vez de ser emitidas, se le caían desde la boca.

—Siempre daré gracias a nuestra señora del Rescate, porque habéis llegado vosotros y yo podré, de esta suerte, vivir de nuevo entre cristianos.

Hernán Cortés estaba pendiente de las palabras del soldado, que antes había sido también fraile; más que escucharlo, se embebía en las informaciones de Jerónimo.

—Ellos no sabían de las tácticas de la guerra... hasta que mi compañero se las enseñó. —Empezó entonces a contar su azarosa historia. Una vez que venía de Santo Domingo e iba rumbo a tierra

firme, los huracanes desviaron su nave, la cual hubo de acogerse a un estuario para protegerse. En ese estuario fueron acorralados por un ejército de indios que al final los venció. Todos fueron conducidos a una aldea, en donde, por una u otra razón, los mataron hasta quedar solo dos, un soldado llamado Guerrero y él. Una india galana y de mando se enamoró de Guerrero, lo salvó de ser sacrificado a los dioses de los Cenotes Sagrados, y Guerrero se casó con ella.

—Él también estaba en nuestro pueblo cuando nos llegó aviso de vuestra presencia, pero dijo que tenía hijos. "Andad con Dios, Jerónimo —me dijo—. Yo ya tengo mis críos, les amo y amo a mi mujer. Además, tengo todo el rostro lleno de tatuajes por mis acciones de batalla. Ya no encontraría lugar entre cristianos". Eso fue lo que me dijo para que os lo dijera. Y está tan acostumbrado, que me habló en idioma maya, pues hasta olvidó ya las palabras de la cristiandad.

Jerónimo de Aguilar siguió contando todo lo que sufrió entre los habitantes mayas y cómo no quiso recibir a una mujer en matrimonio por sus votos de castidad, pues su calidad de fraile se lo impedía.

—Y ¿cómo hacen las batallas? —inquirió Hernán Cortés.

—Al frente de cada ejército siempre existe un capitán muy poderoso que, de ser herido o capturado, hace que sus guerreros abandonen el campo, ya que desde ese momento consideran perdida la guerra.

—Extraña forma de hacer la guerra —murmuró Cortés.

—Y ¿qué hacen con los prisioneros? —preguntó María Estrada. La pregunta interesó a todos los concurrentes. Jerónimo de Aguilar se quedó mirando a los ojos de María como respuesta y luego, apretó con desesperación la imagen del crucifijo que Fray Bartolomé le había regalado y que le colgaba del cuello con un cordón azul.

◆◆◆

IV

Teotili, señor de Cuetlachtlan y de otras costas donde abunda la fruta, la sal, el algodón, el tabaco y el cacao, creyó oportuno avisar a los señores de México sobre la visita que habíamos recibido en esas tierras. El señor Moctezuma Xocoyotl, señor de Cara Dura, Tlatoani de Tenochtitlan, señor de mar a mar, cabeza de los Pueblos Unidos, tenía que saberlo. También debía informar a Cacamatzin, señor de Texcoco y al tercer señor de Tlacopan, Totoquiahuatzin.

Por eso un mensajero corría. Portaba en la espalda una tabla donde estaba el mensaje de las pinturas, para que fuera leído en el Consejo de las tres ciudades. El viento enfrentó, durante muchas horas, a un hombre corredor de pies ligeros que recortaba su silueta sobre la cumbre de las sierras, desde la amanecida hasta el anochecer. Siempre uno y muchos, pues en cada uno de los adoratorios del camino, se detenía para saludar al dios bueno del camino y entregar el recado a otro de los corredores que esperaba. Con sus huaraches de carrera levantaba el polvo de los caminos, y cuándo llegaba a los ríos los cruzaba sosteniendo las tablas sobre su cabeza.

En la gran ciudad de Tenochtitlan ya aguardaban su arribo, puesto que el humo de las hogueras de la sierra lo habían avisado. Por ello, en la puerta de la ciudad, la principal, la de las Águilas, unos sacerdotes enanos del templo de Quetzalcóatl le esperaban y, al frente de ellos, Totoquiahuatzin, señor de Tlacopan, quien fue el primero en leer las pinturas y enterarse del suceso acaecido allá en la tierra de las flores, de la sal, de las frutas y del cacao.

A la hora en que uno de los pies ligeros ingresó en el recinto mayor de Tenochtitlan, la noche estaba iluminada como el día por miles y miles de antorchas. Frente al templo de las Calaveras un grupo de guerreras ensayaba una danza, guiadas por el Oso Viejo, maestro danzarín. Todas estaban vestidas de blanco y azul, con una mariposa tatuada en los brazos. Eran las muchachas que antes de la batalla contra un pueblo, eran enviadas a ofrecer la Danza de la Paz, para evitar la guerra y la muerte entre los hombres. Y más allá de la Puerta de las Serpientes, desde la Casa de los guerreros Águila, se escuchaba un canto acompasado y muy tenue que decía:

—¡Eaa, eaa, anquila mía buala bien!

"El agua caerá, el agua caerá ", repetían una y otra vez, sin saber que esa noche algo importante iba a pasar, como nunca antes había sucedido en los mil años de historia en la gran ciudad de Tenochtitlan.

A esa hora, muchísima gente barría la ciudad. Los macehuales, los escarbadores de tierra, ingresaban en cientos de canoas con leña para los templos. Y desde allá arriba, sobre el gran templo, una llama parecía más rosada y hermosa que todas las demás que iluminaban la ciudad, porque esa noche el gran sacerdote había agregado más chapopotli a la pira de ocotes.

Todo eso lo sentía el corredor, ahora próximo al señor de Tlacopan, portador del mensaje desde las tierras del cacao. Al llegar más allá de la Puerta de la Serpiente, dirigió sus pasos hasta el palacio del señor Tlatoani de México, señor de mar a mar, señor Moctezuma, para que el señor que nunca ríe, ni hace bromas, ni expresa gestos de cólera, de dolor, o de felicidad, el señor del rostro imperturbable conociera junto con el Consejo de las Ciudades lo que había sucedido.

En el centro de un gran salón se celebró el consejo. Ahí estaban Zihuatzaltzin, Cara de Mariposa, señor del ejército de México; Zihuacóatl, Mujer Serpiente, el segundo en el mando de la ciudad; Tlazoocuacull, la señora Rapada Preciosa y señora de la Casa de la Guerra, formada por mujeres; Matlatal, llamada Matla, hermosa mujer vestida de verde, con una mariposa tatuada sobre el rostro, verde también, la cual era alabada por su belleza, como su nombre, Agua Azul, lo decía, pero también por ser la heredera de la fiereza y el valor de una muy antigua guerrera de los pueblos chichimecas. Era la capitana de la guerra dentro del Consejo de la ciudad. Estaban también Cuauhtémoc, señor de Tlatelolco, el más joven de los guerreros ahí presentes. Junto al principal señor de México, Moctezuma, se sentaron Cacamatzin, señor de Texcoco, y Totoquiahuatzin, señor de Tlacopan, que ya había leído las pinturas con un rostro lleno de asombro y alegría.

En un grupo aparte hallábase Cuauhpopoca, señor de Coyoacán, gobernador de las costas del mar del norte y responsable de todo lo que sucediera en las tierras de las flores, de la sal, del cacao y del tabaco. En un lugar especial, como gran señor de Ixtapalapa, estaba el señor Cuitláhuac, valiente guerrero con muchas heridas en el cuerpo. Frente a un grupo de hombres que portaban varios mapas, permanecía sentado un viejo, el señor Cuautla, el que mandaba como un águila sobre todos los territorios conquistados de México, desde las

estribaciones de la Sierra de Michoacán, hasta las tierras del señor Nicarao, allá por los lejanos caminos del sur. Este era un viejo astuto y con una forma de mirar a la gente muy rara, ya que lo hacía a través de un vidrio pulido de obsidiana que sostenía entre sus manos con un palo de color turquesa.

El señor Moctezuma se destacaba en el centro, sentado con las piernas cruzadas sobre un asiento trono, tejido con pitas de lago y plumas de quetzal. Y cada uno de los otros tres señores, sentáronse de igual manera y a la misma altura. Algunos señores y señoras se acomodaron alrededor, sobre esteras de colores, según sus ciudades de procedencia. Todos mostraban la tilma anudada sobre el hombro izquierdo en señal de respeto, con excepción de Moctezuma y los dos señores de las ciudades aliadas Tlacopan y Texcoco. También se encontraban los altos señores del Templo Mayor y de otros templos, y los sabios por su orden; los señores Tequitlato, estudiosos de la religión; los señores Amoxua, leedores de viejos libros que contenían la historia de Tenochtitlan, más allá de mil años; y los señores Mecatlapouhqui, los que sabían leer las cosas que habían pasado, en los nudos de los mecates de colores. Todos estaban agrupados ante el señor Tetlannexnex, sabio de sabios, y por ello tenía voz y voto en el Consejo de las Ciudades.

Y ahí estaba yo, humilde siervo de la Casa de la Sabiduría, para entonces ya tenía más de cien años, de los que cuentan los blancos para medir el tiempo y que es la forma en que estoy narrando las cosas y sucesos de esos días. Entre los reunidos, estaban tres hijos menores del señor Moctezuma, de entre los once y los dieciocho años.

El salón de la reunión era hermoso. Totalmente cubierto de mica, cuyo reflejo, como si fuera vidrio de los volcanes, hacía iluminar el gran cántaro que contenía una antorcha en el centro. Más atrás se miraban pieles de animales de la montaña, sobre los que estaban sentados los capitanes guerreros Águila, Coyote, Serpiente y Jaguar. Como era el gran consejo de las tres ciudades, cada uno de los grupos que representaban a su región, vestían de forma diferente. Igualmente, los guerreros que se agrupaban atrás de Cuauhtémoc, señor de Tlatelolco; y de Cuitláhuac, señor de Ixtapalapa.

Varias mujeres muy viejas, sabias guerreras de antaño, estaban ahí también a título de consejeras, y comandadas por la señora Rapada Preciosa. Alguna de ellas mascaba goma que endulzaba con agua de miel y las otras sencillamente escuchaban y fumaban tabaco.

Todas las paredes del gran salón del Consejo se encontraban

adornadas con tapices, que narraban hazañas de las tres ciudades; y con plumas de diferentes colores, un enorme mapa mural de todos los territorios de México, con sus mares, sus montañas, sus lagos, sus caminos, sus desiertos, y cada uno con el grifo de la señoría. En una de las esquinas del salón, en forma especial, destacábase una estatua de Tláloc, asistido por dos sacerdotes enanos.

El adorno y vestido de cada uno de los personajes reunidos manifestaban poder y dignidad.

Moctezuma Xocoyotl escuchaba atentamente toda la narración y analizaba el enorme sentido que para un hombre tan religioso como él, significaba la visita de gente blanca hasta las tierras del cacao, de las flores, de la sal; donde se multiplica el algodón. Acorde con su investidura de señor de mar a mar, no debía manifestar ninguna clase de sentimiento y trataba de mantener su postura de señor Ceñudo, pero en esa oportunidad, no lo lograba. Lo que escuchaba era para él lo más parecido al regreso de los hijos del Sol, como tantas veces lo había leído en las páginas de los libros sagrados del templo de Quetzalcóatl.

Sobre la pared y junto al enorme mapa de plumas de quetzal, estaba el manto blanco que el recién llegado, pies ligeros, había portado y entregado al señor de Tlacopan. Ahí se miraban, entre otras figuras, naves grandes como casas.

—Se mueven como cerros sobre el mar y son muchos. —El informante del plano señalaba las diferentes figuras de hombres, armas, grandes venados, perros. La mano se detuvo de pronto sobre un objeto extraño y dijo:

—Cuando extienden la mano a ella se agrega un pedazo de palo del cual salen rayos y fuego y humo, que matan al instante.

—¿Rayos que matan? —preguntó Matla— ¿Tle quiquiztli ? Por toda respuesta, el informante que explicaba el mapapintura de la llegada de los blancos, caminó alrededor del salón para buscar algo que produjera un ruido semejante al que suele oírse al estallar un palo de fuego. Sobre una esquina se destacaba un gran jarrón de piedra de obsidiana, el cual medía la altura y el grosor de un hombre. Tomándolo con fuerza entre sus dos brazos, lo lanzó contra la pared de estuco, produjo un enorme estruendo y esparció sus pedazos por todo el salón.

—Así, así es —afirmó el informante.

Todos los asistentes, o casi todos, se quedaron asombrados por lo que se narró. Solamente dos personas no compartieron el asombro, Matla, la señora Cara de Mariposa y el joven guerrero de Tlatelolco, Cuauhtémoc, el Águila que Cae. El informante continuó:

—Este aparato es la voz grande del trueno. Es empujado por varios extranjeros sobre unas ruedas semejantes a nuestros juguetes de jaina. Eso le da el poder de caminar sobre sí mismo. Lo guían unos hombres y mujeres desnudos que son los que habitan las lejanas islas del Sol, sobre el mar. Y al igual que los juguetes de nuestros niños, va de un lugar a otro. Tiene una boca negra y profunda y cuando el hombre de barba roja le da una orden, el aparato obedece al instante, lanza truenos y todo lo que tiene al frente desaparece. Si es una casa, se cae. Si es una muralla, es destruida. Lo mismo desparrama un cerro que un árbol. Todo muere, todo desaparece, como el rayo.

Hubo un gran silencio, después del cual Moctezuma cedió la palabra a los señores del Consejo para opinar. El primero en hablar fue Cacamatzin, señor de Texcoco.

—Siempre escuché desde niño a mi gran señor Nezahualpilli, mi señor padre, señor de Texcoco, decir una y otra vez que las palabras de mi gran señor abuelo Nezahualcóyotl, eran tan ciertas como lo es el filo de la obsidiana y que los hijos del Sol, nuestro amado padre, regresarían algún día.

Después de una pausa, agregó: —Y ¿si ellos fueran los hijos del Sol? Moctezuma dirigió la mirada a Cuitláhuac, señor de Ixtapalapa, para que opinara.

—Y ¿si ellos no fueran los hijos del Sol?

Moctezuma posó entonces la mirada, sin pronunciar una palabra, sobre el señor Tetlannexnex, el cual conversó en su idioma secreto de los sabios, con los señores Amoxua, Tequitlato y Mecatlapouhqui y después expresó el saber de los sabios.

—Creemos que es tan cierto como las rosas blancas que tenemos en nuestras jícaras de mano ahora mismo. Creemos que ellos son los dioses blancos, los hijos de nuestro señor Quetzalcóatl, los que nos enseñaron el juego de pelota, la siembra de las tierras, el arte de las semillas, la belleza del canto, la ternura de nuestras danzas, el caminar de las mujeres hermosas, el reír de los niños, la seriedad de los ancianos, la agilidad de los guerreros, la disciplina de nuestras

hermanas guerreras, la construcción de las ciudades, el poder del fuego. Ellos son los hijos del Sol, los hacedores de esteras de plumas, los que, escribiendo sobre las piedras, nos enseñaron el uso del papel, del cartoncillo para hacer nuestros libros. Ellos son los que nos dieron el arte de gobernar las tierras de mar a mar y la hazaña prodigiosa de entender el paso de los tiempos sobre el cielo, los que nos dieron esta lengua hermanita que poseemos y con la que hablamos los unos y los otros, los que un día escribieron que regresarían y que han regresado. Los padres del cero, los hijos del Sol, los descendientes de Tloque Nahuaqui, creador de los mundos, señor de las flores, señor del más allá, señor de la cerca, señor del junto, Dios de dioses.

Después de que habló el más sabio de los señores, un silencio pareció partir la eternidad del instante. Al escuchar las últimas palabras, el señor Moctezuma sudaba y, sin evitar un temblor en sus manos, expresó unas palabras tan quedas que su señor de atrás las elevó para que todos las escucháramos:

—¡Quetzalcóatl! ¿Será posible?

Cuauhtémoc, el joven señor de Tlatelolco, que permanecía silencioso, se acercó a Matla y la condujo hasta el gran mural donde estaba el nuevo lienzo con las noticias frescas. Ambos, cerca del lienzo, lo analizaron con detenimiento y después le hicieron unas preguntas al informante. Cuauhtémoc hincó una rodilla en tierra y, puesta su mano en el suelo, la besó y pidió permiso para hablar; cuando Moctezuma se lo concedió, dijo:

—En este honorable Consejo de los padrecitos sabios y de las señoras sabias, no puedo hablar ni opinar y por eso les pido permiso para preguntar.

—Puedes preguntar —dijo Moctezuma en un murmullo.

—Si nuestro señor Quetzalcóatl ha regresado ¿será únicamente para gracia de nuestros pueblos? ¿Seguiremos siendo los beneficiados de su gracia? ¿Nos contaremos siempre entre los herederos de Dios?

Matla, la guerrera de Cara de Mariposa pidió permiso para hablar y cuando se le otorgó, dijo:

—Señor de mar a mar, señores del Gran Consejo, si son dioses, procederán como dioses; si son hombres, procederán como hombres. Si nuestro señor Quetzalcóatl ha regresado, nuestro corazón se ha de convertir en una estera de flores para recibirlo. Le ofreceremos nuestros ojos como lirios de la laguna... Y si son hombres, es hora de

recordar que, con la alianza de México Tenochtitlan, Texcoco y Tlacopan, sumamos el mayor poder sobre la tierra...

Entre los sabios asistentes, estaba uno sentado sobre una estera de cañas, pobremente vestido de negro; de la capucha que le cubría la cabeza, sobresalían unos cabellos largos, negros e hirsutos. De sus manos pendía un cordón que un ayudante le iba sacando lentamente de una canasta y que él había ido repasando, como leyendo entre sus nudos. Como no podía ver, su ayudante le iba diciendo: "Son los nudos de morado... de rosa... de malva... de azul… de lila... de blanco... de negro... de verde tierno..."Habló, y sus palabras fueron como fieras. Las preguntas de Cuauhtémoc y las palabras de Matla lo habían enfurecido. Él tenía que hablar en nombre de los dioses y dijo:

—¡Las profecías se han cumplido!

Y todos, incluso Matla y Cuauhtémoc, se volvieron a mirarlo con profunda reverencia.

Tetlannexnex había hablado y eso en nuestro pueblo era como cuando se encendía una lámpara. "Las profecías se han cumplido".

Y los unos y los otros nos fuimos despidiendo de la reunión a la que se nos había citado. El mejor de los presagios en una interminable espera de los tiempos se cumplió, y Quetzalcóatl regresaba.

Desde que yo era un niño escuché la profecía repetida por nuestros sacerdotes: "Con el rojo encendido de la mañana, regresará nuestro señor Quetzalcóatl". Pero también nuestros libros decían, desde tiempos antiguos, mucho antes de que Oxomoxo, la mujer sabia, inventara el arte de escribirlos, de copiarlos de las piedras donde estaban esculpidos, que un día, en mitad del día, en una hora, la raza de los mexicas sería exterminada. Los pájaros serían muertos en sus nidos y nuestros jardines flotarían destrozados por la superficie del gran lago de Texcoco.

Después de haber escuchado al informante, que venía corriendo desde la casa de Chalco, pensé que ya las cosas en esta nuestra gran ciudad nunca habrían de retornar a ser como antes de ayer y que mañana no se habrían de repetir. Los pobres ya no llegarían en gran número para llenar sus jícaras con la bebida fresca que preparaban en las canoas y endulzaban con la miel de las abejas. Y sentí un lloro por México Tenochtitlan.

El señor Moctezuma, que a veces se encolerizaba desde el estómago, se mostraba en el Consejo como con una cara de más viejo, de huehue, de cansado. Conocí al señor Moctezuma desde que él era pequeño, como una pluma de quetzal o un collar de chalchihutl, y de verdad que antes era muy diferente al hombre que esa vez vi. Ya no era el hombre que, para congraciarse, con su pueblo bailaba la Danza de la Alegría en el mercado, con la gente y los huesos de los muertos en las batallas, con los huesos de los sacrificados a nuestros amados dioses. Ya no era el gran sacerdote, el Cenyaotl, que solía bailar las más hermosas y extrañas danzas, con ritmo de garza, cuando ingresaban por la Puerta del Águila, por la Puerta de la Rana, por la Puerta Cihuahampa, los comerciantes o los vencedores de las Guerras Floridas contra Tlaxcala. Ya no parecía ser el gran señor que mandaba desde el Valle de México hasta la tierra del gran Sol. Siempre me había parecido muy hermoso acompañarle en sus danzas cuando él tomaba el lugar de nuestro señor Huitzilopochtli.

Y en verdad que todo estaba escrito en nuestros libros y se podía ver como si fuera el fondo de un caracol...

En un recién anochecido, por las calles de Tenochtitlan se escuchó el gemido, como del caracol que se parte en dos, de una mujer que corría por la calzada de Tacuba, buscando lo perdido entre los tulares y las redes de pescar. Estaba cubierta con una tela blanca, tenue, transparente, finísima y triste como su grito: —Mi niño, mi niño ¿dónde está mi niño? —Se lanzó por entre el tular y desapareció en los remolinos de la laguna. Al día siguiente, la gente murmuró y se untó ceniza sobre la cabeza, porque eso estaba escrito en los libros de antaño...

Y sobre el cielo, allá, mucho más allá del volcán Popocatépetl y de la hermana señora Ixtaccíhuatl, la noche se encendió. Miles de personas llenas de temor escucharon al sacerdote astrónomo cuando explicó que esa luz que iba cruzando el cielo y que convirtió la noche en día, y brillaba como un sol, era un lucero del universo, que cruzaba sobre México de tiempo en tiempo. Y que eso había sucedido, había de suceder, los libros lo decían, lo habían dicho, estaba escrito. Sobre el cielo, por días, por trecenas, el gran lucero siguió cruzando el cielo de México como un mechón de fuego. Estaba escrito: “Cuando en mitad de la noche brille el Sol...”.

Se cumplió el presagio de que, sin causa alguna, iba a arder el templo de nuestro señor Huitzilopochtli. Y toda la techumbre ardió en llamas largas y el lanzarle agua era como avivarle más y eso fue todo tristeza ya que se convirtió en ruinas. También se cumplió la profecía

de que el templo de nuestro señor Xiuhtacuchtli sería destrozado.

Un rayo cayó en mitad del verano cuando no llovía. La profecía de que el agua del lago iba a hervir también se cumplió e hirvió durante varios días. Sorpresa de sorpresas fue cuando un cazador de aves de los tulares cazó un ave que tenía un espejo en la cabeza. ¿Acaso fue cierto que en la Casa de los Partos nació un niño con una cabeza a la derecha y otra a la izquierda? Sucedió lo que antes nunca había pasado y las profecías se estaban cumpliendo.

Así transcurrió un día y otro y en la mitad del tercero el señor Moctezuma envió a reunirnos de nuevo. Ante un gesto del señor Tlatoani, ingresaron en el salón los sabios de Malinalco, Chalco, Míxquic y Tláhuac. También a mí se me invitó a exponer mis pensamientos.

Todos observamos las pinturas que se nos presentaron, las nuevas pinturas que los corredores de la Casa de Chalco habían traído a Tenochtitlan y que ingresaban a razón de dos por cada vez que, sobre el silencio de la ciudad, el Señor del Caracol anunciaba una hora. Todos las analizamos, preguntamos y se nos dieron respuestas. Las señoras de la Guerra dieron respuesta, y los señores de la Guerra, valientes Caballeros Águila, que habían visto ya en sus ojos todo, hablaron.

Moctezuma, con la venia del señor de Texcoco y del señor de Tlacopan, concedió la palabra al señor sacerdote de Xochimilco, que portaba unas tablas de oro, las cuales abrió dejando ver en su interior un libro, que extendió sobre una estera de plumas de quetzal. Yo lo conocía por tener una copia que heredé de mi padre. Era el Libro de la Sabiduría, el Tonalamatl.

Un escalofrío recorrió mi columna cuando el sabio sacerdote inició la interpretación de las profecías ahí contenidas. Era un libro sabio entre los sabios. Escrito en nuestra lengua por la sabia Oxomoxo y el sabio Xipoxtonac, desde mucho antes de que ellos inventaran el papel. Había sido escrito en muchos murales de piedra en los templos de Tula, donde se escribieron desde la sabiduría de Ixpiyacoc, el Viejo Sabio, e Ixmucane, la Abuela Sabia, allá en la tierra del Sol, por el rumbo que un día nuestro señor Quetzalcóatl tomó, hacia el horizonte del mar, prometiendo regresar.

El libro contenía las trece divinidades, los animales simbólicos, los veinte signos del año y la historia de los Nueve Señores de la Noche, que son los mundos que giran alrededor del Sol, uno de los

cuales es el de nosotros.

Era un libro de poesía donde se hablaba de teatro, las señales del humo rojo, el estudio de los tiempos, la guerra, la danza como una oración de alegría; de cómo los hombres pierden la libertad y cómo la ganan; de historia, astronomía, astrología, justicia, religión, civilidad de las tierras conquistadas por nuestros guerreros vencedores; de los días de los eclipses de la Tierra, la Luna y el Sol; de la música, la forma de escribir, los alimentos, los vestidos, las fiestas de cada mes del año; de arquitectura, el homenaje voluntario de la vida para supervivencia de nuestros dioses; del principio del mundo y su fin; del siglo de ciento cuatro años, de la Vía Láctea; del uso del papel, del cartoncillo, de los colores para las pinturas, del tambor de las señales, la genética, la criminalidad, la culpa; del signo de cada uno de nosotros, los que vivimos, los que hemos venido a habitar la tierra; de los deportes, los poetas, los comerciantes; de la caza, la veda de la caza, la agricultura, el adulterio; del parto sin dolor, la medicina; de la época de la crecida de los ríos; del cambio del tiempo por lluvia, por vientos, por sol, por nieve, por cielo; de la política entre los pueblos, de los climas, de la forma de cuidar a los pájaros, la medicina de los animales que no es la misma que la dedicada a los hijos de los dioses. Y en fin... el libro de la sabiduría que nos habla de los círculos redondos de la tierra, de los movimientos de los astros en el cielo, del cerca, del junto; del Dios de dioses y de que un día, en la mañana, cuando los hombres no lo han de estar esperando...

—Este libro siempre nos dijo que nuestro señor Quetzalcóatl iba a retornar. Es una luz, es una verdad escrita y eterna como la luz que se refleja desde la cúspide de nuestros volcanes —explicó el sabio sacerdote de Xochimilco, y agregó: —Los sabios escribieron en este libro que los hijos del Sol, los hijos de Quetzalcóatl, regresarían como monstruos desde el fondo del mar, y así han llegado; que arribarían rodeados de rayos y de truenos y así han regresado. El texto nos dice que nuestro señor Quetzalcóatl volverá cubierto de oro y de plata con virtudes mágicas, y que esa será la señal. Y así nos dicen que ha retornado las pinturas traídas a Tenochtitlan por los corredores de la Casa de Chalco. Aquí vemos que en sus cuerpos rebotan los rayos del Sol y, en las noches, se suelen copiar los claros de la Luna. Este libro, ya viejo, más viejo que yo, y más viejo que los que vinieron antes de que nuestros antepasados llegaran, nos previene que Quetzalcóatl vendrá con sus hijos e hijas sobre venados alados, y así es como dicen estas pinturas, que nuestro señor Moctezuma nos muestra, que han llegado.

Cuando el sabio sacerdote de Xochimilco terminó de hablar,

vimos llorar a Moctezuma por primera vez. Con un gesto de reverencia levantó las manos hasta su tocado de plumas de quetzal, que le cubría la cabeza, en señal de mando, de poder. En su tocado destacábase el dibujo de un águila que cae. Después de quitárselo lo entregó al sabio de Xochimilco y, mirándonos a todos, dijo con voz severa, suave y clara:

—Este apanecayotl ya no me pertenece. —Después, dirigiendo la palabra a los guerreros y guerreras, exclamó:

—Señoras de la Guerra; señores de la Guerra; señoras Águila, señores Águila, se dice de cierto que nuestro señor Quetzalcóatl ha regresado y yo lo tengo por la verdad. Recíbanlo, escúchenlo bien, presten atención a todo lo que él diga, atiéndanlo en todo y luego regresen aquí a nuestra ciudad Tenochtitlan, y cuéntenmelo.

Después, hizo un gesto que nunca le había visto, se inclinó con una rodilla en el suelo, tomó tierra y la besó. Todos habíamos escuchado sus palabras con la cabeza inclinada, como si fuéramos una sola persona, para no mirar.

Del señor Moctezuma solo quedó en el salón un fuerte olor a perfume de rosas.

◆◆◆

V

Chalchiucueyehcan es el nombre del lugar desde donde todo se empezó a escribir sobre la arena. Todo lo que sucedió quedó en el aire, impregnado en las rocas, en los árboles, en cada una de las orillas del mar… y también en nuestra sangre. Por eso nos fue fácil saber lo que pasó, lo que iba pasando y lo que sucedería.

Chalchiucueyehcan es un sitio inhóspito, plagado de moscos. Allá, al fondo, mecidos entre ola y ola estaban los bergantines castellanos, los bergantines aragoneses. Ahí, en las orillas de Chalchiucueyehcan, estaban ancladas las canoas grandes como casas.

"Medellín", la nave capitana de Hernán Cortés, se mecía suavemente en una rada, un poco separada de sus compañeras. Sobre los palos mayores se agitaban las banderas de Carlos V y Hernán Cortés, con sus palabras en latín, que eran todo un reto al destino de nuestra raza, de nuestros dioses:

Amici seguamor crucem, et si nos filem
habemus, vere in hoc signo vicemus.

Las palabras se reflejaban sobre el mar y decían:

Hermanos y compañeros:
sigamos la señal de la cruz con fe verdadera
porque con ella venceremos.

Moveos, moveos —gritó un soldado, acompañando su gesto con un látigo de tres puntas que estalló sobre los cuerpos de un grupo de hombres de más allá del mar, que venían con ellos. Era gente haraposa, de color casi negro, nerviosa, que recibía las cosas que otros soldados sacaban de los bergantines.

A esta gente nosotros la conocíamos, ya que muchas veces venía lanzada sobre nuestras playas, extraviada por las grandes tormentas y los huracanes, y nos contaba de sus tierras lejanas, de sus islas pequeñas, de sus costumbres extrañas.

Unos soldados, de mirada más fiera que la de los demás, con largos guantes en sus manos, delantales de cuero y una especie de

máscara, también de cuero, cuidaban de una traílla de perros impacientes. Eran los famosos soldados del escuadrón de los perros, los trailleros del odio, que solían alimentar a esos mastines, entrenados especialmente para atacar a los esclavos de las islas, con carne humana. Seguramente, esa mañana los perros no habían recibido alimento, y el olor de la carne de los esclavos los tenía enervados. Eran unos animales más grandes que nuestros itzcuintlis, con pintas negras sobre sus panzas blancas, y los soldados perreros tenían que hacer grandes esfuerzos para contenerlos.

Un hombre negro, alto, grueso, gracioso, guiaba a unas mujeres vestidas al estilo de la gente totonaca y de la gente de las orillas del río Papaloapan y del río de las Mariposas. Todas se agruparon ante un fuego que prendieron, jalaron luego grandes ollas, tan grandes como nunca se usaron en nuestras tierras, y dedicáronse a preparar la comida al ejército castellano.

De las naves salieron los venados del asombro, que entre los castellanos llamaban “caballos”. Ahora sabemos su nombre y lo que en verdad son. Más allá, otros esclavos jalaban las lombardas y las falconetas, esas armas que despertaron nuestro asombro cuando las escuchamos retumbar por primera vez.

Acercándose al grupo apareció Pedro de Alvarado, con su cota de Malla, lanza moruna y yelmo plateado; dirigiéndose a donde estaban los otros capitanes exclamó —¡Alistaos que viene nuestro capitán!

Junto a él, listos para presentarse ante Hernán Cortés, estaban ya sobre sus caballos los capitanes Alonso Hernández de Portocarrero, en una yegua rucia; Cristóbal de Olid, en un caballo castaño oscuro; Francisco de Montejo, en un alazán tostado; Juan de Escalante, sobre otro castaño claro, y Juan Velázquez de León en una yegua rabona y oscura. Ante ellos apareció Hernán Cortés. Montaba un caballo alazán y era seguido por Jerónimo de Aguilar, un sacerdote y un escribano.

En Chalchiucueyehcan vimos por primera vez a Hernán Cortés tal como en verdad era y no como nos lo habían descrito los narradores de pinturas o los corredores de la Casa de Chalco. Era un hombre de baja estatura, de manos pequeñas, así como también sus pies y su cabeza. Su mirada, en cambio, era grande, igual que su gesto y voluntad. A pesar de estar allá arriba, sobre su venado alto, parecía más pequeño de lo que en realidad era.

Ese era el dios blanco, al que nuestros sacerdotes llamaron Quetzalcóatl; y al que nuestra historia conoce hoy como una mitad de

hombre, un pedazo de hombre; el enano, el mismo que ocupó el lugar del perro en la gran ciudad de México Tenochtitlan.

Todos los soldados de a pie estaban en posición de firmes, para escuchar y saludar a su capitán, Hernán Cortés, quien desde lo alto de su cabalgadura pasó la vista sobre la tropa. Una mirada altiva, fría, decisiva. Frente a él estaban los soldados que le habían acompañado en sus diez naves desde lugares lejanos. En tanto, Pedro de Alvarado hablaba con Alonso Hernández de Portocarrero.

—Suerte habéis, capitán; vuestra esclava es hermosa. ¿Qué nombre le disteis?

—Marina, hela bautizado Marina. Paréceme inteligente; cuando la nombro Marina, baja los ojos y sonríe. —Y ambos capitanes rieron.

Hernán Cortés hizo caracolear a su bestia y después saludó al ejército, espada en alto. Ahí estaban frente a él, hombres de muchos idiomas y colores. También algunas mujeres de Castilla, otras de Aragón y algunas esclavas muy hermosas con atuendos castellanos; eran esclavas de capitanes o de soldados de Castilla. Entre ellas, montada a caballo, estaba María Estrada, mujer magnífica, ya entrada en años, de cabello canoso, pero mujer decidida, de cara valiente; la acompañaba un capitán. Otras mujeres de su misma raza, siete en total, atendían el saludo del capitán Hernán Cortés.

El ejército estaba formado por soldados muy jóvenes, aunque había algunos viejos. Otros eran gordos, muy gordos. Alguno estaba tuerto. Morón, el que tocaba la mandolina, era gordísimo y puso sobre su enorme panza una cota de Malla que parecía una sábana, un manto. Era, dentro del ejército, el más famoso entre los lanzadores de ballesta. En orden de posición y de trabajo se encontraban capitanes, escopeteros, ballesteros, los que disparaban el falconete, los que guiaban a los perros; los famosos perreros, los malditos de cara tapada por los cueros. Sí, los famosos perreros que más adelante, cuando los blancos escribieran la historia de nuestros pueblos, nunca los citarían a pesar de que ellos, al igual que los palafreneros, fueron una parte muy importante del ejército de Hernán Cortés. Se encontraban, asimismo, los músicos con sus instrumentos. También estaban los soldados viejos, ya curtidos, con heridas de honra, que habían luchado contra el moro, allá en las costas de Cádiz y Sevilla, siguiendo la huella del Gran Capitán.

Hernán Cortés hizo una señal a su secretario Godoy, quien le ayudó a bajar de su caballo; entonces se vio cuál era su estatura. Si

acaso, llegaba hasta la altura de la panza de su caballo, y para mirar a alguno de sus capitanes tenía que levantar los ojos. En la misma forma, Pedro de Alvarado y sus cuatro hermanos, tenían que bajar la vista para conversar con él. Detrás de Cortés, como una sombra, estaba el sacerdote Juan Díaz, que portaba una cruz en sus manos, su secretario y un mozo que sostenía en alto el lábaro de los reyes católicos de Castilla y de Aragón. Mientras Hernán Cortés hablaba, su secretario Godoy iba escribiendo.

—Compañeros y amigos; hoy estamos aquí, guiados por la mano santa de Nuestra Señora Virgen amantísima y su amado hijo, nuestro señor Jesucristo. Y estamos aquí en nombre de sus altezas reales doña Juana y su altísimo hijo, Carlos V, a quienes Dios guarde por muchos años...

En esos momentos, Godoy murmuró algo en el oído de Cortés, este reaccionó y mandó buscar una silla, subió a ella y pudo así dominar con la vista el rostro de la gente que le estaba escuchando.

La tropa respondió: —¡Por muchos años, por muchos años! —Y al eco de sus voces, levantaron las banderas, las armas, los brazos.

—Vosotros habéis visto y habéis escuchado por parte de nuestro hermano, Jerónimo de Aguilar, que hoy habitamos una tierra de bestias, de piezas amorales, de hombres y mujeres infernales, indignos de ser llamados y contados entre el género humano; seres a los que favor haríamos en llamar malos hombres... malas mujeres... Sabéis ya lo acontecido a los compañeros de Jerónimo de Aguilar y lo que él mismo ha sufrido... —hizo un ademán teatral y pasó la mirada por toda la tropa para que cada uno de los soldados sintiera que le estaba hablando a él, a uno solo y no a todos. El silencio era cortado solamente por el rumor de las olas que se dormían sobre la arena.

—Hoy hemos llegado hasta estas tierras con dos encargos, uno de ellos es rescatar el oro que parece abundantísimo en aquestos lugares. Sin duda habéis podido apreciar, en la visita que los indios de México nos hicieron ayer en la nave capitana, los hermosos presentes que se han servido enviarnos como regalos. El oro es harto real; vosotros y yo lo hemos visto.

Un murmullo, como una ola, recorrió el lugar. Todos habían mirado el sol de oro y la luna de plata que el Tlatoani de México, el señor de mar a mar les había enviado. Un capitán respondió por toda la tropa:

—¡Sí, sí; lo hemos visto, queremos rescatarlo!

—Pero también debemos poblar —agregó Cortés— pues estamos aquí como mensajeros de nuestra amantísima Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica y Romana; guiados por nuestro capitán Santiago, el santo de los valientes y nuestra señora, la Virgen del Rescate y señaló un manto donde estaba pintada la Virgen del Rescate, la virgen de allá, de un pueblo en las orillas del Guadalquivir, con las manos juntas, rodeada de un resplandor de lanzas doradas, y sus pies sobre la media luna, el símbolo de los pueblos moros vencidos por el ejército de Castilla, de Aragón y sus aliados; en la lejanísima tierra patria.

Un silencio acogió las palabras de Hernán Cortés. La invitación a "poblar"no fue tan bien recibida como la incitación "a rescatar"oro, plata, perlas y esclavos, para luego venderlos en los mercados de Cuba y Santo Domingo. Cortés creyó conveniente hacer un acto histriónico. Tomando la espada en su mano derecha, se detuvo frente a un árbol y exclamó:

—Yo, Capitán Hernán Cortés, natural de Medellín, siervo de la Santa Madre Iglesia Católica, en el nombre de nuestro señor Jesucristo, tomo posesión de estas tierras delante de mí, a un lado de mí, frente a mí y detrás de mí; desde el mar hasta el horizonte y más allá. —En seguida, tomando una cruz que tenía un soldado en sus manos, la clavó en la arena y continuó: —En nombre de nuestro Señor, nombro a esta tierra de bestias la buena tierra de Vera Cruz, de la única cruz, de la cruz de la verdad. Repetid conmigo.

—Vera Cruz... Vera Cruz —repitió el ejército...

—Más fuerte, más fuerte.

—¡Vera Cruz, Vera Cruz!

Después de las últimas palabras, Cortés, con la ayuda de un paje, subió a su caballo y siempre con la espada toledana en alto, continuó la arenga con voz de falsete, pero más fuerte:

—Declaro que desde este instante, aquestas tierras pertenecen a sus majestades doña Juana y su augusto hijo, don Carlos, por la gracia de Dios rey de Castilla, de León, de Aragón, de las dos Sicilias, de Jerusalem, de Navarra, de Granada, de Valencia, de Sevilla, de Galicia, de Mayorca, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén de los Algarbes, de Algeciras, de Gibraltar, de las islas Canarias, de las Indias Orientales, de las islas y tierra firme del mar océano; archiduque de Austria, duque de Borgoña, de Bramante, de

Milán, conde de Alexpurgo, de Flandes, del Tirol, de Barcelona señor de Vizcaya y de Molina... —se hizo un pronunciado silencio—. ¿Alguien se opone?

Como una sola respuesta, recibió el grito del ejército.

—¡No! ¡No! ¡No! ¡Noooo!

—Si alguien fuere opuesto, será cortado en dos por el filo de mi espada.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Síííí!

Cortés luego elevó la rodela junto a la espada y continuó: —¿Defenderéis la propiedad del rey nuestro señor con vuestras vidas si ello fuera obligado?

Fue Gonzalo de Sandoval quien, dando un paso adelante, respondió por todo el ejército y con la venia del resto de los capitanes:

—¡Con nuestras vidas! ¡Sí, con nuestras vidas! Nosotros estaremos prestos en tales menesteres, si alguien osare contradecir el privilegio de su majestad don Carlos V sobre aquestas tierras; de montaña a montaña, de mar a mar, hasta el horizonte...

Mucho le agradaron a Cortés las últimas palabras del capitán Sandoval e inclinándose en forma silenciosa desde su caballo hacia su secretario Godoy, le preguntó:

—¿Habéis tomado nota de todo?

—De todo, mi capitán, como podéis verlo —y le mostró un rollo escrito con tinta verde que estaba cerca de una mesa improvisada. Cortés se ladeó nuevamente de su caballo y dando tajos al árbol, exclamó:

—En nombre de nuestro señor Jesucristo, del rey, de su buena madre doña Juana, esta será siempre tierra de cristiandad.

Y ante una orden de Cortés, los capitanes Pedro de Alvarado y Francisco de Lugo distribuyeron el ejército por cuatro diferentes puntos de la montaña más próxima.

No muy lejos de ahí, escondidos entre los follajes, dos pintores de Tenochtitlan tomaban nota de todo cuanto acontecía.

Cortés fue enterado de que la palabra “poblar”no había sido bien

recibida por su ejército. El gobernador de Cuba los había enviado a rescatar oro o piezas humanas para venderlas en los mercados. Eso daba honor a las palabras. Visitar lugares, pedir o tomar el oro; y después, seleccionar a las mujeres más hermosas, las muchachas más saludables, los hombres mejor formados, ya que eso significaba buenos doblones de oro y de plata en los mercados.

"Poblar", llegar a lugares extraños, solicitar rendición en un idioma que la gente no entendía y fundar villas; no era agradable para el ejército. Tanto más que los viajeros estaban enterados de que esta tierra no tenía la mansedumbre de los indios que habitaban las islas del mar adentro, como Cuba y Santo Domingo; y eso la Audiencia lo sabía, lo tenía escrito ante el rey.

Cortés citó a otra asamblea cuando se enteró de los rumores. Junto a él estaban varios capitanes de su armada, vestidos con ropas de descanso. Cortés vestía un traje rojo y lucía una gola blanca alrededor del cuello.

En la habitación, recién construida, varias sillas marineras formaban círculo; la más alta era para Cortés. En el centro, sobre un tapete bellamente tejido con plumas, se depositó una enorme cantidad de objetos de oro, plata, cobre, obsidiana, vidrio, madera y variados tejidos. Cortés acariciaba un collar de oro que le pendía del cuello con una perla rosada del tamaño de un huevo de huaxolote, regalo que le había enviado nuestro señor de mar a mar.

Junto a él y de pie estaba el escribano Godoy, ya entrado en años; María Estrada y un caribeño que hacía de bufón. Al lado de otra mesa había una gran cantidad de botas con vino, que el bufón servía por turnos a los asistentes.

—No me sirváis, no suelo beber vino —dijo María Estrada rechazando la copa que le ofrecieron.

Cortés sabía que en la asamblea se discutirían dos temas: rescatar el oro y regresar a Cuba, como eran las órdenes del gobernador Velázquez; o aceptar las indicaciones del capitán y poblar esas ciudades, que merecían cuidado por el oro que contenían. El escribano Godoy fue el primero en hablar.

—Con el perdón de vuestra merced —dijo mirando a Cortés— sabéis que el gobernador, Diego Velázquez, nos mandó a estas tierras a rescatar oro, no a poblar...

Mientras hablaba, Cortés iba mirando uno a uno a sus capitanes.

Casi todos ellos, al escuchar a Godoy, no dejaban de posar la mirada en el tesoro que estaba en el centro de la mesa, interrumpiendo la pausa de Godoy, Cortés intervino:

—Mucho es el oro, las perlas, las joyas, que podemos rescatar en aquestas tierras; mas si poblamos... —y señaló con la punta de la espada el tesoro del centro de la estancia, y agregó, con palabras llenas de doble sentido, y que, a pesar de su tono en falsete, sonaban a campanas en los oídos de sus capitanes—, seremos contados entre el número de los señores... y volvió a señalar las joyas con la punta de la espada. Como adivinó una duda en los ojos de Godoy, que al fin y al cabo era el escribano del rey, continuó:

—El oro es grato a los ojos de su alteza Carlos V, a quien Dios otorgue gracia. Forzados somos a ingresar presto en la gracia de nuestro rey sin hacer caso de las vicisitudes. Ya sabéis la afrenta que me hizo Velázquez cuando ordenó mi detención en el puerto de La Habana...

—Señor capitán —le interrumpió Godoy—, debo avisaros que, si no enviamos noticia de lo que hemos encontrado al señor gobernador Velázquez, con una de nuestras naves, vos seréis reo de muerte... —y mirando a todos los demás concluyó:

—Y nosotros también, si osáramos secundaros de esta manera... —¡Sentaos!

Todos los capitanes aceptaron la idea y solo Cortés permaneció parado. Se movía de un lado a otro. Era tan pequeño que a pesar de que algunos de sus capitanes estaban sentados, sus cabezas quedaban a la misma altura de su rostro. Rebuscando las palabras, acentuando unas y elevando la voz en otras, como quien representa un personaje en el teatro, continuó...

—Si regresásemos a Santiago de Cuba, solamente seríamos los enviados de la buena suerte para otros capitanes... Si nos quedamos a poblar, seremos nosotros los capitanes de la buena suerte. Nosotros y nuestros hijos mantendremos para siempre el señorío, los ducados, los marquesados de estas tierras que prometen ser sin igual en oro. Tenidos serán nuestros hijos como conquistadores de tierras nuevas y también agraciados a los ojos de nuestra Santa Madre Iglesia, en cuya voluntad andamos. Esto paréceme y tenedlo por cierto.

—Si escuchamos vuestro consejo —señaló Pedro de Alvarado—, si no regresamos ante nuestro señor gobernador, candidatos seremos a

reos de muerte.

Cortés miró inquisitivamente a todos y después de un momento agregó:

—¿Qué os parece? Si regresamos, seremos perseguidos por la pobreza, la miseria, la pereza y el olvido. Ni agora ni después, alma alguna sabrá que hemos vivido, y de otros serán las glorias. Debéis escoger —hizo una pausa y de nuevo señaló el tesoro que estaba en el centro de la mesa—, podéis escoger: la riqueza de estas tierras del sol o el olvido, ya viejos y achacosos, en las calles de Sevilla.

En ese momento un soldado ingresó precipitadamente e interrumpió a Cortés.

—Hemos sorprendido a una de nuestras esclavas hablando con las mujeres que nos han dejado los indios de México para atendernos y hacer nuestra comida.

—¿Cuál de ellas? —preguntó Cortés expectante.

—Marina, señor.

Al escuchar el nombre de Marina, el capitán Alonso de Portocarrero se levantó y exclamó:

—Es mi esclava señor.

En la estancia, ya la mayoría de los capitanes se había marchado, solo se encontraban Cortés, Alonso de Portocarrero, Pedro de Alvarado, Fray Bartolomé de Olmedo y Jerónimo de Aguilar, el hombre que sabía hablar la lengua de la gente totonaca, los que habitaban más allá del río Papaloapan.

Las joyas ya no estaban en el centro de la mesa, pero sí la alfombra tejida con plumas, regalo de los mexicanos a Cortés, en su primera visita.

Cuando ingresó Malintzin, llamada Marina, Cortés estaba sentado en una silla de tijereta muy alta y detrás de él Jerónimo de Aguilar. Cortés la midió con una sola mirada. Era una muchacha joven, hermosa, esbelta. Se distinguía porque su nariz y su cabeza no tenían la deformación de las otras esclavas donadas a los españoles. Sin levantarse de su silla, Cortés saludó a Malintzin como si fuera la

primera vez que la miraba. Ella lo recordaba desde la noche en que, dentro de la nave, impidió que Portocarrero la violara. Cambió una rápida mirada con Alonso de Portocarrero, el dueño de la esclava, y hablando con Jerónimo de Aguilar, pero dirigiéndose a Malintzin, preguntó:

—Dicho nos han que entendéis el habla de la gente de México... Malintzin respondió en el idioma de los totonacas a Jerónimo de Aguilar, el cual tradujo sus palabras al castellano. Una hora después, Cortés, Jerónimo de Aguilar y Malintzin conversaban como si hubiesen sido amigos de toda una vida. Malintzin odiaba a la gente de México y a todo lo que le pudiera unir a su recuerdo. Y Cortés sabía que el odio, como la fe, también suele mover montañas. Malintzin explicaba en idioma de los mayas y Jerónimo de Aguilar traducía con holgura a Cortés.

—A donde llega la gente de México se termina la libertad de los pueblos y los hombres, y ya todos son prisioneros de los dioses. Para los hombres de México, el mundo se divide en dos partes: amos y esclavos; y ellos siempre quieren ser los amos.

Las horas pasaban. Cayó la noche y María Estrada entró con una lámpara de aceite, para alumbrar la estancia. Cortés no se cansaba de preguntar y Malintzin estaba muy a su gusto, contestando todas las preguntas que el invasor le hacía.

En las palabras de Malintzin se acumulaba la amargura. Y por primera vez Hernán Cortés escuchó una palabra que hasta entonces no había oído. La palabra no pudo ser bien traducida por Jerónimo de Aguilar y Cortés preguntó con interés:

—Temiztlan...Temiztlan... ¿qué es?

—Tenochtitlan señor, Tenochtitlan, está en el centro del mundo... Es el lugar donde los lirios abren sus pétalos a la luz...

◆◆◆

VI

Ya el real de Hernán Cortés se había ampliado. Junto a su estancia estaban las habitaciones de Godoy, el escribano real, del padre Juan Díaz, y de Fray Bartolomé de Olmedo; y se había improvisado, además, una capilla con las imágenes de la Virgen del Rescate y de Santiago el Apóstol. En el centro de la estancia, los capitanes Alvarado y Olid se encontraban muy atareados acicalando a Hernán Cortés.

—Ellos creen que sois el hijo de Dios —dijo María Estrada.

—O el Dios mismo, esperado por ellos hace siglos. Ya habéis escuchado a doña Marina...

Cortés miró de soslayo a Olid, quien había pronunciado las últimas palabras, y escuchó el tratamiento de "doña Marina"... Pensó entonces que ya lo sabían. Seguro que lo sabían. En la mañana notó que el capitán Alonso de Portocarrero eludió darle su saludo acostumbrado.

—Es cierto, Marina me ha explicado que ellos creen que representamos a los dioses que hace mucho tiempo se fueron con la promesa de regresar un día...

Sus ayudantes continuaban con el aderezo que incluía peto de bronce, polainas de cuero rojo, casco de azul bruñido.

—Vais a lucir como un sol, señor —dijo María Estrada.

Luego, el capitán Olid le dio unos canutillos que echaban humo y se puso uno en la boca.

—Debéis aspirar fuerte, señor.

—Imposible, imposible capitán, esto no me gusta desde que lo conocí en Santo Domingo, cuando vine a estas tierras a los diecisiete años... Siempre me ha parecido que esto huele como a piedra de volcán...

—El Dios de ellos lo hace... vos señor, tenéis que hacerlo.

Cortés trataba de inhalar el humo del tabaco, pero sentía que se ahogaba.

—Alborozaos por lo que me dijo Marina anoche... Tenochtitlan es la mayor ciudad del mundo. ¿Lo podéis creer? Mis ojos ansían verla. Imaginaos que Londres tiene cien mil vecinos, París noventa mil, Génova sesenta mil, Toledo doce mil, Sevilla cuarenta y cinco mil... y esta gran ciudad de Temiztlan es habitada por quinientos mil habitantes. ¿Os podéis imaginar? Doscientos mil fuegos me han dicho Marina que se encienden cada mañana en los hogares de la ciudad y que está toda ella dentro de una laguna, al igual que la bella Venecia...

María Estrada continuó el aderezo del capitán Cortés, quien recibiría en unas horas a la comitiva de la gran ciudad de Tenochtitlan. Nuestros pintores nos han dejado la imagen de ese aderezo. Un cuerpo de carnes enjutas. La cara más redonda que larga, tez pálida, cenicienta, escasa de barba, como nuestra gente mexica. Las piernas estevadas como si fuera venido de la tierra de la fruta, cacao y las flores. Una de sus piernas estaba torcida en arco, de modo que, juntando los pies, le quedaban separadas las rodillas.

Decían nuestros cronistas que sus palabras tenían dejo de una caricia cuando lo quería y solía embelesar con la mirada. El día de la primera visita de los señores de México lucía una sortija con enorme diamante, un medallón en la gorra que usaba debajo del casco, una cadena con la perla que le mandó Moctezuma la primera vez que le envió mensajeros, y una enorme medalla pendiente de una cadena de oro, con las imágenes de la Virgen del Rescate y San Juan el Bautista. Debajo del labio mostraba la señal de una cuchillada, que le afeaba un tanto la cara. Así lo dejaron para siempre nuestros pintores, en los retratos que le hicieron durante esa primera gran visita de los sabios señores de México Tenochtitlan.

El real de Cortés se adornó con todas las cosas posibles para impresionar a los visitantes. Tres fierísimos perros estaban echados junto a él; así lo había ordenado Cortés, pues alguien le había contado que de esa forma solía presentarse un señor en la Roma del César.

Teontintle ingresó en la cámara de Cortés. Lo primero que le llamó la atención fue la manera en que este fumaba un canutillo de madera provisto de tabaco. Cortés fumaba muy bien, inhalando el humo por la boca y lanzándolo por la nariz, como si fuera fumador de hacía mucho tiempo. Detrás de él, un grupo de esclavos de manos

morenas lo abanicaban. Era gente caribeña que lo acompañaba desde Cuba. Dos esclavas le servían agua y frutas sobre bandejas de plata. A pesar de que el boato era ridículo y exagerado para un hombre de Castilla, logró sus propósitos.

Teontintle fue pasando la mirada sobre unos hombres vestidos de plata de pies a cabeza, que parecían ser la guardia de Cortés. Sin embargo, eran sus capitanes que se habían aderezado con sus armaduras. A un lado Malintzin, y al otro, Jerónimo de Aguilar. La lengua, ella; el loro, el otro. Detrás de cada uno, dos capitanes de cota con las espadas extendidas, apuntando al lugar que estaba ocupando Teontintle.

El señor azteca ingresó sobre unas andas, pero al llegar hasta la estancia de Cortés fue suavemente posado en el suelo por sus portadores. Tres Caballeros Águila le precedían, caminando para atrás en señal de respeto; siempre lo hicieron de esa forma cuando le daban la espalda a Cortés, hasta que Teontintle les hizo una señal. En la mano derecha portaba una jícara llena de flores.

—¡Oh nuestro señor, oh nuestro señor! —murmuró Teontintle en tanto que miraba a Hernán Cortés con seguridad y reverencia; al mismo tiempo puso una rodilla en tierra, tocando el suelo con la mano derecha para después besarla en signo de sumisión, recato y obediencia.

La comitiva de Teontintle, todos grandes señores, repitieron las mismas palabras, Malintzin las tradujo para Jerónimo de Aguilar y este se las dijo a Cortés. Un sacerdote se adelantó. Vestía una túnica impoluta que le cubría desde la cabeza a los pies; era blanca y llena de caracoles. Inició una danza simulando el caracol en tanto que con un incensario esparcía humo de copal sobre todas las personas; muy especialmente sobre Cortés, sentado rígido como si estuviera hecho de piedra o de madera. El sacerdote levantaba la barba de los españoles casi en forma impertinente durante la danza, y les echaba humo, el cual seguía sus movimientos como parte de su cuerpo. Mientras danzaba, otro tocaba lentamente, como siguiéndole los pasos, un tambor fabricado con plumas de quetzal. El sacerdote terminó su danza lanzando un chorro de humo a Cortés, que no se movió.

—Es la Danza de Quetzalcóatl que ha interpretado uno de sus sacerdotes. Ahora se presume que Cortés debe responder bailando a su vez—. Fueron las palabras de Malintzin, que Jerónimo de Aguilar murmuró detrás de la oreja de su capitán. Cortés continuó sin moverse.

Después de que terminó su baile el sacerdote, le tocó el turno a una mujer hermosísima. Vestía un traje de guerrera Águila, pero completamente verde. Malintzin tradujo:

—Su nombre es Tozquentzin y es señora de la Guerra, segunda en mando en la Casa de las Guerreras, después de Matla, la mujer que manda como garras de jaguar.

Tozquentzin inició su danza en tanto que una mujer que la asistía le tiraba rosas y pétalos de otras flores a los soldados. Tozquentzin danzó y poco a poco se fue quedando sin ropas hasta quedar completamente desnuda en mitad de la estancia. La danza duró media hora, lo suficiente para que ella notara que los compañeros de Hernán Cortés se iban poniendo tensos a cada uno de sus movimientos. Tenía un cuerpo hecho como desde el asiento de un tazón de chocolate, endulzado con miel. Al final de la danza emitió una palabra que solo escucharon los mexicanos que estaban cerca, Malintzin no pudo escucharla para su traducción.

—*¡Campa uee... campa uee!*

Llegó el momento en que le tocaba hablar a Cortés. Posó su mirada sobre la comitiva de Teontintle. Fue mirando a los Caballeros Águila, Coyote, Jaguar, Oso, Ocelotl, que le acompañaban, y al final volvió sus ojos sobre el cuerpo, todavía desnudo, de Tozquentzin. Y habló a Jerónimo de Aguilar para que le tradujera a Malintzin y esta a Teontintle:

—Sed bienvenido a este lugar, casa del señor del Universo. —¡Oh, mi señor, oh mi señor! —respondió Teontintle emocionado al ver que le había dirigido la palabra.

En ese instante el sacerdote Juan Díaz ingresó a la estancia, le acompañaba Fray Bartolomé de Olmedo. Ambos vestían trajes talares con todo el esplendor de la Iglesia Católica. Túnicas blancas con figurines de oro y azul. Entraron pausadamente; el sacerdote portaba una cruz entre sus manos que levantó a la altura de sus ojos. Detrás de él, Fray Bartolomé de Olmedo venía lanzando humo de incienso a diestra y siniestra, hasta inundar toda la estancia con un aroma suave. Luego, ante la vista de todos, el sacerdote cambió el atuendo por otro de color morado con muchos adornos de oro. Ese día, los castellanos y aragoneses recordaban la muerte de su Dios. Entonces los sacerdotes dieron inicio a una misa.

Teontintle y sus seguidores observaron todo con gran asombro. Habían llegado a este lugar para rendir tributo y escuchar las palabras de los mensajeros de Quetzalcóatl; mas estos se dedicaban a una ceremonia que se parecía mucho a las que ellos celebraban en el Templo Mayor de Tenochtitlan, con la diferencia de que las vestiduras de sus sacerdotes eran de muchos colores y hechas de papel.

Teontintle notó cómo Cortés y sus capitanes se ponían de rodillas cuando el sacerdote elevaba una copa. Capitanes y soldados iniciaron a coro un canto en nombre de la Santa Eucaristía. Algunos de los capitanes y soldados de Cortés se hincaban con gran dificultad, como si el atuendo que portaban les impidiera hacerlo.

—Y cuando estaban dentro de esos vestidos, de plata y oro, sus movimientos les resultaban difíciles y no podían cuidar de sus rodillas... —observaría más tarde Tozquentzin ante Matla.

Al finalizar la misa, Cortés se puso de pie. Sus compañeros caminaron hasta el centro del improvisado templo y, al hacerlo, todos produjeron unos ruidos como si se fueran a desarmar, lo que también llamó la atención a Teontintle y los suyos. Cortés hizo un gesto con la mirada, como para indicar que estaba presto para la conferencia.

Teontintle tocó un pequeño tambor que le pendía del cuello y ante su señal ingresaron unos hombres con un sol de oro del tamaño de la rueda de una carreta de Sevilla. Y del mismo tamaño le ofrecieron una luna de plata. Otros cargadores entraron con más objetos de oro. El sudor empezó a empañar la frente de los españoles que nunca habían visto tantos tesoros juntos.

El sacerdote que mandaba la comitiva de Teontintle entregó a Cortés una vara de mando, de oro; y acompañado de otros dos, sacó de una caja de pino una vestidura primorosamente tejida de algodón blanco, con lunas de verde tierno, y con ella vistieron a Cortés, quien se dejó hacer. Después, sobre el yelmo le colocaron una corona alta hecha de plumas de quetzal con ribetes de oro. Otros dos sacerdotes le dieron como presente un libro, que extendido sobre el suelo llegó a medir hasta catorce metros.

—En este libro señor, está tu historia, por eso lo hemos traído... Los sacerdotes hicieron a un lado la comitiva de Cortés y este quedó solo en mitad de la estancia. Se veía extraño con su traje blanco, del cual colgaban caracoles de oro que sonaban a cada uno de los movimientos que hacía. Estaba muy impresionado por todos los regalos que le habían ofrecido.

—Este traje señor, es el mismo que vestía nuestro señor Quetzalcóatl cuando vivió entre nosotros...

Muy cerca de Cortés se escuchó una exclamación de Pedro de Alvarado.

—¡Voto a tal, nunca vi tanto oro en toda mi vida!

El resto de los soldados y capitanes de Cortés no pudieron ocultar la angustia y la ambición de verse dueños de tanto oro y joyas preciosas. Cuando los más de treinta cargadores terminaron de depositar el tesoro en el centro de la estancia, a los pies de Hernán Cortés, Teontintle hizo una reverencia ante el capitán, poniendo una mano en tierra, y dijo:

—Dios nuestro, señor nuestro: sé bienvenido a tu casa verdadera; hace tiempo te esperábamos, nosotros tus hijos. Mi señor de mar a mar, Moctezuma, te suplica que recibas este presente, que es pequeño e indigno de tu grandeza, y estos ornamentos preciosos que usabas cuando estabas entre nosotros, cuando era nuestro rey, nuestro señor.

En ese instante otros sacerdotes se acercaron a Cortés. El capitán Olid trató de impedirlo, pero ante un gesto de su capitán, se hizo a un lado. Los sacerdotes le quitaron el manto de caracoles y le vistieron con otra ropa, también preciosa; era una capa verde. Sobre el rostro le colocaron una máscara negra. Después de que danzaron, los cuatro sacerdotes, Teontintle habló de nuevo:

—Mi señor Moctezuma te envía estos regalos con el ruego de que regreses por el camino del mar, desde donde has salido y que no pases de aquí...

Estas palabras, traducidas por Jerónimo de Aguilar, enfurecieron a Hernán Cortés, pero conteniendo su cólera, dijo con parsimonia:

—Decid a vuestro señor Moctezuma que hemos venido desde muy lejanas tierras, sobre el mar y cabalgando en los truenos de la noche. Y que es nuestro deseo y voluntad llegar hasta México Tenochtitlan. Repetidlo bien, don Jerónimo de Aguilar, para que estos indios lo entiendan: llegar hasta México Tenochtitlan. Así nos lo obliga a cumplir nuestro señor, Señor de señores, señor de todo aire y todo sol, de luna y ríos, de montañas y flores, de noches y días, y de tiempos futuros y pasados, nuestro señor don Carlos V y su señora madre doña Juana, serenísima señora de Castilla y Aragón…

—Pero mi señor Moctezuma... —intentó decir Teontintle, mas

Cortés, ya montado en cólera y sin poder contenerse, exclamó:

—¡Oh, mal pese a vos, indio perro! ¡Callad! ¡Yo soy vuestro señor y de aquí en adelante tened más miramiento en lo que dijeres, porque os costará caro por ello! —Al hablar, se mordía el labio, debajo del cual mostraba la cicatriz.

Tozquentzin traduciría a Matla esta escena de la siguiente forma: —Frente al temblor de mis senos desnudos, sus ojos brillaron. Ante las palabras de nuestro señor Moctezuma, sus labios se convirtieron en rojo y sus ojos tenían la fiereza de las serpientes que se esconden entre las hojas del maguey...

Como advertencia, los capitanes de Cortés, haciendo un ruido enorme con sus movimientos dentro de las armaduras, dieron un paso adelante, frente a Teontintle quien dio un paso atrás asustado. A su vez, los guerreros de Tenochtitlan, al ver el gesto de los capitanes de Castilla, también dieron un paso hacia atrás. Malintzin murmuró ante los oídos de Jerónimo de Aguilar:

—Esos guerreros son la flor del ejército de Moctezuma y por haber dado un paso atrás, todos, desde ya, están sentenciados a muerte...

Cortés, ridículo con su nuevo atuendo, repitió con más calma: —Sabed que somos los más poderosos... entendedlo de una vez por todas... Los más poderosos, y os invito a que tres de vuestros famosos guerreros, caballeros aquí presentes, realicen una lucha contra uno solo de mis caballeros de la guerra.

El capitán Olid avanzó al frente y se puso cerca de Teontintle, como secundando las palabras de su capitán. Tozquentzin, siempre desnuda y atrayendo la mirada de los castellanos y aragoneses, miró con ansia a los ojos del señor Teontintle como ofreciéndose para la lucha, pero el señor azteca guardó silencio. Un guerrero Águila también se aprestó a recibir la orden y lanzarse contra el capitán Olid, pero Teontintle exclamó en palabras de derrota:

—También ellos, dioses son...

—Capitán Olid —dijo Cortés e hizo un gesto. El capitán Olid dio un paso más, un tanto estorbado por su armadura toledana. Sobre cada una de las cabezas de los Caballeros Aztecas sobresalía un plumón de quetzal. Con su espada, Olid cortó de un tajo las tres plumas sobre la cabeza de los tres Caballeros Águila, estos no se movieron ni dieron muestras de temor o de sorpresa. Los tres eran

señores Ceñudos.

Cortés comprendió que las cosas habían sido un tanto bruscas y volvió a su natural entendimiento de la diplomacia. Invitó a Teontintle a salir de la estancia donde se había celebrado la misa después del recibimiento del oro de los aztecas. Fuera del templo Cortés ya tenía preparado un dosel. Se allegó a él y se sentó en una silla de tijereta; próximo a él, pero un tanto más abajo sentó a Teontintle y a algunos de los sacerdotes que le acompañaban y se procedió a dar una exhibición de caballería. El sol daba de Heno sobre toda la audiencia.

Los soldados estaban soberbiamente empotrados en sus vestiduras de hierro que brillaban al sol. Los caballos lucían cubiertos con mallas y mantos de seda y oro. Se dispararon las falconetas y las lombardas buscando como blanco los grandes árboles que los rodeaban. Al momento mismo del disparo, el lugar se llenaba de humo y el árbol caía hecho pedazos. En una acción, el caballo de Alvarado salió de estampida e hizo un freno frente a Teontintle, que estaba pensativo y ni siquiera se movió cuando miró venir al caballo frente a él. Volvió a ser el señor enviado por el capitán que custodiaba las costas de mar a mar, como un águila cuida de sus polluelos.

Desde ese momento ya no dieron muestras de sorpresa, ni de temor. Todos estaban imperturbables. Sus pintores seguían tomando nota de todo lo que miraban y por eso aquellas palabras se pronunciaron ante la audiencia del Consejo de los Treinta Señores y de las tres ciudades:

—Ellos dicen ser los hijos de Dios...

—¿Es que de verdad presentaron el rostro del miedo? —preguntó Matla.

—Cuando el capitán de Cortés dio un paso adelante, ellos dieron dos pasos para atrás.

Fueron sentenciados por el gran Consejo de las Tres Casas a que entregaran sus corazones a Chachiutlatonac, el señor del Alba, el que brilla como el jade...

—Tal vez no merecían ser recibidos sus corazones por el señor de la Casa del Amanecer Rojo —exclamó Tozquentzin.

—La sentencia del Consejo es sabia, Tozquentzin, es sabia —repitió Matla—. Merecen irse por los caminos del señor del Fuego, el señor de la Turquesa, el señor del Alba, el señor del Sur... y además...

—hizo una pausa y agregó casi con hielo en sus palabras: —Las señoras Guerreras, los señores Guerreros, hemos nacido para dar pasos adelante y nunca para que alguien que viene de afuera nos invite a dar un paso atrás...

—¿Nadie?

—Nadie... No importa lo que digan nuestros señores del Templo, nadie...

—Nuestros sacerdotes dicen de cierto que ellos vienen desde el regazo de Dios...

Matla se detuvo un instante en las últimas palabras de Tozquentzin y preguntó: —Tú los has tenido cerca de tu aliento, junto a tus ojos, al par de tus suspiros ¿cómo son?

—Señora Matla, ya te dije que sus ojos brillan como soles... —Que brillen como el sol es lo que tiene más impresionado a
nuestro señor de mar a mar; pero eso ya lo he visto en las pinturas... Cuando estaban frente a tu aliento, cuando bailabas desnuda ante ellos ¿cómo eran?

—Sentía sus ojos como espinas que se me iban clavando en todo el cuerpo. Siempre fue así durante el tiempo en que interpreté la Danza Azul de la Mañana y la Danza de las Rosas...

—¿Y... él? ¿Cómo eran sus ojos?

—Los ojos del señor capitán Cortés representan lo más poderoso que tiene y están más allá de su figura... Debe ser un... hombre terrible frente al campo de batalla...

—¿Terrible? ¿Entonces no crees que sea un Dios?

—No estaba presente allá para creer, sino por tu mandato, para ver...

—Y ¿qué has logrado ver?

—Sus ojos miraron mi cuerpo que danzaba como se suele mirar el viento... Su mente estaba en otro lado... Todo el tiempo habló a nombre de un Señor de señores y de una mujer que es Señora de señoras...

—Y la mujer ¿quién es?

—Se llama Malintzin, mujer nahuachichimeca, hace el papel del loro...

—¿El papel del loro? No es eso lo que han informado a nuestro señor Moctezuma. Dicen que da consejos al capitán Cortés...

—Ella hace el papel del loro y traduce del habla de la gente, de la fruta y del algodón al nahuachichimeca. Es una muchacha.

—¿Tiene muchas esclavas?

—Muchas... Son muchachas que vienen con ellos desde las islas del mar adentro y otras que la gente del sur les ha obsequiado como hermanas menores. Pero ellos no las tratan como hermanas menores. Las usan como putas...

Después de la última palabra de Tozquentzin, Matla dijo como en un murmullo:

—¿Será nuestro destino? —y al momento agregó curiosa: —¿Qué cuentan ellas? ¿Saben ellos del amor?

—Dicen que son apestosos, que no se bañan nunca y que suelen hacer el amor con la ropa puesta.

—¿Es que no cumplen con las horas del baño?

—Sobre todo él... apesta más que cualquier otro.

◆◆◆

VII

Eso lo trataremos al terminar la santísima misa. Quiero que se haga una misa a manto real y al finalizar deseo hablar con toda la tropa.

La misa fue de campaña, a campo abierto. A Cortés le habían puesto una estera de plumas para que se hincara. Los macehuales que Teontintle había dejado al servicio de los castellanos estaban ahí llenos de curiosidad. Cortés sabía que siempre eran observados y que todo lo que él hacía era transmitido al señor Moctezuma cada día.

—¡Cada día, imposible! ¡Está muy lejos México Tenochtitlan! Pero Jerónimo de Aguilar tradujo las palabras de Malintzin: —No está distante este lugar para los señores de Tenochtitlan.

Siempre están informados por los corredores de la Casa de Chalco. Y les contó quiénes eran los corredores de la Casa de Chalco. Eran muchachos y muchachas entrenados para correr. Solían correr cuatrocientos metros en terrenos planos, al cabo de los cuales un relevo recibía un mensaje. El relevo lo tomaba y lo transportaba otros cuatrocientos metros. En terrenos difíciles, como cuesta arriba, el corredor lo llevaba solo doscientos metros. En terrenos de cuesta abajo, hacía más de quinientos metros. En los desiertos, en las montañas, en los pantanos, el mensaje nunca se detenía. Ni de noche, ni de día. Ni bajo la lluvia, las tormentas o los huracanes; el muchacho y la muchacha corrían. Es por eso que los señores de Tenochtitlan, de Texcoco, de Tlacopan, también solían tener pescado fresco desde los mares del sur, cada día. Después de la información de Malintzin, Cortés se resignó a que, cada día, Moctezuma fuera informado de lo que él hacía.

En ese momento la ceremonia era espectacular, con muchas flores. Todos los soldados y los capitanes aparecieron ataviados con sus mejores galas. Los músicos iniciaron unos cantos a la señora del Rescate y entonaron una marcha militar muy alegre. Terminada la música, el sacerdote comenzó con las palabras de la misa: —El sermón debe ser muy preciso —había recomendado el capitán Cortés a los sacerdotes.

—Y acordaos que agora y siempre, las puertas del corazón de

nuestro señor Jesucristo estarán abiertas y sus venerados brazos recogerán cada uno de nuestros sufrimientos...

Acordaos que nuestra Santa Madre Iglesia también ha menester del diezmo que será abundante entre aquestos infieles, hasta donde el señor Jesucristo hanos enviado. –El padre Juan Díaz hizo una pausa y mirando de soslayo a Hernán Cortés, agregó: –Recordad que siempre debéis inclinar la cabeza con mansedumbre ante los mandatos de Dios nuestro señor y que no debemos hacer escaramuzas por causa del diezmo de nuestra Madre Iglesia; pues Dios, que todo lo sabe, lleva sus cuentas exactas, para obligación de sus siervos cristianos.

El padre Juan Díaz continuó la misa en latín. Al final, lleno de emoción, después de besar la copa y ponerse de rodillas, volteó a mirar a los soldados y levantando sus manos y sus brazos blancos en forma de cruz, dijo:

—*Dominus vobiscum.*

—*Et cum Spiritu tuo* —respondió Fray Bartolomé de Olmedo, con una voz muy hermosa.

—*Benedicto Dei, omnipotentis*...

Y volviendo todo el cuerpo hasta el público hizo la señal de la cruz y repitió:

—*Patre, et Filii, et Spiritus Sancti*.

—Amén —dijo Fray Bartolomé.

—Amén —repitió Cortés lleno de mansedumbre y con él todo el ejército en alta voz, como un eco.

—*lte misae est.*

—*Deo gratias.*

Celebrada la misa de campaña, Cortés reunió a sus capitanes y allegados en su estancia. Además de Juan Díaz, el sacerdote, estaban Fray Bartolomé de Olmedo, Pedro de Alvarado y sus cuatro hermanos; Andrés Tapia, Diego de Ordaz, Francisco de Montejo, Cristóbal de Olea, Juan Velázquez de León y Alonso Hernández de Portocarrero. De una forma especial se había invitado al capitán Olominos, jefe de la escuadra y piloto de la carabela mayor, “Medellín”, nave capitana de Hernán Cortés. Todavía no sabían los capitanes para qué los había

reunido Cortés después de la misa. No conocían muy bien a su capitán y de ahí el tono en la voz en esta primera reunión del consejo, en la que se tocarían puntos muy importantes para ellos.

—Señor capitán, la gente sigue murmurando, está descontenta. —El señor Juan Velázquez está en la razón —asintió Olominos— el haberle cortado el pie a uno de los soliviantados que intentaban huir a Cuba en una nave, más ejecutar la orden de ahorcar a dos de ellos, no ha colmado las ambiciones de los soldados; están mohínos, a disgusto...

Pedro de Alvarado apoyó las palabras de Olominos:

—Cie... cie... cierto don Her... Her... nán... —y tartamudeando, agregó que todos los soldados ya sabían que se habían colocado fuera de la ley y que Cortés era... —Ma... ma... mal nos pe... pese, r... reo de pi... ra... te... ría...

Cortés posó su mirada en Alvarado que, junto con Montejo, otro de sus capitanes, ya había estado antes por estas costas de México en plan de rescate de oro.

—¿De piratería capitán? ¿Yo, Hernán Cortés, reo de piratería? —De de... de piratería.

—Sí, capitán, de piratería —intervino el capitán Montejo para agregar unas palabras que dejó caer duramente— todos aquí sabemos que vuestra suerte ha de ser la nuestra, os lo digo con respeto.

—Pero el oro nos espera.

Alvarado iba de nuevo a intervenir, pero estaba más tartamudo que nunca y fue Montejo quien habló en nombre de los capitanes.

—Si el señor gobernador nos captura, mal ha de servirnos el oro, pues todos seremos ahorcados en el palo mayor de vuestra nave capitana y vos el primero...

—Conozco bien a mi pariente, el señor gobernador, y eso hará... ¡Que el cielo nos socorra! —dijo Juan Velázquez de León.

Cortés se levantó furioso. Su figura era más pequeña que las demás, las cuales se pusieron de pie y miraron cómo su capitán se paseaba como tigre enjaulado de un lugar a otro.

—¡Voto a Satán!... Habláis como mujeres... hemos encontrado

tierras sin límites y vosotros queréis que huyamos como conejos ante la gran oportunidad de nuestra vida... Señores aquí abunda el oro. ¡Oro, oro, oro! ¿Lo escucháis? ¡Lo habéis visto, lo habéis tocado! Aquí hay oro hasta para cubrir con un manto a todas las mujeres hermosas del barrio de la Santa Cruz, en Sevilla... Si encontramos harto oro ya no seremos hombres fuera de la ley, sino Señores del Sol, como las piezas que habitan aquestas regiones... ¡Oro! Meditad bien en estas palabras... Seréis los señores de Toledo, de Segovia, de Medellín, de Sevilla... Tendréis criados que os llevarán en andas, mantos de perlas y los mejores artífices toledanos se pelearán el honor de templar vuestras espadas... Y vosotros habláis de regresar, de huir a esa isla de Cuba donde solamente habitan los moscos, para ser dulceros el resto de vuestras vidas. Cierto estoy de que sois hombres de poca fe... Os ruego que salgáis, quiero estar a solas con el capitán Olominos.

Una vez que se quedó solo con el jefe de las naves, comentó: —Ved cómo podéis destruir todas las naves... aguzad vuestro ingenio, decid que la carcoma las ha deteriorado y que no pueden sostenerse por más tiempo...

Olominos lo miró con duda y luego se expresó en palabras titubeantes:

—Una orden difícil de cumplir, digo yo.

—No existen las órdenes difíciles de cumplir, capitán. —Y abriendo un cofre, sacó un puñado de joyas con las que llenó la gorra de Olominos y agregó: —Tomad y hágase aquesta misma noche... Las naves han de ser hundidas; mas antes, sacadles todo lo que estiméis de alguna utilidad... —se detuvo y agregó: —No, dejad únicamente la nave capitana, la “Medellín”; mi nave, todas las demás... ¡hundidlas!

Una vez que Olominos abandonó la estancia, el vigía de la puerta anunció que el capitán Juan Velázquez de León quería hablar con el capitán:

—Hacedlo pasar.

—Señor capitán, existe una forma, paréceme, según la cual jamás nadie nos podrá amenazar con una orden de pena de muerte contra nosotros, por el delito de piratería.

—¿Sabéis de leyes?

—Algo; como vos, también estuve en las aulas de Salamanca... —¿Cómo lo sabéis?

—Ya se teje vuestra leyenda.

—Equivocada... Mi estadía en Salamanca no pasó de tres meses, cuando tenía quince años de edad y nunca precisé cumplir siquiera con las clases de latín que recibía... Ya veis que está mal esa leyenda...

—Señor, no la desvirtuéis, será vuestra túnica de sabiduría. —Decid esa fórmula, capitán Velázquez; presto estoy a secundarla, si es para gloria del Señor. —Juan Velázquez de León le murmuró unas palabras al oído y ambos rieron a carcajadas.

—Está bien, haced lo que os he oído.

Juan Velázquez de León y Cortés salieron con gran camaradería del real. La tarde estaba muriendo.

Cantidad de esclavos, tanto caribeños como aztecas, de los que se habían quedado para servir a los castellanos por órdenes de Moctezuma, y para espiar los pasos de Cortés, estaban empeñados en desmantelar las naves. La mayoría de ellas ya se miraban semihundidas y solamente una se movía con gracia sobre las olas. Un grupo de castellanos trabajaba en esconder debajo de las montañas de arena las partes más importantes que sacaban de las naves hundidas. Para ello fabricaron una especie de silo y envolvían todo con esteras y mantas aztecas. Algunos soldados hacían comentarios, pero cuando vieron a Cortés, guardaron silencio. Sabían la historia de Umbría a quien Cortés había mandado cortar un pie, y de los otros dos, que estaban todavía secándose al sol, pendientes de unas ramas del árbol central del recién nacido pueblo.

Antes de que la noche cayera, Cortés ordenó tocar el tambor para la tropa y presto, todos se reunieron.

—Hermanos, compañeros de armas... necesario fue desmantelar las naves, pues la carcoma, como podréis verlo, ha roído las maderas y amenazaba la línea de flotación... Pero hermanos de armas, el futuro no se encuentra en las naves, no sirven ya para nada; sino allá... —y señaló el rumbo de las montañas de México—, agora debéis decidir si estáis con Dios o contra Dios, pues la bondad de nuestro señor Jesucristo y su santa sangre derramada por nuestra salvación nos ha señalado otro camino y a su designio nos acogemos...

Después de tal perorata los soldados levantaron las espadas, los mosquetes, las ballestas, las lanzas y al unísono gritaron:

—¡Hurra, hurra!

Con alegría se abrazaron los unos a los otros, olvidando el desconcierto anterior.

Afuera del real de Cortés se escuchaban voces:

¡Todos, todos adentro del real del capitán!

Era muy importante lo que se iba a celebrar. Juan Velázquez de León, zorro entre los zorros, había dado el mejor y el más grande de todos los consejos que recibiera Hernán Cortés. Al menos, durante toda la noche, Cortés pasó rumiando en el pensamiento que la idea era genial. ¡Juan Velázquez de León, tenía que ser él! Si todo salía bien, compartiría con él su gloria, su fama y su oro.

—Solamente existe un problema, señor capitán, que es fuerza dejarlo constar en el acta de la formación del Cabildo.

—¿Cuál es?

En su mayoría, nuestros soldados son gente de armas, y con un ejército no se puede constituir un Cabildo...

—¿Quién lo impide?

—Las leyes de Burgos... llamadas de nuestra señora la reina Isabel la Católica y su augusto esposo, el abuelo de nuestro señor Carlos V, a quien Dios guarde siempre.

—Bueno —dijo Cortés un tanto pensativo— ello lo sabéis vosotros, mas no sus majestades... No asentéis en el acta de la constitución del Cabildo el origen de la gente cuyo voto vais a recibir... Tampoco asentéis en el acta que algunos son griegos, judíos, napolitanos, venecianos, moros, conversos nuevos o catalanes. Decid que todos son gente de Castilla, hombres de Aragón...

Una hora después se dio apertura a la primera asamblea en tierras de México, por parte de la gente de Castilla. Era presidida por Hernán Cortés. El lugar estaba repleto de gente. Hombres, mujeres, todos sin armas. Para ellos se había preparado un dosel y debajo, sentado en su silla de tijereta, rodeado por sus capitanes, Hernán Cortés abrió la asamblea con una gran solemnidad. Estas fueron sus palabras:

—Y es deseo del señor gobernador de Cuba que vosotros no pobléis aquestas tierras... que nuestros muertos habidos después de hartos peligros no cuenten... El señor gobernador de Cuba desea que sea dada por cumplida nuestra misión. Vinimos a tierras de rescate y hemos rescatado, vosotros sois los primeros testigos de ello —hizo un silencio y pasó la mirada por toda la audiencia—. Según don Diego Velázquez, gobernador de Cuba por mandato de su serenísima majestad Carlos V, a quien Dios guarde, vosotros no tenéis poder para poblar... No podéis tener propiedad en estas feraces tierras de México. Vosotros tenéis que iros a otros lares, para envejecer en la pobreza y alistaros para mendigar la fama y la gloria de otros... De acuerdo con el señor gobernador de Cuba, otros vendrán para recoger las honras y las tierras que vuestros empeños y no el mío, pues solamente he sido el humilde siervo del señor que os ha conducido hasta aquí, supieron ganar.

El rostro de los soldados se iba moviendo a tono con la mirada de Hernán Cortés, le observaban con expectación y le otorgaban la razón con sus gestos, a cada una de sus palabras y de sus pausas.

—Por ello, vuestros capitanes, nosotros, os proponemos para mayor servicio de Dios y nuestros señores, los reyes doña Juana y don Carlos a quienes la Virgen del Rescate siempre alumbre en sus glorias y guarde por muchos años, constituirnos en un Cabildo y tener de aquesta forma la voz del pueblo...

Por turno, los asistentes se fueron allegando hasta la mesa cubierta con un paño blanco de algodón azteca tachonado de mariposas y caracoles. Como la gran mayoría de los soldados no sabía leer ni escribir, el voto fue oral y cada uno de ellos decía sí y repetía:

—Por Dios, por nuestro rey y nuestra reina, voto por el Cabildo.

Al pasar el último asistente a la mesa, después de que el secretario Godoy contó los votos y vio que había unanimidad, le comunicó algo a Cortés que con gran solemnidad se puso de pie y mirando a la audiencia, dijo:

—Queda desta manera constituido el día de hoy el Honorable Cabildo de la Villa Rica de la Vera Cruz...

Los soldados gritaron con alborozo: —¡Viva el rey nuestro señor! ¡Viva la reina! —Y hubo risas y abrazos.

Presente estaba Malintzin que sin entender lo que pasaba sonreía mirando al capitán Cortés. El consejo del Cabildo se constituyó a

continuación y quedó formado de la siguiente manera:

—En el nombre de las leyes de Castilla y Aragón, los señores cabildos son Pedro y Alonso de Alvarado, Francisco de Montejo, Velázquez de León, Diego de Godoy, Gonzalo de Sandoval —que hizo las veces de secretario—, Cristóbal de Olid, Juan de Escalante, Gonzalo Mejía y Alonso de Ávila.

Todos eran íntimos amigos de Hernán Cortés y compartían sus aspiraciones de desprenderse de la tutela de don Diego Velázquez. Después que se impuso el silencio, Hernán Cortés, que no formaba parte del consejo del Cabildo, pidió permiso para dejar la audiencia unos minutos. Cuando regresó, lo hizo con un traje de gala bordado en oro, sin espada, y sin sus guantes de malla, lo que atrajo la mirada de todos los señores de la asamblea. Con un gesto que había estudiado muy bien la noche anterior, sacó de la pechera de su jubón una carta y dijo al honorable consejo de la Villa Rica de la Vera Cruz:

—Honorables señores, constituido el Ayuntamiento queda sin efecto la autoridad del señor don Diego de Velázquez, gobernador de la ínsula de Cuba, quien otorgome el cargo de capitán desta armada, en nombre del rey Carlos V y de su augusta madre, doña Juana de Castilla y Aragón, a quienes Dios nuestro señor favorezca siempre. —En ese momento, toda la audiencia se puso de pie y se descubrió ante las últimas palabras de Hernán Cortés, aludiendo a los reyes de Castilla—. Y no siendo favorables estas cartas a los intereses de nuestras serenísimas altezas, vengo a depositarlas ante este honrosísimo consejo y devolver el nombramiento del señor gobernador para que vosotros, que ejercéis agora la representación popular, recibáis mi formal renuncia a mi susodicho cargo de Capitán General y estéis en aquesta forma en libertad de nombrar a otro que me remplace.

El presidente del Cabildo tomó la carta de Hernán Cortés, la extendió, la pasó a sus compañeros que simularon leerla y luego, con gesto de gran solemnidad, extendieron la carta de renuncia de Cortés al secretario Sandoval y manifestaron:

—Tomad nota.

—Presto estoy —respondió el aludido.

Y al final de estas palabras rompió la carta del gobernador don Diego de Velázquez, con ademán pausado. Después dijo, dirigiéndose a Hernán Cortés:

—Señor don Hernán Cortés, excapitán general, os ruego abandonar la sede de aquesta audiencia para que el Cabildo sesione sin vuestra presencia.

Cortés efectuó una reverencia y abandonó el lugar; al salir lo siguieron las miradas de sus soldados que no atinaban a entender todavía lo que en verdad estaba sucediendo. Godoy, que era el perito en leyes, explicó:

—Es mandamiento de nuestros fueros y leyes que nosotros, en nombre del pueblo de la Villa Rica de la Vera Cruz, procedamos a elegir los cargos de Justicia Mayor y Capitán General de todos estos territorios nuevos de sus serenísimas majestades don Carlos y doña Juana, a quienes Dios tenga en perenne salud y dicha...

Cortés esperó fuera de la audiencia un buen tiempo, hasta que pasados los minutos se le acercó un guardia armado y le invitó:

—Seguidme, señor capitán.

El consejo del Cabildo había tomado una determinación. Cuando ingresó Cortés, el presidente y demás miembros se pusieron de pie y lo mismo hizo toda la audiencia.

—Hemos procedido, señor Hernán Cortés, natural de Medellín, provincia de Extremadura, de común acuerdo e interpretando a todos los vecinos de la Villa Rica de la Vera Cruz, hoy, en aqueste lugar reunidos en audiencia pública, a nombraros Capitán General y Justicia Mayor.

Hubo aplausos y algarabía entre los presentes. Malintzin iba entendiendo lo que sucedía y miraba a Cortés con agradecimiento en sus ojos. Esa misma tarde, Hernán Cortés emitió su primer mandamiento como Justicia Mayor y Capitán General de las nuevas tierras de la Villa Rica de la Vera Cruz.

—Erigid una picota en el centro del pueblo de esta villa para ajusticiar a todo indio infiel que osare desacatar las nuevas leyes y mandamientos de este ayuntamiento.

Ya era muy entrada la noche. Fuera de la estancia de Hernán Cortés escuchábase el rumor de unas cansadas olas del mar… y un viento que se hacía hamaca sobre las ramas de los árboles, rodeados de silencio y oscuridad. Se oían ladrar los perros del cuerpo de los perreros del ejército de Castilla. Días ha que no había prisioneros para darles de comer y el sargento de la traílla informó:

—Los perros tienen hambre.

—Esperad —había dicho Cortés.

También se escuchaba el acompasado ir y venir de los soldados de ronda que intercambiaban sus santos y señas:

—María, madre de Dios...

—Santiago y punto —repetía el otro.

Y la voz del sereno que brindaba las horas a tono con una voz melódica que se perdía en la oscuridad:

—Ave María purísima... Ave María purísima...

Un perro aullaba con hambre y luego la noche era partida en dos: —María, madre de Dios...

—Santiago y punto...

Cortés estaba ya en su casa. Una casa que se había hecho con la madera de los restos de las naves destruidas. Permanecía de pie con las manos detrás de la espalda y meditaba. Vestía su rico jubón de terciopelo morado. Con ademán nervioso pasábase las manos sobre el cabello. Le acompañaba su secretario Godoy quien ya había levantado el acta de todo lo acontecido durante la sesión del Ayuntamiento. Un fuego al estilo del mundo azteca iluminaba la estancia.

—¿Habéis escrito todo?

—Íntegro, señor capitán.

—Bueno, que nuestras majestades en esta primera carta que envíeles, junto con el oro, sean enteradas de las muchas necesidades destas tierras en extremos de la fe cristiana. ¿Habéis escrito que urgidos estamos de frailes franciscanos para multiplicar la cristiandad?

—Cumplido, señor.

—¿Agregado habéis lo que os dije?

—Al pie de la letra señor. Escuchad: “En estas tierras de México abundan los sodomitas, la putería entre mozuelas de corta edad y todos son devoradores de carne humana, lo que es un acto deleznable y satánico...”

—Bien, muy bien, eso nos permitirá poder vender a estos hombres que no pueden trabajar como esclavos, según el permiso otorgado por la augusta abuela reina doña Isabel la Católica, que Dios tenga en su digno seno. Bien, harto bien. Y es bueno que nos manden también a otros sacerdotes; pues cuando en mi calidad de Justicia Mayor y Capitán General mandé cortarle un pie a Gonzalo de Umbría y ahorcar a Escudero y su compañero por amotinamiento y rebeldía, el religioso Juan Díaz se puso un poco desbocado, ateniéndose a que es el único que aquí nos puede llenar el alma con la Santa Comunión. — Hizo una pausa y expresó: —Agregad...

—Estoy listo, señor —Godoy siguió escribiendo en tanto que Cortés miraba la llama de los ocotes que estaban por todos lados y que hacían las veces de antorchas castellanas.

—Mucho y gran provecho es el valor de los soldados demostrado, los que vienen de Castilla y Aragón, y no puedo decir lo mismo de las gentes de otros lugares de vuestro reino, por lo que os suplico que otorguéis licencia para que nuevos hombres puedan regresar con el capitán Portocarrero, que os lleva esta misiva junto con don Francisco del Montejo, quienes llegarán a vuestras mercedes con el oro que veréis recibido en estas tierras que ya hemos poblado en vuestro nombre para gloria eterna de las armas de Castilla y Aragón. Escoged gente de valía y que venga de las susodichas Castilla y Aragón, para que puedan ingresar y poblar aquestas tierras, ricas en promesas.

—¿Diréis lo de las naves señor?

Cortés, que no esperaba semejante pregunta, dudó un instante, pero luego respondió:

—Decid que todas han sido destruidas por requerimiento de natura y que solamente se ha salvado la nave capitana, que lleva los tesoros —se sentó y empezó a acariciar el puño de la espada para terminar diciendo: —Debéis terminar con holgura de pensamiento, con gran hidalguía en lo que vais diciendo para que nunca nadie sospeche que casi no entiendo de letras y que no sé escribir. Lo haréis hermoso todo ya que lo hacéis en nombre mío.

—Confiad en mí señor, que soy antiguo conocedor de don Alfonso el Sabio. Mirad cómo he de terminar aquesta carta: “Muy altos y muy poderosos excelentísimos príncipes y muy católicos y grandes reyes y señores don Carlos y doña Juana, recibid deste vuestro humildísimo

criado que mucho ora por vuestras Serenísimas Altezas, además de esta carta, los siguientes cofres de oro...”

Ahí estaban los cofres llenos de oro, plata, perlas, plumas... Godoy miró también los cofres llenos y exclamó:

—Es mucho oro...

—Suficiente, a mi ver y sentir, como para endulzarles el corazón a sus majestades. —Y antes de que Godoy se retirara, le hizo la última recomendación: —¿Conocéis a Rodrigo de Castaneda y al paje Orteguilla?

—Conózcoles de tiempo atrás, ya que poseen la virtud de ser duchos en idiomas.

—Es nuestro deseo que a partir de mañana se reúnan durante unas horas con Jerónimo de Aguilar y Marina. Estad atento de que aprendan el idioma de estos indios de México lo más pronto que sea posible. Decid a los capitanes que sean relevados de guardias y otros menesteres para que estén dedicados únicamente al motivo indicado.

—Sí, señor capitán...

Afuera de la estancia, los perros seguían aullando de hambre.

◆◆◆

VIII

Empiezo por decirte mi señor, que Tenochtitlan es como una pluma de quetzal que flota en la mitad del alba y desde que fui una niña aprendí su historia, como si fuera una tierna mazorca de maíz dentro de mí; así lo repetía mi hermana Xochiquetzal, Pluma Florida. Mi madre se refería a ella como una ciudad Miahuaxihuitl, la flor turquesa del maíz.

Mi abuelo, que fue guerrero valiente en los tiempos lejanos de Moctezuma Ilhuicamina, el Gran Flechador del Cielo, decía muchas palabras hermosas sobre la ciudad que vive dormida en el lago y a la que se llegaba desde nuestro pueblo por los caminos del Cerve, del crecimiento, una palabra que no era de la gente de Tenochtitlan pero que a mí siempre me gustó mucho. La gente decía: —Vamos al Cerve, venimos del Cerve.

Las primeras palabras que aprendí, que no eran las de mi madre, que no eran las de mi padre, fueron náhuatl. Mi abuelo, con una paciencia igual a la de la espina del maguey, me fue enseñando el significado de los colores en esa tierra, de los lagos: “La lluvia es azul... el fuego es rojo y amarilla la sequía”.

Así me enteré de que era un pueblo que gustaba mucho de hablar con los colores.

Mi abuelo iba hasta el centro de la montaña y hacía sacrificio de palomillas al dios del Fuego, señor de la Turquesa, señor del Sur, patrón del Alba; porque decía que era el más hermoso de los dioses que vivían allá lejos, por los caminos del oeste, en Tenochtitlan.

Mi abuelo narraba que la ciudad tenía una cuenta larga de los años. Y que era más vieja que todos los caminos. Que no era cierto lo que mandó escribir el Tlatoani Itzcóatl, señor de Tenochtitlan, Serpiente de Obsidiana, quien un día ordenó que fueran quemados todos los libros y los ancianos que leían esos libros, y que se escribiera una nueva historia de México.

Tenochtitlan que debía empezar con él. Las bibliotecas de todos los pueblos, que son cientos alrededor del lago de Texcoco, fueron quemadas por los guerreros de Itzcóatl. Y ordenó una nueva historia, escrita por los escritores también nuevos y a todo eso lo llamó un

nuevo amanecer. Pero mi abuelo contaba que la historia de la ciudad era mucho más vieja y que ya sumaba mil años.

En las orillas de nuestro río el abuelo había plantado cepas traídas desde los tulares de Tenochtitlan y decía que así había nacido la vida en aquella gran ciudad.

—Un día, nietecita mía, hilito de algodón, plumita de tecolote, sonrisa azul de lluvia, llegó la gente extraña, de lejos, e inició la ciudad aprendiendo a fijar cepas de zacate en las aguas de poca profundidad, en las orillas del lago, a efectos de que los mosquitos depositaran sus huevecillos ahí. Luego, sacaban los haces, las secaban y les raspaban sus huevecillos. Tenían la costumbre de untar sus tortillas con esos huevecillos. Pasado un tiempo descubrieron que los moscos servían de alimento, así como esa lana verde que flota en la superficie de la laguna y también empezaron a construir chozas con los juncos, que existen por millones y con el cual hoy hacen los icpalli, tejidos para que se siente el señor de mar a mar.

Miles de esclavos se dedicaron a trabajar sobre esos juncos y llegaron a ser tantos que un día les nació un dios para cuidar de ellos, que se llama Napatecuhtli: el señor de los Cuatro Puntos Cardinales, dios de los que trabajan con los junquillos de la laguna y de todas las lagunas.

Cuando vino la costumbre de que los cautivos se sacrificaran, en aras de un dios, se les rociaba antes con varas del tular que se henchía de humedad en los calabazos verdes, llenos para ese fin. Desde entonces surgió la primera danza, el primer canto, cuando los artesanos de las esterillas, antes del sacrificio de los cautivos, bailaban y paseaban por los canales una imagen de su dios hecha con puras esteras.

Fue en el tiempo de Moctezuma el primero, cuando se inició la ley de que también las niñas debían ser entrenadas en el arte de la guerra y así requeridas en Tenochtitlan. Se les enseñaba el arte del manejo del arco, de la flecha, la macana y las embarcaciones. Eso lo inventó Tlacatecatl, un sacerdote que es hoy segundo en mando de Tenochtitlan, pero su nombre viene del hermano de Moctezuma primero, que creó medios más seguros de defensa y que solían decir: El Sol se puede esconder para siempre pero nunca lo hará en tanto dancen los niños y las niñas de Tenochtitlan.

Los habitantes de Tenochtitlan son broncos en el hablar, hablando de ellos mi madre decía: “Son los que hablan bronco...”Cuando

llegaban al centro de nuestro pueblo, o cuando pasaban por él, todos los niños corríamos a escondernos en el lugar más recóndito de la casa, porque los tenochas son malos y siempre andan por los pueblos vecinos en busca de corazones de niñas, de corazones de niños, para su dios Huitzilopochtli. Ellos decían que venían en busca de Huitzilíhuitl, Pluma de Colibrí; la niña que iba a morir, el niño que iba a morir.

Y así era como los mensajeros del dios iban extendiendo los caminos del odio, los caminos del miedo, los caminos del llanto, los caminos del lloro, los caminos de la tristeza, los caminos de la ceniza sobre el rostro y las manos y la cabeza de las mujeres; por todos lados, de mar a mar. Eso mismo de ir por los caminos para buscar Plumas de Colibrí era por docenas. Cuando un Tlatoani moría y cuando la máscara con el rostro del Tlatoani era retirada del rostro del dios Tezcatlipoca, el sin pierna, el señor de Cara Horrible, el que vive por sangre, el perverso dios de los tenochas; era cuando más se llenaban de miedo los caminos, porque no son contentos de poner un pedacito de jade entre los dientes del muerto antes de cremar el cadáver, sino que hacen sacrificios en su nombre.

Lo mismo sucedía cuando una señora, mujer del Tlatoani, moría. Además de niños, eran sacrificados jorobados y enanos, y junto a ellos unos itzcuintlis rojos para que ayudaran a la esposa del señor en su viaje por dentro del río de los tiempos, que es el río que todos nosotros los nahuachichimecas tenemos que atravesar cuando ya la cuenta de los tiempos ha llegado a su fin. Para que ellos cruzaran el río de los tiempos del más allá en paz, se iban por los caminos del miedo a buscar niñas, a buscar niños.

Los dolientes del señor, de la señora, se adornaban con plumas que entre nosotros son como joyas y los corazones de sus esclavos eran arrojados a las llamas. Las cenizas eran depositadas en un altar, ante el ara del Espejo Humeante, Señor-Señor, y encima de ella ponían una máscara del difunto, de la difunta, de fina madera, con incrustaciones de jade precioso. Y después, bailaban y cantaban y volvían a la alegría; pero en los pueblos como el nuestro, ya la tristeza se había quedado en nuestros corazones y otra vez los caminos estaban llenos de miedo.

Mi abuelo fue grande. Mi abuelo fue bueno. Mi abuelo fue valiente entre los valientes de la guerra. Tuvo que luchar desde niño para la gente tenocha, que también pedía muchachos jóvenes para ir a la guerra a nombre de ellos. El fin de las guerras era angostar la tierra enemiga. Que fuera cada día más angosta, hasta que ya no hubiese

tierra libre en toda la extensión del mundo, porque habían llegado y habían pasado los guerreros aztecas.

En el mes de Tecuilhitontli, la pequeña fiesta de los señores, siempre yo tenía mucho miedo, desde que era así de florida como la rama de un rosal. Mi madre decía que yo era bonita. Ya mi padre decía que yo era bonita. Ya la gente en la calle, el día del mercado, le decía a mi madre: “Tienes una niña que ya camina como Ala de Colibrí ”. Mi madre bajaba los ojos y yo sentía que se me apretaba el miedo dentro del corazón. Puedo decir que fui creciendo con el miedo debajo de mi almohada; con el miedo en mitad del regazo de la vida.

Una niña era buscada por los sacerdotes tenochas para representar a la diosa de la Sal que recibiría a la muerte. La niña, ataviada como esa diosa de la Sal, bailaba vestida con orejeras de oro y una falda bordada con ondas y nubes, y calzada con unas sandalias que simulaban las espumas del mar. Las mujeres danzaban y cantaban con gorjeos de aves y repiques de campanitas. Durante esa fiesta se acostumbraba a ejecutar a algún señor enemigo; ante todo el pueblo, se le colocaba una guirnalda tejida de flores alrededor del cuello, que luego un sacerdote iba apretando lentamente en tanto que las campanitas y las gorgoritas sonaban alegremente. Siempre me pareció muy brusca esa costumbre de los aztecas de ponerle a uno alrededor del cuello una guirnalda de flores en señal de contento, de amistad y de saludo.

Fue en el mercado de la ciudad donde por primera vez conocí a una mujer que no era totonaca, que no era chichimeca, que era náhuatl y Señora-Señora. Ellas no tienen el seno desnudo como nosotras las chichimecas, sino que lo protegen con hermosos huipiles bordados y se cubren por abajo con enaguas rojas y blancas.

Teníamos una vida sencilla, como nido de golondrina, en nuestro pueblo, mientras no llegaran los aztecas, los flecheros del aire, los cazadores de mariposas, los hombres de hablar bronco. Mis padres se reunían para conversar en las tardes, a beber chocolate, todos sentados en grupos, sobre esteras. Al llegar la noche encendíamos braseros de copal y los mayores seguían hablando. Mis hermanos dormían, pero yo seguía escuchando porque siempre me gustó aprender y escuchar. Todas estas cosas son las que aprendí, aunque hoy, señor capitán, yo te las cuente y vayan saliendo de mis labios como sale el agua desde un cántaro de barro.

Cuando murió el hijo del hermano de mi madre, yo era muy niña y recibí el primer mensaje de que algún día yo también podría ser

escogida para morir... Para vivir eternamente, dicen los tenochas. Pero no era así. Para morir, para morir, y así, los dioses de los aztecas puedan seguir viviendo. Los caminos del miedo existían para que esos dioses de los aztecas pudieran vivir para siempre.

El hijo del hermano de mi madre fue sacrificado al Espejo que Humea. Lo vistieron como él antes del sacrificio y lo hicieron bailar horas enteras una danza que las mujeres de la danza le enseñaron. Yo lo vi desde lejos. Tenía pintura negra en su linda cara de niño de trece años, un penacho de plumas de quetzal que ondeaban al aire, como la seda que tienen las mazorcas del maíz. Sobre los hombros le pusieron un gran ornamento de plumas de quetzal y otras rojas; y las pezuñas de venado atadas a las piernas con una correa que se hace con la piel de ese animal de los montes. El hijo del hermano de mi madre no estaba preparado para morir. De hecho, ya su padre lo estaba alistando para que visitara la Casa de las Mujeres de Muchos que vivían en la Casa del Canto donde recibían el placer los muchachos que querían ser guerreros jóvenes.

El hijo del hermano de mi madre con su cara de niño, sus ojos de niño, su boquita de rosa no dejó nunca, nunca, de llorar hasta el momento en que el sacerdote vestido de negro le arrancó el corazón. Incluso lloraba cuando bailaba. Y lloraba a gritos llenos de angustia cuando iba subiendo las gradas del templo y la gente le lanzaba flores y papeles de colores conteniendo oraciones para el dios.

El hermano de mi madre que ya era casi viejo, después de la muerte de su hijo, se llenó las manos de cenizas, los pies de ceniza, el rostro de ceniza, e inició una danza de pena que duró muchos días frente a las gradas del templo. Así de día y de noche hasta que cayó rendido por el cansancio y porque ya no podía llorar más. Daba pena ver a ese hombre casi viejo danzando y danzando en tanto que la gente pasaba sin hacerle caso. Y siguió bailando muchas horas después, casi cerca del alba, cuando los braseros que alumbraban la ciudad de Tenochtitlan ya se habían apagado.

Ya viejo, mi abuelo decía:

Esos aztecas, ah, esos aztecas son como una pluma de tu cabeza que ya has desechado, como un collar de piedras preciosas que ya no usas... Pero eso no ha de durar porque han estado caminando para atrás como el viento cuando se abate sobre las mazorcas nuevas del maíz y se presenta desde lejos.

Mi abuelo a veces admiraba, y a veces odiaba todo lo que era del

mundo de los aztecas y solía declamar los poemas del señor que fue de Texcoco, Nezahualcóyotl.

Nuestro pueblo, a pesar de ser muy pobre, tenía que pagar un gran tributo de guerra como pueblo que alguna vez fue vencido por los tenochas. Teníamos que dar grandes raciones de tamales para alimentar a los prisioneros de guerra y también tamales secos como aporte a los bastimentos de la guerra cuando el ejército iba a lugares lejanos para ensanchar las fronteras de México. Teníamos que enviar cargas de leña para la Escuela del Templo de los Guerreros, para la Escuela de los Corredores de Chalco y para alimento de la Mansión de los Corredores. También canastos y más canastos del copal que era usado para dar humo a los dioses de Tenochtitlan y a los prisioneros que iban a ser sacrificados. Nuestras mujeres tenían que tejer muchas sandalias del color del chile rojo para las esclavas de la diosa del Maíz. Esa diosa terrible que gustaba de pedir a los padres, niños recién nacidos cuando las madres aún los estaban acunando a la luz de los braseros. Y no quiero contar aquí lo que nos pedían para que Colibrí Ala Izquierda pudiera estar siempre contento con ellos. Decían que eso era bueno, que eso era justo, que así debían ser tratados los pueblos vencidos por Tenochtitlan y por Texcoco y por Tlacopan y era tanto así su creencia que los recolectores del tributo tenían pintados en sus mantos el arco y la flecha, que son los símbolos de la justicia.

Cuando llegaban a nuestro pueblo siempre era de noche, pero nosotros sabíamos que iban a venir, que estaban llegando, porque venían ataviados con una lira de piel alrededor de la cabeza, narigueras de arcilla, mantas blancas dibujadas, cintas de piel, y, alrededor de los pies, cascabeles sonoros. Ya vienen –decía el abuelo– los que suenan como el final de los cascabeles...

Una vez, cuando yo era niña, una alegría se prendió en la ciudad. Llegó la noticia de que los guerreros huexotzincas se habían rebelado contra los jefes de Tenochtitlan. Vimos los ejércitos pasar por nuestro pueblo en una mala hora en que les dieron permiso, en que se quitaron los troncos de árboles caídos en los caminos, simbolizando la tierra, nuestra tierra; esa región donde hemos nacido, donde nacimos nosotros los que nunca fuimos amigos de los tenochas. Los guerreros huexotzincas pasaron por el centro de nuestra plaza y bebieron agua fresca de los pozos; iban con la cara teñida de rojo como los chiles y un cordel negro alrededor de la cabeza para distinguirse de los tenochas en la batalla. Y ¡ay de nosotros! Cuando iban pasando les lanzamos flores que los espías de Tenochtitlan después recogieron, puesto que ya habíamos echado flores de amor a los guerreros que iban a luchar contra Tenochtitlan.

Contaban nuestros viejos cómo los guerreros llegaron hasta Tenochtitlan sin lograr poner los pies en una sola de las calzadas. Solamente a los sacerdotes les fue posible entregar los regalos ofensivos, portadores de su odio, como era el canasto de tiza, las plumas de la garza, las flores amarillas, las gorras hechas con fibras de maguey, las blusas y los chales también hechos con las fibras de maguey. Le tocó luchar contra ellos a la gente de Tlatepac, lugar donde se hacen las esteras de los juncos del lago, y a la gente de Tollan, donde crecen los juncos.

Coateotl, el cantor de los guerreros huexotzincas ni siquiera logró dar fin a su danza de guerra y a su grito de que iban a quemar a los guerreros tenochas; que los iban a flechar; que los iban a convertir en abono de las huertas del lago. No pudieron flecharlos, no pudieron quemarlos como ellos querían.

El nombre del guerrero Muxcóatl, Serpiente Nublosa, se hizo famoso en esa batalla. Fue él quien dirigió luego a sus guerreros victoriosos hasta Cuitláhuac, pueblo cercano a Chalco, donde hace mil años un dios cayó con figura de cabeza de venado. En ese lugar se sacrificaron por centenas las mujeres guerreras huexotzincas y las fueron subiendo una a una, como venados flechados, hasta la cima del templo donde las sacrificaron. Ese se conoce como el día del sacrificio de las mujeres guerreras huexotzincas, que perdieron en la batalla contra Tenochtitlan.

A ninguno de los guerreros vencidos se le dijo: “Descansa, esta es tu casa y toma tus tortillas”. Al contrario, a todos les dieron tortillas gruesas después de la batalla, después de vencidos, y no tortillas amarillas y delgadas como hubiese sido si les hubieran perdonado la vida, si no fueran a ser sacrificados. Los mataron a todos por flecha y el fuego. Uno solo de los guerreros se salvó y llegó a nuestro pueblo, pero ya nadie quiso ofrecerle un calabazo de agua ni el tierno trozo de nopal para que comiera; se le volvió la espalda, ya nadie quiso saber nada de él y se perdió en la noche.

Después de eso, por los caminos que van y que vienen del territorio de los huexotzincas, se miraba un escudo solitario como la señal del inicio de otro territorio en el camino del miedo de los aztecas. La gente que sobrevivió tuvo que caminar durante mucho tiempo con cargas de frijoles como tributo a Tenochtitlan, con cargas de totopostes y con grasa, con unto de muertos, para la medicina de los heridos. Ni siquiera fue posible que escritores de buena pintura escribieran la historia de lo que sucedió. Los narradores cuentan solamente cómo, cuando llegaron los señores guerreros huexotzincas a

la primera calzada, un guerrero de Texcoco se paró ante ellos con un tambor de madera. Una fogata de señales brilló sobre el cerro de Cuauhtepec y después los guerreros de tanta fama, que eran los huexotzincas, vieron cómo los señores de la Guerra de Texcoco estaban juntos, vestidos de blanco, para defender las entradas de México Tenochtitlan, la ciudad fortaleza.

De nada sirvió que vinieran también en ayuda de la gente huexotzinca algunos famosos jefes de Tlaxcala vistiendo sus sencillas ropas blancas y duras de algodón. Los guerreros de Tenochtitlan se presentaron cubiertos de rojo y sangre y amarillo y blanco y también de negro, con sus cordeles amarrados alrededor de la frente para distinguirse, listos para pelear en la llanura, donde siempre hacen la guerra, llamada por ellos, el divino licor de la pelea.

Los guerreros aztecas avisaron antes del ataque, pues era vil y cobarde no hacerlo. Los guerreros aztecas con máscaras de jaguar, de coyote, de oso, con armaduras blancas de algodón. Un hombre con máscara de venado fue capturado y rogó por su vida y fue escupido por su captor con vergüenza, ya que en verdad es una vergüenza capturar a un guerrero que no sea valiente. Esa vez avanzó el ejército de Tenochtitlan al son de sus flautas, de sus tambores de madera, y marchaban cantando en tanto sonaban su teponaztli.

“Plantaremos magueyes en el mercado de Tenochtitlan”gritaban los enemigos, pero eso hacía reír a los guerreros tenochas. Ellos, los guerreros de Texcoco y los guerreros de Tlacopan y los guerreros de Tenochtitlan, sabían que ganarían la batalla y que luego los mapas iban a ser distintos. Los mapas de la tierra serían diferentes, con más colores brillantes para las tierras de los señores grandes de la alianza; color tierra carne para los jefes inmediatos, y amarillo claro donde habitan los macehuales. Amarillo claro es también en los mapas, la tierra de los calpullis, donde los macehuales doblan la espalda para sembrar; ellos, los escarbadores de la tierra. Después, al mostrar el mapa, los señores podrían decir: “Esta tierra es mía, la he ganado con mi lanza”.

Los que perdieron tuvieron que dar como rescate a sus mujeres y a sus niños para seguir teniendo una tierra donde vivir y sembrar. Así hicieron una vez los tepanecas y se quedaron sin niños y sin mujeres. Los tepanecas son los dueños de los jardines de la tierra artificial, cruzada por canales, donde sus canoas de fondo plano se deslizan serenamente por los estrechos canales de la tierra firme.

Todo sucedió a largas horas del campamento de Cortés. Después de la barbarie, después de que los soldados de Cortés no se portaron como hombres, estaban ahí en la orilla de uno de los ríos que corría mansamente rumbo al mar de fuego. Junto a ellos estaban varias mujeres del pueblo vecino, en su mayoría entre los doce y quince años de edad.

—¿Capitán y agora qué hacemos? —preguntó el sargento.

Al capitán de Aragón le tomó desprevenido la pregunta y después, de un instante titubeó y dijo:

—Ellas son infieles, no valen nada. —Miró a las mujeres que atemorizadas se agruparon en una esquina de los grandes árboles de pirul. Todas estaban ultrajadas y temerosas. Caminaban con pasos dolorosos y sus enaguas blancas de algodón presentaban manchas de sangre.

—Si regresáramos al real de don Hernán con estas mujeres acusaríannos de impíos, puesto que son infieles. El capitán, como respuesta, lanzó una mirada hacia el grupo de muchachas ultrajadas y dijo:

—¡Pardiez, en verdad que en el mercado de Sevilla tendrían buen precio!

Sus soldados rieron a carcajadas su salida.

—Ah, señor capitán, si pudiéramos llevarlas, a fe mía que no imagináis la cantidad de duros que haríamos con ellas. El señor almirante Cristóbal Colón decía que nunca vio tanto dinero junto por unas piezas extrañas, corno en la venta de los primeros infieles.

—Ya volverán los tiempos, vive Dios —dijo sonriendo el capitán —. Mas agora, estas mujeres no deben regresar al pueblo, donde don Hernán se pueda enterar de lo acaecido. Todos asintieron y miraron al capitán, este dirigió una mirada al río cuya corriente golpeaba las piedras con furia. En sus manos tenía unas cuerdas y con la vista seleccionó unas piedras grandes y observó los pies de las muchachas. Ellas adivinaron, por las miradas del señor capitán, que pensaba atárselas a los pies y arrojarlas a la corriente del río, y empezaron a dar alaridos y a suplicar a los castellanos.

Los demás soldados esperaban la orden del capitán que no se hizo esperar. En el momento en que el sargento mayor se acercó a una de las mujeres para atarla y arrojarla a la corriente del río, se escuchó un

ruido. Una macana de doble filo cruzó el aire y se incrustó en la cáscara del árbol que cubría a las muchachas, a pocos centímetros de la cabeza del sargento mayor. Inmediatamente, un estruendo de pitos, de sonido de caracoles y de tambores inundó el lugar. Los soldados se pusieron en guardia y aprestaron lanzas, ballestas y espadas. Terminó el escándalo de los instrumentos. Posteriormente se escuchó solo un tamborcillo. Sonó un pito y todo el lugar se cargó de suspenso; los soldados solo escuchaban, y en la espesura de la selva no sorprendían a ningún enemigo. Pero estaban listos para repeler un ataque, que presentían inminente. El capitán estaba indeciso, no sabía qué hacer.

—¡Estamos rodeados! —exclamó, con cierto temor en sus palabras, que agrandaron la inquietud de los soldados.

Los tambores, los pitos, los caracoles sonaban desde todos los lados de la montaña. También sobre las aguas del río empezaron a bajar jícaras cargadas con flores amarillas. Los soldados sabían, sentían que estaban rodeados, pero no lograban otear nada por parte alguna.

Al otro lado del río, el tambor del pecho de Cuauhpopoca dejó de sonar. Junto a él se hallaban unas mujeres con una mariposa pintada sobre el rostro. Cuauhpopoca era el capitán azteca y gobernador de todas las provincias del mar. Una máscara negra le cubría la cara de ojo a ojo. A su alrededor y por todos lados, pululaban los Caballeros Águila, Jaguar, Coyote y una enorme cantidad de guerreros, hombres y mujeres de diferentes grados. En el rostro de las guerreras Máscara de Mariposa, que estaban junto al capitán azteca, se adivinaba una gran fiereza. También frente a él, lanzando humo de copal a todas direcciones, estaba un sacerdote y más atrás, sobre unas andas, otros cuatro sacerdotes. Y en el centro, sobre otras andas de varillas de bambú, el dios de la Guerra.

El capitán azteca había dispersado a su gente en forma tal que los soldados castellanos comprendieron que se encontraban atrapados; espada en mano, veían acrecentar los momentos y estaban decididos a morirse todos o a ganar esta batalla, la primera contra un cuerpo del ejército de Tenochtitlan.

Después de un silencio, el capitán azteca, tocó de nuevo el tamborete que le pendía desde el pecho; era pequeño y lo recubría una piel de iguana. Desde el labio de cada uno de los guerreros se inició el estruendo de los pitos; cada guerrero azteca, hombre o mujer, tenía un pito de cañas entre los labios. Las mujeres, los hombres, todos venían armados con macanas de filosa obsidiana.

—Compañeros, estos salvajes no nos van a atacar; quieren tomarnos vivos —observó el capitán con gesto nervioso.

—Nos ha llegado la hora de morir —respondió el sargento. Ante las palabras del sargento, el capitán reaccionó: —¡De morir no! ¡Tenemos que salir de aquí!

El capitán habló con el sargento y planearon una salida en punta de lanza, y juntos, los veintisiete soldados, se precipitaron al ataque.

Las mujeres, aprovechando el desconcierto de los castellanos, huyeron. El capitán y los soldados irrumpieron por una ladera del río donde les hubiera ido fácil a los aztecas destruirlos a todos, pero por una razón inexplicable para el castellano, no fue así. Se toparon frente a frente con una enorme cantidad de guerreros que se abrían a una señal y los dejaban pasar. Pero desde todas partes los iba siguiendo una lluvia de lanzas que, de intento, ninguna daba en el cuerpo de los soldados castellanos. Y sucedió algo extraño, cuando los soldados llegaron a un lugar donde parecía que serían atacados, les cayeron decenas de flechas y de lanzas para cerrarles el paso como una cortina que, sin herirlos, les dio a entender que no debían pasar.

—Os he dicho, sargento, quieren capturarnos vivos y es evidente que nos van guiando hasta alguna parte.

Pero los soldados de Cortés no tenían alternativa y siguieron huyendo sin entender que iban al lugar trazado de antemano por la estrategia del capitán azteca.

Cuauhpopoca, que veía a los soldados de Cortés huir hasta los árboles de zapote, esbozó una sonrisa que una mujer guerrera repitió. El jefe azteca dejó de tocar el tamboril que le pendía del cuello y con el que había estado dando órdenes de movimiento en el transcurso de la cacería. El lugar se llenó de nuevo de silencio y suspenso. Los guerreros de Cuauhpopoca, que no habían herido a ninguno de sus enemigos, veían alborozados cómo los castellanos corrían desesperados.

Cuando llegaron debajo de las ramas del zapote, los españoles sintieron que eran atrapados por los pies y elevados en el aire, quedando suspendidos de las ramas. Otros habían sido cubiertos por redes de pescar que les habían caído encima desde las ramas del bosque, y los otros cayeron en trampas cubiertas en la tierra y listas para la caza del jaguar. Un instante después, los soldados, izados desde sus botas, pendían en el aire y hacían lo posible por cortar las

ataduras con sus espadas. Pero el soldado que lo lograba era asaeteado por los guerreros flecheros de Cuauhpopoca y caía al suelo muerto.

El capitán castellano había logrado correr más aprisa y escabullirse entre unas ramas, donde se escondió. Desde ahí había de ver todo lo que sucedería. Todos los castellanos habían caído en la trampa.

Un sacerdote empezó a bailar una danza alrededor de ellos. Los soldados heridos eran rematados inmediatamente por las guerreras mujeres con la mariposa pintada sobre la cara. El capitán azteca volvió a tocar su tamboril y a su orden, los guerreros flecheros apuntaron a los cautivos y dispararon. Pero lo hicieron de modo tal que sus filosas puntas de flecha de obsidiana cortaron las cuerdas y los soldados cayeron al suelo. Pronto se presentaron unos guerreros aztecas cargando unas jaulas de madera e invitando con gestos a los prisioneros para que entrasen en ellas. Los soldados, al ver la superioridad del número, ingresaron, uno a uno hasta las jaulas, donde cabían diez por grupo. El sacerdote terminó de bailar. Dejó de sonar el pito y el tamboril. Los guerreros aztecas se perdieron en la montaña.

El capitán castellano, que había observado todo hasta el último momento, dio gracias a Santiago por su suerte y se escurrió como culebra hasta un bosque de pirules; después, se puso de pie y corrió rumbo al sonido del mar con la espada toledana entre sus manos.

◆◆◆

IX

Todo era hermoso para Hernán Cortés. En la gran ciudad de Zempoala los habían recibido al principio como enemigos. Pero les fue fácil a los soldados de Castilla destruir las tácticas de guerra que les habían presentado los guerreros de Zempoala y el resultado fue un campo de muertos.

Con furia se lanzaron los guerreros de Zempoala contra el ejército de Cortés, pero los hombres de a caballo, los cañones y los tiros certeros de los arcabuces, pronto dieron cuenta de ellos. Y cuando el ejército de Zempoala intentó volver a reunirse para un nuevo ataque, el señor de la ciudad, un viejo obeso y tonto, decidió rendirse.

Los soldados fueron recibidos con flores, frutas, gritos de pitos, cantos de caracol y danzas. Las calles se llenaron con el humo del copal que los sacerdotes usaron para ahumar a cada uno de los soldados de Cortés. Luego, los españoles se dedicaron a saquear la ciudad, a perseguir a las mujeres; a redondear el asombro de sus ojos cuando creyeron que las paredes de las casas estaban hechas de plata.

Pero eso fue más allá de ayer, más allá de una semana, más allá de hace unos días, en Nueva Sevilla. La noche había empezado hacía horas. Braseros de copal, para ahuyentar los mosquitos, inundaban la casa de paredes de plata, donde se hospedaba Cortés. Afuera, hasta los oídos de Cortés y de Malintzin llegaba el dulce sonido de una mandolina y la voz de un soldado que cantaba una vieja tonada napolitana muy en boga en Venecia cuando los soldados castellanos recibieron cuartel en aquella ciudad. Era una tonada que recordaba la guerra contra Nápoles, las mujeres violadas, el oro de los hombres de Venecia.

Sobre una silla recamada de oro estaba la espada de Cortés. Allá, sobre el suelo, su jubón y sus botas negras. Él estaba echado sobre una cama baja, cubierta de hermosas sábanas de algodón muy blanco con caracoles tejidos. Una gran cantidad de cueros de jaguar y de puma cubrían el piso a manera de alfombras. Junto a Hernán Cortés, en el lecho; estaba Malintzin desnuda. Cortés la miraba bajo la lumbre de la enorme antorcha que iluminaba el cuarto. Tenía unos dados en sus manos, que lanzaba sobre el pecho de Malintzin como si fuera una

mesa de juego. Los dados caían sobre los senos, sobre el cuello, sobre el ombligo de Malintzin y resbalaban a veces hasta su vientre, hasta la negra pelambre de sus piernas, hasta el cobijo de su placer...

Desde una jícara con bordes de oro, Cortés escanciaba el vino y también dejaba caer gotitas de licor sobre los senos de Marina, que se volvían rojos al momento y que Cortés libaba con ansia. Ella tenía el pelo largo, negro y Cortés no paraba de mirar a la hermosísima mujer que, como un botín de guerra, la vida le había brindado. Malintzin, quien también había probado el vino castellano, se encontraba mareada y no entendía cuando Cortés lanzaba los dados sobre sus senos y recogiéndolos en el pliegue de su cintura repetía:

—¡Senas, senas! ¡Voto a Satán, que tengo suerte hoy! Luego, la besaba profundamente y decía: —Beso, el beso, besar, nos besamos, beso... —Y en cada palabra besaba a Malintzin en la palma de la mano, en los hombros, en el regazo de la oreja, en el nacimiento de sus senos turgentes.

Malintzin, como aprendiendo la lección, besaba a su vez a Cortés en la barba, en las manos y repetía:

—Beso, beso, beso... besatl...

—Besatl no, Marina, besar… besar. —Y le dio un beso en el nacimiento del sexo que la estremeció toda...

—Besar... besar... besar...

Sonrió como una venada que hubiese sido atrapada en una encrucijada del amor. Cortés colocó suavemente la mano sobre los labios de Malintzin y continuó repitiendo dulcemente:

—El beso es lo primero de la vida. En el principio Dios besó al hombre y le dio la vida... Lo segundo es el beso y lo último es el beso; y el beso es el amor...

—El amotl —repitió Malintzin. —No, Marina, no, repite rrr rrr... —Rrr, rrr.

—Bueno, agora decid amorrr amorrr.

—Amorrr amorrr amorrr —Y rio al saber que ya podía decir amor sin mentar la tl de por medio.

—¡Por nuestra señora, habéis pronunciado amor y no amotl...! —Amor, amor, amor... —repitió Malintzin.

Cortés terminó de escanciar el vino y la bota quedó sin una gota. Se inclinó, buscando refugio junto al soberbio y hermoso seno de Malintzin. Como en un murmullo, en tanto que ella jugaba con sus cabellos, iba diciendo:

—Cuando aquesta guerra termine y los infieles reciban la Sagrada Comunión, todo será distinto, lo veréis. Sembraremos la tierra de trigo, de uvas, de manzanas, de albaricoques... El pan germinará sobre la tierra como hoy germinan las flores... Haremos casas de madera con cal y canto y en vez de maderos o musgo sobre el techo, pondremos tejas de Castilla... Y vos, Marina, seréis tratada como una reina de Aragón.

Cortés bajó las manos hasta el ombligo de Malintzin y el reflejo de una lámpara que pendía del techo jugó con los pezones negrísimos de ella. Malintzin no entendía, pero Cortés seguía hablando.

—En Salamanca tuve un maestro que decía: "la vida hay que vivirla intensamente, cada hora, como si fuera la última de toda la existencia ... pero con nuestras propias leyes y solamente así, solamente así, podremos llegar al amor..."—Miró los negros y candorosos ojos de Malintzin y continuó: —Habéis de saber, señora Marina, que en Medellín, mi pueblo, había una mujer que hablaba como mi maestro de Salamanca... —Iba a contar la historia de la mujer de Medellín, cuando sorprendió que ella no lo estaba entendiendo; regresó entonces a la lección interrumpida de castellano: —Beso, el beso... Besar, Marina, besar. ¡Por vida mía que sois una mujer hermosa, tan hermosa como mil besos juntos! —Y la besó en la boca, la besó y la siguió besando.

Gritos, insultos y blasfemias interrumpieron a Hernán Cortés. Algo estaba pasando fuera de su estancia. Malintzin toda atribulada se escondió detrás de una cortina, pues había escuchado el grito inconfundible de un guerrero Ocelotl, el grupo más valiente del ejército azteca. Por señas le dijo a Hernán Cortés que se aprestara. Este tomó la espada y, completamente desnudo, se lanzó fuera de la casa. Vio a unos soldados, centinelas suyos, muertos, degollados, y otros tres soldados de Castilla que luchaban con las espadas ensangrentadas contra unos aztecas cubiertos de máscaras quienes luchaban en una forma encarnizada. Sin parar mientes en su completa desnudez, Cortés se lanzó a la lucha y dio la alarma. Atravesó con su espada a un guerrero que con un lazo estrangulaba a uno de sus centinelas y después dio de gritos: ¡A mí, Santiago, a mí!

Pronto los guerreros aztecas se vieron rodeados por capitanes castellanos. Unos vestidos y otros a medio vestir intervinieron en la lucha y pocos instantes después habían dominado la situación. Cortés se dio cuenta de que la fuerza estaba de su parte y gritó: —¡Capturadles vivos, los quiero con vida!

Guiado por el capitán Olid y Pedro de Alvarado, ingresó de nuevo en la estancia y empezó a dar órdenes. Malintzin acudió ante él y le cubrió la desnudez con una colcha tejida con plumas.

—Se... se... ñor, he... he...mos ca... capturado cincuenta de estos sal... salvajes... informaba poco después Alvarado.

—¿Les habéis distinguido?

—Son... los mis... mis… mos aztecas.

Con dificultad, Alvarado explicó que formaban parte de los hombres, mujeres y niños que habían llevado a Zempoala portando alimentos, frutas, tortillas, cacao, tabaco y aves, todos en caravana y que con tanta alegría habían recibido los soldados castellanos. Se habían presentado dirigidos por un guerrero joven que se anunció con palabras de amistad y que se encontraba fuera de la estancia del capitán, atravesado por una espada y agonizando. El capitán Olid informó:

—Sabido tenemos que han venido en plan de espías para averiguar el número y la cantidad de nuestra fuerza y la capacidad de defensa de la armada de Castilla.

Una hora después, se había ampliado el informe. Cortés estaba nervioso y jugaba con unos dados entre sus manos. Se encontraba sentado, envuelto en la alfombra de plumas con la que lo cubrió Malintzin.

Junto a una de sus piernas tenía la espada, todavía manchada de sangre. Detrás de él se hallaban Malintzin y Jerónimo de Aguilar. En frente, un grupo de guerreros aztecas heridos y atados con una cuerda que los unía por el cuello. El jefe de la comitiva estaba casi muerto, sucio, herido en varias partes del cuerpo, pero no lanzaba ni un lamento y miraba con indiferencia a Hernán Cortés. Entre los cautivos, había muchachas, niños, algunos viejos y viejas.

—Ya ha... han con... con... confesado al... al... algunos —tartamudeaba Pedro de Alvarado.

—¿Cuántos han confesado su culpa?

—Al... al... gu... nos...

El capitán Olid intervino: —A algunos heridos los hemos obligado, apretándoles los castañones, pero ellas —y señaló a las mujeres—, no han querido decir nada. Ahora sabemos que vinieron con un plan para averiguar todo lo que hacemos. Los ha enviado el señor de Cholula, pero entendemos que en esto está también la gente de Temiztlan...

Cortés, poniéndose de pie, tomó la espada con arrogancia, como si fuera una vara de la justicia, y dijo con voz fría, de enojo: —Bueno, agora han de saber cuántos somos, y que de día y de noche, siempre que vengan en fe de hacernos daño, sabremos responder—. Y dirigiendo la palabra a Jerónimo de Aguilar, dijo: —Jerónimo, traduce mis palabras a Marina y que las diga con fidelidad.

Jerónimo le tradujo lo anterior a Malintzin en el idioma de la gente del cacao y de las frutas, y esta lo repitió en náhuatl a los cautivos. Y para finalizar Cortés añadió:

—¿Son cincuenta? ¿Diez niños? ¿Trece mujeres? Bueno, cortadles a todos la mano derecha y devolvedlos a los jefes que enviáronlos a espiar y así sabrán quiénes somos los hombres de Castilla y Aragón.

Alvarado y Olid se disponían a salir, pero en ese instante Olid preguntó: —¿Qué hacemos con los heridos señor? —Y señaló al príncipe azteca que estaba todavía en el suelo mirando con arrogancia, como si no entendiera ni le importara su destino.

—Echadles a los perros, que hambre tienen. Después, hablando a Jerónimo de Aguilar, pero mirando a los ojos de Malintzin, dijo: —Agora decidme, ¿cómo son estos guerreros aztecas capaces de tales actos de valentía, señora?

—Mi señor capitán, mi señor capitán, cuando la primera luz del alba se anunció sobre el horizonte, el guerrero azteca salió desde Aztlán, el lugar de las garzas, el lugar del comienzo, el lugar desde donde partió la esperanza para ellos. Y desde entonces, caminando siempre rumbo al sol, el guerrero azteca tiene únicamente como objetivos hacer cautivos para que ofrezcan su sangre al señor Tezcatlipoca, el señor de Cara Negra, y Cojo; hacer cautivos para ofrecer su sangre al señor Blanco Quetzalcóatl y reunir prisioneros para, con su sangre, alimentar a su dios Huitzilopochtli. Has de saber, mi señor capitán, que el guerrero azteca tiene una forma y solamente

una forma de vivir; vive con la esperanza de recibir un día la muerte rosada en la que a su vez él ha de entregar su corazón a Dios.

En Tenochtitlan, señor, ciudad fortaleza, no se conoce la necesidad de mantener un ejército, incluso en casos de sitio, como he visto que vos lo hacéis. Tenochtitlan no es sino una fortaleza poderosa. Tiene dentro de la ciudad agricultura, de noche a día; chinampas, casas flotantes, pescadores de turno, cuadras flotantes, canales de riego y terrazas llenas de flores y de pájaros. Así como lo has visto en Tlaxcala, todos los lugares cerca del Templo están cercados y a veces con murallas que son de muchos kilómetros de largo, y es que una de las osadías en la guerra es tomar el Templo Mayor de cada ciudad; y por eso has visto en los libros que ellos te han obsequiado, que las conquistas están indicadas por una flecha clavada sobre un templo en llamas. Siempre intentan concentrar la batalla cerca del templo ya que, una vez tomado el Teocalli, cesa la batalla y los guerreros vencidos se entregan mansamente en calidad de prisioneros y son conducidos al sacrificio, menos los grandes señores de la guerra, ya que ellos representan al Dios mismo y son intocables.

La imagen del dios Huitzilopochtli, la deidad que representa al sol, es lo más preciado al final de la guerra. Se le conoce por su disfraz o nagual en forma de serpiente de fuego. Su nombre quiere decir Colibrí Zurdo y en las danzas al dios de la Guerra se le representa con una pequeña lengua roja sobre la frente y su rostro está pintado de amarillo y blanco colocados en barras transversales.

Otro de los dioses importantes durante la captura es Tezcatlipoca, llamado en Tenochtitlan el dios Invisible. Camina para todas partes, lo mismo para atrás que para los lados. En las esquinas de Tenochtitlan existen banquetas para que el Dios se siente a descansar cuando durante la noche hace su recorrido por las cercanías de su templo. Es el dios que preside la Casa de los Guerreros Jóvenes y también el señor de la Escuela de la Guerra. Se representa siempre llevando el peinado especial de los guerreros y va armado con un atlatl, lanzadardos, arma antigua que hoy es superada por las armas nuevas que tienen los guerreros aztecas. También se le suele llamar el Espejo que Humea.

Los guerreros de Tenochtitlan van a buscar guerra con sus vecinos no solamente para angostar las tierras ajenas, sino para tener víctimas dedicadas a sus dioses en sus grandes festividades. Es entonces cuando los guerreros aztecas hacen los caminos del miedo. Van a buscar prisioneros durante las grandes festividades de sus dioses: para celebrar las victorias que se han alcanzado; cuando se inaugura un

nuevo templo; con motivo de la toma de poder de un nuevo señor y para contrarrestar las calamidades.

Todo enemigo es ornamentado con plumas blancas de garza; de ahí viene la costumbre de enviar tiza al enemigo que se ha convocado al combate. Eso quiere decir que, si pierde la batalla, si es capturado, será llevado hasta la piedra de los sacrificios. Después de efectuado el sacrificio le es cortada la cabeza al guerrero y colocada en el templo de las calaveras.

Cuando tu ejército se asome a la gran ciudad de Tenochtitlan, verán miles y miles de esas cabezas disecadas al sol. Si el guerrero es muy distinguido se trata de mantener la cabeza con todo y piel. En Tenochtitlan hay dos de esos templos, uno es llamado Tzopantli, y el más antiguo y pequeño es llamado Huci-Tzopantli. El más cruel de todos los sacrificios es llamado Huehuetéotl. El prisionero es arrojado vivo a una gran hoguera y luego se le extrae el corazón. En las ceremonias de Tláloc, el dios de la Lluvia, se ahogan niños en su honor.

La vida de un guerrero es combatir para morir un día y ser, a su vez, sacrificado al sol. De ahí que el guerrero azteca no le tema a la muerte porque es cobardía no luchar hasta el último momento.

Si el guerrero tiene hijos le es permitido llevarlos a las operaciones militares para que vayan aprendiendo. Cuando un niño cumple los quince años de edad, puede escoger entrar en dos escuelas diferentes, el Calmecac o el Tepuchcalli. El Calmecac es más rígida en la educación.

Ahí aprende artes y danza, oratoria, historia, el arte de leer los nudos, de leer libros, de adivinar las cosas por el nombre que han de tener después de esta vida y que tuvieron antes de que él naciera. En el Tepuchcalli el niño que entra está ya consagrado a Tezcatlipoca; es ya un guerrero y toda su vida será un servidor de la guerra.

A los quince años es presentado, mediante una ofrenda, al Templo por sus padres y debe efectuar una serie de servicios humildes, como barrer las calles aledañas, hacer edificios, buscar leña, pasar largo tiempo sufriendo frío y hambre en las montañas y valiéndose por sus propios medios de subsistencia; sin que durante ese tiempo se le permita arma alguna para cazar o cortar raíces, en busca de alimento. En el templo, tiene a su cargo buscar la leña para los grandes braseros que mantienen la llama de Tonatiuh, el Padre Sol, siempre ardiendo.

Les está prohibido tomar licor y si alguno lo hace es condenado a muerte. Si es hijo de macehual se le mata en público dándole de palos y si lo es de guerrero famoso se le estrangula en privado con una cuerda. No puede casarse durante el tiempo de servicio en el Templo de los Guerreros y si ansía hacerlo está obligado a pagar a su maestro veinte mantas bordadas.

Los jóvenes del Tepuchcalli se reúnen todas las noches en una casa llamada Cuicalco para aprender el arte de la danza. La educación que el niño guerrero recibe en ese lugar es militar y religiosa. Suele suceder que durante los ejercicios se le cargue de gruesos maderos subiendo y bajando montes. Después tendrá que cargar los escudos y las armas, y se le lleva al combate para que se acostumbre al olor de la guerra. Se les maltrata físicamente para hacerles inmunes al dolor. Es por eso que aun herido de gravedad, el guerrero azteca sigue combatiendo ya que ha logrado dominar el dolor.

Si se distinguen, pueden subir un grado, Tiachcauh o Maestro Joven; y siguiendo por ese camino pueden llegar a ser Telpolchtlato, el que dirige a todos los jóvenes en la escuela y tiene autoridad para castigarlos. El gran mérito de un joven guerrero depende del número de enemigos que logre capturar. Si pasa algún tiempo sin capturar a un enemigo, es obligado a regresar a la vida civil. El máximo honor es capturar cuatro enemigos; entonces el guerrero es Tlacatlecatl. De ellos hay que cuidarse mi señor capitán, ya que son llamados valientes entre los valientes. Los que poseen ese grado son encargados de regir los pueblos nuevos que el ejército de los aztecas considera suyos después de angostarles sus fronteras. Estos jóvenes son muy aseados y acostumbran a recibir un baño a veces hasta diez veces en un día.

Así como los capitanes de mi señor capitán se distinguen por su donosura en el vestir y actuar, así también el guerrero famoso entre los aztecas se distingue en la batalla. Ellos son los que mi señor debe capturar o matar. Usan collares de caracol o de oro, se peinan los cabellos hacia arriba. Para dar forma de fiereza se pintan el rostro con rayas; se adornan las orejas con turquesas y lucen penachos de plumas blancas. Visten en una forma muy sencilla, solamente su chalvayatl, manta que se hace con hilos torcidos de maguey.

La base de todo el ejército es el calpulli y eso es lo que tienes que enseñarles a tus soldados, mi señor capitán. En cada uno del calpulli, o caseríos grandes, existe una escuela militar y está representada por un contingente. Cada contingente cuenta con insignias y jefes propios. Cada calpulli es como una de tus divisiones mi señor capitán. La ciudad de Tenochtitlan cuenta con veinte barrios y eso quiere decir

que contra tu ejército han de tener veinte divisiones muy bien entrenadas y ninguno de esos guerreros, de esas guerreras conoce el miedo, mi señor capitán.

La ciudad tiene cuatro grandes grupos y cinco divisiones cada uno de ellos, que corresponden a los cuatro grandes barrios de la ciudad de México Tenochtitlan; Teopan, Moyotlan, Aztaxcalco y Cuepopan. Y en cada una de estas secciones también existe una escuela para las mujeres de la guerra que son tan fieras como los hombres, como ya lo has visto mi señor capitán.

En cada una de las secciones del ejército hay un capitán superior, y se le llama Tlacatecuhtli, que está sometido al gran señor de México, al señor de mar a mar. Es el señor de los Hombres, señor de los Guerreros. Por elección del Consejo este señor tiene el mando del ejército de Texcoco y del ejército de Tlacopan. Al señor Moctezuma se le da el grado de Tlacatecuhtli a veces, pero casi siempre el señor de los señores de la Guerra es un supremo guerrero de muchas batallas.

Cihuacóatl es el segundo en la guerra. En tiempos pasados era una mujer y por eso para recordar a una de ellas, famosa en la guerra, lleva el nombre de Mujer Serpiente. Este guerrero siempre es religioso y militar. Después, están los cuatro grados militares. El señor Tlacochcalcatl, el que manda en la Casa de los Dardos y que tiene a su orden todas las bodegas donde se usa guardar los implementos de la guerra; es como el veedor que te acompaña, mi señor capitán. En otro grado está el Tlacatecatl, el que manda a los guerreros. Cada uno de ellos tiene un segundo en importancia en caso de morir en la batalla, el Huitznahualtl, el segundo en la Casa de los Dardos, y el Tecoyahuacatl, el segundo en el mando de los guerreros. El señor Tlacatecatl es un hombre como mi señor capitán y manda todo. El señor Tlacochcalcatl es el comandante en jefe de todos los depósitos.

Pero todo ese contingente es regido a su vez por un Consejo de los Cuatro y ellos constituyen el Consejo de Guerra Auxiliar del señor Tlacatecuhtli y hacen reuniones en una sala especial del Consejo, llamada Tequicalli. De ellos dependen los oficiales militares que proporciona cada uno de los barrios de Tenochtitlan. Estos cuatro militares son elegidos entre los señores del Señor-Señor que por su prueba en la guerra merecieron ese honor. Cada nuevo gobernante siempre es elegido entre esos cuatro grandes señores. De ellos dependen siete jefes militares inferiores.

El aporte que da a la guerra cada calpulli o barrio de Tenochtitlan, de Texcoco, de Tlacopan, es dividido en veinte

guerreros, y cada grupo de veinte al mando de un Yoatachcan. Las secciones de un mismo barrio son mandadas por un Telpolchtlato, que es muy conocido porque es el encargado de llevar la insignia de su barrio, que se halla fuertemente atada a su espalda, y para quitársela hay que matarlo. Es esta una especie de bandera que cada calpulli representa.

Ubicado entre el Telpolchtlato y los otros jefes citados, queda otra serie de jefes de territorios conquistados. Cada uno de los jefes maneja entre ochocientos y mil guerreros y en total suman diez respetados señores de la Guerra. Ellos cuidan de tener jefes especiales de la Guerra, es decir expertos valientes para hacer la guerra de frente, de costado o atrás.

Siempre inician el ataque los pequeños grupos llamados Tequihuaque y el cuerpo de los flecheros que siempre va asegurando los costados del ejército. La parte de atrás del ejército es cuidada por un cuerpo llamado Quachi. También, mi señor capitán, existe un grupo de guerreros muy valientes, muy diestros, muy seguros, y dispuestos a morir, que son como los señores capitanes que te ayudan mi señor. Ellos son los llamados Cuauhtli, Caballero Águila; Ocelotl, Caballero Jaguar. Ellos siempre están al mando directo del señor Tlacatecuhtli. Todo guerrero que captura en una sola batalla a cuatro prisioneros podrá ingresar en esa orden de los señores Águila, de los señores Ocelotl.

Los jefes militares son seleccionados entre los que más sobresalen del Calmecac. Y hasta los sacerdotes que han hecho mérito en su juventud de guerra, adquieren rango muy especial; entre ellos siempre se distinguió Moctezuma, señor de la Cara Dura, hoy señor de Tenochtitlan.

Todo joven que se ha destacado en la guerra camina por la ciudad con el cabello largo. Si se ha rapado y tiene un mechón sobre la oreja derecha, significa que es un guerrero de mucho cuidado y muy valiente. Así lucen los Caballeros Águila y los Caballeros Ocelotl. A todo guerrero azteca se le ha enseñado primero a despreciar la vida y ya dentro de una batalla solamente tienen dos opciones: triunfar o morir. Todo guerrero, por su educación, sueña con recibir la Xochiniquiztli, o sea la Muerte Bienaventurada, que es el premio al azteca que sirve en la guerra.

Los señores guerreros que han de luchar contra mi señor capitán vendrán de las ciudades amigas de Tenochtitlan, de Texcoco y de Tlacopan; ellas son Huexotla, Coatlinchan, Chalco, Huitzilopochco,

Atzcapotzalco, Quauhtitlan y Otumba.

Cuando Malintzin terminó de hablar, Cortés se levantó, tornó sus manos y se hizo repetir por Jerónimo de Aguilar que había traducido todas sus palabras:

—Señora Marina, habéis informado como un capitán de Castilla... —hizo una pausa, la miró profundamente hasta el centro de sus ojos y agregó: —Mejor aún, habéis informado como no lo haría un capitán de Castilla y Aragón. —Luego, tras de otra pausa, preguntó: —Y decidme ¿cuáles son las ciudades enemigas de México Tenochtitlan?

—Tlaxcala, Huexotzinco, Cholula, Atlixco, Tliliuhquitepec...

◆◆◆

X

Y ese fue el último Gran Consejo, el Consejo de las Naciones, el Consejo de los señores de Tlacopan, Texcoco y Tenochtitlan. Fue el gran día en que nos cubrimos las orejas con tapones de barro cocido para no escuchar el más sabio de todos los consejos. —Partirlo en pedazos, quemar sus restos y lanzar sus cenizas a los canales del lago. —Fue Matla quien habló así. Pero nosotros teníamos los oídos tapados con barro.

Fue en el gran salón de las sesiones. En el mismo lugar al que los grandes músicos, los grandes poetas, los grandes pintores, los escritores, los cantores, los narradores del tiempo los descubridores de la vida, las médicas, se presentaban para exponer sus obras y desde donde salían coronados de fama por su acierto, o castigados por haber tenido la osadía de escribir una obra mala, hacer un mal poema, realizar una mala pintura, o dar un mal consejo a la asamblea de los señores. En el centro humeaba una pira de ocote asistida por una sacerdotisa; a un lado de la Audiencia, en forma elevada, estaban los asientos de los Tres Señores de la Liga de las Naciones, y en un asiento menor, el que pertenecía al gran señor de Tlatelolco.

Presidía Moctezuma Xocoyotl, señor de Tenochtitlan, señor de mar a mar, Señor de señores, quien tenía el mando supremo, por mandato de las otras naciones aliadas. Ahí estaba Cacamatzin, señor de Texcoco y hombre joven. Y sentado a la izquierda un señor muy viejo que miraba a la audiencia desde su enorme ojo de vidrio que tenía atado a una larga tira de madera, era el señor de Tlacopan, Toto-Quiahuatzin, que a pesar de su edad tenía una mente muy despierta. Iba a cumplir cincuenta y dos años de ser hombre de gobierno y al año entrante, si no se retiraba de buena voluntad, sería elevado hasta la piedra de los sacrificios, ya que nadie podía ostentar el poder por más de cincuenta y dos años seguidos.

Estaban reunidos los treinta señores de la Liga de las Naciones y los capitanes de los territorios conquistados; hasta el señor de Nicarao estaba ahí, era el que desde más lejos había venido. El tambor estuvo sonando noches enteras para que pudiera recibir el mensaje de esta

reunión, hasta las orillas del gran lago donde la tierra se hace angosta como bien se podía mirar en nuestros mapas. También se encontraban allí la señora Matla de la Casa de las Mujeres Guerreras, la señora Rapada Preciosa. Estaba Cuitláhuac que era señor de Ixtapalapa. Cuauhtémoc, el gran señor de Tlatelolco; y un hombre maduro, vigoroso, Xihuacóatl, segundo entre los funcionarios religiosos de la ciudad y de todo México conquistado.

También estaban los grandes informantes, el capitán Cuautla un hombre valiente, mayor de cincuenta y dos años, Señor de señores de las regiones conquistadas. Y con sus libros y sus mapas los Tequitlatos, los eternos estudiosos de la religión. Con sus libros tan viejos como ellos, estaban los Amoxuas; y el gran señor Mecatlapouhqui, quien más sabiamente solía leer las cuerdas y los nudos de colores. Y como escoltando, Tozquentzin, la ya famosa guerrera en la Liga de México y segunda en mando de la Casa de las Mujeres Guerreras, después de Matla. Allá, como separado, pero atendiendo todas las palabras, estaba un capitán joven que desde niño tenía veneno en el corazón contra Tenochtitlan, Ixtlixóchitl, de Texcoco, que miraba con desdén todas las actuaciones de nuestro señor Moctezuma.

Cuitláhuac empezó dirigiendo las palabras al Consejo de los Treinta y señalando un mapa mural donde se había marcado con colores rosa, amarillo y blanco, todos los pasos de Hernán Cortés desde su llegada a las lejanas tierras de los totonacas. El dibujo de los pies señalaba el paso de Hernán Cortés y su gente a lo largo de las costas, de los ríos, de los campos de maíz, de los campos de flores, de los grandes picos nevados que tocan el cielo... Y ahí, en el mapa, se veía cómo se iban acercando.

Las palabras de Cuitláhuac, gran guerrero, gran señor de Ixtapalapa, se oyeron como en una oración.

—Quiero repetir, madrecitas, padrecitos, que el ejército que se va acercando es Chicoyautl. Y digo que es medio enemigo, no un enemigo entero para nuestras naciones, porque nos sería fácil destruirlo en mitad de un día con la ayuda de nuestro señor Huitzilopochtli, nuestro señor Colibrí Izquierdo; —y al citar a nuestro Dios de dioses, hizo una reverencia y besó la tierra—. Digo, señoras madrecitas, señores padrecitos, que el gran enviado de los pueblos lejanos ha logrado, con relativa facilidad, acercarse a Tenochtitlan debido a que los pueblos que ha recorrido son de gente atlacatl, bárbaros, y nada más... nuestro ejército es otra cosa...

—¿Cómo lo han logrado sin el poder de los dioses? Ellos dicen ser

los dioses mismos... —preguntó Moctezuma.

—Nuestros señores Ojos de la Noche nos han contado lo que sucedió en Zempoala. El señor Chicomecatl se portó ante ellos como un hermanito enfermo. Ya venía entrando el ejército del gran enviado, ya se estaba acercando a Zempoala y ya Chicomecatl, todo gordo y todo feo, sale a recibirle con flores y con danzas... Pero Chicomecatl es un hombre enfermo, no se puede bajar desde sus andas doradas sin recibir ayuda en sus movimientos. —Cuitláhuac hizo una pausa para representar la forma de moverse de Chicomecatl, el gordo, el feo, como él lo llamaba, y toda la audiencia esbozó un amago de risa, menos Matla que miró a Cuauhtémoc.

—El ejército del gran enviado ha logrado la ayuda de miles de macehuales de Zempoala que hoy llevan a cuestas sus menesteres y sus casas pequeñas que tienen ruedas como nuestros juguetes de jaina. Y nuestros Ojos de la Noche nos dicen cómo vienen arrastrando todo lo que el ejército necesita, desde un alimento de las orillas del camino para sus venados, hasta los huaxolotes, que con ellos vienen como manada, como lluvia de polvo debajo de los pirules. Pero ya ustedes saben, hermanitas y hermanitos de las Naciones, que en Tlaxcala les hicieron frente; y saben que el fuerte ejército de Tlaxcala perdió en su primer encuentro, en su segundo encuentro, en su tercer encuentro, con los soldados del gran enviado... eso ya lo sabemos.

—Tecuanatzin, el Señor de Tlaxcala, se portó como un hermanito huérfano. —Las palabras de Matla dichas con acritud, hicieron que todas las miradas se volvieran a ella, menos la de Moctezuma que siguió mirando de frente a Cuitláhuac.

Hernán Cortés se había presentado frente al gran muro de piedra que rodeaba a la nación de Tlaxcala y que tenía una hechura extraña, en forma de laberinto. Ya desde lejos Cortés había oteado árboles y ramas cruzadas en el camino que indicaban que ingresaba en tierras enemigas de los aztecas. Cuando se presentó, los guerreros de los fortines abandonaron discretamente sus puestos. Todos eran aztecas y tenían la consigna de no pelear contra Cortés; solamente observar lo que hacían sus hombres de noche y de día.

—Has de saber mi señor capitán —explicó Malintzin a Cortés— que el pueblo de Tlaxcala odia a los señores de Tenochtitlan y que desde hace cien años están en guerra, desde siempre—, y señalando el muro hasta el horizonte le dijo: —Este muro corta la nación de la gente de Tlaxcala por todos lados. Los habitantes de aquí son muy pobres. No pueden llegar hasta el mar y por lo tanto no siembran el

algodón ni pueden comer sal. Cada mes, los ejércitos de Tenochtitlan, de Texcoco y de Tlacopan vienen hasta aquí para buscar jóvenes destinados al sacrificio de sus dioses, y cada año, el ejército azteca realiza aquí la Guerra Florida.

—¿Guerra Florida?

—Se llama así porque es una guerra que se hace con el único fin de llevar prisioneros al sacrificio; y cada año este es uno de los pueblos que tiene que dar centenas de jóvenes, muchachas y muchachos y niños, la flor de su existencia, para ese destino.

—¿La guerra continúa?

—Continúa... y Tlaxcala es un pueblo encerrado, en todas sus fronteras hay muros de piedra que están vigilados por los fortines aztecas. Es una gran jaula de prisioneros sin destino...

—¡Aquí, Marina, ¡vamos a encontrar amigos! ¡Adelante!

Frente a las huestes de Cortés y al mando del ejército de Tlaxcala estaba el joven guerrero Xicoténcatl conocido como señor Águila y el más astuto de sus comandantes. El primer acto de Cortés fue ordenar reunir a unos veinte prisioneros aztecas que traía consigo. Los cubrió de paja y les ató las manos por atrás; la paja era como un gran vestido, parecían animales del bosque. Después, los empapó en aceite y les prendió fuego para que, como llamas vivientes, se dirigieran hasta donde estaban los guerreros de Xicoténcatl…

La Audiencia de los señores de Texcoco, Tlacopan y Tenochtitlan se espeluznó cuando escuchó la forma en que el gran enviado demostró a los ejércitos de Tlaxcala que él no era amigo de la gente azteca. Cuitláhuac, tomando una lanza, se inclinó y haciendo un gesto, como si depositara el arma en forma horizontal sobre el suelo, dijo:

—La gente de Tlaxcala rindió sus armas. Hubo muchos muertos. Les pareció que el ejército del gran enviado era inmortal e invencible. Al final de la batalla el gran enviado fue recibido con flores y el señor Tecuanitzin obsequió hasta su propia hija, envuelta en joyas, al capitán vencedor. Los Descubridores del Día, los Descubridores de la Noche, todo me lo han explicado.

El señor de Tlaxcala, el señor Tecuanitzin, tomó a su hija de diecinueve años, Hutznahuatzin, cubierta con joyas de oro por todo su cuerpo, y le dijo al capitán Cortés: —Úsala como tu esposa que yo te doy esta mi hija en señal de amistad—. Xicoténcatl, el guerrero

vencido que estaba presente, miró toda la escena con pesadumbre. Mostraba en su cuerpo muchas heridas superficiales.

—Pero, señores de Texcoco, señores de Tlacopan, señores de Tenochtitlan —continuó Cuitláhuac— hemos logrado un prisionero que no habla por el momento nuestro idioma, pero que se lo estamos enseñando; a la vez, estamos aprendiendo su lengua y así nuestros sabios han de saber muchas cosas del gran enviado, de sus dioses, de su tierra lejana y de las casas que flotan sobre el mar, donde está la tierra del cacao y de las flores. Tenemos entendido que todo sucedió un día antes de la batalla contra el ejército de Tlaxcala. El gran enviado habló en forma alta a uno de sus soldados y lo humilló. Lo insultó y le llamó huerfanito, le llamó hermanito menor, le llamó culebra recién nacida, le llamó agua estancada del lago, le llamó mitad de hombre, le llamó corazón aprisionado por el miedo. Y todo eso delante de sus otros compañeros, en tanto que allá, al frente, el ejército de Tlaxcala estaba formado en orden de batalla. “Vos, que os llamáis señor de Lerma — le dijo el capitán— quiero deciros que habéis llorado como un torerillo de segundas después de su primera cornada... Sois un cobarde e indigno de llevar sobre vuestros hombros las insignias de Castilla y Aragón”. El soldado se levantó se quitó la espada y, ante la sorpresa del gran enviado y de todos sus compañeros que no lo pudieron impedir, arrojó al suelo el escudo y el puñal, y ya desarmado, a paso firme, se dirigió hasta los soldados de Tlaxcala que estaban tan estupefactos como el gran enviado. Los soldados de Tlaxcala abrieron filas y el soldado Lerma entró. La gente de Tlaxcala me avisó que querían hacer un trato con nosotros. Hemos cambiado al prisionero por una gran cantidad de mantas. Ellos querían mantas con calaveras negras pintadas, y nos dijeron que el hombre era inteligente y que valía mucho, también les dimos unas mantas blancas. Y ahora, señores del Gran Consejo, estamos tratando de que aprenda nuestro idioma y cuando tal suceda, que será en días, pues es muy inteligente, vamos a saber muchas cosas.

El soldado Lerma vestía un traje azteca y siempre caminaba rodeado por varios sabios y tres maestros jóvenes, con quienes intercambiaba conocimientos. Los jóvenes maestros repetían una y otra vez; y una y otra vez el soldado Lerma analizaba las palabras.

—Acayatl... —carrizo—. El maestro señalaba a un jefe que pasaba delante de ellos, —achcauhtli... —¡un capitán!... ; aiuztolin..., juncia del lago—. Señalaba un arco iris sobre una laguna lejana que moría en el canal; —amacotza..., arco iris... arco iris... —Señalándose a sí mismo y poniendo las manos sobre el pecho; —Amimitl..., ¿Amimitl… Amimitl? ¿Es vuestro nombre? —Ambos rieron con asentimiento. En

una acción de lavarse las manos antes de empezar a comer, le dijo el maestro: —Apaztli... —Escudilla para lavarse las manos...

El maestro, mostrándole un tazón de agua: Apazco..., tazón, tazón..., señalando un remolino en la quebrada: —aoztoc..., remolino, remolino... —Y dos días después ya estaban intercambiando ideas el uno en náhuatl y el otro en castellano.

—Y en esa forma que les cuento, pronto sabremos el secreto de todas sus palabras ... Hemos sabido que tienen una forma de hablar que nadie entiende, solamente unos pocos de ellos, en especial los sacerdotes. En sus cantos religiosos van diciendo esas palabras que nadie entiende, ni siquiera el gran enviado.

Cuitláhuac terminó el informe y tomó asiento sobre su estera. Moctezuma, el gran señor de Tenochtitlan, interrogó con la mirada al capitán Cuautla, jefe de los países conquistados...

—Lograron ingresar fácilmente en Tzimpantzinco.

—¿Cómo? —preguntó Moctezuma impaciente—. ¡Tzimpantzinco es una ciudad de veinte mil fuegos!

—Repito… les fue sencillo. Se presentaron frente a la ciudad, tocaron sus tambores, tocaron sus trompetas, hubo un enviado. Y después… fue sencillo ... Los guerreros de la gran ciudad de Tzimpantzinco fueron colocando sus armas sobre el suelo en forma horizontal conforme ingresaba el ejército del gran enviado...

—La mujer nahuachichimeca les informa de todo, por eso viene con ellos, para decirles quiénes son amigos y dónde han de encontrar a nuestros enemigos —intervino Matla—. La tratan como a una hija del Sol…

Moctezuma posó su mirada en un sabio muy viejo y serio que estaba como asesor de señores y le preguntó:

—¿Ha sucedido eso alguna vez en la historia de México Tenochtitlan? El sabio señor Mecatlapouhqui empezó a buscar entre cientos de cordeles de colores, de varias formas, de diferentes sentidos y después de leerlos durante un rato, que se nos hizo largo como un canal sobre el lago, terminó diciendo:

—Solamente sucedió durante la guerra de los toltecas. Moctezuma miró con tristeza a otro sabio: —Tú, señor Amoxua... —El señor Amoxua, mi compañero, se levantó, aspiró un poco de tabaco por sus narices e inició la danza del Contar de las Cosas, de los

tiempos, de las flores, de las batallas, de los sucesos de sequía, de las épocas de la lluvia, de las grandes nevadas en los cerros, de la tristeza, del asombro y terminó con la mayor de todas las danzas, la dedicada a nuestro señor Quetzalcóatl, y dijo:

—De nuevo repito que las profecías se han cumplido y que ellos son nuestros dioses verdaderos. Ya no es necesario que el señor Moctezuma vista el traje de nuestros señores para ir a las danzas del mercado. Ya no es necesario eso nunca más. Ya están aquí, ya están entrando, ya han llegado, ya saben de todo lo nuestro, ellos, nuestros señores, los dioses, los hijos de los dioses...

Moctezuma miró con admiración al Amoxua. Pero Matla que no compartía esas ideas pidió la palabra levantando un ramo de flores en su mano derecha; cuando se le otorgó, señaló:

—El señor Zinacatzin, Caballero Ocelotl de Tlaxcala, ha cortado en dos a uno de sus venados grandes, demostrando así que también saben morir...

El señor Amoxua intervino y recordó las guerras chichimecas, el tiempo en que nuestro señor Quetzalcóatl habitaba la tierra; las guerras de los hombres de Olman y cómo los libros decían que los dioses se iban... y que a veces... a veces... también los dioses morían para siempre.

—En los tiempos de nuestro señor Quetzalcóatl, sus compañeros sabían morir.

El señor del Caracol salió un momento de la audiencia para dar las horas.

Se hizo ingresar en el salón de las audiencias al señor de las Costas; el primero que tenía la responsabilidad de los lugares que primero visitó el gran enviado.

—Señor Cuauhpopoca ¿qué informe nos traes?

El señor de las Costas se mostró cansado, sucio, cosa extraña en un señor azteca, y con voz firme dijo:

—Hemos matado a cuatro de ellos. —El anuncio hizo que tres personas de la audiencia se pusieran de pie, Matla, Cuitláhuac y Cuauhtémoc.

—Habían robado a unas mujeres cerca de un campo de maíz, las

maltrataron y las violaron, las hirieron y las trataron como perros. Cuentan que en el momento en que nosotros aparecimos, las iban a sacrificar ahogándolas en las aguas de un río. Iban por el campo de maíz y les hicimos trampas de venados y trampas de ocelotl, algunos murieron, el resto los tengo detenidos en las jaulas de madera, a la orden del Consejo.

Unos recibieron con agrado la noticia, pero los más con espanto, entre ellos Moctezuma.

—Han solicitado permiso como embajadores de una Región Solar y de un gran dios...

—Pero ingresaron, no sobre las alas del viento como mariposas, sino sobre la sed de la lujuria, de la crueldad, de la tropelía, del escándalo, de la maldad, de la barbarie... —el señor de las Costas hizo una pausa y después, siempre dirigiendo la palabra a la Audiencia, dijo: —También he sido enterado de que Xicoténcatl el guerrero de la Casa de las Flechas de Tlaxcala, quiere usar la guerra para desbaratar a los bárbaros de la noche... En Tlaxcala, después de que se rindieron, los jefes han hecho acciones propias de un mal vivir...

Al escuchar las últimas palabras, el señor Amoxua, el más sabio entre nosotros, se levantó de un brinco de su estera, danzó el baile del arrepentimiento, echó humo de copal sobre el señor de las Costas, y terminó el baile como en un llanto, como en un lamento, como en un lloro, que nos afligió a todos.

El señor de las Costas repitió el informe sin hacer caso de la danza y del lloro del señor Amoxua.

—Después de la rendición de Tlaxcala, los jefes blancos han hecho acciones propias de los perros...

—¿Cuáles? —preguntó con ansia Moctezuma.

Cuauhpopoca inició la descripción y toda la audiencia sintió desde ese instante una pequeña duda en el corazón.

—Hicieron un campo de fiesta. El campo estaba hasta el tope de flores, como las fiestas de nuestro Pequeño Señor, como nuestra Fiesta de las Cosechas, como nuestra Fiesta de la Subida de las Lluvias, de la Bajada de las Lluvias. El capitán Cortés preparó un estrado. Mucha gente de Tlaxcala asistió a la fiesta como invitados especiales del

señor capitán. Presentaron a unos señores huaxtecos. Era deseo que la gente de Tlaxcala lo viera, que la gente de Tlaxcala lo sintiera. Los grandes perros que les acompañan fueron mantenidos muchos días sin alimento. Y los señores totonacos eran jóvenes, eran viejos, eran niños y eran mujeres. Les pusieron en sus manos unos garrotes para que se defendieran de los perros y les lanzaron a unos cachorros con hambre que los prisioneros mataron luego. Después, les soltaron a las madres y a los padres de esos cachorros, que venían furiosos y con hambre; y los señores totonacos pelearon con los perros. Cuando ya estaban venciendo, soltaron al resto de la jauría. Los cautivos eran más de veinte, pero los perros los destrozaron y luego se los comieron uno a uno, ante la risa del gran enviado y de sus capitanes que tomaban vino y gritaban... Fue como una fiesta de bárbaros y no de los seguidores de los dioses.

Cuauhpopoca había dejado lo fuerte para el final.

—Pero lo que han hecho en la ciudad de los dioses, en la ciudad de los templos, en Cholula, eso va más allá de todo lo que es crueldad. Del norte y del sur, del este y del oeste, habían llegado los peregrinos. Desde los lejanos lagos, de las cercanas lagunas, de las ciudades que están cerca de los canales, desde las tierras frías, las tierras calientes, miles habían llegado a los festivales de nuestro señor Quetzalcóatl. Ahí, el capitán Cortés ordenó que fueran todos encerrados. En vano corrieron los niños, corrieron las mujeres, corrieron los hombres, en vano imploraban los enfermos que asistían al gran Templo. La matanza fue enorme. La sangre era tanta que los caballos resbalaban sobre los pisos de mica y sobre los charcos de sangre. Esa fue la celebración del gran lloro, de la tragedia, del horror. Los soldados de Tlaxcala necesitaron tres días y tres noches para retirar a los muertos del Gran Templo de Cholula, y quemarlos...

El terror estaba ya pintado en el rostro de la mayoría de los señores de la audiencia.

—El poder que tiene con sus armas es enorme y nosotros no los podemos; vencer con las nuestras.

Los señores de la Guerra se volvieron a mirarse uno a otro. Matla miraba con fijeza al informante.

—Los nuestros han sabido ser lo mejor entre los guerreros que les han hecho frente y en ningún momento han rendido su vida ante el Corazón del Día... En las lejanas tierras de Chiapas, los guerreros pelearon hasta que ya no les fue posible levantar los brazos. Y los

defensores de Yecapixtla en vez de rendirse se lanzaron todos desde una roca al río. Fue para ellos preferible un suicidio colectivo que ser esclavos del capitán Cortés. En la batalla de Tlaxcala, Xicoténcatl el Viejo, ofreció vida eterna a los guerreros muertos en la batalla y uno de mis señores que Ven de Noche y que Ven de Día me contó que después se desgarró los vestidos y exclamaba llorando: “Miserable de mí, miserable de mí ¿a dónde he de volver los ojos? ¡Ojalá mis ojos se llenen de lágrimas y se hagan tan amargas como el epazote en el fondo de mi corazón!”

Hubo un aire de derrota entre toda la Audiencia por los informes de los tres jefes, entonces Matla intervino.

—Si otros fueron vencidos, a nosotros jamás nos pasará lo mismo. Si perdemos seremos pobrecillos, seremos los guerreros de la angustia, los hombres no llegarán a la vejez y todas las mujeres de Tlacopan, Texcoco y Tenochtitlan serán viudas en mitad de un camino y Tenochtitlan ya será para siempre una ciudad sin flores y de huérfanos... —posó su mirada fiera sobre los reunidos y agregó: —Si nos rendimos ahora, antes de pelear, nos ha de venir después la noche del hambre, la noche del lloro, la noche de la pena; todo eso señores. Recomiendo que hagamos una trampa de ocelotl al capitán Cortés, quememos su cuerpo que ya no es digno de ser ofrecido al sol y lancemos sus cenizas a uno de los canales del lago...

A las palabras de Matla siguieron las de Moctezuma que se escucharon con gran respeto y fueron pronunciadas como para su propio corazón.

—Corren hacia él en muchedumbre nuestros enemigos de ayer... van como el torrente de las aguas que llegan hasta el gran lago... Y sus grandes venados levantan el polvo de los caminos como si fueran torbellinos en las quebradas... Sus bastones son de hierro, sus lanzas brillan al sol y sus macanas son espadas de hierro curvado y de oro. —Lentamente se puso de pie y dirigiendo la voz y los ojos a toda la concurrencia, continuó: —Son los Embajadores de Dios, de nuestro señor Quetzalcóatl que un día nos ofreció que vendría y ha venido... Ellos son los descendientes de nuestro señor.

Los señores de Tlacopan y Texcoco parecían estar de acuerdo y se pusieron de pie, como el señor de mar a mar.

—Propongo a los señores del Consejo que los recibamos en Tenochtitlan. Que los escuchemos como es costumbre hacer con los embajadores siempre. Ellos dicen que vienen de parte de un gran Rey

de reyes, Dios de dioses y no puede ser otro que nuestro señor Quetzalcóatl...

—Señores, es como meter en nuestra casa a hombres que mañana nos han de sacar de ella... así sucedió en Zempoala —exclamó Cuitláhuac.

—Mi consejo es enviar embajadores para darle la bienvenida a ese gran Señor de señores y que sea recibido en nombre de Tenochtitlan, Texcoco y Tlacopan, porque así es la ley de nuestras naciones y no es hora de cambiarla... —opinó Cacamatzin, señor de Texcoco —. Hay que llenarle el camino de flores... y enviar esteras para el gran señor y su ejército, y darles muchas tortillas y muchos huaxolotes para que coman y duerman bien y estén contentos...

—El consejo de la Casa de las Guerreras —intervino Matla— es que no abramos las puertas de nuestra casa a hombres que no se han comportado como dioses y que mañana nos pueden echar de ella, como ya dijo el hermanito Cuitláhuac que sucedió en Zempoala. Pero, además, mi consejo es tomar a esa mitad de hombre que aquí llaman hijo de Dios, partirlo en pedazos, quemarlo y lanzar sus cenizas a los canales del lago.

—Ese consejo ya nos lo has dado una vez —expresó Moctezuma con acritud.

—Pues tomen nota de que lo he dicho dos veces y si es necesario lo repetiré por tercera vez.

—Los señores de Texcoco sentimos la necesidad de recibir la embajada de un gran señor y de un Dios de dioses, como siempre hemos actuado —dijo con dignidad Cacamatzin, señor de Texcoco—. Sería una gran bajeza de parte de Texcoco, Tenochtitlan y Tlacopan hacer algo diferente a lo que siempre hemos hecho. Costumbre es quitar los palos del camino. Hemos ofrecido jícaras de chocolate, ramos de flores, tortillas blancas, a quienes nos han venido a ofrecer plumas de garza, y a danzar frente a nuestra silla, a llenarnos la cabeza, las manos y la cara de tiza, entonces, ¿cómo vamos hoy a proceder de una manera diferente ante un gran enviado que es a la vez un embajador de reyes? Es ley de nuestras naciones dar audiencia y escuchar a los embajadores. Si los embajadores ven que no los recibimos, han de pensar que es por miedo y eso no debe ser. Hay aquí muchos guerreros y nuestras naciones son grandes y poderosas como para temer de ellos. Además, nosotros no somos las ciudades que aquí se han citado, esta es la gran ciudad de México Tenochtitlan.

El acuerdo se tomó por unanimidad, el gran enviado sería recibido en Tenochtitlan como Señor de señores, y se encargó a Cacamatzin y Cuitláhuac su recibimiento.

—Este día será recordado siempre como la hora en que nuestro corazón fue como un funeral de rosas amarillas —dijo Matla a Cuauhtémoc.

Uno de los asistentes de la Audiencia de las Naciones abandonó el salón en una forma arrogante. En la escalera del palacio un servidor lo saludó: —*¡Campa uee!*—. Después le pusieron una estera de plumas para que pusiera los pies antes de ascender a su litera. El señor hizo a un lado de una patada al servidor y de un brinco subió a su litera dando órdenes de que lo llevaran pronto a su casa. Ese fue el proceder de Ixtlixóchitl, guerrero de Texcoco.

Cortés se sorprendió mucho cuando le anunciaron la visita de un señor Ocelotl de Texcoco. Malintzin explicó:

—El señor Ixtlixóchitl, señor de Cara Negra, ha merecido el honor de pintarse el rostro de negro, de ojo a ojo, por ser uno de los guerreros más valientes de Texcoco, experto en el arte de la guerra y ganador de muchos encuentros. Es famoso de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo por su odio a Moctezuma porque su padre, Nezahualpilli fue humillado y despreciado por el señor de mar a mar, el señor de México, Moctezuma. También por haber influido sobre el Consejo de Ancianos de Texcoco para que nombraran a su hermano Cacamatzin y no a él, como lo esperaba, para el gobierno de la ciudad, en las orillas del lago. Es un señor del odio, pero el más valiente entre todos los señores del odio ya que él tiene estera dentro de Tenochtitlan.

Después de las palabras de Malintzin, no resultó extraño que Hernán Cortés lo recibiera con sus mejores galas.

—Bienvenido seáis en esta vuestra casa, señor de Texcoco... Aunque Ixtlixóchitl no era “señor”de Texcoco, le agradó el saludo y respondió:

—*¡Campa uee!*

Hernán Cortés y todo su Estado Mayor procedieron entonces a dar un abrazo al guerrero de Texcoco. Hubo risas, y Cortés le ofreció vino.

Hernán Cortés sentó su real en un lugar árido, pocos árboles, muchos magueyales, todo arena, todo piedras. Junto a él estaban presentes los capitanes Sandoval, Olid y los cuatro hermanos Alvarado. Cortés estaba sentado sobre su silla de tijereta, con un jubón rojo, sin armadura, y espada al cinto. Sus dedos jugaban con la enorme perla que unida a una cadena de oro y piedras preciosas pendía de su cuello, regalo de la ciudad de Tenochtitlan y que un día le enviara Moctezuma en señal de amistad. Sentados sobre unas piedras se encontraban unos guerreros de Tlaxcala, ahora aliados de Cortés; eran capitanes de mucho ver y gran valor. Un capitán Águila de Tlaxcala explicaba:

—Nuestras defensas son más ágiles, permanentes y duras que las que usan los soldados del señor capitán —Malintzin traducía a Jerónimo de Aguilar las palabras de los guerreros de Tlaxcala.

—Un antiguo gran señor de la guerra contra los moros —respondió Cortés—, el Gran Capitán, solía decir: “probad las cosas primero”. Y nosotros lo vamos a probar.

Los guerreros de Tlaxcala sacaron de unas jaulas de madera a unos prisioneros aztecas. Uno a uno, ante los ojos curiosos de Cortés, los fueron vistiendo con la túnica de la guerra que usaban y que había sido empapada en salmuera y luego secada al sol. Se trataba de petos de algodón bien tramado que les caían hasta las rodillas. Antes de presentarlos ante Cortés, empaparon las telas en agua de sal. Los prisioneros eran cuatro, tres hombres y una mujer y miraban con desdén a los guerreros de Tlaxcala, y con indiferencia a los soldados de Cortés. Se dejaban hacer, como si no les importara, como si no fuera con ellos lo que estaba sucediendo.

Ataron a uno de ellos a un poste, el capitán Sandoval montó sobre su caballo y, armado de lanza, arremetió contra el prisionero, con la intención de traspasarle el cuerpo con la punta de su lanza. Conmovió al guerrero, pero no logró herirlo. El capitán Alvarado tomó después la lanza con las dos manos, para repetir el acto de Sandoval, pero tampoco pudo matarlo. La prueba se hizo de diferentes formas y hasta se dispararon las ballestas contra el peto de los prisioneros, pero la túnica resistió todo, ante el asombro de Cortés. Para finalizar, el Capitán General llamó a cuatro arcabuceros y les ordenó disparar al centro del pecho. Los arcabuceros dispararon y el ambiente se llenó de humo de pólvora. Los tres humores y la mujer cayeron muertos, con el pecho horadado. Cortés observó las heridas.

—Significa que contra nuestras armas de fuego —dijo— ellos no

tienen defensa con este peto puesto.

Horas después se realizó un ejercicio de guerra ante Hernán Cortés. Sus caballeros corrían y brincaban con armadura puesta. Luego repetían los mismos ejercicios con el peto blanco, la armadura de estas tierras de México Tenochtitlan. Mientras, un soldado viejo llamado Morón tomaba el tiempo con un reloj de arena. Cortés terminó por explicar a su Consejo de Guerra:

—Como podéis verlo, es evidente que la armadura de los indios y no la nuestra, será la que de agora en adelante vamos a menester usar contra estas piezas enemigas.

◆◆◆

XI

En el interior de una casa de paredes blancas y techo de paja, Cortés esperaba a Sandoval, quien llegó seguido por Pedro de Alvarado.

—El ca... ca... capitán San... San... doval los ató a.... a to... to... to... dos... –dijo sonriendo Pedro de Alvarado, y entre risas explicó a Cortés cómo entre él y Sandoval tomaron a siete jefes, los ataron con una cadena y les soltaron a los perros. Cortés rio con gusto de la anécdota.

—Los jefezuelos se enredaban en la cadena —dijo Sandoval— y gritaban para que les quitáramos los perros.

—Bueno es ello, siempre, siempre. Que se enteren de lo que ha de esperarles a quienes se opongan o intenten oponerse a nuestra presencia en estas tierras de sus majestades Juana de Castilla y Aragón y su altísimo hijo don Carlos I de España y V de Alemania, a quienes Dios proteja siempre en su gloria.

—Mi capitán, afuera está doña Marina —anunció un soldado. —Hacedla entrar y que venga Jerónimo de Aguilar.

Alvarado y Sandoval abandonaron la estancia e ingresó Malintzin. Lucía radiante de belleza con un vestido de cuadros rojos y blancos que le cubría el cuerpo desde el cuello hasta los tobillos. Un peinado muy hermoso le recogía el cabello sobre la frente, en cadena, como una sola trenza. Cortés hizo una reverencia.

—Marina, mi señora.

Malintzin, que ya entendía bastante la lengua del capitán, le respondió: —Mi señor.

Cortés había mandado traer un mapa donde había anotado el recorrido que, hasta ese día, había cumplido su ejército. Pidió a Malintzin que se acercara y le señaló lugares que ella nombraba en voz alta: —Quiahuatlan... Zempoala… Xalapa... Coaxtepex... Xico, Ixhuacan. —Cortés ubicó la punta de su espada en la próxima ciudad y preguntó su nombre.

—Es Calpan mi señor...

—Calpan, ¡qué nombres más difíciles de pronunciar! Después de nuestra llegada a México, mandaré borrar estos nombres salvajes de nuestros enemigos los aztecas, señora. Aquesta tierra ha de llamarse Nueva España y no habrá más tierras divididas, todo será una nación bajo nuestra bandera y al servicio de su Alteza Real, a quien Dios prodigue mucha fortuna...

—Si eso hace mi señor... se han de olvidar los nombres... —Pediré a mi secretario Godoy que los escriba en varias cartas a doña Juana y a su augusto hijo y así el día de mañana, cuando estos salvajes quieran saber el nombre de estos pueblos antes de la cristiandad, tendrán que levantar los ojos y leer mis cartas a la reina de Castilla y Aragón. —Y mirando a Malintzin, le pasó las manos sobre su cabello y dijo:

—Y vos, mi señora, serás duquesa destas tierras y todos esos infieles os besarán los pies.

—Mi señor... mi señor —respondió Malintzin sonriendo. —Haré que vuestra madre y padrastro paguen con garrote por haberos vendido como esclava.

En esos momentos Jerónimo de Aguilar, que se había mantenido aparte sabiendo ya que Malintzin podía entender mucho el castellano, intervino:

—Doña Marina me ha dicho que entre algunos de estos indios se os ha puesto un nuevo nombre.

—¿Qué nombre?

—Señor de la furia...

—¿Señor de la furia? Me gusta… Es casi igual al que los indios de Santo Domingo le pusieron al señor almirante Cristóbal Colón, *domine furori,* por eso me gusta.

Una enorme caravana de soldados de Tlaxcala subía trabajosamente hasta lo alto de los cerros. Señores Jaguar, señores Ocelotl y señores Coyote los apuraban. Miles de macehuales ayudaban con la carga de todo el bastimento para el ejército de Hernán Cortés. Muchos de ellos arrastraban los cañones. A Juan Díaz, el sacerdote, y al fraile Olmedo los conducían sobre sus espaldas unos cargadores muy fuertes. Ambos iban sentados en una silla que se sostenía con pitas, atadas a la cabeza de los cargadores. Adelante iba Hernán

Cortés con sus capitanes.

—Señor, algunos de los indios e indias que hemos traído desde Cuba han muerto de frío durante el camino —informó un capitán.

—¿Cuántos?

—La mayoría, y de los negros esclavos solamente queda con vida el negro Mandingo, de Sandoval.

—Tomad nota y decid que los liquidó el frío —le señaló Cortés a Godoy—. Solo eran naborias, agora habemos muchos para cargar el bastimento del ejército ... y pronto serán millones.

Hicieron un alto y ante ellos se elevaban muy próximos los volcanes Popocatépetl e Ixtaccíhuatl... Uno lanzaba un humo negro que contrastaba con la purísima nieve de sus laderas. Cuando llegaron a la cima del cerro, el capitán Olid llegó espoleando su caballo.

—Capitán, capitán, ahí está México...

Cortés espoleó su caballo y gritó:

—¡Por Santiago y nuestra señora la Virgen del Rescate! ¡Adelante mis valientes!

Hernán Cortés y sus capitanes pararon en seco a sus caballos, y con una intensa alegría en sus ojos, miraron por primera vez, a lo lejos, la gran ciudad de México Tenochtitlan.

Desde ahí, entre los dos volcanes, se veía el panorama del gran lago de Texcoco, y alrededor, miles de pequeños pueblos; al centro, en forma diáfana, la gran ciudad de Tenochtitlan. Acá, más cerca, Ixtapalapa, y casi sumida entre las aguas del lago, Ayotzinco. También podían observarse miles de canoas que navegaban sobre las verdes aguas del lago que allá en la distancia eran de un azul purísimo.

Los capitanes de Cortés compartían el estupor. Y poco a poco fue llegando el resto de la tropa. Los guerreros de Tlaxcala miraron la ciudad en donde serían recibidos como invitados ya que nunca Tenochtitlan los pudo conducir como prisioneros. Después de cien años de lucha los capitanes de Tlaxcala podrían dejar sus huellas en las calles de la gran ciudad de los dioses... Malintzin, con palabras de venganza, de odio, explicó:

—Todos aquellos edificios que mi señor puede ver elevados, son

templos, en donde se guardan los dioses de las ciudades que dominan Texcoco, Tlacopan y Tenochtitlan...

—¿Tantos?

—Mi señor no los podría contar ni con las manos reunidas de todos sus capitanes juntos. —Por un instante, Malintzin se sumó al silencio que se había hecho en ese momento y luego murmuró: —Desde niños hemos sabido que Tenochtitlan es la ciudad de los perros, la ciudad del miedo, la ciudad donde las rosas de las niñas se vuelven humo —hizo una pausa y, elevando la voz con odio agregó: —¡La ciudad de los perros!

Mi señor, otros amarán a Tenochtitlan como un oficio. Como el oficio de amar. Como se aman las rosas, así otros aprendieron a amar la gran ciudad de Tenochtitlan. En cantos, en danzas, así la aman. Como se ama el vuelo de las garzas y el florecer de las juncias, que cuando florecen lo hacen de una sola vez, en un día, por millones, desde una orilla a otra orilla del lago, hasta el centro de la laguna, y estallan de colores, de todos los colores y de todos los tamaños. Otros, mi señor, han de amar a Tenochtitlan como se aman los rayitos de la luna sobre las calzadas que salen e ingresan en la gran ciudad. Otros la amarán porque ese es su oficio. Yo no. Me recuerda el miedo desde que era niña. El miedo de saber que llegarían los enviados del Dios para buscar niñas que sonrieran como a mí me habían enseñado a sonreír. La gente que vive en Tenochtitlan aprendió el arte de amar, es su oficio. La gente que vive lejos de Tenochtitlan aprendió el oficio de odiarlos. Es nuestro oficio.

Hace muchos años que yo salí de Tenochtitlan, pero en esta mañana, al verla de nuevo, al sorprender la alegría en tus ojos mi señor, he vuelto a recordar cómo es, cómo ha sido, cómo seguirá siendo a menos que vos y los tuyos hagan que las quebradas de los canales marchen para otro lado. Cuando viví allí, la gente iba a las fiestas con cantos y bromas, llevando comida, tortillas, aves, insectos, huevecillos del lago. En el centro de cualquier esquina podía verse un poste con la imagen de un Dios, en espera de que alguien subiera y la bajara, pero era muy costoso porque los sacerdotes habían encebado el palo con anterioridad. Desde todos los lugares cercanos a la ciudad, los vecinos visitaban a sus parientes y amigos; los señores portaban rosas como regalo y a la gente pobre se les solía llevar un escarbador de la tierra para los tiempos de la siembra. Daba miedo llegar hasta Tenochtitlan después del tiempo de las batallas, en que a los enemigos capturados se les vestía de mujer y se les obligaba a bailar lentamente al ritmo del tepoznatli y el huehuetl.

No mi señor, ellos todavía no te han declarado la guerra. Cuando lo hagan, vendrán unos mensajeros a bailar delante y bailarán lentamente hasta que de la misma forma se vayan alejando de tu presencia y salgan corriendo lanzando los gritos de la guerra, con las dos manos sobre los labios.

Tenochtitlan es la ciudad del escándalo, del miedo. De niña vi regresar a los señores con los canastos llenos de orejas cortadas a los cautivos; era una forma de llevar la cuenta de los prisioneros. El centro de las calles siempre está lleno de guerreros valientes y se distinguen de todos los demás porque están autorizados para lucir canutillos de barro, con flores de papel o flores frescas de la laguna.

Había también muchos, muchísimos aprendices de sacerdote, ya que casi el centenar de templos así lo exige, y se preparaban para las celebraciones en los teocallis de la gran ciudad de Cholula. La alegría de la fiesta nunca los conduce a lo que sucede con tus guerreros mi señor, pues en Tenochtitlan, a la persona que se pasa bebiendo el pulque, que es el licor de los dioses, es condenado a muerte.

Hay un barrio muy hermoso, que ya conocerás mi señor, es el de los artífices. Está a lo largo de la calzada donde cae el agua que viene desde Chapultepec, el Cerro de los Chapulines. Ahí, los genios del arte cortan el cristal de roca como cortar lama del lago para buscar los huevecillos. Cortan la negra obsidiana, el jade y la turquesa para hacer joyas. Es ahí donde se fabrican las redecillas de oro para el cabello de los señores y de las señoras guerreras de la Casa del dios de la Guerra, y donde se hacen las máscaras de los dioses que están en lo alto de los templos. Y has de saber, mi señor, que una de esas entradas que viste hoy, es la muy hermosa de Coyoacán, que llega hasta Xochimilco, y tiene mil puentes de madera, todos labrados con primor.

Hay venta de perros, los cuales son comprados en el mercado de Acolman. Y en cada una de las esquinas de toda la ciudad siempre existe un Tepuchcalli o Casa de los Jóvenes, donde son enviados los niños para estudiar las artes del mando y las artes de la guerra. Esos estudiantes visten muy pobremente, con telas hechas de fibras de maguey, como los macehuales, los que nunca fueron a la guerra, ni tomaron prisioneros.

Un gran señor manda sobre la ciudad de Cuitláhuac, que está situada en la región de las nieblas, cerca de Chalco; ahí es adorado un dios llamado Mixcóatl, el dios Cazador, y donde la leyenda cuenta que apareció un día con figura de venado. El señor Cuitláhuac tiene mucha fama, ya sabrás de él, mi señor. Se dice que cuando el señor de mar a

mar cumpla los cincuenta y dos años de servir, será Cuitláhuac quien le suceda en todo el mando de la tierra. Es Señor de señores.

La gente de Chalco no habla como la de Tenochtitlan, sino que usa un lenguaje suave, como el algodón, o el pétalo de las flores. Otro detalle que se me olvidaba contarte es que en las ciudades conquistadas no se le permite a nadie aprender a nadar, ni a manejar canoas, toda vez que en Tenochtitlan y sus ciudades se mantiene una política de preservar la seguridad de la ciudad fortaleza. Solamente los amigos de Tlacopan, Texcoco y Tenochtitlan pueden aprender a nadar y ser duchos en ese ejercicio.

En el principio de los tiempos, la gente de Tenochtitlan, los llamados tenochas, llegaron muy humildes, vistiendo ropas de hojas y calzando cueros de lagartijas. La única arma que conocían era el átlatl, que es un dardo arrojadizo. Los señores chichimecas solamente les permitieron estar en el centro de la laguna de Tenochtitlan, donde el agua les cubría las esteras cuando crecía con la corriente. Y así pasaron cien años. Pero un día llegaron las aves del norte y las tardías rosas del lago florecieron. Aprendieron el arte de manejar el arco y la flecha y fueron los mismos chichimecas quienes les enseñaron, para su propio mal. Porque ya no volvieron a hablar con las rodillas pegadas a la barbilla y los ojos sobre el suelo. Desde esta altiplanicie marcharon hasta las cálidas tierras de la fruta, de las palmas, del pescado, del cacao, del algodón, de la anona, del tabaco, de las plumas de quetzal. Ya no tuvieron que pagar nunca más el tributo que les exigían los chichimecas, fueron ellos los que pedían el tributo; flores de papel, pájaros de colores, canastos de cacao, de plumas, de hule; animales de muchos colores y tamafios, como unos que venían desde muy lejos, desde más allá de las tierras de Aztlán, más grandes que tus caballos y que conocerás porque los tienen en los jardines de flores y en los jardines de sus animales. También pidieron miles de cargas de cacao, de chile, de frijoles, de ayotes, de maíz. Solicitaron que los artistas de otros lugares trabajaran para ellos sandalias azules, mantas de pluma, y obras de oro, de plata y de cobre.

Después de ellos, llegaron otros. Los de Tlatelolco nunca estuvieron de acuerdo con la llegada a la laguna de la gente de Aztlán, de los tenochas, ya que ellos les habían precedido cuando todo estaba lleno de zacate y nadie había encendido fuego sobre ningún lugar de la laguna. Al principio, los tenochas se alimentaron de hierba tierna, de aves, de hormigas, gusanos; hasta que por la noche fueron a buscar las piedras y empezaron a formar una isla en el centro de la laguna.

Piedras que traían desde lugares tan lejanos como Teotihuacan, o

Tula, donde ellos encontraron ciudades dormidas, ya abandonadas y cuya piedra les era buena para sus propósitos. Después, la historia dice que los años pasaron como un sueño y Tenochtitlan fue grande luego de mil años de existencia.

Pero todo eso tiene que terminar sobre Tenochtitlan, la ciudad del miedo.

Tú, mi señor, debes hacer todo lo posible para que todo el dolor de los pueblos cautivos por Tenochtitlan sea en el mañana como un viento que flota sobre la laguna, y si en verdad todo muere, como decía Nezahualcóyotl, el viento también morirá sobre el lago, como las flores mueren cuando llega el ahuehuete. Que todo sea de nuevo quietud y paz como lo era antes de que los tenochas llegaran hasta Tenochtitlan. Que la ciudad de los perros sea solamente lugar para las juncias, para que vivan nada más los caracoles entre las ondas del lago.

¿Lo podrás hacer, mi señor? Debes hacerlo. Otros te dirán que no. Pero es que otros han nacido para el oficio de amar a México Tenochtitlan.

◆◆◆

XII

Era mediodía. Tenochtitlan estaba ahí. Tenochtitlan, la grande, el centro del mundo, donde habitaba el gran Tlatoani de México, señor de mar a mar. Era como una esmeralda en el centro de una laguna. Una jícara de flores, un nido de colibrí, el canto de un ave, una pequeña oración. Como las dos manos juntas cuando dicen que sí. Como las dos manos juntas cuando dicen adiós. Tenochtitlan, el lugar donde las flores abren sus pétalos a la luz.

¡Tenochtitlan...Tenochtitlan!

Y el sol se hizo pedazos en la mitad de la mañana, en la mitad de la mitad de la laguna, en la mitad de un día. En lo alto del Templo Mayor un hombre solitario miraba el ingreso en la ciudad del ejército castellano. Era Moctezuma, Tlatoani de México. Ese día entraría en la ciudad la gente de Tlaxcala; sería un día de lloro.

Mil trescientos soldados castellanos arribaron a la ciudad en un perfecto orden y con los ojos abiertos como jícaras llenas de maíz.

Primero el ejército español, después el ejército de Tlaxcala. Les seguían los señores de Cholula, los señores y guerreros de Atlixco, los guerreros y los señores de Tliliuhquitepec, y los señores guerreros de Tecoac. Adelante, solo a veinte pasos adelante, venía el vocero de Tlaxcala que gritaba en nuestro idioma avisando que toda mujer, todo niño, todo hombre, todo anciano, toda flor, toda hoja, toda rama de árbol que osara obstruir el ingreso del ejército de Castilla sería cortado en dos por la mitad y destinado a ser alimento de los perros. Eso decía el guerrero de Tlaxcala, así lo repetía con voz de trueno.

Desde las azoteas miles de personas miraban en silencio el ingreso de los extraños. En la calzada de Ixtapalapa, de lado a lado, en línea desde el sol, estaban las muchachas con lindos colores, con lindas enaguas; unas con huipiles, otras con sus senos desnudos movidos lentamente por el asombro. Y hasta donde nace el sol, toda la extensión de la calzada de Ixtapalapa cubierta de flores rojas, blancas, azules, verdes y violetas. Y rosas, millones de rosas pequeñas, de todos colores. Y millones de pétalos de juncia. Y millones de alegrías... Y millones de tristezas escondidas.

Había miles de canoas desde las cuales mujeres y niños arrojaban una lluvia de flores a los castellanos conforme avanzaban hasta el encuentro de los señores de Tlacopan, Texcoco y Tenochtitlan, que los esperaban en el Fuerte de Xólotl.

Sobre las ramas de los árboles había miles de banderas de papel de varios colores, y algunas tan extensas como de veinte metros de largo, que flotaban al leve movimiento de la brisa que llegaba desde el lago, cruzando la calzada, y que iba a terminar a los pies del cerro de la Estrella, desde donde cada morir del siglo, cada nacer del siglo, nuestros sacerdotes bajaban con el fuego de la vida para repartirlo entre los doscientos mil hogares de México Tenochtitlan.

La mayor parte de la gente tenía una enorme alegría. Después de un instante de silencio, empezó a retumbar todo el suelo de la calzada como cuando había terremoto; era el ruido que hacían miles y miles de pies de la gente de Tenochtitlan, que golpeaban el suelo con sus plantas, a modo de saludo, para los señores que venían entrando, que ya habían ingresado en la ciudad.

La gente de Hernán Cortés admiraba los puentes labrados, algunos hasta de veinte metros, que estaban tendidos sobre la calzada para que pudieran pasar los canales de agua dulce, para dar vida a las chinampas. Y ahí estaban las chinampas. Unas sembradas con flores, con lirios, con verduras, con árboles frutales. Se miraban miles de árboles, sobre todo de frutos rojos y amarillos, los xoxotl y los nances. Había todo eso que en la ciudad cultivaba nuestra gente con amor y por lo que llamaban a Tenochtitlan, la ciudad de la fruta, de los pájaros, de los peces, de las flores.

¡Ay, nuestra ciudad, donde las flores abrían sus pétalos a la primera luz de la mañana, a la última luz de cada uno de los atardeceres!

Tenochtitlan, la linda, el manojito de maíz en flor, la alita de las mariposas, el murmullito de las aguas de la laguna, los ojos lindos de las muchachas, el temple de los guerreros que estaban hechos para morir y seguir viviendo en el sol. Fue en la hora tres del día, en la hora de Chalchiuchicuye, la diosa del Agua... Mi murmullito... mi hojita barrida por el viento... Mi gorgorito de flor en primavera. ¡Ay, mi Tenochtitlan!

Muchas flores de papel, grandes como dos manos, se encontraban entre las ramas de los árboles de huexotes, que eran los más hermosos de la ciudad y que danzaban con la música del aire que iba barriendo

el lago hasta el centro del corazón de la laguna. Y allá, más allá de allá, sobre el anillo del cielo, el volcán Ixtlaccíhuatl, el volcán Popocatépetl, hasta donde los peregrinos de Tlatelolco iban en la primavera con cestos llenos de frutas para lanzarlos en su seno. Y por encima de los ojos del ejército de Castilla desfilaban las isletas artificiales de Tenochtitlan, con sus hermosas casas de cal y canto, tan blancas como los huevos del huaxolote.

Ya los ojos de los avenidos pasaban mirando los jardines flotantes que tenían sus nombres escritos en náhuatl. Y así, el primer ejército invasor ingresó en Tenochtitlan después de mil años de historia. Primero fue un guerrero caminando solo, vestido con su armadura que brillaba al sol. No miraba a un lado, ni atrás, sino adelante como si le hubieran clavado los ojos en la Puerta de las Águilas. Ondeaba la bandera del escuadrón en círculo; la levantaba, le daba vueltas; todo al paso que le indicaba un redoble de tambores y trompetas que lo antecedían. Este fue el primer guerrero que dejó su huella sobre las flores. Sus botas de piel de cabra blanca estaban manchadas de color por los miles de flores que había pisado en los diez kilómetros que recorrió desde la orilla del lago al Fuerte de Xólotl.

Cuatro jinetes seguían al hombre de la bandera. Llevaban corazas deslumbrantes. Sobre sus yelmos, que parecían de vidrio, lucían plumas de quetzal que ondulaban por sus espaldas cuando las movía el viento. Los cuatro jinetes portaban sus lanzas hacia abajo, y en la otra mano sostenían una espada desnuda que brillaba con los rayos del sol.

Ante los ojos sorprendidos de la ciudad, pasó un escuadrón de infantería; todos con pequeños sombreros sobre los que campeaban plumas rojas. Sus ropajes eran de cuero y tenían guantes. Cada uno de los soldados sostenía entre sus manos unas tiras de cuero, desde donde iban atados dos perros. Eran los trailleros de perros, los perreros.

Los perros, grandes, pintados de blanco y negro, fieros, echaban espuma por el hocico y husmeaban. Los trailleros contenían a los perros que desesperados por el olor de la gente intentaban lanzarse sobre ella. Eran los perros cebados con carne humana parte muy importante del ejército de Castilla y Aragón. Hubo un instante de suspenso. La gente se hizo a un lado y muchos cayeron en las aguas del lago. Pasaron ante el silencio de la gente, un silencio interrumpido solo por el jadeo de los perros con hambre. Parecía que los perros eran los que arrastraban a los trailleros.

Un capitán venía solo, siguiendo a la traílla de los perreros. Era

Pedro de Alvarado sobre su caballo. Llevaba en la mano izquierda las riendas del caballo sudoroso, que caracoleaba. Iba enfundado dentro de una armadura de color oro. No tenía yelmo y su cabello se veía dorado, los ojos azules y la barba dorada. En su mano derecha tenía la bandera de Hernán Cortés y la ondeaba de un lado a otro. Un sacerdote del Templo, al ver a Alvarado, exclamó entre sorpresa y encanto:

—¡Un hijo legítimo de Dios, un hijo de Dios, Tonatiuh, Tonatiuh! Otros jinetes venían en formación, armados con escudo y espada.

Vestían cotas de algodón de acuerdo con lo que recién habían aprendido del ejército de Tlaxcala. Pasaron luego los ballesteros, unos en estado de alerta apuntando a la muchedumbre de tenochas que les observaban, y otros, los menos, portaban su arma sobre el hombro. Y los arcabuceros con cotas de algodón empapadas con salmuera que les cubría hasta más abajo de la rodilla. Llevaban sobre la cabeza un sombrerito pequeño con plumas verdes. De vez en cuando disparaban sus arcabuces al aire y los tenochas se asustaban; tal era el propósito de Hernán Cortés.

Después desfiló la infantería del ejército, sumaban unos mil hombres y al centro de ellos llevaban las lombardas, arrastradas por guerreros de Tlaxcala. Portaban en su mano derecha una antorcha encendida como presta para encender el arma y disparar.

El grupo de mujeres de Castilla desfiló. Al frente, sobre un caballo, estaba María Estrada, quien miraba con desprecio a las muchachas hermosas de los senos desnudos de Tenochtitlan. Sobre un caballo, vestido de alba y oro, iba el sacerdote Juan Díaz, le acompañaba a pie Fray Bartolomé de Olmedo. Les seguían unos castellanos que llevaban el estandarte de la Virgen María, la señora del Rescate; toda de azul, con los pies sobre una media luna, y crucificada con el filo de las espadas que parecían rayos solares. Otro estandarte era el del Apóstol Santiago que destacaba sobre un caballo, destrozando a los guerreros enemigos y cortando cabezas con su espada; los cascos de su caballo aplastaban la cabeza de un niño.

A tres cuerpos de distancia marchaban los capitanes Sandoval, Olid y otros de gran importancia. Todos ellos metidos en sendas armaduras, brillantes como el sol. Sus caballos tenían cascabeles en las patas que sonaban al caminar.

A diez metros de sus capitanes, solo, venía Hernán Cortés, vestido enteramente de rojo, tocada la cabeza con una gorra sevillana; no

llevaba armadura. La espada le pendía de un costado. Iba erecto y su caballo no caracoleaba. Ingresó en la ciudad con el porte de un Señor de señores y, a pesar de su pequeña estatura, sobre su caballo ostentaba un garbo especial. A su paso la gente le lanzó tantísimas flores que fue necesario que unos soldados de Tlaxcala limpiaran el camino frente a él para que su caballo pudiera pasar.

Diez metros atrás marchaban los tres capitanes de Tlaxcala. A su paso, la gente guardó silencio. El señor Tlatotzin. El señor Tehuanitzin. El señor Maxzatzin. Los tres ingresaron en la ciudad de Tenochtitlan con todo su garbo de señores de la Guerra y con un aderezo acorde con su condición.

Siguiendo a los señores de Tlaxcala marchaban Malintzin y Jerónimo de Aguilar en sendas cabalgaduras. Marina montaba de lado. Vestía un traje blanco con borlas azules y una corona de rosas rojas en su cabeza. Ante su paso, la gente no echó rosas.

Capitanes y gente de Tenochtitlan veían desde el Fuerte de Xólotl cómo se acercaban los hombres de Tlaxcala. Mujeres guerreras de Tenochtitlan se acercaron en sus canoas hasta la calzada, con cestos llenos de flores amarillas, que lanzaron al grupo de capitanes tlaxcaltecas. La respuesta por parte de los guerreros de Tlaxcala no se hizo esperar, y el orden que se había mantenido hasta ese momento fue interrumpido. Los guerreros de Tlaxcala tocaron un caracol de alerta y sonaron sus tambores de guerra. Cortés se detuvo, esperó a Malintzin y por medio de Jerónimo le preguntó qué sucedía.

—Señor —explicó Malintzin— los guerreros de Tenochtitlan odian a los guerreros de Tlaxcala... Se consideran humillados. Las flores amarillas que les lanzan simbolizan su odio para con ellos y significan la muerte.

Cortés observó la lluvia de flores que las mujeres lanzaban sobre los guerreros de Tlaxcala. Entonces, se presentó un sacerdote azteca e impidió que se siguiera lanzando flores amarillas sobre los guerreros; al mismo tiempo, les recordó a las mujeres que ellos, los de Tlaxcala, eran invitados del Consejo de las Naciones. Cortés, que no había entendido el gesto del sacerdote azteca, espoleó a su caballo y se lo echó prácticamente encima, derribándolo. El sacerdote miró con profundo estupor a Cortés. Este le pasó por encima. Sonó el tambor de los castellanos y la marcha continuó en el orden que se había previsto.

Después ingresó un escuadrón de guerreros de Tlaxcala, famosos por su forma de manejar el arco y la flecha. Tenidos por guerreros

temibles; la gente los vio pasar sin lanzarles flores ni burlarse de ellos. Era costumbre en Tenochtitlan el respeto supremo para el enemigo cuando era muy valiente.

Se presentaron también unos soldados de Tlaxcala muy mal vestidos, casi con harapos, como si en vez de mantos tuviesen redes sobre el cuerpo. Pero todos tenían sus armas en la mano y estaban listos para toda emergencia. Ellos, que sumaban miles, miraban con codicia la ropa y las condiciones de la gente de Tenochtitlan.

Muchos soldados de la tropa de Cortés se acercaron demasiado a las muchachas de los senos desnudos y algunos intentaron tocarlas, lo que les prohibieron sus capitanes.

Una vez que pasó el ejército de Tlaxcala, entraron otros guerreros, que vestían mejor. Pasaron los jefes del ejército Huexotzinca, los señores de Cholula y sus guerreros, los señores de Atlixco y sus guerreros, los señores de Tliliuhquitepec y sus guerreros, y los señores de Tacoac y sus guerreros.

Todo el plano de los ejércitos reunidos sumaba miles y miles y se detuvieron ante el fuerte de Xólotl. La fila era enorme y parecía posada sobre una serpiente interminable de flores, que prácticamente cubría los diez kilómetros de la calzada de Ixtapalapa, desde tierra firme hasta más allá de la mitad del lago.

El capitán Cortés se adelantó y todos hicieron un alto para abrirle paso. La gente ya no le tiraba flores, sencillamente lo miraban.

Los señores de Tlaxcala se ubicaron en un plano aparte llenando toda la calzada de Ixtapalapa; estaban atentos, pues temían lo peor del ejército de los aztecas, ya que los conocían por la guerra que había durado cien años. Muchos de los capitanes tlaxcaltecas lucían sobre sus cabezas plumas blancas de garza, el símbolo que los Señores de Tenochtitlan les habían enviado desde hacía diez generaciones. Todos estaban bien armados con sus cotas de algodón. Una gran cantidad de ellos cuidaban el fardaje de los castellanos. Un sacerdote de Tlaxcala se desprendió del grupo, portaba en la espalda la imagen del dios tlaxcalteca hecho de barro cocido; empezó una danza al son de un tamboril y bailó hasta caer exhausto.

Hernán Cortés bajó de su caballo ayudado por el caballerizo, caminó sobre las flores sonando las espuelas, produciendo un sonido apagado, y se detuvo en mitad de la calzada de Ixtapalapa frente a la entrada principal del Fuerte de Xólotl. En ese mismo lugar los artistas

de Tenochtitlan habían puesto una enorme alfombra roja hecha de plumas de aves, y al centro, un estrado bellamente tejido, nuevo, con pitas del tular. Junto a Cortés estaban Jerónimo de Aguilar y Malintzin.

—Es el señor Moctezuma —dijo ella a Aguilar para que este se lo tradujera a Cortés.

Moctezuma venía rodeado de gran esplendor, sobre unas andas cargadas por ocho guerreros de la orden del Águila. Frente a él caminaba un heraldo que portaba un banderín de oro con el que hacía señales para que nadie se acercara ni le mirara de frente. Un grupo de servidores iba tendiendo alfombras verdes, blancas y azules conforme caminaban los señores que portaban las andas. Las mismas alfombras eran prontamente recogidas una vez pasado Moctezuma y las extendían adelante. Los guerreros portadores de las andas vestían ricos trajes y calzaban sandalias de oro. Eran Caballeros Águila y Caballeros Ocelotl. En tanto Moctezuma se acercaba al centro de la alfombra roja donde esperaba Cortés, los habitantes de Tenochtitlan bajaban la cabeza y ponían sus ojos sobre la alfombra, en señal de respeto, de acatamiento.

El señor Moctezuma fue bajado por los guerreros Águila.

Tenía en el centro de su pecho una esmeralda grande, del tamaño de un puño, que le colgaba de una cadena de oro. Su vestido y su capa eran riquísimos y de gran lujo; su capa estaba primorosamente tejida con plumas de colibrí azul. En su cabeza lucía una tiara de plumas de quetzal con franjas de oro y perlas preciosas. En ambos lados de la cabeza, y cayendo hasta el cuello, le pendían unas borlas, eran el símbolo del Tlatoani de Tenochtitlan y gran capitán de México.

El señor de Texcoco, Cacamatzin, y el señor de Ixtapalapa, Cuitláhuac, ayudaron a Moctezuma a descender del palanquín en que venía, y que había sido traído por los guerreros Águila y Ocelotl; lo condujeron hasta donde se encontraba Hernán Cortés sentado, sobre un asiento de esteras en el centro de la alfombra roja de plumas. La alfombra era tan grande que dentro de ella cabían bien unos tres mil señores y sobraba espacio. Cacamatzin y Cuitláhuac sostenían al Tlatoani de Tenochtitlan, cada uno de un brazo; el Señor de mar a mar se veía plenamente sorprendido y emocionado.

A una señal del capitán Alvarado, el jefe de la artillería de Cortés ordenó disparar las lombardas que estaban sobre unas ruedas de madera. Al enorme ruido de las lombardas le siguió una humareda y

chispas de fuego, lo que hizo que mucha gente se asustara y hubiera confusión entre los asistentes. Ante el ruido de la lombarda, Cuitláhuac, Cacamatzin y Moctezuma se detuvieron, pero no compartían el pavor de los tenochas, sino que miraron indiferentes. Moctezuma se había detenido frente al lugar donde terminaba la alfombra de plumas en la que se encontraba el estrado de Hernán Cortés, que medía todo el ancho de la calzada, unos dieciocho metros de ancho por sesenta de largo. El viento del lago movía suavemente las plumas de la alfombra y un delicado perfume de flores se percibía en la atmósfera. Si se volviera la vista atrás, por donde había ingresado Cortés, nadie adivinaría que en donde quedó la suciedad por las plantas de los soldados y los cascos de los caballos, horas antes había una sola alfombra de flores.

—Es el rayo de la muerte —explicó Cuitláhuac a Moctezuma. Este se volvió para mirar las ramas desgajadas del árbol sobre el cual los artilleros dirigieron el tiro de sus armas. Las aves del lago, que por centenas se encontraban en el bosque, cercano de una isleta, huyeron del lugar y sobre el grupo de gente se escuchó el aleteo de miles de garzas que, posadas sobre los árboles, emprendieron el vuelo asustadas. Hernán Cortés levantó las manos y dio un grito:

—¡Santiago! —Su ejército respondió al unísono—: ¡Santiago, Santiago! Moctezuma, Cuitláhuac y Cacamatzin se quedaron sorprendidos
del grito de los castellanos.

—Parece ser un grito de guerra —observó Cuauhtémoc, el señor de Tlatelolco, a su compañera Matla, la señora de la Casa de las Guerreras.

Ante la observación de Cuauhtémoc, Matla se adelantó hasta quedar a siete pasos atrás de Moctezuma, levantó su jícara llena de flores y gritó:

—*¡Campa uee!* —Un silencio siguió las palabras de Matla. Volvió a gritar y su grito de mujer se esparció sobre el lago hasta chocar como un eco en las montañas, donde se acunan los volcanes... *¡Campa uee!!!! ¡Campa uee!!!!*

Cacamatzin, Cuitláhuac y Moctezuma miraron asombrados la reacción de Matla y la respuesta del pueblo. Miles de personas habían elevado al cielo sus jícaras con flores. Los tres señores levantaron entonces lentamente sus propias jícaras y repitieron:

—*¡Campa uee!*

En lo alto de un templo el caracol anunció la hora número cuatro del día, la hora de Nahuiolin...

El Fuerte de Xólotl era una isleta en mitad del lago. Una isleta muy hermosa, rodeada de jardines y chinampas.

El ejército de Cortés estaba en formación, pero unos a otros se hacían bromas. Se escuchaban palabras en griego, italiano, portugués... Había soldados blancos barbados; otros de tez morena; enanos, tuertos, viejos; algunos, si acaso habían cumplido los quince años. Entre ellos había padres e hijos. Cerca de donde se encontraba Cortés un soldado se adelantó con el banderín de color rojo y una cruz, y los clavó a un lado de la alfombra repitiendo: "¡Santiago y la Virgen María! "Pero en esa oportunidad nadie respondió. Sonó un redoble de tambor y un solo de corneta. Una marcha castellana inundó el ambiente. Los soldados simulaban marchar al son de la música, pero sin moverse del lugar, haciendo gala de una disciplina intensa, que era lo que Cortés quería dar a entender a los señores de México.

A lo lejos, un caballerizo sostenía las bridas del caballo ruano donde venía Malintzin. Las cornetas y los tambores callaron por un instante y se escuchó una flauta solitaria tocada por un napolitano muy hábil. Se dio inicio al recibimiento de Cortés.

En orden de importancia, más de dos mil personas se fueron acercando y saludaron a Hernán Cortés, quien los miraba sin moverse, sentado en su trono de pitas de juncias del lago. Había ordenado que su asiento fuera un tanto elevado, de modo que la gente que lo saludaba siempre quedaba más abajo de él. Cada uno de los señores de México se acercó a Cortés caminando sobre la alfombra de plumas y cuando estaban cerca de él, a una distancia de diez metros, ponían una rodilla en la alfombra, la mano derecha tocándola, la besaban y se retiraban mirando al suelo. La ceremonia duró más de tres horas. Tres horas llenas de una espera que por momentos perturbaba al ejército de Cortés.

—Todo será así; así es... —había informado Malintzin a Cortés. El orden de los personajes que saludaban a Cortés representaba la importancia entre las naciones. Cacamatzin, señor de Texcoco; Totoquiahuatzin, señor de Tlacopan; ltzqueuhtzin, señor de Tlatelolco;

Cuitláhuac, señor de Ixtapalapa. En segundo orden de importancia pasaron los señores Atlixcatzin, señor de Tlatecatl, y Tepecuatzin, señor de Tizociaocatl. Un grupo de sacerdotes y sacerdotisas de varios templos se acercaron a Cortés y danzaron ante él en honor a Quetzalcóatl, en tanto que unos músicos acompañaron la danza con flautas de cañas; un muchacho lanzó sobre Cortés, alrededor de todo su cuerpo, el humo de un incensario de copal.

Siguieron después otros señores de las regiones de México; y a cada uno de ellos se les distinguía por los diferentes vestidos. Los señores de Xochimilco, de Coyoacán, de Huitzilopocho, de Culhuacan, de Atzcapotzalco, de Checatepec y de Amaquemecan. El resto del Consejo de los Señores de las Tres Naciones, Tenochtitlan, Tlacopan y Texcoco, fueron pasando en número de treinta, hombres y mujeres, algunos muy ancianos, muy llenos de plumas de quetzal sobre la cabeza, para demostrar su valor y su poder.

Matla y Cuauhtémoc fueron los últimos dos grandes de las ciudades que saludaron a Cortés. Matla puso su rodilla sobre las plumas, pero en vez de tocar la tierra, se entreabrió el huipil para dejar ver un seno hermoso y redondo que Cortés divisó. Matla clavó su mirada en el rostro de Cortés. Cuauhtémoc llegó a repetir el saludo, pero después de poner la rodilla en tierra no se besó la mano en señal de humildad, y tampoco miró el rostro de Hernán Cortés. Le tocaba el turno al Tlatoani de México, Señor de señores, señor de mar a mar, el gran Moctezuma. De nuevo lo acompañaron Cuitláhuac y Cacamatzin, pero cuando se encontraban a cinco metros de Cortés, dieron cinco pasos atrás y le dejaron solo. Era la hora número seis del día, la hora de Mictlautecutli, el señor de la Mansión de los Muertos.

Moctezuma hizo una profunda reverencia, colocó una rodilla sobre la alfombra, puso su mano sobre ella y la besó; después alzó sus ojos en señal de admiración y de respeto para Hernán Cortés y poco a poco se enderezó, hasta quedar mirando de frente al capitán de Castilla. Cortés se levantó de su estrado, trató de dar un abrazo a Moctezuma, pero Cuitláhuac y Cacamatzin se le adelantaron y lo impidieron. A una señal de Cortés se inició un redoble y una marcha de Castilla. La misma que Isabel la Católica y Fernando, su esposo, escucharon cuando los moros abandonaron para siempre la ciudad de Granada. La música era muy alegre, pero a otro gesto de Hernán Cortés, se detuvo en seco.

Moctezuma se acercó a él con una jícara de oro llena de flores. Todos los que lo habían saludado depositaron en el suelo, en todas las direcciones, sus jícaras llenas de flores...

—En Tenochtitlan —le había informado Malintzin—, la gente de valía camina siempre con una jícara llena de flores. Siempre, de día y de noche, bajo el sol o la lluvia. Es un lugar muy florido. Las flores las regalan a sus amigos o las dejan al frente de las casas cuando entran de visita.

Se acercó un coro de muchachas muy lindas y jóvenes, con guirnaldas de flores, bailaron una danza con ellas y cantaron suavemente. Después, dejaron las guirnaldas de color rojo sobre la alfombra.

Cortés se acercó a Moctezuma, se quitó un collar de margaritas blancas de vidrio que momentos antes el sacerdote Juan Díaz le había puesto y lo puso alrededor del cuello de Moctezuma. Este lo recibió con muestras de intensa felicidad. A su vez, Moctezuma se quitó el collar de caracoles, símbolo de Quetzalcóatl, y una tilma de plumas de quetzal y las colocó sobre el jubón rojo de Cortés, al tiempo que dijo:
—¡Oh, Señor de señores, señor Quetzalcóatl!

Cortés lo miró por un instante, preguntándose quizá por qué había puesto sobre su cuello el collar de caracoles y no el de oro con la enorme esmeralda: pero reponiendo el pensamiento, preguntó:

—Señor, ¿sois en verdad el gran Moctezuma?

Malintzin tradujo:

—Soy Moctezuma, Tlatoani de México y Señor de mar a mar. Cortés sonrió. Jerónimo de Aguilar le traducía las palabras de Moctezuma que Malintzin expresaba en el idioma de la gente del cacao, de las flores, de la fruta y de la sal:

—¡Oh, señor!... con pena, con fastidio, has logrado llegar hasta México, a tu casa... Llegas a sentarte en la estera, sobre tu silla, que he guardado solo por un pequeño tiempo. Porque hace tiempo se fueron tus criados, que la habían guardado para vos, los señores Itzcóatl, el señor Moctezuma Ilhuicamina, el señor Axayácatl, el señor Ahuízotl. Ellos guardaron también durante un pequeño tiempo el estrado desde donde gobernaron esta ciudad de México Tenochtitlan...

—Los ojos de Moctezuma se empezaron a llenar de lágrimas. —¡Ah, si alguno de ellos hubiera tenido mi asombro! ¡Si alguno hubiera sabido lo que se ha venido sobre mí y hubiera visto lo que, yo veo ahora...! Yo, señor, he estado afligido por cinco, por diez días, cuando se me ha contado que has regresado desde un país desconocido, desde donde has retornado; entre nubes, entre nieblas, entre tormentas,

como lo decía nuestro señor Nezahualcóyotl... Esto también nos habían contado nuestros sabios antepasados, nuestros Tlatoanis; que un día vendrías a ver esta ciudad, a sentarte en tu trono, sobre tu silla, sobre tu estera; que regresarías... Y ahora en verdad has regresado con pena, con fastidio. Seas ahora bienvenido a esta tu tierra y descansa. Ve a tu palacio y descansa tu cuerpo.

Dio unos pasos hasta una esquina de la enorme alfombra de plumas rojas, levantó los brazos y dirigiendo la palabra a su pueblo exclamó a gritos: —¡Nuestro señor Quetzalcóatl, ha llegado! –El pueblo de Tenochtitlan respondió: —*¡Campa ueeeeeeeeee!*

Era la hora del día número ocho en México Tenochtitlan, en que aparecía la Luna.

◆◆◆

XIII

Cacamatzin, gran señor de Texcoco, heredero de toda la sabiduría de Nezahualcóyotl, considerado señor del Entendimiento citó en su palacio a Fray Bartolomé de Olmedo, quien se presentó junto con Malintzin.

Era un hermoso palacio a las orillas del lago de Texcoco. En dirección al Cerro de la Estrella, en un enorme espacio abierto, estaba la ciudad de Tenochtitlan. Cacamatzin lucía su regio traje de Tlatoani de Texcoco. Fray Bartolomé de Olmedo vestía un traje talar desde cuyo cuello pendía un enorme rosario coronado por un cristo de plata.

Fray Bartolomé había considerado necesario conversar con el hombre que poseía, a más de poder, una enorme sabiduría. “Ese había sido el camino de los grandes padres de la Santa Iglesia Católica”, había dicho Fray Bartolomé cuando le propuso el plan a Cortés. Fue el camino de San Pablo, de Santo Tomás de Aquino, de San Agustín; sostenían diálogos con la gente muy ilustre acerca de la verdad y la vida. Fray Bartolomé de Olmedo inició la conversación, que Malintzin y Jerónimo de Aguilar hacían llegar a los oídos inquietos de Cacamatzin.

—Y la verdad, y toda la verdad y la verdad y nada más está en este libro que se llama la Santísima Biblia, inspirada por un Dios de dioses. Aquí está su mandato para todos los habitantes de la tierra, para todos los hombres. Este libro fue escrito hace miles de años... —extendió las manos como para abarcar toda la estancia del palacio y agregó: —Miles de miles de años... Aquí está la historia de toda la tierra, de todos los hombres, de todos los hechos...

—¿Estamos también nosotros, los hombres y mujeres de Texcoco?

Fray Bartolomé no esperaba semejante pregunta, dudó y un poco turbado, respondió: —Pues... este libro no dice nada sobre vuestra existencia en la tierra... Mas estoy seguro de que vosotros los indios sois el segundo milagro en la historia del mundo, después de la creación; el descubrimiento destas tierras nuevas de Indias...

¿Descubrimiento? No entiendo cómo... ya nosotros estábamos aquí… ya las habíamos descubierto desde el principio de los soles... —

Fray Bartolomé simuló entonces buscar una página en el libro, volvió a dudar, pero se dio por no aludido y prosiguió:

—Toda la tierra es herencia de nuestro señor Jesucristo que murió para salvarnos del fuego eterno... La sangre limpia de nuestro señor Jesús, salvador del mundo, ha llegado hasta vosotros con esta verdad, la que contiene este libro, la sabiduría, la divina razón. —Y para terminar con mucho dramatismo, cerró el libro y dijo: —Nosotros estamos aquí para iluminaros el camino de la verdad, la razón y la sabiduría. Así lo ha querido la madre y el padre de nuestro mundo católico de hoy, doña Juana y su augusto hijo don Carlos, a quienes Dios guarde para siempre, y que proceden así con la venia del Santo Padre, señor del mundo católico...

—¿Podría responder ese libro a nuestras preguntas?

—Este libro es sabiduría de Dios, sabiduría de sabiduría; tiene todos los tesoros de la mente del hombre descubiertos bajo el sol. Aquí está toda la razón, todo el saber humano, toda la verdad, os repito.

—¿Tiene alma a quien llamas el Santo Padre? ¿Este libro puede explicar por qué existe el día y la noche y por qué hay frío y calor? ¿Hasta qué lugar nos van llevando las estrellas en su ruta por el Universo? ¿por qué se mueve la tierra? Y por último ¿para qué quieren tanto oro?

Cuando Malintzin tradujo las palabras de Cacamatzin, Fray Bartolomé se sintió acorralado y no encontraba palabras precisas para responder. Uno de los sabios que acompañaba a Cacamatzin cruzó una palabra de inteligencia con el señor de Texcoco y cerró el libro que, a su vez, había usado como consulta...

—No puedo responderos —contestó Fray Bartolomé—. La tierra no se mueve, las estrellas están fijas en el Universo, seno de Dios... Son misterios que aún no hemos desentrañado y que nuestro Señor tiene destinados a otras sabidurías. El sabio que acompañaba a Cacamatzin se aprestó de nuevo a abrir una página de su libro y dar así una respuesta a Fray Bartolomé de Olmedo, pero el señor de Texcoco lo detuvo con delicadeza. Su mirar expresaba la duda y la burla que le inspiraba la sabiduría del libro de los castellanos y aragoneses, y que ellos habían llamado la caja de la sabiduría del hombre. Mas expresó con suma diplomacia:

—Es nuestro deseo que no tengan que esperar mucho tiempo para averiguar por qué se mueve la tierra y la dirección en que nos van

llevando las estrellas en su camino por el Universo. En cuanto a su sed de oro, recuerdo que el capitán Cortés ha dicho que en la tierra desde donde vienen necesitan con desesperación del oro para la cura de muchos males. Les daremos todo el que tenemos con la esperanza de que algún día puedan quedar libres de todos los males que les causa el no tenerlo —Cacamatzin miró a Malintzin y dio por terminada la audiencia.

Desde la ventana de su casa, Cuauhtémoc vio a los soldados de Hernán Cortés ingresar en un palacio detrás del gran Templo Mayor de Tenochtitlan.

Sentados sobre esteras Cuauhtémoc, Matla y la señora Rapada Preciosa, suma sacerdotisa de Tenochtitlan, se encontraban reunidos. Afuera, el sacerdote del caracol dio las tres horas, la hora de la diosa del Agua en Tenochtitlan. Cuauhtémoc empezó a hablar:

—Les hemos visto pasar frente a nuestros ojos... Ya sabemos que ellos existen y dudo, mi señora, que sean dioses.

Matla, frunciendo el ceño, en el que estaba pintada una mariposa de color rojo, explicó:

—Me han informado que capturaron a trescientos señores de la Guerra de la región Huaxteca y les dieron fuego. No es un acto propio de los dioses.

—¡Y la soberbia de la gente de Tlaxcala! —insistió Cuauhtémoc —. ¿Qué hubiera dicho mi abuelo Ahuízotl de verlos desfilando por las calles de nuestro Recinto Mayor de Tenochtitlan? Y ¡cómo ejecutaron sus danzas de guerra sobre nuestras flores!

La sacerdotisa lanzó una última mirada sobre el escuadrón que ingresaba en el palacio que Moctezuma le había dado a Cortés para que descansara con su ejército, pero no respondió, guardó silencio.

Esa noche, Hernán Cortés se encontraba pensativo. Sentado en su silla de tijereta, lo alumbraba una lámpara de mecha larga. Sobre la mesa, un reloj de arena que Godoy, su secretario, ajustó al escuchar el último canto del caracol. Estaba vestido con su jubón rojo, de un rojo subido como si fuera una mancha de sangre sobre la limpidez casi plata de las paredes; tenía unas calzas altas hasta más arriba de la pantorrilla, de doble tacón, una gola blanca y sobre la cabeza la boina negra inclinada con donaire y su pluma verde de quetzal cayendo a un

lado del rostro. En otra silla, y próxima a su mano, tenía la espada. Más allá de la ventana enorme se veía la ciudad de Tenochtitlan toda alumbrada por grandes hogueras y antorchas. En las esquinas, en todas las esquinas de la ciudad, ardía un cántaro enorme, de modo que toda la ciudad aparecía iluminada como, anotaba Godoy, ni en Venecia lo solían hacer los grandes duques. Una llama que superaba a todas las demás alumbraba sobre la ciudad de Tenochtitlan, era la del Templo Mayor.

—Allá en Toledo nuestras majestades no esperan tan grandes noticias —dijo Godoy, quien se encontraba listo para empezar a escribir.

—Hacedlo en la mejor forma que podáis. Y debéis escribir de tal manera que mis cartas constituyan parte de la colección del asombro y concedan a mi persona luenga fama...

—Despreocupaos, así lo haré.

—Id escribiendo y repetid en alta voz, para que yo pueda auxiliaros con mi memoria…

—Sacratísima majestad... En aquesta ciudad estamos en la noche igual que de día en las calles de Sevilla. Nos holgamos de ver cómo aquestas piezas hacen de la noche un día por ser tantas las antorchas y los cántaros que encienden con un aceite negro que arde cual ninguno de los extraídos de los olivares en vuestra Andalucía. Esas antorchas iluminan sus calles, sus mercados, sus templos, sus escuelas; donde los maestros enseñan más materias que las que se aprenden en la Universidad de Salamanca. ¡Con deciros, Señor de Señores, que estudian las formas del cuerpo por dentro y por fuera y hasta el correr de la sangre en nuestras venas! —Godoy fue interrumpido por Malintzin, quien traía en una bandeja sendos tazones de cerámica henchidos de chocolate.

—Algún día todas las Españas beberán desta buena bebida... —Marina rio sin entender, pero Godoy le dio la razón.

—Es verdad, señor capitán, aquesta bebida es regalo de dioses... —Como lo veis, señora, mi secretario escribe una carta a sus serenísimas majestades —explicó Cortés a Malintzin—; mas son tantas y tan hermosas las cosas que se deben noticiar, que a veces dudo que puedan creerse. Allá en tierras de Extremadura, lugar en el que vine al mundo, siempre entendimos que lo más grande del universo eran las tierras conquistadas por Castilla y Aragón. ¿Cómo habráse de

comparar la Villa de Madrid que tiene tres mil habitantes con esta gran ciudad de Temiztlan que es habitada por medio millón? ¿Qué dirá su serenísima majestad cuando informe al arzobispo de Toledo, el ilustrísimo Cardenal Cisneros, que el Templo Mayor de estos infieles es más alto y grande que la torre mayor de la nunca bien ponderada Catedral de Sevilla? ¿Y qué sentirán, ¡vive Dios!, cuando se les diga que en el patio del gran Templo Mayor puede caber una villa andaluza con quinientos vecinos?

Cortés se levantó de su silla y empezó a caminar de un lado a otro de la estancia intentando encontrar razones para informar al Rey.

—Escribe, señor Godoy, que la Plaza de Tlatelolco es la mayor del mundo y que día a día vienen a vender y a comprar en aqueste lugar más de sesenta mil vecinos. ¿Podéis entender, Godoy, lo que se ha de colegir de mi afirmación? Recordad que Sevilla, la ciudad más grande de su majestad, la noble e ilustrísima Sevilla, apenas cuenta con cuarenta y cinco mil habitantes. Tal quiere decir que el mercado de aquesta ciudad de Tlatelolco tiene más gente que todos los habitantes de las ciudades de Guadalquivir, Córdoba y Sevilla. —Hizo una pausa en sus pasos de un lado a otro de la estancia y ordenó: —Llamad a Jerónimo de Aguilar, pues quiero que doña Marina nos informe más en esta noche para decir a sus Majestades.

Cuando apareció en la estancia Jerónimo de Aguilar, medio dormido, se le brindó un tazón de chocolate y Malintzin dijo lo que sabía para que Godoy le escribiera en su carta al Rey de reyes.

—Es la ciudad de Dios y la gente que viene de afuera es considerada por ellos como simples temimes, como salvajes, como ruda, como tosca, como totonaca. Es la ciudad de Tloque Nahuaqui, creador del mundo, de las estrellas, de las mujeres y los hombres sobre la tierra; señor del más allá, Dios único, señor de la cerca, del junto; Dios de dioses.

En Paynala, nuestros viejos sabios dicen que no es cierta la historia que hoy enseñan en las escuelas de Tenochtitlan. Ellos no fueron los primeros sobre el lago, los primeros del cerro de la Estrella; tampoco es cierto que construyeron esta ciudad, pues mucho antes de que los tenochas llegaran, ya Tlatelolco estaba habitada; se sembraron juncias sobre el lago, se cosechaba en las chinampas, se cazaba con redes, se viajaba en canoas... Pero la historia que existía no le gustaba a Iztcóatl, el gran señor de Tenochtitlan, Serpiente de Obsidiana y dijo a los sabios que lo pintaran todo de nuevo, y a los poetas que lo cantaran todo de nuevo.

Antes no había tenochas por estas tierras ni en toda la extensión del lago de Texcoco. El gran lago estaba habitado por muchos pueblos y por mucha gente, pero solo en sus orillas. La gente creía que sobre el lago nadie podía vivir por ser tan lleno de moscos y de pestilencia cuando las aguas del invierno no bajaban desde las montañas y en el verano, cuando hacía calor y las lluvias no llegaban; la gente decía que el lago solamente servía para la pesca de moscos, aves y peces. Pero Itzcóatl, Serpiente de Obsidiana, Señor de señores, mandó quemar todas las historias y empezar una nueva, que se iniciara con él.

Para ellos todo fue como un nacimiento con el amanecer del alba sobre las aguas del lago. Un grupo de gente cansada se asomó a las aguas del gran lago, era una tribu errante de más de quinientas personas. Venían desde el norte, de las tierras de Aztlán, donde vuelan las garzas, donde las garzas nacen y se lanzan cada mañana en busca de los caminos del Sol. Eran niños, hombres y mujeres, guiados por un señor sacerdote, Tenochtl, que llevaba en su espalda un envoltorio que cuidaba con amor, pues ahí guardaba a su señor dios Huitzilopochtli.

Cuando llegaron al lago, el sacerdote vio sobre un nopal una enorme águila devorando una serpiente e informó que los dioses le habían dicho que cuando encontrara ese lugar con el águila y con la serpiente, sería el sitio designado para que su pueblo pudiera vivir en paz y feliz para siempre. De inmediato empezaron a tronchar ramas y a hacer un rancho provisional con pajizos de la laguna. Esa felicidad duró poco. Cuando ya estaban ubicados en su campamento llegaron unos guerreros chichimecas, señores de los mil pueblos de las orillas del lago. Los llamaron y les dijeron que no se podían quedar en estas tierras ya que su Tlatoani no se los permitía. El sacerdote Tenochtl, que era muy inteligente, habló con el jefe de los soldados chichimecas y al final este dijo, señalando el lugar donde Tenochtl había visto el águila devorando la serpiente: “pueden vivir allá, pero si regresan a la orilla del lago, los mataremos a todos”. Y así dicen los tenochas que empezó su historia.

La tribu vivió en el islote, al centro de una laguna, con grandes dificultades. Vivían de las sabandijas del lago, de los huevos de mosco y recogiendo la poca agua buena de un pequeño arroyuelo. Todo fue miseria en mucho tiempo; la gente vestía muy mal, con harapos, cáscara de árbol, o cuero de animales cazados. Cuando llegaron las épocas de las grandes lluvias, el agua sobre el islote subió y subió, la gente ya no podía vivir así; los pocos que se aventuraron a ir en busca de lugares mejores eran flechados por los guerreros chichimecas que les vigilaban y nunca más regresaron. Así fue como levantaron una

chinampa. El invento de la chinampa fue lo mejor. Sin las chinampas hubieran muerto; y con ellas, pudieron vivir para siempre. Tomaron varas de las orillas del lago, las entretejieron, las hicieron como redes de maderos que flotaban y después las rellenaron con limo del fondo del lago y piedras; lo apisonaron todo y formaron una especie de balsa grande sobre el fondo del islote. Era como tierra firme flotando con el viento y cubierta de musgo.

Después, erigieron una casa de carrizo sobre la chinampa. Entonces, una mujer abrió un hoyo en el suelo con la punta de un carrizo y echó adentro tres granos de maíz, abrió otro hoyo y lanzó tres granos de calabaza; tres granos de chile en otro y tres granos de frijol en otro; y así, sobre las chinampas, fue naciendo la agricultura. Una mañana, en la hora dieciséis, cuando la aurora brillaba sobre la tierra, cuando el alba ya no era alba, la misma mujer hizo el más grande de todos los inventos; tomó una cabeza de pescado ya secada al sol, dentro puso tres granitos de maíz, abrió un hoyo en la tierra de la chinampa y la sembró. Así fue como se inventó el abono; y las cosechas se multiplicaron. Después hicieron más chinampas, pero no para vivir, sino para tener huertos de maíz, de frijoles, de chile, de árboles frutales, de calabazas, de chayotes... Alrededor de las chinampas hicieron puertas para la salida del agua; lanzaron los peces ahí y los hicieron crecer; cultivaron los peces como lo hicieron con el maíz, el chile, la calabaza. Más adelante, cercaron una chinampa grande y la dedicaron a la cría de aves y domesticaron el huaxolote.

Pero un buen día, antes de nacer el alba, aparecieron los guerreros chichimecas y para cuando nació el alba, cuando el sol ya iba corriendo por los caminos del cielo, todo estaba destruido, los guerreros chichimecas lo habían destrozado todo. Los niños de Tenochtitlan murieron defendiendo sus parcelas; las mujeres defendiendo sus jardines, los viejos defendiendo sus maizales, sus chilares, sus siembras de peces sobre el agua. Los tenochas trataron de hacer la mejor defensa posible, pero no pudieron, el ejército chichimeca tenía un arma temible y poderosa no conocida por los pueblos que habían venido de Aztlán, el arco y la flecha. Pero una noche, una muchacha de Tenochtitlan nadó hasta la orilla del lago, llegó sigilosamente hasta donde dormitaba un centinela chichimeca, lo ahogó entre sus brazos y le quitó el arma. Las mujeres, los niños, los viejos, y los hombres, empezaron a construir armas a escondidas, pues siempre eran vigilados por el ejército chichimeca. La gente de Tenochtitlan reconstruyó sus chinampas; volvieron a sembrar chile, calabazas, árboles; se multiplicaron. De vez en cuando los sacerdotes vestían con pieles de búfalo que los mercaderes lejanos solían comerciar en las lejanas tierras de Aztlán. Entre una chinampa y otra

hicieron como un corredor de bejucos y así nacieron las calzadas, pero no para caminar de una chinampa a otra, sino como estrategia de guerra.

Con el tiempo, los guerreros chichimecas regresaron a destruir lo que los tenochas habían hecho, que cada día era más. Pero se encontraron con que los corredores por donde entraren para pelear eran destruidos; los jóvenes guerreros chichimecas se vieron copados y llenos de trampas por todos lados; y se encontraron ante otro asombro, cada niño, cada hombre, cada mujer, cada guerrero, era un experto en el tiro del arco. Durante mucho tiempo la gente de Tenochtitlan se había adiestrado en lanzar flechas sobre las aves nocturnas. En ese enfrentamiento los guerreros chichimecas no pudieron destruir la ciudad, fueron ellos mismos derrotados, y huyeron. La gente tenocha, hombres y mujeres, crearon fama de arqueros y valientes y de todos los lugares venían a contratarlos para que sirvieran en los ejércitos de los señores que hacían la guerra.

Después, con grandes canoas, empezaron a jalar piedras, robadas por ellos desde lugares donde había ciudades abandonadas, como Tula, como Teotihuacan. Las piedras eran acarreadas de noche desde distancias hasta de cincuenta kilómetros. Cada niño una piedra. Cada mujer una piedra. Cada viejo una piedra; una piedra según el tamaño. Eran llevadas a la orilla del lago en donde los diestros manejadores de las canoas las llevaban hasta Tenochtitlan y así empezaron a construir sus templos. Y aprendieron a hacerlo con el mismo arte con que lo hicieron los toltecas de Tula.

—¿Los toltecas de Tula? ¿Quiénes fueron? —interrumpió Hernán Cortés.

—Fueron padrecitos de la sabiduría. Madrecitas de la sabiduría. Un pueblo de hombres y mujeres ilustres. El gran Nezahualcóyotl decía de ellos que eran tan sabios que podían dialogar hasta con su propio corazón.

—¡Dialogar con su propio corazón! ¿Qué dirían mis antiguos maestros de Salamanca, donde pasé estudiando latín ocho semanas, al escuchar estas palabras?

—Y en menos de trescientos años —continuó Malintzin— ellos, los hacedores de chinampas, los diestros en el arco y en la flecha, dominaron a todos los pueblos, construyeron esta hermosa ciudad de Tenochtitlan y se han hecho temer por todas las tierras, desde donde habitan los bisontes hasta muy lejos, por los caminos del sol, donde la

tierra se hace pequeña como la cintura de una mujer que danza frente al Templo Mayor.

—¿Lo habéis escuchado, señor Godoy? Destas cosas también informaréis a sus serenísimas majestades.

Cortés ya había terminado de beber su jícara de chocolate, y le explicaba al secretario Godoy lo que el Emperador Carlos V debía saber.

—Decidle que las casas no tienen puertas, no existe dolo en la gente, el robo se desconoce; que es un pueblo con adoración para las flores y los árboles; cortar un árbol es considerado por ellos igual que cortar una vida y condenan a pena de muerte a su malhechor—. Luego, como para consigo mismo: "Gente tan sabia que podía dialogar hasta con su propio corazón..."

El Secretario Godoy continuó la carta, y leyó en voz alta algunos párrafos para que Cortés les diera su aprobación.

Ha de saber su serenísima majestad que la dicha ciudad está rodeada de muy bellos y muy gentiles jardines y muy hermosos y muy grandes palacios, con millones de flores, y en todos y cada uno de ellos tiene muelles para entradas y salidas de sus naves. En las calles hay mucho orden y policía, y es tal que la gente de África no se le iguala.

Hemos visitado un lugar que el hombre no había conocido desde los lejanos tiempos de Babilonia, según están descritos por los santos antiguos libros. Existe una gran colección de animales, así de tierra así de aire así de mar así de agua dulce. Las aves son de todos los colores y todos los tamaños, que da alegría observarlas. De las plumas de esos pájaros se hacen tejidos muy hermosos como el que se me obsequió durante mi primera presencia en Temiztlan; era un manto todo tejido de plumas de color rojo y tan grande como dos veces el tamaño del patio que está frente a la Catedral de Toledo.

En aquestos parques o jardines viven animales de toda especie, como un arca florida de Noé, los hay tan pequeños como mariposas y tan grandes que no hay en Castilla, Segovia, o Aragón, animales tan grandes para comparar; son los bisontes que traen desde lejanas tierras del norte donde dicen los hay en abundancia. Es de ver las albercas de los peces así de adorno como de mesa, de todos los colores y tamaños.

Cada mañana las artesanas despojan a las aves de unas cuantas plumas y estas son tejidas en talleres que están cerca del lugar y donde trabajan más de trescientas mujeres cada día. Ahí se tejen vestidos, capas, cubiertas para las tiendas, telas sacerdotales, alfombras y tapices para las paredes de los palacios, cuadros de paisajes, todo hecho por las manos de las mujeres muy hábiles. En esos tejidos de plumas se dicen cosas muy lindas y se cuentan historias pasadas.

Ha de saber su serenísima majestad, que para la conservación de los animales y de los jardines de plantas medicinales, trescientos hombres tienen a su cuidado los jardines y otros trescientos el cuidado de los animales, habiendo entre ellos doctores que curan y vigilan la salud de los animales con una especie de medicina que han inventado para ello. A estos se les llama médicos de animales, cosa que no hemos visto en nuestra Castilla y que sorprende a nuestros soldados que visitaron África, Venecia y París.

Y ansina también hay muchos mercados, además del llamado Tlatelolco, donde hemos visto tribunales de sanciones inmediatas presidido por tres jueces. Existen también otros tribunales de Justicia donde los jueces estudian las causas hasta un máximo de ochenta días. El juez que retenga la aplicación de la justicia por más de esos ochenta días es condenado a muerte. Para merecer el título de altísimo Juez destos tribunales, tienen que estudiar mucho y en forma tal que las leyes son más sabias que las Siete Partidas y mucho más profundas que las leyes de Justiniano. Tienen leyes que cuidan que los niños asistan a la escuela a los siete años de edad; contra la ebriedad, la vagancia, la maldad de corazón, la destrucción de los árboles cerca de las fuentes donde recogen el agua. Leyes que protegen a las viudas y a los huérfanos; toda persona debe conocer todas y cada una de las ochenta leyes que componen el Código de Nezahualcóyotl, un sabio muy famoso de Texcoco, constructor de un templo dos veces más alto que la Catedral de Toledo y donde se rendía homenaje de flores y cantos a un Dios único, Señor de señores. Esas son las leyes conocidas como las Ochenta Reglas de la Sabiduría y que ni tantas ni tan sabías existen en los reinos de su majestad.

Gente hay trabajadora y muy buena para las minas, y muy gentiles para venderlos como esclavos en las gradas de la Catedral de Sevilla a buenos precios si su serenísima majestad lo autorizara de acorde con las Leyes de Burgos, herencia de vuestra augusta abuela doña Isabel, que Dios ya tiene en su dignísima gloria eternamente. Es gente de ver, de escuchar y de sentir.

La ciudad va creciendo cada día sobre el lago y es tan ancha, tan amplia y tan hermosa que no se le puede comparar con Venecia, de tantos palacios y tantísimos templos que tiene. Las casas poseen puentes en las azoteas, muy bien labrados, para pasar de una casa a otra; de igual manera son los caminos sobre el agua, tan anchos como doce caballeros en línea de batalla y tan largos que se pierden sobre la vista del horizonte.

Aquí, cada segundo está naciendo un niño, sembrándose una chinampa, construyéndose un puente, sembrándose una tierra. Siempre, de día y de noche hay un hombre escribiendo un libro, una mujer orando a sus dioses, transportando el oro, las piedras preciosas, las perlas... Cada hora de cada día, en cada amanecer, ingresan caravanas desde todos los lugares de este reino, que vienen cargadas con los tributos.

Os estoy enviando, dignísimo señor, dignísima señora doña Juana, ejemplo de las piezas que habitan esta ciudad para que conozcan el donaire y la hermosura de hombres y mujeres y de los cuales se puede lograr un buen precio si se venden como esclavos. Acompañándolos van los juglares, los que se doblan como serpientes, los magos que tragan fuego, los enanos, un grupo de jugadores de pelota, un coro de danzarines y muchos de los libros desta gente que os llamarán la atención, ya que son mejores hechos que los nuestros, guardados en las reales bibliotecas, y de más fuerte papel y cartoncillo, habiendo fábricas para su hechura. Este material para hacer libros es desconocido en toda la extensión de Europa y creo que puede ser una fuente de oro para sus majestades.

Os estoy enviando, mi señor sacratísimo, muestras de las viandas que esta gente usa para comer; semillas de frutas y también el maíz, con él hacen una especie de pan. Sé que también las patatas que os mando pueden servir para mitigar el hambre en algunas regiones de Europa, pues tanto el maíz como las patatas se multiplican de una manera sorprendente.

Hay muchas escuelas para niños y niñas guerreras donde aprenden el arte de la guerra, y gracias a Dios que hasta el momento no hemos entrado en asedios con esta gente y que el señor Moctezuma se ha apresurado a brindarnos la oferta de su vasallaje, pues mis capitanes opinan que hubieran metido en apuros a esta Capitanía General de Nueva España.

También tienen una Universidad, que aquí llaman Calmecac, más grande que la de Salamanca y con muchas materias de estudio. Un

día, como el viernes en la cristiandad, es día del mercado entre esta gente. Oficio de mujeres se considera el vender en las tiendas que ellos tienen. También es el día de los juegos en la plaza. Muchos juegos y muchas danzas, personas que corren y otros que echan fuego por la boca, que les llaman tragafuegos, que es cosa de ver. Y algunos otros que caminan con palos que les ponen a sus piernas, como una especie de zancos. Y mucha y muy buena cerámica, que la mejor de Toledo no se le iguala.

En tales plazas, además de los músicos y los bebedores de fuego, hay maromeros, narradores de historias; la gente se sienta alrededor de ellos y aprende la historia y los hechos sobresalientes de la ciudad.

Hablando con muchas de estas piezas, hemos sabido que Moctezuma y sus reinos viven sumidos en harto temor, envidia y odio. Hemos visto un sistema de baños calientes, con albercas junto a ellos que son iguales a los que Plinio contaba que existían en la augusta ciudad de la Roma Imperial. Mas aquí los palacios son más grandes y hermosos que los que tenía Roma en la época de Marco Aurelio y los de hoy, según hanme dicho los soldados que la conocen y que terminan diciendo que toda la belleza de Venecia no puede igualarse con aquesta ciudad de México Temiztlan.

Hay casas tan grandes y hermosas que en Castilla no hay mejores, y aún más bellas que las que tenía Granada para el tiempo en que vuestros ilustrísimos abuelos la ganaron a los moros. Miles de estas casas son seguidas, en forma tal que de una azotea a otra se puede caminar. Son hechas de piedras y maderos, muy bien labrados, y entre ellas hay multitud de puentes a razón de que las calles de esta ciudad, fuera del Recinto Mayor, todas son de agua. Tienen una casa grande donde asilan a los seres deformes y fenómenos y a cada uno de ellos lo acomodan en un cuarto y más de trescientas personas y servidores se ocupan de verlos, asistirlos y cuidarlos.

◆◆◆

XIV

Era la hora de la estrella de la mañana, la hora de Tlahuitzcalpantecutli. Sobre la explanada del Templo Mayor un sacerdote empezó a tocar un tambor grande, en forma pausada. El toque se inició con los primeros albores del día. El sonido del tambor cruzó las aguas del lago en todas direcciones. La aurora brillaba. Al otro lado de la ciudad un sacerdote del Templo, en Tlatelolco, también empezó a tocar un tambor, era la hora dieciséis. Su eco cruzó el lago y llegó hasta la ciudad de Texcoco. Sobre el Templo Mayor de la ciudad de Texcoco un sacerdote comenzó a sonar un tambor también. Allá, lejos de la ciudad de Tenochtitlan, en el Templo de Tenayuca, un sacerdote escuchó atentamente el mensaje que venía desde las lejanías, y comenzó a tocar el tambor. El eco del sonido cruzó como un rayo las extensas siembras de los magueyes, de los frutales, de los jardines, de las siembras de maíz, de las siembras de frijol, de las siembras de chile. La resonancia del tambor se hizo murmullo de los caracoles y el mensaje llegó hasta el gran Fuerte del cerro de Malinalco, todavía en construcción, pero en donde se encontraba una gran concentración de guerreros aztecas. Y al otro lado del Valle de México, muy lejos, en la ciudad de Xochicalco, los tambores empezaron a sonar. Una hora después, hasta en los más extensos confines del comando de los aztecas, sonaban y sonaban los tambores sin descanso. Y cuando el día ya iba subiendo, en el momento en que el sol estaba en el cenit y ya se encendía el día, desde todos los cerros empezaron a elevarse hasta el cielo humos de colores; blanco, rojo, verde, azul, amarillo y fresa.

Antes de que el primer tambor empezara a resonar desde lo alto del Templo Mayor de Tenochtitlan, la ciudad estaba en movimiento.

Pero después, el lago y la laguna estaban como vacías, no se miraban el ir y venir de las miles y miles de canoas que todos los días solían pasar. Las muchachas que llegaban a vender las flores dieron vuelta a sus canoas; también lo hicieron así los que venían a vender cueros de jaguar, de ocelotl, de venado, de perro. Ese día era el gran día de la carrera de los huaxolotes, llamada después por la gente de Castilla y Aragón, el día de la carrera de los gallos.

Los vecinos de lugares lejanos metieron de nuevo en sus jaulas a

los huaxolotes colorados, azules, verdes, morados, negros; y se regresaron a sus casas. Ese día no se celebraría la famosa carrera, que cada año indicaba la fecha en que también daban inicio los juegos de artes y ciencia.

Ya el mañana que jamás llegó; ya la noche de la noche de ese día, sería el último de los grandes pensamientos. Ya el mañana que no fue, el mañana que se durmió en la barbarie del castellano y el aragonés, el mañana de la orfandad, el mañana de las viudas, de la destrucción, de la mentira, del engaño, del miedo, de la matanza, iba a empezar. Así también empezaría la noche de los tiempos. Comenzaría la era del perro en Tenochtitlan.

En la mañana que nunca fue se iban a presentar, como cada cuatro veintenas, los grandes artistas, pintores, escultores y músicos, para exponer sus creaciones ante el gran jurado y recibir el premio de los premios o el castigo por haber osado presentar una obra muy mala.

Cortés llamó a una reunión de emergencia. Estaban todos sus capitanes y también los dos sacerdotes Juan Díaz y Fray Bartolomé de Olmedo. Malintzin se mostraba muy preocupada y detrás de ella unos capitanes de Tlaxcala. Cortés hizo una reverencia a Malintzin; ella y Jerónimo de Aguilar conversaban a solas en un lugar apartado de la estancia. Los capitanes esperaban llenos de incertidumbre, muchos fumaban un tabaco tras de otro, ese humo de los dioses que habían aprendido de la gente de Tenochtitlan. Malintzin y los guerreros de Tlaxcala abandonaron la estancia y Cortés quedó en reunión con sus capitanes.

—¡Escuchad los tambores! —dijo Cortés.

—No otra cosa hemos hecho capitán, desde el despertar del día. La ciudad se había llenado con el sonido de los tambores. No solamente se oía el tambor del Templo Mayor sino también los tambores de los setenta templos de la ciudad. Todos juntos redoblaban como si a la ciudad viniera un ejército a galope tendido.

—¿Habéis notado algo? —preguntó Cortés.

—La ciudad está desierta, hoy no han abierto los mercados y hasta clausuraron la gran carrera de los gallos, una de las fiestas más importantes del calendario de los aztecas.

Cortés oyó el informe sereno, erguido, habló pausadamente, dando a cada una de sus frases un sentido de grandeza. En ese momento era otro hombre, como si los capitanes no tuvieran que

bajar los ojos para mirarle la cara. Era el Hernán Cortés que cuando llegaban los momentos decisivos se convertía en un gigante.

—Señores, toda esa alharaca que están haciendo estas bestias significa que los señores de Tenochtitlan, de Texcoco y Tlacopan, han dejado de considerarnos como dioses e hijos de los dioses. —Miró a cada uno de los capitanes en ese mal momento dramático, y dijo: —Hoy tenemos la seguridad de la paz. Esos indios jamás atacan sin antes declarar la guerra. Sus leyes les impiden atacar a traición y con oportunidad. Esto significa que mañana nos mandarán un grupo de saltarines que danzarán alrededor mío, me llenarán de tiza, me coronarán con una corona de plumas de garza... y ya estaremos muertos para mañana en la noche, a no ser que cada uno de nuestros valientes soldados del gran Emperador Carlos V y I de España y de su ilustrísima madre doña Juana, tengamos a bien convertirnos en diez. Capitanes, ha llegado el momento.

—¿Cuál es vuestro consejo?

Aquí cerca, a tiro de culebrina, estaba el palacio de Axayácatl. Aquí cerca, a tiro de flecha, estaba el gran Templo Mayor. Un canal cuyas orillas estaban florecidas separaban al uno del otro.

El palacio era enorme y su nombre conmemoraba a uno de nuestros grandes Tlatoanis. Rodeado de albercas, de agua dulce y salada para los peces, el agua caía graciosamente desde diferentes ojos artificiales hechos con delicadeza y arte. Era el palacio que nuestro señor Moctezuma había designado para acoger a Cortés, su ejército y a los diez mil soldados de Tlaxcala. Por la puerta principal ingresaba y salía un ejército de servidores; hombres, niños, mujeres, que estaban ahí para servir a los soldados de Cortés en todo lo que fuere menester.

En los patios enormes, en tiendas de campaña, se encontraban acampados los guerreros de Tlaxcala que eran como una coraza del ejército castellano. El lugar estaba todo fortificado y en algunos de sus grandes ventanales, que daban al Templo Mayor, había falconetes, lombardas y arcabuces apuntando hacia arriba.

Hernán Cortés y todos sus capitanes se hallaban sentados alrededor de una enorme mesa cuadrada de patas bajas. Además de sus capitanes, le acompañaban Fray Bartolomé de Olmedo, el sacerdote Juan Díaz y tres mujeres, entre ellas, María Estrada, con su mirada decidida y su mentón fiero. Su esposo, el Sargento Estrada,

ducho en cosas de ingeniería y guerra, había dudado en traerla consigo, pero ella le dijo:

—Camino como una burra de Almería; soy terca como el río Guadalquivir que jamás se ha devuelto; tengo todos los conocimientos que atesora Santi Ponte desde la época de los romanos en Sevilla; sé cocinar, lavar, haceros el amor. ¿Por qué dudáis de mí?

—No sabéis pelear como un hombre.

—Cierto, pero lo sé hacer como una mujer.

Y le demostró cómo sabía manejar la espada, montar a caballo... y hasta hacer el amor en ancas del caballo en una esquina nocturna, durante el extenso camino de la Villa Rica de la Vera Cruz hasta Tenochtitlan. En Cholula había caminado sobre miles de cuerpos desbaratados de hombres, mujeres y niños, en el Templo de los templos; había cruzado los ríos asida de la cola de su caballo. Hernán Cortés decía de ella: “Su inteligencia es tan grande como sus tetas”. Ahí estaba María Estrada cruzada de brazos, con su mirada fiera y decidida. Todos los tambores de México Tenochtitlan no habían logrado que su corazón caminara más rápidamente.

Afuera y casi acallando las voces de los capitanes en la asamblea, rugían los tambores. Hernán Cortés posó su mirada en el reloj de arena, tomó la palabra y su secretario Godoy anotó cada una de ellas.

—Son las doce del día, ya empieza a subir el día de esta gente. De repente todos los tambores dejaron de sonar y se escuchó el canto del señor del Caracol anunciando que las cuatro horas del día se habían cumplido.

—Tenemos armas, agua, pólvora, maíz, frijoles, sal, cacao y pan... para resistir el asedio por un año —continuó Cortés; hizo una pausa,
miró a todos los presentes, incluyendo a las mujeres y agregó: —¡Y cojones! ¡Vive Dios que somos los más valientes soldados que el mundo ha visto! No entiendo por qué estos salvajes ahora intentan estar contra nosotros.

—Señor capitán, doquier que hemos pasado dejamos los senderos manchados de sangre —dijo el sacerdote Juan Díaz.

Cortés lo volvió a ver como para hacerle un reproche y nadie escuchó sus palabras ya que, en ese instante, de nuevo, el aire de la ciudad se llenó con la vibración de los tambores. El capitán Pedro de Alvarado fue el primero en hablar.

—Según vuestra in... in... formante, es... es... es... estamos abocados a un gran... grande pe... peligro... Como si no escuchara las palabras de su más fiero capitán, Cortés preguntó a Sandoval.

—Capitán Sandoval, ¿cuál es vuestro informe?

—Es imposible que nos puedan tomar al descubierto —contestó lentamente el aludido, poniendo su mano sobre el puño de la espada —. Tengo escuadras de vigilancia en todas las esquinas del palacio y fortines de la ciudad. Por otra parte, el capitán Olea hace ronda constante con una cuadrilla de a caballo. Los salvajes pueden hacer todo el barullo que quieran ¡por mis cojones! pero no pueden movilizar un ejército sin que nosotros lo sepamos. Somos pocos, pero tenemos a muchos indios de nuestra parte. Nuestros retenes intercambian santo y seña cada dos horas, y os sostengo que jamás podrán sorprendernos...

—Vos, señor capitán —dijo María Estrada— nos habéis dicho que vuestra informante os anunció que antes de atacar, de iniciar una guerra contra nosotros, estos salvajes van a enviar sacerdotes a dar de brincos a vuestro alrededor, lanzaros polvo blanco, llenaros de plumas, entregaros escudo y yelmo de flores amarillas de papel, recados de la garza. Todo aquesto no lo han hecho:

—El peligro es desmesurado —señaló Cortés—. Nuestros amigos, los capitanes de Tlaxcala, han logrado descifrar los mensajes de esos tambores y están solicitando guerreros a todos los pueblos de la Federación. No debemos dudar ni un momento de que ellos nos han de declarar la guerra.

—Nosotros somos muy fuertes —dijo Sandoval.

—Pero debemos de recordar que, si nos cortan los puentes, quedaremos atrapados y sin esperanza en este lugar expresó Hernán Cortés frotándose las manos—. Además, tenemos que valernos por nosotros mismos, pues los guerreros de Tlaxcala no saben nadar, ni hacer la guerra desde las canoas, todo en lo cual son duchos los aztecas...

—Señores capitanes —intervino Olmedo— propongo que consultemos con nuestros amigos.

—Vuestro consejo es oro señoría —asintió Cortés.

Minutos después ingresaron en el salón tres capitanes de Tlaxcala y Malintzin, acompañada del paje Orteguilla, cuyos adelantos en el

idioma náhuatl eran sorprendentes.

Jerónimo de Aguilar, Orteguilla y Malintzin hicieron de puente para traducir la opinión de los capitanes de Tlaxcala, Tlatatzin, Tequinitzin y Mazatzin; los tres temibles, incluso por los más renombrados entre los guerreros de Tenochtitlan. Habían estado siempre a la cabeza desde muchos años atrás, en todas las batallas que empataron contra el ejército de los aztecas cuantas veces intentaron invadirlos. Eran sabios conocedores de todas las mañanas, las tretas y las osadías del ejército confederado de Tlacopan, Tenochtitlan y Texcoco. Los tres hablaron por turno y después Cortés preguntó a Jerónimo de Aguilar cuál era la última palabra.

—Los señores guerreros, amigos nuestros, dicen que debemos tomar presos, mañana mismo, a las tres cabezas dirigentes de México y a los treinta señores de la Confederación y que, en esa forma, según costumbres y leyes del pueblo, todos los demás se han de rendir.

—¡Cuesta creerlo!

—Son otras las leyes de la guerra entre estas gentes; pero también son leyes, capitán.

Cortés llegó corriendo por los amplios corredores de mica del palacio de Axayácatl. Una gran cantidad de servidores limpiaban con mantas de algodón el piso de mica del corredor hasta dejarlo claro como si fuera espejo. Mujeres iban y venían trayendo enormes macetas con flores frescas.

Cortés y sus soldados corrían apresurados por los corredores sin detenerse a mirar a un lado ni al otro. Detrás de ellos iban los dos religiosos, con tanta premura o más que el señor capitán, de manera tal que sus mantos talares flotaban en el aire. El capitán Cristóbal de Olea le hablaba atropelladamente al capitán Cortés en tanto que los dos corrían apresurados.

—Y como sospecháramos que recién habían arreglado una de las paredes, entendimos que era una puerta y que nos conduciría hasta algo oculto. El barro de las paredes y la cal todavía estaban húmedas y frescas. Todo denotaba que el lugar estaba sellado con el fin de que nosotros no lo notáramos. Así pudimos apreciar que detrás de la pared existía una puerta; y al otro lado, un cuarto, un salón.

—La gracia del señor Jesucristo está con nosotros y así nos siga

socorriendo —respondió agitado Cortés. Se detuvo ante una pared recién destrozada y sus ojos se quedaron embelesados; la boca abierta y las manos atacadas por un temblor. El grupo se adentró en la estancia, donde unos soldados montaban guardia, arcabuz al hombro. Todo el salón estaba iluminado por unos grandes cántaros de aceite negro de la sierra. En el suelo, desde el lugar donde se había tumbado la pared, se encontraban las piedras usadas para tapiar. Ahí, ante los incrédulos ojos de Hernán Cortés, los dos religiosos y sus demás capitanes, estaba en todo su esplendor el tesoro de la Casa de la Confederación Tlacopan, Tenochtitlan y Texcoco. Era el tesoro que uno de los grandes Tlatoanis de México había comenzado a guardar desde muchísimos años atrás, ya perdido en la memoria de los ancianos, el tesoro del palacio de Axayácatl.

Todo sucedió en el interior de la sala de audiencias del palacio de Nezahualcóyotl y del señor Nezahualpilli, abuelo y padre del señor Cacamatzin, señor de Texcoco. Ahí se encontraban el señor Zihuacóatl, sumo sacerdote de Tenochtitlan, Cuitláhuac, señor de Ixtapalapa y señor de la Guerra; Cuauhtémoc, señor de Tlatelolco; Matla, señora de la Casa de las Mujeres de la Guerra; y ante ellos, el soldado Lerma.

Lerma vestía ropas muy pobres, al estilo de los macehuales. Llevaba una especie de bata de maguey y alrededor del cabello una cinta roja que se ataba a la frente. Le faltaba la oreja derecha, símbolo de los prisioneros entre los aztecas. A pesar de la pobreza del atuendo se veía muy limpio. Estaba ante el Consejo de Guerreros, y mientras hablaba, un pintor anotaba sus palabras con una rapidez asombrosa. Se expresaba en náhuatl y cuando una palabra le era difícil, su maestro le ayudaba, este a su vez había aprendido el idioma de Castilla.

—Hemos venido desde el otro lado del mar, desde una isla llamada Cuba, que ya vosotros conocéis, ya que allá se os cita como valientes guerreros y en algunos lugares hay templos de la gente que habita vuestras costas. Pero llegamos hasta Cuba siguiendo el nacimiento del sol, por la ruta de los vientos del levante; así hemos llegado. La orden que teníamos del gobernador de la isla de Cuba era acatar lo que nuestras majestades quieren, navegar mares, recorrer tierras, capturar esclavos y conseguir oro...

—¿Para qué buscan tanto oro?

—Allá, en las tierras de Sevilla, Alicante, Toledo, Navarra, Segovia, Madrid y hasta las tierras del gran conde de Barcelona, el oro es lo que mueve el corazón del mundo. Es algo tan precioso como vosotros tenéis aquí las plumas del quetzal o las navajas de obsidiana. Es como las mantas vuestras y las semillas de cacao el día de mercado. Es más valioso que vuestros tejos de cobre que también usáis como moneda común para trueque. Pero Hernán Cortés es ambicioso y perverso; malo entre los malos y puño de hierro por corazón. Solamente sabe jugar al dado, cantar canciones obscenas, maldecir como un botero del Guadalquivir, perseguir a las mujeres, envilecer a los hombres y atropellar el nombre de Dios.

No somos dioses, sino cristianos que cuando morimos solamente nuestra alma ha de ser elevada al cielo. El capitán Hernán Cortés es hombre malo y cobarde, pero él es el que da las órdenes que todos debemos cumplir. Si al final de un largo camino logramos vencer a los aztecas, todo esto quedará como la sal que está en la orilla de los mares.

Los asistentes escucharon con suma atención las palabras de Lerma. Cuitláhuac, que presidía el Consejo, se levantó. Matla le dijo al soldado Lerma:

—Dinos todo lo que sabes, pero te advierto que cuando termines tu historia te vamos a sacrificar en el templo de nuestro señor Quetzalcóatl.

Lerma recibió las palabras de Matla y guardó silencio resignado.

◆◆◆

XV

Acompañado de Malintzin, Jerónimo de Aguilar y su paje Orteguilla, Hernán Cortés subió a la canoa del mando supremo que pertenecía a Moctezuma, manejada por cien guerreros de Tenochtitlan. Era una canoa inmensa, casi como toda una sala alargada o un corredor del palacio de Moctezuma. Tenía cántaros de flores, coro para los músicos y apartamentos para descanso de los señores. Al centro de la canoa estaba sentado Moctezuma con las piernas cruzadas, sobre una alfombra de plumas verdes y rojas. Los guerreros que le acompañaban estaban vestidos con una gran solemnidad. Detrás de la espalda de Moctezuma, salían un par de alas hechas con placas de oro como en forma de alitas de paloma. En las dos manos sostenía jícaras de oro llenas de flores. Cortés hizo una reverencia y se sentó frente a Moctezuma. Había recibido una invitación del señor de Cara Dura para visitar los lugares más importantes de la gran ciudad de Tenochtitlan. Los guerreros dirigían la nave hacia el centro del lago de Texcoco, donde había una pared de piedras que se extendía hasta el horizonte y dividía las distancias en dos.

—Este dique fue dirigido por el señor Nezahualcóyotl, señor de Texcoco, señor de la Guerra, señor de la Paz, señor de las Artes, señor de la Sabiduría, Señor de señores y Hombre de hombres. Lo construyeron miles de trabajadores e impide que las aguas saladas del lago de Texcoco irrumpan en las aguas dulces de la laguna. Antes del señor Nezahualcóyotl así sucedía y las cosechas de las chinampas se echaban a perder. Necesitamos el agua dulce para que florezcan las chinampas.

El señor Nezahualcóyotl fue el gran sabio que un día nos dijo que tú y tus señores llegarían sobre venados alados.

Cortés admiró el aldabarrón en toda su belleza. Era alto, sobresalía dos metros sobre la línea del agua. Las olas furiosas del lago no lograban sobrepasar esa línea. Sobre el muro bien podían correr a caballo doce hombres, y estaba atascado por fuertes compuertas de madera labrada.

Moctezuma iba muy orgulloso señalando la calzada de Tacuba,

interrumpida por los puentes para que pudieran ingresar en la ciudad las canoas cargadas de comestibles, que llegaban desde los campos a los mercados de la ciudad.

—Por aquí ingresa el agua en esta gran ciudad de Tenochtitlan. El gran maestro de Tenochtitlan vio la necesidad de traer agua fresca a la ciudad desde el cerro de los Chapulines, Chapultepec. Para hacer el acueducto, se citó a los ingenieros más inteligentes de México y se hizo un concurso. Dos fueron los proyectos presentados ante el Consejo de los Sabios. Uno de ellos proponía que el agua entrara haciendo una curva para venir a dar suavemente al centro de Tenochtitlan. El segundo proponía la idea de que el agua viniera de un tirón, con toda su fuerza. Este último fue el proyecto aceptado y el ingeniero que había presentado el primero fue sacrificado a nuestro dios por haber hecho planos malos.

Cuando se estrenó el acueducto, el agua irrumpió con tal fuerza que los caños de cerámica se quebraron y el agua se regó en el camino. Diez años de labor se fueron al fondo de la laguna. El Consejo de la ciudad mandó sacrificar al ingeniero que había ganado el concurso del acueducto y se empezó a construir el proyecto rechazado. Ese fue el que sirvió. Ya puedes ver que el agua ingresa por dos caños del tamaño y grosor de uno de tus venados grandes. Uno de ellos no tiene agua y lo usamos solamente para hacer limpieza del segundo cuando se ensucia.

Toda esta agua sale del vientre de la tierra en el cerro de los Chapulines, llamado así porque cuando nuestros antepasados llegaron hasta estas orillas del lago, encontraron muchos chapulines y con ellos mitigaron el hambre.

La canoa llegó hasta uno de los muelles donde los esperaba un grupo de guerreros con dos andas recubiertas de oro y jade. En una de ellas fue subido Moctezuma y en la otra se invitó a pasar al capitán Cortés. Los capitanes y la escolta de Hernán Cortés siguieron detrás de él a pie. Nuestro señor Moctezuma era seguido por una gran cantidad de guerreros que le cubrían por todos lados. Unos señores de Tenochtitlan se unieron a la comitiva; también venían sobre los hombros de sus servidores, en andas tan lujosas como la que portaba al señor Moctezuma. Este había invitado al capitán Cortés a visitar los lugares de interés de la ciudad, como los baños de vapor, la casa del estudio de las niñas guerreras, los diferentes templos donde se hospedaban los dioses capturados en las batallas contra los pueblos vencidos.

Frente al templo de Tatecuhtlie, el dios de los caminos y de los mercados, unos sacerdotes enanos interpretaron una danza de desagravio, en tanto que sobre los árboles cercanos al templo las banderas de las plegarias ondeaban al viento. Junto a Moctezuma Xocoyotl, siguiéndole a distancia y llevados en sus propias andas, iban los señores Cacamatzin de Texcoco, y Totoquiahuatzin, señor de Tlacopan, llamado el viejo sabio y que esa mañana había dicho a Moctezuma:

—Anoche he tenido un sueño enviado por los dioses del Camino, el señor Yatecuhtli, me dijo que caminar con el gran enviado por estos senderos nos ha de dejar tan arruinados como una piedra solitaria que se olvida en la orilla del camino.

La señora Tlazocoacull, la señora Rapada Preciosa, Señora de las señoras de la Casa de la Guerra y señora del Templo inició una danza cuando Hernán Cortés llegó a su templo; se hizo acompañar por Matla, la señora Agua Azul, y por la lugarteniente de la señora segunda de la Guerra, Tozquentzin.

Moctezuma se empeñó en que Hernán Cortés conociera cada uno de los setenta templos dedicados a los dioses de los pueblos vencidos.

—Antes de incendiar los templos rescatamos a su dios y lo trasladamos con muchos honores hasta esta capital de las Naciones; le erigimos un templo y cada uno de ellos tiene su oficiante y sus cuidadores y cuidadoras.

Llegaron a una plazuela donde estaban ubicados edificios paralelos; y en varas, miles de cráneos humanos... Fue un momento impresionante para Cortés y los demás castellanos que nunca habían visto tantos cráneos humanos juntos. Moctezuma y sus sacerdotes se inclinaron llenos de reverencia ante los cráneos, señalando que pertenecían a los hombres, mujeres y niños que un día recibieron el honor de ser sacrificados a los dioses, y también de los guerreros enemigos muertos en la piedra de los gladiadores. Los castellanos miraron el espectáculo con especial temor. Cortés calculó que podían ser como diez mil calaveras, todas unidas por un palo que les atravesaba las sienes. Después pasaron frente a una alberca donde unos niños y niñas, nadaban desnudos, ante la mirada vigilante de sus maestros.

Moctezuma y sus acompañantes principales bajaron de sus andas y empezaron a subir las gradas del Templo Mayor. Allá arriba estaban los templos de nuestro señor Tezcatlipoca, nuestro señor de Negro;

nuestro señor Huitzilopochtli, nuestro señor Azul, nuestro señor Colibrí Azul. Abajo, los sacerdotes enanos del Templo de Quetzalcóatl iniciaron las danzas vespertinas, que terminarían hasta las horas en que la noche estaba radiante de estrellas. En tanto que los castellanos ascendían por las gradas del Templo Mayor comentaban entre ellos que era más alto que la Giralda de Sevilla y seguían mirando con cierto temor al Tzopantli, nuestro templo de las Calaveras.

En el frontispicio del templo de Tláloc, señor del Agua, varios sacerdotes esperaban al señor Moctezuma. Todos con mantos de color negro desde la cabeza hasta los pies. Cuando Moctezuma se acercó, le vistieron con una rica manta tejida con plumas de quetzal, cuya cola quedaba varios metros detrás de él.

Con mucha reverencia y recato, el señor de mar a mar invitó a Hernán Cortés a que lo acompañara al interior del templo de Tezcatlipoca. Un grupo de sacerdotes estaba sentado en bancos de piedra bellamente aderezados con pinturas y alusiones al sol. El lugar estaba en penumbras. Una lámpara de chapopotli, aceite negro de las lejanas regiones de las frutas, alumbraba la estancia. La lámpara de aceite negro estaba regulada de modo tal que la luz que lanzaba danzaba sobre el rostro de los sacerdotes, quietos, como parte de la piedra de los muros. Estaban vestidos de negro, al mismo modo que aquellos que recibieron a Cortés. Los ojos de este pasaban de un lado a otro de la cámara central del Templo. Los sacerdotes no se movían, continuaban llenos de silencio, como la piedra misma.

La llama de la lámpara de aceite negro hizo sombras y luces y Cortés pudo ver que las capas de los sacerdotes ahí sentados tenían costuras de sangre y olían mal. El pelo lo tenían desgreñado por la sangre seca. El hijo del sol y sus capitanes hicieron a un lado la mirada sobre los sacerdotes que inspiraban temor, y la pusieron en el dios Huitzilopochtli, Señor de señores, señor Azul, señor Colibrí. Se quedaron con la boca abierta al ver la magnificencia del traje que cubría a Huitzilopochtli, estaba cubierto de oro y jade, uno de sus pies era de palo y estaba incrustado de piedras preciosas y de perlas.

El rostro de nuestro señor Huitzilopochtli le fue desagradable a Cortés, quién exclamó: —¿Y a esta figura de horror sacrificáis vosotros a víctimas inocentes?

Jerónimo de Aguilar tradujo a Orteguilla, para que este a su vez le tradujera a Moctezuma; pero Malintzin expresó a modo de consejo:

—Eso no se le puede traducir al señor Moctezuma porque nos

matarían aquí mismo.

Moctezuma pareció adivinar el cruce de palabras entre Jerónimo de Aguilar, el paje Orteguilla y Malintzin. Se inclinó ante el dios Colibrí y murmuró una oración que Malintzin tradujo: “Nuestro señor del mundo, Señor de señores, nosotros te amamos”. Se inclinó para besar el suelo y toda su comitiva lo imitó, también los señores de Tlacopan y Texcoco.

Los sacerdotes que estaban como empotrados en la pared no se movían, proseguían hieráticos, silenciosos, como dibujados apenas por la claridad de la llama de la lámpara que jugaba con sus rostros.

Moctezuma salió feliz por haber visitado a su dios, el Señor de señores. Y desde ahí invitó a Hernán Cortés para que mirara el panorama, la ciudad, las entradas de la ciudad de Tenochtitlan.

La explanada del Recinto Mayor era de piedra labrada, de color rosa, negro y blanco. A un lado se hallaban las gradas que conducían a nuestro imponente templo de Tenochtitlan. Elevando la vista, Hernán Cortés y sus capitanes podían mirar el templo redondo de Quetzalcóatl con su puerta formada por las enormes fauces de una serpiente, con sus colmillos como columnas.

Cortés y sus capitanes estaban sentados en un estrado de piedra; un toldo de papel confeccionado con muchos colores protegía de los rayos del sol. Le acompañaba una mujer bellísima, de unos dieciocho años de edad. Había venido a visitar a su tía Malintizin, y se quedó junto a ella. Cortés pronto la empezó a enamorar. Malintzin se enojó negándose a acompañarle de nuevo.

Debajo del estrado había una enorme piedra labrada. Sobre ella se hacían representaciones de danza y teatro; los heraldos anunciaban las buenas y las malas nuevas al pueblo que visitaba los templos y que se reunía para ver, para escuchar. En el centro de la enorme piedra había un hoyo, del cual sobresalía una cuerda tejida de colores rojo y blanco. Alrededor se congregó mucha gente. Los guerreros estaban adornados como en un día de fiesta.

—Vamos a presenciar un encuentro gladiatorio —explicó Cortés a Alvarado.

—¿Cómo en la Roma de los Césares? —preguntó el capitán Olea, que también escuchaba.

Cortés miró a su alrededor y dejó la pregunta de Olea sin respuesta. Cerca de donde se hallaba podía ver el estrado de nuestro señor de tierra y mar, de mar a mar, Moctezuma; pero el asiento estaba desocupado.

Desde lo alto del templo empezó a sonar un tambor que retumbó sobre la ciudad por un lapso de medio minuto; después el silencio. Moctezuma entró acompañado de mucha gente importante además de sus hijos, hijas, esposa, sacerdotes, guerreros y personas invitadas que habían venido desde lejanísimos lugares. Hizo un pequeño saludo a Cortés y tomó asiento sobre un manto de plumas de quetzal. El estrado de Hernán Cortés había sido aderezado con cueros de puma y plumas rojas de guacamayo.

Desde donde estaba el palacio de los Guerreros ingresaron dos personas. Una de ellas era un guerrero Águila y venía hablando amigablemente con otro guerrero. Detrás de Cortés estaba el paje Orteguilla, que hablaba con un azteca, le explicaba en voz alta la significación del acto.

—El guerrero de la izquierda es un Caballero Jaguar de mucha fama. Ha capturado al guerrero de la derecha que es uno de los famosos de Tlaxcala. Se considera al guerrero azteca como su padrino, por eso hablan muy contentos. El guerrero de Tlaxcala ha de morir en este encuentro gladiatorio.

—¿Permitiréis eso, don Hernán? —preguntó al padre Juan Díaz.

—Son hechos y costumbres destas bestias... pero dejad al tiempo; agora veamos —respondió Cortés tomando las manos de Díaz.

Un sacerdote ató al guerrero de Tlaxcala por la cintura con la cuerda roja y blanca que emergía del centro de la piedra; le entregó una macana que en vez de filos de obsidiana tenía plumas de loro. Se acercaron al lugar otros cinco guerreros aztecas. Orteguilla, que seguía traduciendo lo que el informante decía habló de nuevo en voz alta:

—Como lo podéis ver, además del arma con plumas tiene a su lado cinco garrotes para defenderse. Si él mata a los cinco guerreros, lo que es casi improbable, ingresarán otros cinco a luchar contra él, pero esta vez con la mano izquierda.

El lugar entero se llenó de silencio. Hombres, mujeres y niños se entretenían en oler las flores de sus jícaras. Al azteca que capturó al enemigo de Tlaxcala se le había permitido sentarse cerca del señor de mar a mar, por lo que se sentía muy orgulloso.

—El guerrero de Tlaxcala —continuó Orteguilla— sabe que si muere va directo al ciclo de los guerreros como si hubiese recibido la muerte rosada, que es cuando mueren en el campo de batalla. Se siente muy feliz, pero tiene que demostrar valentía.

Se oyó un caracol y Moctezuma tocó levemente un tamborcillo que le pendía del cuello con una cadena de oro. Se inició el encuentro.

El guerrero de Tlaxcala, atado por la cintura, era muy diestro y trataba de esquivar los tajos que le daba el guerrero azteca con su espada de obsidiana; estaba así totalmente desnudo, y su oponente lucía el soberbio atuendo de los guerreros del sol. En cierto momento, el guerrero azteca cortó de un tajo la única pluma de quetzal que tenía el guerrero de Tlaxcala sobre la cabeza. Este hizo un movimiento, se agachó y tomó sorpresivamente uno de los garrotes del suelo, con el que golpeó la cabeza de su oponente, que cayó al suelo.

Se escuchó un grito de alegría y muchos de los asistentes empezaron a mover las jícaras con sus flores y a golpear el suelo con la pierna derecha y luego con la izquierda, igual que si aplaudieran. Dos macehuales entraron para sacar al guerrero herido que ya no podía combatir. Entró a la lid otro guerrero azteca. El guerrero tlaxcalteca se mostraba ya cansado, pero alerta. Esta vez el guerrero de Tlaxcala logró sacar a su oponente de la piedra, asestándole con fuerza un golpe en la mandíbula. El segundo guerrero azteca fue sacado de la piedra. La gente pateaba con más fuerza el suelo, pero lo hacía seguido con sus dos pies, dando de brincos. Al guerrero de Tlaxcala ya no le quedaban garrotes; solo contaba con la espada de plumas en su mano; estaba herido, cansado.

—Va a morir —murmuró el capitán Olea muy apenado por lo que veía.

—Hace muchos años —tradujo Orteguilla— un guerrero de Tlaxcala mató a diez de sus oponentes y luego a cinco más. Fue declarado héroe, liberado y formó parte del ejército de los aztecas. Incluso se le brindó como esposa a una de las mujeres más lindas de la ciudad. Pero después exigió ser sacrificado en la piedra de los dioses y como era un hombre de muchos méritos y gran guerrero, se le concedió el don que solicitaba.

—Eso no cambia lo que estamos viendo —murmuró Olea—, este hombre tiene ansias de vivir.

Ingresó el quinto de los guerreros aztecas. El sacerdote le dijo que

tenía que pelear con la mano izquierda. El guerrero tlaxcalteca mostraba muchas heridas en su cuerpo. La mano derecha y el brazo los tenía muy lastimados. Sangraba de la cabeza, del dorso, del lado derecho de la cara, y un ojo lo tenía casi cerrado. Era casi imposible que el guerrero pudiera vencer a su quinto oponente. Los asistentes, emocionados con el encuentro, le lanzaban plumas de garza blanca al guerrero, en señal de muerte. Entre los asistentes muchos agitaban flores blancas. El arma del guerrero estaba también destrozada por los muchos intentos de parar los tiros de muerte que le lanzaron sus cuatro oponentes vencidos.

El guerrero azteca, un Caballero Águila, subió con bríos sabiendo que el asunto terminaría en minutos, en segundos. La lucha se inició después de que Moctezuma tocó el tamborcito en señal de permiso. El guerrero azteca le dio un golpe al guerrero de Tlaxcala y el resto de su arma salió por el aire. En medio del rumor de la gente, el tlaxcalteca, a pesar del momento crítico, abrió su ojo bueno y se aprestó a resistir el último ataque. El Caballero Águila buscaba el mejor lugar para herir al casi vencido Caballero de Tlaxcala.

En el momento en que el guerrero azteca levantaba su arma para liquidar al enemigo atado, el capitán Olea se lanzó al centro del redondel de piedra, y con su espada toledana partió de un tajo el arma de obsidiana del capitán azteca. Después, le ofreció al guerrero azteca una espada para invitarlo a pelear con él. El guerrero dudó un instante, pero despreciando el arma de Olea, tomó al vuelo otra macana que le había lanzado un compañero desde abajo y se aprestó a darle combate al capitán castellano. En ese instante sonó un tamboril. El guerrero azteca y toda la asistencia volvieron la mirada hacia Moctezuma, que tocaba el tamboril. El azteca se detuvo cuando estaba a punto de arrojarse contra Olea. Moctezuma dejó de tocar el tamboril, levantó en su mano izquierda un abanico de plumas rojas de guacamayo y dijo:

—Es más valiosa la paz... Llévense al prisionero.

El capitán Olea ayudó al capitán de Tlaxcala a desatarse.

◆◆◆

XVI

El palacio del señor Moctezuma era uno de los más bellos de Tenochtitlan. El señor Moctezuma Ilhuicamina, Tlatoani de México, lo había construido con los prisioneros de la guerra contra Chalco. Al frente tenía un hermoso canal donde crecían exuberantes lirios rojos, rosados y blancos, que con el viento abanicaban. Estaban sembrados en forma tal que ayudaban a refrescar los corredores del palacio al menor amago del viento, el que era muy oportuno en los intensos meses de verano, cuando las lagunas de Tenochtitlan se llenaban de moscos. De cara a él se encontraban el palacio de las Danzas, la Casa del Teatro de Tenochtitlan y la Casa de las Finanzas Públicas.

Hernán Cortés ingresó bien dispuesto en el palacio del señor de mar a mar acompañado por una cuadrilla selecta de sus mejores soldados. Afuera seguía el eco intermitente y atronador de los tambores que sonaban sin parar desde hacía una trecena de días. Tanto Cortés como sus capitanes y soldados iban armados en pie de guerra. Soldados con ballestas y arcabuces se ubicaron frente al palacio y apuntaban desde las vecinas azoteas. Frente a la entrada del palacio y junto al muelle, tres artilleros colocaron sus lombardas en dirección a la casa de Moctezuma.

Matla, Cacamatzin y Cuauhtémoc ingresaron casi al mismo tiempo en el palacio de Moctezuma por otro lado, y cuando divisaron la llegada de Cortés, Matla detuvo a sus compañeros.

—Es la guerra —murmuró.

—Imposible, todavía no les hemos enviado los danzantes de la guerra ni el obsequio de las plumas de garza —dijo Cacamatzin.

—El tiempo para ellos es de otro color —señaló Cuauhtémoc, dándole la razón a Matla—. Ellos ya saben que nuestro señor Moctezuma no es el mismo que los guio por esta ciudad para conocer sus cantos, sus lirios y sus rosas. Ya el ayer quedó guardado debajo de las piedras.

—Esperen —dijo Matla, y esperaron a que entrara primero la tropa de Hernán Cortés, quien pasó junto a ellos simulando no haberlos visto, sin darles saludo.

Por otra puerta, en ese mismo momento arribaban al salón del Gran Consejo de las Naciones los señores de la Suprema Audiencia de Tlacopan, Texcoco y Tenochtitlan. Cortés entró en forma intempestiva a la gran reunión y casi al mismo tiempo sus soldados se distribuyeron por las otras puertas y muelles para evitar que alguien pudiera salir.

—Es mejor que nuestro señor Cacamatzin no ingrese en ese salón —dijo Matla, Cuauhtémoc y Cacamatzin se escabulleron por entre las juncias del lago y Matla se escondió detrás de unos grandes helechos desde donde podía observar lo que sucedía en la gran reunión de los señores. Cortés se aproximó a Moctezuma y le notificó por medio de Malintzin que quería hablar con él. Un grupo de soldados se ubicó en forma estratégica alrededor de Moctezuma con las espadas desnudas. Unos arcabuceros apuntaban sus armas en dirección del corazón de todos los asistentes importantes. Matla se acercó sigilosamente hasta donde estaban Cacamatzin y Cuauhtémoc.

—Los van a tomar presos.

—Ya es tarde para evitarlo —dijo Cuauhtémoc. Él y Cacamatzin comprendieron que su permanencia en el palacio era peligrosa para ellos y se escaparon por una puerta falsa del estanque. Matla se quitó sus prendas de guerrera y se disfrazó como una sirvienta para acercarse a los acontecimientos.

—Es necesario señor, que vengáis con nosotros al palacio —decía Cortés a nuestro señor de mar a mar—, pues hemos sabido que nos habéis traicionado y queréis matarnos.

Malintzin y Jerónimo de Aguilar tradujeron sus palabras. Moctezuma escuchó con asombro primero; después, con gran aplomo, dijo:

—Al ponerme cadenas no haces más que encender una hoguera y que repique el tambor de la guerra... Es un error.

—Decidle, señora Marina, que los soldados de Castilla y Aragón jamás cometen errores.

Moctezuma por toda respuesta dibujó una sonrisa de burla en la comisura de sus labios, lo que enojó a Cortés.

—Tenéis que venir con nosotros.

—No iré, no te acompañaré, eso sería la guerra —replicó Moctezuma con gran dignidad.

—¡Pues la guerra será! —le gritó Cortés enojado.

Las personas importantes que acompañaban a Moctezuma se levantaron y los soldados hicieron un movimiento alrededor de ellos, siempre apuntándoles con sus arcabuces. Matla disfrazada, ingresó en el salón con una cantidad de pitillos de tabaco en una bandeja que distribuyó a los señores de Tenochtitlan. Todos la reconocieron. Luego, se hincó y quedó mirando al suelo como lo hacían los otros servidores del lugar. Los capitanes de Hernán Cortés hablaban entre sí, cuando intervino el capitán Juan Velázquez de León que, con furia, apostrofó a Hernán Cortés.

—Mi señor capitán, basta ya de ruegos para este indio de mierda, bestia con cuerpo de hombre. No debéis de rogarle más para que nos acompañe. Es nuestro seguro de vida y debemos de capturarle ya, sin dilaciones. Debe de entender, junto con esa manada de bestias, que todos son nuestros prisioneros de guerra... de nuestra guerra. Y si rehusare venir con nosotros a la buena, dejadme atravesarlo aquí mismo con mi espada. ¡No es más que un indio de mierda! —Y diciendo esto, apuntó con su espada al pecho de Moctezuma.

El señor de mar a mar se sorprendió con el gesto del capitán Velázquez de León, trató de entender y preguntó a Malintzin.

—¿Qué le sucede? ¿Por qué está enojado?

—Mi consejo, señor, es que les acompañes y te dejes guiar por el capitán Hernán Cortés. Ellos han venido por ti, y es mejor que les sigas, en caso contrario te dejarán muerto aquí mismo. Se escuchó movimiento de tropa fuera del palacio. Sonaron unos disparos de arcabuz y el trueno de una lombarda. Cortés quiso saber qué había sucedido. Se le informó que fuera del palacio se había presentado en formación de ataque todo el ejército de los aztecas dirigidos por Cacamatzin y Cuauhtémoc.

—Has de saber señor capitán, que afuera un grupo de indios soliviantados quieren entrar, o de lo contrario dicen que nos va a matar a todos.

—¡Santiago por delante, a mí! —dijo Cortés con gran coraje, y colocó su arma en el cuello de Moctezuma. Al grito de guerra de Hernán Cortés, todos los capitanes siguieron su ejemplo.

—Señor Moctezuma, os declaro mi prisionero en nombre de nuestras serenísimas majestades don Carlos I de España y su madre doña Juana de Castilla y Aragón.

El capitán Juan Velázquez de León se apresuró a cargar de cadenas y grillos los pies y manos del señor de mar a mar y otros capitanes hicieron lo mismo con los señores del Consejo. Moctezuma se mantuvo imperturbable.

En el interior de un salón adornado con murales que narraban las batallas de los grandes señores de México, Tlacopan y Texcoco, se reunieron Cacamatzin, Cuauhtémoc y la señora de la Casa de las Guerreras, Matla. Junto a ella, en un lugar apartado, esperaba Tozquentzin. Todos escuchaban el informe de Matla.

—Usa el sello del Consejo siempre que se lo pide un capitán atlácatl... Cuitláhuac, que fue capturado junto con Moctezuma pero que había logrado huir, confirmó las palabras de Matla y agregó: —Indigno, indigno, mejor es morir.

—El señor de mar a mar explicó que esa era la volutad de Huitzilopochtli, nuestro señor Colibrí Azul —continuó Matla. Contó cómo lo trataban. Dijo que junto a él estaba siempre un criado que hablaba muy bien el idioma de Tenochtitlan y que hasta le había enseñado a nuestro señor cómo se jugaban los dados. Contó cómo el señor de mar a mar, al jugar con los soldados, se dejaba ganar cantidades enormes de joyas.

El día que llegó la carta de un atlácatl de nombre capitán Hernández, fue terrible y doloroso para todos los que le escuchábamos. Hernán Cortés le reclamó que él, señor de mar a mar, había enviado al señor de las Costas para que tendiera una trampa y matara a un grupo de soldados. Ese día dio una orden extendiendo su sello y fue traído el señor de las Costas, Cuauhpopoca. Le acompañaban otros quince capitanes Águila, Ocelotl, Jaguar y su hijo de doce años. Se realizó una especie de juicio con la presencia del señor de mar a mar. Hernán Cortés preguntó por medio de Malintzin:

—¿Recibisteis órdenes de matar a mi gente de parte de aqueste hombre, por un mandamiento? ¡Decidlo aquí presente!

El señor Cuauhpopoca y demás señores no respondieron a Cortés, sino que interrogaron con los ojos a Moctezuma que guardó un silencio de piedra. Se encontraba atado de manos y pies, con cadenas.

—Soy el señor de las Fronteras —respondió Cuauhpopoca con gran dignidad—. Sé cuál es mi deber sin necesidad de recibir órdenes o consultar a nuestro señor de mar a mar u otro señor alguno del

Consejo. Tus hombres murieron por cobardes, por violar nuestras mujeres, matar niños y por caminar sin permiso por nuestra tierra que es la tierra de los dioses —se encaró ante Hernán Cortés y dijo: —Tu capitán Hernández corrió como un perro, en la misma forma que tú correrás mañana...

—Sacadles y haced de ellos un escarmiento —exclamó Cortés furioso.

El señor de las Costas, de las Fronteras, nuestro señor Cuauhpopoca solicitó a Cortés que a su hijo de doce años lo dejaran regresar con su madre. Cortés no le respondió.

Matla guardó silencio. Los otros capitanes también quedaron en silencio. Así empezó la noche del llanto sobre la gran ciudad de Tenochtitlan. Esa noche ya a nadie le quedó una duda dentro del corazón, empezaba la noche del gran atlácatl, del gran Topiltzin, Hernán Cortés; la noche del perro...

En el centro del patio del palacio de Hernán Cortés se erigió una gran cruz de madera de pino. Fray Bartolomé de Olmedo había oficiado ante ella una misa para la tropa. Los cantores entonaron loas a la Virgen, a Santiago y mil merecimientos a los reyes doña Juana y don Carlos, el que solía decir que Dios hablaba a sus caballos en castellano. Alrededor de la cruz había muchas cargas de leña de acote. Todas estaban empapadas en chapopolli, el aceite negro.

Una cadena unía a los prisioneros por el cuello. Todos daban vuelta a la cruz, en forma tal que Cuauhpopoca quedó frente a su hijo de doce años.

—Padre mío —le decía su hijo Vuelo de Golondrina— vamos a morir...

—Tú, hijito, hojita de rosal, tejidito de plumas de quetzal, querías ser un día señor del sol...

—Lo sé padre, lo sé... pero es que quiero vivir más tiempo.

—Ya no hay tiempo, nuestro destino era vivir juntos y morir juntos... El sacerdote Juan Díaz se acercó y bendijo al grupo. Les pidió que se hicieran cristianos antes de morir.

Iba lanzando sobre cada uno de ellos un chorro de agua llamada por ellos bendita, y exclamaba:

—Ego te absolvo a pecatis tuis. In nomine Patris et Filii, et Spiritus Sancti, Amén...

En el último instante, el niño se dio cuenta de lo que iba a suceder. La cadena era larga, pero ninguno de los guerreros se movía. Cuando el niño vio que se acercaban los soldados con antorchas, empezó a llorar. Cortés, que miraba la escena desde un apartado, se acercó hasta donde estaba Cuauhpopoca, le acompañaba Orteguilla, que suplía en muchas ocasiones a Malintzin y Jerónimo de Aguilar.

—Sabes que no tenéis salvación, ya que vuestros actos han ofendido a sus majestades. Pero está en mi conocimiento de que nadie como vos conoce las defensas del gran Imperio de Tenochtitlan puesto que sois el señor de las Costas; os propongo un trato.

Cuauhpopoca no respondió, pero le interrogó con la mirada como para escuchar el trato.

—En vuestro poder están muchos mapas de la defensa del Imperio. Si accedes a explicárnoslo, os doy a cambio la vida de este niño.

Y para dar consistencia a sus palabras puso su mano enguantada de negro sobre la cabeza del niño, que en ese instante dejó de llorar. Cuauhpopoca miró la carita de su hijo y luego el rostro expectante de Hernán Cortés, y por toda respuesta le lanzó un salivazo que resbaló sobre su barba irsuta. Cortés furioso le abofeteó. El sacerdote Juan Díaz entonó entonces un canto, acompañado por Fray Bartolomé de Olmedo. Cortés gritó:

—¡Agora!

Un soldado encendió la hoguera. Las llamas empezaron a subir hasta el cuerpo de los prisioneros, pero ninguno de ellos lanzó un grito. El niño dejó de llorar. La cruz se fue volviendo poco a poco roja.

Fray Bartolomé de Olmedo y el sacerdote Juan Díaz murmuraban oraciones en latín.

Moctezuma meditaba frente a uno de los estanques del palacio donde sufría prisión. Una escolta armada de soldados bien escogidos lo cuidaba. Para Cortés, Moctezuma era su más preciado tesoro pues sabía que todas las naciones de la Alianza habían mantenido el acuerdo tácito de no atacarlo mientras Moctezuma y los señores del

Consejo guardaran prisión.

En el Consejo provisional de los Guerreros de Tenochtitlan a veces se escuchaba la voz de un señor que había logrado fugarse con una suerte sorprendente, el señor Cuitláhuac de Ixtapalapa.

—Hagamos un camino nuevo…

—Los señores morirán…

—Hagamos un camino nuevo… por ese mismo motivo.

Pero la decisión no se tomaba pues todos sabían que grandes señores de Tenochtitlan y autoridades religiosas y civiles serían los primeros en morir.

Moctezuma fue sacado por sus servidores a tomar el sol de su prisión en el palacio del ejército castellano, ahora convertido en una fortaleza con toda la técnica recién aprendida de un capitán de Asturias. Cortés, con ropa liviana de seda y capa Tenochtitlana de algodón tejida, se acercó hasta donde estaba Moctezuma. Intentó saludar a su prisionero, pero una mirada fría lo detuvo. Moctezuma, que se servía del paje Orteguilla para comunicarse con Hernán Cortés, lo sorprendió cuando le dijo:

—Allá, al otro lado del mar, hay capitanes que no te quieren… —¿Por qué me decís tal cosa?

—Han llegado varios barcos para capturarte y al frente de ellos viene un capitán valiente que intenta aprisionarte vivo y llevarte a tu jefe para que te ahorquen… Ha llegado la hora de que regreses sobre tus pasos y si tal haces, daré orden de protegerte a ti y a los tuyos. También giraré órdenes para imposibilitar a los que te persiguen, así tú y los tuyos podrán huir…

—¿Cómo lo habéis sabido?

—Lo sé.

Esa misma noche unos enviados llegaron hasta el palacio de Hernán Cortés. Habían galopado desde las lejanas tierras del cacao, de las frutas y del algodón, casi matando a sus caballos y le comunicaron lo mismo que ya Cortés había escuchado de Moctezuma.

—Os quieren vivo señor, para ahorcaros en la jarcia del palo mayor, en el puerto de Santiago de Cuba …

—Mi señor capitán, el gobernador Velázquez siempre fue un hombre de mal gusto, pero ese requerimiento es el peor de todos, ¡voto a Satanás!

En presencia de sus principales capitanes, Cortés paseaba de un lugar a otro. Había tomado vino en demasía; pero sus palabras eran firmes, llenas de odio.

—Vos, señor don Pedro de Alvarado, y vuestros compañeros sabéis bien que solamente he tenido una intención ... servir a nuestra mil veces poderosa alteza, don Carlos y a su altísima madre doña Juana de Castilla y Aragón a quienes Dios mantenga siempre en su santa piedad...

—Lo... lo... sa... sa... sa... bemos...

—...Mas, que el diablo me lleve si ese miserable que se llama señor de Santiago de Cuba, Diego Velázquez, se sale con la suya... He sabido que una nueva tropa llegará dentro de una semana a un lugar seguro para reembarcarla y hoy he enviado al sacerdote Juan Díaz para que les convenza de que no debemos pelearnos entre ambas partes... En todo caso... lanzó una mirada severa sobre Pedro de Alvarado y sus capitanes, de cuya amistad tenía ya pruebas de fuego: —Iré hasta el mar para enfrentar este nuevo peligro, no el menor que nos ha tocado vivir. A vos, señor don Pedro de Alvarado, os dejo la Capitanía de México. Habéis de cuidarla como si fuera yo mismo y no dudéis de aplicar palos a estos perros si aquestos infieles llegan a desmandarse.

—Así ha de ser señor capitán —respondió con energía Pedro de Alvarado.

En tanto que Hernán Cortés revisaba su guardia en el patio del palacio de Axayácatl; al otro lado, en el palacio de Moctezuma y desde las azoteas, Matla, Cuitláhuac, Cuauhtémoc y otros capitanes Águila, Ocelotl y Jaguar observaban.

—No se van todos observó en alta voz Matla.

—Se marcha el perro, es suficiente —dijo Cuauhtémoc.

—Ahora será posible liberar al señor Moctezuma y a los señores del Consejo.

Se oyó una corneta. Cortés caracoleó su caballo. Un heraldo anunciaba algo, pero sus palabras no llegaban hasta las azoteas donde

se encontraban los enemigos capitanes del castellano. El heraldo del ejército de Castilla y Aragón leía una proclama de Cortés al ejército, terminándola con una invocación a los señores de Castilla, a Dios, a la Virgen Purísima y al señor Santiago, Capitán de capitanes.

Cortés salió del palacio acompañado por quinientos soldados por una de las calzadas que iban rumbo a las tierras del cacao, de las flores, de las palmas, de los peces, del algodón y del tabaco. Moctezuma lo observaba desde una ventana. Hernán Cortés levantó su mano cubierta por un guante negro que le llegaba hasta el codo, espoleó al caballo y salió al son de una marcha de Castilla y Aragón.

◆◆◆

XVII

Tras la marcha de Cortés, los capitanes de Castilla empezaron a notar movimientos raros en toda la ciudad. Las canoas que ingresaban cargadas de maíz, frijol, animales de caza y vuelo, ingresaban llenas con mazorcas de maíz y leña, mucha leña... Alvarado y sus capitanes escuchaban los partes cada minuto.

—Cien canoas ingresaron por la calzada del norte, cargadas en mollejones...

—¿Mollejones?

—Mollejones... Alguien nos informó que cada guerrero lleva a la guerra su mollejón para afilar la espada de obsidiana.

—Cuatrocientas canoas de fondo plano, todas guiadas por las mujeres de Chalco y Amaquemecan, se acercaron por el rumbo de la calzada de Ixtapalapa cargando mazorcas de maíz...

—Tres mil canoas, contadas por el capitán Álvarez, fueron vistas entrar por el campo de los lirios...

—¿Y las flores? ¿Han recogido las flores?

—El lago está lleno con millones de flores rojas y nadie va en su busca desde hace tres días.

—El caracol de las horas ha dejado de sonar.

—Y las hogueras de humo rojo cargadas de chile no han dejado de encenderse sobre el templo de Quetzalcóatl.

—Los niños han dejado de jugar.

Terminaron las danzas, los cantos y las narraciones en el mercado de Tlatelolco...

—Y lo mismo en el mercado de Tenochtitlan.

—Capitán, creemos que va a llover.

—Sangre, va a llover sangre —murmuró el capitán Alvarado con sumo convencimiento, sentado sobre la silla de Hernán Cortés. Pedro de Alvarado, el capitán tartamudo, al que llamábamos Tonatiuh cuando llegó a estas tierras de México, el sol hijo del Sol.

A pesar de la incertidumbre que reinaba en el real de Alvarado, el ejército estaba tranquilo. La recomendación de Cortés había sido clara, sangre, filo de espada y fuego sobre estas piezas si llegaren a desmandarse. Junto al capitán Alvarado estaba el intérprete Orteguilla, cuando llegó una embajada. Los señores sacerdotes hablaban despacio para que Orteguilla pudiera traducir bien.

—Es costumbre en nuestro pueblo, en nuestra gran ciudad, desde hace centenares de lunas, celebrar la fiesta de nuestro señor Tezcatlipoca... Lo hacemos siempre cuando se asoman las lluvias y florecen los tulares sobre el lago, señor capitán.

Pedro de Alvarado preguntó tartamudeando que adónde se celebraría.

—Frente al templo de nuestro señor Tezcatlipoca.

—¿Cómo llamáis a la fiesta?

—La Fiesta de Toxcatl, señor Tonatiuh.

—Podéis realizarla; mas cuidando el orden.

El jefe de los sacerdotes se quedó mirando fijamente a los ojos de Pedro de Alvarado como con una segunda intención y poniendo una mano sobre la tierra, se retiró.

El soldado Lerma estaba reunido con los capitanes aztecas Cuauhtémoc y Cuitláhuac. Ya los viejos de la ciudad habían expresado que en ausencia del señor Moctezuma y los miembros del Consejo, la Capitanía de la ciudad de Tenochtitlan, Tlacopan y Texcoco estaba en manos de Cuitláhuac. Cacamatzin, el señor de Texcoco, había sido capturado en una trampa en las afueras del lago, de modo que ahora sufría cadenas junto a Moctezuma y el señor de Tlacopan.

Varios señores guerreros aztecas también estaban presentes y estudiaban unos mapas que los correos habían traído desde las costas. Lerma miró los mapas y explicó:

—No me cabe duda de que Diego de Velázquez, gobernador de Cuba, ha enviado un bergantín para capturar al capitán Cortés.

—¿Por qué lo quieren capturar? —preguntó Cuitláhuac.

—Ya os dije que Hernán Cortés ha traicionado la causa del gobernador Diego de Velázquez, de modo que esta misión no debe ser otra que la de llevarlo preso junto a sus capitanes para luego colgarlo.

Cuitláhuac retiró los mapas y salió con el soldado.

La fiesta de Toxcatl era importante por su grandeza. Detrás de la música, detrás del color, venía la gente del norte, del sur, del oeste, del este. Por lodos los caminos, la gente llegaba hasta el santuario de Tenochtitlan.

En el alba espléndida, el sol reventó sobre el lago. En ese despuntar del día, los habitantes de Tenochtitlan divisaron desde todos los barrios la silueta de un sacerdote en la cúspide del Templo Mayor. La silueta movió las manos y empezó a escucharse el murmullo suave de un tambor, como el vaivén de una hamaca. El toque del tambor fue creciendo como el grito repetido de una alegría.

Miles de canoas aderezadas con flores naturales y cintas de flores de papel llegaron desde todas las orillas del lago de Texcoco, rumbo a los muelles de Tenochtitlan. Alrededor de este lago de mil kilómetros cuadrados, todo era esperar el día de la esperanza, el día de la alegría. Los habitantes empezaron a caminar por las azoteas de la ciudad llevando en sus manos jícaras de flores aromáticas. Y antes de que el lucero del alba se ocultara tras los rayos del sol, se escuchó la oración del amanecer, emitida por el gran sacerdote de Tenochtitlan:

Oh tú, corazón del cielo
Oh tú, corazón de la tierra
Míranos, escúchanos, no nos dejes
no nos desampares.
Oh Dios, de dioses, señor del junto
Señor del cerca, que estás en el cielo
y reinas sobre la tierra.
¡Danos nuestra descendencia, nuestra
sucesión mientras camine el sol
y haya claridad!
¡Que amanezca, que llegue la aurora!
¡Danos muchos caminos, caminos planos!

¡Que todos los pueblos tengan paz
mucha paz, y sean felices!
¡Danos buena vida y útil existencia!
¡Abuela del sol, abuela de la luz!
¡Que amanezca, que llegue la aurora!

Hasta el interior del palacio de Axayácatl, donde estaban Pedro de Alvarado, sus hermanos y otros capitanes, se escuchó el canto de la oración y se destacó la figura del sacerdote allá arriba. Orteguilla tradujo al castellano las palabras del sacerdote.

—Es entonces una fiesta de paz... —dijo Alvarado y quedó meditando un gran rato.

Se inició la fiesta frente al templo del señor Quetzalcóatl. Era un templo redondo y estaba ubicado a un lado del Templo Mayor.

Bailes, regocijos, entremeses. Los artistas decían algo y el pueblo les respondía en coro. La fiesta del Señor-Señor. Algunos enanos pasaban vestidos de fiesta y los vecinos de Tenochtitlan o los que habían venido desde muy lejos los saludaban con respeto. Los enanos siempre traían suerte y eran bien allegados en toda fiesta. Una fiesta sin enanos era como una fiesta sin alegría.

Aquí y allá había hombres y mujeres tragafuego. Tomaban de sus jícaras y vasos grandes sorbos de aceite negro y los lanzaban sobre una antorcha encendida. Eran ellos, los tragafuego hombres, los tragafuego mujeres. También estaban los contorsionistas, niños que caminaban sobre zancos.

Al centro del pequeño patio había un palo volador lleno de colores y de banderas de papel. En lo alto, un hombre vestido de guacamaya tocaba un pequeño tambor de guerra, y desde unas cuerdas varios hombres vestidos de pájaros daban vueltas y vueltas para cumplir las necesarias de un año en Tenochtitlan. Algunos hombres simulaban subir o lo intentaban para bajar al cantante y tamborilero volador, pero el árbol había sido previamente encebado por el sacerdote para que nadie pudiera ascender.

Por las calles de agua, fuera de Tenochtitlan, había muchos arcos, hechos con flores de papel. En los alrededores del Templo Mayor, las guirnaldas de llores naturales iban de un árbol a otro, y en las ramas se veía una gran cantidad de conejos y pájaros que colgaban.

Unos artistas hacían de ciegos; otros de viejos, doblados por la vida, sin poder caminar bien, y se cubrían el rostro con máscaras que los hacía más viejos aún. Otros artistas hacían como de venados que serían cazados. Simulaban la cacería del ocelotl, del águila, del jaguar, de la serpiente. Simulaban al hombre feliz y a la viuda del hombre que se fue a la guerra y que nunca más regresó. Estaban ahí los que hacían de osos viejos; y el sacerdote mayor del Templo, conductor de los danzantes y que era llamado Oso Viejo.

En andas especiales ingresó en el recinto del Templo Mayor una enorme cantidad de enfermos, mancos, ciegos, paralíticos, gente que se había sumado a la romería iniciada en los confines de las naciones hacía meses y que hoy llegaban temprano a la Fiesta del Señor. Había hombres que simulaban ser tartamudos, se hacían arrojadizos, tosían y tosían y la gente reía. Los entremeses alegraban el espíritu de la gente. Para representar estos había artistas que se disfrazaban de sapos, ranas, escarabajos, en tanto tocaban flautillas de cañuelas del lago.

A un lado del Templo Mayor, cerca de la esquina de la gran plaza, unos sacerdotes colocaban una estera tejida con muchos colores, con miles de plumas y sobre ella se detenían los músicos con sus instrumentos. Uno de los tambores era tocado con la palma de las manos, el otro, con palillos de hule; alegres entre la alegría misma. Uno de los músicos era también cantor. El cantor cantaba y la gente respondía. A veces cantaban en coro y el cantor tenía que dar respuesta.

La gente que venía de lejos traía sus trajes y su música para distinguirse. Allí los de Atlapula, los de Atlatlahuacan, los de Atexcal, los de Atipac, los de Atexca. Y la gente con sus chompipes cocinados de Iztacalco. Y otros con sus gallos de carrera como los llamaban los castellanos, huaxolotes de todos colores, traídos desde Iztapalantengo, lugar en donde los señores de Texcoco se presentaron ante Hernán Cortés y lo creyeron hijo de Dios.

También estaba la gente de Mecatlan, que había llegado desde las orillas del mar, con sus ritos, sus flores y sus ofrendas al Dios, su algodón y sus collares de ámbar. Y los oriundos de Metilatla con su carga de flechas. Los de Mecatepec y los que se reían de ellos y les llamaban gente totonaca, la tonta, porque arribaban de lejos y no hablaban el idioma culto de los nahuatlas. Con ellos llegaban los nativos de Mazapa que traían osos amaestrados, de los que comen hormigas en las montañas.

La gente llegaba de lejos, Tuxpan, donde empiezan otras tierras, y

otros dioses; de Tututepec, con sus sacerdotes, que eran muy sabios, con una sabiduría tal que ya hacían muchos milagros antes de que el Dios de los castellanos y de los aragoneses caminara por las orillas de un lago. Y llegó la gente que se vestía de cueros, y la gente que se vestía de plumas; y la que no se vestía, sino que sencillamente caminaba desnuda por las calles de Tenochtitlan.

También llegaron los cazadores de jaguares, que los traían en jaulas desde Tulixa. Y con sus serpientes para el Jardín de Moctezuma, los señores buscadores de serpientes de los desiertos. No podían faltar los visitantes de cortesía para nuestra gran fiesta, los señores de Tucurascan. Y los viejecitos de Tula, los que enseñaban a nuestros sabios ya viejos a interpretar la sabiduría de los toltecas. Y la gente otomí con sus flautas y sus quejumbrosas maracas, desde Dedeni, desde Dege, desde Donica... y así, llegó gente de todas partes.

Cuando descansaban los músicos, diez hombres que ocupaban el lugar de los cantores en el centro de la estera de plumas, empezaron a silbar. Silbaban y los presentes bailaban al ritmo de los silbidos. Por allá había un grupo de bailarines jóvenes, eran guerreros de un primer prisionero, de su segundo, de su tercero y hasta de su cuarto prisionero. Vestían ricas tilmas blancas, coloradas, verdes, azules, con caracoles marinos tejidos en azul. Otros tenían mantas bordadas con pájaros de colores.

Entre los asistentes había señores guerreros con muchas heridas sobre la cara, sobre los hombros y las piernas. En las batallas, los enemigos procuraban herirlos en las piernas porque así los capturaban vivos. Ellos habían logrado sobrevivir y por eso se vestían con tilmas bordadas en oro y llevaban en la frente guirnaldas áureas, plateadas y de cobre, platino, bronce, nácar y de perlas; además de llevar ramilletes y plumas en sus manos. Sus esclavos les echaban, de tanto en tanto, sahumerio de semillas de olores muy fragantes; a ellos y a ellas, las señoras guerreras que también llevaban rosas entre sus manos.

Muchos bailarines y bailarinas tenían máscaras de varios animales; algunos con una máscara por delante y otra por detrás, de dos animales distintos; o una máscara que reía al frente y otra que lloraba detrás, o una máscara de joven adelante y de viejo por detrás. Había artistas que caminaban entre la gente como bobos, como tontos, como viejos, como viejas y hacían reír. Muchos estaban bien maquillados y con cabellos de otros para parecer mujeres, hombres, niños, viejos o viejas.

De pronto, llegó el grupo de doncellas que danzaba con plumas y cascabeles en los pies, sobre los tobillos. La cara y las piernas las tenían pintadas de color de rosa, en un solo maquillaje, y los senos desnudos. Danzaban y detrás de ellas había escenografías de montañas y de bosques, hechas con mucho gusto y amor, se agregaban ríos de cartón plateado; caminos, flores y árboles que parecían naturales.

En las gradas del Templo Mayor estaban los señores sacerdotes sentados a modo de pontífices. Todos muy serios, de manera que nada les perturbaba el semblante; ni las alegrías ni las burlas de los demás que pasaban frente a ellos. Ante los sacerdotes pasaron los titiriteros, los prestidigitadores, los juglares, y un hombre que simulaba partir una mujer por la mitad y después, ante la sorpresa de todos, la mostraba entera.

La gente estaba alegre, pisaba el sucio con un pie, o con los dos según aprobara más o menos a los artistas. Cerca del Templo de las Calaveras, un grupo de hombres y mujeres muy ancianos bailaban en dos líneas y simulaban estar borrachos. Eran asistidos por un grupo de músicos que tocaban timbales, cornetas, caracoles, maracas, y otros varios instrumentos; así como por los cantores.

Los muchachos jóvenes del Templo de los Guerreros pasaban lanzando incienso sobre el rostro de la gente para ahuyentar a los espíritus de hoy para mañana y de mañana para siempre. Un grupo de viejas y viejos cocinaba tamales, gallinas, perros y tortillas y los ofrecían a los asistentes, que recibían la comida con amor.

De repente, se hizo un silencio; conducido sobre unas andas de oro, apareció nuestro señor dios Tezcatlipoca. Era nuestro dios Negro, untado de negro, de pie de palo, con muchas joyas que brillaban al sol. Los sacerdotes de su templo lo cargaban caminando al son de un tambor, paso a paso, y a veces daban tres de una sola vez y se detenían. Cuando apareció el dios Tezcatlipoca la gente, que minutos antes estaba tan llena de alegría, dejó su contento y empezó a darse azotes, los niños a los niños; los viejos a los viejos; las mujeres a las mujeres. Algunos guerreros se abrían sus heridas que empezaban a sangrar de nuevo. Otros señores y señoras se clavaban una espina de tuna sobre la lengua, de lado a lado. Y se hizo la ceremonia de los sacerdotes jóvenes que, ante sus sacerdotes mayores y ante su Dios, se oradaron el pene con una aguja de pescado para prometer castidad hasta el día de su muerte.

Después del silencio, el señor del Caracol, sacerdote del templo, dio las horas con un estridente y acompasado quejido. Por una de las

calles que conducían al Templo Mayor apareció una comitiva de cincuenta mancebos portando una jaula al hombro. Era una jaula preciosa, toda hecha de madera fina, labrada, como si fuera una enorme casa; toda ella adornada con flores. Colocaron la jaula frente a las gradas del Templo Mayor, y de ella salieron unas muchachas muy bellas. El interior de la jaula era como el cuarto de una posada; lleno de tapices de plumas y de cortinas bellamente tejidas.

Sentado sobre un asiento bajo, de plumas, estaba un joven el cual fue invitado por un sacerdote a salir por la misma puerta por donde le precedieron las jóvenes bonitas. El muchacho salió sonriente, con pasos medidos, tal como los sacerdotes le habían enseñado a caminar, como caminan los hijos de Dios y Dios mismo. Miles de personas saludaron al muchacho cuando salió de la jaula. Todos ponían una rodilla en tierra y se besaban la mano en señal de respeto. Desde el interior del palacio de los castellanos, Alvarado, que estaba mirando todo lo que ocurría, preguntó a Orteguilla.

—¿Quién es?

—Es una costumbre extraña —respondió el paje—, ese muchacho es un Dios.

¿Dios, habéis dicho?

—Bueno, el representante de Dios... Desde que era un niño fue escogido para morir en esta fiesta.

Afuera, al paso del joven, la gente, con muchísima reverencia, besaba el suelo por donde el caminante pasaba.

—Me han dicho que su labor de hoy es visitar todos los barrios de Tenochtitlan. También visitará el mercado de Tlatelolco, luego regresará aquí para ser inmolado.

—¿Inmolado? ¡Vo... to a... a... al diablo que... que no lo per... per... mi... tiré!

Horas después de su recorrido por la ciudad, el muchacho regresó hasta el frontispicio del Templo Mayor de México Tenochtitlan. Vestía un rico manto tejido con plumas que las mujeres le quitaron. La cara del mancebo estaba sin afeites y el cabello cortado como lo usaban los guerreros del Sol. A veces, los paseantes lo detenían, le besaban los pies y le murmuraban:

—¡Acuérdate de mí, señor!

El muchacho devolvía las sonrisas y les daba una especie de bendición, juntando ambas manos. Sobre la cabeza llevaba una guirnalda de flores; de las orejas le pendían zarcillos de perlas, y al cuello un collar con caracoles de oro. A cada uno de sus pasos sonaban los cascabeles de plata que tenía en sus sandalias de oro. En todo momento y hasta ese instante, cuatro doncellas de una belleza especial le habían estado acompañando.

—Han sido sus mujeres —explicó Orteguilla—, habían estado con él en la jaula por varios días para que así quedaran preñadas y tuvieran un hijo del Sol, pues desde hacía muchísimos años, este muchacho había sido seleccionado para compartir el destino de un Dios.

Cuando las muchachas le despojaron de su ropa, se despidieron de él con la mirada, caminaron para atrás y después desaparecieron. Se quedó solo frente a las gradas del Templo Mayor. Un sacerdote se acercó y le ofreció una flauta, que él empezó a tocar con gran maestría. Todo era silencio en la ciudad, solamente se escuchaba el sonido, cada vez más cadencioso, de la flauta, que emulaba el sonido del viento, muy suave. En tanto entonaba la melodía, subía las escaleras del templo. Iba casi desnudo, pero en el hombro llevaba una bolsa de red llena de flautas. En cada grada que subía prescindía de una de ellas y sacaba otra, para continuar su música.

Arriba, cinco sacerdotes vestidos de negro estaban esperando. Lo esperaba el que le habría de tomar el pie derecho. Lo esperaba el que le habría de tomar el pie izquierdo. Lo esperaba el que le habría de tomar la mano derecha. Lo esperaba el que le habría de tomar la mano izquierda. Lo esperaba el que, después de colocarlo sobre una piedra, le habría de acomodar la cabeza. Y le esperaba el señor sacerdote que tendría a su cargo abrirle de un tajo el pecho, arrancarle el corazón aún palpitante y ofrecerlo al Sol.

En tanto el mancebo, ofrenda al Dios, iba subiendo las escaleras, el pueblo lo seguía en silencio, con la mirada puesta en la cúspide del Templo. Los que entonaban la música se prepararon para iniciar la danza y el baile. Los coros estaban listos, y el Oso Viejo, señor que iniciaría la danza, se preparaba lo mismo para dar comienzo a un baile que había de durar hasta el otro despertar del alba, a la hora dieciséis.

Pedro de Alvarado mandó hacer un movimiento a sus capitanes. Se ubicaron las falconetas, las lombardas, los caballos y los arcabuceros silenciosamente, las cuatro puertas del gran recinto

mayor quedaron copadas por la infantería de los castellanos y aragoneses. Al joven, ofrenda al Sol, le faltaban solamente diez escalones para llegar hasta donde le esperaban los sacerdotes. Se había iniciado el sonar de las últimas cuatro flautas para los cuatro escalones. Una de ellas sonaba mirando al sol; la otra, al lugar donde el sol dormía; la tercera, en dirección al norte, y la última, cuando pusiera una rodilla en el sucio y besara la mano derecha que tocaría la tierra; lugar desde donde habría de partir hasta las regiones del sol.

El mancebo hizo sonar la postrera flauta y después la echó a rodar escaleras abajo; miles de ojos expectantes y llenos de reverencia lo admiraban. Labios silenciosos murmuraban súplicas, promesas, alabanzas. El muchacho, ofrenda al Dios, tenía una intensa dicha en sus ojos y una sonrisa llena de beatitud. Su corazón sería ofrecido al Dios, nuestro señor. Dios estaría contento y alrededor de la tierra los hombres vivirían en paz y alegría. Hincó una rodilla sobre la última escalera, colocó su mano sobre el suelo y la besó. Los sacerdotes se acercaron misteriosos, serios, duros y le extendieron las manos para ayudarle a subir el escalón definitivo. Un sacerdote le tomó la mano derecha; otro la mano izquierda. La ofrenda al sol extendió las dos manos para que se las tomaran y le ayudaran a subir hasta la explanada.

Allá, en el interior del palacio donde tenía su cuartel, Pedro de Alvarado preguntó a un capitán:

—¿Todo listo? ¡Abreviaos!

—¡Listos!

Pedro de Alvarado dio una orden, espoleó su caballo y gritó: —¡Por la espada del apóstol Santiago!

Los músicos frente al Templo Mayor que estaban prestos para iniciar la música fueron los primeros en caer. Dos soldados les cortaron la cabeza como si fueran hechas de manteca. Después se armó la matanza, la carnicería. El pueblo cayó bajo los tiros de las lombardas, de las falconetas. Las mujeres corrían. Los niños gritaban.

Como los grandes señores de la Guerra estaban reunidos para la ofrenda al Dios, venían sin armas. Pronto, por todas partes saltaron las cabezas, los brazos. La sangre llenó las gradas del templo. Las puertas estaban copadas por las armas de fuego, de modo que cuando los hombres y mujeres trataron de salir, cayeron por montones. Algunos se lanzaron desde lo alto de las gradas del Templo Mayor hasta el

piso, en busca de salvación. De los edificios cercanos a los canales, mujeres y hombres se lanzaron de cabeza. Las espadas cortaban a diestra y siniestra cabezas, como en un juego de cañas, regresaban y volvían a cortar. El caballo de Pedro de Alvarado cayó resbalando sobre el piso cubierto de sangre. Los castellanos mismos ya no podían correr por ser tanta la sangre que fluía por todos lados.

Horas después, sobrevino un gran silencio. Soldados y capitanes revisaron las gradas del templo. El mancebo que iba a ser sacrificado a Dios apareció también muerto, con la cabeza destrozada por una bala de cañón. Los soldados indagaron y buscaron por todos los rincones del Recinto Mayor. Cuando un herido se quejaba, se acercaba un soldado, le ponía la espada sobre la garganta y se la hundía.

Pedro de Alvarado se retiró a sus aposentos. La espada le pesaba entre sus manos.

◆◆◆

XVIII

Moctezuma inclinó la cabeza cuando, horas después, recibió el informe de un mensajero.

—¡...y todos murieron...!

—¡Oh, dolor de mis antepasados!... —exclamó Moctezuma. Conforme escuchaba lo que le decía el informante, los ojos se le llenaban de lágrimas. El Señor de Cara Dura lloró por segunda vez en su vida.

—Y hemos sabido que anoche capturaron a Cacamatzin, señor de Texcoco y será traído hasta aquí para que comparta tu cautiverio, señor.

Al saber que Cacamatzin estaba preso, Moctezuma comprendió que el último señor de la Alianza de Tlacopan, Texcoco y Tenochtitlan, tendría una suerte aciaga. Después de un instante dijo:

—Toca ahora a Matla, Cuitláhuac y Cuauhtémoc hacer su parte... Sé que la harán.

Matla, Cuauhtémoc y Cuitláhuac llevaban varias horas en Consejo permanente con varios capitanes y capitanas.

—Hemos cerrado todas las salidas e interrumpido todos los puentes... —informó Cuauhtémoc.

—¿Y cómo ha logrado Tonatiuh acercarse a Tacuba? —preguntó Cuitláhuac.

—Llegó con muchos refuerzos e ingresó de sorpresa antes de que destruyéramos los puentes en la entrada de Tacuba, pero ahora, ya no es posible que logren salir —respondió Matla al que en ese momento hacía de supremo capitán de Tenochtitlan.

—Matarán al señor Moctezuma...

—También al señor Cacamatzin —dijo Matla— y con ellos al señor Zihuacotzin... todos han de morir. Pero según nuestra Ley, el señor jefe deja de serlo cuando ha perdido el mando.

Cuauhtémoc lanzó una mirada de entendimiento a Matla por sus palabras, y agregó:

—Señor Cuitláhuac, están fabricando un arma nueva en lo alto del Templo Mayor. El prisionero castellano nos ha dicho de ella que es terrible y no tenemos defensas por el lugar donde se está construyendo. —Salió a la ventana y señaló a un grupo de hombres de Castilla que, allá arriba, sobre la explanada del Templo Mayor, construían una catapulta.

—Hay que destruirla antes de que la terminen. Cuitláhuac estuvo de acuerdo con lo recomendado por Matla, y agregó:

—Ni uno solo ha de quedar con vida... ¡Ni uno! Para ello, tenemos veinticinco mil guerreros mexicanos por cada uno de ellos.

Con mucho afán y vigor, varios trabajadores castellanos hacían la catapulta en la explanada del Templo Mayor. Con cuerdas, los guerreros de Tlaxcala ayudaban a subir unos maderos enormes. En aquella esquina, un grupo de castellanos laboraba en trenzar una cuerda veinte veces más gruesa que las conocidas en Tenochtitlan. Uno de los soldados, ya viejo, dijo:

—Lanzaremos sobre la ciudad piedras tan grandes como casas. —Echó una mirada sobre la ciudad de Tenochtitlan y continuó: —Aprendí a fabricarlas en la batalla contra los moros y bajo las órdenes del Gran Capitán... Desde las almenas del castillo hundimos más bergantines que, al final, ya los infieles no pudieron contarlos. —Observó un momento los templos cercanos y murmuró: —Cuando la tengamos lista, las piedras llegarán hasta allá, allá y allá...

—Pero señor, subir las piedras hasta aquí, si nos asiste el ciclo, será cosa de milagro.

—No, las tomaremos de ahí... —y señaló las enormes piedras del templo de Huitzilopochtli.

Subiendo los maderos y dirigidos por los capitanes castellanos, trabajaban unos esclavos aztecas. El capitán castellano usaba el látigo sin piedad cuando alguno de los esclavos aztecas se hacía lerdo. Los

esclavos se movían con dificultad ya que, según la costumbre, se les había cortado la parte de atrás del calcañar, y las heridas todavía no sanaban. En esa forma se aseguraban de que los esclavos no pudieran correr. Todos estaban marcados con la "G"de guerra en el rostro; se les había marcado con hierro candente, por lo que algunos mostraban una herida tumefacta. Pero, aun en esas condiciones, el látigo estallaba sobre sus espaldas. Entre los esclavos había mujeres guerreras a las que se había marcado sobre el hombro para no perturbar su belleza.

En la mitad de la primera explanada del Templo Mayor se podía observar a un soldado castellano haciendo guardia; miraba a los esclavos aztecas que difícilmente subían el enorme madero, peldaño tras peldaño. En ese instante, el soldado fue aprisionado por una cuerda que le había sido lanzada por detrás y, limpiamente, quedó estrangulado sin lanzar un gemido. Un minuto después, en su lugar, apareció un guerrero azteca enfundado dentro de sus ropas. Pronto aparecieron otros guerreros cubiertos con ropas de Castilla. Cuando los esclavos aztecas lograban llegar hasta el ascenso de la primera explanada del Templo Mayor, se les unían otros macehuales. Eran guerreros que se habían vestido de esa forma, y algunos hasta mostraban latigazos sobre la espalda. Desde abajo, el capitán que dirigía la construcción del arma gritaba órdenes que eran atendidas sin premura.

—¡Más cuerda, más cuerda...! —finalmente el enorme madero era subido por los guerreros esclavos.

—¡Aquí, aquí, acercadla con cuidado, aquí mismo! —decía el capitán constructor, pero en ese instante se detuvo; había mirado los ojos de una mujer esclava sobre los suyos. Fue lo último que hizo antes de que Matla le atravesara la garganta con su daga de obsidiana. Los otros soldados castellanos que no descubrieron el peligro señalaban a los esclavos que ubicaran el madero ahí, cerca de ahí... En un rápido movimiento los guerreros esclavos lanzaron el madero en dirección a los soldados que no se pudieron defender, siendo arrojados al abismo junto con el madero.

Abajo, otro de los capitanes trató de dar la alarma con un grito, pero un flechero se lo impidió clavándole una flecha en el pecho. En un instante, los guerreros aztecas destrozaron la catapulta y mataron al resto de los soldados. Detrás de ellos subieron los sacerdotes, instalaron un tambor frente al Templo de Tezcatlipoca y empezaron a tocarlo... El sonido del tambor cruzó la ciudad y se esparció sobre el horizonte.

Los caballos se detuvieron en las afueras del pueblo de Tacuba. Los habitantes de Tacuba se congregaron para ver el ingreso de muchos caballos, todos con cascabeles en las patas delanteras y traseras. Hernán Cortés regresaba con pompa, tambor y corneta desde las lejanas tierras de las flores, el cacao, el tabaco, el algodón, la sal... Le acompañaban el sacerdote Juan Díaz y un capitán hasta entonces desconocido para los aztecas, Pánfilo de Narváez, quien estaba bastante ultrajado y herido en un ojo. Detrás de Cortés y Narváez venían los soldados que este último había conducido hasta Zempoala y que el sacerdote Díaz había logrado sobornar con oro para que traicionaran a Narváez y lo entregaran al capitán Cortés.

Cortés había ofrecido oro, tierras, señoríos, gabelas, esclavos, encomiendas, iglesias, conventos y títulos de nobleza para los que se plegaran a él y se acogieran al sueño de México. Le fue fácil entonces capturar al capitán Narváez que, sumiso y derrotado, se acoplaba a la aventura de la Nueva España, como le llamaba Cortés. Narváez significaba bastimentos, pólvora, caballos, artilleros, juegos de ballesta, vino, cazabe y noticias de Santo Domingo, donde la Real Audiencia estaba por dar la razón a Diego de Velázquez para que destruyera la aventura del pirata Hernán Cortés.

—Señor capitán, íbamos en vuestra búsqueda. ¡Los indios de México se han alzado! —le informaron tres hombres de a caballo que atropelladamente llegaron a su encuentro.

—Han matado a muchos de nuestros aliados y el capitán Alvarado y nuestra gente están copados en su palacio.

Hernán Cortés, seguido por el capitán Pánfilo de Narváez y sus nuevas tropas, más un refuerzo de la ciudad aliada de Tlaxcala, se dirigieron a la ciudad. Al frente colocaron los cañones.

Aunque entraron disparando, las calles estaban desocupadas. Cerca de la puerta principal de Tenochtitlan ordenó ubicar siete cañones sobre un templo y desde ahí empezaron a disparar con orden de aterrorizar. Dispararon sobre el mercado, las escuelas y todo lo que estuvo a su alcance. Así lograron ingresar en el palacio donde esperaba Pedro de Alvarado y su gente, que lo recibieron con gran alivio.

—¡Gozaos capitán Alvarado, de que estamos aquí ya todos reunidos! —Es lo que me preocupa, señor capitán Cortés...

—¿Por qué? Hemos ingresado tras la fuerza de mis cañones... —

No, capitán Cortés, el nuevo señor de la Guerra al que llaman Cuitláhuac, no está usando las tácticas conocidas por nosotros, en su guerra... Por eso me preocupa que habéis logrado ingresar... ahora ¿cómo podremos salir?

—¿Salir? ¿Quién dijo salir? El miedo os ha quitado hasta vuestra tartamudez, mi capitán Alvarado... El ejército de Castilla y Aragón nunca se ha rendido en los últimos ochocientos años y no será éste el momento... —Y con buen talante gritó: —¡Viva Santiago, viva!

Y el ejército reunido, expectante ante sus palabras, repitió a coro el grito de Hernán Cortés, el señor de la Guerra, el representante de un ejército que no se había rendido en los últimos ochocientos años.

Hernán Cortés venía entrando por la calzada al son de sus trompetas y sus tambores de guerra. En forma marcial, los soldados, adarga al hombro, entraban con disciplina en la ciudad de Tenochtitlan. Minuto tras minuto, el grupo de sus artilleros disparaban contra una casa, una torre, una muralla; que saltaban en pedazos. Matla, Cuitláhuac y Cuauhtémoc observaban desde una azotea.

—Vamos a atacarlo ya —dijo Cuitláhuac.

En centenares de azoteas, los guerreros aztecas estaban camuflados. Se habían vestido de piedras, de leños, de árboles, de armas; estaban detrás de todo lo que parecía inmóvil. Cortés caminaba a tiro de los centenares de piedras enormes que los guerreros tenían listas, en espera de una orden para sepultarlos a él y a su gente.

—Debemos de atacar a Topiltzin —repitió Cuitláhuac.

—En este momento morirá peleando —lo detuvo Matla en sus palabras—. Es un hombre de valor, no hay que olvidarlo.

... Hay que tomarle vivo, esperemos.

Cuitláhuac y Cuauhtémoc coincidieron en la propuesta de Matla de que había que capturarle vivo para ofrecerle su corazón al Sol. Cuitláhuac hizo una señal. De varias azoteas empezó a salir humo rojo, la señal de que no debían atacar a los bárbaros, que de nuevo ingresaban en la ciudad. Los soldados estaban nerviosos. En una forma más cautelosa caminaban los soldados que arribaron con Narváez ya que no estaban acostumbrados a luchar contra los aztecas, y no habían recibido aún su bautismo de fuego. Habían escuchado decir a sus informantes, que llegaron antes que ellos, que los guerreros aztecas no eran como los moros, no sabían huir ni siquiera ante el más inminente

peligro de perder la vida. La huida ante la muerte era considerada por ellos como traición al espíritu de la guerra, de forma tal que solamente estaban preparados para morir; para vencerlos tendrían que matarlos.

Cerrando la marcha de los soldados de Hernán Cortés, venían centenares de guerreros de Tlaxcala que fueron atacados por los flecheros de Tenochtitlan, murieron centenares. Cuando Cortés trató de dar una orden para auxiliar a sus aliados, se enteró de que no era posible regresar, ya no había puentes.

La estrategia de Hernán Cortés para ingresar en Tenochtitlan le había servido solamente para las primeras casas de la isla; después, hasta él mismo sintió que estaba dentro de una ratonera. La trampa se había cerrado.

Hernán Cortés repasó los últimos acontecimientos ante sus capitanes e increpó a Pedro de Alvarado.

—¡Insensato, habéis sido insensato!

—Señor capitán —intervino Sandoval—, el capitán Alvarado vio una oportunidad, estaban todos los grandes guerreros en el festival y sin armas. Era el momento de matarlos a todos.

—¿A todos?

—Señor... los tres que componen la furia no llegaron al festival... —¿La furia? ¿Qué es eso?

—Al jefe de todos ellos, llamado Mierda por la gente de Tlaxcala; el joven señor de Tlatelolco, que llaman El Águila que Cae; y una mujer nombrada Agua Azul...

—No... no... no e... e... s una mu... mu... jer–intentó decir Alvarado. —Cierto mi capitán, esa Agua Azul es una guerrera azteca... —¡Pero cómo! ¿Habéis meditado ante una mujer vestida con trapos de hombre?

—Vestida con trapos de mujer... Es una guerrera, Señora de señoras y jefa de la Escuela de las Guerreras.

El palacio de Cortés estaba totalmente rodeado por los guerreros aztecas, este observaba los movimientos.

—Tenemos frente a nosotros un sitio —y paseándose de un lado a otro, volvió a increpar al capitán Alvarado: —Os repito mi pregunta, ¿por qué habéis hecho tal desaguisado? ¡Que el diablo me lleve si había necesidad! ¡Agora... maldita sea! —Continuaba con los improperios y los dirigía a cada uno de sus capitanes que escuchaban cabizbajos.

—Se me dijo que... que... que... i... i... ban a realizar sacrificios humanos... Y también se os dijo que iban a estar todos los grandes jefes y no estaban los principales... Se os dijo que era una gran oportunidad para exterminarlos a todos... y esos todos no llegaron... —y retando a Alvarado con la mirada, repitió—: ¡Se me dijo, se me dijo! ¿Acaso no sois un capitán de Castilla, un capitán de su Majestad, al que no hay que darle consejos como a una gitanilla? ¿Qué os aconsejaba la prudencia? ¿Quién fue el miserable que os aconsejó?

Uno de los capitanes de Tlaxcala que estaba presente trataba de entender y preguntó a Malintzin.

—¿Qué trata de saber?

—¿Por qué ha sucedido todo esto?

Yo lo he aconsejado —dijo el capitán tlaxcalteca dirigiéndose a Cortés. Este lo miró de arriba a abajo y preguntó:

—¿Vos, aconsejando a un capitán de Castilla? —lo observó con gran desprecio y exclamó: —¡Todos los indios son una mierda!

Alvarado se sintió ofendido por las palabras de que un capitán de Castilla había necesitado ser asesorado y mal, por un capitán de Tlaxcala, y se defendió:

—No hemos hecho sino lo que aprendimos de vos, señor capitán, en Cholula. ¿No os acordáis? Allá tampoco quedó jefe de Cholula con vida y agora reina la paz.

María Estrada que había estado presente en toda la conversación, intervino para informar a Cortés:

—La gente de Tenochtitlan no es igual que los soldados de Cholula... Acordaos que Cholula era una ciudad de religiosos.

Cortés, por toda respuesta, dio la espalda a sus capitanes y se introdujo en el salón, donde mantenía al señor Moctezuma con grilletes en manos y pies.

Cuando Hernán Cortés entró en el salón donde tenía preso a Moctezuma, este se encontraba jugando patolli con el señor de Texcoco, Cacamatzin. Los señores de México estaban atados por el cuello, de tres en tres, con una cadena de los pies les pendía un grillete. Solo las manos tenían cierto movimiento. A una distancia de dos metros de cada señor, estaban dos capitanes castellanos, valientes, escogidos; quienes tenían a su cuidado la guardia de cada tres señores bajo una orden, si el lugar se viera invadido por los guerreros aztecas en un intento de liberar a Moctezuma, sus guardianes debían darle muerte.

Cacamatzin y Moctezuma movían sus fichas y simulaban no ver a Hernán Cortés. Este, todavía con sus ropas de viajero, tenía las botas sucias y un hedor a sudor de caballo. Se detuvo ante los señores que seguían tirando las fichas sobre la esfera donde estaba pintado el juego. Les habló a gritos y ellos seguían como si no estuviera presente. Solamente se escuchaba el ruido de las cadenas, de sus eslabones al chocar entre sí cuando movían las fichas.

—Os ordeno remediar, desde aqueste momento, el error de vuestros capitanes... si en algo estimáis la vida...

Moctezuma y Cacamatzin siguieron jugando con la misma seriedad. Cortés chasqueando el látigo hizo que Orteguilla repitiera la amonestación, pero más fuerte.

—Señor Moctezuma, debéis ordenar que termine el sitio y que de nuevo traigan bastimento para mis tropas... si en algo estimáis la vida de vuestras mujeres y vuestros niños...

Moctezuma, que le ganaba una jugada a Cacamatzin, mostró satisfacción. Orteguilla, que estaba permanentemente al servicio de los señores prisioneros como intérprete, dijo:

—Señor Moctezuma, mi capitán Cortés os está hablando.

—No me interesa hablar con tu capitán Cortés —respondió Moctezuma sin levantar los ojos.

Cortés furioso sacó la espada y de un tajo cortó el tablero sobre el que los señores movían las fichas. La mano de Moctezuma que iba a repetir una jugada se inmovilizó.

—Os digo que, si no queréis morir, debéis hablar a vuestra gente. ¡No me obliguéis a mataros! —repitió Cortés.

Moctezuma, con mucha prestancia, se puso de pie con dificultad; lo mismo hizo Cacamatzin. Moctezuma, que era un hombre alto, miró para abajo y vio a Cortés furioso, con la espada en alto.

—¿Morir? Ya qué importa. ¿Es acaso que tú crees que a nosotros los aztecas nos asusta morir? ¡Para morir es que hemos nacido! No pienses que desconozco mi destino de muerte entre tus manos. Nosotros ya estamos listos para morir...

Cortés bajó la voz y dejando a un lado la espada se sintió desarmado ante las palabras de Moctezuma. Levantó los ojos hasta el rostro del señor de Tenochtitlan y dijo:

—Señor Moctezuma, no es el deseo de nuestras altezas de Castilla y Aragón que esta tierra se manche más de sangre... Pero si vos no obedecéis, no podré detener el furor de mis soldados, mal que nos pese a todos.

—No te puedo obedecer porque soy un guerrero azteca... Un guerrero azteca solamente obedece a nuestro señor Huitzilopochtli.

Cortés hizo un nuevo intento y con mansedumbre le dijo a Orteguilla. —Preguntadle en cuánto de verdad estima su vida.

Moctezuma miró las fichas de jade que tenía sobre el tablero de color verde, y como respuesta, las tomó y las arrojó al estanque que estaba ubicado a un lado de la habitación; las fichas se hundieron formando círculos concéntricos:

—¡En tus manos la vida carece de honor!

—¡Maldito perro, indio asqueroso! —reaccionó Cortés con furia —. Dentro de pocas horas os mataré a vos y a todos los tuyos a menos que obedezcáis mis órdenes.

Moctezuma respondió con una risa poco usual en él y dijo muy claramente, para que Orteguilla se lo tradujera a Cortés.

—Dile a tu perro de Cortés que en nuestras costumbres ya no soy jefe, que ahora son otros los que mandan y que puede matarme ya...

Una hora después, el capitán Olea presentó ante Hernán Cortés a un señor de Tenochtitlan que parecía asustado. Era acompañado también por el capitán Ordaz, quien le dijo a su jefe:

—Capitán, este indio quiere vivir... y es de los treinta del Consejo

de las ciudades.

—¡Ah! ¿Quiere vivir? —lo miró Cortés sonriendo. Lo llevó hasta la azotea del palacio. Abajo había miles de gentes gritando a Cortés palabras que no entendía.

—El señor de mar a mar, el señor Moctezuma les ordena que depongan las armas, que regresen a sus jacales, que no hagan oposición a estos hijos de los dioses. Dice que si insisten, a él lo han de matar... Pide que de nuevo traigan tamales, chocolate, tortillas, frijoles y tomates con chile para los señores.

—¡Cobarde! ¡Hermanito menor! ¡Huarache gastado! ¡Amigo de los perros! —gritó la voz del pueblo y cayó una lluvia de flechas y piedras.

Los españoles trataban de protegerlo con los escudos, pero cuando lo retiraron de la azotea, ya estaba muerto.

Al terminar el Consejo entre la señora de la Guerra, Matla, y el señor de Tlatelolco, Cuauhtémoc; Cuitláhuac dijo:

—Irá un hombre de la Casa de los Cazadores de día y de noche; irá otro corredor de la Casa de los Corredores bajo la lluvia y bajo el sol... Que los señores del Consejo preparen mensajes de pinturas y de nudos y digan a todos lo que nosotros queremos que ellos entiendan.

Que lleguen los corredores hasta las fronteras asignadas a nuestra grandeza por nuestro señor Huitzilíhuitl, nuestro señor Chimalpopoca, nuestro señor Moctezuma Ilhuicamina, nuestro señor Axayácatl, nuestro señor Ahuizotl y nuestro señor Moctezuma Xocoyotl; que marchen nuestros corredores hasta todos los lugares donde no hayamos puesto los maderos atravesados en los caminos. Que avisen a todos que los aztecas partiremos en dos los corazones de todo habitante de la tierra, amigo o enemigo de las tres ciudades que ayude a los bárbaros de Topiltzin... Que nadie se quede sin saberlo, lo mismo sea en Oxtipan que en Zimapan; en Itzmiquilpan Tototepec, Cuahinanco, Chololan, Tepeyac, Tecamachalco, Cuetlaxtlan, Zacatlan y Calpullalpan.

Que todos los pueblos nos manden arcos, lanzas, cuchillos de pedernal y petos; desde Tehuantepec hasta Nicarao y desde Tenochtitlan hasta las tierras cuereparas. Que nadie se quede sin el asombro de la grandeza de Tenochtitlan. Que todo el mundo se entere

que nosotros vamos a seguir dominando estas tierras y que no existe otro dios que nuestro señor Huitzilopochtli...

Que los corredores de las Casas digan a todos los lugares la orden que yo, Cuitláhuac, estoy enviando; si un habitante de toda la gloria de México mira a uno de estos bárbaros como un señor, le serán sacados los ojos; si alguien les da agua, les cortarán las manos; si alguna persona les da cobijo en su casa, les prenderán fuego a la casa con todo lo que tenga adentro; si alguien les enseña un camino para poder salir de Tenochtitlan, o regresar a ella, serán cortados en pedazos y se usarán como rellenos de ese camino... Que nadie se incline ante los bárbaros. Que nadie se orine ante su presencia.

Esta es la orden que he dado yo, señor provisional de Tenochtitlan, señor de Tlacopan, señor de Texcoco, hasta que el Consejo decida. Y ordeno a mis capitanes que estén cerca de mí y si en algún momento me ven flaquear ante los bárbaros, me arranquen el corazón y se lo den a comer a los perros.

En una sala grande y aislada, los soldados se movilizaban. El sonido de los tambores cada vez era más alto, y cuando ya los soldados se habían acostumbrado a él, lo cambiaban por el ruido de los pitos y caracoles, así como por palabras que les lanzaban en castellano, como si muchos de ellos las entendieran.

Antorchas de aceite negro iluminaban las paredes. Todos los soldados se agruparon alrededor de un hombre joven que hablaba con dificultad el castellano. Tenía las manos llenas de sortijas, y hablaba como mujer. Su nombre era Botello, el soldado Botello, y procedía de Italia. La cara, las manos, la voz; todo en la presencia de ese soldado decía que le agradaban los hombres. Pero ellos lo consideraban como un hombre que sabía leer el futuro y el pasado. Botello les leía las cartas y todos esperaban con un silencio religioso sus palabras. Les hablaba, pero como nadie le respondía, se convertía en un diálogo con él mismo, con las cartas; en un monólogo de la noche.

—¡Reyes! siempre los reyes... siempre fui un hombre de bien en mi Italia... de allá, quiero decir, de donde vine... siguiendo los pasos del gran almirante Colón... ¡Bastos! ¡Oros! También he aprendido lo que dicen las estrellas... ¿Lo sabéis verdad?

—¿Qué dicen las cartas? —preguntó un soldado—. ¿Saldremos vivos de esta angustia? ¿Vamos a morir todos nosotros? ¿Será posible

que estos salvajes priven a nuestro Capitán General de la honra que hasta el momento hemos ganado de invencibles?

—¡Jotas! —respondió Botello— ¡Jotas y flores! —Tomando el mazo de cartas las arrojó al azar y preguntó: —¿He de morir en estas tierras extrañas, en poder de estos perros indios? —Las separaba y murmuraba: —No morirás... Sí morirás... He de perder mi caballo... No he de perder mi caballo... Me podré llevar el oro... Sí, han de matar también a mi caballo.

—¿Qué dicen las cartas? —repitió con ansiedad un soldado, ante la seriedad de Botello.

—¿Las cartas?... Dicen que, si mañana no salimos de aquí, vamos a morir todos juntos. —Luego, estrujó las cartas entre sus manos y murmuró —: También dicen que... no he de tener oro... no he de salvar la vida... que mi caballo morirá conmigo.

◆◆◆

XIX

En el sitio donde quedaba Cuepopa, donde se abrían las flores; en el lugar de los mosquitos, Moyotlan; en el lugar del Dios de dioses, Señor de señores, del junto, del cerca, Teopan, donde las calles de agua entraban y salían del recinto del Templo Mayor; en Axtacalco, donde las garzas hacían sus nidos; en todos lados se destruyeron los puentes, cuadrillas de guerreros cuidaban esos pasos donde ya no había puentes, donde ya no se podía salir, donde ya no se podía entrar en la gran ciudad de Tenochtitlan. Todos los canales que iban hasta la laguna, donde estaban las calles de la ciudad, todo estaba copado por el ejército azteca. Miles de canoas, dirigidas por mujeres, tomaban posiciones. Transportaban armas, mantas de guerra, agua fresca, tortillas, maíz en grano y totoposte. En las calles sin agua de las ciudades, se armaron trampas para los caballos. Era lo que Topiltzin había llamado “el sitio”.

Frente a la entrada del palacio donde estaban los castellanos se habían reunido tantos troncos, que Cortés se percataba de que su famosa caballería era inútil. El castellano que valientemente osaba salir del palacio para hacer una ronda, ya nunca regresaba. Se cumplía la orden hasta donde fuera posible, tomarles vivos. Y un soldado, o un grupo de soldados que salieran de ronda y no regresaban, eran cercados en forma tal que la espada ya no les servía de nada, tampoco los arcabuces.

Cortés se asomó a una ventana. Una lluvia de dardos, lanzada por ballestas, casi penetraba por el claro de la ventana. La advertencia era cierta, estaban aprendiendo a manejar las armas de los castellanos... y sin duda iban a mejorar la puntería con las ballestas. Cortés mandó fabricar troneras en las paredes del palacio. Cuando un soldado se asomó a una de ellas y vio las trampas de los caballos, murmuró:

—Botello tenía razón... nuestros caballos serán muertos.

Desde lo alto del Templo Mayor muchos guerreros preparaban un amontonamiento de piedras enormes. Cuitláhuac que seguía todo, según la estrategia que había preparado, dijo:

—No podrán salir...

—Así es, señor, todas las salidas están cerradas y son ya perdidos. —Recuerden, los queremos vivos —anunció Matla.

—Los tendremos vivos, señora —sentenció Cuauhtémoc...

En el centro de un patio, varios castellanos ayudados por artesanos de Taxco, trabajaban en una fundición. Estaban armados y su labor era vigilar lo que se hacía. Alderete, el tesorero real, llevaba las cuentas. Cortés le había dicho: “Hay que convertir el oro y la plata en tejuelos”.

Sobre los crisoles se tiraban obras de arte que los soldados acarreaban en canastos desde el interior del palacio. Toda la vida, desde el nacimiento hasta la muerte, los aztecas habíanla escrito en oro. Figuras de todas clases; desde las siembras del maíz hasta las balsas de veinte guerreros que en los mares del sol salían hasta tierras tan distantes como la de los hermanos lejanos en el mar después de muchos meses de navegación. Y todos los animales del monte, del valle, del mar, de la montaña; en oro. Y los implementos de adorno, collares, aretes, cascabeles de oro y plata para la danza; pájaros de oro y, sobre todo, quetzales, petos de oro, coronas de oro, dijes de oro y oro y oro... Los artesanos de Taxco los fundían y una vez en frío los registraba el tesorero real Alderete... Había mucho jade y platino y perlas que hacían a un lado.

Una vez realizada toda la fundición, se le avisó a Cortés. Este se acomodó frente a la mesa, en el centro de uno de los espaciosos salones del palacio. Frente a él, sobre mantas de algodón, estaba todo el tesoro fundido por los artesanos de Taxco bajo la mirada vigilante del tesorero Alderete. Todo estaba puesto en pilas del tamaño de un hombre y sumaban más de siete. Pilas de oro, platino y plata cubiertas por un manto azul para ocultarlas a las miradas curiosas o codiciosas. También había diamantes, crisoberilos, rubíes, ágatas, aguamarinas, ámbar y muchas otras joyas. Al frente, sus capitanes ansiosos y un enorme grupo de soldados miraban sedientos el oro, pero en silencio. Una hora antes, en una forma inexplicable, los aztecas habían dejado de sonar sus tambores.

—Preparan algo —dijo Sandoval.

—No —observó Cortés, que ya empezaba a conocer el arte de la guerra de los aztecas—Usan el silencio como un arma. Es algo que nosotros también tenemos que aprender.

El secretario Godoy había narrado que esa técnica de guerra no la utilizaron ni el hijo de Filipo en las guerras contra los persas, ni César contra los bárbaros...

—Hemos sabido de todo ya que nuestra patria ha sido una tierra conquistada por muchísimos pueblos...

—Invadida diréis señor —corrigió Hernán Cortés— que es diferente a conquistada. Los moros vivieron ochocientos años entre nosotros, pero jamás lograron la conquista. —Guardó silencio y después con gran sabiduría, dijo: —Los pueblos invadidos mantienen una esperanza, pero los conquistados están muertos.

Concediéndole la razón al capitán Cortés, Godoy dijo:

—Desde César y antes de César. Desde que el César sevillano tuviera su corte en Santi Ponte... Mucho antes de Aníbal con su ejército invasor. Allá en nuestras tierras de Castilla hemos tenido a los iberos, celtiberos, cartagineses, fenicios, romanos, godos, visigodos, moros, ¡qué sé yo!... Pero ninguno de esos ejércitos, desde Alejandro hasta el César y desde el César a Tamerlán, usó jamás el silencio como arma...

—Yo os digo a vosotros, mis capitanes que digáis a vuestros soldados que no se dejen atacar por el silencio.

A pesar de la advertencia los soldados estaban inquietos. Ni la mirada al oro lograba calmarlos. El ruido de las botas de los soldados que caminaban por todos lados y que daba la sensación de alerta, se escuchaba como un eco más en el corazón de los asistentes. Cortés dijo con gran solemnidad:

—¡Nunca hubo trampa que el ejército de Castilla y Aragón no lograra vencer desde los tiempos del Cid Campeador! ¡Saldremos de esta también! En el mar nos esperan los barcos del señor capitán

Narváez para regresarnos a Cuba, ricos y famosos... pero necesitamos salir desta trampa.

—¿Cómo lo vamos a lograr? —Miró a la audiencia que lo observaba con inquietud.

—No importa que estos indios bestias hayan destruido los puentes, los haremos con nuestro coraje. —Luego, señalando las pilas de oro—: Hemos esperado este oro y cada uno de los muchos tejuelos, es la parte que corresponde por el quinto a su serenísima majestad

Carlos I de las Españas, y a su nunca bien ponderada madre doña Juana, a quienes Dios les ilumine el entendimiento siempre—. Cortés mostró una pila conteniendo el quinto de los reyes católicos. —También he separado la parte que corresponde a nuestra madre, la Iglesia Católica—, y señaló a los sacerdotes que muy ufanos estaban parados junto a la pila de tejuelos perteneciente al quinto de la Santa Madre Iglesia Católica.

—Y he solicitado a mi señor secretario, ansí mesmo, que haga constar que, estando toda la tropa en peligro, ordeno que cada cual busque la forma de tomar el quinto de la tropa que a bien tenga, lo que crea que se pueda llevar —indicó uno de los montones de tejuelos de oro—. Y he dispuesto que cada soldado tome para sí la parte que le convenga más.

Los soldados, más de mil en ese momento, escucharon las palabras de Cortés con sus miradas sobre el oro.

—No he querido tomar mi parte del quinto en oro que me corresponde como Capitán General y Justicia Mayor de esta Nueva España; he deseado ofrecerla a mis amados compañeros del invencible ejército de Castilla y Aragón.

En este momento de prueba no olvidéis en ningún momento que sois el ejército más poderoso de Europa y el mejor del mundo...

En ningún instante enseñó las canastas tapadas, de diamantes, brillantes y perlas que había separado de antemano para él y sus principales capitanes. Y agregó a la tropa estupefacta:

—Y agora todos en orden, acercaos hasta estas pilas de oro y tomad lo que os apetezca en cantidad.

Fue un momento de confusión. Los soldados se acercaron al oro, pero con el orden de una tropa disciplinada, cada uno de ellos frente a la pila de oro tomaba a puños lo que quería, cada uno más y más. Los soldados que habían llegado con Pánfilo Narváez eran los más golosos; después de llenar sus faltriqueras, metían el oro en sus sombreros, en sus botas, en los zurrones donde cargaban las armas. Los llegados con Hernán Cortés y que ya conocían mejor a los aztecas, no se comprometieron mucho en tomar oro a montones, sino que seleccionaban uno o dos tejuelos en forma tal que no les fuera a estorbar. Los soldados de Pánfilo de Narváez, que eran los más, tomaron tanto que salieron con pasos lentos. Uno de ellos, muy joven, tomó nada más un tejuelo de oro y otro le preguntó:

—Y vos, Bernal Díaz del Castillo, ¿por qué tomáis tan poco oro habiendo tanto?

—Porque entre mucho oro y mucha vida, prefiero mucha vida —respondió Bernal.

En el gran palacio de Axayácatl, Cortés tenía su real. Ahí era donde Moctezuma estaba preso junto con los señores de Tlacopan, Texcoco y el resto del Consejo de los Treinta.

Como rotando, desde el centro de la tierra salió un ojo de agua artificial del tamaño de un venado grande, el cual desde hacía cien años los ingenieros habían logrado por el desvío del agua, por conductos de barro en colores. Era el agua que daba sustento a un estanque lleno de peces de muchos colores y formas; y a miles de flores en tratamiento natural, principalmente a las orquídeas.

Como emergiendo del agua, asomó la cabeza una mujer. Luego sacó todo su cuerpo del ojo de agua. Nadó sigilosamente en el estanque mirando de un lugar a otro escondiéndose entre las plantas acuáticas. Traía consigo un alado envuelto en una manta de hule para que no se humedeciera, contenía ropa al estilo del que usaban las mujeres del pueblo que por docenas asistían a los señores presos. La mujer nadadora se cubrió de la cintura para abajo con una falda larga, dejando sus senos erectos y hermosos al descubierto, los cuales parecían estar en el aire. Matla se dirigió hasta un corredor ancho y largo, cuidado por un lado y otro por vigías que la dejaron pasar. El silencio de la noche era interrumpido por el eco de los arcabuces. De rato en rato disparaban una lombarda cuyo estruendo conmovía toda la ciudad. Había sido orden de Cortés, para romper el silencio, la nueva arma que se estaba usando contra el ejército castellano.

Matla se presentó en el lugar donde estaban presos los señores Moctezuma y Cacamatzin, más otros capitanes y señores de la Alianza de México. Se colocó detrás de los prisioneros. Estaban todos sobre el suelo, boca abajo, encadenados de los pies al cuello. Matla se acercó a Moctezuma y de su enagua extrajo un hilo de alambre finísimo. Moctezuma, que entendió el propósito de la guerrera, le extendió las manos para que le cortara las cadenas con él. Los otros señores se movían con expectación tratando de no hacer mucho ruido y despertar la acuciosidad de los guardias que se encontraban en cada una de las entradas y salidas del salón.

Matla introdujo el alambre largo, de color de plata, entre las cadenas y empezó su labor. Cortó una de las argollas de la mano derecha de Moctezuma, luego la argolla de la mano izquierda. Afuera, se escuchaban pasos precipitados de gente. Matla logró esconderse detrás de unos helechos, con un gesto de cuidado lanzó al regazo de Cacamatzin una daga de obsidiana. Escondida entre los helechos, fue testigo de todo lo que habría de pasar.

El capitán Velázquez de León irrumpió en el gran salón y con él llegaron unos capitanes y sargentos de Castilla. Todos traían en sus ojos la malicia de los asesinos, y los prisioneros entendieron lo que pretendían. Velázquez de León dirigió sus pasos hasta donde se encontraba Moctezuma, señor de Cara Dura, señor de mar a mar, Tlatoani de México desde la laguna de Tenochtitlan hasta las lejanas tierras donde habitan los quetzales, se cosecha el cacao, vive el pájaro sagrado del Señor, abundan las frutas, las perlas y las flores; y crece el algodón como la nieve sobre los eternos volcanes de México. Cambió su espada toledana de la mano derecha a la izquierda y sin que Moctezuma lo pudiera evitar, se la hundió hasta la empuñadura en el pecho. Cacamatzin que, a pesar de estar atado de pies y manos, tenía en su mano una daga larga y filosa de obsidiana, mató al soldado que lo quería herir. Una jauría de soldados se lanzó contra él, que murió peleando con la daga en las manos. Luego se continuó la matanza de los otros prisioneros, hijos e hijas de Moctezuma, hijos e hijas de Cacamatzin, ancianos señores del templo, sabios de las escuelas del Calmecac. La carnicería fue horrenda y nadie quedó vivo.

Matla observó los últimos movimientos de Velázquez de León, quien se acercó a Moctezuma, ya muerto; le colocó la espada en la garganta y se la clavó.

—¡Perro! —exclamó Velázquez de León.

Matla se hizo pequeña dentro de las hojas de los helechos y se mantuvo ahí hasta que el capitán y los asesinos abandonaron el salón.

Matla y Cuauhtémoc, en los altos del Templo Mayor, distribuían diestros flecheros para que cubrieran todos los rincones del palacio de los castellanos. Cuitláhuac, que vigilaba el procedimiento de sus capitanes, lanzó una mirada recorriendo las enormes puertas fabricadas por los castellanos del palacio de Axayácatl y ordenó:

—Cubran los palacios de Moctezuma Ilhuicamina y el señor Ahuízotl.

Una multitud de guerreros, en forma oportuna, coparon todos los lugares estratégicos de los palacios citados. Matla se encontró con Cuitláhuac y le informó:

—Uno de los capitanes de Topiltzin atravesó con su espada el pecho de nuestro señor de mar a mar. El señor de Texcoco trató de defenderse y le propinaron como cuarenta lanceadas. Los otros estaban inermes y murieron sin poder defenderse. Ninguno de los señores del Consejo ha sobrevivido.

Cuitláhuac recibió las palabras de Matla con una gran tristeza... Un guerrero se ubicó frente a un grupo de trabajadores y dio órdenes de que empezaran a cavar trincheras para que los caballos no pudieran pasar. El soldado Lerma aprobó lo que los trabajadores hacían con ese fin y preguntó a un capitán azteca:

—¿No sería mejor cubrir las zanjas con paja para disimularlas? —No saldrán, no han de pasar de aquí... —le respondió el guerrero azteca con desprecio.

Unos zapadores aztecas medían la zanja con un caballo fabricado de paja, determinaban la forma en que las lombardas no lograran vencer los obstáculos. Para ello, usaban un cañón robado a los castellanos, medio destrozado.

Cuauhtémoc bajó del Templo Mayor y recibió a un grupo de guerreros dirigidos por un capitán de Tlatelolco, que le enseñó un arma nueva, una especie de lanza cuatro veces más larga que la usada por los enemigos, pero en vez de puntas de hierro como las de Castilla, o de obsidiana como las que se usaban en Tenochtitlan, las puntas eran espadas toledanas robadas. La vara que sostenía la espada medía hasta cuatro metros y debía de ser sostenida por los guerreros con las dos manos.

—Así, así se ha de proceder —explicó Cuauhtémoc al tomar una de esas armas.

Unos guerreros Águila se dirigían a Cuauhtémoc guiando un caballo hecho de madera y paja en escala similar a los caballos de Cortés. Los guerreros se lanzaban al ataque simulando el trote de los caballos. Cuauhtémoc atravesó el pecho del caballo de paja y madera, y al tiempo decía: —¡Así, así!

Por los alrededores del templo de Quetzalcóatl, un grupo de caballeros Ocelotl eran adiestrados por un guerrero Águila en el manejo de las espadas toledanas. Más allá, cerca de la escuela de los

nadadores, unas muchachas disparaban las ballestas. En la Escuela de las Guerreras, una capitana que mostraba muchas heridas se empeñaba en que algunas muchachas muy jóvenes lanzaran polvo de chile sobre los ojos de un soldado, hecho de paja y cartón. A cada una de las guerreras jóvenes se les daba una bolsa cargada con polvo de chile rojo y a otras con chile verde.

—Desde lo alto de la azotea, todas a una orden del tambor, dejarán caer el polvo del chile en forma tal que hasta el aire debe teñirse de rojo; no lo olviden.

Algunas muchachas se ejercitaban, pasaba frente a ellas un guerrero azteca vestido de castellano y ellas de improviso le lanzaban el polvo y toda la cara se le cubría de rojo. Cerca del templo de los extranjeros, un soldado guerrero les enseñaba a otros soldados aztecas, Caballeros Jaguar y Águila, palabras castellanas.

—¡Rendíooos!... Por la vida... El capitán Cortés está muerto... Mirad a este vuestro capitán, ya no tiene cabeza... Muera el rey, muera la reina... Mierderos, regresad por donde habéis venido.

También otro grupo se ejercitaba en los gritos de guerra contra los guerreros de Tlaxcala:

—Limpia culos... Mujercitas... Desechos de la tierra... Malinches... Malinches. Les haremos reconstruir la ciudad de Tenochtitlan... En vez de agua para hacer los adobes de nuestras calzadas y caminos en la orilla del lago, usaremos la sangre de tus hijos, de tus padres, de tus abuelos...

—Defenderán este punto siempre... —dijo Matla a los guerreros que había seleccionado, en su mayoría mujeres.

Cuauhtémoc y Matla se presentaron luego hasta donde les esperaba Cuitláhuac y le informaron todo lo que se había preparado para el ataque, pidiéndole la última indicación. Cuitláhuac les mostró una serie de dibujos donde se veía al capitán Juan Velázquez de León y dijo:

—Entreguen a sus capitanes estos retratos ya que a este hombre lo quiero vivo y si es posible sin una sola herida.

—Señor, ese trabajo déjalo a mis guerreros —respondió Matla. Desde el primer día en que llegó Cortés al palacio de uno de los grandes señores de México, todo le fue de maravilla. A su servicio tenía un ejército de leñadores, de mujeres que cocinaban los alimentos

de la tropa, y un ejército de servidores de toda clase y condición. Desde el primer día en que ya era huésped de México, hasta el señor de mar a mar se empeñó en servirle de báculo para que conociera los lugares más hermosos de la ciudad. Cuando Cortés hacía una pregunta —y hacía muchas— siempre tenía cerca un sabio, o una sabia mujer que le respondía.

Muerto Moctezuma hubo unos días de paz. Los aztecas se recogieron en sus templos para realizar el acto de quemar el cuerpo del señor Moctezuma y de los otros señores del Consejo, del señor de Tlacopan y del señor de Texcoco. Desde lejos, Cortés y su gente podían escuchar el bullicio de las danzas, el grito de las guerreras y el lloro de los deudos que ellos habían originado. Pero el cerco sobre el palacio continuaba. Nadie podía ingresar. Nadie podía salir. Los castellanos que dejó Hernán Cortés en las costas de Veracruz fueron cercados, vencidos y sacrificados a los dioses. Y lo mismo sucedió con todos los representantes amigos de los castellanos que los guerreros aztecas pudieron sorprender.

El Templo Mayor de Tenochtitlan fue purificado de la presencia de Cortés en ese lugar con el sacrificio. Cuauhtémoc dedicó un selecto grupo de mujeres Águila y de hombres Ocelotl para custodiarlo, no sin antes hacerles jurar que nunca jamás permitirían la presencia de un enemigo en sus gradas.

Cuando un castellano logró salir en silencio del palacio, amparado por los ruidos de la noche, fue limpiamente cazado como un venado.

Cortés se enteraba por los gritos, de cada soldado apresado, cuando iba camino del sacrificio.

¡Capitán a miiií, ayudadme...!

El cerco era total. Los miles de servidores enviados por Moctezuma para el servicio de Cortés se habían marchado. El mercado de la ciudad fue cerrado. Los acosados poco a poco entendieron que el cerco solamente conduciría a una rendición por hambre. Cortés les había recordado en su arenga:

—El ejército de Castilla y Aragón no se puede rendir por hambre. Somos los herederos de mil glorias pasadas en las luchas contra los galos, etruscos, borgoñeses, germanos y tantos y tantos pueblos que intentaron, en mitad y mitad, reducirnos a la esclavitud, al infortunio. Somos el ejército del augusto señor Carlos I de España y de doña Juana, la sublime...

Sin embargo, Cortés comenzó a organizar la huida. Sus soldados prepararon a los guerreros de Tlaxcala que, en miles, debían de salir primero.

—Ellos, los hombres de Tlaxcala, serán nuestro primer material de guerra, debéis echarlos frente a nuestro ejército, a los costados y en la retaguardia.

Los capitanes de Cortés observaron que cuando un guerrero de Tlaxcala intentaba asomar una parte de su cuerpo, los flecheros aztecas lo convertían en un erizo. Los soldados castellanos, en número superior a los mil hombres, estaban preparados ya para huir, la mayoría de ellos tenía más oro que armas. Las mujeres también habían caído bajo la tentación del oro y ayudaban a sus hombres a cargarlo. Una de ellas, María Estrada, se había conformado con recoger un puñal de obsidiana con cacha de joyas.

Cortés inició la plática dirigiendo la pregunta a uno de sus más valerosos capitanes.

—Quiero preguntaros, señor Sandoval, si ya está listo el puente. —Listo señor, los carpinteros lo han confeccionado con las mejores maderas del palacio y todo está arreglado para que sea transportado por mil guerreros de Tlaxcala al mando de don Diego de Ordaz.

Cortés agradeció a Diego de Ordaz. Luego habló con Juan Velázquez de León.

—Vos, capitán, os ocuparéis de que todos podamos pasar sobre el puente. Será vuestra responsabilidad.

—Para ello tengo cien mancebos escogidos y todos valientes, fieros en la batalla —respondió con orgullo Velázquez de León—. Los he seleccionado entre la gente de Castilla, la gente de Aragón…

—Primero irán dos mil soldados de Tlaxcala a la vanguardia —dijo Cortés, señalando un mapa de los que solían pintar los artistas de Tenochtitlan—. Vosotros, Sandoval, Domínguez y Saucedo, me han de ir protegiendo, pues yo porto la propiedad del rey nuestro señor. La retaguardia, con miles de hombres estará formada por los guerreros de Tlaxcala y los ha de guiar el capitán don Pedro de Alvarado.

Todos al unísono aprobaron el plan de fuga. Antes de terminar el Consejo de Guerra, Cortés agregó con energía:

—Aguardad, os tengo una última recomendación, no quiero prisioneros y debéis de rematar a los heridos. —Y moviendo la espada, dijo: —¡A matar, siempre!

En el interior del palacio se acentuó la expectación. Cortés levantó en silencio su bandera y murmuró:

—¡Ya...!

Se abrieron las puertas improvisadas que los castellanos habían construido con los grandes portales del palacio de Axayácatl. Un grupo de guerreros de Tlaxcala se asomó y fue rápidamente destruido por los aztecas que estaban al frente. Las puertas se volvieron a cerrar. Dos minutos después, desde lo alto de las azoteas, fueron lanzados hasta el centro del palacio de los castellanos, los cuerpos sin cabeza de esos primeros treinta hombres de Tlaxcala que intentaron salir. Los soldados de Castilla se miraron los unos a los otros.

En ese instante, se le anunció a Hernán Cortés que dos guerreros aztecas querían hablarle, lo cual produjo una expectativa entre los capitanes. Los recibió en uno de los salones; los dos guerreros ingresaron armados y custodiados por tres alféreces. Cortés hizo señales a Marina para que se acercara y le sirviera de traductora, pero un guerrero azteca dijo en perfecto castellano:

—Dejadla de lado, ya no la necesitáis, hemos aprendido vuestro idioma...

—¿Cómo lo habéis logrado?

—Habláis como un perro... es fácil.

Cortés recibió el insulto impasible. Uno de sus capitanes sacó la espada, pero Cortés lo detuvo.

—Calmaos, capitán Alvarado, recordad que les protege la bandera de la mediación. —Preguntó luego al guerrero, que parecía ser el más; joven y hablaba en castellano–: ¿Qué deséais?

—Mañana os vamos a cortar la cabeza a todos... —¡Impertinente, habláis a capitanes de Castilla!

—Hablo a los perros de Castilla... —dijo el capitán azteca con acritud— y os vengo a proponer que nos entreguéis las armas hoy... No tenéis una sola oportunidad para salir con vida, ni una sola, capitán Cortés...

Cortés meditó un momento y preguntó:

—¿Cuáles garantías nos ofrecéis?

—Que en vez de mataros mañana, os mataríamos esta misma noche...

—¿No será posible retirarnos en paz y abandonar vuestras tierras rumbo a Cuba?

—Hemos hundido todas vuestras naves y en la costa del mar ya nadie os está esperando.

—Nos espera la vida...

—Ya nadie os espera, ni siquiera la vida; ya estáis todos muertos... Os propongo que ahorremos tiempo.

Cortés se enfureció y gritó: —¡Bellaco sois y todo lo que vuestra capitanía representa! ¿Creéis que un capitán de Castilla y Aragón es uno de vuestros indios comemierda de la orilla del lago? ¿En qué comparáis a un soldado de Castilla con un buscagusanos entre las hojas del maguey? ¡Cojones nos sobran y vida tendremos de cierto para humillaros a vosotros y a todo lo que representáis, miserables! ¡Idos de aquí y decidle a esa puta de Matla y a ese comemierda de Cachamachin, o como se llame, que os vamos a marcar con nuestro hierro al rojo, en la mitad de los labios y que luego preñaremos a todas vuestras mujeres y borraremos en tal forma vuestra raza que después nadie os va a llamar sino como se llama a los perros! ¡Marchaos, miserable, antes de que os arranque la vida!

El guerrero azteca lo miro con desprecio, hizo un ademán con las manos y se marchó. Dos horas después, Hernán Cortés intentaba otra salida. Unos hombres a caballo salieron decididos a galope desde la puerta mayor del palacio, pero no corrieron mucho. A pocos metros cayeron en las trampas y fueron rematados por los flecheros de Chalco. Los caballeros que intentaban huir eran cazados por unas redes arrojadizas. Uno de los soldados vino corriendo hasta Cortés.

—Capitán, los aztecas han colocado tres cañones frente a la salida exterior, preparada por vos como segundo lugar de escape.

—¿Cañones? ¡Estáis loco!

Cortés se dirigió al lugar señalado por su soldado y vio la escena nítidamente. Al frente, varios capitanes aztecas se encontraban

próximos a tres lombardas que Cortés reconoció, habían sido robadas a la guarnición de Veracruz. Los guerreros tenían teas entre las manos. Lo que Cortés no sabía es que todas esas armas de fuego no podrían ser usadas por los aztecas ya que carecían de pólvora. Las habían puesto ahí frente a Cortés, para decirle que los aztecas también sabían manejar el trueno.

—Señor capitán, vuestro plan no funciona —dijo el capitán Juan Velázquez— estamos copados por miles de guerreros...

—¡Disparad algunos tiros de cañón!

—Señor, no tenemos blanco al frente, no hay a quien disparar. Además, esta mañana los hemos visto ensayando allá, lejos del cañón, pues saben que los tiros solamente van en dirección lineal, directos... ¡Atrapados somos, maldición!

—Hay que tomar el Templo Mayor, así los despistaremos —dijo Cortés a capitán Lugo—. Ellos no lo tienen bien defendido ya que creen que solamente pensamos en la fuga. Hagamos la guerra para adentro, en donde estas bestias no lo esperan.

La idea les pareció a todos magnífica. Puesto que no podían huir, lo mejor era atacar al azteca en el lugar donde más les haría daño, el Templo de Tláloc, el Templo de Tezcatlipoca.

—Capitán Lugo, tomad un grupo de vuestros valientes y quemadles el templo.

Pero Cuitláhuac había previsto que los castellanos, en un acto de desesperación, podían volver la guerra al interior y tenía muy resguardado el Templo Mayor, algo que los españoles ignoraban. Cuando el capitán Lugo y cien hombres intentaron subir las gradas del templo, dentro de una paz que los atemorizaba, cruzó el aire una flecha de color rojo, luego una azul y una última amarilla, que se clavó en el pecho de un soldado. En ese instante, miles de flechas empezaron a caer sobre los soldados y en tan gran cantidad que nublaba la vista de los atacantes. El capitán Lugo regresó herido con solamente diez de los cien hombres que habían intentado la acción. Gritos y gozos se escucharon en lo alto del templo. Minutos después, una fila de soldados castellanos era arrastrada a la fuerza hasta la piedra del sacrificio por una larga cuerda de mecate. Los soldados de Cortés veían la escena sin hacer nada.

—Señor —informó el capitán Lugo— han matado o capturado a casi todos mis hombres. Tres mujeres guerreras trataron de

capturarme vivo y pude huir porque les corté las manos a dos de ellas. Pero nada pudimos hacer contra la lluvia de saetas que venían desde arriba como de una nube del cielo.

—¡Deteneos! ¿Las flechas caen desde el Templo Mayor como nubes, como la lluvia?

—Así es mi capitán...

Cuitláhuac fue enterado de que los castellanos estaban arrancando todas las grandes puertas que habían fabricado para las entradas y salidas del palacio.

—¿Qué intentarán hacer con ellas?

—No sé, señor, no tienen forma de salir —le respondió Cuauhtémoc. Pronto se enteraron de que Cortés había colocado debajo de cada una de las puertas a grupos de veinticinco soldados de infantería, usándolas como escudo que los protegía de la lluvia de saetas, y empezaron a subir las gradas del Templo Mayor. La idea era genial y pronto las puertas se veían erizadas por las flechas, pero los soldados seguían subiendo y subiendo. El capitán Lugo, que a pesar de su herida no cejó en su valor, gritaba: “Uno, dos, tres, ¡arriba mis valientes!”Y a cada impulso los soldados subían una grada; los guerreros aztecas y de Chalco redoblaban su lanzamiento de lanzas y flechas.

Una de las puertas protegía a los artilleros que venían detrás del capitán Lugo, y dispararon el cañón rumbo a las paredes del Templo Mayor. Y así, paso a paso, grada por grada, después de ciento dieciséis peldaños, los soldados de Castilla y Aragón volvieron a tomar el Templo Mayor. La lucha sobre el Templo Mayor fue fiera. Los defensores eran guerreros escogidos, ya que Cuitláhuac no quería el deshonor de su antepasado Moctezuma. La pérdida del castellano fue también terrible; pero Cortés había dicho: “De acuerdo con la guerra, si tomamos el Templo Mayor, podremos cambiar nuestras vidas por sus dioses...”

De nuevo se dio la acción de los aztecas acorralados, pero en esta oportunidad no se lanzaron al canal para salvar sus vidas. Todos murieron en defensa del Templo. Victoriosos los castellanos, en la cima del Templo Mayor se dedicaron, nuevamente, a destruirlo todo. Despojaron otra vez al dios Azul de sus joyas, así como al dios Negro. Uno de los soldados le cortó a Tezcatlipoca su pierna de palo y tomándola después entre sus manos gritaba: “Un cojo menos, un cojo

menos".

Cortés sorprendió a los guerreros de Tenochtitlan con un nuevo artificio, fruto de su desesperación. Formaban unas especies de jaulas de veinticinco metros por lado, con el techo de madera gruesa, y dentro de ellas iban tres caballos y treinta soldados, más un cañón... Esa forma de salir, dentro de las jaulas, impresionó a los aztecas, pero solo por unos minutos. Pronto las jaulas que protegían a los soldados de Castilla, a sus caballos y al cañón, fueron tomadas en una lucha cuerpo a cuerpo.

Cortés se multiplicaba, estaba lleno de sangre, los brazos le dolían de cortar cuerpos con su espada. Sus soldados, valientes como ninguno, llenaron sus ojos de admiración al ver a su capitán convertido en un gigante. Estaba en todas partes, alentando a todos sus hombres. Corría sobre los heridos y se especializaba en hundir su espada en el cuerpo de los guerreros aztecas moribundos.

Señor —dijo Velázquez de León— ellos ya saben pelear nuestra guerra. —Esperemos —respondió Cortés— ellos o nosotros.

En ese momento apareció una sacerdotisa frente a las gradas del Templo Mayor de Tenochtitlan. Los soldados de Castilla iban a disparar contra ella, pero el capitán Lugo los detuvo. Era una mujer vieja y tenía rapada su cabeza. Subió las gradas y los soldados la esperaron en silencio. Pero cuando llegó arriba, no habló. Venía con un calabazo lleno de pintura roja y con un pincel se puso a pintar la cara de Tláloc y Tezcatlipoca. Después de haber pintado el rostro de los dioses, que aparecían destrozados, pintó las paredes semidestruidas del Templo Mayor con la misma pintura roja. Y, sin ser perturbada por los soldados castellanos, abandonó el lugar. Cuando le contaron a Cortés ese suceso, estalló en cólera y gritó:

—¡Imbéciles... Es también una vieja costumbre... Al pintar el rostro de sus dioses, los ha declarado muertos, y quiere decir que no son nada, han perdido su valor, ya no los podemos canjear por nuestra libertad!

Cortés les dijo a sus capitanes:

—Tomaremos la ruta de Tacuba... es la más corta y el puente nos puede ayudar... ¡Y que Santiago nos socorra!

Hubo risas y esperanza en los capitanes. Habían comprendido que los actos de valor eran sus mejores armas. Los soldados, a pesar de todo, murmuraban entre ellos.

—Para llevar el oro del rey ha escogido siete caballos y una mula... para custodiar su propio oro lleva a sus cien soldados...

—Callad —le reconvino otro soldado—, lo que es presto a nuestro corazón es que con sus ideas nos saque con vida de aquestos peligros.

—Santiago pelea a nuestro lado, ya habéis escuchado al señor capitán.

XX

Todo sucedió en mitad de una trecena. Afuera caía una neblina que jugaba al frío con la barba de los soldados castellanos. En mitad de la trecena, el tambor seguía sonando. Y sobre las horas, de las horas, de los días, hasta la mitad de la trecena, el tambor sonaba y sonaba y seguía sonando. Era un , como el viento sobre la nieve de los volcanes. Era un *tam tam, tam tam, tam tam.*

De repente, el silencio, parecía que salía del centro del lago, desde las orillas del lago, desde la lejanía del lago; como un rostro nuevo, como un rostro recién lavado en el agua de la laguna de Tenochtitlan. Ya no había batalla, ya los aztecas habían quemado sus muertos, ya habían hecho sacrificios a nuestros dioses.

Los sacerdotes llegaron y lavaron la pintura sobre el rostro de nuestros dioses amados y la borraron de cada una de las paredes, y el Templo de los templos volvió a renacer. Ya los oficiantes estaban arriba. Ya los flecheros en su lugar, ya los ballesteros aztecas, los aprendices de una nueva forma de hacer la guerra. Ya estaban Matla, Cuauhtémoc, Cuitláhuac. Ya todo estaba listo, ya las jaulas listas, ya las redes listas, ya el número de soldados castellanos que se enviarían como regalo para todos los templos; todo era cuestión de tiempo, como advirtió Matla.

Ya era la hora de la hora en mitad de la trecena. Ya el miedo estaba metido como una cuña en el corazón del castellano, del aragonés. Ya los caballos no tenían que comer, ni los hombres, ni los guerreros de Tlaxcala. Los soldados del palacio de Cortés buscaban plantas y raíces para alimentarse. Ya los caballos y los hombres se peleaban por una porción de hojas, de raíces. No había comida para el hombre,ni había comida para los perros del ejército de Cortés. Solamente estaba el hambre. Solamente estaba Cortés con su corazón más valiente que nunca y más taimado que nunca, más fiero que nunca, dispuesto a dar un paso adelante para salvar a su ejército.

Cortés tomó una bota de vino y dio un trago a cada uno de sus capitanes que escanciaron hasta la última gota.

—La la tro… pa tie… tie… ne hambre...

—Capitán —respondió Cortés— todos tenemos hambre, pero aquesta noche no se trata del estómago sino de la vida. No es tiempo de comer. Es tiempo de vivir.

Los capitanes se sintieron estimulados por la observación de Cortés. Este y Velázquez de León pasaron revista a lo que ellos habían llamado la última esperanza. Centenas de guerreros de Tlaxcala estaban junto al puente de madera de ochenta metros de largo. Había sido hecho con grandes vigas de madera y con suficiente espacio para que, sobre él, pudieran correr dos caballos. Después de verlo una vez más, Cortés dijo contento:

—¡Es un gran puente!

En el interior del palacio donde esperaba Cuitláhuac, Matla hablaba muy convencida de sus palabras.

—Esta noche han de salir… Hemos recibido las señales del humo de tabaco... esta noche han de salir.

—Y... el humo... y el aroma... ¿les ha llegado?

Matla le respondió con una risa. Toda la mañana de la mitad de la trecena, toda la tarde de la mitad de la trecena, Matla, la señora de la Guerra, buscó a cien mujeres para que hicieran tortillas, cocinaran frijoles, asaran carne por el lado de las redes de las garzas, que era donde estaba el sitio de Tenochtitlan, por donde llegaban los vientos, el lado de Tenochtitlan por donde pasaban los vientos. Y todo el día envió el aroma de la comida sobre el real de Cortés... Eso habían hecho Matla y sus cocineras. Y pidió:

—Debes permitirme, señor, que sean mis veintenas las que tomen preso al capitán Velázquez de León, el hombre que asesinó a nuestro señor Moctezuma.

—Es tuyo, señora.

Matla salió con sus ayudantes para preparar la trampa contra Velázquez de León.

Ya ellos iban tras del silencio, tras de la neblina. Ya iban los caballos con los cascos envueltos en trapos para que no hicieran ruido sobre las piedras. Ya Cortés había suprimido todo lo que sonara del cuerpo de los soldados. Estaban en mitad del silencio.

Era la noche de Tenochtitlan, porque ni una sola hoguera había sido encendida. Era una noche sin hogueras. Solamente allá, en lo alto, brillaban el señor y la señora de la Noche y más allá, los nueve señores de la noche que se reflejaban en las aguas del lago. Solamente las grandes olas, con el viento jugaban con las canoas del leñador, de las floristas, de los pescadores. Mil guerreros de Tlaxcala se hacían cargo del puente, unos al lado del madero con andamios; otros jalando con cuerdas adelante; y tres mil guerreros más que custodiaban el puente. La técnica había sido diseñada por Cortés con maestría, era necesario un puente portátil ya que todos los puentes de la calzada de Tacuba estaban destruidos. Serviría para los pasos pequeños y para los pasos largos.

Los soldados estaban contentos, y esa noche admiraban y prometían vivir al lado del señor capitán que había tenido tales ideas, no comparadas con las acciones de César, ni del hijo de Filipo de Macedonia. Cien soldados aragoneses estaban alrededor del puente y formaban una especie de salvaguarda de sí mismos, protegidos por la coraza de los cuerpos bien situados de los guerreros de Tlaxcala.

—Los guerreros de Tlaxcala —decía Cortés— pararán todas las flechas. Y si los aztecas usan los cañones, también han de parar las balas.

En el centro de cien soldados de Castilla iba Hernán Cortés, después de su gran escolta. Detrás de él, caballos con el oro del rey, el oro de la Iglesia; las mujeres hijas de Moctezuma, unas preñadas y casi en mitad de los espasmos del parto; algunos rehenes de los castellanos que también servían de coraza. Un capitán azteca había dicho a Cuitláhuac:

—El prisionero Lerma nos ha advertido que Cortés ha de buscar refugio en el cuerpo de sus prisioneros. Cortés piensa que ellos han de parar nuestras flechas y que no le vamos a disparar por no matarlos.

—Cortés y sus itzcuintlis tienen mal pensamiento... Van rodeados del aire...

Un grupo de mujeres castellanas, capitaneadas por María Estrada, iban en la comitiva, todas armadas. El puente de madera iba sobre el hombro de los guerreros de Tlaxcala; Cortés, Marina y sus prisioneros salieron. Los guerreros de Tlaxcala lograron situar el puente en el primer paso.

Matla y su gente vigilaban el puente; sobre él, varias mujeres

pasaban en silencio. Pasó Cortés y los caballos con el oro. De repente, se escuchó un grito de mujer que en mitad de la noche dio la alarma. Debajo del puente, cuando pasaban Velázquez de León y sus soldados, aparecieron cabezas de guerreros aztecas. De un momento a otro el puente se hundió y de la oscuridad salieron miles de canoas, que rodearon a los soldados de Velázquez de León... Adelante, un grupo de guerreros aztecas atacaron el batallón de Topiltzin y quedó copado. Cortés luchaba como un coyote con hambre sobre las sierras del invierno, se multiplicaba, hasta que un guerrero le quitó la espada. Cinco hombres lo agarraron por la cintura y los pies, y con gritos de triunfo lo arrastraban. Cortés hacía esfuerzos desesperados por liberarse, pero los guerreros multiplicaron su lucha, hasta que lo inmovilizaron.

En ese momento intervinieron unos capitanes de Tlaxcala, famosos por su coraje de guerra, arrojo, y su desprecio por la vida. Detrás de los capitanes, estaba Cristóbal de Olea. Se liaron en batalla. Los capitanes de Tlaxcala trataban con desesperación de rescatar a Hernán Cortés, el cual, herido, mostraba signos de temor y no dejaba de gritar: —¡A mí... a mí, venid...! —Al final, los capitanes de Tlaxcala lograron vencer a los guerreros de Tenochtitlan y les arrebataron la presa. Olea le ofreció un caballo. Cortés montó y huyó dejando atrás a sus compañeros.

María Estrada y otras cinco mujeres de Castilla peleaban como el viento sobre el desierto, con espadas y dagas e intentaban pasar el asedio; algunas demostraban un valor insólito y morían con sus armas en la mano. También fueron muertos los rehenes, ya que Cuitláhuac había dicho: “Son viento”.

Desde las azoteas, las muchachas de la Escuela de los Guerreros lanzaban costales de polvo de chile sobre los soldados castellanos, que tosían, se secaban los ojos y morían de esa forma. Desde mil azoteas dejaban caer paja que, en el mismo aire, encendían con flechas prendidas. Era como si del cielo, sobre el ejército de los castellanos, lloviera fuego.

Adelante, Hernán Cortés se había detenido ante un puente destruido. Pero las aguas estaban bajas e intentó atravesarlas con su caballo y la escolta. Centenas de guerreros de Tlaxcala formaban la escolta de Cortés y cuando los mataban o herían los aztecas, al momento otro grupo numeroso de guerreros hacían guardia alrededor del capitán de Castilla. Sobre el lago había miles de guerreros de Tlaxcala que habían muerto ahogados, pues ellos no eran gente de nado, no eran gente de aguas, no sabían de las batallas dentro del

agua, no sabían nadar. Desde sus canoas, los aztecas los atravesaban con sus armas. Los caballos se retorcían en su agonía, y los gritos de ambos se precipitaban y ya no había silencio, solo muerte, el grito de la muerte.

—Haced otro puente... —dijo Cortés y dio una orden que rápidamente fue acatada por sus capitanes.

Empezaron a arrastrar los cuerpos de los muertos y de los heridos y con ellos hacían un relleno, sobre el que pasaban los caballos, las mujeres, algunos capitanes, la gente de Iglesia y también su oro. En el camino perdieron caballos, cañones, guerreros, soldados. El capitán Pedro de Alvarado estuvo a punto de ser capturado por una veintena azteca y tuvo que dar un brinco sobrenatural para salvarse. Los soldados que venían cargados con el oro fueron los primeros en caer. Horas después, casi todos los soldados de Castilla estaban muertos o prisioneros.

—Contadlos y agrupadlos presto —gritó Cortés que ya estaba a salvo al otro lado de la calzada de Tacuba.

—Señor, señor, oh mi señor capitán ya no hay nadie a quien contar... —¿Qué decís? Digo que la batalla mengua... contadme a mis valientes y agrupadlos...

—Señor capitán, ya no hay castellanos para llenar el frente de los caminos... ya no hay nadie a quien reagrupar... ya hemos perdido esta batalla... ¡Ya somos muertos!

En el otro campo, los aztecas dejaron de pelear. Cuitláhuac levantó la bandera de la victoria. Alguien le había informado que el capitán Topiltzin estaba prisionero. La guerra había terminado. Sobre las aguas del lago flotaban los cuerpos de guerreros tlaxcaltecas que chocaban los unos con los otros, ahogados; las olas jugaban con ellos, ya iban, ya venían.

Desde la azotea, parada en una de las tantas casas del camino, en la calzada de Tacuba, Matla adivinaba la silueta de la gente guiada por Velázquez de León. Había voces que le informaban dónde iba, por dónde cruzaba la culebra del puente que se movía por la ciudad de Tenochtitlan. Matla estaba armada con una espada toledana y, sobre su espalda, portaba arco y carcaj con muchas flechas. A su alrededor estaba una veintena muy especial, señoras y señores Coyote, Águila, Ocelotl, Jaguar. Después se le informó que los castellanos caían en las trampas, morían sus caballos, ya sus capitanes eran capturados.

La furia de los tambores estalló sobre la quietud de la noche. Topiltzin también respondió al ruido de tambores y cornetas, hasta que un rato después, callaron. Los músicos tenían que defender sus vidas. Todo era confusión y odio. El aire era un grito de heridos que se podía cortar con el filo de una espada toledana, con el filo de una espada de obsidiana.

Matla dirigió la mirada a un grupo de guerreros que brincaban una azotea a otra siguiendo la silueta de los soldados de Castilla. Le habían informado que algunos grupos de soldados también llevaban puentes, pero no tan grandes como el que guiaba el batallón de Velázquez de León, que a cada instante perdía soldados, pero no por el ataque de Matla. En el mismo instante que los guerreros de Tenochtitlan mataban a los portadores del puente, otros tomaban su lugar. Los guerreros de Tlaxcala sabían que el puente era su vida... ellos no sabían nadar.

Velázquez de León estaba en su mejor época; cumplía treinta y seis años. Era tartamudo como Pedro de Alvarado, pero solo en los momentos de peligro. En silencio, viril, siempre estaba al frente de su tropa. Matla hizo una pregunta a la mujer que durante los siete meses de la estancia de Topiltzin en la ciudad de Tenochtitlan había sido su esclava y que días antes se había fugado. La mujer, vestida con el atuendo del águila, respondió a Matla todo lo que le preguntaba.

Velázquez de León gritó:

—Apresuraos, sois el alma y la victoria de nuestro ejército, ya que en vuestra labor va la vida de todos.

—Capitán —advirtió un soldado— hemos notado que los infieles tratan por todos los medios y aun a costa de sus vidas de capturarnos sanos y salvos...

—Sí, sí, es la intención de ellos —dijo otro con miedo— seguramente quieren vengar la muerte del señor Moctezuma, de esta no hay salvación.

Velázquez de León miró con desprecio al que tal dijo y gritó: —¡Ya no podemos escoger... adelante hasta la victoria!

La noche estaba llena de canoas, miles de ellas manejadas por muchachos y muchachas, en tanto que guerreros y guerreras, de pie sobre ellas, luchaban.

—¡Adelante Santiago y cierra España! —gritó Velázquez de León

—. ¡A Tacuba!

—Ya no habrá Tacuba para ti... —respondió Matla, quien se hizo repetir por su compañera, luego, elevó la voz y, en castellano, gritó: —¡Vuestro Dios ha muerto... ha muerto... ha muerto! —y mostró un cuadro de la Virgen María que les había sido robado. La guerrera que la asesoraba le advirtió en idioma de Castilla:

—Los bárbaros no hacen caso de sus dioses cuando van huyendo. Un momento después, los guerreros de Tlaxcala terminaron de colocar el puente sobre la calzada de Tacuba. Desde las azoteas, guerreros y guerreras de Tenochtitlan se lanzaron a las aguas del lago, Matla entre ellos. Nadaban entre sombras, junto a sus guerreros. Cuando los tlaxcaltecas terminaron de poner el puente, pasaron Cortés, las mujeres, los sacerdotes y los caballos con el oro. Debajo del puente, Matla y sus guerreros tomaron posiciones claves. Los guerreros de Matla formaron una pirámide bajo el agua, unos sobre otros, hasta alcanzar el puente, y lo ataron con mecates gruesos, del tamaño de un brazo. Otros nadadores, también con cuerdas, se distribuyeron estratégicamente debajo del puente. Un grito especial era el aviso para Matla. Los guerreros jalaron de las cuerdas y el puente cayó al agua. La multitud de canoas que esperaban y que se lanzaron sobre los nadadores era impresionante. Velázquez de León, que nadaba con la espada en alto, gritó:

—¡No os separéis, uníos, uníos...!

Matla subió a una de los centenares de canoas que trataban de acorralar a los castellanos sin herirlos. Los guerreros de Tenochtitlan lanzaban insultos contra los nadadores de Castilla que trataban de esquivar la embestida de las canoas acercándose a la orilla del lago. La mayoría se sujetaba al madero que minutos antes había formado parte del puente. Los aztecas mataban a los guerreros de Tlaxcala, que también iban asidos a los maderos, pero no herían ni mataban a los soldados de Castilla. El mismo soldado que lo había advertido, gritó a Velázquez de León:

—¡Os lo dije, nos quieren vivos!

Unas canoas fueron atadas al gran puente de madera y lo arrastraban hasta la orilla con todos los soldados castellanos, aferrados a él con una mano; en la otra, llevaban la espada lista para rechazar cualquier ataque, que no se presentó. Los remeros sencillamente jalaron el gran tronco como un panal de abejas, y lo llevaron hasta uno de los palacios. Ya no quedaba ningún guerrero de Tlaxcala con

vida. Los guerreros de Tenochtitlan dejaron a los castellanos en la orilla de la laguna, frente a los escalones del palacio. Estos se sentían acorralados, pero se mantenían firmes ateridos del frío, pero valientes. Poco a poco fueron dejando el madero y se agruparon en las escalas; y ya fuera del agua, se reunieron, listos para defender sus vidas.

Matla se presentó sobre una canoa con sus ropas de guerra secas, había cambiado de vestido. En sus labios tenía un pito de cañuelas. Desde su cuello, en una cadena de oro, pendía un tamborcillo. Centenares de soldados aztecas estaban listos al menor gesto de Matla, para caer sobre los prisioneros. Velázquez de León distribuyó a sus soldados, al tiempo que les decía:

—Son muchos, pero por cada castellano muerto deseo que matéis a diez de ellos...

Matla dio una orden en voz alta, que los castellanos no entendieron; tocó el pito y lentamente fue golpeando el tamborcillo que le pendía del cuello. Todos los aztecas dieron un paso adelante con sus espadas de obsidiana en alto. De nuevo tocó Matla y los guerreros aztecas dieron dos pasos, cargando contra los soldados de Velázquez de León, que retrocedían subiendo las gradas que los llevaría hasta las puertas del palacio hechas por los mismos castellanos para defender el sitio como una fortaleza. Quedaron de espaldas a la gran puerta del palacio, y frente a ellos, los aztecas apuntaban sus armas, pero sin disparar. Los soldados estaban listos, dispuestos a entregar la vida a un precio muy caro.

—No vida por vida... ¡Vida por vidas, no lo olvidéis! —repetía Velázquez de León al momento que daba pasos atrás, con el arma en ristre. Las puertas del palacio se abrieron jaladas por grandes sogas.

—Quieren que entremos —murmuró un capitán...

—Resistid, resistid, no entréis —grito Velázquez de León. Un soldado corrió hasta donde estaba Matla, se hincó y gritó:

—¡Señora quiero vivir, quiero vivir...!

Otro soldado castellano, que apuntaba la ballesta contra el cobarde, fue atravesado por una saeta. Matla miró al hombre a sus pies y no dijo nada. Un soldado apuntaba su arcabuz contra el pecho de Matla, pero el arma no disparó, la mecha estaba mojada. Otro más intentó huir; sus compañeros le iban a disparar, pero Velázquez de León dijo:

—Dejadle con su miedo... ¡Que el diablo se lo lleve!

Matla lo hizo regresar al grupo, y continuó tocando el tamborcillo. Llegó un momento en que ambos grupos estaban a cinco metros uno de otro. Los soldados de Castilla escogían con la mirada a sus víctimas de más rango antes de morir. Velázquez de León estaba frente a Matla, a tres metros de distancia. La mirada de Matla lo midió con diferencia, como se suele mirar a uno de los gusanos del maguey.

—¡Entrad al palacio, presto! —ordenó el capitán y todos le hicieron caso. El último en ingresar, siempre caminando para atrás, fue el capitán Juan Velázquez de León. Cuando traspuso la puerta, esta se cerró con un gran golpe.

Ante Matla se presentó Tozquentzin, segunda señora de la Casa de las Guerreras. La acompañaban guerreros Coyote y Águila. Toda su indumentaria denotaba que habían tenido una enorme lucha. Ella misma estaba herida en una pierna y caminaba con dificultad.

—¡Todos fueron capturados! —informó Tozquentzin. —¿También los perros?

—Los perros y sus iguales, ¡todos!

Matla siguió a Tozquentzin, que la condujo a un patio exterior del palacio. Al frente de la escalera del palacio había una jaula de madera y dentro de ella toda la jauría devoradora de hombres, parte importante del ejército invencible de don Carlos I de España y su madre doña Juana. Había también otra jaula con veinte soldados, algunos heridos y otros humillados.

—Que los perros no reciban alimento alguno en cinco días... –dijo Matla a Tozquentzin. Después miró la jaula donde estaban encerrados los perreros con su sargento jefe y cruzó una mirada de inteligencia con la segunda señora de la Guerra...

—¿Cuál fue su comportamiento? —preguntó Cuitláhuac a Cuauhtémoc.

—¡Valiente, como un guerrero de la luna!

—¿Cuáles fueron sus palabras?

—Le di gracias por sus servicios para con México Tenochtillan...

Estaba sereno. Me entregó este rollo con su escritura y dijo: “En el real de Cortés tengo un primo que lleva mi nombre, capitán Lerma... Cuando haya pasado esta lluvia de fuego que hacéis a nombre de vuestros dioses, buscadle y si aún vive, decidle que mi madre tiene una casa solariega junto a su padre”...

Le dije que podía escoger la forma de morir toda vez que sus servicios ya no eran útiles... sonrió con tristeza y me respondió: “Quiero morir de pie, de cara al sol, como un soldado catalán...”Y de un tajo, con mi espada de obsidiana, le corté la cabeza.

—He sabido que cerca de Topiltzin está un capitán llamado Rodrigo de Castañeda... Hace el papel que tenía la lora de Malintzin antes de que se enamorara de su sobrina y la hiciera de lado... ¡Búsquenlo... es una buena lengua, y mátenlo!

—¿Y ahora? —preguntó un soldado.

—Ahora sabrá esta perra india cómo vende su vida un soldado de Castilla —respondió el capitán Velázquez de León con una gran seguridad en sus palabras.

El interior del palacio era hermoso. Los pisos de mica brillaban y sobre su limpidez se calcaba el reflejo de la fuente... Era una fuente de las primitivas de Tenochtitlan, del tiempo lejano en que los ingenieros crearon una montaña para levantar un río, hicieron una represa y desde lo alto, en pequeños tubos de cerámica, lograron llevar el agua hasta todos y cada uno de los palacios construidos por Moctezuma Ilhuicamina, el gran Flechador del Cielo; el señor Tlatoani, el primero en llevar las conquistas desde Coyohuac hasta Xiuhcoac, y desde Tamapachco hasta Huaxyacan; y sobre el que los poetas escribían llenos de admiración cuando bailaba en el mercado con los guerreros que regresaban del triunfo desde las fronteras mexicas...

Cuitláhuac, el señor de la ciudad situada en la región de las nieblas, vecina de Chalco, había planeado la acción junto con Matla y la indicó.

—Después todo será así y así...

—¿Y después? —le preguntó Matla.

—Así y así...

Hasta el palacio habían llegado servidores desde lejanas tierras para hacerle ofrenda al señor de México, Moctezuma Ilhuicamina; los elotes endulzados, los canastos de rosas, los cueros del venado, las garras del jaguar. Alrededor de la alberca llena de peces de colores, estaba el baño de agua caliente; y más allá, los árboles frutales y bellas enredaderas. Hermosas flores de girasoles seguían la ruta del astro Señor de los señores; y la más hermosa entre todas las flores, la enviada de la Luna, brillaba en las esquinas con todos los aromas de azahar. La fuente de los peces era alimentada por una cascada pequeña, también decorada con ladrillos de colores; y muchas flores se enredaban en las paredes, cerca de las palmas enanas.

Juan Velázquez de León distribuyó a toda su gente con sumo cuidado y preguntó a uno de sus capitanes:

—¿Cuántos?

—Somos setenta y ocho, capitán...

—¿Armas?

Algunas ballestas, pocos dardos; algunas lanzas; arcabuces con la pólvora mojada y nuestras espadas.

El capitán Velázquez de León sintió un dejo de desaliento por el informe.

—¡Y nuestro coraje! ¿Habéis hecho el plan de defensa? — Imposible señor, solamente veinte hombres están en condiciones de pelear.

Velázquez de León miró a los soldados. La mayoría de ellos habían perdido sus armas en las aguas del lago o los guerreros aztecas se las habían quitado con los mismos lazos que usaban para cazar las garzas de la laguna... Estaban aporreados, ya que cuando intentaron algún esfuerzo para defenderse fueron golpeados por las armas de los aztecas. Creyó necesario elevar el ánimo y dijo:

—Sois los soldados del rey... somos los soldados de nuestra reina; somos los vencedores del moro; los mismos que tendimos un puente a los soldados de la Media Luna que durante ochocientos años habían humillado a los pueblos que hoy reinan nuestras Españas. Somos los mismos que fuimos a la deriva siguiendo la estrella del Gran Capitán del mar con Cristóbal de Colón; nosotros tendimos el puente desde el Alcázar de Sevilla para que saliera el último de los infieles de la Medialuna... Nosotros somos los enviados de Dios, nuestro señor

Jesucristo... Mas agora estamos atrapados por estos infieles. Atrapados, pero no derrotados. Las armas yacen en nuestras manos y Dios nuestro señor está de nuestra parte. Hemos llegado aquestas tierras de hombres y mujeres sin alma, como mensajeros de Jesucristo y de nuestra santa madre, la Iglesia Católica, Apostólica y Romana...

Nosotros los soldados de Castilla y Aragón, quiéranlo o no estos miserables, somos el futuro de esta gentuza... ¡Nosotros somos, vive Dios!, ¡el hoy de Castilla...! Lanzó una mirada de aprobación sobre todos los rostros reconfortados por su arenga y terminó diciendo:

—Mantenemos en alto las armas que han dado gloria a Castilla y Aragón doquier que uno de nuestros soldados ha puesto sus plantas... No dudéis, además, de que nuestro capitán Hernán Cortés ha de venir para rescatarnos...

Cuando el capitán Velázquez de León terminó su arenga, allá arriba, sobre uno de los muros, un muchacho empezó a tocar una flauta...

Al capitán Velázquez de León le parecía que ya habían pasado muchos días, muchos meses, muchos años, casi una eternidad. Arriba, en ese instante, como ayer, como hace días; el muchacho de la flauta seguía tocando; como si fuera uno solo. Como si no fueran tres o cinco que se turnaban para pasearse ante la mirada de los castellanos y tocar y tocar la flauta, siempre con un acento de gemido, de tristeza, de canto que salía como desde el fondo de un cántaro de agua.

El capitán Velázquez de León recordó que, en el barrio de la Santa Cruz, en la puerta principal del Alcázar de Sevilla, debajo de los balcones sembrados de claveles en primavera, por esas callecitas caracoleantes de hombres de capa y espada, de monjes trasnochados y de mujeres que lucían peinetas altas y mantillas de seda bordadas: ahí, escuchó una vez a un ciego tocar una flauta. La tocaba siempre, de noche y de día. En las noches después del grito del sereno, el hombre, que nunca supo si era viejo o joven ya que lucía encapado, tocaba su flauta. Entonces no era el capitán Velázquez de León sino el pariente lejano de un futuro capitán de Cuba, que había llegado hasta las oficinas de la Casa del Consejo de Sevilla para pedir licencia y habitar las nuevas tierras del ensueño. Había presentado sus papeles como cristiano viejo de los famosos Velázquez de Sevilla, y esperaba. Esperaba rondando las tascas y bebiendo un mal vino, un pan seco y un queso amargo. Como no era rico en dineros, tenía que dormir a

veces en las chalanas que se hamacaban sobre las aguas del río Guadalquivir... ¡Ah, Sevilla, la patria tan lejana en esta noche y al mismo tiempo tan cerca!

Estaban junto a él otros compañeros de la ilusión. Antiguos pescadores de Cádiz. Prófugos mediterráneos de la piratería. Humildes pregoneros de naranjas. Hombres que hacían todo lo posible para que su pasado gitanil e incierto pasara inadvertido ante los arcontes de la Casa de Sevilla. Recolectores de naranjas, esos pedazos de sol que enseñaron los árabes a sembrar donde quiera que existiera un risco, una peña, un puñado de arena. Muy antiguos buhoneros del Tajo; y también diestros cosechadores del olivo...

"Seréis un gran capitán de Castilla" le había bendecido su madre cuando le despidió en aquella mañana brumosa cerca de la Puerta del Oro. Después del beso en la frente le dio un rosario... y un frasquito con agua bendita de nuestra señora, la Madre de Andalucía. "Seréis un gran capitán de Castilla" cosa que cualquiera cree a los dieciocho años... lo sigue creyendo a los veinticinco; y lo termina por creer cuando se tiene más de treinta años... Y recordando la promesa repitió a sus compañeros:

—¡Vendrá, os lo aseguro! —Pero ya ni él mismo tenía fe en esa promesa hecha a nombre del capitán Hernán Cortés...

Habían pasado varios días y esa maldita flauta no dejaba de chillar... En la fuente ya no quedaban peces...Ya no existían las hojas de los árboles, ni sus raíces, los árboles perecían ajados. Los hombres estaban descalzos, ya no tenían guantes: las espadas no tenían vainas de cuero de Córdoba... Todo el cuero había sido comido, devorado; hasta las reatas, hasta las faltriqueras. Y cuando ya no tuvieron qué comer, royeron las propias uñas de sus manos, de sus pies.

—El capitán Cortés no ha de venir... —dijo en un murmullo un soldado, cuyas heridas estaban tumefactas y hedían mal.

—Vendrá, os lo aseguro...

Un soldado trataba inútilmente de pescar unos moscos que hacían ronda sobre las heridas infestas de algunos de sus compañeros... En vano, otro esperaba con ansiedad la salida de las hormigas desde un hoyo... pero ya habían pasado las horas; y las hormigas no salían... Los más, estaban tirados cerca de la fuente, indiferentes, pero con las espadas desnudas, al alcance de sus manos.

—Puede que no regresen por nosotros... ya han pasado muchos

días. —Poseemos nuestras armas...

El capitán Velázquez de León sintió algo extraño en el ambiente, tardó algunos segundos en entender; el canto de la flauta había cambiado, ya no era triste, ni largo como el hilo de una red... Era alegre, muy alegre, casi feliz. Todos los soldados elevaron los ojos ante la música del nuevo flautista.

—Es la misma tonada... —recordó un soldado.

Juan Velázquez de León también recordó que en el interior del palacio de Axayácatl, cuando Moctezuma estaba preso, más serio que nunca, obligó a este mismo flautista a que entonara esa misma tonada una y otra vez, a pesar de que Moctezuma mantenía su seriedad y no hacía caso de la música.

—Es la... la ven... ven... venganza. ¡Véolo claro!... —expresó casi en un murmullo Velázquez de León—. ¡Quién lo hubiera dicho!

Sucedió en el alba, cuando ya los soldados parecían estar cansados de esperar que las hormigas salieran de su ciudad en busca de las hojas cercanas. Todo fue violento. ¿Violento? Las puertas de la salida del palacio se abrieron de un solo tirón. Todos los soldados se agilizaron en busca de sus armas, como un solo hombre, Velázquez de León se paró frente a ellos con la espada en la mano. Lucían haraposos, hediondos, enfermos, escuálidos, de luengas barbas; pero de pie. De pie como un soldado de Castilla y Aragón.

—Esperad el ataque, esperad y acercaos los unos a los otros, espada en mano. Los que carecen de espada, estad listos a la caída de un compañero para tomar su arma. ¡Santiago y cierra España!

La puerta se abrió... Matla apareció, de primera, sin armas. Vestida con un traje verde de plumas de quetzal. Una diadema de jade le cubría la frente. En las manos llevaba un ramo de flores amarillas. Era seguida por unas cincuenta doncellas, todas vestidas de blanco y sin armas, portando bandejas de cerámica azul y platones de colores de los que Oaxaca mandaba cada año como tributo a Tenochtitlan. Sobre las bandejas había chompipes, frijoles, tortillas, jícaras de atole con miel, tazones con chocolate endulzado... platones de chile verde, y —¡Dios de dioses!—, el amor de la glotonería entre los hombres de Castilla y de Aragón, perros asados envueltos en miel.

Los ojos de los soldados se desorbitaron, miraban y el objeto de su mirada les parecía imposible. Pero ahí estaba Matla, regia en su belleza y nada en ella hacía pensar en la señora de la Guerra. Se

acercó sin importarle que los castellanos apuntaran hacia ella sus espadas. Se acercó hasta donde se encontraba el capitán Juan Velázquez de León y depositó ante sus pies una jícara llena de flores amarillas y un ramo de plumas de garza. Una muchacha de enaguas rojas y desnuda de la cintura para arriba le lanzó un poco de polvo de tiza. El capitán esbozó una sonrisa. Matla y sus cincuenta mujeres se retiraron después de haber depositado los alimentos a los pies de los castellanos y la puerta se volvió a cerrar, pero ahora tenuemente. Los soldados se precipitaron sobre los alimentos y empezaron a devorarlos. Primero con cautela, y después, en forma desaforada. En tanto los castellanos reían, se lanzaban bromas, comían a manos llenas, se tiraban unos a otros pedazos de carne. En ese instante, la pequeña cascada que alimentaba el centro de la fuente dejó de correr. Los soldados estaban ahítos, pero satisfechos y sonrientes. Les había regresado la esperanza de vivir... pero...

—Capitán... ¿no os parece que aquesta comida tenía mucha sal? —observó un soldado.

Todos se sorprendieron de no haber notado lo cargada de sal que estaba la comida. Velázquez de León volteó a ver la cascada y notó que se estaba secando. Ya no corría el chorrito que venía desde el tubo de cerámica. Observó que a la fuente se le había quitado el tapón que mantenía el agua y esta se precipitaba formando un remolino. Velázquez de León se quitó la camisola y corrió hasta el centro de la fuente para tapar el hoyo y evitar que el agua saliera. Pero fue inútil, cuando se tiró dentro de la fuente, ya el último chorro de agua se iba de sus manos y se sumía en el caño. La fuente quedó seca. Velázquez de León volvió a mirar a la azotea, donde el flautista había dejado de sonar su flauta. El capitán y sus soldados de Castilla y Aragón se miraron los unos a los otros...

Cortés estaba de pie. Levantó los ojos y miró por turno el informe que le daban sus capitanes.

—Solamente veinte de a caballo se han salvado.

—De los caballos ya no quedan ni diez.

—Se ha perdido todo el tesoro.

—Se perdió la pólvora, arcabuces, trabucos y las ballestas. —Por una gracia de Dios, los infieles no lograron hacer disparar los cañones, si tal hacen, mal nos fuera.

—¿Mal nos fuera? ¿Es posible peor mal sobre la tierra?

Cortés se llevó una mano a la cabeza en donde tenía una herida. —¿Cuáles nuestros recursos y cuántas nuestras pérdidas? —Recursos... muy pocos... Han muerto o fueron capturados ochocientos sesenta soldados de los mil trescientos que éramos... Han capturado noventa y siete caballos... Cinco de nuestras mujeres murieron peleando como tigresas... El ejército de nuestros amigos cuenta con más de diez mil muertos... Hemos perdido todas las armas y solamente quedan las espadas y alguna que otra lanza.

Cortés se sentó, puso la cabeza sobre las rodillas y musitó: —Todo se ha terminado...

—Señor, mañana han de atacar y no podremos resistirlo. Cortés se levantó, miró a sus capitanes... Sandoval, Morla, los hermanos Alvarado y Rodrigo Castañeda, que pasó una hora interrogando a tres prisioneros antes de que Cortés los enviara a que les dieran garrote. Y ante la mirada atónita de ellos empezó a llorar, con llanto de mujer que va a parir...

Tres de los capitanes de Tlaxcala que se encontraban en la estancia, se quedaron sorprendidos al ver la forma de llorar de Hernán Cortés.

El ejército de Castilla y Aragón estaba derrotado. Ese fue el día de la alegría de Tenochtitlan que seguirá contándose en tanto una luz brille en lo alto del universo. Ese fue el día que siguió a la noche de la derrota. El día de los muertos. De Cacamatzin, hijo de Nezahualpilli, nieto de Nezahualcóyotl. Del señor de mar a mar, Señor de señores, Moctezuma, Tlatoani de México. El día en que el defensor de Tlatelolco cerró todos los caminos para que no salieran los capitanes invasores. El día en que, con sus propias manos, los guerreros de Cuitláhuac tomaron por asalto a los artilleros del mejor y más dotado ejército del mundo, el ejército de Castilla y Aragón. Y ese fue el día de Matla, Agua Azul, señora de la Guerra. Salieron los corredores de la Casa del Día para pregonarlo por todas partes. Ese fue el día de días. El día de México Tenochtitlan. El día de la vergüenza para Cortés. El día de la humillación. El día de la venganza. El día de la miel. El día del día.

Después de la noche de Topiltzin, había llegado también la noche de los itzcuintlis. La hora del perro sobre la gran ciudad de

Tenochtitlan parecía haber llegado a su final. Ya los guerreros tenochas componían danzas nuevas para contar sus acciones. Ya los cantos. Ya las oraciones. Ya la alegría. Ya las horas felices.

Como la palma de la mano acariciando suavemente el rostro de la laguna en Tenochtitlan, pasaba la bruma y se levantaba el alba y un sol llameante en el horizonte. Era el mismo sol que dibujaba sombras sobre el espejo de la laguna, objetos; caballos muertos que flotaban. Inertes, hamacados por las olas, se veían miles de guerreros de Tlaxcala. Ellos, los grandes guerreros de Tlaxcala, que nadie contó el día de la derrota. Ellos, los valientes guerreros de Tlaxcala que nadie contó en la historia de las batallas perdidas, de las batallas ganadas. Y llevados por el viento, flotaba uno que otro soldado castellano.

En lo alto del Templo Mayor un grupo de sacerdotes daban palmas sobre la panza de los tambores. Allá abajo, frente al templo de Quetzalcóatl, había una enorme cantidad de jaulas de madera en cuyas entrañas estaban encerrados soldados, alférez, sargentos, capitanes de Castilla. Uno de ellos preguntó a un capitán herido:

—... y... ¿qué nos depara el destino?

El capitán castellano le sonrió tristemente como toda respuesta, volviendo después a mirar la cúspide del Templo Mayor, en donde los sacerdotes preparaban las piedras para los sacrificios.

Sobre la laguna, miles de canoas se dirigían a tierra firme por los caminos de Chalco. Todas las canoas, manejadas por las muchachas, iban repletas de guerreros. Y aquí y allá mujeres seguidas por sus niños que en silencio buscaban a sus guerreros muertos en la batalla de la noche anterior. Un grupo de guerreros en formación caminaba por la calzada de Ixtapalapa, que apresuradamente habían remendado los ingenieros para permitir el paso. Las mujeres médicas curaban a sus heridos en hospitales de campaña. La huella de la destrucción era ostensible por todas partes. Un grupo de niños guerreros conducían una fila de cien tlaxcaltecas heridos, que iban atados por una sola cuerda. Los guerreros llevaban el rostro lleno de alegría pues sabían que dentro de algunas horas serían la más hermosa ofrenda para los dioses de Tenochtitlan.

Venían en formación hombres, mujeres, procedentes de los barrios de Tlatelolco. Banderas de papel, donde se habían impreso oraciones de alegría, flotaban por todos lados. Gritos de felicidad. Las

chiquillas de once años iban vestidas de amarillo, como viudas alegres. Y las mujeres con la cabeza llena de ceniza por los guerreros que ya nunca más habrían de volver.

◆◆◆

XXI

Era un valle extraño. El viento soplaba con amagos de huracán y hacía remolinos con las plantas del maguey y las ramas de los pirules. Allá lejos, por todos lados, las montañas; y desde todas las montañas se elevaban al ciclo soplos de humo de colores. Eran los mensajes de los escuadrones que cerraban todos los caminos posibles para salir del valle. Del gran Valle de Otumba.

Hernán Cortés caminaba lentamente apoyado sobre muletas improvisadas con varillas del pirul. Una larga fila de soldados españoles caminaba con dificultad. Se ayudaban los unos a los otros. En el camino quedaron algunos pidiendo inútilmente un trago de agua. Cortés se detuvo de repente y tomó asiento encima de su desaliento. Giró la mirada a trescientos sesenta grados y vio las señales de humo de colores por todos lados. Estaban copados en el centro de un valle, el gran Valle de Otumba. Algunos de los soldados llevaban algo de oro y eso los consolaba. Hernán Cortés exclamó:

—Muchos han muerto... La historia ha de juzgarnos diciendo que los hemos dejado olvidados, que no supimos ser hombres, que no supimos socorrerles.

—Hubiera sido nuestra muerte... ya nada era dado hacer.

—¿Lo creéis así, capitán Alvarado?

—Así mismo capitán...

Llegaron hasta una parcela y se llenaron de alegría al ver que estaba sembrada de ayotes, los que empezaron a devorar para mitigar la sed y el hambre. Miles de guerreros tlaxcaltecas seguían caminando en los flancos del ejército de Castilla, como siempre, sirviendo de coraza.

—Hoy será nuestro día postrero... —dijo Cortés.

—Hoy no, señor, siempre ha de haber un día, un último día en el mañana...

—No así cuando el mañana es hoy y el ayer una carga dura para

el corazón del soldado.

—Es que mañana es... —intentó decir Alvarado, dejando la frase incompleta.

El hombre cruzó a carrera llena el pueblo de Oztotipac, el lugar donde habitaban los osos; donde los hombres habían vivido en cuevas desde el tiempo de los tiempos; donde la tierra era roja; rojas las cuevas, rojos los caminos, rojos los adobes de las casas; y rojas las huellas del oso cuando sorprendían a una persona indefensa. El hombre siguió su carrera en mitad del valle sembrado hasta el pie del cerro con mezquites; y de magueyes, hasta el horizonte mismo. El hombre que cruzó la tierra roja de Oztotipac era un correo. Debajo del brazo llevaba unas tablas. Dio un brinco, y en un momento se encontró en el centro del mezquital. Todo estaba cerrado. Ya no había caminos. Ya no había tierra roja. Ya no había cuevas. No había caminos para entrar ni para salir. Miró en todas direcciones y no distinguió huellas, como si la gente de Oztotipac se hubiera borrado con el viento. Se detuvo y tocó un pito de cerámica que le colgaba del cuello, que hacía un ruido estridente, como imitando el canto de un pájaro del mezquital, de los que comen gusanos, de los que llevan la miel de las flores, de los pájaros de Oztotipac. Tocó el pito y lo volvió a tocar.

Desde el fondo del mezquital se elevó una bandera y otra. Eran de color amarillo. Otras más aparecieron. El hombre se dejó ir en dirección al sendero que le señalaban las banderas. Ya había adivinado, ya sabía que cada mata de mezquite era un guerrero escondido. A veces corría en un rumbo sin banderas y cuando ya estaba próximo a una pared de magueyes, de nuevo se levantaba una bandera que le indicaba otro sendero, y el corredor siguió así hasta llegar al pie del cerro. Era un cerro enorme, todo sembrado de magueyes. Desde ese lugar, hacía lunas y lunas y lunas de lunas de años, los primeros habitantes de Tenochtitlan habían venido durante la noche para robar las piedras y hacer basamentos para su ciudad. De eso hacía muchos años, cuando solamente sobre las aguas del lago de Texcoco flotaban los tulares mecidos por el viento y el mosco hacía su nido, y ni siquiera la gente chichimeca lo cruzaba con sus canoas porque tenían miedo a los vientos. El cerro era Teotihuacan y en la cumbre los guerreros de Tenochtitlan habían armado un campamento. Arriba estaban los hombres y las mujeres que hacían esta guerra contra los bárbaros come-anonas. El correo, el hombre de la Casa de los Corredores, entregó las tablillas en cuyo centro venía un libro

pintado que el jefe leyó.

—Topiltzin y su gente estarán en el centro del valle de Teotihuacan dentro de tres cantos del caracol.

La muchacha guerrera no tendría más de diecisiete años. Era la que mandaba a un grupo de muchachos de entre los ocho y dieciocho años de edad. Todos estaban trabajando en Teotihuacan, en la cúspide del cerro. Todos se empeñaban en acarrear leña para avivar una hoguera.

—Más chile —dijo una niña.

Ante la orden, un grupo de muchachos se acercó con cargas de chiles rojos y los desperdigó sobre la leña, ya dispuesta para encender una hoguera.

El correo entregó a la niña otras tablillas como lo había hecho antes en otro lugar. La niña guerrera, Llama Roja, leyó el mensaje y se enteró del rumbo por donde habría de ingresar en el valle el ejército de Topiltzin.

—¡Pronto, hay que dar la señal!

Los muchachos encendieron la pira, que empezó a lanzar un humo chiloso blanco. Las niñas y sus ayudantes, muchachos aprendices de guerreros, echaban puños de un polvo de color que, de inmediato, tenía el chorro del humo. Un muchacho tosió y otro le cubrió la nariz con un trapo. Pronto todos los demás se cubrieron la nariz con una especie de bozal.

—Van camino de Tlaxcala —dijo la muchacha—, es lo que tenemos que escribir sobre el cielo...

Ellos... van... camino... de Tlaxcala.

Ellos, los cansados, los rendidos, los que caminaban con palos, los que se dirigían a ninguna parte cada día; los que alargaban las horas en su caminar. Ellos, los enfermos, los pocos, los derrotados.

La muchacha guerrera pasó su mirada sobre el Valle de Otumba pero nada logró otear por los caminos del horizonte.

Tornó la mirada en dirección a los cerros pelados, ya cubiertos de

nieve dos de ellos, que campeaban sobre el confín, en el lugar donde nacían los días. En alguna parte los capitanes aztecas esperaban estas señales de humo de varios colores que pronto se elevarían al cielo desde todos los cerros que rodean el gran Valle de Otumba.

Hernán Cortés y el resto de su ejército, paso a paso, cruzaba el tiempo. De pronto, ante ellos, estaban los campos sembrados de mezquites. Mezquites que llenaban la planicie por el centro de aquel cerro. Había muchos cerros por delante; pero en el centro de uno de ellos había un camino que ascendía en forma de caracol.

Los capitanes de Tlaxcala miraban todo, escuchaban todo, sin escuchar nada. Oteaban el horizonte con sus manos, sabían desde centenas de lunas las tácticas de los aztecas; y Cortés, terco, empeñoso e ignorante, los había conducido a un lugar que el ejército azteca amaba para las emboscadas. Pero ningún peligro se divisaba. Volaban los pájaros, chillaban, gritaban y huían a su paso. Los estrategas de Tlaxcala sabían que un valle sin pájaros era imposible, las aves huían cuando llegaba el hombre. Pero no sabían que, diestramente, los aztecas habían soltado esas aves de las jaulas donde las traían para dar a entender que el valle estaba deshabitado.

El cerro, allá al frente, tenía el camino de caracol, y el capitán Olid, con uno de los pocos caballos salvados de la tragedia, se dirigió a él. Subió hasta la cumbre del cerro y solamente distinguió los restos de una hoguera, piedras de un templo, tunas, árboles de pirul y enredaderas. Giraba sus ojos sin encontrar nada. Descendió del Templo del Sol, estaba tal y como lo habían dejado los bárbaros en su fuga de Tenochtitlan, después de la Noche del Triunfo, después de la Noche de la Alegría. Hizo una señal hacia abajo, con una bandera.

—¡Nada... nada... nada... el camino al frente está despejado!

Como creyó que no le habían entendido colocó un penacho de plumas rojas sobre su lanza, la movió al viento y repitió a gritos:

—¡Nada... nada... nadaaaaaa!

Cuando iba a descender algo lo detuvo. Desde un cerro salía una espiral de humo rojo. De otro, un humo azul. De aquel, iba subiendo hasta las nubes un humo de color amarillo. Y aquí, y allá y más allá, verde, blanco, amarillo, morado; de todos los colores y a cualquier parte que lanzara la mirada era como si los cerros estuvieran vomitando humo de colores. El capitán Olid lanzó un grito de alarma

y descendió con su caballo a galope tendido.

—Nos atacan, nos atacan...

—Todos los heridos al suelo —ordenó Pedro de Alvarado— alistad las armas... nos van a atacar.

El rostro de Hernán Cortés reflejó angustia, pero solo por un instante, al momento se repuso. Siguió con la mirada los lugares por donde aparecían las señales de humo de colores... Uno, dos, tres... cinco... diez... Pronto el cielo que rodeaba al Valle de Otumba era como una bandera de colores, como un arco iris. Y silencio. Las aves habían dejado de volar. Los capitanes subieron a sus cabalgaduras, pero no distinguían nada, solamente arbustos. Magueyes y magueyes y magueyes hasta donde alcanzaba la vista. Olid, al igual que los otros capitanes sintió que estaban copados y que se encontraban en el centro de una trampa. Ese era un valle, y ellos estaban por todos lados, pero ¿dónde?

—Señor capitán Cortés, lo presiento, lo presiento, ellos están por todas partes y en este valle no vamos a tener salida. Se nos van a lanzar encima de un momento a otro como lo hacían los moros en Castilla.

—¡Apercibíos! —ordenó Cortés.

Con suma cautela Hernán Cortés se adentró hacia el centro del Valle. Conforme pasaba el resto del ejército y los guerreros de Tlaxcala, que seguían en los flancos; disimuladamente, entre las grandes capas del maguey se veían como unas puntas de cañuelas que salían de la tierra. Eran miles de cañuelas y algunas se movían. Cuando pasaron los castellanos, las tumbas simuladas donde los guerreros se habían enterrado, se levantaban según una vieja técnica chichimeca, de modo que solamente respiraban por el tubo de la cañuela. Debajo de cada tumba estaba un guerrero, una guerrera de Tenochtitlan, pero los enemigos pasaban sobre ellas sin notarlo. Cortés, que ya se encontraba en el centro del valle, un tanto atemorizado, levantó la espada y gritó:

—¡Santiago y cierra España!

Esa era la reunión de los pueblos en Tlaxcala. Estaban reunidos en

un salón grande, largo, que no tenía el lujo de los palacios de México Tenochtitlan. Un guerrero cansado, joven, cubierto de heridas, Xicoténcatl, a quien su padre, señor de los Pueblos en Tlaxcala, Xicoténcantl el viejo, había pedido que ayudara a los castellanos desde que aquellos llegaron a los muros de Tlaxcala, informaba a los reunidos. Varios miembros de los Pueblos de Tlaxcala escuchaban el informe. Vestían diferentes atuendos acordes con la posición y región que representaban en la Asamblea.

Algunos fumaban. Unas mujeres guerreras mascaban chicle en silencio.

—Anoche fue para nosotros la noche de la huida —informaba Xicoténcatl, el joven. Para los hombres blancos fue la noche de la pena, la noche del lloro, la noche en que los dioses se olvidaron de ellos. Anoche fue la noche de Cuauhtémoc, la noche de Cuitláhuac, la noche de Matla, la noche de la envidia; sí, la envidia de parte de todos nosotros guerreros de Tlaxcala. El señor Cuitláhuac se hizo grande como una montaña. La señora Matla se hizo extensa como la orilla del lago que no termina nunca. El señor Cuauhtémoc fue alegrado por el canto del caracol, del tambor; allá, en Tlatelolco.

Muchos de nuestros soldados han muerto. Y muchos de los hombres blancos han muerto, la mayoría. Y de sus grandes venados ya no quedan más que siete u ocho, o nada.

Señores y señoras de Tlaxcala, ahora deben meditar cuál ha de ser la próxima orden... Seguir la guerra contra los aztecas es sembrar nuestra propia tragedia... Los blancos no son dioses ni saben resucitar. A veces son valientes, a veces son cobardes. A veces huyen ante el enemigo. A veces tiemblan. A veces lloran. Son hombres. Y siempre, siempre, son perversos. Todas las virtudes del hombre, todos los defectos del hombre, ellos las tienen. Les he oído decir que vienen desde una gran nación... Los he escuchado decir que detrás de ellos pueden venir miles, millones y que ya tienen grandes contingentes al otro lado del mar —miró a todos y a cada uno de los señores del Consejo Supremo y expresó—: Propongo que los abandonemos y que luchemos junto al pueblo de Tenochtitlan... En una sola noche podemos derrotarlos a todos.

Xicoténcatl había hablado. Volvió a mirar hasta el fondo de los ojos de todos los presentes y tomó asiento.

El señor de Tlaxcala, Mexicatzin, que presidía la Asamblea de los Pueblos, brindó la palabra a Chichimecatecutlil, quién se expresó

furioso.

—Sigan el consejo de Xicoténcatl y seremos conocidos como igual a los guerreros lánguidos, como niños que no saben pelear. Yo digo que por nuestra propia voluntad hemos caminado como amigos y hermanos de los blancos. Eso fue así porque este Consejo lo pidió, lo solicitó, lo mandó, y nosotros, guerreros del sol, lo hemos aceptado como bueno. Así hemos sabido luchar y morir por miles en esta guerra que por primera vez nos llevó hasta el Templo de Tenochtitlan.

Este jovenzuelo recomienda que desde un principio no debimos habernos aliado con los blancos para dar el corazón contra el terrible azteca. Pero lo hicimos y ahora es tarde para regresar. Este es un camino como los de la orilla del gran lago de los aztecas, que no termina nunca y que siempre va para adelante. Además, ¿acaso podemos olvidar tan pronto que durante cien años nuestra vida, nuestra libertad, fue pisoteada por la gente de Tlacopan, la gente de Texcoco, la gente de Tenochtitlan? ¿No ha corrido ya bastante sangre de nuestros guerreros como para saciar a los dioses de México Tenochtitlan?

Los viles se nos llamaría por todos los caminos de los pueblos si optáramos por seguir el consejo de este miserable llamado guerrero de Tlaxcala, este pobre de Xicoténcatl. —Miró al aludido y repitió—: No hay campo en Tlaxcala para los cobardes como Xicoténcatl.

Mexicatzin propuso votar. Después de una hora, el Consejo Supremo de los Pueblos de Tlaxcala acordó continuar la lucha a la par del blanco y ayudarlo más, porque mañana podrían desaparecer.

Allá, por aquella fila de árboles de pirul, estaban los montículos de lo que un día fue los templos de Teotihuacan: Todos los castellanos iban alertas, incluso los enfermos; los que habían perdido sus armas empuñaban palos y muletas en forma de arma. María Estrada se movía de un lugar a otro, no como la mujer de un soldado castellano, sino como un capitán de Aragón. Daba esperanzas a los soldados, quienes veían y escuchaban los gritos de esa mujer, cuando llegó el momento en que su capitán Hernán Cortés había perdido el eco de su voz y ya no gritaba, temblaba. Pero no había duda, esa sería la última batalla que algún día contaría la historia, en los campos de magueyes de México, sobre los capitanes de Castilla. Unos y otros se despedían, rezaban. Los sacerdotes celebraban una precipitada misa de campaña.

—*Et misa est...*

Juan Díaz bendecía también a los guerreros de Tlaxcala que ya estaban al tanto del peligro en que se encontraban. Los guerreros tlaxcaltecas oteaban el horizonte como esperando algo. En ese momento, a un lado del cerro, del cerro del Sol de Teotihuacan, se escuchó cómo cayeron unas piedras. Los soldados que estaban sanos corrieron a averiguar qué sucedía, había quedado al descubierto un túnel. Del túnel, para alegría de Cortés y su gente, empezaron a salir guerreros de Tlaxcala. Al frente de ellos venía el gran capitán Mexicatzin. Cortés se alegró. Toda la tropa se animó. Algunos se abrazaron con los recién llegados. Cortés alborozado, llorando, riendo, abrazó a Mexicatzin y besándole las manos, los pies, en forma humillante, le gritó entre lágrimas:

—Gracias señor, gracias, con vuestra ayuda ganaremos. Pedro de Alvarado, que miró lo que en ese momento sucedía alrededor de ellos, a una distancia de tres kilómetros, exclamó:

—Solamente han venido para vernos morir y morir ellos...

En silencio, Mexicatzin estudió la situación. Miles de guerreros aztecas rodeaban completamente el Valle de Otumba. Brillaban al sol sus lanzas y espadas de obsidiana. Pero todo en silencio. Allá, en los cerros, en las faldas de los cerros, en todo el horizonte, había miles y miles de hombres. EI ejército azteca, con una táctica extraña a cada momento iba cerrando el círculo. Los soldados castellanos, al ver tantísimos guerreros, empezaron a perder la fe cuando escucharon responder a Mexicatzin lo que Cortés había propuesto, salir por el túnel por donde ellos han ingresado.

—Imposible... lo deben de tener copado... Nos dejaron entrar. Ya sabían que veníamos...

Los capitanes de Tlaxcala celebraron un Consejo entre ellos y después se acercaron a Cortés.

—Señor capitán, ponga la mirada allá…

Cortés y sus capitanes dirigieron la vista al lugar que Mexicatzin les había señalado y distinguieron claramente a un guerrero azteca lleno de banderas, de plumas, de insignias, que portaban sobre unas andas un grupo bastante numeroso de Caballeros Águila.

—Ese es el gran capitán Zihuacatzin, Mujer Serpiente. Es además de gran guerrero, el segundo en el mando de Tenochtitlan. Como todavía no se ha reunido el Consejo para designar a Cuitláhuac señor de mar a mar, Tlatoani de México, el capitán Zihuacatzin es el Señor

de señores, señor del Templo y representante de los guerreros de Texcoco, Tlacopan y Tenochtitlan. Está aquí para dirigir esta batalla y terminar con todos nosotros. A su alrededor lo cuidan más de mil guerreros a toda prueba, de modo que es imposible acercarse a él. La grandeza del momento los hace sentir la batalla ya ganada.

Aquello que pueden ver allá son centenares de jaulas listas para meternos dentro. Han planeado todo para matar a nuestro ejército de Tlaxcala y a ustedes capturarlos vivos y llevarlos al sacrificio.

Esta batalla es un momento solemne para México Tenochtitlan. Las leyes de la guerra dicen que, si logramos capturar o matar a Zihuacatzin, Mujer Serpiente, habremos ganado la batalla. Llegar hasta él es posible con un movimiento de tenaza de nuestro ejército y tus mejores caballos.

A Cortés se le encendió el espíritu. Fue informado de que no eran diez los caballos que les quedaban, sino quince y en muy buena forma. A María Estrada que estaba dispuesta al encuentro, se le dio un caballo.

—No me puedo perder esta última batalla que nos llevará al cielo o al infierno —dijo entre bromas.

Cortés preparó sus mejores jinetes capitanes. El mismo, a pesar de sus heridas, montó sobre uno de los caballos. Mexicatzin a su vez preparó un cuerpo de lanza con tres mil guerreros y lo dibujó en la arena para que Cortés y sus capitanes lo pudieran ver.

—Nuestros guerreros correrán así... Formaremos una lanza. Al centro tus caballos y capitanes...Todo estará dirigido al capitán de capitanes del ejército de Tenochtitlan.

Cortés respiró de alegría con la idea que le pareció genial. Pidió que tocaran una marcha de Castilla, pero se le informó que solamente quedaba el músico Morón, gordo y alto, todo los demás habían muerto. Pidió a Morón que interpretara la corneta e hiciera bulla. Ya en formación, dijo:

—Cuando los indios de Tlaxcala cierren, nosotros vamos al galope y mataremos al hombre ese. ¡Agora!

Y era tanta su alegría que hasta se olvidó de invocar a Santiago. El ejército de Tlaxcala empezó por iniciar una danza. Durante la danza rascaban la tierra con los pies y levantaban el polvo del suelo. Era un polvo rojo, que poco a poco lo fue obscureciendo todo. Los guerreros

aztecas escucharon una voz. Era Matla, que gritaba:

—Al centro, todos al centro...

Pero ya la advertencia fue tardía. Como un solo hombre, una ola incontenible, el ejército de Tlaxcala marchó para atacar al centro. Hubo un choque. Cientos de guerreros tlaxcaltecas quedaron sobre el campo de batalla, pero otros miles continuaban. Los guerreros de Tenochtitlan estaban firmes alrededor del gran capitán. El capitán Sandoval y María Estrada fueron los castellanos que casi se acercaron hasta el capitán azteca. Los caballos fueron despanzurrados con las lanzas. Los muertos se apilaban. Los pocos soldados castellanos peleaban como los coyotes en mitad del desierto. Cada castellano se multiplicaba por diez, por veinte. Todos sabían que era la batalla de la vida. Herido, atravesado por las lanzas, el soldado castellano siguió peleando para ayudar a sus compañeros.

Caían como hojas los capitanes de Tlaxcala. Y caían también los capitanes de Tenochtitlan alrededor del capitán Zihuacatzin... Los castellanos redoblaron la lucha e intentaron con los guerreros de Tlaxcala llegar hasta el capitán azteca. Tres capitanes tlaxcaltecas lograron derribar a Zihuacatzin de sus andas, matando a sus portadores. Zihuacatzin, aunque viejo, tomó su arma de obsidiana y peleó. Pero en ese momento, llegaron María Estrada y Sandoval. El capitán Sandoval hirió a Zihuacatzin y María Estrada, sudorosa y llena de sangre se lanzó sobre él y de un tajo le quitó el estandarte de los Pueblos de México, que tenía atado a la espada. Tomó el estandarte y se lo dio a Sandoval. Este salió de la trifulca sangrienta, espolió al caballo, corrió hasta donde peleaba Hernán Cortés y le entregó el estandarte. Hubo un instante de tremenda confusión entre el ejército de los aztecas. Los guerreros de Tlaxcala empezaron a tocar una marcha de tambores. Esa marcha fue seguida por un gesto de Hernán Cortés, que corría frente a todos los guerreros de Tenochtitlan, ahora detenidos, moviendo el estandarte, la bandera de México, ante las miradas incrédulas de sus guerreros. Se escucharon gritos... eran gritos de mujer:

—Maten a los itzcuintlis... mátenlos... esta es otra guerra... no paren, no paren…

Un Capitán de Tlaxcala que la escuchaba, se lanzó contra ella, era Matla; trataba de capturarla, pero un grupo de guerreros y guerreras lo pararon en seco. Cortés sigue corriendo sobre su caballo, de un lado al otro, mostrando la enseña de Tenochtitlan, diciendo con ello que el gran capitán había muerto.

En ese momento, los tambores y los pitos del ejército azteca dejaron de sonar. El valle se llenó de silencio. Los capitanes castellanos corrían en sus caballos, pero el ejército azteca no respondía. Había llegado el momento de escuchar a los dioses. El ejército de Tenochtitlan, como un solo hombre, puso una rodilla en tierra, depositó sus armas sobre el suelo... y luego, caminando para atrás, se alejó ocho metros del lugar donde las había dejado.

—¡Se han rendido señor, se han rendido! —dijo Mexicatzin. Palabras que con alborozo tradujo a Hernán Cortés el capitán Rodrigo de Castañeda, sudoroso y con el vestido manchado de sangre... Al centro de ellos, sin moverse, María Estrada, con la espada en alto.

—¡Virgen María, Madre de Dios! —exclamó Cortés.

Los castellanos jadeantes miraban con asombro a miles y miles de guerreros aztecas frente a sus armas depositadas en tierra. Todos estaban en línea... hasta el horizonte del Valle de Otumba...

Los castellanos veían y casi no podían creerlo. ¡Habían ganado, habían ganado! ¡Qué anhelos de darse abrazos! Pero se quedaron vigilantes, espada en mano. Los guerreros de Tlaxcala, al frente, estaban en espera de una orden que ya tardaba. Hernán Cortés, que comprendió el momento, el gran momento de su vida realizó un consejo rápido con capitanes de Tlaxcala y sus propios capitanes, y gritó:

—¡Viva Santiago, cierra España! ¡Contra ellos, mis valientes! Como un solo hombre trescientos soldados de Hernán Cortés y miles de guerreros de Tlaxcala se lanzaron sobre el ejército de los aztecas, ya desarmados. Ante el ataque no previsto de los castellanos los guerreros de Tenochtitlan consideraron que había mucha distancia entre ellos y sus armas. Volvieron la espalda y huyeron tratando de buscar refugio entre los magueyes. El ejército de Tlaxcala y los capitanes de Castilla corrieron detrás de ellos... Las lanzas traspasaron a las mujeres guerreras, a los niños guerreros, a los que huyeron del pánico... a los que ya no se podían defender... Y la tierra del Valle de Otumba, la tierra de las cuevas de Oztotipac, se puso más roja que nunca, más roja que el corazón de las rosas del lago... más roja que las tardes sobre Tenochtitlan, más roja que el polvo de los caminos... Y el verde de los magueyes se volvió rojo como el fruto de los nopales...

◆◆◆

XXII

Iba a pasar mucho tiempo desde entonces. Los nopales tendrían que florecer muchas veces. La miel de los magueyes se convertiría en aroma de ensueños. El lago desbordaría sus aguas. Desde entonces, desde ese día, desde esa mañana, desde la noche de la noche de la batalla de Otumba, soplaría mucho viento sobre la ciudad de Tenochtitlan. Mañana o más allá del mañana vendría un viejo sabio para tratar de explicarlo en cuatro oraciones: "Fue la voluntad de los dioses en México Tenochtitlan". Y en México Tenochtitlan los hombres vivíamos atormentados por los dioses... Atormentados por la tradición, atormentados por la historia que una mañana nos contaron.

En algún camino, fuera de Tenochtitlan, un viejecito estaba llorando. Era tan viejo tan viejo, que ya no era posible aplanarle la piel y contarle las arrugas. Lloraba y lloraba cuando yo me asomé a su jacal para preguntarle:

—Viejo ¿por qué lloras? Lloran los niños, los viejos no.

Yo creía que lloraba por lo que había pasado después de la batalla de Otumba. El viejo-viejecito me respondió:

—Es que mi papá me ha pegado...

Ingresé en el jacal para ver cómo era eso del padre de un viejecito de cien años y lo encontré adentro, descascarando achiote; cuando le pregunté por qué le había pegado a su hijo de cien años, me respondió:

—Es desobediente y no quiere mecer a su abuelito que está durmiendo sobre la hamaca.

Cuando le pregunté si estaba enterado de lo que había sucedido en el Valle de Otumba, me respondió:

—En los caminos, los dioses siempre caminan por delante... Y por eso, porque los dioses de Tenochtitlan señalaban los caminos, fue que sucedió lo que había sucedido. No importaba que el ejército de Texcoco con su atavío blanco estuviera codo a codo con la gente de Tlacopan, con la gente de Tenochtitlan y otras ciudades amigas. Ya los

dioses habían andado ese camino.

Cientos de muchachitos murieron en mitad del silbo de las flechas, del grito de los heridos, del fragor de la batalla, de los cascos de los caballos, del cantar de las ocarinas de guerra. Ellos habían venido a cargar el bastimento de los soldados de Tenochtitlan. Ningún señor ocultó los pies y las manos debajo del manto, sino que luchó a la par de su pueblo en la batalla de Otumba.

El Señor Huitzilopochtli había hablado y sus palabras habían sido breves, graves, los hombres de otros pueblos ya no envidiarían el pan de los tenochas, ya que desde ese momento solo íbamos a tener el pan de la amargura. Había llegado el momento de caminar sin sandalias por las calles y con el manto anudado a los hombros como señal de humildad.

Después del asombro, se escogió a otro Zihuacóatl. Y también Tenochtitlan recibió el nombre de otro señor de mar a mar, el señor Cuitláhuac, señor de Ixtapalapa. Los señores sacerdotes le dijeron:

—Por delante de ti irá la paz, la guerra, el amor, los caminos de Dios. Le tendieron sobre los hombros una tela verde obscura, con huesos y calaveras, y al hombro le colgaron un calabazo. Nosotros éramos multitud y mirábamos la celebración de nuestro señor de mar a mar, Tlatoani de México. En la mano derecha llevaba un sahumador que alimentaba con las hierbas de su calabazo y que lanzaba sobre las brasas. En la cabeza llevaba un gorro con borlas de colores, símbolo de la autoridad que ya tenía.

Después, un sacerdote le cubrió el rostro con un manto que tenía pintadas unas calaveras. Los sacerdotes de Tlacopan, los sacerdotes de Texcoco, los sacerdotes de Tenochtitlan, le tomaron de los brazos y le guiaron hasta el adoratorio de madera que tenía el Templo, allá arriba. Echando atrás el manto espolvoreó las hierbas aromosas de su calabazo sobre las ascuas del sahumador. Con punzones hechos de hueso de venado, hueso de jaguar, se sacó sangre del lóbulo de una oreja y después oró. Fue una oración dedicada al señor Colibrí a la Izquierda, señor Huitzilopochtli, y también al Espejo Humeante, Señor Tezcatlipoca.

Desde abajo, en la plaza, todos mirábamos con el mayor de los silencios. Y de pronto toda la plaza se hinchó con el son de los tambores, de los caracoles, de las ocarinas, de las flautas. Cuitláhuac se retiró a un templo lejano de Tenochtitlan para iniciar sus cuatro días de ayuno antes de empezar a mandar entre los hombres y entre

las mujeres de las tres ciudades. En tanto, llegaron hasta Tenochtitlan la gente de Chalco para hablar sobre los caminos de la guerra, y para danzar su interpretación de la batalla de Otumba. Los señores sacerdotes bailaron y dijeron que habían perdido porque no era guerra para un día, que era necesaria una tregua y que mañana, cuando llegara la luz, iban a luchar de nuevo como la vieja costumbre, cuando las batallas nunca se dirimieron en un día. Que iban a preparar hasta a los niños de diez años para que pudieran ocupar el lugar de los guerreros y de las guerreras que habían muerto y no solo ya para conducir la cuerda de los prisioneros caídos en la batalla. También ofrecieron ayudar a las niñas que ya estaban viudas a los cinco años de edad, las novias amarillas, las que todavía se espolvoreaban con el polen de las rosas.

Las muchachitas y los muchachitos bailaron. Dijeron que un día las flores morirían entre las ramas del ahuehuete y todo sería como el viento que sopla sobre el lago. Nada más las juncias y las caracolas vivirían sobre las aguas. Un día, la porción salada que separaba las aguas del lago se mezclarían con las aguas dulces de la laguna y los soldados destrozarían el dique... Un día, los recuerdos se marcharían de la ciudad por la calzada de Ixtapalapa, que tenía diez kilómetros de largo. La gente nunca más volvería a trabajar haciendo otro dique como el de antes.

Los sacerdotes del Templo se espantaron al ver a esas viudas amarillas contando las cosas con su danza y preguntaron que en dónde la habían aprendido, que cuál era el nombre del maestro de danza que se las había enseñado, y ellas dijeron que la habían soñado... Siguieron diciendo entre sus danzas que ya no habría tamales partidos a la mitad, ni en cuatro pedazos para dar de comer a los guerreros de Tenochtitlan.

Toda la noche los sacerdotes del templo se pasaron las horas sacando sangre de la lengua, hasta que el sol volvió a salir, cuando estaba ya la danza de las niñas, la danza de las viudas amarillas. Las chiquillas danzaron sobre los cuatro puntos de la ciudad y tenían en sus pies sandalias rojas como el chile, y detrás de ellas, las mujeres cantaban y los guerreros serpenteaban la ruta que ellas iban formando. Para terminar la danza, los sacerdotes escogieron a una de ellas y la ofrecieron a la diosa del Maíz, Xilomen; antes de que muriera le pusieron el nombre de las Siete Serpientes y Piedra Preciosa. El joven corazón de la muchacha fue ofrecido al Dios como una serpiente azul, a los dioses del maíz y de la lluvia.

Las señoras médicas pidieron ayuda para alimentar a los heridos

que habían sido traídos hasta Tenochtitlan desde el Valle de Otumba, y les mandaron desde los pueblos vecinos cien canoas con atole de maíz y veinte canoas llenas de tamales.

Algunos pueblos enviaban respuestas sobre preguntas que nunca nadie les había hecho desde Tenochtitlan. Como las regiones totonacas, que avisaron que no mandarían ya más el fruto de sus tierras calientes, de su cacao, de sus flores, de sus plumas de quetzal, de su tabaco. Desde lejanas tierras la gente venía para averiguar cosas. Preguntaban si los tiempos habían regresado. Entraban por las calles de agua, por los mercados y hacían preguntas. Aprendían que los grandes capitanes habían caído muertos, estaban heridos o habían sido sacrificados por los sacerdotes de Tlaxcala. Miraban las calles llenas de mujeres con ceniza sobre la cabeza, por los guerreros que nunca regresaron.

¿Volverían los tiempos? Los tiempos del hambre, cuando los hombres se vendían por una medida de maíz. Cuando un joven valía cuatrocientas mazorcas de maíz, cuando una muchacha era cambiada por quinientas mazorcas de maíz. Y algunos que no tenían la tradición de Tenochtitlan, regresaban a sus pueblos musitando que eso les había sucedido por haber sustituido la sangre de las serpientes, de los pájaros, de las mariposas, por la sangre de los hombres como una ofrenda a sus dioses. Y por matar enemigos dentro de la casa. Miraban la tristeza de la gente cuando hasta en el centro del mercado sacaban sangre de debajo de las uñas y la lanzaban a los vientos. Se encontraban con los viejos y les preguntaban. Ellos sabían. Eran los viejos sabios que deambulaban por los caminos del agua con sus báculos de caña negra en honor de Yacatecuhtli, el dios de los Caminos; que ya no querían que se les obsequiara con batidores de conchas marinas para tomar su chocolate. También en los mercados ondeaban las banderas de papel, que se podían encontrar en la entrada de los caminos, en la salida de los caminos. Los viajeros también traían una mala nueva, Topiltzin había tomado prisioneros a muchos de los sacerdotes del Templo y estaban por allá, por los caminos, secándose al sol.

También se citaron los nombres de famosos guerreros de Tenochtitlan, y sus esposas al escucharlos encargaron a los artesanos que les hicieran imágenes de sus hombres muertos para irlas a depositar en el altar del Templo y se vistieron con guirnaldas de flores de cacao, hechas de papel. Porque ya eran las mujeres de las flores del cacao. Pero también vieron a un bárbaro y la forma en que los aztecas lo sacrificaron. Lo vieron ingresar como ido, como tonto, sin la alegría de morir, desnudo, todo teñido de rojo, con sandalias de rojo subiendo

las gradas a la fuerza hasta llegar arriba donde lo esperaban los sacerdotes. El sacrificio del castellano capturado fue una ofrenda al Poniente. En lo alto del templo una serpiente de papel ardía; después, el sacerdote se vistió con la piel del desollado y se fue al mercado a pedir limosna.

También llegó una comitiva de la tierra huaxteca para ver lo que estaba pasando. Venían con narigueras de oro y unos cuantos regalos de piedras de cuarzo, de oro, de plumas de guacamayo, y en la mano portaban pequeños espejos de obsidiana que refulgían con el sol. Entraron a Tenochtitlan cantando, danzando, sonando sus cintos de sonajas y sus cascabeles en los pies como la costumbre de los aztecas. Las mujeres que les acompañaban traían blusas hermosas, para cubrirse los senos, eran tejidas con plumas y mantos de plumas de loro. Les preguntaron si esas mujeres tan lindas que traían eran para el regalo de los dioses, y respondieron que no, eran mujeres para visitar Tenochtitlan y para regresar con ellas a las tierras de las plumas de loro. También traían regalos, conejos y figuras de conejos en cerámica. Dijeron que por los caminos de hasta Tenochtitlan habían visto muchos hombres colgados o devorados por los zopilotes. Entregaron a Cuitláhuac cien loros vivos, cien lapas vivas, cien guacamayas vivas de colores, y dijeron que enviarían mil venados vivos.

Ellos, los huaxtecas, erigieron sus chozas contra el sol, en las orillas de la ciudad, comieron su maíz tostado, su totoposte, bebieron su miel, bailaron y cantaron sus hazañas, pero no le dijeron a Cuitláhuac lo que él quería saber.

—¿Por qué han venido desde tan lejos? —les preguntó el señor de mar a mar cuando recibió los presentes, y ellos le respondieron:

—Hemos venido para regresar...

Y los huaxtecas también contaron a las viudas. Esas viudas que se ponían ceniza caliente sobre la cabeza, en su cara todos los días, hasta que se les hacía una costra rara, como si anduvieran con otra cara, con máscaras de madera. Así tenían que estar durante ochenta días.

Era costumbre que cuando los visitantes vinieran hasta Tenochtitlan se inclinaran ante los señores y comieran tierra. Pero los huaxtecas no lo hicieron. Regresaron por los caminos diciendo lo que habían hecho. Cuando les preguntaron el porqué no habían traído pintura roja para los escudos de los guerreros de Tenochtitlan, dijeron que ellos habían venido solamente para regresar. Matla, que los escuchaba, ya sospechaba de ellos, decía que hablaban como con la

voz del loro, no con la de ellos; que había que tener cuidado y que mejor matarlos a todos para que no regresaran por los caminos, contando toda la tristeza y toda la angustia de Tenochtitlan. Pero ellos dijeron que no habían llegado hasta Tenochtitlan para tener la voz del loro... sino únicamente para regresar. Y que no habían traído doncellas porque regresarían con ellas. Matla insistió en que no era necesario ir a despedirlos con rosas y con cantos como era la costumbre cuando un visitante salía. Que ellos llevarían el recado del loro y hablarían de la pena de la ciudad. Pero nadie le hizo caso. Cuitláhuac al despedirse, les dijo:

—Nuestros antepasados vinieron hace muchos años desde las siete cuevas de Aztlan... no para hacer conquistas, sino para aprender... Y cuando llegaron nuestros padres vieron que esta tierra era buena. Pero fue siempre mejor allá, en nuestras tierras de Aztlan, donde la gente nunca se hacía vieja y no había hambre.

Un viejo Serpiente Águila que había llegado desde Aztlan cuando era niño, dijo que todo eso era verdad y que allá estaba la dicha en un cerro en mitad del agua.

—Nuestros guerreros irán y regresarán —dijo Cuitláhuac—. Seremos como siempre los hijos del sol. Llevaremos nuestros caites para el camino, un par de caites para ir. Un par de caites para regresar…

—Pero también es cierto lo que dicen los libros. —¿Qué dicen los libros?

—Los libros dicen que muchas ciudades conquistarían, pero que en igual forma muchas ciudades perderían... que no era cierto que en la gran ciudad de Tenochtitlan tuvieran caites para andar el camino y caites para desandar el mismo camino.

La tradición también dice que ellos irían desde el lago hasta el valle de los pueblos lejanos y que después retornarían hasta el lago.

Los señores huaxtecas regalaron después ramos de magnolias blancas a Cuitláhuac y se fueron por la calzada de Ixtapalapa, sin cantos, sin danzas, sin oraciones. Para contar como loros todo lo que ellos habían visto en la gran ciudad de México Tenochtitlan.

La furia se apoderó del capitán Sandoval. Daba pasos pequeños. Daba pasos largos. Aprisionaba su propio corazón. Esgrimía la espada

ante los ojos del sargento y de sus soldados que se encontraban haraposos, destrozados, vejados, cansados, mohínos. Ellos, el grupo al que pertenecía al alférez, hermano del capitán Sauceda, ahora muerto.

—Habéis huido como ratas...

—Señor capitán...

—¿Qué decís?, ¡como ratas!

Y después, ya un tanto calmado, empezó a escuchar la historia que contaba el sargento mayor de la patrulla.

—De la veintena que formaba la patrulla del señor Saucedo, ya lo veis, solamente hemos quedado nosotros. O, si mejor lo queréis, lo que queda de nosotros. —Y señaló a sus cinco compañeros haraposos. Todos ellos respaldaron lo dicho por el sargento —. Señor capitán, ningún camino es seguro. Ellos ya conocen hasta el mismo corazón de nuestras trampas. Ya no son los hombres ni las mujeres que huyeron en el Valle del Triunfo, allá en Otumba... —Sus compañeros asintieron con la mirada y el sargento continuó:

—No pudimos defendernos, eran muchos y atacáronnos en perfecto orden de batalla...

—¿Qué me estáis diciendo? ¿Qué es eso de perfecto orden de batalla? —Estaban dirigidos por el Guerrero Rojo...

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Sandoval cuando repasó en su memoria la historia del Guerrero Rojo. Había sido un acto cruel de Hernán Cortés y algunos capitanes se lo reprocharon. Además de él mismo, lo habían contado Gonzalo Domínguez, Francisco de Morla, Diego de Ordaz, Francisco de Saucedo, Francisco de Lugo, Alonso de Ávila y Cristóbal de Olid. El capitán Cortés subió los hombros con indiferencia y dijo: “Son bestias”. Habían sido capturados cuarenta guerreros, al frente de los cuales venía un guerrero pintado entero de rojo, con el rojo del achiote; ordenó que los cubrieran de paja y aceite negro del mismo pueblo, luego les prendió fuego y los hizo correr hasta la cercana orilla de un río, donde solamente se salvó el Guerrero de Rojo.

—No son los mismos guerreros de antes. El Caballero de Rojo sabe milicia, maneja espada de Castilla, tienen lanzas, saben pelear... son más hábiles, más cautelosos, pero tan fieros como antes.

Sandoval pareció aceptar la explicación, pero agregó con cierta

incertidumbre en sus palabras:

—¿Y el negro Mandinga? ¿Qué fue de él?

—Veníamos por los caminos que se abocan hasta las orillas del lago, en Texcoco, que es sendero todo lleno de pirules; con nosotros estaban los guerreros de Tlaxcala y el negro Mandinga. El negro cargaba varios zurrones con dardos y flechas para las ballestas; parecía como muy cansado y de pronto se detuvo, se recostó sobre uno de los árboles y tiró la carga. Un soldado le gritó: "¿Qué os pasa, perro? ¡Continuad!"Y lo hizo caminar a patadas. El negro iba sudando, como beodo, la cara le temblaba y lo mismo las manos. Entendimos que sentía miedo. Sus manos las tenía llenas de sudor. "¡Caminad, caminad, levantad la carga o la pasaréis mal, perro!", le gritó otro soldado, y como se tardaba lo volvió a patear. El negro Mandinga estaba recogiendo con dificultad el zurrón del suelo con las puntas para las ballestas, cuando escuchamos un ruido que nos alertó. Era como un murmullo que venía desde los arbustos del pirul. De repente, ante nosotros, apareció el Guerrero de Rojo y sin darnos tiempo se nos vino encima copándonos por todos lados.

—¿Y el negro? ¿Qué le pasó al negro?

Al capitán no le interesaba la suerte de sus hombres, pero el negro era de su propiedad...

Ya dentro del real el sargento murmuraba un reproche contra su capitán Sandoval en su cita con otros compañeros.

—Solo parecía tener cuidado del negro; ni indagó sobre el destino de otros soldados.

—Yo estaba presente cuando el capitán Sandoval cambió el caballo por ese negro a un sembrador de caña, allá en Santiago de Cuba... —contó el sargento Morales.

La campana Nicolasa sonaba. Los vecinos de la hacienda se sentían contentos cuando en las mañanas domingueras la campana Nicolasa empezaba a dorar las horas como el eco de las oraciones. Se llamó así en memoria de don Nicolás Montañés, que vino a Cuba sin un real desde Panamá, desde Castilla del Oro, y aquí recibió mujer y dote; compró negros e indios para sembrar la caña que llegaba desde Canarias... Y la campana fue el obsequio a la recién inaugurada ermita dedicada al Señor Santiago.

En la misma carabela en que llegó la campana Nicolasa, también venían los primeros cirios para el altar, las matas de plátano, semillas y arbolitos de naranja de las que siembra el moro en Andalucía; unos borregos, unos cabritos y las semillas de margaritas.

Desde que el gobernador Obando empezó a traer cargamento de negros a la Isla de Cuba, con la venia de sus majestades doña Isabel la Católica y don Fernando de Aragón, casi en cada carabela venía un negro, una negra, unos niños negros, y muchas plantas raras.

Con la Nicolasa arribaron también las semillas de los claveles andaluces, las rosas blancas y amarillas; sarmientos que nunca dieron frutos. También arbolitos de mango. Todo eso desde los tiempos del gobernador Obando, hasta que se hizo fiesta por la llegada de la campana Nicolasa.

La campana Nicolasa empezó a vibrar como el eco de una pequeña oración después de la mañana, en mitad del amanecer. Y la gente comenzó a descender hasta el lugar donde estaba la ermita del Señor Santiago. Se allegó hasta la iglesia, ni siquiera los perros faltaron. Todos estaban ahí cuando la Nicolasa empezó a sacudir el aire tras el eco de las oraciones, el aroma del incienso; los caballos chapaleaban entre la salmuera del barro porque era día de invierno y desde siempre estaba lloviendo. Después de cumplir con sus obligaciones, el capitán Sandoval regresaba para su casa cuando escuchó una voz.

—Venid, venid, ofrezco negros y negras para buenos trabajos, saben rezar. Son buenos moledores de caña, insuperables como capataces de indios infieles y capaces perseguidores de esclavos indios fugitivos por los caminos de la manigua.

El capitán volvió los ojos y miró la escena. Sobre los bancos primitivos de caña que estaban frente a la ermita de Santiago, un subastador negociaba a una manada de negros jóvenes y fuertes. Le recordó las gradas en la Catedral de Sevilla, entre el olor de los naranjos en flor, en un domingo de subasta de esclavos. Una negra estaba desnuda y junto a ella un niño se ocultaba, como tratando de desaparecer entre su faldellín de hierba de plátano. El subastador tomó las tetas de la negra, que eran grandes y duras, y dijo:

—Es buena para la cría, muy buena, es de primer parto y tiene buena leche.

Dio un apretón a las tetas de la negra y la leche brincó a distancia

de dos metros. Pasaban las horas. Ya era mediodía, las negras eran vendidas una a una, algunas con su cría y otras solas, dejando que su hijo, o su hija, fueran comprados por gente de otras haciendas de caña. Ya solamente quedaba un negro en almoneda. Era un negro grande y vigoroso, joven; tenía la mirada fiera y además, todo en él emanaba un vigor especial. Los esclavos traían una especie de toldo y rodeaban al negro.

—Es la última pieza, la última; un buen padrote. Ahora que los infieles no quieren preñar a sus indias, ahora que es necesario coparlas, esta es una buena pieza contra la virginidad de las infieles, un buen padrote.

Algunas mujeres, con el rostro cubierto por sus mantillas, trataban de ver al negro, pero un alguacil se los impedía. Otro miembro de la Santa Hermandad intervino para decir que lo siguiente estaba vedado para la mujer; y las mujeres de mantillas doradas, de clavel al pelo, de regio porte sevillano, se retiraron indiscretas murmurando. Dentro del toldo, el negro estaba completamente desnudo.

—Es lo último y lo mejor que nos ha llegado desde el mercado de Sevilla, nuestra ciudad del Guadalquivir... Este negro todavía mantiene el olor de los buenos barrios sevillanos. Buen castellano y trabajador.

Pero es el padrote que vosotros necesitáis para agrandar vuestras haciendas. De un solo brinco es capaz de preñar a diez indias. Bueno para dar hijos a la corona de Castilla. Todo un hombre, venid, venid, vedlo por vuestros propios ojos, pues os daré la prueba.

Tres esclavos traían una especie de mesa hecha con tablillas de cañuelas.

—Acomódate. —Varios curiosos, y entre ellos Sandoval, se interesaron en la prueba—. Os aseguro que es buen varón entre varones y hasta sabe rezar... Negro, rezad lo que os han enseñado ¡vamos, rezad, que no os pesará! Dios nuestro Señor también suele escuchar las oraciones de los negros.

—Padre nuestro...

—¿Lo veis? Os lo dije ¡rezad, rezad!

El negro rezaba en castellano y luego lo hacía en latín. Entre oración y oración reía como si le estuvieran haciendo cosquillas en la

planta del pie. El subastador habló y el negro repitió el rezo. Se reía y reía, como si supiera que el Dios blanco jamás habría de escuchar la oración de un negro. Parecía una figura de carbón tallada. El subastador tomó su pene entre los dedos y señalando con la otra mano, explicó:

—Ya lo veis, de luenga medida, bueno para las indias desde los doce hasta los cuarenta años... para que aumentéis vuestra hacienda. Hasta lo podéis alquilar, si tal deseáis...

—Después, mostró un pergamino con los sellos de la Iglesia de Sevilla e informó: —Con la licencia de nuestra Santa Madre Iglesia, os digo que este negro es cristiano y así lo dice este documento de su eminencia el señor arzobispo... Aquí dice que este negro dará hijos cristianos porque, como ya os lo dije, es cristiano. ¡Leed, aquí lo podéis leer!

El capitán Sandoval miró al negro con gran interés. El subastador con mucho misterio agregó:

—Y agora caballeros, agora os presentaré la prueba suprema. El negro fue acostado sobre la tabla de cañuelas y cubierto con una tela roja. El subastador hizo que se acercaran dos mujeres negras, muy jóvenes, hermosas, desnudas.

—Agora, señores, lo veréis... Una medida como esta la llena un buen padrote. Mas, este negro supera la medida —dijo el subastador mostrando una medida del tamaño de un dedal pequeño; cambió el dedal por otro más grande en tanto que las dos negras iniciaron la labor de estimular el pene del negro con sus manos, incluso besándole el glande. El subastador exclamó:

—¿No os lo dije, no os lo dije? Con una cantidad de semen como aqueste se pueden preñar hasta veinte indias de una vez. —Y mostró con el dedo la línea que había llenado la eyaculación del negro.

—¡Ofreced, señores; vamos, ofreced! Es la oportunidad para que aumentéis vuestra hacienda en una forma cristiana.

Se escucharon varias ofertas y cada vez aumentaban.

—¿Nadie da más?

El capitán Sandoval intervino:

—Ofrezco por este negro mi caballo ruano. —El rostro de

Sandoval tenía un gesto de reto ante el asombro de todos los demás. Un caballo ruano de pura cepa andaluza ¡imposible!

—¿Puedo ver vuestro caballo ruano?

Cuando el sargento terminó de contar la historia del negro Mandinga, el grupo murmuró:

—Entonces... ese negro ¿valía mucho?

—Hernán Cortés había ofrecido buena hacienda a todos sus capitanes. Con un negro como ese se podía formar todo un pueblo nuevo, hasta una nueva raza; buena para el trabajo, para buscar el oro, para labrar los campos, para sembrar la morera como lo añoraba el capitán, para hacer vegas de sarmientos, recoger las manzanas, henchir la tierra de melocotonares...

—¡Sí, ese negro valía mucho!

Los temimes de Tenochtitlan cargaban una jaula de gallos, como las jaulas de los pajareros que, por cientos, en las mañanas, cuando se levantaba la neblina sobre el lago, se iban a buscar y cazar pájaros. Era igual a la jaula de los gallos de carrera. Los gallos grandes que a la gente de Tenochtitlan les gustaba buscar por los mercados, por las ferias, por los aniversarios; en procura de otros gallos de carrera para apostar. Solo que esta jaula de gallos era veinte veces más grande y era cargada por dos y dos y dos temimes, hasta llegar al número de ocho. En el interior de la jaula iba el negro Mandinga sudando, con puntos morados, los ojos semicerrados y todo el cuerpo atacado por un temblor. Después de ingresar en la sala principal del palacio de Ahuízotl, se le avisó a Cuitláhuac que habían traído al prisionero. El negro fue sacado de la jaula y reclinado en un árbol, junto a la fuente. Un grupo de guerreros aztecas lo examinaban, lo tocaban, le miraban las uñas; hasta lo olían y probaban el sudor que emanaba.

—Que no tenga más pintura negra.

A la orden del señor Tlatoani de México, unas mujeres acercaron al negro hasta la fuente y lo empezaron a lavar con unas hojas de jabón. El negro trataba de soltarse, de pronunciar palabras. Sus palabras sonaban extrañas, ni siquiera los nuevos conocedores del castellano lo entendían.

—Esta pintura no se quita... —dijeron las mujeres.

—Debe de quitarse... este hombre no puede tener ese color. Cuitláhuac hizo a un lado su tilma y con sus propias manos trató de lavar al negro, de quitarle la pintura, para lo cual, él mismo se introdujo en el estanque. Otros señores de la guerra le ayudaron. Lo restregaron hasta que el negro no se movió. Acudió una mujer médica, lo examinó y dijo:

—Está muerto.

Cuitláhuac siguió lavándolo aun muerto; y le cortó parte de la piel con un cuchillo de obsidiana y después reconoció su error.

—No es pintura... ese es su color... es negro... Y se limpió las manos en los pliegues de su tilma.

Habían pasado veinte días desde la muerte del negro Mandinga. En los corredores del palacio de Ahuízotl había muchos enfermos. Los guerreros y guerreras se habían llenado de manchas negras. Sudaban, temblaban, deliraban. En otros palacios había mucha gente muerta. El cuerpo de las mujeres médicas había sido llamado para que asistiera a Cuitláhuac que sudaba, temblaba y tenía el rostro lleno de manchas negras; deliraba. Repetía una y otra vez que era pintura, pintura, que no era negro, que no era negro, era pintado como nuestro señor Tezcatlipoca. Después de un largo rato, la más vieja de las médicas dijo:

—No conocemos esta enfermedad... y no tiene cura.

En pocos días los mercados quedaron desocupados. La gente se iba muriendo en los caminos, en los templos, en las ciudades, fuera de las ciudades... La peste se multiplicaba en los cuarteles de los guerreros que cuidaban de la fortaleza de Tenochtitlan.

Las mujeres médicas hacían todo lo posible por luchar contra la peste; pero los hombres, las mujeres, los viejos, seguían muriendo. Los que no morían quedaban ciegos, llenos de huecos en el rostro, con los ojos vueltos para atrás.

La gente, llena de pavor, dejó de ingresar en Tenochtitlan. Ya no venían las canoas con tamales, ni huaxolotes, ni tortillas. El mercado de Tenochtitlan y el mercado de Tlatelolco fueron cerrados. Nadie quería entrar en la ciudad. Todo se había puesto negro. El señor de mar a mar, el señor Tlatoani de México Tenochtitlan, murió después de quince días. La gente murmuraba que era un castigo de los dioses

por haber permitido que ingresaran los atlácatl a hollar los altares del sol.

A Cuauhtémoc y a Matla, que andaban lejos de Tenochtitlan, en labores de convencimiento y vigilancia, se les avisó que no regresaran porque había un mal en la ciudad. Les contaron cómo, después de ochenta días de ser Tlatoani de México, había muerto Cuitláhuac. También murieron varios señores de Tlaxcala, entre ellos, los principales. Y también los nuevos señores de Tlacopan y de Texcoco. Dos grandes señores se estaban muriendo.

La gente decía que era por el viento del lago, por los muertos que todavía apestaban en el fondo de la laguna... que eran los zopilotes negros los que habían traído la enfermedad. La gente tenía miedo y decía oraciones. Decía que la enfermedad era por culpa de los atlaqualitalli, los ruinosos, los que llegaron a Tenochtitlan guiados por el atepocatl, el Topiltzin, el renacuajo.

EI capitán Olid se precipitó al real de Hernán Cortés en Tlaxcala. Este se encontraba dictando una carta para los señores de Castilla y Aragón al escribano Godoy, quien hilaba sus ideas sobre el pergamino.

—Señor, hemos sabido que en la ciudad de Tenochtitlan los infieles se están muriendo.

—¿Muriendo? —preguntó Cortés sorprendido.

—Los ha atacado la viruela y se mueren por miles... lo mismo en los caminos, en sus jacales, en nuestras ciudades amigas... También se me acaba de informar que el mal ha aparecido en esta ciudad de Tlaxcala.

Cortés posó sus ojos en los del capitán Olid y apareció una chispa de inteligencia entre ambos. Dejó a un lado a su secretario y pidió que le llevaran capa y espada. Acomodando su gorra, besó la imagen de San Juan Bautista que le pendía del cuello, y salió raudo para dirigirse al palacio de los señores de Tlaxcala, al tiempo que exclamaba:

—Muriendo de viruela... Vamos... Tenemos otro ejército contra los infieles... Los cielos nos secundan. —En tanto caminaba, seguía sonriendo.

—Mas, vedme a mí, seguidme a mí, haced lo que yo os digo y después vendrá el oro y la fama...

Fray Bartolomé y el reverendo padre Juan Díaz dijeron que era cierto, que las palabras de Hernán Cortés eran como la voz de Dios y que de todas formas esos indios bestias no valían nada de nada. Entonces sus atlácatl dijeron que sí, que era verdad, y que harían lo que Hernán Cortés dijera, porque lo pensaba y lo mandaba a nombre de las nunca bien ponderadas majestades de Castilla y Aragón, señora doña Juana y señor don Carlos; y tenían también la bendición del Primado de la Madre Santa Iglesia, señor don Francisco de Cisneros.

Ahí, junto a Hernán Cortés, estaban sus atlepocatl. Juan Rodríguez Villafuerte, Cristóbal de Olid, Juan Caramillo, Francisco Verdugo, Francisco Rodrigo Magarino, el mejor de todos los ballesteros, Juan Pedro Barba; Antonio Ruiz, García Olguín, Pedro de Alvarado y sus cuatro hermanos, los barbudos de ojos azules y de barba como la plata de Taxco; Pedro Bohomes y Rodrigo de Molina. Junto a ellos, Francisco Vera de Medina del Campo, Juan Portillo, Juan de Mancilla y Rodrigo de Castañeda, el que sabía hablar nuestra lengua como un bachiller del Calmecac. Todos ellos estaban ahí cuando le narraron a Hernán Cortés las cosas que estaban sucediendo en Tenochtitlan.

La gente salía de la Puerta del Águila, por donde se iba a la calzada de Tlacopan; desde la puerta de Tezcaquiahuecac, que estaba frente a los espejos y a cuyo lado se encontraban los palacios de los señores de México Tenochtitlan y el palacio de Moctezuma el grande, el mejor, el primero, por donde partía la calzada de Ixtapalapa. También por la puerta del norte Acatlyacapan. Salían hacia adelante, sin saber para donde. Los enfermos, los tontos, los que ya no podían regresar, salían por la puerta del este que es Huiyznahuac.

A toda esa gente que salía de la fortaleza de México Tenochtitlan los guerreros de Tlaxcala, que eran señoreados desde lejos por los capitanes de Hernán Cortés, les quitaban las enaguas, las tilmas, los mantos, los huaraches; y los dejaban desnudos, tirados al sol, temblando de frío, muriendo a poquitos, solos, como los granos de la arena; por todos lados se quedaban, por todos lados se morían. Después, Hernán Cortés hizo su plan. Era un plan genial, como muchos de sus planes. Y por eso, ante la audiencia de sus atepocatl había dicho:

—Hacedme caso, seguidme a mí, escuchadme a mí.

Por eso Fray Bartolomé y el padre Juan Díaz dijeron que la palabra de Hernán Cortés era como la voz de Dios.

Puestos todos de acuerdo, salieron los mensajeros, fueron por los caminos, por los caminos seguros en amistad; y también por los caminos inciertos.

Todos llevaban regalos e invitaciones. Hernán Cortés había dicho que los que vinieran-viniendo hasta su real, los recibiría con tamales dulces, pavos asados, buenos platos de frijoles con chile, y alegres tazas de chocolate; de modo tal que los que vinieran entendieran que ese era el real de la Amistad. Pronto empezaron a verse los frutos. Se apersonaron los jefes con sus niños, porque una buena muestra de amistad era hacer visitas con la esposa, los niños, las hermanas y los hermanos de sus hermanos y los hijos de los hijos. Llegaron rápidamente desde lugares lejanos, cruzando los ríos, dejando atrás los desiertos, los campos de chile, la siembra del maíz, las arboledas frutales. Fueron llegando hasta el campamento de Cortés en Tlaxcala. Y en los caminos, desde las sierras, los guerreros aztecas les gritaban que no siguieran adelante, que regresaran sus pasos. Pero no les hacían caso porque Cortés había enviado decir.

—¡Si no vienen, voy!

Ahí estaba la gente de Tepoztlan, ahí, la de Toluca; la de Ixtalapan, de Taxco, de Miacatlan; y la de Chalma, que nadie la esperaba pero que sus sacerdotes, al final, la dejaron venir. También estaba la gente de Tenancingo, Xochicalco, Alpuyeca. Todos tenían que pasar cerca de los hombres que defendían Malinalco, fortaleza azteca, que no vinieron. Cortés había dicho, señalando en el mapa, las rutas que debían seguir.

—Aquesta y aquesta gente debe venir. Y por estos caminos deben de regresar.

—¿Y la gente de Zempoala? ¡Ellos son amigos! Y Hernán Cortés había contestado:

—Amigos así hacen falta, ¡que vengan! —había contestado Cortés. Y desde Tenochtitlan hasta Zempoala hizo que la gente llegara. Vino la gente de Xalapa y la gente del Pexote. Llegaron los señores de Zacatepec, Apizaco, Huamantla, Calpullalpan, Texmelucan, Cholula, Huexotzinco.

Como también dijo que quería seguridad en ciertos lugares, hizo que compareciera la gente de Ahulizapan, lugar de ricos frutos, de

gentes de plumas, de cerros hermosos, de montañas blancas; también de Totonacapan. Y la gente de Cuetlachtlan, Cuauntochco; de Oceolapan, Quiahuitztlan, y desde la lejana playa de Chalchiuhcueyecan; de tan buenos y tan malos recuerdos para Hernán Cortés, ya que fue el primer lugar de estas tierras que él conquistó para su Rey de reyes.

Toda la gente estaba reunida. Y ya toda la gente estaba contenta. Había bailes de Valencia, y danzas de las tierras huaxtecas, y alegría. Fray Bartolomé de Olmedo cantó una misa con su hermosa voz. El padre Juan Díaz les dio la santa hostia a todos los asistentes, lo quisieran o no. La plata estaba llena de papeles de colores. La gente comió, durmió, fue feliz. Y recibió la promesa de paz de parte de Hernán Cortés. Les dijo que cuando se terminara con los aztecas todo sería diferente, hermanos con hermanos, amigos con amigos, la tierra una sola, sin mojones para definir fronteras, sin palos atravesados en los caminos, con un solo Dios, nuestro señor Jesucristo. Y también con un solo nombre, la Nueva España, el primer nombre que Grijalva había dado a estas tierras y que gustaba mucho a Hernán Cortés.

Ya la gente se iba, se marchaba; iban contentos. Cuando en la salida del pueblo los estaban esperando los capitanes de Hernán Cortés. Como señores que eran, desde lejos, ordenaron que todos dejaran sus vestidos que habían traído desde lejanos pueblos y que se vistieran con esas mantas, esas tilmas, esas enaguas, esos huaraches que don Hernán Cortés les regalaba. Y todos se fueron contentos, vistiendo las ropas que habían servido a los enfermos de la gran ciudad de México Tenochtitlan.

◆◆◆

XXIII

Habían pasado seis meses de los blancos, desde la noche de la alegría de Cuitláhuac. Hernán Cortés ya sabía que para entonces Tenochtiltlan se había convertido en una fortaleza inexpugnable. La ayuda de los señores Tlatotzin, Tequianitzin y Mexicatzin, de Tlaxcala, había sido buena para el castellano. Ya eran otros, ya nadie los recordaba como los de una noche antes de la noche del Valle de Otumba. Su fama había recorrido muchas de las fronteras de hasta más lejos de allá. Solamente vivían de recuerdos, los recuerdos buenos, como el día en que Moctezuma regaló a Hernán Cortés una bandera de oro, una bandera de plumas de quetzal, un collar de cuentas de oro. Ese día todos rieron. Alegraron el semblante y como monos se abalanzaron sobre el oro y usaron las plumas de quetzal para engalanar los cascos sobre sus cabezas. Todos los corazones se dirigieron a un mismo tiempo, rumbo al oro. A la sed del oro, hasta sus caras estaban divididas. Estaban ansiosos del oro, sedientes del oro, se hincharon con el oro. Pregonaban por los caminos el nombre del señor Jesús junto al nombre del oro.

—Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar... ¿tenéis oro? Buscaban el oro como cerdos. Miraban la bandera de oro de uno a otro lado, la examinaban y la hacían girar al viento para escuchar en ella el susurro del aire, como si esperaran que la bandera hablara para ellos palabras bonitas. Entre los señores que entonces recibieron a Hernán Cortés, algunos tenían sus prendas cubiertas de oro. El señor Cuauhcequitzin, de Panohuayan; un niño de nueve años, señor de Chihuaytlacatzin, con el nombre de Ixtlaczaucan; y el señor Micacacaltzin de Tecuanipan, uno de los miembros espléndidos de la Confederación de las Naciones Tlacopan, Tlaxcala y Tenochtitlan. Así empezó el camino de Hernán Cortés por los senderos de México. Un camino de trescientos treinta y cinco días... cuarenta de esos, medio enemigo y doscientos noventa y cinco días hecho un atlacualitolli.

Una mujer se había acercado a Hernán Cortés para hacerle una pregunta que Marina tradujo a Jerónimo de Aguilar:

—¿Cuál es tu verdadero nombre, señor?

—Hermano, llamadme hermano —respondió Cortés. Recuerdos...

recuerdos borrados por el viento. Los canales de la ciudad se llenaron de sangre. Se amplió la cuadrilla de perreros del ejército castellano. Les nacieron hijos a las yeguas. Les nacieron hijos a las mujeres violadas por el guerrero castellano y aragonés. Los parques de pájaros fueron destruidos, asados por los soldados de Cortés. Los animales raros también fueron comidos o asados. La colección de peces se terminó, había sido formada desde hacía cien años. Las jaulas de pájaros fueron destruidas. El oficio de hacer trajes y tapices de plumas se paralizó. En Tenochtitlan, el nuevo señor de mar a mar solo hablaba de una idea.

—Capturar a Hernán Cortés, hacerlo pedazos, quemar sus restos y lanzar las cenizas a los canales del lago.

Era la idea fija que desde antes había promovido Matla.

—Es lo que merece ese enano, esa mitad de hombre, el perro —repetía Matla—. ¡El apestoso, el hediondo, el que no se baña nunca!

Alrededor de uno de los canales que iban por todas partes, cerca de la ciudad de Texcoco, cabalgaban Cortés, Pedro de Alvarado y Malintzin. Mientras cabalgaban veían la multitud de personas que trabajaban en la confección de enseres de guerra.

—Habéis de saber, don Pedro, que las puntas de lanza para las ballestas y lanzas, así como otros menesteres, son mejor hechos por estos hacedores de cosas que los que hemos traído de Toledo...

Alvarado compartía el orgullo.

—En... e... n e... l bergantín... que... que... nos llegó de Cuba.

—Ya se me ha informado que trae además de pólvora, ballestas, espadas de Toledo, cazabe, azúcar negro, vino, avena, cebada...

—A....a... sí es se... se... señor.

—Motivos para que todos tengamos satisfacción.

Llegaron hasta unos talleres donde cientos de mujeres se ocupaban de la confección de petos de algodón para la guerra. Hernán Cortés, despidiendo a su capitán Alvarado, le dijo:

—Hasta agora nos acompaña la suerte... con tal que ansí sigamos.

Alvarado se despidió y Cortés continuó el paseo con Malintzin. Llegaron a la orilla de un canal que topaba con un prado muy hermoso. Cortés bajó del caballo y con elegancia ayudó a Malintzin a descender. Ella lo miró con ojos de intensa admiración. Vestía un bello traje de Castilla color azul y fresa. Ese día Cortés no tenía cubierto el pecho con su peto cotidiano, hecho a su medida. Usaba la gorra estilo Carlos V, la que adornaba con una pluma; jubón y calzas rojas, botas altas y negras. Escuchaba con avidez las últimas noticias.

—Se me ha dicho que el nuevo señor de Tenochtitlan es Cuauhtémoc. —¿Cuauhtémoc? Harto joven para semejante mando. ¿No es acaso cierto que siempre los mexicanos eligieron gente de fuerza en la edad para dirigirlos?

—Señor, mi señor, con la enfermedad, todos los grandes y viejos jefes se han muerto. Cuitláhuac murió atormentado por la fiebre y también el señor de Tlacopan; más otros muchos del Consejo que fueron elegidos nuevamente después del triunfo de Otumba. Lo mismo ha sucedido con los jefes de Tlaxcala, señor. La enfermedad ha sido grande. Uno de mis informantes cuenta que en la ciudad de Tenochtitlan han muerto siete de cada diez guerreros y guerreras. Y todos son atacados por el mal. Es por eso que ellos no han logrado reunir un ejército para perseguirte y acosarte señor. Pero pronto lo han de lograr, cuando las embajadas enviadas hasta Michoacán ante el señor Zizintla les dé méritos. Michoacán es una región muy poderosa y los aztecas jamás lograron vencerlos.

Cortés se sorprendió con la información de Malintzin. Como también él tenía sus informantes, dijo:

—Ya les ha dado resultados... Los embajadores del nuevo señor de México fueron sacrificados en los funerales del antiguo señor de Michoacán, de modo que de tales lados del norte nada debemos temer, por el momento...

—Cuauhtémoc tiene fama de valiente desde que era un niño. Su padre fue hijo del famoso Ahuízotl, Señor de señores y creador de la fama de las tres ciudades hasta Nicarao, la región de los grandes lagos...

—No hablemos de política, señora...

—¿De qué vamos a hablar?

—De vuestra belleza, de vuestro futuro, doña Marina —le respondió zalamero.

En tanto que Hernán Cortés hablaba, los ojos de Malintzin se posaban en las flores de juncia que se mecían; eran tantas que parecía como si el lago de Texcoco se hubiera teñido de sangre... Cerró los ojos y fue siguiendo el hilo de sus palabras.

—De allende los mares he venido, señora ¡si será lejos!

Cortés la acariciaba, jugaba con su barbilla morena, le besaba los ojos, pasaba sus manos sobre sus senos, le apretaba los botoncillos ennegrecidos y les daba vueltas como si fueran trompos de alfarero, en tanto que ella seguía escuchando su voz.

—Cuando yo era niño, en Extremadura escuchaba hablar sobre aquestos lugares... Mi patria, Marina, es una tierra de encinas y follajes muy verdes. La encina es un hermoso árbol del pobre y con sus bellotas mi padre cuidaba el ganado mermado que poseía, entre lanar y de cerda, caballar y vacuno... La gente en mi pueblo es pobre y muchos viven en habitaciones aledañas a las rocas desnudas. Medellín es mi ciudad. Ciudad de casas bajas, calles empedradas de guijarros. Las colinas están coronadas por antiguos castillos de brumosos tiempos que ya nadie los recuerda, ni siquiera en los libros. Los castillos tienen enormes torreones como los del castillo de Benalcázar hasta donde mi madre me llevaba a pasear cuando era aún tan pequeño como un manojo de este tular. Mi patria es una región de ganaderos, alta, con vista en lontananza a todas partes... Yo un día os he de conducir de mi mano para que seáis reconocida por todo Medellín como una gran señora... Y por siempre seréis la dueña de mis pensamientos.

—Y... ¿envejeceremos juntos? —preguntó Malintzin, que lo había escuchado con amor. Cortés se sorprendió por la pregunta. Después de meditar un instante la atrajo hacía sí, le descubrió el seno soberbio y fresco como una tinajita nueva, y besándolo murmuró:

—¡... y envejeceremos juntos!

Tres capitanes estaban presentes, el capitán Olid, el capitán Alvarado y el capitán Sandoval. Estaban esperando al nuevo señor de Texcoco. Había como un ambiente de fiesta. Era de mañana y todos se encontraban en el palacio de Nezahualcóyotl.

—Tarda en llegar su majestad, el rey de Texcoco...

—Señor capitán, mucho debemos al señor Tecolotzin.

Habían llegado nuevas mujeres de Castilla con sus maridos.

Vestían de largo, de calado, de primor para estar presentes en el recibimiento del nuevo señor de Texcoco, que el mismo Cortés había designado. Se escuchó una música castellana; también unos tambores. El sonido de una corneta avisó la llegada del visitante. El capitán Sandoval dio el aviso.

—¡Atención!

La tropa se puso en actitud de firmes y presentó armas. En ese momento, ingresó el nuevo señor de Texcoco. Era Tecolotzin. Todos dejaron de reír cuando ingresó en el salón. Venía vestido a la sevillana, y como era grande y gordo, sus movimientos eran amorfos dentro de la vestidura. Su gran barriga le molestaba dentro de los jubones. Calzaba botas de Castilla y llevaba gorra estilo Cortés; espada al cinto, espuelas en los talones de las botas, que le costaba trabajo manejar. Ingresó sonriendo, pero tenía la cara pálida. Cortés se puso nervioso al verle y preguntó discreto:

—¿No será la... enfermedad?

El sacerdote Juan Díaz y Fray Bartolomé de Olmedo habían preparado un altar lleno de flores del lago. Todo era rojo. En el acto se bautizaría al señor Tecolotzin.

¿Aceptáis ser el padrino del señor que en este acto bautizaremos con el nombre cristiano de don Fernando? —preguntó Fray Bartolomé a Cortés. Este se hincó y en actitud de sumisión, respondió:

—Acepto.

Juan Díaz echó agua bendita sobre la cabeza de Tecolotzin en tanto murmuraba:

—*Ego te bautizo in nomine Patris et Fillii...*

Se fueron para sus barrios meditando en las palabras que les había dicho Cuauhtémoc. Se fue el señor de Teopan. Se fue el señor de Moyotlan. Se fue el señor de Aztacalco. Se fue el señor de Cuepopan. Se fueron los que eran los cuatro señores de los grandes barrios de Tenochtitlan. Y cada uno en su bolsa de mecate llevaba el consejo que les había dado Cuauhtémoc.

—Si los itzcuintlis se apoderan de nuestra ciudad, la miseria tapará las goteras en nuestras casas. En la misma forma en que viene

la lluvia sobre el lago, así será el principio de la discordia, el principio de la miseria, el principio de la limosna, el principio de que siempre vivamos en harapos, en el padecimiento.

Les dijo que había enviado embajadores a Tlaxcala, Acalhuacan, Huexotzinco; y hasta a las lejanas tierras de los totonacas; a los lejanos mixtecas, los otomís; a Tlahuacan, a los cohuicas, y a los matlatzincas.

—Algunos se orinan al escuchar el nombre de Topiltzin —agregó lleno de tristeza–. En Michoacán el señor Zizintla sacrificó a nuestros embajadores para celebrar la muerte del viejo Zangua...

Los nuevos señores de Texcoco, Tlacopan y Tenochtitlan escucharon el plan de Matla una vez que se marcharon los señores de los cuatro barrios de Tenochtitlan. Ahí estaban el nuevo señor de Texcoco, Coanacotzin; y el nuevo señor de Tlacopan, Tetlepanequetzal. Los tres sabían lo que había pasado en el Consejo de los pueblos de Tlaxcala. Los señores de Tepeticpac, Tizatlan, Ocotelolco y Quiahuiztlan no habían dividido su rostro y estaban de frente con el Topiltzin y todos sus itzcuintlis.

—Tenemos que seguir el camino que nos trazó nuestro señor ya muerto, Cuitláhuac, Llamada del Agua.

—Esta vez todo lo tengo preparado —dijo Matla—, nuestros guerreros que ven en la noche y en el día, nos han informado que Topiltzin pasa las noches jugando naipes, tomando vino, y con dos capitanes más, amanece en ese lugar. Nuestros escuchas de la noche nos dicen que cuando se emborracha se va a su hamaca con la sobrina de Malintzin y así duerme.

—Matla siguió explicando el plan para terminar diciendo: —Esta noche será. Ya hemos preparado los mecates.

Ya hemos preparado los danzantes. Ya hemos preparado el camino. Lo vamos a capturar vivo... y mañana lo llevaremos a vender al mercado de Acolman, el mercado de los perros...

Llegó la noche. Ya el canto del caracol había oradado los silencios. Ya el señor Sacerdote había terminado su danza de oración ante nuestro señor Tezcatlipoca. Desde cien canoas escondidas, por entre las juncias del lago, se lanzaron al agua quinientos nadadores. Todos llevaban mecates largos. Los primeros en llegar fueron los aserradores, que en el silencio empezaron a serrar las estacas que mantenían la chinampa pegada a la tierra. Era la chinampa de la Casa de la Flor. Estaba unida a la tierra por una pequeña calzada de mil

metros. Era tan angosta que solamente un caballo podía pasar. Dentro de ella todo era lujo, pues la casa había pertenecido a un gran señor de Texcoco, muerto por la enfermedad de los temblores.

La Casa de la Flor medía doscientos codos por lado y así en toda su extensión. Dentro de ella había tapices y una alberca de agua dulce, muchas flores y jardines. A veces las subidas del lago la levantaban un poco, pero casi siempre se mecía con el vaivén de las olas. En cada una de las esquinas iba y venía un centinela que se cruzaba con otro y se daban la consigna del día. Eran los que cuidaban de la alegría de Hernán Cortés, del sueño de Hernán Cortés.

Los nadadores bajo el agua fueron cortando una a una todas las estacas. Luego ataron la isla entera, la chinampa entera, la casa entera, que flotaba sobre el agua. Pero antes, con mucho cuidado, metieron dentro de sus redes para cazar pájaros de la laguna a los centinelas; uno a uno, hasta que no quedó nadie para dar aviso. Dentro de la Casa de la Flor se escuchaban gritos, cantos, charlas de mujeres, juramentos. Dentro de la Casa de la Flor estaba la alegría. La isla, la Casa de la Flor, fue jalada sobre las aguas del lago dos kilómetros de distancia, en mitad de la noche.

En la estancia, gozaban los castellanos con sus mujeres; cuando se dieron cuenta ya estaban invadidos por los guerreros Ocelotl, Águila, Jaguar. Un capitán Núñez quiso tomar la espada y le atravesaron el corazón. Las mujeres desnudas corrieron a buscar refugio detrás de los amplios cortinajes. Los castellanos se quedaron asombrados cuando delante de ellos vieron a la odiada y temida mujer Matla. Estaba ahí, vestida de verde con una espada toledana en sus manos. Detrás de ella, unos capitanes Águila y unos señores Jaguar.

—¿Topiltzin? —preguntó.

—Nuestro señor, capitán Hernán Cortés —respondió uno de los capitanes—, no vino esta noche, celebró consejo hasta altas horas de la noche con sus hombres y... —No pudo terminar el informe.

La chinampa sobre la que estaba construida la Casa de la Flor amaneció flotando a la deriva, llevada por la corriente del lago.

—Todo lo que el cristiano no puede entender, es cosa de satanás —dijo el sacerdote Juan Díaz.

—Amén —respondió Fray Bartolomé de Olmedo.

Por eso pasó lo que sucedió frente al palacio principal, en la plaza de Texcoco. Aconteció ahí, entre los jardines, cerca de las fuentes, a un lado del altar de Nezahualcóyotl. Primero llegaron los guerreros de Tlaxcala que traían cargas y más cargas de leña, hasta hacer una pila aquí, otra allá, y aquella más allá. Y muchos soldados castellanos en vigilia para que las cosas se hicieran de acuerdo con los consejos del padre Juan Díaz. Los viejos sacerdotes de Texcoco miraban con gran opresión en su pecho todo lo que estaba pasando y que ellos no podían entender, solo recordaban los viejos libros.

Vendrán los días de la miseria... del abandono... de la ignorancia... de un pasado saber... de que nuestros hijos ya no serán nuestros hijos, sino medio hijos y nuestras vírgenes del sol serán ofrecidas a los cerdos.

Fray Bartolomé de Olmedo, frente a una de las más grandes pilas de leña, ordenó prenderle fuego. Un guerrero de Tlaxcala se acercó a cada pila de leña y con un cuenco de aceite negro las rociaba, mientras otro les prendía fuego. Fray Bartolomé levantó la mano blanca y bendijo las llamas que subían al ciclo rodeadas de un humo negro. Después, ingresó en el interior de un palacio. Era la biblioteca del palacio de Nezahualcóyotl, donde estaba la historia de los pueblos, los libros de poesía, los libros para curar las enfermedades de los hombres, los libros para hacer jardines, los libros de la historia de los hombres, sus familias, y las familias antes de esas familias. Los libros de viajes, los libros de pájaros, los que contaban de la siembra de las tierras; las cartas de los viejos pueblos que enviaron a Texcoco. Estaban, además, las obras de teatro, de sabiduría; los estudios sobre los diez planetas que giran alrededor del sol, los círculos redondos de la tierra las cuatro esquinas del horizonte. Libros de educación, de medicina, de cirugía, de cómo la sangre da vueltas en el cuerpo, de la forma en que se encuentran los huesos; de la vida de los volcanes, los habitantes del mar, los idiomas de la tierra y tantas y tantas cosas.

Miles de libros se guardaban en ese inmenso salón que era la biblioteca de Nezahualcóyotl, al centro del cual se encontraba el Viejo del Fuego. Era el dios de la sabiduría, ante el que siempre ardía una llama. Unas sacerdotisas, con la cabeza rapada, cuidaban de que esa llama se apagara hasta el fin del siglo de los cincuenta y dos años; fueron las primeras en volverlo a prender cuando los sacerdotes regresaron con el fuego de la vida desde el cerro de la Estrella.

Alrededor del salón había muchos asientos fabricados con tallos secos de las juncias del lago. Fray Bartolomé de Olmedo se dirigió hasta uno de los capitanes de Castilla y Aragón, próximos a otros

capitanes de Tlaxcala. Unos y otros se ocuparon de arrancar lienzos de las paredes, de borrar con agua, jabón y escoba los murales y de pasar de nuevo cal para que las paredes quedaran blancas.

—Allá, en aquella esquina, donde se adoraba al diablo, debe ubicarse el Altar de María.

Desde todos los lugares lanzó al centro una enorme cantidad de libros. Todos los libros tenían cubiertas de madera; algunos, forros de oro y de plata, que los castellanos se preocupaban de destrozar. Fray Bartolomé se acercó y examinó los libros. Uno de los capitanes le enseñó uno de ellos que estaba doblado como un biombo chino y que alcanzaba cuarenta metros de largo y dos palmos de ancho.

—Son cosas del diablo, escritos de la brujería. ¡Cáeseme el alma a los pies cuando esto veo!

Hizo la señal de la cruz sobre el libro que estaba abierto, acompañándola con un gesto de horror por lo que observaba. Miró con agrado cómo los soldados de Castilla sacaban los libros en angarillas y los echaban en las hogueras.

Sacerdotisas y sacerdotes de Texcoco miraban todo en silencio, pero con lágrimas en los ojos. Una sacerdotisa rapada, dijo:

—Al quemar los libros se nos quema también el corazón... Desde este día aciago seremos mudos eternamente, sin saber de la huella que dejaron nuestros antepasados por la vida.

Fray Bartolomé de Olmedo, por medio del intérprete Castañeda, habló a un sacerdote de Texcoco.

—Vuestros libros son creaciones del infierno y estorban. Los caminos de Dios... solamente el fuego puede purificarlos.

—Nuestro pasado señor Nezahualcóyotl —respondió el sacerdote con dignidad—, nos enseñó que solo existe un Dios, y a él le dedicamos todo lo que se ha guardado en este palacio.

La biblioteca del palacio de Nezahualcóyotl empezó a arder en esa tarde, y ardió durante tres semanas...

En el más grande, el más extenso, el más hermoso, el más amado de todos los palacios del señor Nezahualcóyotl, se celebraría la almoneda.

—Solamente viejas quedan para nosotros —murmuró un soldado. Y otros continuaron la conversación de la protesta, del descontento.

—Nosotros lo hemos ganado todo, mas lo mejor quédase para el capitán y los otros señores, y mirad lo que nos tiran a la espalda.

Yo os digo que es hasta mala forma de repartir el quinto. ¡De aquesto a lo que pensábamos, voto a tal!

—Solamente viejas feas, viejas enfermas, viejas chupadas. Lo repito, es lo que nos están dejando. Míseros vejestorios desarticulados que ya ni sienten, ni tienen lo que ellos llaman tetas, como buenas nalgas, que ya son...

—Cacastes, ellos las llaman cacastes...

—Eso es... cacastes... En tanto que las bonitas, las que una vez estuvieron dedicadas al Sol, esas, las toman ellos a manos llenas. Observad a nuestro capitán; cada día amanece borracho en los brazos de una nueva india.

Terminada la murmuración, ingresaron en el palacio junto con otros castellanos. Adentro estaban cien mujeres, unas bonitas, otras feas, unas muy viejas, algunas gordas; unas sin dientes, o con los dientes bien arreglados. Los hombres y los niños reunidos tenían en el rostro la marca “G”de “guerra”que se les estampó con un hierro al rojo vivo. Todos estaban recién marcados y los niños todavía lloraban.

Las mujeres tenían el hombro chamuscado, ahí se les había puesto la marca. El ambiente aún olía a carne quemada. Algunas mujeres muy bonitas estaban con el busto al viento y sus rostros llenos de seriedad. Los hombres permanecían atados, unos con otros, a una enorme cadena. Algunos tenían la marca de la “G ”infestada. No obstante, todos ponían cuidado en la subasta que hacía un actuario del rey.

—Y agora, esta mujer...

El secretario de la subasta intentó tomar nota de la mujer que se subastaba. Era vieja, fea, muy gorda, las tetas fláccidas le caían sobre su barriga, enorme, como de mujer embarazada. La mujer, asustada y curiosa, reía en forma estúpida. Se escucharon gritos de protesta entre los soldados.

—No, esa no; queremos también las bonitas.

—Antes de iniciar la subasta —explicó el subastador—, hemos dicho que las mujeres bonitas son propiedad de la corona de Castilla y Aragón...

—Su majestad, Carlos V, está lejos... y, además, a doña Juana no le servirían para nada aquestas hembras bonitas —y tomándose las verijas entre las manos, el soldado agregó gritando—: Yo las necesito aquí...

Se oyeron gritos y aplausos por la salida del soldado, quien se quitó el sombrero y saludó a todos con una reverencia.

—El rey no ha de menester mujeres, nosotros sí...

—Sí... sí... sí... sí...

—Vamos a interrumpir esta subasta para consultar con el capitán Hernán Cortés —dijo un tanto turbado el subastador.

—Por una hora se suspende esta almoneda —señaló el secretario de la corona.

El subastador informó a Cortés el problema que se había presentado en el salón de la subasta. Cortés escuchaba, con él estaban los hermanos Alvarado y Fray Bartolomé de Olmedo con su túnica blanca y oro. Uno de los hermanos Alvarado habló:

—Cunde la zozobra y malestar entre los soldados, pues se ha dejado para el quinto de la tropa a las viejas más feas y desaliñadas y ellos desean, a mi salvaguarda con razón, optar también por mujeres bonitas... Dicen que el rey está lejos y que la Iglesia no las necesita...

Vos sabéis capitán, que el olor a mujer, que han padecido ellos en mucho tiempo, enloquece los sentidos de los soldados.

—Con lo que denotan buen gusto y sabia decisión —respondió Cortés—. Están en lo justo.

Todos se ajustaron a la risa de Hernán Cortés. Al ingresar este, el fraile Olmedo y los capitanes, en el salón de la venta pública se impuso el silencio y cesaron las murmuraciones. El subastador anunció con gran solemnidad:

—El Consejo de capitanes con Hernán Cortés a la cabeza ha decidido que las mujeres muy bonitas también sean subastadas a la tropa.

—¡Hurra, hurra!

Desde el fondo del gran salón un soldado empezó a tocar una mandolina y se escuchó un coro entonando una vieja canción de los barqueros del río Guadalquivir. Cortés levantó la mano pidiendo silencio y agregó a las palabras del subastador:

—He decidido, además, que esta almoneda se haga por rifas... en aquesta forma será la suerte quien depare una mujer bonita o no.

—¿Y el quinto de sus majestades serenísimas? —preguntó quedamente el subastador a Hernán Cortés.

—Ellos tienen razón... Sus serenísimas majestades están muy lejos y, además, es verdad la pregunta de qué haría doña Juana con una soberbia india de estas, desnuda en la cama. —y se puso un dedo sobre la sien para aludir a la locura de doña Juana. Ambos rieron.

La venta pública se reanudó. Después de que el secretario había confeccionado los números, el subastador explicó:

—Para que no hagáis discordia, todo se hará conforme a la presencia de nuestro digno señor Fray Bartolomé de Olmedo —y señaló al fraile que, metido en su traje talar de blanco y oro, había tomado asiento a la diestra de Hernán Cortés.

La música siguió. Todo era risa, gritos y alegrías.

—Entre los cien primeros favorecidos vamos a comenzar por estas diez primeras lindas mujeres...

Subieron al estrado diez mujeres de Tenochtitlan de una regia hermosura.

—La regla desta subasta será una puja no menor a una onza de oro por cabeza y entre ellas...

—¿Vírgenes serán? —interrumpió un soldado.

La pregunta hizo cundir el silencio. Era un silencio de asombro. Nadie había pensado en la pregunta que hacía Nuño, el soldado de la flauta, el que bailaba el pasodoble andaluz como nadie. De nuevo los soldados se alborotaron preguntando lo mismo. ¿Eran vírgenes o no? El subastador se confundió, miró de reojo al secretario y después a Hernán Cortés.

—¿Cómo diablos queréis que esté enterado de ello? —respondió. —Representáis al quinto del Rey... debías de saberlo.

¿Acaso no es vuestro negocio?

Hubo una gritería de soldados, que celebraban con vino del que habían descubierto entre los campesinos de Texcoco, y miraron con muchas ansias a las mujeres que, rodeadas de silencio e indiferencia, estaban en el estrado de la subasta.

—Tenemos el derecho a saber si la mujer que sacamos en almoneda es virgen o no...

—¡Sí, sí, eso queremos…!

—¡Silencio, silencio!

De nuevo se consultó a Hernán Cortés, quien decidió que los soldados tenían razón, pero dudaba sobre el camino a seguir. En un instante, Cortés posó su mirada en Fray Bartolomé de Olmedo, que se sonrojó hasta la raíz de las orejas.

—La mujer virgen subirá a diez onzas de oro... —advirtió el subastador después de consultar con el secretario.

Aplausos... hurras. Un soldado bailó un pasodoble sobre una mesa. Sonó la música. El subastador impuso de nuevo silencio y orden. Tomaron un acuerdo: un dedo extendido, virgen, un círculo entre el dedo índice y pulgar, mujer parida... Trajeron un toldo, y dentro del mismo se ubicó en un asiento a Fray Bartolomé de Olmedo. Las mujeres iban entrando y salían arreglándose la enagua o el huipil. Silencio entre la audiencia. El subastador tiró del huipil de la muchacha que había sido examinada y mostró los senos bonitos y llenos, espléndidos. La muchacha altiva lo dejaba hacer. Un momento de silencio.

—Esta hermosa pieza vale...

Los ojos de los espectadores se posaron en lo alto de la cortina, tras de la cual estaba Fray Bartolomé de Olmedo y desde donde había salido la muchacha. Fray Bartolomé levantó sobre la cortina un dedo erecto, el dedo del corazón de la mano izquierda.

¡Esta mujer vale cinco onzas de oro!

—Ofrezco seis onzas...

—Por ella diez onzas de oro y mis calzas...

◆◆◆

XXIV

El señor Cuauhtémoc era preparado por un grupo de señores sacerdotes del Templo para ser ungido como señor de mar a mar. Señor de señores, señor de las Costas, señor del Triunfo, señor de los Lagos, señor del Consejo de las Naciones de Tlacopan, Tenochtitlan y Texcoco. Sería el nuevo Tlatoani de México Tenochtitlan. Su madre Tiyacapatzin le hizo una visita para darle su bendición. Era una mujer mayor rodeada con un intenso aire de seguridad y rígida firmeza:

—Hijo mío, cuando viniste al mundo yo te coloqué en la estera, te puse sobre el petate, yo, tu madre. Yo te coloqué las armas de tu abuelo el gran Ahuizotl. Te coloqué el escudo y los dardos y las flechas. Todo lo que tu abuelo tenía y que fueron las armas con las que conquistó un gran territorio para México, para las Naciones de Anáhuac, desde las lejanas tierras de Nicarao hasta la región Tlapaneca, hasta la región mixteca, hasta la región zapoteca; desde la región de Tehuantepec y hasta la región de Socomusco... Tu abuelo estaría contento de que fueras un tenocha... tu disciplina, tu valor le hicieron señor de Tlatelolco. —Le mostró con la mirada todos los lugares hermosos del palacio y agregó—: Esta casa donde has nacido no fue sino tu nido... como un nido de palomas. Aquí viniste al mundo —y mostró su vientre. Después, subió la mano hasta el corazón.

—Desde aquí saliste para este mundo. Desde aquí has brotado varón. Desde aquí has nacido; aquí, cerca de mi corazón has florecido... Pero hoy te apartan de tu madre para servir al gran México Tenochtitlan que es el pueblo del que ahora serás su único hijo y su padre y su madre; su hermano, su hermanita, y toda la vida para la cual están llamados a luchar y morir los guerreros Águila como tú a nombre de nuestro señor Quetzalcóatl...

Haz caminos buenos, hijo mío. Caminos con muchas flores hijo mío. Y haz que la vida florezca a tu paso. Hoy que te apartas de tu madre como un pedazo de pie que libre corre su propio camino... —Puso sus manos con suavidad sobre la cabeza de su hijo y murmuró: —Tu propia tierra desde ahora ya no es solamente Tenochtitlan sino las otras naciones de Tlacopan y Texcoco y las demás que nos llamen a la lucha. Desde ahora estás prometido a dios nuestro señor Huitzilopchtli, para siempre, por encima de las mañanas y más allá de

las tardes brumosas... Estás destinado al campo donde brota la guerra como una semilla en la primavera; donde nace la guerra para lograr la libertad de tu pueblo y la felicidad de los pueblos. Tu oficio es la guerra. Tu oficio es dar de beber al Sol la sangre de los enemigos y dar de comer a la tierra. —Entregó a su hijo un ramo de las espinas del maguey y finalmente le dijo:

—Yo te doy la espina de maguey... Pero también hoy recibes la caña del mando y la ofrenda de Itzcóatl... ¡Hijo mío, vive, lucha y muere por la libertad de los pueblos de Anáhuac y que todo te lo provea y te lo adorne aquel que todo lo sabe, que está sobre la vida y en todo lugar, nuestro señor Tezcatlipoca!

Ya se preparaban para el llanto. Sabían que las lágrimas iban a gotear sobre Tlatelolco, encima de Tenochtitlan, en el agua de la laguna. La mayoría de los grandes guerreros se habían ido. Las mejores guerreras de Tenochtitlan se fueron con la muerte de muertes cuando vino el huezahuatl, la peste negra... Ya el llanto se extendería ante la mirada fiera del dios Negro Tezcatlipoca, del dios Blanco Quetzalcóatl, del dios Azul Huitzilopochtli. Esta mañana no sería la guerra rosada de las flores.

La mañana se fue abriendo sobre la ciudad... La estrella de la mañana estaba alumbrando. El primer rayo de sol iluminaba el templo de Tezcatlipoca y el templo de Tláloc. La punta del alba estaba frente al camino del sol. Miles de canoas se acercaron a Tenochtitlan. Sobre el rayo del sol se dibujaba la figura de un sacerdote cantor, de un sacerdote danzarín. Y sonó el caracol. Y sonó la flauta. Y sonó el tambor. El sacerdote terminó la danza y después cantó. Su canto era llevado por el aire a todos lados. Cantó la primera canción de la mañana:

¡Oh tú, corazón del cielo corazón de la tierra
Míranos, escúchanos, no nos dejes, no nos desampares!
¡Oh Dios que estás en el cielo, sobre la tierra,
por el camino de las estrellas, danos nuestra descendencia, nuestra sucesión
mientras camine el sol y haya claridad! ¡Que amanezca, que llegue la aurora!
Danos muchos buenos caminos.
Caminos planos.

¡Que todos los pueblos tengan paz, mucha paz y sean felices!
Danos buena vida y útil existencia Abuela del Sol.
Abuela de la Luz.
¡Que amanezca, que llegue la aurora...!

El templo de nuestro señor Huitzilopochtli estaba siempre mirando de este a oeste; y en la mañana, las escalinatas contaban la salida del Sol. Todo, en el Recinto Sagrado de los Templos. De aquí hasta allá, cuatrocientos metros. Desde allá al otro lado, cuatrocientos metros. Del otro lado hasta aquella orilla, cuatrocientos metros. De aquella orilla hasta este mismo lugar, cuatrocientos metros.

Las puertas por donde ingresaba la gente estaban adornadas de flores. Así la Puerta del Águila que iba directo a Tlacopan; la puerta de Tezcaquiahuecac, desde donde se veía la capilla y que salía a la calzada de Ixtapalapa. Y la puerta de Acatlyapan. Había miles de flores en la puerta de Huitznahuac. Desde aquí se veía el canal tolteca Acalolo por donde Hernán Cortés salió corriendo de primero en la noche de la alegría del pueblo azteca, en que hicieron falta tlamayocatl para encerrar a los cautivos.

Las muchachas venían con sus nenúfares rojos de la laguna en sus cabellos; los hombres con su cabellera de grana para simular que iban a la lucha. En las varillas del Templo Zopantli estaban muchas cabezas de castellanos, de aragoneses, de caballos; y todas secas por el sol.

Todos los habitantes que venían desde muy lejos o que habitaban el Recinto Mayor irrumpieron con ramos de flores en las manos. Se inició la fiesta. Se escucharon los pitos, los tambores. El huehuetl del Templo sonó como ronco, como lejano. Los tambores tenían cueros nuevos que producían sonidos quejumbrosos que rememoraban aquellas tierras cálidas, frías, con vientos, desoladas de Castilla la vieja. Los visitantes se pasaban la alegría de mano a mano y de sonrisa en sonrisa.

Frente a las gradas del Templo Mayor donde el sol ya doraba había un estrado vacío. Algunos ancianos del pueblo velaban junto a él, y otros ancianos permanecían en una larga fila frente al templo del señor Quetzalcóatl. El estrado estaba lleno de flores rojas, nenúfares rojos de los canales, de los jardines flotantes. Esperando estaban los señores de Texcoco y los señores de Tlacopan. La ciudad de Tenochtitlan había sido restaurada desde la última batalla en que Cortés huyó y lloró como una mujercilla sin enaguas. Luego, el silencio...

Guerreros Jaguares y guerreros Águilas empujaron a un hombre, un mancebo. Estaba totalmente desnudo y con el cuerpo teñido de negro. Solamente los pies no los tenía teñidos. Conforme el hombre entraba en el Recinto Mayor guiado a golpes y empujones por los caballeros, la gente del pueblo lo insultaba, lo empujaba también, lo escupía. El tiñoso, el de color de zopilote, el insultado, el escupido; se detuvo frente al estrado vacío a cuyo lado estaban los ancianos y las señoras de Tlacopan, Tenochtitlan y Texcoco. Con una gran señal de humildad, el tiñoso cubierto de salivas que le resbalaban por el cuerpo se inclinó, puso la rodilla y la mano en tierra y la besó. El gesto de humildad hizo que el pueblo, ahí reunido por miles guardara silencio un instante. Los viejos le gritaron a coro:

—Mírate lo que eres... No eres nadie. Eres menos que una piedra. Eres un miserable. Eres un tallo del tular...

Se multiplicaron los insultos y de nuevo le tiraron salivazos a la cabeza y sobre el rostro. El tiñoso, el hombre inclinado, soportó con reverencia y humildad. Un sacerdote empezó entonces a bailar una danza alrededor de él. Después que terminó la danza, apareció un grupo de mujeres muy hermosas coronadas con flores rojas. Con grandes cuencos de cerámica empezaron a bañar al hombre, a limpiarlo con mantos blancos y bordados de rojo y de malva. Y aparecieron las facciones del hombre. Era Cuauhtémoc, señor de Tlatelolco. Después que las doncellas lo bañaron, se acercó un Caballero Águila y le vistió con una túnica bellamente bordada que mostraba entre sus pliegues el símbolo del sol y un águila que caía. Era el glifo de Cuauhtémoc bordado en la túnica. Después del aderezo por el Caballero Águila, Cuauhtémoc quedó espléndidamente vestido. Le acercaron una pipa de oro con dos cañitas para que fumara tabaco. Una cañita por cada ventanilla de la nariz. Unos sacerdotes con los trajes del caracol, cascabeles en las rodillas, danzaron un minuto alrededor de él. El sacerdote mayor del templo de Quetzalcóatl se adelantó y dirigió unas palabras a Cuauhtémoc con gran dignidad. Expectantes se mostraban los rostros de Matla, de la madre de Cuauhtémoc y de la viuda de Cuitláhuac, que estaba destinada a ser la esposa del nuevo señor de Tenochtitlan. El rostro de todos los demás estaba alegre.

—Quítenle la ropa.

Un sacerdote Águila le quitó la tilma bordada con el águila que caía, que significaba el nombre del nuevo señor de Tenochtitlan. Los señores de Tlacopan y de Texcoco que se encontraban a su lado, se pusieron de pie. Ellos también eran los nuevos señores de Tlacopan y

de Texcoco. El señor Coanacotzin, señor de Texcoco, y el señor Tetlepanequetzalzin, de Tlacopan. Un sacerdote enano empezó a danzar alrededor de Cuauhtémoc en tanto que otro lanzaba sobre su cabeza agua consagrada de los dioses. Cuauhtémoc con humildad mantenía una rodilla en la tierra y su mano sobre el piso. Los sacerdotes lo invitaron a levantarse. Colocaron sobre su cuerpo un manto muy fino pintado con cráneos y huesos. El Señor Tetlepanequetzalzin se dirigió a Cuauhtémoc y le gritó con palabras altas para que toda la gente lo escuchara:

Señor mío, mira cómo te han honrado tus caballeros y amigos para que hables a nombre de Tenochtitlan, Tlacopan y Texcoco. Ya serás señor de mar a mar, Señor de señores, señor de la Guerra, señor del templo de nuestro dios Quetzalcóatl. Tendrás cuidado sobre los pueblos que te han de obedecer y los cuidarás como a hijos, y los amarás. Cuidarás que tus hijos no sean agraviados ni maltratados por nadie. Debes amar y amparar la justicia. Observa que todos los ojos de la gente de la laguna de la ciudad, de los caminos, de las montañas, están puestos sobre ti. Eres el que ha de regir y dar órdenes a todas las tierras lejanas y cercanas. Mira en tener mucho cuidado, debes velar mucho no falten ofrendas de sangre al sol, a la tierra, a la lluvia, al viento, a Dios, para que los dioses tengan a bien que el sol termine su curso alrededor de la tierra.

Después de un silencio, Cuauhtémoc respondió, siempre con los ojos bajos, mirando la tierra:

—Yo sé que el poder pasará sobre mi vida como un sueño y que en breve acabará mi vida. Yo sé que serán pocos los años y los días que llevaré este mando sobre los hombros. Yo llevaré esta carga con dignidad, como la llevaron nuestros abuelos. Y serán dignos mis caminos tras las huellas del amor que me han marcado con dignidad, con orgullo, con valentía, mis señores pasados Moctezuma Xocoyotzin y el Señor Cuitláhuac. Yo sé que es grave mi responsabilidad y de gran fatiga y sé que en mi vida serán más las causas para la humillación que las grandes alegrías.

—¡Que nuestro padre el Sol guíe todos tus pasos por los caminos de la vida! —le respondió el sacerdote del Templo Mayor de Tezcatlipoca.

En Tlaxcala, en el palacio de Xicoténcatl el viejo, el señor capitán Xicoténcatl el joven había recibido al capitán Andrés de Tapia, el más

joven y audaz entre los capitanes de Hernán Cortés. Estaban sentados ante la mesa baja, tejida de mimbres del río y sobre la mesa había muchas frutas. Un tanto alejado, estaba un enorme brasero sobre el que las manos de una niña arrojaban puñados de copal para dar aroma a la estancia, frente a la imagen del dios de Tlaxcala. Acompañaba al capitán Andrés de Tapia, don Diego de Ordaz. Xicoténcatl el joven ofreció vino al capitán Tapia. Era vino de la tierra, de la miel de las montañas de Tlaxcala. Andrés de Tapia rechazó el vino de mezcal que se le ofrecía y bebió de su propia bota. Con ellos se hallaba el capitán Rodrigo de Castañeda, quien traducía las palabras de Xicoténcatl. Andrés de Tapia dijo:

—El buen vino y la espada de Castilla van juntos por el mundo. Somos como hermanos, dos cartas de la misma baraja. Xicoténcatl no entendió muy bien la traducción de Castañeda y preguntó:

—¿Por qué?

—El vino ha hecho grande a nuestro ejército. Nunca nos faltó el vino en una guerra de ochocientos años.

—¿Tantos años de lucha?

—Ochocientos años...

—¿No conocen la paz? ¿Tienen que vivir siempre en mitad de muchas guerras floridas? ¿Tienen odio entre los pueblos?

—Castilla y Aragón son dos naciones unidas por la gracia de Dios en las personas de nuestros amados señores don Carlos I de España, que Dios haga feliz, y de doña Juana de Castilla y Aragón, a quien la Virgen María proteja siempre. No, no, entre nosotros habemos paz —se corrigió Andrés de Tapia—, pero sucede que frente a las costas de nuestra gran nación existe un mar ancho y largo que llamamos desde el tiempo de Roma Mare Nostrum y en sus orillas habitan los infieles.

—¿Infieles?

—Hombres y mujeres que adoran a Lucifer y cuyas armas están condenadas al fuego eterno, al lugar de las bestias. Profeta de los infieles dizque fue un tal Mahoma, hombre, a lo que me alcanza, al servicio del diablo...

—Fue necesario echarlos de nuestras tierras —intervino el capitán Ordaz—. Y a todos los pueblos de Castilla y Aragón dar la batalla durante ochocientos años. Nuestros amados reyes de Castilla y

Aragón, doña Isabel y don Fernando, ilustres padres y abuelos de nuestros soberanos de agora, pudieron, con la gracia del Apóstol Santiago, echarles para siempre de nuestros mares.

—Sí... sí, así, durante ochocientos años...

—Me han dicho que hay otros pueblos en esa nación de donde vienes...

—Pero no cuentan, no cuentan, los valientes vienen solamente de Castilla y Aragón... Fueron ochocientos años. No dejamos piedra sin mover para lanzarlos al mar... ¡Como que la hicimos buena!

—Si fueron a la guerra durante tantísimos siglos sin poderles ganar nunca a los que llaman infieles... significa que como guerreros tus soldados no son muy favorecidos por tu Dios...

—¿Dudáis acaso de nuestro valor? —contestó ofendido Tapia—. ¿No habéis visto nuestra fuerza?—. ¿No os hemos vencido en una sola noche? Para nosotros vencer a los guerreros de Tlaxcala fue más fácil que respirar el aire...

—Nos han vencido, cierto, pero no tan fácil como respirar el aire... Nuestros señores de los Pueblos y mi amado padre no quisieron que nosotros te batalláramos con todo el poder de nuestra fuerza.

—Es que nosotros somos dioses...

—Entonces... ¿por qué mueren tan fácilmente?

—Nosotros no morimos... Nuestra alma es inmortal. Al mismo momento de morir renacemos en la gloria de Dios.

—Nuestros guerreros también renacen en la gloria del Sol. Nuestra muerte es rosada.

Ya todos estaban un poco pasados por el vino.

—Somos los hijos de los dioses, diría yo. Sin pasarme de poner las penas al cuerpo.

—Encontré a un viejo soldado de los tuyos llorando en un camino —contó Xicoténcatl—. Uno de tus hermanos capitanes trataba de animarlo y el soldado lloraba más y más, y al final se quedó tirado junto a un río por miedo a seguir adelante. Eso lo vi yo... En cambio, nuestros guerreros no saben llorar nunca... Y nosotros estamos sobre el

dolor.

Andrés de Tapia y Diego de Ordaz lanzaron una carcajada, seguidos por el capitán Castañeda. Les daba risa saber que los capitanes de Tlaxcala no sentían dolor. Xicoténcatl le hizo un gesto a uno de los guerreros que había estado detrás suyo y que no había tomado vino. Colocó su mano izquierda sobre la mesa con la palma para arriba y el guerrero de Tlaxcala le clavó un puñal de obsidiana con un golpe seco a la mesa. Xicoténcatl no movió ni un músculo. Los capitanes de Castilla pararon en seco la carcajada. Xicoténcatl se quitó el puñal de la herida que ya sangraba profundamente, tomó la mano de Andrés de Tapia y le puso el arma manchada para que repitiera lo mismo. Tapia no tomó el puñal. Junto a ellos también estaba un soldado llamado Bermejo, famoso por cantante y danzarín. Xicoténcatl tomó la mano de Bermejo y la puso sobre la mesa; y de nuevo ofreció el puñal al capitán Tapia. El soldado de Castilla miró al capitán Tapia con temor, pero no quitó la mano cuya palma estaba hacia arriba. Andrés de Tapia tomó el puñal, parecía que lo iba clavar sobre la palma de la mano de un soldado, pero al ver los ojos de miedo que tenía el hombre, tiró el puñal contra el pecho de Xicoténcatl y abandonó intempestivamente el salón seguido por los capitanes Ordaz, Castañeda y sus soldados de guardia. Xicoténcatl lo siguió con la mirada, tornó a contemplar a los guerreros que le acompañaban y sonrió. Ellos le respondieron con una mirada de inteligencia.

—Mi padre y los señores del Consejo de las ciudades de Tlaxcala están equivocados... No son dioses... No son hijos de Dios...

Desde lo alto de una montaña observaban Cuauhtémoc, Matla y varios capitanes aztecas. Los ojos de todos se dirigían hacia el valle, donde los caballos corrían y gritaban los soldados. Matla advirtió:

—La corneta de aquel hombre hace las veces de nuestro caracol de guerra. Dice adelante, atrás, al costado, detenerse, avanzar, acudir con más refuerzos. La corneta es la lengua del jefe en cada cuadrilla...

Miles de guerreros de Tlaxcala hacían ejercicios de guerra bajo las órdenes de los capitanes de Castilla y Aragón. Desde el cerro se podía observar cómo se hacían duchos en lanzar la jabalina, en usar la espada, en tirar la ballesta.

—Ya están casi listos para regresar —dijo sombrío Cuauhtémoc. —Regresarán como el viento, señor.

—Señora, vendrán con más odio en mitad de los ojos.

—Señor... son como el viento, como el aire; jamás entrarán en Tenochtitlan con esos ejercicios...

Cuauhtémoc escuchó las palabras de Matla y le miró a los ojos, pero no respondió nada. En el horizonte, la carrera de los caballos levantó el polvo. Se escucharon las cornetas... los tambores de guerra del ejército de Castilla, y los gritos de Cortés, el enano, el temible, el apestoso...

—Después de la batalla, lo venderemos en el mercado de Acolman... señor... —concluyó Matla.

Tres mil personas se encontraban alrededor de un gran salón del palacio de Cuauhtémoc en Tenochtitlan. Danzarinas muy hermosas hacían juegos con sus cuerpos ante las llamas de un brasero, dentro del cual unas niñas lanzaban hojas de copal y de ocote. Los señores sacerdotes iban de una a otra persona, de uno a otro grupo, sahumándolos. Ingresó Cuauhtémoc con toda su majestad, como jefe supremo de México Tenochtitlan. La señora Tecuichpo, hija de Moctezuma, viuda de Cuitláhuac, entró sola en el salón. Llevaba sobre la cabeza la insignia que la distinguía como hija del señor Moctezuma, cuya tristeza y recuerdo todos llevaban en el alma. El primer gran sacerdote paró a los dos ante un estrado. Cuauhtémoc a la izquierda, Tecuichpo a la derecha. Lo ató con una manta y ellos sonrieron. Una sacerdotisa lanzó flores al brasero. El sacerdote colocó luego flores sobre el cuello de los novios y cubrió con guirnaldas sus cabezas. Les puso una manta blanca que tenía pintada la muerte en negro. Los dos novios iniciaron una danza seguidos por el sacerdote que, a pesar de su ancianidad, llevaba el compás de los pies de la audiencia y del gemido de los caracoles. Cuando terminó la danza, otro sacerdote se acercó y les lanzó perfume.

Desde lo alto de los cerros, siguiendo a Cuauhtémoc, descendió un grupo de guerreros que lo cargaba en andas; les seguían los señores de Texcoco, los señores de Tlacopan y la señora de la Guerra, Matla. Ante su vista se extendía un extenso campo de magueyes. Cuauhtémoc detuvo la mirada en el lugar de los magueyes que iban de un cerro a otro. En el instante en que la comitiva de Cuauhtémoc se acercó a la primera cepa del maguey, todos los magueyes se movieron dejando un

campo en el centro para que pudiera pasar. Miles de guerreros disfrazados de magueyes volvían a cerrarse cuando Cuauhtémoc pasaba, hasta llegar a un predio apartado, escondido entre cañuelas donde se había levantado el campamento de los señores de la Guerra. Un informante se presentó ante Cuauhtémoc.

—Los señores de Zacatepec, Acatzinco, Tepeyac, Tamacarco, Quauhtilinchan, Matalatzinco... nos han hecho saber que seguirán a los itzcuintlis y estarán junto a Topiltzin hasta la destrucción de Tenochtitlan...

Cuauhtémoc recibió la noticia con desencanto.

—¡Necios! tarde verán los señores de Zempoala, Tlaxcala, Cholula, que los itzcuintlis vienen como el huracán y que no hay viento más terrible que el viento del oro que estos temimes llevan en su corazón...

—Hay más, Señor de señores...

Cuauhtémoc avivó los ojos.

—Los temimes han enviado embajadas a la gente de Chalco, Texcoco y Amaquemecan...

—¿Texcoco?

—Como el señor Coanacotzin ha dejado la ciudad, ellos quieren imponer otro señor...

—¿Otro señor?

—Le han bautizado con el nombre de don Fernando…

Ojos de odio y de burla. El señor de Texoco es quien más reía... —Pero, Señor de señores —agregó el informante—, el que manda siempre a los embajadores no es Topiltzin...

—¿No es Topiltzin?

—No... ahora el mando está en manos del señor Ixtlixóchitl... —¿Ixtlixóchitl?... —preguntó Cuauhtémoc levantándose de un salto. En sus ojos se reflejaba el dolor... Matla volvió el rostro hacia el señor de Texcoco y dijo:

—Ya puedes ver que en la casa del señor Nezahualcóyotl y de tu padre Nezahualpilli también creció la mala hierba.

Cuauhtémoc que les miraba, dijo con arrogancia:

—Un guerrero como el señor Ixtlixóchitl luchando con los temimes es diferente... Es diferente… Pero lucharemos solos contra todos los pueblos de la tierra como nos lo enseñaron a hacer nuestro señor Axayácatl, nuestro señor Moctezuma Ilhuicamina, el señor Nezahualcóyotl, mi antepasado Ahuízotl, mi señor Moctezuma Xocoyotzin, mi Señor de señores el capitán Cuitláhuac...

—¡Nosotros solos... seremos más! —exclamó Matla.

En Tlaxcala se celebraba el consejo de los señores de las Naciones. Se observaban muchos guerreros cansados, pero firmes. Todos ellos habían venido para acompañar a Xicoténcatl. Algunos de los guerreros tenían cicatrices de la guerra en sus cuerpos y cabezas. Sentados en los estrados estaban los señores de Tepetipac, Tizatlan, Ocotelolco, Quiahiztlan... y sobre una grada, lleno de cólera, se encontraba Xicoténcatl, quien dijo:

—Ya sé que escuchan otro viento... Una de las guerreras de Tenochtitlan ha prometido que llevará a Cortés para venderlo en el mercado de los perros de Acolman... Es la nueva palabra... ¿Estarán ustedes en la misma cuerda de los prisioneros que serán llevados a vender en el mercado de los perros? –Posó la mirada ante los tres señores ingrávidos, como si estuvieran fabricados con el estuco con que se adornaban las paredes del Templo de Tlaxcala. Sé que ustedes han de desaprobar mis pasos... Yo no pelearé, nunca más, contra los hermanos de Tenochtitlan... Sé cuál ha de ser la sentencia... pero escúchenme. Mi padre Xicoténcatl estaba equivocado... mi señor Mexicatzin también padeció el error hasta el último momento... Mañana serán recordados como aquellos que en el momento supremo en la historia de los pueblos no escucharon cuando el destino los llamaba por sus nombres...

—¿Cuáles son esos nombres? —preguntó uno de los señores. —Tepetipac... Tizatlan... Ocotelolo... Quiahuitzin... —y después de una reverencia, agregó—: Sus nombres serán escritos sobre el tiempo, entre la lista de los que orinaban fuera del huacal.

Después de ser arrojado a empellones del Consejo de los Pueblos de Tlaxcala, Xicoténcatl fue escupido, golpeado por la gente... se le llenó el cuerpo de rojo y un sacerdote le declaró indigno de la muerte rosada de los guerreros; indigno de ser ofrecida su sangre a los dioses.

Los castellanos lo estaban esperando al terminar el Consejo de los Pueblos de Tlaxcala. En el centro de la plaza de Texcoco ardía una pira. Hernán Cortés había mandado levantar un estrado. Se giraron invitaciones para que los señores de muchos pueblos vinieran a ver lo que tenían que ver. Se acercaron a la pira el sacerdote Juan Díaz y Fray Bartolomé de Olmedo. Xicoténcatl, con las manos atadas a la espalda, esperaba frente a la pira cuyas llamas se elevaban hasta muy arriba de las ventanas del palacio.

—Señor Xicoténcatl de Tlaxcala —dijo el sacerdote Juan Díaz—, tengo órdenes de don Hernán Cortés, nuestro gran capitán, de no permitir la realización de la sentencia que contra vos se ha dictado por traición a los reyes de Castilla y Aragón... La generosa oferta de nuestro supremo capitán es que, si os arrepentís y aceptáis los santos sacramentos del bautismo, la confesión y la comunión, y juráis pelear como lo han hecho y hacen vuestros hermanos, junto a la bandera de Castilla...

—¿Dices que he traicionado al señor de Castilla? —le interrumpió Xicoténcatl. Orteguilla, el nuevo lengua de Cortés, traducía lo que se decía. —¡Traidor, sois!

—¿Y cómo puedo traicionar a un señor y a una señora cuyos rostros jamás he visto?

—Por la fe, hijo mío; por la fe... la falta de fe traiciona a los señores naturales, los reyes de Castilla y Aragón, y al mismo tiempo a su alcurnia de hombre cristiano...

—Pero yo no soy cristiano...

—¡Callaos! —gritó el sacerdote, cansándose del diálogo—. No estáis aquí para preguntar sino para responder —y enseñándole la cruz le ofreció: —Debéis escoger sin más dilaciones, la cruz o la hoguera. La libertad o la destrucción, la vida o la muerte, quemado.

¿Qué recibiré a cambio, además de la vida?

—Un nombre cristiano... Podéis tener el honor de llamaros don Hernando o don Fernando o don Felipe... y, además, la promesa de una vida eterna en el seno de Dios nuestro señor cuando os llegue la muerte natural...

—Pido que me suelten...

El sacerdote pidió que le desataran las manos a Xicoténcatl y se

alegró de que el fiero guerrero le hubiera solicitado eso como un favor.

—Quiero saber, cuando yo muera de muerte natural —dijo con ironía— ¿iré al mismo lugar a donde van los blancos?

En ese momento un soldado impaciente avivó la pira con leña seca y las llamas crecieron.

—Y gozaréis de la gloria de Dios...

—¿Eso significa que compartiré la eternidad de las lunas, la eternidad de los soles con la misma persona a quien los guerreros de Tenochtitlan llaman Topiltzin, tu señor Hernán Cortés?

—Compartiréis para siempre el cielo de los cristianos por gracia de nuestro señor Jesucristo y de la Santa Madre Iglesia en el regazo santísimo de la Virgen María...

—¿Y si rehúso?

—Seréis atado de nuevo por orden mía, seréis quemado, iréis al infierno, al fuego eterno.

Xicoténcatl lo miró con desprecio y luego, con un gesto único, que los soldados no pudieron evitar, él mismo dirigió sus pasos hasta el centro de la pira...

—¡Ya viene, ya viene!

Cortés se puso de pie para recibir al visitante y secundaron su acción los capitanes Alvarado, Sandoval y Olid. Desde que el gris fue desapareciendo sobre las aguas del lago, una multitud de esclavos limpiaron el piso y aderezaron el palacio de Nezahualcóyotl, donde se hospedaba Hernán Cortés. Ingresó en el salón una comitiva de cargadores macehuales. El número pasaba de los ciento ochenta hombres y cargaban un enorme objeto cubierto con mantas rosadas y negras. Se avivaron los ojos de Cortés y de sus capitanes, interesados por saber lo que se cubría con las mantas. Los cargadores se esforzaron por colocar su carga sin dañar el piso lustroso, como de vidrio, de mica; pero en una esquina el piso se quebró a pesar del cuidado de los cargadores. Un soldado de librea y peluca, con suma teatralidad, anunció al visitante y tocó tres veces el piso con un bastón de mando.

—El señor Ixtlixóchitl...

Llegó en unas andas de las que descendió con gran dignidad. Vestía un riquísimo manto de púrpura adornado con muchas plumas, y cubría su rostro con una máscara de plumas negras, era el símbolo de su nombre, Flor de Cara Negra. Antes de que Malintzin interviniera para traducir sus palabras, él saludó con un castellano inseguro.

—Os saludo mi señor Cortés... Mi nombre es Ixtlixóchitl, el mismo que un día recibisteis en vuestra casa, hijo del gran Nezahualpilli, señor de Texcoco, hijo del primer gran señor de señores de estos pueblos, el gran señor Nezahualcóyotl.

—Y uniendo a sus palabras los gestos, saludó a Hernán Cortés según la tradición del pueblo azteca, rodilla en tierra y después besó la mano que había tocado el suelo.

Hernán Cortés y sus capitanes lo saludaron también poniendo una rodilla en tierra, pero en vez de poner sus manos en ella, inclinaron la cabeza... Hernán Cortés se adelantó y lo abrazó.

—Ya os lo dije un día, pero vos, señor, no quisisteis entender mi mensaje, sed bienvenido a esta vuestra casa, señor Flor de Cara Negra.

Después hizo que Malintzin se ubicara cerca de Jerónimo de Aguilar para entender todo lo que decía el visitante. Ixtlixóchitl en un acto de intenso dramatismo, que ni Hernán Cortés ni sus capitanes habrían de olvidar jamás, tocó el tamborcillo que le pendía del cuello. Los cargadores de Flor de Cara Negra se acercaron al objeto que hasta el momento había estado cubierto a los ojos de los castellanos y quitando las mantas lo dejaron al descubierto. El asombro los dejó paralizados hasta obligarlos a bajar la guardia. Los ojos de los castellanos se llenaron de luz. Ixtlixóchitl los miró con orgullo pues, como hombre inteligente, sabía que su gesto había superado todo lo que en su oportunidad planeó Moctezuma para agraciar a Hernán Cortés...

—¡Un juego de pelota!

—Señor, este tlachtli es todo de oro.

Pesaba una tonelada. Era un tlachtli en que, hasta el ollamani, pelotero, era de oro. En los rincones sagrados del palacio de Nezahualcóyotl había estado guardado por muchos años. Cacamatzin lo mandó esconder en las montañas para que no cayera en manos de los castellanos. Había pertenecido al señor Nezahualcóyotl y era un

regio presente, en oro del mejor, que se perdía en la historia del tiempo. Desde la cueva donde estuvo escondido lo trajo el señor Flor de Cara Negra para Hernán Cortés.

—Es el mundo del dios viejo Ometecuhtli, todo es para ti, señor de los blancos...

Cada uno de los símbolos del juego de pelota, tal como se veían en la gran ciudad de Tenochtitlan y en otras ciudades, estaban ahí. Los artesanos no habían perdido ni el más mínimo detalle en su fabricación. El mundo del dios viejo, Dios de dioses, Ometecuhtli, el mundo de Quetzalcóatl, dios de Serpiente Emplumada, el mundo de Tezcatlipoca, dios Jaguar, el reino del rey de las Estrellas, el reino del rey de la Luna, la piedra del Sol, el muro de los Números, el muro de los Tambores, el sagrado símbolo de Ollín, los cuatro elementos, Aire, Sol, Agua, Tierra; los cuatro puntos cardinales, Este, Oeste, Norte, Sur; las cuatro temporadas del año, Primavera, Verano, Otoño, Invierno; y la pelota de hule, redonda como la Tierra. Todo en oro. El brillo del oro se reflejaba sobre el piso de mica e inundaba todo el salón. Hernán Cortés y sus capitanes se acercaron y lo examinaron. Lo tocaban, lo acariciaban, lo besaban con la mirada. Algunas de las figuras que representaban a los jugadores tenían incrustaciones en diamantes, rubís, esmeraldas, jacintos, grandes perlas, jades. Cortés y sus capitanes seguían dando vueltas al juego de pelota, embobados.

—¡Es puro oro señor capitán, apenas puedo tenerme de pie! Cortés y sus capitanes asentaron el gesto de admiración que había pronunciado el capitán Sandoval.

Transcurrida una hora, Hernán Cortés invitó al señor Flor de Cara negra para que escanciaran un vino juntos. Malintzin advirtió a Cortés:

—Cuidaos de él señor, es el mensajero del odio. Es odio lo que tiene en el corazón desde que la gente de Tenochtitlan fue el motivo para la muerte de su padre Nezahualpilli.

—Es eso, el odio, lo que estamos necesitando en ayuda...

Todo en el señor Flor de Cara Negra mostraba ambición, valentía, decisión. Hernán Cortés que lo juzgaba como a un traidor, no dejaba de admitir que estaba rodeado de dignidad.

—Yo te ofrezco toda mi gente de Texcoco, que somos de verdad guerreros, desde antes de ayer, cuando los aztecas no sabían lanzar las flechas del arco...

—Pero... señor Flor de Cara Negra... vuestro hermano es el señor de Texcoco y él está contra nosotros...

—Fue... el señor de Texcoco, al abandonar la ciudad en busca de un refugio en Tenochtitlan, ha dejado de ser nuestro señor de Texcoco. Ya no hay más señores que los que hemos quedado en esta ciudad... Solamente te pido que se acate mi voluntad de que se me nombre Tlatoani de Tenochtitlan, Tlacopan y Texcoco, cuando la guerra haya terminado y los ejércitos aztecas vencidos.

—No os comprometáis, señor —susurró el capitán Alvarado. Hernán Cortés miró al capitán Alvarado y le reprochó el consejo.

—Al ejército azteca lo tenemos copado. Nunca podrán salir de esa isla. Los días de Cuauhtémoc están contados, lo mismo que los de esa perra llamada Cara de Agua Azul... por rabiosa que pretenda ser. Como lo veis es poco lo que necesitamos de vos. Pero a cambio de vuestra ayuda... pedís mucho.

—¿Quién te lo dijo? —preguntó ofendido Ixtlixóchitl.

—Mis capitanes de Tlaxcala hánmelo dicho. México Tenochtitlan está derrotado ya... todos tiemblan cuando mis hombres tocan los tambores cada mañana a la hora de revista.

—¿En la misma forma que temblaron cuando llegaste a la ciudad de Ixtapalapa?

Cortés recibió con asombro la pregunta de Flor de Cara Negra. —Hemos sabido de tu visita a la ciudad de Ixtapalapa y que hubo fiesta cuando llegaste. Pero tú y tus hombres casi mueren ahogados cuando Cuauhtémoc ordenó abrir los diques de la ciudad y subieron las aguas y mucha gente murió ahogada... Ellos son sabios en cosas del agua, y además en esa forma se provocó la muerte del gran guerrero Ahuízotl, abuelo de Cuauhtémoc, hace muchos años... Tus amigos de Tlaxcala no saben de la ingeniería del agua. Ten siempre como recuerdo que todas las ciudades de Tenochtitlan están o dentro del agua o debajo de ella... y que los diques son soldados de la guerra.

Cortés lo escuchaba con sorpresa.

—Soy un conocedor de esas cosas de la guerra en el agua.

—Y yo un capitán de Castilla...

—Y yo... yo un capitán de Texcoco. Ya éramos grandes cuando los

aztecas deambulaban durmiendo en las cuevas, comiendo gusanos, vistiendo ropas con hormigas, corriendo detrás de los conejos — lo miró retador y agregó—: También estoy enterado de que tu huida de Ixtapalapa fue vergonzosa... La ciudad se llenó de agua hasta subir la cintura de tus guerreros y ahogar a muchos y cuando tus consejeros de Tlaxcala te mostraron el camino para correr, fue un sendero equivocado ya que te cerraron el paso miles de canoas de Tenochtitlan —lo volvió a mirar como si quisiera atravesarle todo el cuerpo con la mirada—. Ellos ya no piensan en hacer de tu cuerpo una ofrenda a los dioses de Tenochtitlan... Dicen que como hombre no sirves para nada... Han ofrecido llevarte un día a venderte en Acolman, en el mercado de los perros... Y sus mensajeros van por todas las ciudades ofreciéndote en venta desde ya, desde ahora, desde que amanece hasta que ha caído el día... —Se detuvo un instante para ver qué efecto tenían sus palabras sobre Hernán Cortés, y continuó:

—También sé que las canoas ahora tienen defensas contra tus cañones... Y también sé que las casas y las calles de Tenochtitlan están aseguradas por una nueva táctica de guerra ideada por el señor Cuauhtémoc. Tienes que saber que ellos ya están preparados para usar tus armas, también tus cañones, pues un capitán de nombre Guzmán fue obligado a enseñarles, antes de ser sacrificado y que, hasta tus venados gigantes no son ya importantes contra Tenochtitlan.

Cortés creyó volver a vivir la fuga precipitada de Ixtapalapa, donde en verdad por poco lo captura Cuauhtémoc con vida. Recordó tanta gente de Tlaxcala que murió ahogada cuando los diques fueron abiertos.

—Y tienes que saber, señor Hernán Cortés, que tus aliados de Tlaxcala no son gente de agua, ni saben nadar; pelean con furia en la tierra y con miedo sobre el lago.

—Ellos saben pelear...

—Soy un capitán de Texcoco y te digo que ellos saben morir. Y que has caminado sobre cadáveres hasta este momento; y sobre cadáveres de gente de Tlaxcala estás parado, ellos te sostienen. Pero con ellos no lograrás ganarle la guerra a Tenochtitlan. Porque ellos han muerto por miles. Estás vivo tú y tu gente; pero no son los guerreros muertos los que ganan una guerra, sino los vivos...

Como Cortés lo escuchaba en silencio, impávido, recibió otro consejo de Sandoval.

—Matadle, Capitán...

Cortés hizo a un lado el pensamiento con su mirada, y siguió escuchando con gran atención al señor Flor de Cara Negra.

—Eras un Dios... ahora pregonan tu nombre como el de un sucio villano...

—Y... vos ¿cómo me catalogáis? —preguntó Cortés con frialdad. —No un hombre de Dios. No un hombre de infierno... Eres Hernán Cortés... por eso te he traído el oro... —le mostró el oro y agregó—: Es tu oro, Hernán Cortés.

Los capitanes no podían contener la rabia que les daba escuchar al señor Flor de Cara Negra, pues los había dejado tan mal parados; pero Cortés pensaba diferente.

—¿Decidme entonces cómo podremos ganarle la guerra a los aztecas? Nosotros hemos impuesto ya un sitio...

—Tu sitio se hará tan viejo como tu corazón un día... y envejecerás mirando a Tenochtitlan desde lejos... también morirán todos tus capitanes... con tu estilo, tu sitio vivirá cien años y no has de lograr vencer a Tenochtitlan.

—¿Cómo podríamos, decidme, vencer a Tenochtitlan? —volvió a preguntar Cortés con una falsa humildad.

—Por el agua, con los guerreros del agua —y dirigió sus manos hasta el horizonte, donde las aguas del lago eran elevadas por las corrientes del viento.

◆◆◆

XXV

Martín López había pasado más de la mitad de sus treinta y cinco años sobre el maderamen de las naves... Su padre fue cartógrafo. Había conocido a Cristóbal Colón y ambos visitaban a los capitanes para venderles mapas con los nuevos descubrimientos realizados por las naves de Enrique el Navegante, el audaz rey de Portugal, quien hizo que el mundo de la navegación europea se multiplicara. Martín recordaba las ideas de Cristóbal Colón que su padre le había contado: "La tierra tiene que ser más extensa... Los griegos tenían razón y no es posible que la Sagrada Escritura tenga la verdad ". También le dijo que allá en Venecia había conocido a muchos hombres que hablaban de que en sus viajes visitaron tierras extrañas. Y cómo Colón le había contado que un viejo marino le regaló un Diario de a bordo, donde estaba claramente dibujada una tierra no conocida por nadie.

Hernán Cortés tenía mucho respeto por los conocimientos de Martín López. Este, junto con otros soldados marinos, y custodiados por una centena de navegantes en canoas de Texcoco, midió la hondura del lago.

—¿Qué os parece, don Martín López?

—Señor capitán, son tantas las canoas enemigas que vuestro parecer es razonable. Solo unos buenos bergantines bien artillados podrían ingresar ahí.

—¿... y?

—El lago tiene una buena profundidad ... pero no así la laguna de Tenochtitlan.

—La batalla ha de darse en el lago... cuando lleguemos hasta la laguna los aztecas estarán derrotados.

—Señor, sería necesario traer desde la Villa Rica de la Vera Cruz las partes de los bergantines desmantelados. Así lo hizo Vasco Núñez de Balboa cuando unos indios le llevaron para que conociera un mar por ellos descubierto, y que él bautizó con el nombre de Mar del Sur, en Panamá...

Hernán Cortés, que recibió con asombro la historia de Martín López, dio una orden a Pedro de Alvarado.

—Ocupaos de suministrar al señor Martín López todo lo que ha menester para repetir la acción de Vasco Núñez de Balboa.

Martín López pensaba en las palabras de Hernán Cortés y tenía que reconocer una verdad, atrás quedaban las ideas de César para destruir las Galias y llevar esclavos a Roma; atrás quedaban las guerras de Aníbal en los duros caminos de Iberia... atrás quedaban las historias de Alejandro, el hijo de Filipo de Macedonia. La idea era audaz, única, incontenible, como el corazón de Hernán Cortés. Pensó que todo eso era necesario, porque los guerreros de México iban más allá de los moros a los que se enfrentó el Gran Capitán. El alumno de Aristóteles había caminado adelante guiado por los vaticinios del Olimpo, por los augurios de Delfos, por los sueños de su amante, otro hombre. Pensaba en César, general de los romanos, que de joven había tenido que servir de mujer a un señor de las Galias para aprender sus triquiñuelas en la guerra. Y el sueño de Hernán Cortés quería superarlos a todos. Había estado presente en la reunión de Ixtlixóchitl y la había analizado como ningún capitán de Castilla logró hacerlo. Sobre el nombre de Cortés habían llovido denuestos, maldiciones, sarcasmos, insultos de Diego de Velázquez, insinuaciones. Hasta sus capitanes dudaban de su cordura. Pero tenía una intensa seguridad en sus palabras. Una tarde, en una reunión de capitanes, Cortés había dicho: “Un humilde carpintero de Nazareth, cuya patria no iba más allá del Lago Tiberíades, con su palabra asombró al mundo... No lo olvidéis. Es nuestro señor Jesús de Nazareth ”. Y he aquí que este señor de Texcoco lo había definido mejor que nadie. Cortés no era un hombre bueno. No era un hombre malo. Era Cortés. Una especie de antibien, de antimal.

“Y por eso te he traído el oro”. Martín López recordaba las palabras que el señor Flor de Cara Negra había dicho a Cortés. Se admiraba de los conocimientos del señor Ixtlixóchitl. Ahora estaba seguro de que esos indios habían inventado la escritura y el arte de hacer libros antes de que se conociera en las Universidades de Castilla... Martín López estaba seguro que tenían un arte de números superior a los griegos y a los romanos; ya sabía que esos hombres conocían la medicina en forma mejor que los árabes; y aún más, Martín López tenía la seguridad de que Moctezuma había sido Señor de señores, un gran hombre guiado por la luz del dios Quetzalcóatl; que el señor Cuitláhuac había sido un Hombre del Instante, Señor de

señores, y que la viruela contagiada por el Mandinga significó la suprema salvación del castellano. Sabía que Matla era el máximo peligro de los soldados de Castilla; también estaba enterado de que Cuauhtémoc los destruiría y que un día Cortés sería vendido en el mercado de los perros de Acolman, el sueño de Matla. Pero todo eso ya no era tan seguro desde el momento en que llegó Ixtlixóchitl... Martín López a veces quería impresionarlo con la ayuda del traductor Orteguilla, y el señor Flor de Cara Negra le respondía:

—En Texcoco lo sabíamos.

Terminó Martín por entender que Tenochtitlan era una ciudad romana, pero que Texcoco era una ciudad griega, como la Atenas de Platón, de Pericles, de Sócrates... Cuando escuchó a Ixtlixóchitl recitar los pensamientos de su augusto abuelo, el señor Nezahuacóyotl, comentó con el tesorero Alderete:

—Después de escuchar al nieto, ya entiendo que su abuelo podía sentarse a dialogar con Sócrates en cualquier plaza de la vieja Atenas...

—En Cuba se tenía la primera noticia de vuestra existencia... —Ya está escrito en nuestros libros, señor Martín López... No es cierta la historia contada por los aztecas de que llegaron por primera vez a Chalchicueyehcan en el año Uno Caña...

Martín López escuchó con asombro, de labios del señor Flor de Cara Negra, la reproducción de todos los lugares anotados en su primera visita por el capitán Juan de Grijalva; de la batalla dada por él el día de la subida de la Virgen al cielo...y lo que este escuchó de la gente... yu... ca... tan... yu... ca... tan, que quería decir “no sé, no sé ”; de la isla de las Mujeres... y Cozumel... y Cauatoche... y Campeche... y Champotón... y Xicalango... y Tabasco...

¿No fue en Tabasco donde le obsequiaron a Hernán Cortés a Marina? ¿Y cómo había llegado hasta aquí desde un lugar tan lejano como Paynala en la provincia de Coatzacoalcos? También habían estado en Tlacotalpan... Nautla, Tuxpan, Tecolutla, Tamiahua, Canoas, Pánuco, hasta el lugar donde Juan de Grijalva orinó... y regresó... Y la llegada del señor que también vino después con Hernán Cortés, pero que se orinó en Campeche, en el estero de los lagartos...Y la llegada de Hernán Cortés hasta la tierra de México en Uno Caña... Pero la gran sorpresa para Martín López no terminó hasta que el señor Flor de Cara Negra le informó que en sus libros estaba que una mañana, hacía mucho tiempo, en una isla que se llama Xuanaxas... allá en Occidente,

había llegado un hombre blanco por primera vez... La sorpresa de Martín López no tuvo límites ya que recordó haber leído en las páginas de Antón de Olominos, el piloto de Cristóbal Colón, como fue cierto que en todas las islas que visitaban tenían noticia sobre las tierras muy ricas donde ahora habitaban ellos, los castellanos... Ixtlixóchitl estaba en todas partes y parecía que solamente era dueño de una idea, destruir a los aztecas.

Desde Chalchicueyehcan hasta Tenochtitlan el camino era mucho. Martín López solamente hizo una observación.

—Recordad señor, cuando hicimos el trayecto del Lago Salado... los padecimientos fueron muchos... Recordad las lagunas de agua salada donde tantos hombres murieron...

Hernán Cortés recordó, en efecto, que los últimos hombres y mujeres esclavos que habían venido con ellos desde Cuba habían muerto después de pasar las lagunas Tlachac, Alchichica, Quecholac, Texcatl... Pero eso ¿qué importaba? Mucha gente había muerto, era cierto; el agua verdosa y amarga de las lagunas los había terminado, era verdad; pero ahora esos llanos tenían un nombre, se llamaban San Juan de los Llanos y estaban en los mapas de su majestad.

—¿Eso qué os hace pensar? preguntó Cortés.

—Todo el trayecto estará copado por el ejército de los infieles.

—Id por los restos de nuestras naves hasta la Villa Rica de la Vera Cruz y traedlos... Por cada indio muerto en el camino os enviaré otros dos para que ayuden... Además, irá contigo el contingente del señor Flor de Cara Negra.

Los totonacas y los escarbadores de la tierra iniciaron la labor que había encomendado el capitán Cortés. Trabajaron duro sobre los montículos de la playa sacando todo lo que Cortés había escondido. El capitán Sandoval estaba como desaforado, pensaba que los totonacas no trabajaban ni tan rápido ni tan bien. —¡Eh, mostrencos, tened cuidado! —gritaba a cada nada y hacía que el látigo cayera sobre la espalda de los esclavos.

Cuando la tarde ya moría, Martín López logró sacar la mayor parte de los enseres escondidos entre la arena. Los totonacas arrastraban los palos, las jarcias, las velas, y todos los demás artículos que en su oportunidad se escondieron después de desmantelar los

barcos. Una vez reunido todo, emprendieron la marcha de regreso. Un grupo selecto de guerreros de Texcoco, guiados por Ixtlixóchitl, cuidaba los flancos. Detrás de la caravana y al frente, todo un ejército de guerreros de Tlaxcala repelía los continuos ataques de los guerreros aztecas que les seguían. Algunos esclavos totonacas, los más fuertes, portaban a la espalda una silla en la que iban sentados algunos capitanes de Castilla. Así, poco a poco, subieron la primera montaña. Como los esclavos totonacas lucían cansados, el capitán Sandoval dio una orden y de una de las sillas bajó uno de sus acólitos y empezó a distribuir latigazos a diestra y siniestra.

—¡Caminad animales, el día se acorta!

Tres días después, Martín López, Sandoval, Ixtlixóchitl y miles de cargadores llegaron a la orilla de un río de aguas revueltas y de corriente fuerte. Era un río ancho, lleno de remolinos, tapizado de rocas cubiertas por espuma en algunas partes. Desde una hora antes, desde dos horas, desde cinco horas antes, los cargadores habían escuchado el murmullo de las aguas revueltas del río. Al llegar a la orilla, Martín López temió lo peor. Hasta el momento el ataque de los guerreros aztecas había sido más perturbador que efectivo. Solo unos cien guerreros de la custodia murieron, ya en trampas, ya asaeteados en los caminos obscuros, ya en ataques frontales. Ixtlixóchitl tocó el tamborcillo de su pecho y la gente se movilizó con la orden, que también repitieron los capitanes de Tlaxcala. Pronto Martín tenía todo el cargamento ubicado en la orilla del río.

—¡Pardiez, ahora qué hacemos! —exclamó uno de los capitanes. Pero ya la respuesta estaba dada. Ixtlixóchitl dirigió a un grupo especial de sus hombres que, reforzados con guerreros de Tlaxcala, empezaron a echar abajo un bosquecillo que estaba en la orilla del río. Luego tendieron sobre las rocas aquellos árboles para improvisar un puente. Algunos caballos caían. Los hombres tenían que meterse dentro del río y como no poseían cuerdas suficientes, hacían cadenas humanas para mantener los árboles unidos y que los caballos, los cañones, las grandes velas y el ejército de cargadores, pudieran ir vadeando la corriente. De tanto en tanto, un totonaca perdía la carga y era arrastrado por la corriente. Lo más duro fue pasar de un lado a otro los cañones. En ese trajín se perdieron otros cien hombres, que fueron arrastrados por los remolinos. Cuando Martín llegó hasta Tlaxcala sus hombres estaban exhaustos, enfermos; el camino había sido incierto, peligroso y lleno de ofrendas de sangre.

Martín López llegó y se encontró con la sorpresa de que los carpinteros de Tlaxcala ya tenían serradas y apiladas una cantidad tan

grande de maderos que con ellos bastaba para el maderamen de toda la flota que se pensaba construir. Los carpinteros de Tlaxcala habían realizado una buena labor con sus hachas y sierras de obsidiana. Y ahí estaba la pila de madera serrada que subía hasta el cielo.

—Señor capitán... hemos llegado...

—Lo sabía, capitán Sandoval... vosotros sois capitanes de Castilla...

Ixtlixóchitl estaba frente al gran lago de Texcoco. Desde el lugar que había escogido hasta la orilla del lago distaban diez kilómetros, quizá once. Ante él estaba todo un ejército de trabajadores, hombres de Texcoco y hombres de Tlaxcala. A una señal de Ixtlixóchitl empezaron a cavar una zanja. Más de diez mil hombres estuvieron de día, de tarde, alumbrándose con antorchas; trabajando para que la zanja estuviera terminada pronto.

—La zanja tiene que ser bien ancha... —había dicho Cortés.

—Mis antepasados iniciaron las chinampas sobre este lago, no los aztecas. Y fue mi abuelo quien planeó y dirigió el dique que evita la unión de las aguas saladas del lago con las dulces de Tenochtitlan...

En tanto ese grupo enorme de hombres abría la zanja, otros levantaban a sus lados una valla. El objetivo de la valla era que los soldados aztecas no lograran perturbar la marcha de los bergantines rumbo al lago... Ixtlixóchitl sabía que los guerreros de Tenochtitlan los vigilarían de noche y de día para tratar de destruir lo que estaban haciendo.

—¿Y las trampas para los jaguares?

—Las adivinaban, las buscaban, las encontraban...

—¿Y las emboscadas?

—Se adelantaron a muchas de nuestras emboscadas…

—Tú hablas como si fueras un hermanito menor...

—Señora Matla —respondió el capitán azteca, ofendido cuando Matla lo llamó “hermanito menor”... —Sabíamos todo lo que estaban

haciendo... No hubo paso difícil del camino en que nosotros no ubicáramos a nuestros guerreros...

Matamos a cientos de los totonacas que cargaban los maderos... Pero, ya te lo he dicho, no eran los hombres de Topiltzin los que llevaban el mando. Todo era planeado, dirigido, esculcado por Ixtlixóchitl...

—¡Él no podía estar en todas partes!

—En todas partes estaba señora... en todas partes. Sus capitanes iban directo hasta nuestras trampas... No es lo mismo que pelear contra los capitanes de Tlaxcala...

—¿Acaso son dioses?

—Señora Matla, señora Matla... el ejército de Texcoco fue nuestro compañero desde hace cientos de años en las luchas... y hemos aprendido juntos...

—¿Y ahora, qué hacen?

—Una zanja de diez kilómetros de largo...

—¿Una zanja? ¿Para qué?

—Allá en Tlaxcala están reconstruyendo sus calles de agua, y son muchos…

—¿Cuántos?

—Muchos.

—¿Los ingenieros también...?

—Sí, son los ingenieros de agua los que más trabajan…

Pareciera señora, que intentan lanzar al agua toda una flota de grandes canoas...

Cuando Matla informó a Cuauhtémoc lo que había escuchado, el señor Tlatoani dijo:

—Es cierto... fuimos hermanos de la guerra por muchos años, hemos caminado juntos... aprendido juntos y hombro con hombro hemos formado esta Unión de Naciones...

—Sobre Ixtlixóchitl la palabra es...

—Calzontzin, señora, calzontzin.

Desde allá, desde Tlaxcala, empezaron a llegar los castellanos y los aragoneses, con sus caballos, con los ojos abiertos, hasta las orillas del río en Zahuapan. Un mes antes Hernán Cortés había venido con Ixtlixóchitl y Martín López. Caracoleó su caballo en la corriente y dijo:

—Poca agua...

—Cuando regreses, este río ha de ser otro —le respondió Ixtlixóchitl. Y en un mes, Ixtlixóchitl dividió su tiempo entre la construcción del canal y... una represa. Empezaron a subir las aguas más y más. El lugar era hermoso. Los viejos árboles de la orilla del río estaban cubiertos por el agua hasta más allá de su última rama. Desde días antes, Martín López, junto con Ixtlixóchitl, hizo varias pruebas; las realizaba con barcos pequeños de madera sobre una orilla del río; cuando llegó Hernán Cortés, varios bergantines armados flotaban sobre el agua. Ya no había corriente, solo una inmensa cantidad de agua retenida. Ya no era el río donde había caracoleado su caballo Hernán Cortés. Además de Martín López e Ixtlixóchitl, también se encontraban para ver las pruebas, los hermanos Alvarado, Sandoval, Olea y Jerónimo de Aguilar.

Los sacerdotes dieron la bendición a la obra. Hernán Cortés vio cómo el bergantín airoso era suavemente empujado por el agua serena; miraba a distancia y le parecía que era Tenochtitlan.

—¡Excelente, excelente! ¡Os felicito, óiganlo de verdad!

Ixtlixóchitl que ya había aprendido a tomar vino, a manejar la espada de los castellanos, a montar sobre los caballos, a calzar botas de Andalucía, a jurar como un vecino de los muelles de Cádiz y a aplaudir con las manos y no con los pies sobre el suelo, se sintió agradecido cuando Martín López le brindó una mirada de aprobación.

—Suyo es el mérito.

—¿Cuándo lo tendré todo listo?

—Para el día de Santa Mireya, mi capitán...

Hernán Cortés asentó su campamento en las orillas del río, quería

una prueba mayor. Lo preparó todo para el día siguiente, en que un grupo de castellanos vendría desde la Villa Rica de la Vera Cruz. Era gente nueva, que traía caballos, esclavos de Cuba, armas, pólvora y nueva comida. La banda del ejército entonó una alegre marcha de Segovia. Se dispararon los cañones, los mosquetes, el día de lleno se convirtió en día de gloria. Y llegado el momento, Cortés dijo:

—¿Probamos señor Alvarado?

—¡Como lo mande vuestra merced!

A los barcos que flotaban en la orilla del río subieron Cortés, los cañones y los caballos, y todo fue un éxito. Los bergantines fueron de arriba hasta abajo en la represa que los ingenieros de Texcoco habían construido. Sus velas se hinchaban con el viento y por mucho que los caballos se movieron, la estabilidad era igual.

—¡Capitán Martín López!

—Mi señor...

—Habéis ganado el grado de constructor Mayor del ejército de su serenísima majestad don Carlos I de España y de la nunca bien ponderada doña Juana...

—Gracias, señor capitán...

Los guerreros de Tlaxcala iniciaron una danza, que llamaban Las Mariposas. Los castellanos dispararon sus mosquetes. Se efectuaron corridas de caballos. Los vecinos del río Zahuapan también alegraron el ambiente con una carrera de gallos. El señor capitán don Hernán Cortés fue pródigo en que todos escanciaran el vino, el pan, el aceite, los chorizos recién llegados de Cuba...

—¿Y ahora, señor?

—Que entre la gente de Tlaxcala y Texcoco; preparen veinte mil hombres... vamos a llevar estos bergantines, así enteros como están, hasta las orillas del lago de Texcoco.

Ellos lo hicieron, parecía imposible, pero ellos, los guerreros de Tlaxcala lograron hacerlo. Hasta el mismo Señor de señores de Tenochtitlan había expresado en un Consejo de Guerreros la idea de que nadie lo podría hacer.

—Es imposible, no lo harán...

—¿Cuántas naves han construido? —preguntó Matla. — Cincuenta.

—Nosotros tenemos cincuenta mil guerreros sobre las canoas. — Pero si Ixtlixóchitl logra llegar con los barcos de los castellanos, tendremos una prueba oscura como la noche.

—No llegarán...

Pero ellos vinieron cantando las mismas canciones que cantaban cuando jalaron desde distancias largas las piedras para los templos; con sus mismas cadencias. Vinieron cantando en la mañana, en la noche, en las tardes; bajo la lluvia, en mitad de la pesadez del sol. Ellos vinieron con los bergantines, jalando, jalando. Cantaban la canción de las rosas, de las golondrinas, de los vientos; ellos venían cantando. Y cada cien metros un grupo de mil hombres tomaba el lugar de los mil que venían jalando, de los trescientos, de los cuatrocientos; y seguían cantando. En la noche, los guerreros de Texcoco y Tlaxcala convirtieron todo como a la luz del sol. Hernán Cortés no quería que ni uno solo de los bergantines se perdiera en el camino; por eso, de noche se encendieron las antorchas y todo fue como de día. Para evitar sorpresas, en ambos lados del lugar por donde iban los bergantines, una línea de guerreros custodiaba a derecha y a izquierda, como si fuera un camino recto cuidado por murallas humanas. Y a cada uno de los pueblos a los que se iban acercando, pedían jaladores para los barcos.

Sonaba el tambor... uno, dos, tres y ¡arriba! Como un solo hombre levantaban el barco. Ahí empezaba el coro a cantar hasta cientos de metros más adelante, luego, ingresaban los otros hombres que sustituían a la gente que venía cargando, cargando. Uno, dos tres ¡arriba!... Uno, dos tres ¡arriba!...

Cada barco venía como sobre angarillas enormes; de las angarillas grandes sobresalían otras pequeñas que llegaban al hombro de los cargadores. Parecía que cada bergantín se hubiera convertido en un extraño animal de mil pares de piernas. Cuando algún cargador de Cholula o totonaca se cansaba y caía, era obligado con el látigo del castellano a ponerse de pie. Y antes de que la comitiva de los barcos llegara a un pueblo, se presentaban los castellanos con sus caballos y obligaban al Señor de la ciudad para que brindara gente de repuesto, ya fueran niños, ya fueran mujeres. Los barcos tenían que llegar hasta la laguna de Tenochtitlan. Pero llegó el día del penoso descenso hasta

el valle de Tenochtitlan. Iban bajando hasta las laderas sembradas con milpas, habían pasado todos los peligros. Y entonces, de repente, sobrevino el ataque. Miles de guerreros aztecas se lanzaron contra los soldados que custodiaban los barcos. En la batalla se perdieron la mayoría de las naves.

Llegó un momento en que parecía que la batalla la ganarían los aztecas. Pero en esta no habían participado ni Ixtlixóchitl ni su ejército, que apareció de pronto desde todos los lugares donde había una roca, un árbol... Y sonaron los caracoles y los pitos de los aztecas que arrastraban a sus heridos y muertos. Uno de los capitanes de nombre Montero daba gritos a su gente para que se agrupara, que diera frente a la situación, cuando una lanza le atravesó el pecho; un guerrero azteca subió sobre su caballo y huyó rumbo al cerro seguido por la mayoría de su gente. Cuando los guerreros de Texcoco quisieron perseguirlo, cayeron lanzas por todos lados como formando rejas imposibles de pasar. El guerrero que había matado al capitán castellano y huido sobre su caballo iba gritando victoria. Era el Señor de señores, Cuauhtémoc. Dos horas después, Hernán Cortés recibió la increíble noticia.

—¿Cómo iban a atacar en las puertas de nuestra casa? —Usaron una táctica diferente...

—¿Diferente?

—Señor... ahora el ejército azteca pelea como lo hacen los guerreros de Castilla y Aragón...

Y en aquellas laderas de la montaña los barcos ardieron durante toda la noche, solamente trece se habían salvado.

Miles de pétalos de rosa se encontraban extendidos sobre el piso. Eran pétalos de rosa de las que nacen en las rocas, así de pequeñas, como el abejorro de las juncias. En una esquina, frente al enorme jarrón donde ardía el fuego sagrado, estaba Cuauhtémoc. Una y otra vez lanzaba semillas dentro del incensario. Ella todavía vestía la tilma de mujer recién casada; se extrañó al encontrar tantísimos pétalos de rosas. En tiempos de paz no le hubiese sido raro, pero sabía que las canoas con los nopales, con el tamal dulce, con las flores, ya no entraban en la ciudad desde los diferentes puntos del lago, como antes, cuando vivía el señor Cacamatzin, el señor Cuitláhuac, su esposo muerto; el señor Moctezuma, su padre asesinado por los hombres de Topiltzin.

—¿Desde dónde, dime, han venido tantas flores?

—Llegaron con el viento... —contestó Cuauhtémoc, colocando su mano sobre el hombro de su esposa con intensa ternura—. Para tu hermosura, son las mensajeras de la paz...

Ella le sonrió mimosa y dijo: —Mi padre siempre ofreció llevarme a conocer el mar; pero vinieron las guerras y se fue para lejanos lugares. Cada vez que regresaba, era más hombre de Cara Dura, más viejo, y cuando le nombraron Tlatoani de Tenochtitlan, ya le fue imposible llevarme a conocer el mar.

La mano de él se posó con suavidad sobre su hermosa cabellera negra. —Un día, cuando termine la guerra, te llevaré a conocer el mar... —¿Cómo es el mar? ¿Más grande que nuestro lago?

—Tan grande, tan grande, como los caminos de una nube sobre el cielo... y sobre una sola de sus olas se acumula más algodón que los tributos que todos los pueblos envían a Tenochtitlan desde una veintena de naciones.

—¿Así de grande?

—Más grande que tu asombro... Cuando termine la guerra allá iremos, lo verás, lo verás... lo verás...

Se acostó sobre la cama de patas pequeñas y dejó que la tilma de recién casada rodara hasta el suelo.

Desde el alba hasta el alba, los zapadores de Ixtlixóchitl cavaron, sacaron la tierra, ahondaron los costados de la zanja que iba desde Texcoco hasta la orilla del lago. La zanja, ya terminada, tenía kilómetros de longitud y en ella trabajaron más de once mil hombres continuamente. Ahí, cerca de la zanja, dormían, comían y amanecían. A todo lo largo construyeron una valla con caña de bambú.

En un lugar adecuado, estaba Ixtlixóchitl aguardando la llegada de Cortés quien se hizo esperar como dos horas. El grito de la caballería pronto se hizo sentir después de una larga espera. Ingresó Hernán Cortés con sus capitanes. Miró detenidamente toda la obra de arriba a abajo. Ixtlixóchitl cabalgaba a su lado en una yegua tordilla que había sido de los hermanos Juan y Pedro Cedeño a quienes Cortés había mandado ahorcar cuando descubrió que daban aviso, dentro de la tropa, de abandonar esta aventura e irse de regreso a Cuba. En

tanto que Cortés y sus capitanes cabalgaban a lo largo de la zanja, esta se llenaba de agua poco a poco.

—Mañana, a esta misma hora, ya no existirá la zanja. En su lugar estará un canal para los bergantines —dijo Ixtlixóchitl.

—Quiero repetiros, señor de Cara Negra, lo que ya he dicho a mis capitanes, gracias a nombre del Apóstol Santiago. ¡Ni el Gran Capitán con todo su poder logró tener, ni tanta, ni tan ingeniosa gente a su lado para la hora de lucha!

—Te lo dije, señor, solamente por el agua se puede vencer a los aztecas de Cuauhtémoc. —Y con sus manos iba anotando los diferentes ángulos de la obra que los ingenieros de Texcoco habían realizado y cuya longitud se perdía en la distancia; y también la luenga muralla de custodia, formada por miles de árboles erizados de púas. A cada treinta metros de distancia se había formado un fortín para la vigilancia.

Hernán Cortés, satisfecho, sacó de la manga de su camisa un pañuelo blanco y lo olió intensamente. Era la primera vez que Ixtlixóchitl miraba esa costumbre, pero con el tiempo se acostumbraría a ella, como ya lo estaban sus capitanes. En momentos de alegría, en momentos de tristeza, en momentos de amor, en momentos de pena; sacaba el pañuelito blanco y lo olía, lo olía intensamente. El pañuelito siempre, siempre, olía a caca.

En una acción llena de solemnidad Hernán Cortés hizo que se recibieran los barcos en el canal de Texcoco. Ahí estaban los miles de guerreros jalando los barcos, los que después empujaron sobre rodillos hasta el agua. Uno a uno, fueron recibiendo su nombre.

—Al primero pondrémosle de nombre Medellín —dijo Cortés. —¿Y al postrero? —preguntó el padre Juan Díaz.

Cortés miró el rostro de Ixtlixóchitl y respondió:

—El último ha de llamarse Nezahualpilli en honor del gran señor de Texcoco, despreciado una vez por el tirano Moctezuma de Tenochtitlan.

Pronto los marineros abordaron los bergantines. Dos horas después iban todos los bergantines a tomar posesión alrededor de la gran ciudad de Tenochtitlan. Era la hora en que el sol iba cayendo.

Era la hora en que Tláloc, el dios de la lluvia, había venido de la tierra. Era la hora en cuyo cielo Tlalocan apareció la luna.

—Las casas flotantes ya están sobre el lago señor.

—Lo he visto, señora.

—Según las señas, se proponen cerrar la entrada a todo abastecimiento para la ciudad. Han empezado a disparar sobre todo lo que se mueve. No importa que sea canoa de alguna chinampa que viene a buscar agua al centro de Tenochtitlan, ellos la hacen volar por los aires a tiros de cañón.

—Pero también hay otra mala noticia señor...

—Sumarán trece decenas desde el aciago día en que llegó Topiltzin... —Nuestras mujeres están contrayendo otra enfermedad después de ser violadas por los temimes... Se llenan de purulencias y de granos... También los órganos sexuales enferman.

—¡Otra plaga... además de los piojos!

—Lo peor es que nuestras mujeres le pasan la enfermedad a sus hombres y ya el contagio corre por toda la ciudad. Nuestras médicas dicen que no la saben curar. Y los niños recién nacidos de esas madres enfermas, nacen deformes. Algunos sin ojos, algunos sin pies, como hijos del perro.

—Ordena a las mujeres que cuando una nueva víctima de la violación aparezca se tenga cuidado de ella.

—Ya se hace señor, ya se hace, pero te repito que las señoras de la Medicina no han logrado parar ni la enfermedad ni el contagio.

La reunión fue en la planicie del Templo Mayor. Era la hora del alba. Allá, sobre la gran puerta, donde nace el Sol, el horizonte estaba teñido de amaranto, luego de rosa, después de lila. Sonaba un tambor, otro. Era un sonido cadencioso, que inundaba el aire hasta hacerse retador. Se detuvo. Pasó el tiempo. El sol cayó de lleno sobre todo el recinto del Templo Mayor. Un sacerdote inició una danza de guerra. Mientras danzaba, los espectadores, que los había por miles, le tiraban flores. Al terminar la danza, apareció en una de las gradas del Templo

el señor Cuauhtémoc vestido con toda la ceremonia, como Tlatoani de México. Le acompañaba Matla y los otros señores de la Guerra. Abajo, unas sacerdotisas vestidas de verde. Tanto el rostro de Cuauhtémoc, como los de sus compañeros señoras y señores de la Guerra, estaban pintados de negro. Negro de ojo a ojo; como si tuvieran máscaras. Sobre el rostro de Matla estaba el dibujo de una mariposa, también en negro. Además de la gente, miles de guerreros estaban reunidos en la Plaza del Templo Mayor. Hasta el frente del estrado de Cuauhtémoc se acercaron unos capitanes enemigos de Tenochtitlan, amigos de Hernán Cortés, que habían solicitado audiencia para conversar. Los enviados portaban una bandera de tregua. Ante el señor de Tenochtitlan, el señor de Tlacopan y el señor de Texcoco, ahora sin ciudad, exiliado en Tenochtitlan, llegó la representación de Cortés, formada por el señor de Cholula, un señor de Tlaxcala y un señor de Huexotzinco. Se detuvieron ante Cuauhtémoc. De una bolsa de papel sacaron puños de polvo de tiza y se los lanzaron en la cara a Cuauhtémoc. Luego se inclinaron ante él, pusieron una mano en tierra, y dijeron:

—*¡Campa ue!*

Cuauhtémoc no respondió al saludo y los miró con desdén.

—El capitán Cortés te envía a ofrecer la paz... —dijo uno de ellos. Cuauhtémoc respondió con un gesto irónico, propio del momento. Tocó el tamborcillo de su cuello y un grupo de guerreros Águila rodearon a los enviados de Cortés.

—No es costumbre, señor Cuauhtémoc, en nuestras Guerras Sagradas, que sean detenidos los enviados de paz.

—En este caso no son enviados de paz, sino de guerra. Y de la más negra entre todas las guerras, la que se hace de hermano a hermano. —Dio una nueva orden y los enviados de Cortés fueron arrebatados del lugar e introducidos en una jaula de madera—. ¡Todo ha cambiado!

Sucedió lejos, por las regiones del gran río, por las regiones de la lluvia de todos los días, por las regiones de los grandes lagos. El capitán Machuca y el capitán Gutiérrez caminaban en el nombre de la Corona para buscar una salida al mar. El desaguadero, en alguna parte estaba el desaguadero, les habían dicho. Pasaron montañas, desiertos, arenas llenas de sal. Los macehuales se morían en los caminos jalando el fardaje de los castellanos, otros, en los pueblos, encontraban su

destino cuando a punta de látigo los obligaban a tomar el asiento de los muertos, la tilma de los muertos, los huaraches de los muertos. Hasta allá iban las cuadrillas con sus cargas de totoposte y su miel para los castellanos; y su hambre para repartirla entre todos ellos. Hasta que por los siempre caminos del sol llegaron hasta las tierras del señor Cocorí, hasta las tierras del señor Kamakiri, el señor Coyote Pelado, el señor Ocelotl. Llegaron hasta allá por las tierras del Cucaracho, donde está el río número uno, número dos, número tres y el río número cuatro, por eso a las regiones las llamaban Regiones del Río Cuarto, Cucaracho del Río Cuarto. Era allí donde hacía muchos años había llegado una colonia del ejército de Ahuizotl. Fue en el tiempo de los tiempos, cuando aún se podían leer las cosas en los libros. Y hasta allá, hasta Cucaracho del Río Cuarto, llegaron el capitán Machuca y el capitán Gutiérrez, a la distancia de un año desde los caminos de México Tenochtitlan. Les habían contado, les habían enseñado que era tierra del oro, que los señores dormían sobre bultos de oro. Bajaron por el río con sus caballos, con su Virgen María, madre de Dios, Estrella de la Mañana, Madrina de los Pescadores, Madre de madres, Señora de señoras. Y en su santísimo nombre les quemaron la lengua hasta la garganta a los regionales que no pudieron recitar el Ave María y el Padre Nuestro. Jugaron el juego de la pluma con sus espadas, lanzaban un niño pequeño al aire y hacían apuestas a ver cuántas veces lo podían cortar antes de que cayera a la tierra, con el filo de sus espadas.

Cuando llegaron hasta allá, al lugar del río, de las grandes montañas, se presentaron con la cara dividida, fueron recibidos con chicha de coyol por el señor Cocorí, por el señor Kamakiri. El capitán Gutiérrez y el capitán Machuca pusieron presos a los guerreros de la montaña y amenazaron con quemarlos vivos si no le llenaban una cesta de las que usaban para pescar sobre el río, hasta el borde, con pepitas de oro. De los dos señores de la montaña, Cocorí y Kamakiri, uno de ellos logró salir cuando su gente cerró las cadenas que le ataban a un poste. Cosa que sorprendió mucho a los capitanes de Castilla que no sabían que fuera posible que las cadenas se cortaran como se corta el queso. Los capitanes castellanos siguieron buscando oro. Dormían con el oro, se quitaban la sed con el oro y hacían el amor con el oro.

Hasta Tenochtitlan llegaron las noticias del destino final del capitán Machuca y del capitán Gutiérrez. Cuando Hernán Cortés las escuchó quedó enterado de que en otras tierras al castellano se le había nublado el sol del triunfo. Los cantores elevaron cantos a los nombres de Kamakiri y Cocorí que eran como los nombres de la gente de Michoacán. El danzarín Oso Mayor compuso una danza para que

en todos los pueblos, frente a todos los templos, la gente la viera y se enterara de la acción de Kamakiri y Cocorí. El capitán Machuca y el capitán Gutiérrez habían sido cazados en una trampa de venados. Fueron conducidos ante el señor Adenil, señor Gato del Monte y ante el señor Ocelotl, el león de la montaña en Cucaracho del Río Cuarto; y a los guías de Tlaxcala que los habían conducido hasta esas tierras les quemaron las plantas de los pies para que nunca más repitieran esos malos caminos de llevar verdugos, de señalar el vado de los ríos a gente como el capitán Machuca y el capitán Gutiérrez. El señor Ocelotl les hizo una pregunta a sus prisioneros a lo que ellos respondieron:

—En Castilla, el oro sirve para curar los males del alma. Para curar los males del corazón sirve el oro. Y nuestro señor capitán ha enviado por el oro de los ríos, por el oro de las montañas, por el oro de las cavernas, por el oro que vosotros tenéis a la orilla del mar y que está ahí como la espuma de las olas, ya que en Castilla es parte de la vida y también es el norte en el mar de la ciudad. El oro es como el pan. Como el pan es el oro.

Por eso, el señor Ocelotl pidió a los señores de la fundición que fundieran todo el oro que querían los castellanos. Después, les hizo abrir la garganta vaciándoles el oro líquido en ellas. —¡Toma, bebe tu oro, cristiano, bébelo! —decía.

—Que esa historia sea la orilla de nuestras conquistas para que los capitanes no vuelvan a pasar de las aguas del gran lago. Anotadlo todo —dijo Cortés, y todo fue anotado.

Cuauhtémoc había ordenado contar las mazorcas del maíz, el número de las mantas. Habló con todos los capitanes de los cuatro barrios de Tenochtitlan. Examinó las defensas. Estaba contento ya que era de su conocimiento la forma en que Hernán Cortés haría la pelea a Tenochtitlan. Iban a intentar lo imposible, tomar Tenochtitlan.

Podían vivir el sitio hasta que la capacidad de ver el sol se terminara en los ojos de Topiltzin. Ellos se harían viejos y les nacerían más hijos antes de que Tenochtitlan pudiera ser rendida. Tenían la capacidad para resistir un sitio de cien años. Y si el castellano lograba vivir cien años para contar el tiempo, los hijos de los hijos de los tenochas podían esperar otros cien años. Tenochtitlan era inconquistable. Solo que había aparecido una nueva guerra. Cuauhtémoc ya vio cómo, cuando disparaba el señor de un bergantín,

este arremetía contra todas las canoas que tuviera por delante; no era posible esquivar este tiro en zigzag como lo habían aprendido en terrenos limpios y planos.

Ante el señor Cuauhtémoc, miles de guerreros pusieron una rodilla en tierra, con su mano tocaron la misma tierra, la elevaron, la besaron suavemente y lanzaron un grito.

—¡CAMPA UEEEEEEEE!!!!
¡CAMPA UE UE, CAMPA UEEEEEEEEEEE!!!!

La respuesta de los guerreros fue como un retumbo sobre la claridad de la mañana. Lo repitieron como un estribillo, y horadó el silencio sobre el lago. Y hasta allá, donde estaba el real de Cortés y de Ixtlixóchitl, llegó el eco.

¡Campa ueee, campa uee... campa ueee... uee uee ueeuee uee!!!

Hernán Cortés se imaginaba a todo el pueblo de Tenochtitlan con una rodilla en el suelo, besando la tierra en la palma de sus manos y gritando. Después un silencio llenó el murmullo de todos los guerreros.

—Hermanitas de la guerra, hermanitos de la guerra. Madrecitas ancianas, padrecitos ancianos...

Los aludidos fijaban la mirada en la figura enhiesta que sobre la gran piedra de Tizoc les dirigía esas palabras en tanto que en su mano derecha sostenía una lanza y en la punta de la lanza una bandera. Era Cuauhtémoc quien miró después a los niños y niñas guerreras.

—Hermanitas y hermanitos del mañana... —y hubo otro silencio crudo, redondo, casi pesado, que se podía tocar con los dedos—. Empieza la batalla... por nuestra libertad, por nuestra vida, por la eternidad de nuestro padre el Sol, por nuestra madre la Luna, por nuestros amados dioses, dadores de la vida, señores del junto, del cerca, de aquí y de allá... —Matla le hizo entrega a Cuauhtémoc de una espada castellana, y este tomándola, la elevó sobre su cabeza—. ¡No eran dioses, ni hijos de Dios, ni hermanos de Dios! Son mitad de hombres que han venido encima de los grandes vientos como el chapulín sobre las milpas... y también deben morir. Así saben nacer, y así saben morir como la flor de los nopales —y señaló el templo de las Calaveras donde se podían ver cabezas de caballos, de castellanos, hombres y mujeres ahí ensartadas. Les hemos cortado las alas como al malo chapulín...

Mis palabras no son únicamente para nuestros amigos y amigas, hermanos y hermanas de Xochimilco, Mixquietl, Coyoacán, Culhuacan, Ixtapalapa, Tlatelolco, Mexicatzinco...

Allá en lo lejano, los pueblos, los volcanes, las garzas sobre el lago esperando pescar, las garzas rosadas, azules, negras y blancas. Allá las sierras nevadas... Allá la orilla de las tierras calientes donde están los montes, donde habita el caracol, donde las sirenas murmuran; la espuma flota sobre las aguas, allá... Allá hasta donde los tambores repetían y repetían y también donde Hernán Cortés escuchaba la traducción de los tambores, palabra por palabra. Escuchaba muy serio, sin reír, sin cerrar los ojos, sin guiñarlos, sin tomar vino. Por los lejanos caminos, las heladas montañas, por las veredas de la miel, del algodón, de las tierras cálidas; todo el mundo se detenía a escuchar el tambor de los templos y a pensar en las palabras de Cuauhtémoc, allá en la ciudad donde los atepocatl han cerrado las puertas...

¡Chichimecas, dueños de la tierra Xólotl... aculhuas, aztlanecas, todos hermanos!

El eco del tambor repetía... "México... México... México... ¡No Nueva España, no Nueva Galicia, no Nueva Andalucía... México... México... México... Tierra del Sol... Tierra del Sol... Amada por los dioses... México!"

¡Mexicanos! Señores de Tlaxcala, señores de Tepehua, señores de la tierra mixteca, los mal llamados totonacos, los huaxtecos, mexicas, michuacanos. Hasta las fronteras, hasta las fronteras... Los cholultecas, los otomíes, los mazahuas, matlazincas y los lejanos nicarahuas...

Los itzcuintlis se han apoderado de nuestras tierras y han hecho casa aparte con el nombre de nuestros hermanos que tenían el rostro dividido... Se han apoderado de nuestra paz y dicen que los tiempos han muerto y que debemos de dar cabida a otros tiempos... ¡No y no y no!

Detuvo su mirada en la belleza de las chinampas, los jardines; la hermosura de la laguna, los árboles y sus frutas; la flor de los caminos.

—Todo esto es heredad de nuestras madrecitas, de nuestros padrecitos... Ellos fueron dotados de gran inteligencia... Ellos alcanzaron a ver los puntos lejanos del universo y saber el rumbo que nos llevaría a las estrellas. Conocieron todo lo que hay sobre la tierra, a su alrededor, en la lejanía. El poder de nuestras madrecitas y padrecitos fue más allá de los desiertos... Hasta donde el cielo y la

tierra se hacen cuates, hermanos de sangre.

La multitud seguía el ademán de sus manos que trazaban en el aire como alas de mariposas en celo.

—Eran sabias, eran sabios... Sabían leer en la bóveda del cielo... en todo lugar donde existiera un punto en el universo. Su poder fue más allá de todo lo imaginable, de lo existente. Nuestras sabias, nuestros sabios, escribieron libros y nosotros hemos seguido los consejos que guardan esos libros; hemos construido muchos caminos, sembrado la tierra, plantado magueyes, plantas o nopales; así nuestras hijas, nuestros hijos, han tenido que comer, que vestir. Hemos hecho verdad de nuestros caminos, hemos sido respetados y la tierra nos ha regresado su gracia con amor. ¡Hemos caminado! ¡Estamos de pie! ¡Somos verdaderos! —Elevó la espada toledana de nuevo sobre la cabeza y el limpio filo refulgió ante los rayos del sol—. Hoy han llegado los bárbaros de cara blanca y lengua doble. Han venido sin enviarnos la pluma de blanca garza, ni el calabazo de la tiza, ni los escudos del quetzal. Ellos han quebrado la flecha con gran ruido y hoy está quebrada, hermanos por hermanos, como si no sirviera. Y la punta de obsidiana se ha hecho añicos sobre la carne de nuestros hermanos, engañados por la lengua doble de la Atlácayotl... Por eso, sobre el rostro de nuestras hermanitas y hermanitos, hijas e hijos de este gran lago, de esta laguna, se eleva el polvo de los escudos de la guerra.

Nuestros hermanos del ayer en la Guerra Florida son nuestros enemigos de hoy y el miedo ha hecho el resto sobre el corazón de los cobardes... La lengua doble de Topiltzin ha hecho que el odio viva entre nosotros como la biznaga del nopal, que suba hasta nuestro corazón como las hormigas en busca de la miel en los magueyes. Pero estamos de pie hermanitas y hermanitos, somos verdaderos. Por eso estamos aquí hoy, en mitad de una guerra. —Y mirando con seguridad, con energía, y sin doble rostro, empezó a nombrar a los señores de la Guerra.

—Tú, señora Matla, señora de la Guerra, capitán de las señoras guerreras que saben morir mirando al padre Sol, nuestro señor Huitzilopochtli... Señor de la Casa de las Flechas... gran jefe Águila de las Águilas, que hablan la lengua del triunfo y que hizo grande a México Tenochtitlan. Nuestro oficio siempre fue la guerra. Nosotros, Caballeros Águila, Caballeros Jaguar, Caballeros Coyote, Caballeros Ocelotl; nosotros, los que estamos firmes, mano a mano, pie con pie, ojo con ojo, corazón a corazón con las hermanas guerreras. ¡Pueblo mío! Vamos a luchar hasta el último grano de maíz, hasta la última

punta de obsidiana, hasta la última flor, hasta el último gemido, hasta el último suspiro sobre el pecho... Cada vez que un guerrero muera, en ese instante resucitará la libertad y la eternidad de nuestros dioses... Y cuando terminen los dardos... cuando terminen las macanas, ya sabrán lo que haremos... Todo se hará para destruir a Topiltzin y a su atepocatl, los cara dividida, los lengua doble.

Esta guerra ya no es para hacer cautivos, sino para defender el Corazón del Cielo... No será este día el día de los cazadores de cautivos, sino de cazadores y cazadoras de la libertad... ¡Lanzaremos las cenizas de todos ellos a lo más hondo del lago de Texcoco! Señoras guerreras Águilas de garras amarillas... señoras Ocelotl de cabezas con colmillos... señores Jaguares de piel pintada... señor de pico y cabeza de Quetzal... señores amigos del Coyote, amigos de la serpiente, amigos del agua, de la sal, de la arena, de las flores...

¡Amigos, amigos y hermanos!
¡CAMPA UE!!!!!!!!... —¡CAAAAAAAMPAAA...
UEEEEEE!...¡UEEEEEEEEEÉ!!!! ¡UEEEEEEEEEE!!!!

—Señoras, señores, cuiden sus armas, muchas armas, pues solamente muertos se las habrán de quitar de las manos... Hay que señalar el camino... Vamos a atacar al oriente, al poniente, al norte, al sur, siempre por los senderos de nuestros dioses... ¡Que únicamente exista una verdad! ¡Que no sea la verdad del dios que nos amenaza con el fuego eterno!... ¡Que no sea el dios del ojo por ojo o del diente por diente, o del pie por pie, o de lengua por lengua, de vida por vida; como estos sacerdotes quieren enseñar! ¡Que solamente exista el Dios de dioses, del junto, del cerca, nuestro señor Huitzilopochtli, nuestro señor Quetzalcóatl, nuestro señor Tezcatlipoca!

Las últimas palabras fueron recogidas por el silencio... Silencio entre los millones de los tallos del tular que se mecían sobre las extensas aguas del lago... Silencio sobre las pencas de los mezquites, de los magueyes. Silencio que se hizo mudo sobre las hojas del maíz hasta donde el viento se había detenido. Los tambores guardaron silencio a un ademán de Cuauhtémoc. Solamente el camino del Sol sobre las aguas; solamente Tenochtitlan en mitad de un silencio; solamente el silencio rodeado de silencio.

—Si al finalizar la batalla, Topiltzin y sus atlaqualitalli aún mantienen el corazón dentro del pecho... es que entonces no ha de existir nuestro gran poder... No ha de existir nuestra gran estirpe como señores y señoras de la vida. Entonces, el mundo, nuestro mundo caerá y rodará hecho pedazos. Nunca más regresarán los vientos sobre

la laguna. No habrá más nevadas en los montes. Los volcanes apagarán sus fuegos y se quedarán mudos para siempre. Los ríos se secarán. Todo, porque nuestro señor Colibrí ya no tendrá guerras de valientes para defenderlo. Ya no habrá guerreras y guerreros valientes para alimentar al Sol.

Tenochas hijos de Tenochtitlan, hijos de los hijos, de todos los hijos, que un día vinieron de la lejana Aztlan, por los desiertos, siguiendo la huella de las serpientes, comiendo hormigas hasta encontrar el nopal de las águilas... Si perdemos esta guerra, nuestras hijas y nuestros hijos que sobrevivan al festín de los itzcuintlis, vagarán por el mundo, mudos, ciegos, sin saber nunca lo que fuimos... Si nos portamos como cobardes, los atlacatl de lengua doble no tendrán misericordia con nuestros pueblos. Ni siquiera seremos un pueblo dividido por una Guerra Florida, sino que nos usarán como huaraches, como esclavos, como escarbadores de la tierra... Rebajarán nuestra condición... rebajarán nuestra sangre.

¡Señoras y señores de México Tenochtitlan! Si perdemos la batalla... ya no será para nosotros el juego de pelota y nunca más los caminos serán sembrados de rosas para nuestros dioses. Desde el mar, hasta el mar, desde la montaña hasta la montaña; desde la vigilia hasta el sueño, desde la arena a la arena; mañana seremos esclavos y solamente nos contarán para fabricar cacharros y piedras de moler el maíz... retorcer el metl...

¡Hijas e hijos de México Tenochtitlan!!! No podemos perder esta batalla... Hermanas, hermanos de los descendientes del lugar de las garzas. ¡No! Si perdemos esta batalla ya no seremos los hijos del Sol y mañana, ni siquiera en mitad del desierto se hablará de nosotros los tenochas, los hijos del México Tenochtitlan. ¡Ni en mitad del desierto se hablará de nosotros!

El capitán Hernán Cortés hablaba y nosotros teníamos que escuchar. Era como nuestra voz. A veces decía cosas de locura, pero siempre con las mismas palabras ya sabidas. “En mi conciencia ... ¡Id, id con Dios! ”Pero gracias a esa conciencia, la gente marchaba a sus encomiendas y era como si uno fuera Dios. Les tomaban los aztecas y ofrecían su corazón a su Tloque Nahuaqui, que ellos llaman el señor de lejos y de cerca; el señor de las flores y por el que tienen sumo acatamiento y piedad como nunca vi en la iglesia de Santa Eulalia, allá en nuestro barrio godo de Barcelona”.

Nos solíamos reunir en el rastro, cerca de la Plaza Mayor de Madrid, a comer gente, a jugar dados, Sancho Ávila y yo. Sancho era bueno para los dados, jugaba desde pequeño, y era tal su angustia por jugar que lo hacía a su favor y en su contra. Siempre ganaba, y la gente tonta le apostaba. Fue él quien enseñó al Señor Moctezuma a jugar dados durante los siete meses que pasó en nuestras prisiones. 'Vamos a las tierras del encanto'medijo un día. Yo ni le hice caso. Sabía que en la Casa de Contratación de Sevilla solamente aceptaban cristianos viejos, a los que, pergamino en mano, lo podían probar. Ya en las batallas del Gran Capitán se solía decir:

"Los cristianos nuevos, adelante, para probar vuestra fe", y los viejos cristianos regresaban henchidos con la gloria. Pero fueron tantos los argumentos de Sancho Ávila que, en vez de regresarme a mi tierra de Barcelona, yo, catalán al fin, enamorado de lo increíble, me fui para Sevilla, no quiero ni narrar lo que me sucedió en Sevilla.

Cierto que algunos regresaban ricos desde las tierras del infiel. Pero no mucho. Y la travesía era azarosa e incierta. De modo que cuando llegamos algunos se iban para las nuevas tierras, su gente decía misas, encargaba promesas. Decían que allá, a uno se le ponía el pelo blanco. Pero también las noticias de Cuba eran buenas, que cada soldado recibía veinticuatro mujeres muy bonitas para que durmieran con él, que les daban de comer a los soldados en cuencos de oro.

Escribo estos pliegos porque otros lo hacen. Puede que también sea leída esta carta de un soldado catalán que nunca será famoso, por lo que no hace falta que ponga mi nombre.

De mi capitán Hernán Cortés solamente puedo decir que era valiente entre los valientes. Estaba en todas partes, se hacía amigo de los indios. Los tenía embobados, los tenía convencidos. Hacían lo que él quería que hicieran. Los aztecas le tenían odio y temor. Decían que el Dios de los vientos le protegía. Aquella fue la noche en que tenía que morir. Nadie quedó vivo. Todos fueron pasados a la otra vida. Eso sucedió en La Casa de la Flor hasta donde llegaba Cortés todas las noches para solazarse con su nueva manceba, la sobrina de doña Marina. El ataque fue fierísimo. Pero Cortés no llegó. Y aunque en la ciudad de Temiztlan el ministro del caracol asombró a la noche con la noticia de la muerte del capitán Hernán Cortés, no fue cierto. A la deriva fue la Casa de la Flor. A la deriva la encontramos inundada por las moscas que chupan la sangre. Todos muertos. Que cómo era posible, preguntó Cortés, que ningún indio hubiera muerto en este ataque. Murieron varios, pero se los llevaron en la noche. Nosotros recogimos los muertos y después Hernán Cortés ordenó que se le diera

fuego a la casa. La Casa de la flor ardió durante una hora llevada por el viento, hasta que las cenizas se sumieron en el agua.

Juventud sí tenía Cortés. Coraje, como pocos de los soldados en la historia de Castilla, la vieja, la nueva. Un día estará en el más grande de todos los libros castellanos, junto a César, Alejandro, Aníbal, y, a fe mía, que se lo merecen. Podrán decir muchas cosas de él y de nosotros. Muchas cosas buenas o malas se escribirán de nosotros y de él. Pero algo que nadie podrá olvidar jamás es que era valiente entre los valientes.

Hombre entre los hombres. Audaz entre los audaces. Le gustaba decir 'Decid que soy, que vosotros sois, que somos... capitanes de Castilla y Aragón'. Cierto que preñó muchas indias y dejó muchos hijos. Pero también es cierto que era galante, enamorado y bueno para con algunas mujeres.

Cuando ya estaba todo perdido de parte de los aztecas, cuando se enteró que la gente de Cuauhtémoc no lloraba, mandó una embajada para pedir a nombre de los viejos, de las mujeres enfermas, de los niños de Tenochtitlan, porque todos estaban atrapados y la batalla era cierta que la tenían que perder. Cuando teníamos en la trampa a todos los infieles, sin agua, sin comida; cuando sabíamos que los piojos que venían con nuestra armada se habían convertido en otra plaga para los indios, entonces mandó a la embajada de Paz. Y salieron los niños, las niñas, los ancianos enfermos. Pero ni una sola mujer salió de Temiztlan. Tampoco salieron los niños de cinco años para arriba. Tenía el corazón conmovido. ¡Era un capitán de Castilla y Aragón!

El mismo cuidado puso para que los enfermos de bubas no se acostaran con las indias. Y es que a las mujeres que les era permitido tratar con los castellanos eran pocas, ya que las más luchaban o se escondían. La enfermedad que nuestro ejército había traído desde las guerras del Gran Capitán infestó las enaguas de las indias. Causaba lástima verlas caminar con las caderas abiertas y gritar. La plaga de piojos fue tanta, que, en mitad de la gran batalla, en mitad del asedio, se espulgaban los indios los unos a los otros para comerse los piojos, pues ya no tenían nada que comer. Era la hora en que ni las moscas volaban pues se comieron las moscas, y las hormigas, y las cucarachas, y las matas, y las raíces de los árboles, y los árboles mismos. Pero los aztecas nunca se rindieron. Fueron dignos soldados del señor de las Flores.

Allá, en Canarias, me hice amigo de otros que nos acompañaron durante todo el viaje hasta Santo Domingo y después a Santiago de

Cuba. Sancho Ávila y yo lo encontramos en una tasca y no tenía un cuarto. Se quiso liar con Sancho Ávila a filo de daga porque apostó y perdió. Tenía que perder puesto que en ello iba nuestro pan y nuestro vino, ya que no poseíamos blanca. Luego, nos enteramos de que era tan pobre como una gallina de los indios. Después, le volvimos a encontrar en la salida de la misa mayor, muchos meses después, tal vez un año. Pero ya no vestía de blanco. Portaba espada al cinto, traje de seda, espuelas... Nosotros nos reíamos de él porque tenía espuelas y no caballo. Y cuando Sancho Ávila preguntó, él respondió: 'En alguna parte me espera la buena bestia de mi vida'. Después nos enterarnos de que había hecho amistad y negocio con el gobernador don Diego Velázquez. El Hernán Cortés que nunca había estado en ninguna batalla, de pronto se vio jefe de capitanes de gran valía y de una tarde a la otra, se convirtió en capitán y más tarde Capitán General y Justicia Mayor. Audaz entre los audaces era y es Hernán Cortés.

Regresaré un día, hasta las tierras de mi señor el conde de Barcelona y cuando ya esté viejo diré a mis hijos: '¡Fui soldado de Hernán Cortés! 'Puede que no tenga escudo con campos de gualda y plata; ni medias lunas, ni lunas enteras, ni torres, ni castillos. Pero tendré siempre el orgullo de ir narrando por las calles de Barcelona haber sido soldado de Hernán Cortés. La prueba, esta herida, y los hijos que dejé regados en la tierra del embrujo, México Tenochtitlan. Eso diré. Y desde un lado a otro, por la cuesta de las Ramblas, dirán los que me miren pasar: 'Ahí va ese... fue soldado de Hernán Cortés. No dirán que fui soldado de sus serenísimas majestades, sino soldado de Hernán Cortés, el del sitio de México. ¿Viviré para contarlo? Me pregunto de nuevo, ¿será mi vida todavía para entonces? Y es que nunca hubo un ejército como éste de México Tenochtitlan. Son soldados hechos para morir. No para triunfar, sino para morir. Y cuando se están muriendo luchan.

He de apuntar entonces, recuerdos de la gente que fue conmigo desde Sevilla. Diego de Ordaz y su mujer Francisca. Andrés de Mojarraz, el que venía enfermo desde la tierra de los moros y enfermó a las indias con las bubas; era violador de indias y murió en el camino a México. La Bermuda, mujer bonita que sabía luchar a caballo. María Gómez, mujer de Vegel, buena con la espada. Ha de escribirse una página sobre Isabel Rodríguez, mujer vieja, mujer del soldado viejo que era Guadalupe y que gritaba en los puentes de Tacuba: 'Aluchar con su hombre ha venido la mujer de Castilla, y no solamente para ser buena paridora de mozuelas'. Murió peleando en los puentes de Tenochtitlan, junto a María Hernández, la también vieja esposa del rico mercader Juan Cáceres. Y aquella india cubana de Bayamo que murió junto a su hombre herido, Alonso de Pérez. Le pidió perdón

porque un día quiso cambiarla a Hernán Cortés por una potranca.

A veces pienso que falta la última batalla. El capitán Hernán Cortés dice que vamos a ganar. ¿Ganaremos? Mis amigos han ido muriendo. Los que conocí bebiendo vino en las tascas de Sevilla. Ojeda, que era tuerto pero buen tirador de arcabuz por el lado izquierdo. Villalobos, que se apartaba de nosotros para esconder el oro debajo de las piedras, por los caminos, porque decía que vendría la paz, y señaló los lugares, para un día regresar. Pero no regresó jamás y su oro se ha quedado por ahí, escondido debajo de las piedras del camino. El gordo de Valladolid, buen esgrimista, buen tirador de jabalina, buen ballestero. Los aztecas le capturaron y jugaron con él antes de matarle. Alonso de Barrientos, que murió protegiendo la salida de las mujeres en la noche triste de los castellanos. Pedro y Martín Jiménez, eran imberbes, vestían de fantasía y querían sembrar rosas. 'Las rosas de México son pequeñas y mustias —decían—. Traeré rosas de Castilla un día'. Pero los dos cayeron en la trampa para los tigres y fueron capturados vivos. Sus gritos partían el alma cuando fueron llevados hasta lo alto del templo, pues eran jóvenes, tenían ganas de vivir. Dolido quedé por la muerte de ambos, que eran tan jóvenes y solamente habían venido a estas tierras a sembrar rosas. También tenía buena amistad, siempre en Cuba, con Fray Bartolomé de Olmedo y Juan Díaz que para entonces no era el ajusticiador e inquisidor que se representa hoy. Sancho de Ávila... mi buen amigo Sancho de Ávila; estaba esa noche de turno en la Casa de la Flor. Gente de mi vecindad en Madrid, Luis Alonso y Cieza, ambos fueron diestros del ejército de Tlaxcala y aprendieron náhuatl, el idioma de estos indios. El ojeroso Juan, que tenía una nube en el ojo, que las médicas aztecas le curaron antes de matarlo. Hice amistad con Juan Cedeño. A él le cambié algunas perlas de las que recogí del tesoro de Moctezuma por algo de lo que había traído en un barco lleno de vino, vituallas, tocino, trigo para moler. También Galleguillo, el más pequeño de los soldados de Hernán Cortés. Y Enrique era medio poeta, bello cantor de historias. Pero se lo comió el cansancio, se rezagó en el camino y lo atraparon los aztecas. Sebastián Rodríguez, el trompeta, el que daba la orden de asalto, siempre detrás de Hernán Cortés. El bachiller Escobar, nuestro cirujano, que se llevó sorpresas con la medicina de los aztecas. No he vuelto a saber de Porras, que era buen cantor, soldado bermejo, tañedor de los buenos y danzarín; fue el primero en beber el caldo rojo de los indios, que es chile, como si fuera vino.

Porras decía que de regreso a Sevilla iba a llevar unos cuartos de chapopotli, el aceite negro que usan estos indios. Confiaba que serviría para alumbrar en la noche todas las ciudades de Castilla. Es lo mismo

que hacen de noche estos infieles. Porras sabía, porque había sido sereno en las calles de Segovia por siete años. Fue el primero en saber que las hojas de frijol también se comen y se lo enseñó una india encebada que tenía.

Hoy, desde aquí, he visto pasar a los sacerdotes aztecas con sus bolsas de papel repartiendo oraciones. Y desde aquí escucho el grito tormentoso de *¡¡¡Eaa, eaa, anquila, mia bula, bien...!!!* Se prepara una nueva batalla... Y aquí, doy por terminadas estas palabras. ¿Para qué firmarlas? Soy un soldado de Hernán Cortés.

◆◆◆

XXVI

Hernán Cortés había dicho al sacerdote Juan Díaz: —¡Hacedla hermosa y que nos escuche Dios!

La misa solemne se celebró en una de las plazas aledañas a Texcoco. Cerca del estrado mayor se encontraban todos los capitanes. Los altos jefes de Tlaxcala, Huexotzinco, Cholula, y también Ixtlixóchitl, parecían muy interesados en la nueva religión de los cristianos.

Después del *est misa est*, Hernán Cortés solicitó a sus capitanes y aliados una parada solemne. Cada uno de los pueblos que luchaba contra Tenochtitlan se encontraba separado, y se distinguían por sus trajes; por los colores y la belleza del atuendo de sus principales. Cortés se hizo subir sobre un estrado especial, junto al lugar donde Fray Bartolomé de Olmedo había preparado, esa mañana, el bautizo de muchos jefes aliados. Los hombres de Castilla, los hombres de Aragón, eran minoría ante lo extraordinario del ejército de los enemigos de Tenochtitlan. Cortés empezó a dar las órdenes.

—Vos, capitán Juan Rodríguez Villafuerte, os encargaréis de las naves y para ello os doy esos valientes marinos que son los hombres de mar de Texcoco que os irán cuidando con mil canoas por cada bergantín. A vos, y vuestros capitanes, os doy veintitrés hombres por bergantín y los cañones que os correspondan. Para la custodia de los bergantines tendréis al señor de Texcoco, don Fernando de Ixtlixóchitl...

El aludido se sintió orgulloso al escuchar el nuevo nombre de don Fernando y posó su mirada en los otros capitanes aliados que también habían sido bautizados en una reunión solemne después de la misa. Don Felipe, don Carlos, don Santiago, don Pedro, don Miguel, don José, don Juan, doña Rita Rosa, don Cosme, doña Adelia.

—A vos, señor capitán don Fernando de Texcoco, os encargo que con vuestras dieciséis mil canoas os ocupéis de un buen recaudo para los bergantines y de mantener a raya a los marineros de Tenochtitlan.

A vos, don Pedro de Alvarado, con treinta caballos y ciento setenta soldados de Castilla, tenéis que colaborar con los miles de

guerreros de Otumba y Tolanzinco, y en todo podéis contar con esos valientes guerreros —Cortés señaló a los señores que hasta hacía una hora se llamaban Quahtliztacatzin y Chinchincuatzin, ataviados con gran majestad y garbo propio de guerreros nahuas.

—Vos, capitán —y se dirigió a Cristobal de Olid—, seréis acompañado por treinta caballos, ciento ochenta soldados castellanos y treinta mil hombres de aqueste capitán amigo—. Y señaló al señor Tletellahuehuequetquitzin. Se dirigió entonces al señor Gonzalo de Sandoval—: Vos, señor capitán, llevaréis veintitrés caballos, ciento setenta soldados de Castilla, dos cañones y os acompañarán los valientes capitanes de Cholula, Chalco, Huexotzinco; con sus miles de guerreros al mando del señor capitán Ahuaxpictotitzin.

Los soldados castellanos aludidos se ubicaron al lado de los contingentes de guerreros que se habían citado. Hernán Cortés estaba contento, el ejército de los enemigos de México Tenochtitlan llegaba hasta lo lejano del horizonte, haciendo señal a los tres capitanes de Tlaxcala que le acompañaban.

—Yo iré al frente vuestro por la calzada de Ixtapalapa —dijo finalmente.

En ese momento, todos los soldados de Castilla se hincaron y el sacerdote Juan Díaz esbozó una señal de la Santa Cruz en el aire, dirigida a todos ellos. Don Fernando de Ixtlixóchitl se hincó con reverencia y el sacerdote le otorgó una bendición especial. Ixtlixóchitl recibió la bendición como abogado con la nueva convicción que llenaría su alma y que le llevaría a decir a su madre, días más tarde, “¡Madre, si tú no te haces cristiana, te mandaré cortar la cabeza! ”

Los principales jefes guerreros, enemigos de Tenochtitlan, también llevaban espadas toledanas a la diestra, al igual que los capitanes de Castilla.

Allá estaba México Tenochtitlan... Se veía lejano, como flotando sobre las aguas de la laguna y rodeada de silencio. Cortés, de pie, sobre el altar donde se había celebrado la misa, miró al inmenso ejército.

—A nombre de nuestro imperial señor Carlos I de España y V de Alemania, y su amadísima madre doña Juana de Aragón y Castilla, yo, Hernán Cortés, Justicia Mayor y Capitán General destas tierras de la Nueva España, os digo que allá adelante está la gloria. No debemos perder la gran oportunidad de dar brillo y esplendor al ejército de

Castilla y Aragón, del cual vosotros sois aquí prenda y honor.

Allá están los salvajes, los mal nacidos, los hijos del averno, escondidos bajo los magueyes como serpientes. Mas nuestro señor patrón capitán Santiago, que fue servido de no dejarnos perecer ayer, evitará ansí mesmo que nos hundamos hoy, mañana y pasado mañana... No es esta una batalla como las otras en que jugamos nuestras vidas... Allá, al frente, está la fama para siempre o el miserable olvido. Capitanes y soldados del ejército invencible de Castilla y Aragón... ¡Adelante... Adelante Santiago y cierra España!

Y tal como Hernán Cortés lo había planeado, el inmenso ejército enemigo de Tenochtitlan se desplegó por las rutas señaladas, distribuidas entre los capitanes, tal como se había acordado. Unos iban camino de Ixtapalapa. Otros rumbos de Coyoacán; y otros más a Xochimilco. Todos giraban bajo la misma orden, marchar hacia Tenochtitlan. Se escucharon los tambores y cornetas de Castilla; los caracoles y tambores de Tlaxcala. Las trompetas de Texcoco se elevaron hasta el cielo. El esplendor de los lábaros al viento, de todos los colores y formas, según el número y la lejanía de los pueblos que lucharían contra Tenochtitlan. Los guerreros danzaban alegremente la enorme danza de la culebra. Los capitanes hacían caracolear sus caballos que llevaban cascabeles en las patas. Y frente a todos ellos, la nueva bandera de España. La bandera de Hernán Cortés manejada con donaire por un diestro en ese oficio. Todo el ejército cubierto con petos de algodón y los caballos bien protegidos contra las nuevas lanzas de los guerreros aztecas. El polvo del camino se levantó a su paso.

Les enseñaron, les mostraron el camino, les dijeron: “Ese es el azteca, el aniquilador, el destructor, el esclavizador, el que no sabe de caminos directos, el que espina como las flores del nopal; el odiado. El azteca, el tenocha, el que ha venido desde Tlacopan, el que habita en Tlatelolco, en Tenochtitlan, en Texcoco, el odiado. El tenocha, el que retiene el agua de los ríos, el que cambia los ríos, los detiene, los devuelve, los estanca. El que destruye templos, tan altos como el cielo, cada cincuenta y dos años para volverlos a construir de nuevo. El azteca que vive gracias a nuestra sangre y a la sangre de nuestros valientes guerreros, de nuestros jóvenes y de nuestras muchachas lindas. El que siempre gana las Guerras Floridas. EI que camina ligero y lejos, el azteca. El tenocha, el odiado”.

Nacían en mitad del odio. Crecían en medio del odio. Les enseñaron eso desde antes de calzar huaraches. Y cuando llegó Hernán Cortés, les dijo:

Somos la libertad para los pueblos, no tendrán más fronteras, habrá flores de cacao para todos, flores de algodón para todos.

Cuando la gente de Castilla y Aragón llegó hasta las tierras del mar, que ellos llamarían Yucatán, encontraron muchas cosas extrañas. Entre esas cosas, estaba una mujer que no era de ahí, ni de tierra adentro, ni de tierra afuera. Hablaba la lengua de la gente de cerca de Santo Domingo y de Cuba. Había salido a pescar con su esposo y los graneles huracanes los desviaron hasta esta tierra de mayas. Esa mujer de Cuba les contó muchas cosas que conocía de los lugares llamados por ellos yucatecos, de lo que era México, la tierra de México Tenochtitlan.

Hernán Cortés tomó la púa del maguey, la púa del nopal y las clavó en el corazón de la gente.

"Os llamaremos hermanos, hijos de Dios, hermanos en la Santísima Virgen del Rescate". Y así fue como ellos aligeraron los pies, caminaron aprisa; y fuertes como eran, lucharon al lado de Hernán Cortés. Fueron muchos, muy valientes, muy sabios; y cuando se dieron cuenta ya era tarde. La bandera de los aztecas estaba destruida, como tirada, como rota, desaparecida sobre las aguas apestosas de la laguna de Tenochtitlan. Los castellanos, la gente de Aragón, era poca, como granos de una mazorca del maíz, pero los otros, eran contingentes de guerreros. Hombres y mujeres que sabían pelear.

Los leedores de grandes libros lo habían escrito. Y se podía leer entre los nudos de colores; lo decía el nudo morado, el azul, el verde, el violeta, el amarillo, el negro. Ahí, entre los nudos, estaba la destrucción de México Tenochtitlan. Estaba en los libros que desde aquí y hasta las tierras del Sol, un día, Tenochtitlan sería barrida por las corrientes. A veces, en las noches, yo me preguntaba: ¿Y si los libros son ciertos, si esa es la voluntad del Dios de dioses, que Tenochtitlan y Texcoco sean barridas por el viento todos los días? ¿Qué será de tanta agua? Que nosotros desapareceríamos de la faz de la tierra, era claro, para morir nacemos; pero ¿el agua? ¿a dónde se va a ir? Nunca pude entender la profecía de que un día se iba a poder sembrar, recoger cosecha, y barrer las calles donde estaba el gran lago de Texcoco.

Hernán Cortés vino solo. Solo, con la vergüenza del hombre que huye. Solo, con su corazón. Solo, con el puño de valientes que decían sí, y siempre sí. Pero ellos no derrotaron a México Tenochtitlan. Ellos, los castellanos, los de Aragón, no humillaron a la gente de Tenochtitlan, de Texcoco, de Tlacopan. No habían nacido para hacerlo

y nunca lo hicieron. Eran menos que una mazorca de maíz para hacerlo. Los que ganarían la guerra contra Tenochtitlan vendrían enviados por Quetzalcóatl, y los enviados por Quetzalcóatl llegaron así, como se había anunciado en nuestros libros. Vinieron desde el norte, desde el sur, desde el este, desde el oeste. Vinieron porque desde niños tenían una púa de odio en su corazón de guerreros. No llegaron caminando sobre la huella de los castellanos sino sobre el sendero del aire que dejaron nuestros dioses. Venían en pos de la vereda de Dios. Eran la huella de Dios, del Dios de dioses, señor de las Flores. Los que destruyeron Tenochtitlan, los que ganaron la guerra, los que tenían que venir tras el paso de los dioses, los que montaron sitio a Tenochtitlan, eran los dueños de los nombres de guerreros Águila, Jaguar, Coyote, Ocelotl, Lagartijas; mujeres de la guerra, hombres de la guerra.

La primera acción no fue posible que la hiciera Hernán Cortés. Era imposible tomar Tenochtitlan, la fortaleza en el lago. Ni por tierra ni por agua. Un libro muy viejo de la biblioteca de Nezahualcóyotl decía: “En el aire vendrán los vencedores de Tenochtitlan”. Como los chapulines que vienen con el sol. Los chapulines que tanto mal habían hecho a las cosechas de Tenochtitlan y que ese año no llegaron.

¡Qué lástima que no vinieran los chapulines cuando los estaban esperando! Los niños, los viejos, las viejas, las muchachas, los guerreros y las guerreras habrían podido comer chapulines asados.

Lo primero fue alistar a la gran ciudad de México Tenochtitlan. Pero no bastaba cerrar los cuatro caminos ni destruir las calzadas.

La ciudad en una isla era más extensa que cinco de las grandes ciudades de donde habían llegado los castellanos. El lago de Texcoco tenía mil kilómetros cuadrados. Los castellanos no podían hacerlo. No les era posible a los de Aragón. Pero la gente de México sí pudo hacerlo. Rodearon el gran lago de Texcoco y mataron a todo el que quiso navegar hasta Tenochtitlan. Toda persona que intentó salir de Tenochtitlan fue dada por muerta. Ya nadie salió. Nadie entró en Tenochtitlan. La ciudad estaba defendida por las guerreras de Matla, por los guerreros de Cuauhtémoc, por los guerreros de Coanacotzin, Señor de Texcoco que estaba fuera de la ciudad y se había refugiado en Tenochtitlan.

Una vez muerto el señor de Tlacopan, el señor Totoquihuatzin, que murió del mal de los castellanos, fue elegido señor de Tlacopan, Tetlepanequetzaltzin, valiente entre los valientes. El nuevo señor de Tlacopan organizó el avituallamiento de Tenochtitlan durante la

noche, cuando la neblina cerraba todos los caminos del lago con diez mil canoas y sus guerreros, hasta que los enemigos rodearon todo el lago de Texcoco y pusieron un fortín cada cincuenta metros. Pelearon hasta el final la gran batalla del sitio de Tenochtitlan. Y al final, hasta los señores amigos de Cuauhtémoc lucharon contra él. Ellos fueron, tenían nombres. Eran los llamados valientes que dieron la batalla contra la gran ciudad de Tenochtitlan. Los señores Acamayotzin, Axotecatl, Quetzalpocatzin, Ahuaxpiczactzin, hombre muy valiente de Texcoco que era hermano de Ixtlixóchitl; el señor Apayancatl y Tecuachcatli. Axoquentzin, señor de Tizatlan, lugar de la tiza, desde donde se sacaba para hacer la guerra, alimentar las milpas, señalar los caminos, empolvaron a enemigos. Xicacuenotzin, sobrino del señor de Texcoco que fue a solicitar ayuda a la gente de Otumba, y lo hicieron pedazos. Coztemix, natural de la ciudad de Ixtapalapa, que pintaba las conjuras y las trampas contra Hernán Cortés y le avisaba. Cuitlizcatl, Chiahuatecolotzin, Chichicuaotzin, quien también le abrió los brazos a Cortés en Tizatlan. Chicomecatl, señor de Zempoala, cuyo ejército estuvo hasta el final del sitio contra la ciudad. Chichimecatucuhtli, gran caudillo de los huexozincas, mano derecha en los momentos de peligro que pasaría Hernán Cortés. Chichinquatzin, que hizo posible la noche de Chalco, el lloro de Chalco contra sus hermanos de Tenochtitlan. El señor Chicuacen; el capitán de Chalco, Chopololazcatzin, que dio la espalda a Tenochtitlan. Ecatecolotl, Señor de señores en Chalco. Huitzilíhuitl, señor de los huetzonzincas. Ixconauhquitecuhtli, que desde la casa de Tetlipac ayudó a los castellanos siempre. El señor de la casa de Quahuiztlan, Ixquitecatl, Itzcoquahtzin, que cuando fue tomada Tlacopan se quedó al lado de los hijos de Castilla. Tlacatecuhtli y Chichiquelitzin, enviados por el señor Mexicatzin para ayudar a Cortés siempre. Mecacatcatl, señor de los huexotzincas. Mexitzincotzin, mano derecha, en Chalco, del capitán Olid. Michcuatecuhtli, Señor de señores de la guerra. Mitizlimatzin, Nequametzintz, señor de Chalco que dio la espalda a los de Tenochtitlan. Ocelotzin, hermano menor de Xicoténcatl, que siguió ayudando a Cortés después de la cremación de su hermano, y que con Octomaxtli pidió a Cortés que visitara la ciudad de Tlaxcala. Quanatecatl, que le gustaba hacer regalos valiosos a Hernán Cortés. Quauhtlizcatzin, hermano del señor de la Guerra, Ixtlixóchitl, que hizo todo lo posible por salvar la vida al capitán Sandoval en Tlatelolco. Quauhtonatiuxtzin, gran amigo de Hernán Cortés, que después cambió su nombre por el de don Ricardo. Quiquicatzin, que ofreció a Cortés la amistad de su hermano, señor de Texcoco, Coanacotzin, por lo que su hermano lo mandó matar. Tecocolotzin, hermano de Cacamatzin, los castellanos lo bautizaron con el nombre de don Fernando, murió de viruela. Tecuacaotli, que pidió ayuda a Cortés para luchar contra los

tenochas. Techoltzin, valiente entre los valientes, capturado por los aztecas en una trampa; la mujer que lo amaba lo liberó y fue quemada viva por haberle ayudado en su fuga; se llamaba Teoxóchitl, Flor de Dios y era bella. Tenamax Cuicultzin, señor de las orillas del lago de Texcoco durante todos los meses del sitio.

Los señores Tequitlatos habían leído en el Teaomaxtli, famoso libro de los toltecas, que así sería, que los hermanos estarían contra los hermanos; y que los hombres caminarían con una cara por delante y otra por detrás, como en las grandes fiestas de los pequeños señores y de los grandes señores, en que los danzarines bailaban con una máscara por delante y otra por detrás.

También lucharon contra Tenochtitlan Tepilzacatzin, y, dolor de dolor, Tetlahuehuezquititzin, señor de Texcoco, hijo tercero de Nezahualpilli, que daba oro y más oro a Cortés para alegrar a sus soldados y que creía que solo con los nuevos señores vendría la paz. El gran Señor de los señores, caudillo de Chalco, que hizo dolor en el corazón de Tenochtitlan cuando en la última semana de la lucha condujo a la gente de Chalco contra sus hermanos de Tenochtitlan, Tatzauhquaqillitlalatepanecatl. Teyanquiztlatoatzin, señor de la Guerra. El Guerrero de Tepeyac, Tianquiztlatoatzin, que ayudó a Hernán Cortés en el sitio de Tepayac, donde todos morirían defendiendo el lugar, hasta poner rojas las aguas del lago. Tlatecatecatzin, que fue con Hernán Cortés para ayudar al capitán Olid. Los señores Tlacpanquizcatzin y Tlahihuitztli; el señor de Chalco, Totomihuatzin, que iba detrás de los hombres de lucha que dirigía Tozquencoyotzin. El señor Tzicuhcuactl, que obligó a trabajar a todos los diestros artesanos del barrio de Tlailotlaque, señores de la industria de las armas, de las lanzas...

Y... ¿para qué seguir con los nombres de los grandes guerreros que estuvieron en la última batalla contra Tlacohilonatiuh? Sol de la tierra, como también era llamada la gran ciudad de Tenochtitlan desde que el señor viejo, enamorado del idioma, ordenó que solo se hablara náhuatl en todos los territorios, lo que se hizo por orden de Techotlatzin. Ellos, señores del Sol, ellos, abejorros de la noche; ellos, flores de la mariposa; ellos canales del lago; ellos, orillas del río; ellos, juguetes del viento; ellos, alas de colibrí, ellos, espadas de obsidiana; ellos, luces del amanecer; ellos, neblina de la noche; señores Ocelotl, señores Águila, señores Serpiente, señores Nubes Rojas, señores Espuma de las tierras del Sol; ellos, los de lejos, ellos, los de cerca; los que habían aprendido a defenderse desde niños a no tener temor; que sabían desde la escuela que en cada azteca había un corazón de Dios para el Dios de dioses. Los que escucharon la lengua doble de Hernán

Cortés que les decía la historia de un solo abrazo, de una sola gotita para las fuentes, como las ramas de un mismo árbol, como las estrellas de un mismo ciclo, como las notas de una misma flauta, como el sonido del mismo caracol, como las águilas del mismo nido, como el rojo del achiote en el mismo rostro de las mujeres bonitas, como un solo huipil para cubrirse las tetas, aunque no tuviera méritos para ello; como los que lo escucharon bajo el manto de la señora del Río del Lobo, allá en las orillas del Guadalquivir, nueva señora de México.

Para allá, para aquel lado, para el lugar donde se abren las flores, para Cuepopa, Cuauhtémoc envió a Matla para que los itzcuintlis y sus amigos no pudieran ingresar en Tenochtitlan por ese sitio. Tetlepanequetzaltzin con sus guerreros, se dirigió al lugar donde se multiplicaban los mosquitos, Moyotlan. El señor de Cuitláhuac, Mayehuatzinx, se encargó del ejército que velaría el lugar de la casa de las garzas, Aztacalco. Coanacotzin se ocupó de que nadie pudiera llegar hasta la puerta de Teopan, el lugar de los dioses. El señor de mar a mar, Cuauhtémoc cuidó del dique en toda su extensión. Era una calzada enorme dentro del agua. Tenía diez metros de ancho y quince kilómetros de largo, dividía la gran laguna de Tenochtitlan de las aguas amargas del lago de Texcoco. Nunca nadie había visto una obra como esa. Después de terminada, se desviaron los ríos para que alimentaran con su agua fresca la gran laguna de Tenochtitlan; el agua se fue purificando con el tiempo más y más. Vinieron las grandes lluvias y fue mejor. El dique sobresalía del agua de modo que ni aun los grandes vientos que azotaban toda la planicie del lago lograban pasar el agua amarga de Texcoco hasta las aguas dulces de la laguna de Tenochtitlan.

Cuando los itzcuintlis lanzaron sus naves al lago, los laguneros de Tenochtitlan adivinaron la estrategia que tenían y comprendieron que, si lograban pasar el dique, les sería fácil hacer la guerra hasta en el patio de las casas de la ciudad. Cuauhtémoc ubicó miles de canoas henchidas con guerreros seleccionados, a lo largo de todo el dique. Todas las calles de Tenochtitlan se llenaron de trampas contra los grandes venados. Erigieron paredes y puertas falsas por todos lados. En lugares muy especiales colocaron los señores rescatados de los castellanos y frente a ellos, mandaron artilleros que los capitanes castellanos habían entrenado antes de ser sacrificados a los dioses. Dispararon el cañón contra las canoas, y se dieron cuenta de la resistencia y penetración de la bala; hicieron gruesos contrafuertes en las canoas para que la bala no les pudiera hacer daño. También elevaron la borda de las barcas para evitar los tiros de las ballestas y

de los arcabuces. De lejos, los bergantines eran temibles, de cerca, eran como los niños sobre la estera. Cuando estuvieron listos, los señaladores del ciclo, jóvenes y niñas guerreras empezaron a lanzar humo de colores sobre la ciudad.

El capitán Ixtlixóchitl señaló con la espada el humo de colores que salía de los templos de la ciudad de Tenochtitlan. Eran como vómitos de volcán, rojos, amarillos, verdes, malva, violeta, tiernos, azules, de todos colores. A veces los colores se interponían unos a otros.

El capitán de Texcoco se dio cuenta de que estaban haciendo números en el cielo y llamó a un Tequitlato.

—Ya saben cuántos somos.

Pero de afuera de la ciudad no salían volutas de colores desde ninguno de los cerros. Ixtlixóchitl entendió que el recado de Hernán Cortés había surtido efecto. Mandó mensajeros a todos los pueblos de los alrededores del lago con la siguiente advertencia: “Ayudar a los aztecas es muerte”. Desde días antes empezaron a aparecer soldados castellanos muertos. Se creía que durante la noche se encontraban con muchachas que pertenecían al ejército de Tenochtitlan que ganaban la orilla a nado; conquistaban a un soldado de Castilla y luego lo mataban. Sucedió una vez en la mañana, una vez en la tarde, y tres veces en una noche. Pero Hernán Cortés llegó al pueblito donde había sucedido, reunió a diez personas. A cinco les cortó las manos, a las otras cinco les cortó los pies, y advirtió:

—Por cada soldado de Castilla que aparezca muerto en algún lugar, sin justificación, mandaré que les quemen la lengua con hierro candente y les corten las manos a veinte indios.

Las guerreras de Tenochtitlan no repitieron la caza de castellanos en los alrededores de Texcoco.

—Saben cuántos somos... —decía Ixtlixóchitl. Ordenó que, desde toda la orilla del lago, en su grande extensión, también elevaran volutas de humo para que los tenochas pudieran a su vez contarlos a ellos.

—No importa que la ciudad de Tenochtitlan tenga doscientos mil fuegos; nosotros somos más. Estamos a cinco por uno, mi capitán.

Hernán Cortés recibió la noticia con agrado y se ocupó de la posición que los bergantines tendrían el primer día de ataque.

Hernán Cortés ubicó sus cuarteles de asalto en Tlacopan, Coyoacán e Ixtapalapa, lugares que logró tomar debido al abandono voluntario de los guerreros de esos lugares. Ya empezaba la cuenta de los años nuevos, ya era el día de los castellanos, mayo 30 de 1521. El capitán Rodríguez Villafuerte, que comandaba la nave capitana de nombre Medellín, se lanzó al ataque. Hernán Cortés había planeado dirigir en persona la batalla de la laguna, pero sus capitanes le reprocharon que buscaba una forma cómoda de luchar y dejó el mando al capitán Rodríguez Villafuerte. El bergantín Medellín hinchó sus velas, iba custodiado por cien canoas de Texcoco que le daban seguridad. Cada uno se iba colocando a lo largo de todo el dique, protegiendo la laguna de Tenochtitlan. Los remeros de Texcoco aprendieron otra forma de manejar las canoas. Un soldado de Aragón los guiaba con señas desde el puente de cada uno de los bergantines; uno, dos, tres y de nuevo la cuenta, para que se mantuvieran siempre a la par de la embarcación. Al frente, iban las proas de las naves, destrozando los grandes plantíos de las juncias, y las chinampas que se encontraban a su lado, ya abandonadas por sus dueños. Algunas de esas chinampas flotaban a la deriva, iban con sus casas desocupadas, con sus perros, con sus huaxolotes. Los soldados de Texcoco las abordaban sin ninguna resistencia, las saqueaban y luego les prendían fuego, por lo que, pronto, todo el lago se convirtió en un espectáculo de casas y de chinampas ardiendo, llevadas por las corrientes. Había centenares de casas en llamas.

Al otro lado del dique, la bandera de Cuauhtémoc ondeaba. También allá, al otro lado, había muchas otras banderas de los batallones de guerreros Águila, Jaguar, Coyote y Ocelotl, tanto de hombres como de mujeres. La idea fija de Ixtlixóchitl era romper los diques para envenenar el agua de Tenochtitlan, y entonces tendrían que beber salitre. Como si fueran llevadas por un soplo de viento, las naves de los castellanos se detuvieron frente al muro del dique en lugares determinados. Las banderas del capitán Juan Rodríguez Villarreal ondeaba, ordenando la acción. En lo más alto del palo mayor de la Medellín, flameaba la bandera de Hernán Cortés. Todo estaba en silencio, interrumpido a veces por el murmullo de hamaca que impregnaba la corriente del lago sobre las olas, y el vuelo de las aves que abandonaban sus nidos espantadas por entre la selva de juncias. La selva estaba verde, ya que no era aún tiempo del florecer enrojecido de las amapolas del lago. El bergantín Medellín se acercó

adonde el dique hacía una curva; no muy cerca, para no recibir las flechas flamígeras de los aztecas, que Ixtlixóchitl sabía estaban ahí, al otro lado, esperando.

—El dique es fuerte —había advertido Ixtlixóchitl—. Nuestros tiros de cañón darán cuenta de ello, no os preocupéis —respondió el capitán Juan Rodríguez Villafuerte. A una señal de bandera del capitán, desde el Medellín, todos los cañones de los bergantines dispararon. Ante los tiros, los muros se estremecieron, pero nada sucedió. El estruendo de los cañones llegó hasta las montañas. El capitán Juan Rodríguez Villafuerte, después de tres intentos que solo conmovieron los cimientos del muro, ordenó otra táctica, reagrupar los bergantines de tres en tres y disparar a la vez en un solo punto. Los artilleros estudiaron la forma, se agruparon, anotaron la dirección y dispararon. Los cimientos flaquearon, y a los cinco disparos, en tres lugares diferentes, cedió el muro; el agua cayó en torrentes sobre las aguas bajas de la laguna. Las canoas de los aztecas saltaron a la vista y el capitán Rodríguez ordenó disparar contra ellas. Los cañones se cargaron y una lluvia de metralla cayó sobre las canoas. Entre el ruido y los gritos, el agua de la laguna se tiñó de rojo. Los caballos que esperaban sobre el puente se encabritaron, patearon y estaban como asombrados.

Las primeras canoas de avance de los texcocanos llegaron hasta el muro, subieron hasta su centro, y ahí se dio una cruenta batalla que ganaron los de Texcoco. Luego, a una señal convenida, todos los guerreros de Texcoco que estaban sobre el dique se arrojaron al agua. Los aztecas tornaron el gesto como abandono de la lucha y lanzando gritos de guerra tocaron sus tambores; pronto todo el dique estaba lleno de guerreros aztecas. Los bergantines entonces realizaron el segundo ataque estudiado, giraban paralelos al dique lanzando lluvia de metralla sobre los defensores aztecas que caían por centenares, incapaces de una defensa. Los soldados disparaban sus arcabuces, sus ballestas; con sus espadas y lanzas, cortaban a los hombres que nadaban en la orilla del dique. El capitán Juan Rodríguez volvió a concentrar el poder de fuego sobre las brechas y el muro se deshizo. Los zapadores castellanos y de Texcoco se prepararon para otra labor. Dentro del agua, con cuerdas y palancas, abrieron campo y logró pasar el primer bergantín, después otro, y otro. Al terminar el día, todas las naves se dirigían a tornar nuevas posiciones alrededor de los canales, palacios, calzadas, y casas de Tenochtitlan. Ya todas las cuatro entradas estaban destruidas, y la ciudad totalmente rodeada por miles de canoas y bergantines. La primera batalla naval había sido ganada por los temimes.

Un enorme grupo de guerreros quedó copado en el centro de un peñón que estaba en la laguna de Tenochtitlan, y ahí se hicieron fuertes. Los guerreros de Texcoco intentaron una y otra vez tomar el peñón por asalto, pero fue imposible. Los aztecas habían logrado hacer del lugar un sitio inexpugnable, acorde con sus métodos de guerra. El capitán Juan Rodríguez Villafuerte ordenó una concentración de los bergantines frente al peñón. Además de los guerreros, el peñón estaba lleno de niños... cientos de niños. Parecía ser que los señores de Tenochtitlan habían escogido el peñón como refugio para los niños.

Ixtlixóchitl, que se dio cuenta del propósito de Juan Rodríguez de Villafuerte, dijo:

—Está henchido de niños...

El capitán Juan Rodríguez volvió los ojos hacia Ixtlixóchitl y le dijo con desprecio:

—Vos... ¡calláos!...

—Está lleno de niños... —insistió Ixtlixóchitl...

—Esta es una guerra diferente... Se llama tierra arrasada y es bueno que os vayáis acostumbrando porque es orden del Capitán Hernán Cortés —y volviéndose a sus artilleros, gritó:

—¡Fuego, fuego, fuego...!

Como los artilleros castellanos dudaron un momento al ver la cantidad de niños sobre el peñón, el capitán sacó la espada y gritó: —¡Voto a Satanás! Os he dicho fuego... miserables, ¡fuego!—. Todos los bergantines, a una sola vez, dispararon los cañones, y hasta el humo se tiñó de rojo...

—Es la nueva guerra —murmuró un guerrero tlaxcalteca a Ixtlixóchitl. Este lo miró apenado... como pensando.

Cuando se retiraron del peñón, Ixtlixóchitl tomó agua de la laguna, la probó y dijo:

—Dentro de unas horas toda el agua de esta laguna ha de saber a salitre... Ahora, vamos al acueducto.

Siguiendo la ruta de dos mil canoas diez mil guerreros, iban Ixtlixóchitl y el capitán Alvarado. La calzada de Ixtapalapa estaba toda destrozada. Ya no tenía puentes. Cada día era un encuentro desesperado por tomar las calzadas.

Lo que los aliados de Cortés tomaban de día, los aztecas lo volvían a recuperar por la noche.

—Destruyamos las casas —recomendó un capitán de Tlaxcala.

Alvarado posó su mirada sobre las casas, a ambos lados de las calzadas y dijo alborozado:

—¡Pardiez, capitán! ¿Cuántos hombres tenéis?

—Siete mil guerreros.

Alvarado y el capitán de Tlaxcala decidieron que los siete mil hombres se dedicaran solamente a destruir las casas y a rellenar las calzadas para que, de esa forma, pudiera ingresar la caballería en Tenochtitlan. Luego, Alvarado e Ixtlixóchitl se marcharon rumbo al bosque de Chapultepec. El cerro de los Chapulines se encontraba custodiado por miles de hombres y mujeres. Cuauhtémoc y sus capitanes habían concentrado ahí lo mejor de su ejército, pues sabían que todo podía perder la ciudad de Tenochtitlan, menos el agua. Era precisamente ahí donde daba inicio el acueducto que luego se precipitaba por dos grandes tubos, siguiendo el curso de la calzada de Tacuba, hasta el centro de la ciudad. Todo el transcurso de la calzada estaba cuidado por miles de guerreros con sus canoas. Desde niño Ixtlixóchitl había oído una vieja leyenda, atribuida a su abuelo Nezahuacóyotl y que su padre Nezahualpilli solía repetir: “Ser dueño del cerro de los Chapulines, es dominar la ciudad de Tenochtitlan”. Pero el cerro de los Chapulines estaba rodeado de ingentes peñascos, y por todos lados pululaban los defensores. En el centro del bosque, en un templo al dios de la Lluvia, Matla dirigía la operación. Centenares de guerreros jóvenes, mujeres y hombres, estaban al cuidado de unas médicas que les preparaban los dientes, se los limaban hasta dejarlos como colmillos de animales del monte.

—Que nadie se corte las uñas... —repetía Matla mientras las revisaba.

Ehacatl, otro guerrero de Tenochtitlan que había logrado fama en las últimas batallas, también revisaba a los guerreros jóvenes que habían llegado con garras de animales en su mano.

—Todos los colmillos aguzados... todas las uñas largas como uñas

de águila, como colmillos de jaguar —dijo Matla. No se había iniciado todavía la batalla de Chapultepec cuando surgió un recurso inesperado, el capitán Sandoval con veinte hombres de a caballo y miles de guerreros de Tlaxcala rodearon el lado occidental de los peñascos. Prácticamente lodos los guerreros aztecas habían quedado copados en el jardín de Chapultepec. Centenares de hombres jalando canoas aparecieron entre los tulares. Ixtlixóchitl dio la orden de ataque con el tamborcillo que le pendía del cuello. Alvarado también ordenó a sus hombres que tocaran las trompetas de guerra. De pronto, el bosque de Chapultepec se llenó con el sonido de los pitos y los tambores. Cada uno de los guerreros aztecas, que sumaban miles, tenía un pito en la boca, y lo hacía sonar. Tocaban con sus manos maracas y cascabeles, pero no se iniciaba el ataque desde ningún lado.

Empezó la batalla. Los capitanes aztecas hicieron todo lo posible por defender el nacimiento del acueducto. El lugar se llenó con montañas de heridos y cadáveres. Tan pronto la caballería logró un triunfo, los guerreros de la alianza contra Tenochtitlan irrumpieron; en ese mismo momento, aparecieron mujeres guerreras y muchachos guerreros, como si salieran desde la tierra misma. Horas después, el grupo que comandaba Ixtlixóchitl, junto con un enorme grupo de guerreros de Cholula, lograron romper el cerco. En tanto Ixtlixóchitl rompía el acueducto, sus guerreros morían a ambos lados. Cuando Sandoval y Alvarado lograron romper el cerco y precipitarse al centro de los bosques de Chapultepec, ya Ixtlixóchitl y sus aliados celebraban la victoria. El acueducto estaba destrozado. El agua a inmensos borbollones se regaba sobre los planos del bosque.

Matla, Ehecatl y otros guerreros, aunque heridos, lograron escapar de los castellanos y esquivando y lanceando a los caballos, llegaron hasta los altos acantilados. Por ahí se fueron los guerreros de Tenochtitlan. Unos quedaron quebrados, pero, los más, lograron retirarse. La noche los protegía.

La neblina cubría el agua de la laguna. El soldado Morón, famoso músico de Hernán Cortés, vio a un guerrero azteca que trataba de cubrir la retirada de Matla. Se lanzó sobre él y lo atravesó con la lanza. El guerrero herido jaló la lanza y atrajo sobre él a Morón. Un guerrero azteca acudió en ayuda de su compañero y con su espada de obsidiana partió en dos el cuello del caballo de Morón y luego le dio muerte. Pedro de Alvarado había capturado herido a un capitán de Xochimilco. El guerrero portaba una espada toledana, pero Alvarado, más diestro, lo desarmó y le gritó que se rindiera.

—Mátame, mátame ahora, ya que dentro de una hora no tendrás

tiempo —le respondió el guerrero. Y Alvarado le atravesó la garganta de un lado a otro con el arma.

Cuando amaneció, los aliados de Cortés se dedicaron a rematar a los guerreros heridos de Tenochtitlan, de acuerdo con lo mandado por los capitanes de Castilla.

En el centro de la ciudad de Tenochtitlan, los aztecas miraron con pesadumbre cómo el gran chorro del agua que venía desde los bosques de Chapultepec se había acabado. Cuauhtémoc, dentro del palacio de gobierno de la ciudad, recibía informes y tomaban resoluciones. La guerrera Matla ingresó en el Consejo de las Naciones. Estaba herida y sangraba de las manos, de la cara. Una lanza casi le había tocado el ojo derecho, que cubría con una manta.

—Hemos perdido el acueducto y muchos de nuestros mejores guerreros y guerreras han muerto.

Cuauhtémoc recibió la noticia, sombrío.

—Después de haberse roto el dique, toda el agua de la laguna se ha contaminado —agregó Matla.

Cuauhtémoc volvió a mirar a los señores del Consejo y con un acento de honda pena en sus labios, dijo:

Han abierto el dique... El agua de la laguna se ha convertido en lo amargo de la sal... hemos perdido el acueducto... Nuestros mejores guerreros mueren... Hemos perdido la vida.

Los castellanos celebraron un consejo de guerra. Se encontraban presentes los capitanes de las naves, los amigos de Hernán Cortés desde el principio, y los capitanes que habían llegado con Pánfilo Narváez. Todos tenían una queja contra Hernán Cortés, no sabía mandar, no sabía dirigir la guerra. Tres veces los soldados castellanos cayeron en las trampas tendidas por los aztecas y tlatelolcos. En esa forma no era posible ganar una guerra. También estaban los que insistían en que el peso de la guerra lo llevaban los indios amigos, y que todo lo que se había hecho era matar indios, que de por sí para eso estaban, para ser gastados.

La ciudad estaba sitiada desde hacía cincuenta días. Cincuenta

días de incomunicación, de no recibir ayuda de ninguna parte, de tener cantidad de heridos. Se sabía que los muertos hedían en las calles, hasta los campamentos de Hernán Cortés llegaba la pestilencia de los cadáveres descompuestos. Y no se rendían. Ya no tenían agua, ni alimentos, ni ayuda, ni armas, y, a pesar de ello, no se rendían. Cada vez que los castellanos intentaban una nueva entrada a la ciudad, el saldo de muertos era altísimo.

En la pared del salón donde Hernán Cortés celebraba Consejo de Guerra estaba un mapa pintado por los guerreros de Texcoco. Ahí se veía la ciudad tomada, como por una tenaza de noche y de día, y nada se lograba. Los guerreros de Tlaxcala y Texcoco habían sometido a los habitantes de la ciudad a una guerra de hambre para que se rindieran. Cuando los grandes vientos soplaban desde las sierras, rumbo a Tenochtitlan, hacían enormes asados de carne de huaxolote, de venado, para que el olor de los alimentos llegara a la gente sitiada donde, se sabía, se alimentaban de olotes.

¿Qué le pasó al capitán Castañeda? —preguntó Cortés al capitán Juan Rodríguez.

—En la calzada de Tacuba, sin que precisáramos en qué momento, salieron del agua más de cien guerreros, y abordaron el bergantín. La lucha duró un instante. Mataron a todos los soldados y colgaron al capitán Castañeda del puente... Después, quemaron la nave. Hemos tomado medidas para que eso no vuelva a suceder y tenemos canoas amigas en custodia de los barcos, de modo que a un nadador le sea imposible acercarse a uno de nuestros navíos desde cincuenta metros de distancia.

Después de una serie de reproches que Alvarado, Sandoval, Olid y Juan Díaz le hicieron a Cortés, este terminó por aceptar que en verdad la dirección de la guerra no había sido de lo mejor, sobre todo, que los mayores éxitos habían sido logrados por los indios amigos...

¡Es la guerra que hemos aprendido! No sé qué otra cosa se pueda hacer. Es la guerra que nos enseñaron nuestros grandes capitanes en la liberación, desde Toledo hasta Extremadura y desde Extremadura hasta el mar... ¡Malditos, siempre están en la brecha!

—Noticias hemos recibido de que hubo un Consejo de Guerreros en Tlatelolco —dijo Ixtlixóchitl—. Los guerreros de Xochimilco propusieron rendirse y Cuauhtémoc mató al momento al capitán que

tal recomendó. Dijo que mataría a toda persona que hablara de correr ante el enemigo. El acuerdo fue morir y no claudicar.

¡Insensatos —exclamó Cortés—! Mañana enviaré una comitiva de paz para ofrecerles que abandonen la isla los enfermos, los heridos, las mujeres y los viejos.

Desde las cuatro esquinas de la ciudad se dio inicio al acuerdo de abandonar la ciudad de Tenochtitlan. Nadie la quería abandonar. Cuauhtémoc se reunió con los señores de los barrios y fue explicando que lo más importante para el momento que vivía la ciudad de Tenochtitlan era "un grano de maíz..."Los ancianos enfermos, los niños, consumían la poca agua de que disponían y, por lo tanto, era bueno que salieran. Abandonaron el lugar con llanto. Los guerreros de Tlaxcala y Texcoco miraron esa línea interminable de gente enferma y niños muy pequeños que abandonaban la ciudad. Los guerreros tlaxcaltecas les ofrecieron agua limpia, pero la rechazaban con dignidad y se acercaban a los pozos cercanos para beber agua con barro.

¿Y las mujeres? —preguntó Cortés a Ixtlixóchitl—. ¿Es que no hay mujeres ni muchachos en Tenochtitlan?

—Los niños mayores de siete años y todas las mujeres son considerados guerreros; esos no han de salir...

—Los vencerá el hambre...

—Pasar hambre es la primera lección que un guerrero de Tenochtitlan aprende desde que ingresa en la escuela de guerreros... Hambre, sueño, sed, cansancio...

—¡Soldados del Sol...! —exclamó Cortés con admiración.

—Sí señor capitán, guerreros del Sol...

—¿Qué irá a hacer ahora el mal nacido Cuauhtémoc?

—Es la ley de la guerra que heredamos desde los antiguos tenochas. Cuauhtémoc puede hacer todo menos dos cosas, rendirse o suicidarse. Según las noticias que tenemos de sus hechos, Cuauhtémoc les ha dicho que, si pierden esta batalla, ha de morir el sol... y para el pueblo de Tenochtitlan que muera el sol es detener la vida sobre la redondez de la tierra.

—Repito, ese Cuauhtémoc es un insensato ¡Mal le pese!

Un bergantín estaba patrullando. Desde que los nadadores solitarios, en una noche, nadaron bajo el agua hasta abordar la nave del capitán Castañeda, los castellanos redoblaron su vigilancia. Tendieron redes alrededor de las embarcaciones cuando se enteraron de que eran capaces de nadar bajo el agua hasta a trescientos metros de distancia. Un grupo que emergió debajo del agua, pese al cerco de las canoas de los guerreros texcocanos, fue aniquilado cuando sus cabezas, al salir a respirar junto a la borda de "La Isabella", chocaron contra las redes. Todos fueron muertos a lanza. Hernán Cortés se había enterado de que por las noches oscuras de neblina se había montado un tren de abastecimiento entre la ciudad de Tenochtitlan y Xochimilco.

—¡Imposible!

—Señor capitán, no hay otra explicación —afirmó Ixtlixóchitl—. Tenemos que cortar ese abastecimiento y dejar que mueran de hambre, de sed. —Ixtlixóchitl sabía que esa era la lógica determinación del pueblo azteca. Pero para Hernán Cortés y sus capitanes no era válida la idea. No querían entrar a una ciudad de moribundos. Deseaban ingresar tras el escándalo de los cascos de los caballos, el silbo de las flechas de obsidiana. Deseaban matar y morir ya que en ello les iba la gloria. Era así como lo había hecho siempre el ejército de Castilla.

Cuando el capitán del bergantín "La Isabella"estaba en esos miramientos y pensamientos, desde un altar salió una canoa cargada de guerreros aztecas... Todos eran señores Águila. Al ser sorprendidos por los castellanos, los guerreros huyeron para buscar refugio de nuevo en una cañada.

—A ellos, no los dejéis escapar, subid la vela…

—No hay aire, capitán, todo es calma...

—Remad, pero no los dejéis ir; son buenas piezas...

Los soldados de la nave tomaron los remos y lucharon para dar alcance a los guerreros que en forma rauda escapaban. El capitán comprendió que los guerreros huían con desesperación, pero él los tenía que capturar. A pesar de que las nieblas de la noche no dejaban ver al frente, los artilleros prepararon las lombardas. Los aztecas, en

un último intento de fuga, se adentraron en un tular del que no existía salida. El capitán, todo lleno de alborozo, gritó:

—¡Santiago, cierra España, a ellos!

Pero en el momento en que la nave de los castellanos intentó ingresar en el canal del tular, la canoa que huía, cargada de guerreros aztecas, viró. El capitán no entendía lo que estaba sucediendo... Pero ya era tarde, desde todos los lugares del tular cayeron lanzas... Eran canoas disfrazadas... Cientos de guerreros se lanzaron contra el bergantín y diez minutos después flotaba a la deriva, ardiendo. Todos los soldados eran guiados por los aztecas, prisioneros.

El capitán Hernán Cortés subió a la nave del capitán Juan Rodríguez para ir al rescate de “La Isabella”. El cuadro era aterrador. A los heridos les faltaba la lengua y las orejas... En castellano, sobre los tablones de la nave, estaban unas palabras pintadas: “Oreja por oreja, lanza por lanza, lengua por lengua, siempre”. Cortés volvió a ver la no lejana ciudad y dijo:

—Mañana atacaremos por última vez.

En la nave del capitán Juan Rodríguez, acompañaban a Cortés, además de los capitanes de Tlaxcala y Texcoco, los señores Alvarado, Olid, Olea y Sandoval. Se dirigían a la puerta de Xochimilco.

En toda la distancia, como animales enormes, con las velas infladas, se veían los bergantines que iban y que venían desde todos los lugares, cuidando el cerco de la ciudad de Tenochtitlan. Al anochecer, Cortés y sus tres bergantines interceptaron más de cien canoas que en la cubierta del anochecido se dirigían a Tenochtitlan. Ordenó abatir las canoas con sus cañones y no hubo batalla. Los ocupantes de las canoas saltaron por los aires. Los guerreros que venían desde Xochimilco, al ver acercarse los bergantines, lanzaron al agua el cargamento que traían en tinajas. Luego, se lanzaron ellos mismos al agua, a donde los persiguieron los guerreros de Tlaxcala y los arcabuces de Hernán Cortés. Después de que todos los ocupantes de las canoas fueron muertos, las tinajas seguían flotando sobre las olas del lago. Los soldados de Castilla tenían como entretenimiento buscar las tinajas y arcabucearlas. Las tinajas estallaban una a una y regaban su contenido, atole de pinol, frutas frescas, maíz molido y, sobre todo, agua...

—Señor capitán, debéis de haber observado que la mayoría de los

guerreros muertos son niños... —le hizo notar el capitán Juan Rodríguez a Cortés.

—Es porque sus mayores han muerto...

—¿Es Tenochtitlan una ciudad defendida por niños?

—Lo sabremos cuando hayamos entrado a la ciudad capitán, y os prometo que será pronto.

Todos los capitanes rieron ante la respuesta de Hernán Cortés.

◆◆◆

XXVII

Después de cincuenta días de asedio, la ciudad de Tenochtitlan estaba destruida. Decenas de veces, las patrullas enemigas se habían adentrado hasta los barrios importantes de la ciudad y decenas de veces habían vuelto a ser despedidos de los lugares.

En una espléndida mañana de sol, de música, de pájaros, de alegría, de flores y de frutos, nuestro señor Moctezuma había recibido a Hernán Cortés. Después de cincuenta días de sitio, ya un árbol, un solo árbol, no tenía hojas, no había una flor. No existía en la ciudad ningún ser viviente de los que antes abundaban, hormigas, abejorros, lagartijas, cucarachas, gusanos... Todo lo que se movía sobre la tierra fue devorado. Todo lo que volaba, abejorros, avispas, mariposas, pájaros; todo, había sido ahuyentado por el hambre de los aztecas. Cuando encontraban un poco de tierra húmeda, después de las lloviznas de la noche, los guerreros y las guerreras la mascaban para sacarle el agua. Toda, absolutamente toda la ciudad, estaba desprovista de árboles, de arbustos, de plantas; hombres, mujeres, niños, habían escarbado todos los árboles en busca de raíces y se las comieron. Era como si una lluvia de cien días, llena de chapulines, hubiese pasado por Tenochtitlan. Los niños salían a los lugares donde antes habían estado las chinampas henchidas de frutas y de flores; iban en busca de los primeros retoños tiernos del zacate para comer. Una lagartija fue cazada y se bebió su sangre con deleite. Un niño sacó la raíz de lo que antes era un nopal y la mordió. De inmediato, una mujer guerrera, que lo había sorprendido, lo castigó clavándole una espina de maguey en la lengua.

—Todo lo que es comida debe llevarse al almacén de la comunidad, no lo olvides...

Cada mañana, los encargados de la bodega común reunían a las guerreras, a los guerreros, y a cada uno les daban cinco granos de maíz. Después, tres granos de maíz. Y llegó el día en que recibieron dos granos de maíz. El último día se les dijo que se les daría un grano de maíz por cabeza, de un día de por medio. Entre tanto, debían comer tierra. Niñas y niños, especialmente adiestrados, salían por la mañana en busca de todo lo que se moviera sobre la tierra, de cualquier planta que empezara a crecer. Todo lo que se moviera. Todo

lo que creciera. Ya se habían comido los huaraches: las cáscaras de los árboles, de las plantas. Las guerreras y los guerreros comían despacio los olotes. En tanto, desde allá, por el viento, llegaban los olores de la carne asada de los campamentos de Texcoco y Tlaxcala. Ixtlixóchitl tenía razón, no había campo para la rendición en México Tenochtitlan.

—¿Cuándo han de entrar a la ciudad? meditaba Cuauhtémoc. —Cuando nos crean moribundos —respondió Matla.

Las últimas noticias que Matla expresó ante Cuauhtémoc le habían abatido el ánimo. Las hermanas guerreras, los hermanos guerreros, ante el tormento de la sed, habían bebido agua salitrosa de la laguna infestada y se revolcaban de dolor. Después del informe se dirigió a paso presuroso para saber de cierto algo, de los labios de la señora Rapada Preciosa. Señora de las señoras en la Casa de la Guerra. Los corredores del palacio estaban totalmente destruidos. Era un palacio ganado por los castellanos tres veces, y que, de nuevo, los guerreros de Tenochtitlan habían recuperado. A su paso veía guerreras moribundas, guerreros heridos, que agonizaban en silencio. Matla llevaba con ella las secuelas de la guerra. Estaba flaca, sucia, herida. El brazo derecho lo tenía infestado. Al despertar en la mañana, se dio cuenta de que su pelo estaba lleno de piojos y dijo riendo: —Al menos tendré algo que comer este día—. Las otras guerreras se dieron a espulgarse sus cabelleras y a comerse los piojos con placer. Ingresó en un salón, otrora lleno de esplendor, que lucía destruido. Sobre una estera, tirada, herida, se encontraba la gran sacerdotisa de México Tenochtitlan, la señora Rapada Preciosa. Aunque tenía sesenta años parecía como de cien. Matla traía una jícara en sus manos. La Rapada Preciosa era atendida por dos mujeres, también de la orden de las guerreras Ocelotl.

—Madrecita, te he traído agua.

Rapada Preciosa se levantó sobre su codo, elevó la cabeza hasta la guerrera Águila, y preguntó:

—¿Es de noche o de día? —e intentó ver con sus ojos heridos. —Es noche, madrecita.

—¿Agua?

—Sí, madrecita... —le dijo Matla acercándole la jícara a sus labios. La señora Rapada Preciosa tomó el agua. Extendió la jícara a

lasguerreras que la cuidaban, quienes la recibieron con ansia. Pero en vez de tomarla se acercaron a otra compañera herida que suspiraba con gran cansancio y que había sido atravesada en el estómago por una espada castellana, y se la dieron. La herida, siguiendo el ejemplo de la Madre Rapada Preciosa, apenas probó el agua con los labios y dijo:

—El agua es para los que han de vivir...

En el centro del salón había un enorme jarrón donde un fuego se apagaba.

—¡Aviven el fuego, avívenlo! —ordenó Matla.

—¿Se apaga el fuego? —preguntó la señora Rapada Preciosa. Señora madrecita —dijeron las guerreras dirigiendo la palabra a Matla — ya no tenemos con qué encenderlo.

—¡Oh, señor, señor, se termina el fuego! —y hablando como consigo mismo pero dirigiéndose a Matla y a las guerreras dijo:

—Desde que tenía doce años, siempre encendí el fuego al Creador del Mundo, al señor de las Flores, al precioso Colibrí, señor de más allá, del cerca, señor del junto, Dios de dioses...

Al hablar, le temblaba la voz. Tenía una herida en la cabeza y no podía mirar. Sus manos estaban manchadas con su sangre seca. Y casi en un lamento preguntó:

—¿Será que todo se ha terminado? ¿Ya no tendremos caminos sembrados de nopales? ¿Ya no tendremos flores? ¿Nos tendremos que ir para siempre? ¿Será nuestro destino el mismo que tienen las flores del desierto? ¿Qué será de nuestros santos, de nuestras danzas, de nuestros dioses? —Dirigió sus manos al lugar desde donde sentía que venía el calor del fuego que se apagaba y murmuró —. Cuando tenía doce años fui a traer de las manos del Sacerdote Mayor el Fuego Nuevo hasta el cerro de la Estrella. Era una noche hermosa, pero todas las calles de la ciudad en Tenochtitlan estaban desnudas, deshabitadas y las mujeres que iban a dar a luz, escondidas. Miles de personas esperando que yo regresara con el Fuego Nuevo. Todos los fuegos de la ciudad y de todas las ciudades estaban apagados. Los fogones en cenizas. Los señores de la Casa de los Corredores en espera, para salir con sus antorchas a distribuir el Fuego Nuevo hasta los más largos y distantes pueblos de la Unión de las Naciones.

Todo era oscuro y había incertidumbre en nuestros corazones.

Nuestra estrella amada apareció en la lejanía... en la distancia. Se escucharon gritos. Sonaron los caracoles. Los tambores impregnaron el aire. El señor del Templo tomó el palo de hacer fuego y lo frotó hasta que estallaron las chispas. Corrí con la antorcha prendida entre mis manos. Detrás de mí venían los sacerdotes, subí hasta el gran templo de Tenochtitlan, donde los sacerdotes me estaban esperando. Sobre el altar mayor se encendió el fuego. Era el mismo fuego y nunca se ha apagado. Los sacerdotes corrieron con la antorcha al viento para encender los fuegos en todos los templos. El día siguiente fue una mañana de alegría. Los habitantes de Tenochtitlan lanzaron las cosas viejas. Nos abrazamos, nos saludamos, nos regalamos flores.

Ese mismo día salieron las cuadrillas a buscar rocas para hacer más grandes las gradas del Templo Mayor de nuestro señor de la Lluvia, de nuestro señor de la Guerra. Los señores y las señoras iniciaron la barrida de los caminos y limpiaron los canales de las lagunas, recogieron las hojas secas... Y ahora tú me dices que el fuego se está apagando... ¿Qué nos está pasando? ¿Es que nos ha llegado la hora de la tristeza, como lo dejó escrito nuestro señor, el sabio Nezahuacóyotl? ¿Qué se ha hecho del poder de nuestros dioses? ¿Por qué nos han abandonado? ¿Acaso nos hemos equivocado y otros fuegos nuevos reinarán en México Tenochtitlan? ¿Será la misma lección de cuando nuestros dioses llegaron para ver la muerte de los dioses de nuestras ciudades enemigas?

Sus labios temblaban, sus manos quietas; intentó mirar con sus ojos heridos.

—Nuestro señor Nezahualcóyotl decía que el color de cada mañana cambiaría cuando las garzas huyeran sobre las aguas del lago…

Matla sintió que con la voz de la Rapada Preciosa algo se apagaba, algo se apagaba en el altar de los dioses, en los templos de la ciudad, en su propio corazón. Salió presurosa, pues estaba enterada de que los castellanos intentaban otra de sus entradas. Por el camino hasta el palacio en ruinas de Cuauhtémoc, encontró guerreros que iban de aquí para allá buscando algo de comer y que miraban fijamente al suelo en espera de un insecto que se moviera, pero, al mismo tiempo, cuidaban el lugar que les había sido asignado. En lo que fue la gran Casa de las Mujeres Guerreras se encontró en una esquina a un anciano que rezaba. Su forma de rezar era de palabras casi musitadas, pues ya no tenía vigor de ponerse en pie para invocar una oración a Tezcatlipoca, llena de colores, lanzada en ángulos, en círculos, con palomas en las manos de los que la escucharan, con un

penacho de plumas de quetzal sobre la cabeza. Musitaba quedamente, como si se estuviera alimentado con las palabras de su oración. Frente a él, había un tambor con los bolillos quebrados; más cerca, un caracol. Matla se sintió doblemente agobiada pues reconoció al señor del Caracol, el anciano sacerdote del templo que daba las horas...

—Dime padrecito ¿has visto las garzas?

El anciano, que tenía una mirada viva, volvió sus ojos a la persona que preguntaba y descubrió que era Matla. La respuesta fue, a su vez, una pregunta llena de una triste ironía.

—¿Las garzas?

El guerrero de Tlaxcala estaba herido. Alrededor de la cintura y de los hombros, una cuerda lo mantenía atado a una piedra. Las dos manos se las ataron fuertemente sobre la nuca con una tira de cabuya. Estaba semiinclinado sobre la piedra a la que estaba atado. El paso del tiempo también lo había alcanzado a él. Los guerreros aztecas le capturaron hiriéndole en las rodillas, las que mostraba hinchadas y tumefactas en sus heridas. Estaba tembloroso, clavando los ojos con desesperación en un charco de agua dejado por la lluvia, que estaba ahí, a pocos centímetros de su cabeza, a escasos centímetros de sus labios. Lo había intentado una vez, dos veces, tres veces... Tirado boca abajo, el mécatl lo ataba desde la cintura y los pies... Trató de moverse un centímetro más con los dos codos, cuyas manos estaban atadas detrás de la cabeza. ¡Ah, si al menos una mano, una sola estuviera suelta! Había tratado inútilmente de mellar las cuerdas frotándolas contra la roca, contra la dura tierra. Ahí estaba el charco de agua y tenía una sed que le hería por dentro. Se tiraba sobre la tierra y mordía el suelo, estiraba la lengua, mascaba la tierra cercana al charco con la esperanza de que mantuviera un poquito de humedad, pero no. Los guerreros lo dejaron por un rato así. Pensaban regresar para llevarlo a la piedra del sacrificio. Pero algo les había pasado en el camino porque no regresaron. Seguramente estaban los dos muertos y él era una presa olvidada. Un prisionero de la sed. Un guerrero azteca no olvida fácilmente a su prisionero. La muerte, seguro, los había encontrado. El sol daba de lleno sobre el lugar donde el guerrero de Tlaxcala se moría de sed. El charco estaba ahí... ahí a centímetros de su lengua... Una lagartija furtiva apareció cerca de una piedra, miró al prisionero y hundió su lengua en el agua. ¡Ah, qué envidia! El guerrero de Tlaxcala la miró hondamente, cuando el animalito se retiró pensó que... que Tezcatlipoca era bueno con cierta clase de seres

vivientes...

A quince metros del prisionero tlaxcalteca, separados por las ruinas de un templo al viento, cuyas piedras habían rodado por todos lados, dos niños miraban el lago. Sus edades fluctuaban entre los doce y catorce años. Estaban armados también se mostraban cansados. En su cuerpo se notaban las huellas de la guerra. Miraban el agua del lago. Había viento, el viento de las montañas. Las olas se elevaban y volvían a caer. Los niños estaban escondidos detrás de una enorme roca. Que había sido basamento del templo dedicado al viento. Con las olas se escuchaba el eco de los cañones que retumbaban allá más allá. Y el tambor del Templo Mayor que tocaba y tocaba y que no había dejado de sonar desde que se había iniciado la guerra. Las olas del lago hacían cras... cras... chas...., chas, cuando se estrellaban contra las piedras de la orilla. Los niños tenían la mirada clavada en el agua... Estaban como esperando algo que habría de venir con las olas y que no llegaba y que no llegaba... no llegaba... llegaba... no...

No se movían. Parecían figuras talladas en piedra negra y rosa en las paredes destruidas del templo al Viento.

"¡Oh, señor del Viento! El señor que riega el polen de las flores y transporta los sonidos cuando las cosas cantan, cuando las cosas gritan; el señor que nos permite hablar y escuchar... El que va por los caminos y que cruza las naciones y va alrededor del mundo para regresar de nuevo a las tierras del Anáhuac, de los tenochas, de los aztecas, de los habitantes de Tenochtitlan".

Como un murmullo lejano eran las palabras del sacerdote, las habían oído desde que ambos eran niños... más niños que hoy... más niños que ayer… antes de que empezara la guerra. El señor del Viento que va y que viene, que regresa con su pedacito de aire para cada uno de los habitantes del Anáhuac... Sin que le dé más a uno que al otro... El señor del viento... Uno de los niños tocó el hombro de su compañero y le dirigió la mirada para aquel lado. Ya se había hecho el milagro. Después de tres horas, ahí estaba... Primero vino nadando... Se acercó hasta la roca... Olfateó el aire... Olfateó tres veces, pero los niños, tomando sus previsiones, se untaron con barro todo el cuerpo, de modo que de sus personas no podía emanarse ningún olor... La iguana. Era una iguana. Aunque no medía más de media vara, a los guerreros les pareció que jamás habían visto una tan grande... La iguana, el pequeño lagarto de la laguna, corrió sobre la tierra para alcanzar una piedra.

—¿La ves, la ves?

—Te lo dije, te lo dije, muchas veces la vi salir a esta hora... en la laguna.

Los niños corrieron tras de la iguana, que al verse perseguida, en vez de seguir su ruta hasta las piedras, se volvió con una rapidez enorme y regresó hasta el lago, pasando por entre las piernas de los niños que no lo esperaban. Llegó hasta la orilla de una piedra y se lanzó al agua... Uno de los niños la atrapó en el aire. El otro ayudó a su compañero, los dos estaban en el agua. La iguana trató de revolverse, de escapar, pero los niños ya la tenían asida fuertemente para evitar incluso que los mordiese. Corrieron hasta donde se observaban los rastros de un altar de madera, que humeaba, lo escarbaron con un palo, y después de matar a la iguana, la tiraron sobre las brasas, removiendo un poco las cenizas. Media hora después estaban deleitándose con la iguana. Cada uno tenía una pata sabrosa, jugosa... la devoraban como si no hubiesen recibido alimento en mil años. Miraban de tanto en tanto, no fuera que apareciera un guerrero viejo que los castigara por no haberse presentado con la iguana en la Casa Común de la Comida, como era su obligación. Uno de los niños sintió mucha sed. Tomó su jícara que le pendía de la cintura y empezó a olfatear el aire... Como la noche anterior había llovido, en alguna parte debía de haber agua. Y con la jícara en la mano llegó hasta donde estaba el prisionero de Tlaxcala que lo miró con temor... Los niños hundieron la jícara en el charco de agua y bebieron. Cuando se iban, se quedaron un momento viendo al prisionero. El guerrero de Tlaxcala se sintió más indefenso que nunca. Los niños también lo miraron con asombro. Uno de ellos sacó una daga de obsidiana; se acercó más al prisionero y le quitó de un tajo las ataduras que le unían las manos a la nuca. Después, le ofrecieron una jícara de agua y una porción de iguana.

Ya el alba había despuntado cuando los bergantines iniciaron un metódico cañoneo sobre la ciudad de Tenochtitlan... Lo hacían a su saber, asistiendo a todos lados, ya que toda la laguna y el lago eran del ejército castellano y de sus aliados. Los aztecas ya no salían a pelear en sus canoas, y cuando lo intentaban eran precisamente derrotados. Miles de canoas de Texcoco, cargadas también con los guerreros de naciones aliadas, se precipitaron a tierra firme y dio inicio el último asalto desde donde, según Hernán Cortés, tenía que venir el triunfo. Se planearon dos últimas fuerzas. Una de ellas por el lado de Tlatelolco y la otra, para tomar el Templo Mayor y encontrarse en el Recinto Mayor. Las patrullas de castellanos iban prácticamente emparedadas, custodiadas por todos lados, gracias a la

guardia de guerreros amigos. Desde las azoteas, los niños hacían caer lluvia de polvo de chile que, al principio, producía daño a los castellanos, pero no a los de Tlaxcala y Texcoco que cuando miraban caer la lluvia de polvo verde, rojo, amarillo, negro, cerraban los ojos y dejaban de respirar. A veces, cuando pasaba un castellano bajo algún puente, le caía un guerrero azteca ya moribundo que, con su peso, lo intentaba matar. Como ya las piedras se les habían terminado, en ciertos sitios usaban a los agonizantes, a los enfermos y a los voluntarios como si fueran piezas de catapultas humanas. También cuando a un guerrero se le terminaban las flechas, se lanzaba de cabeza desde arriba, con la esperanza de aplastar al enemigo con el peso de su cuerpo.

Ehacatl, que en ese momento dirigía una patrulla, tocó el tambor que pendía sobre su cuello y más de cien guerreros se acercaron adonde se encontraba. Había divisado que por una de las calles venía entrando Hernán Cortés con su custodia, y rápido hizo un plan. Repitiendo la táctica de los castellanos, ya aprendida, que era la lucha de punta de lanza, los guerreros aztecas, a cuyo frente iba Ehacatl, se arrojaron sobre la guardia de seguridad de Hernán Cortés. Los castellanos que lo rodeaban cayeron uno a uno. La matanza fue terrible. El capitán Olea y cuatro de sus guerreros se interpusieron en el camino de Ehacatl, que llevaba una espada castellana; el guerrero azteca hizo una finta, desapercibida por el capitán Olea, y le cortó la cabeza. Los soldados de Olea cerraron filas con su cuerpo frente a Hernán Cortés. Ehacatl tocó de nuevo un pito y como salidos de las piedras, un grupo de guerreros llegó a reforzarlos. Ehacatl hirió de un tajo a Cortés en una mano, le quitó la espada y lo aprisionó de una pierna cuando intentó huir. Un guerrero azteca le atravesó una lanza en la pantorrilla. Los hombres que lo rodeaban fueron muertos y Ehacatl tomó la bandera de Castilla y Aragón.

Hubo un momento de triunfo. Ehacatl tocó el tambor de su cuello y los guerreros aztecas sonaron sus pitos en una forma especial. ¿Se había terminado la guerra? Hernán Cortés estaba preso. Unos guerreros aztecas lo ataron por el cuello, guerreros Águila, guerreros Ocelotl, guerreros Coyote, guerreros Serpiente. Todos al momento cerraron una coraza alrededor de su prisionero. Cortés estaba impávido. Luchó hasta que ya no le fue posible moverse. La alegría de sus captores le decía su destino. Lo llevaban casi a rastras, rumbo a las gradas de un templo cercano donde se le rendía tributo al dios Quetzalcóatl. Los guerreros tocaron los pitos. Los tambores del Templo Mayor, al recibir la noticia, también elevaron el tono del sonido. Cinco sacerdotes en el Templo Mayor se apresuraron a tomar sus puestos. Hernán Cortés, conocido como Topiltzin, iba camino de la piedra del

sacrificio y su corazón sería ofrecido a Dios.

Mi señor, yo lo sé. He aprendido a conocer el eco de tus pasos mi señor. Cuando estás dormido, mi señor, me has enseñado a interpretar tus sueños, mi señor. Yo, que desde que te conozco sigo tus señas, mi señor. Yo lo sé, mi señor, yo lo sé. Pasas las noches en la Casa de la Flor. Y hoy me decías: "Doña Marina, mañana será así ". Y después me has dado el nombre del soldado en cuyos brazos he de amanecer mañana. Me has repetido que te duele. "Os lo digo con dolor, Doña Marina, con dolor"y colocaste la mano sobre el medallón de San Juan el Bautista. Para después decirme que era en pro de los intereses de tus señores de Castilla y Aragón.

Don Hernán Cortés, yo sé lo que haces en la Casa de la Flor. Sé con quién te reúnes. Conozco la huella que deja tu cabeza sobre la almohada. Yo, mi señor capitán, conozco el olor de los besos, de tus besos, señor capitán.

Desde que Orteguilla, tu paje, y el capitán don Rodrigo de Castañeda aprendieron el idioma de los aztecas, he visto cómo cada día soy menos necesaria a tu lado. "Vuestro señor será..."Y no he querido escuchar. ¿Qué importa el nombre de mi señor? Seré una mujer mexicana más, con un señor en cada amanecer. El destino de todas las mujeres mexicanas. ¡He conocido tantos señores de Castilla y Aragón! Mi señor Portocarrero me apostaba a los dados... me apostaba en la carrera de caballos... me apostaba en el nuevo juego de las carreras de gallos, de huaxolotes; muchas veces le escuché decir: "Marina... he perdido... y me he quitado la enagua... me he quitado el huipil... y he sabido de esos señores". Al igual que mis compañeras las esclavas mexicanas.

Cuando me sentaba a tu lado, María Estrada tenía una forma de mirarme que ahora, hasta ahora, lo entiendo. Nosotras, las mexicanas, somos las mujeres de segunda mano del castellano. Buenas para jugarlas a los dados... como antes de ti también lo hacía el capitán Portocarrero. Buenas para saldar una deuda.

¿Te acuerdas, mi capitán? Solías llamarme pío de jilguero... cachito de luna... ala de mariposa... estrella de la mañana... nota musical... murmullo de las olas del río... Solías llamarme, mi señor, con el eco de las palabras de un dios. Era para ti, señor, en la soledad, en la angustia, en tu incertidumbre de un nuevo día; pétalo de rosa, caminito nuevo, corola de flor, sonido de campanita, Azul de azul. Y ahora me invitas a marcharme porque ya no me necesitas. ¿Qué se hizo de la mujer que un día llamaste con el nombre de un capitán de

Castilla cuando era tu maestra? Ahí está Orteguilla, y a la diestra, el capitán Castañeda que habla la lengua de mis gentes. Lo entendí cuando escuchaba a Orteguilla que te narraba hasta el último de los pensamientos del señor Moctezuma.

Debía decirte algo. Quizás llorar como he visto que hacen las mujeres de Castilla. O quizás sencillamente debo dejar que marches sin decirte nada, pero, mi señor capitán, detrás de las esteras del tiempo, alguien nos está escuchando, y va anotando el eco de la voz de Hernán Cortés. Solías decir: "Juntos iremos por los caminos de la paz, por los caminos del anhelo y veremos cómo nuestros cabellos se irán tapizando con ese blanco que vive en la cumbre de los volcanes". Decías palabras muy lindas, mi señor, las solías decir. Alababas mi piel morena como una viviente poesía, como un suspiro, como una alegría en constante florecer. Comparabas mi cuerpo con las golas del rocío. En mis labios encontrabas el sabor de los magueyes en miel en los tiempos de florecer. Decías que tenía un eco recogido y tierno, tibio y recatado cuando solía decirte que sí, cuando te decía que no... Y ahora me dices que me marche...

¿Sabes cómo me llaman los aztecas? Cuando se dirigen a mí, lo hacen con el nombre de la traición. No citan mi nombre cuando hablan. Dejan una pausa y queda un hueco en el lugar de mi nombre. Y cuando tienen que tratarme lo hacen como se trata a un huarache. Mañana, y más allá del mañana, cuando los aztecas tengan que contar su tiempo, dirán que solamente fui tu lora. Las palabras horribles que has inventado contra ellos dirán mañana que yo las he aportado, que fueron mis inventos. Y recogeré su odio. Tú seguirás hablando de ellos igual, y dirán: "Él habla así... pero es el eco de su voz..."sin decir mi nombre. Y tú recogerás la gloria, pero de mí nunca nadie sabrá. El nombre que has destinado para mi dueño en el mañana ha de enterrar mi corazón. Muy pocos sabrán que mi destino fue... el mismo de todas las mujeres mexicanas. Mexicanas de allá. Mexicanas de aquí. Muy pocos sabrán que fui tu esclava y que me obligaste a quererte, poco a poco, lentamente, como se mueven las juncias sobre la laguna; en la misma forma como las mañanas son teñidas por el sol. Muy pocos han de saber que me enseñaste cosas, que aprendí el camino del mundo extraño en el cuenco tibio de tus manos. Manos de capitán de Castilla y Aragón.

Ellos nunca han de citar mi nombre, solamente dirán, ahí la piedra, ahí la que un día vino desde el mercado de Acolman; la que mintió, la que no encontró su sangre, la que vendió el corazón... Ya nadie me llamará por mi nombre de Paynala sino por otro nombre que antes nunca conocí. No me han de señalar con la mano; ni han de

mirar las piedras que voy pisando. Volverán los ojos para otro lado y dirán: "Ya viene... Ya llegó... Ya ha pasado... Ya se ha ido... la mujer del perro..." ¿Y sabes cómo te llaman los aztecas cuando te quieren insultar? Te llaman el hombre de la Malintzin. Y mañana han de llamarte de otra manera. Y mañana, y más allá del mañana, cuando se pronuncie tu nombre, la gente tendrá el rostro dividido, villano para los unos, glorioso para los otros. Pero mi nombre tendrá para siempre el signo de compartir la suerte del villano, del oprobio, del que llaman de mala manera. Mi nombre se quedará debajo de las piedras, por el camino que los perros ya han recorrido. Y ni siquiera dirán que has aprendido de mí. Tú no eres de los hombres que aprenden de los labios de una mujer y después lo pregonan con orgullo. Dirán que lo sabes todo. Más allá del mañana mi nombre estará solamente entre uno más de los que inventas para que tu secretario escriba en las cartas al rey.

Me has dicho que me marche. Pero es que no tengo para donde marchar. Soy como una de las ramas del ahuehuete, como una cueva en el río. Soy de aquí, de aquí, de esta tierra soy, Hernán Cortés, mi señor. Ya estaba lista para ser herrada en mitad de la cara como fue el destino de mis compañeras, cuando aquel hombre, capitán Portocarrero, me tomó como un regalo de tus manos. Él me recibió en la misma forma que tú aceptas de regalo la primera potranca que ha parido la yegua del capitán don Pedro de Alvarado. Me estás diciendo que me marche, mi señor capitán, Hernán Cortés. Y me lo dices con el tono de la voz con que hablaba Moctezuma, el señor de mar a mar, señor de la tierra del cacao y de la flor, Señor de señores, señor de Cara Enojada. Ni siquiera me miras a los ojos.

Ya no me necesitas en el sitio de la gran ciudad de Tenochtitlan. Ya tienes quienes hablen la lengua náhuatl y no necesitas de una nahuachichimeca como yo. Ahora eres el dueño de otras mujeres, de otras loras. Pero yo conozco el verdadero motivo que inspira tus palabras. Ya sé que pasas la noche entre sus brazos en la Casa de la Flor, la que flota nueva en las orillas del lago. No, mi señor capitán Hernán Cortés, no es necesario que lo digas de nuevo. Ya sé que hay un aliento que viene de lejos, sobre el agua de las quebradas, y que poco a poco viene llenando los ríos, en el lugar donde cantan las ranas. Yo lo sé. Olvidas que ella es sangre de mi sangre. La vi correr desde que era una niña allá en Paynala, detrás de las mariposas que pendían del hilo de algodón.

Yo la conozco antes que tú mi señor capitán. Ella es mi sobrina. Yo le enseñé, cuando era niña, la forma de volar los papalotes contra el viento.

También esta mañana me has dicho que... Ahorra palabras, mi señor capitán, Hernán Cortés. ¿Para qué me lo dices? No soy tu secretario que va anotando palabras y palabras. Soy una. Solamente la número uno. Pero un número entre las miles y miles y miles de mujeres desde la laguna hasta las tierras del sol, que compartirán esta desgracia. Tú, don Hernán Cortés, eres el eco de mi voz a veces. Eso no se me ha de perdonar cuando regresen los días. Cuando lo que está sucediendo aquí se vea más allá del mañana. Hoy te he visto por última vez. He puesto sobre tu frente la gorra de piel. Te he ajustado las calzas, lustrado tus botas, ceñido la espada a la cintura. Y te he besado. Te he besado Hernán Cortés, te he besado. Y como tantas otras mujeres que son tus esclavas, como tantas otras mujeres que serán esclavas mañana; solamente tienes que indicarme un nombre. El nombre del varón para el que tengo que parir. Muéstrame la hamaca donde duerme el hombre que tú quieres e iré tras él. Dime el nombre. Está bien, lo buscaré entre tu tropa, como nos has enseñado a buscar. Mas, no agregues nada Hernán Cortés, nada. Déjame con el sabor de tu última palabra. Permite que te siga arrullando en mi corazón mucho tiempo después de que hayas olvidado mi existencia. Deja al menos que vivas dentro de mis recuerdos.

"Permite que me incline ante ti y pueda besar la huella de tus pasos sobre la tierra. Pero no me digas nada Hernán Cortés. Yo sé que pasas las noches en la Casa de la Flor".

Ahí estaban todos los señores reunidos. Los había reunido la noticia. Los tenía juntos el odio. Estaban atados los unos a los otros por los cordeles de la alegría. El tambor tocaba sin cesar la noticia. Topiltzin era hombre prisionero y venía camino del Templo Mayor de nuestro señor de las Flores.

Ante los señores se presentó Matla. Todo su rostro tenía la huella del hambre, la huella de la fatiga, pero en ese momento era como si una luz le iluminara. Se allegó hasta donde estaban reunidos en consejo los señores de Tenochtitlan, Churubusco, Tlatelolco, Chako, Xochimilco, Tlacopan y Texcoco; con gran humildad hincó una rodilla sobre el suelo, posó su mano en la tierra y elevando los ojos solicitó:

—Te pido, señor Cuauhtémoc, no permitas sea entregado a los señores del templo. Dámelo, señor, quiero llevarlo al mercado de los perros en Acolman.

Los señores reunidos dieron su acuerdo y Matla de inmediato

preparó una jaula y se fue al encuentro de los guerreros valientes que traían a rastras a Hernán Cortés. Corría como llevada por los vientos, los vientos que azotaban los árboles del lago de Texcoco y que antes habían barrido con sus ramas las piedras. Le seguían treinta guerreros y guerreras cargando la jaula. Era una jaula de madera dentro de la que, al fin, Matla podría tener al señor de la Destrucción, al mal de mal, al hediondo, al enano, al pedazo de hombre, al apestoso, al huracán que vino sobre los pueblos de México hasta Tenochtitlan. En su camino se interponían guerreros de Tlaxcala, pero ella levantaba su brazo armado con la espada de Castilla, y se abría campo a fuerza de filo. Detrás de ella sus seguidores brincaban con la jaula sobre los heridos y encima de los muertos.

Había nacido en una noche iluminada por la luna. Un manto de plata estaba tendido sobre la inmensidad del lago en Texcoco. La laguna de Tenochtitlan permanecía como dormida, como vestida de blanco. Su madre había enviado por la médica para que la ayudara a parir, ya que sentía malestares. La médica llegó, le examinó el estómago, luego mandó que calentaran una piedra al fuego, sobre la que, colocada debajo de un tabanco, subió a la parturienta. El vapor de la piedra caliente pronto aplacó el malestar de la mujer. Así había nacido la niña. La madre fue luego a la laguna, le cortó el ombligo con una navaja de rosada obsidiana, y la bañó. La niña había nacido sin llorar lo que no era buena señal para las mujeres de Tenochtitlan, que solían parir sin dolor en los músculos del estómago. Pasaron tres días observándola. Cuando empezó a llorar se dieron cuenta de que era una niña normal y fue entonces que la llevaron a donde el señor sacerdote. El señor del Templo miró a la criatura y abrió el Tonalamatl, el gran libro del Destino. Los padres esperaban con ansia, querían saber qué nombre le pondrían y para qué serviría la niña. El maestro del libro fue interpretando los signos. Hablaba en voz alta.

—Para sembrar el maíz... no ha de servir. Lugar para ella no hay en el barrio de los tejedores, de los artífices, de los ceramistas. No tendría nada que hacer si llega hasta el taller de las mujeres que tejen con plumas de pájaros. Llevarla al Templo para que sirva al dios nuestro señor, es algo que no se debe hacer. No es su sangre bendecida como para llegar a ser destinada como alimento de los dioses... El señor del libro fue cuando la angustia de los padres; a cada signo que leía, pronunciaba la palabra “no, no”; parecía que él mismo estaba desorientado. A las dos horas de estudio abrió una página y quedó aterrado con lo que leyó. Tomó a la niña, le examinó los ojos, la lengua, los brazos, el cabello.

—¡No puede ser, no puede ser!

¿Qué? —indagaron ansiosos los padres que ya estaban con temor por la incertidumbre del que leía el libro de los tiempos y del destino de la gente.

Al final de las horas, el sacerdote tomó incienso y lanzó su fragancia sobre el cuerpo de la niña. Se vistió con una túnica de papel azul y empezó a bailar una danza alrededor de la niña. La noticia se regó por el vecindario. Había nacido una niña y el sacerdote la ahumó y bailó la danza de las Rosas Muertas alrededor de su pequeño cuerpo.

—El nombre señor, ¿qué nombre le vas a dar?

—Matlatzin... Matlatzin...

—Agua Azul... Agua Azul...

—¿Por qué Agua Azul?,

—Será la última mujer de Tenochtitlan... Cuando ella crezca se ha de terminar el agua de la ciudad... El viento barrerá nuestras calles... Las mujeres dejarán de parir... Los pájaros morirán...

Los padres se guardaron para sí el augurio del señor del libro y la niña creció, pero no como todas las otras. A los dos años ya nadaba en el lago, ayudaba a su padre en la busca de la leña para el fogón y corría como un conejo de los chamizales. Sus padres entendieron cuál iba a ser su destino y la inscribieron a los cuatro años en la Casa de las señoras de la Guerra. Fue creciendo dotada de una gran belleza. Al cumplir los dieciséis años, solicitó permiso para cortarse las tetas aduciendo que le estorbaban para disparar el arco. La solicitud fue denegada.

Hoy solamente tenía una luz en los ojos. Había hecho otra solicitud, que fueran llevados al mercado de los perros de Acolman, cuando se les capturase, los religiosos Juan Díaz y Fray Bartolomé de Olmedo. Tenía anotada en mitad de la frente la última disposición que ellos acordaron con las esclavas llevadas a Texcoco. Las mujeres capturadas eran casi todas alumnas de la Casa del Canto y la Danza y venían hermosamente ataviadas. El sacerdote Juan Díaz pasó revista de ellas en el salón de Nezahualcóyotl, donde uno de los capitanes de Hernán Cortés había abierto una tasca y vendía vino de Cuba, de Santo Domingo, de Sevilla y licor de los naturales del lugar. Juan Díaz las observó tan hermosas, tan llenas de delicadeza, como nunca había observado que se vistieran las mujeres de Castilla y recomendó:

—Que no caminen más con el cuello erguido ni con los ojos desvergonzados; cortadles el tendón del pie izquierdo para que no anden en sones cuando van danzando. Descubridle sus vergüenzas, que no tengan vestidos de lujo, que sean vestidas con cáscaras de árboles. Quitadles todo el atavío que tienen de calzado, las redecillas, las lunetas, los collares, los pendientes, los brazaletes: que no usen cofias, ni atavíos en las piernas, partidores del pelo; que no usen los pomitos para dar color rojo a sus mejillas, que no usen pomitos de olor ni zarcillos. Privadlas de anillos, arrancadles los joyetes de las narices. Que no tengan ropas de gala; que no se igualen nunca a las castellanas so pena de perder un miembro o los dos; y que no usen mantoncillos, ni velos, ni bolsas.

—Queda prohibido para ellas usar espejos, abanicos, mantas de fino algodón y ropajes hechos con plumas. Quitadles las gasas, los tocados. En lugar de los perfumes aromáticos propios para incitar al pecado de los soldados de Hernán Cortés, que tengan la hediondez. En lugar de cinturones, cuerdas; las cabezas deben de ser rapadas en lugar de la compostura del cabello. En lugar de ropa hermosa usen silicios con buen ceñimiento. Que cada una de ellas tenga en la cara una quemadura al hierro rojo en vez de su hermosura. Porque todas estas mujeres vienen de la Casa del Canto, de la perdición, de la danza, de la putería, del demonio.

—Señor, señor —intentó observar el tesorero Alderete— ¿no creéis que la sentencia es dura para esas mujeres?

Juan Díaz, el inquisidor, lo miró con gran desprecio y enseñándole la Biblia, le respondió:

—Así manda Isaías en su capítulo dos, que sea el procedimiento para con las mujeres de los vencidos... ¡Es palabra de Dios!

Después de escuchar la historia, Matla había dicho: —Que esperen... un día los llevaré a ambos al mercado de los perros.

Chichimecatzin, capitán de Tlaxcala, intentó una y otra vez rescatar a Hernán Cortés, pero alrededor del prisionero los guerreros aztecas habían cerrado una muralla humana. Chichimecatzin mandó pedir socorro a donde se estaba llevando a cabo una batalla, la dirigía el señor capitán Ixtlixóchitl. En palabras atropelladas, el mensajero preguntó:

—¿No han escuchado el tambor?

Ixtlixóchitl no había tenido tiempo para escuchar nada más que

sus propios tambores y pitos, de modo que no había oído la noticia que los aztecas, desde lo alto del templo, difundían al valle y a todos los pueblos del lago. Topiltzin, el perro, el enano, el pedazo de hombre, el enemigo de la raza azteca, el azote de los mexicanos, estaba prisionero de los señores de la Guerra, el atepocatl... Ixtlixóchitl, en menos de un minuto, reunió consigo quinientos de sus mejores hombres… Los guerreros de Texcoco tenían más audacia que la gente de Tlaxcala, y lo que Chichimecatzin no logró hacer, Ixtlixóchitl tenía la seguridad de realizarlo. Cortés en manos de los aztecas significaba el derrumbe de todas las victorias. Ixtlixóchitl había recibido de los aztecas una lección, a veces era mejor usar las espadas como lanzas. Mandó que cien guerreros, entre los mejores de su tropa, Águila, Coyote, Jaguar, Ocelotl, fueran armados con largos y gruesos maderos, a cuya punta estaba unida una espada castellana. Y así, con cien hombres seleccionados se lanzó al ataque. Cuando comprendieron la intención de Ixtlixóchitl, los guerreros de Tenochtitlan cerraron aún más la barrera humana que protegía a Ehacatl y su prisionero. Pero el embate de Ixtlixóchitl fue incontenible. La acción no duró ni tres minutos. Los guerreros de Texcoco ensartaban a los hombres de la coraza de Cortés y levantándolos en vilo, los lanzaban para atrás, donde otros guerreros los remataban. Un minuto después, Ixtlixóchitl estaba frente a Ehacatl. Cinco guerreros de Texcoco atacaron al guerrero azteca, en tanto que Ixtlixóchitl daba muerte al hombre que tenía a Cortés atado por el cuello. Hernán Cortés sintió que cortaban el mecate que le ataba y se vio con una espada en la mano. Armado, arremetió contra sus captores y lanzando tajos a diestra y siniestra se abrió campo, protegido por Ixtlixóchitl, hasta donde estuvo a salvo. En mitad de la trifulca llegó Matla. Comprendió que no llegaría hasta donde se estaba dando la batalla para liberar a Cortés, ya que el cerco era total y a cada instante llegaban más y más guerreros de Texcoco; entonces gritó:

—¡Mátenlo, mátenlo... mátenlo!

Pero todo fue inútil. Pronto los guerreros aztecas se retiraron con los heridos y sus muertos para buscar refugio en las ruinas de un puente.

Ya era la tarde cuando Hernán Cortés recibió un aviso. Le habían terminado de restañar las heridas y Orteguilla, su paje, le servía vino. Los partes de guerra decían que los aztecas se habían batido en retirada desde casi todos los puentes. El ejército de Tlaxcala seguía

con su labor de tierra arrasada.

—Gracias a Santiago habéis regresado vivo —exclamó el sacerdote Juan Díaz.

—Están perdidos... No son los guerreros a los que estamos acostumbrados a dar pelea... No tienen ya vigor para la lucha... Desde el lugar donde me encontraba pude ver los ojos fierísimos de Matla, que lanzaba órdenes para que me mataran, pero ya ellos no coordinan bien las ideas y no reciben las órdenes como antes –y por primera vez en toda su historia militar contra el pueblo de los aztecas, dijo: —Es un pueblo valiente... Pero no los ha vencido el ejército castellano. Están sucumbiendo por el hambre... En mis momentos de cautiverio los vi beber la sangre de sus heridos moribundos para calmar la sed y poder seguir peleando. ¡Los está venciendo el hambre!

Un mensajero llegó veloz y entrando en la sala donde curaban a Cortés, gritó: —¡Venid señor, venid!

Cortés y su comitiva salieron y pudieron observar el Templo Mayor de Tlatelolco ardiendo, lo que significaba que sus capitanes habían tomado una de las ciudades bastiones de Tenochtitlan. Pero no tenía voluntad de reír. A los lejos, el fuego se elevaba sobre el templo de la gran ciudad de Tlatelolco.

◆◆◆

XXVIII

Alrededor del Recinto Mayor se allegó el ejército de México Tenochtitlan.

—Ingresaron por la Puerta del Águila...

Ya no les era necesario repetir la historia de la fuga por los puentes para entrar hasta la ciudad de Tenochtitlan a los castellanos y sus aliados. Ahora aplicaban con método el sistema de tierra arrasada; una vez tornada una posición procedían a su total destrucción, y con los escombros rellenaban los canales para que los caballos pudieran trotar libremente.

—¡No quiero seguir temiendo a los jefes! —había dicho Cortés, y guerrero de renombre que se capturaba, de inmediato se le daba muerte, nada de prisioneros. Y en su sed de venganza, agregó la última de las maldiciones que caería sobre nuestra gran ciudad de México Tenochtitlan.

—Señor capitán, hay muchísimos menores, sin edad de pelear, que son hijos de los jefes.

Cortés observó al grupo de niños capturados a los que se acusaba de arrojar bolsas de chile sobre la cabeza de los guerreros que luchaban contra Tenochtitlan. Meditó un momento y luego dijo:

—¡Castradles!

Después, se realizó una conferencia con los capitanes y los señores de Texcoco, Tlaxcala, Huexotzinco, Cholula..., la decisión era, tomar por asalto el Templo Mayor de Tenochtitlan.

En la ciudad, todo hombre, mujer o niño que pudiera movilizarse trabajaba en la defensa de la ciudad. Cuauhtémoc trataba de multiplicarse inspeccionando todo, velando porque el Templo Mayor no fuera quemado de nuevo... Los señores de Ixtapalapa, Tlacopan y Texcoco, a su vez, trataban de dar ánimo a su gente. Pero llegó el momento de la verdad. Los hombres que habían combatido en favor de Tenochtitlan estaban muertos o habían caído prisioneros. Hubo un momento de incertidumbre cuando Cuauhtémoc recibió la noticia.

Señor Cuauhtémoc —dijo Matla, que estaba junto a él— el camino ha de ser el mismo... las mujeres vamos a seguir la guerra...

Hernán Cortés y sus capitanes lanzaban tiros de lombarda sobre las paredes que circundaban al Templo Mayor. Poco a poco las paredes fueron cayendo para ser usadas en el relleno, según la orden que Hernán Cortés había dado a los señores de Texcoco y Tlaxcala. Oleadas de guerreros, al frente de sus jefes de Tlaxcala y Texcoco, intentaban una y otra vez subir al Templo Mayor; pero una y otra vez, los guerreros y las mujeres los detenían. Hernán Cortés, entonces puso en práctica la idea que tanto le había servido en la primera guerra contra los guerreros de Cuitláhuac. "Las torres —dijo— traed las torres..."Pero las mujeres cayeron sobre los hombres que traían las torres de madera y pronto se convirtieron en antorchas que ardían frente a los restos del templo de Quetzalcóatl.

Las gradas del Templo Mayor estaban atiborradas de guerreros enemigos de Tenochtitlan, muertos o gravemente heridos. Cortés fue informado de que eran pocos los guerreros hombres; la mayoría de la gente que combatía, eran mujeres e intentaban, desde todos los sitios, rescatar las flechas, lanzas, armas clavadas o abandonadas por los guerreros muertos o heridos de Tlaxcala, Texcoco, Huexotzinco...

—Eso significa que se les han terminado las armas. ¡Ahora ya son nuestros!

La noticia les dio ánimo para hacer un intento más por tomar todos los edificios del recinto sagrado de Tenochtitlan, que cientos de mujeres y unos pocos hombres defendían con gran coraje.

Ixtlixóchitl vio a su hermano, el señor de Texcoco, que combatía contra dos guerreros de Tlaxcala, y se lanzó contra él. Coanacotzin lo descubrió y le gritó:

—Acércate para demostrarte que ahora eres de la familia de los perros, no mi hermano. ¡Acércate!

Pero estaba ya sin vigor y su hermano Ixtlixóchitl, con dos golpes de mandoble con su espada, lo desarmó y le llevó prisionero ante la presencia de Hernán Cortés. El capitán ordenó ponerlo a buen recaudo, cargándole de cadenas los pies y las manos. Consideraba que el señor de Texcoco era una buena pieza, que le podía servir como rehén más adelante.

Los capitanes de Castilla, los capitanes de Tlaxcala, los capitanes de Texcoco, todos guiados por un pelotón de Ixtlixóchitl, se

abalanzaron a lo que habría de ser el último ataque. Grada por grada, volvieron a pelear. Hernán Cortés tenía noticias de que defendiendo el Templo Mayor se encontraban además de Cuauhtémoc, los señores de Tlacopan, Ixtapalapa, Xochimilco...

Cortés, Ixtlixóchitl, Alvarado y Sandoval, seguidos por miles de hombres que daban gritos, se aprestaron al último combate. Cuauhtémoc, Matla y demás capitanes lucharon hasta que ya no pudieron resistir. Cuando ya no les fue posible retener ni una piedra del Templo, Cuauhtémoc y sus capitanes huyeron, en tanto que Matla, al frente de un enorme contingente de mujeres, cubrió la retirada. Cortés notó que los grandes de la ciudad se encontraban en el grupo que se batía en retirada hasta los templos del señor Tezcatlipoca y Tláloc, y ordenó:

—¡Fuego de cañón, fuego de cañón!

—¡Señor, se nos ha terminado la pólvora! —le respondió el capitán Sandoval.

El señor de la Flor de Nopal estaba herido. Hacía mucho tiempo que las manos le habían dejado de temblar. Hacía mucho tiempo que sus pasos eran cortos, como brincos de rana del lago; su barba escasa y blanca, y blancos sus cabellos. En su rostro habían pasado muchas lunas, muchas lunas, muchas lunas; y había sido de los cantos del caracol. Los cantos del caracol le habían arrugado el rostro y era ya un anciano, el señor anciano de la Flor de Nopal. Estaba herido y sabía que mañana no habría de vivir. Ya no tocaría el caracol de las horas. Ya no tenía razón para vivir, para seguir viviendo. Los dioses yacían frente a él destrozados, profanados. Un soldado de Castilla había elevado la espada para rematarlo y él lo paró con la mirada. El soldado de Castilla pensó: “Matar un viejo... no hay gloria en matar un viejo”. Lo dejó ahí, donde estaba, sobre un charco de sangre, a causa de las heridas. Estaba ahí mirando el rostro despedazado de su Dios... Junto a él, estaba un grupo de niños y niñas guerreras, también heridos o sencillamente refugiados en la oscuridad del templo; solamente entraba una luz tenue del atardecer, cuando ya los guerreros atlácatl habían llegado y se habían marchado. No había gritos, ni lamentos, ni quejidos, ni aullidos de guerra, ni flautas, ni pitos que sonaran. El tambor estaba en silencio, en silencio. Y todo alrededor en ruinas. El fuego apagado. El fuego que ardió desde siempre y por siempre ante la imagen sagrada del Colibrí Precioso, ya no existía, quedaban solamente las cenizas. Las cenizas frías; ya no

hay tizones y no hay copal, ni manos que hagan ofrendas. Ya la ceniza, sí, la ceniza, estaba helada, como negra, renegrida, como huellas de soldados de Hernán Cortés.

El viejo-viejo se arrastró hasta donde estaba el fuego apagado y lo miró. Ya no tenía lágrimas, los niños estaban ahí, en espera de la desesperanza; arrinconados, sin armas, sucios, como sin ganas de vivir. Eran tres... cuatro... siete... trece.

—¡Son trece —se repetía el anciano— es la trecena de la vida! Los niños le respondían con una mirada de interrogación. Permanecían ahí, como escondidos, como huyendo del viento. Eran niños y niñas. Niños y niñas que habían huido del viento para esconderse en el lugar donde los dioses se encontraban muertos.

Los niños estaban ahí escondidos cuando entró el soldado castellano y elevó la espada para rematar al anciano. Después vieron cómo el soldado bajaba la espada, escudriñaba alrededor y los vio a ellos. Se aprestaron al ataque, pero el soldado de Castilla les vio, volvió la espalda, se abrió la bragueta y empezó a orinar. Lo vieron, lo escucharon. Orinó con un chorro caliente de orines sobre el rostro ya sin ojos de esmeraldas del señor Huitzilopochtli... y salió. El anciano miró a los niños. Luego se dirigió hasta un viejo arcón empotrado en una de las paredes pintadas de rosa y verde con la historia de las batallas de Tezcatlipoca y sacó una manta de cabuya.

—La ciudad está perdida... —les dijo—, pero yo les regalo esto... —y les enseñó un puñado de granos de maíz.

Sobre las manos extendidas y ansiosas de los niños fue depositando los granos. Dos granos de maíz, dos granos a los niños, dos granos a las niñas. Uno de los niños se apresuró a echarse en la boca los dos granos y todos lo imitaron. El anciano los detuvo. Metió sus dedos callosos en la boca de los niños y les sacó uno de los granos. Y poniendo en la mano de cada uno de ellos el grano, dijo:

—Hijos míos tomen uno, solamente uno de los teoxuchitl... En el principio de la vida fue un regalo que nos hizo nuestro señor Tloque Nahuaqui, creador del mundo, señor de las flores, señor del más allá, señor del cerca, señor del junto, Dios de dioses... Hoy, nuestro señor Tezcatlipoca está aquí, frente a nosotros, orinado y en pedazos... También nuestro Señor de señores, Huitzilopochtli... también nuestro señor Quetzalcóatl... Todo ha terminado como estaba escrito... como lo decían nuestros sabios Amoxuas... como se miraba en los libros de los libros de los libros...

Un grano de maíz para que tengan vida y puedan ver el camino ahora en que va a caer la noche... Un grano de maíz, para que puedan vivir... Ahora van a nadar... Van a buscar la otra orilla. —Trató de contemplar los ojos de cada uno de los niños y de las niñas, y casi en un lamento, continuó:

—El otro grano de maíz no es para alimentar el cuerpo sino el corazón... Llévenlo a su lado... Cuando lleguen al otro lado de la laguna, busquen un lugar y siémbrenlo. Mientras un grano de maíz pueda germinar sobre la tierra extensa del Anáhuac, México Tenochtitlan nunca, nunca, nunca... ha de morir.

La cita era donde menos la podían esperar los castellanos y sus guerreros. Un viejo y abandonado palacio de Texcoco en la orilla del lago. Las paredes estaban destruidas, la mugre se había acumulado sobre el piso, antes hermoso y pulido. Los murciélagos volaban y dos guerreros de Tenochtitlan trataban inútilmente de atraparlos en una red. Un chorro de agua corría y se perdía entre las piedras de lo que había sido un baño de agua caliente para cien personas. Los árboles caídos estaban invadidos por las enredaderas silvestres. Las raíces habían levantado parte del pavimento. Y ahí, a tiro de lanza, a disparo de mosquete, un muelle olvidado, destruido, abandonado, cubierto por la maleza y las juncias que crecían y se multiplicaban desproporcionadas.

Todo el lugar hedía a cuitas de murciélago, a árboles podridos. Unas canoas, también viejas, se pudrían sobre las aguas, con su fondo horadado.

Al muelle se llegaba por un canal subterráneo que conducía directo a uno de los canales del lago, y rumbo a la ciudad de Tenochtitlan. Una escalera destrozada descendía hasta el agua. Matla apareció, desgarbada, como si fuera otra, las uñas crecidas, los dientes afilados. Daba miedo mirarla de cerca. Dos guerreras Ocelotl la acompañaban. La miraban como anhelantes. María se puso los dedos de enormes uñas como de iguana, como de águila, como de jaguar, sobre los labios.

—¡Sssh... vendrán, han de venir!

Instantes después, se escuchó un pequeño crujir de las ramas cerca del agua y aparecieron, desde las gradas destruidas del viejo palacio, un centenar de mujeres. Eran mujeres sabias, bien formadas,

bien alimentadas y todas con tetas generosas. Una vez reunidas, Matla les dijo:

—Las he enviado a buscar porque nuestras guerreras y nuestros guerreros del Sol, del Águila, del Coyote, del Venado, del Jaguar, del Ocelotl, están cansados y enfermos. A pesar de la condición de nuestros señores y señoras de la guerra, los bárbaros no han logrado pasar, se les ha hecho imposible la toma del Templo Mayor. El santuario de Tláloc y de nuestro señor Huitzilopochtli están intactos. Pero nuestras guerreras, nuestros guerreros carecen de un segundo grano de maíz para seguir luchando y por eso, por eso les, he buscado señoras hijas de la luna...

En tanto Matla hablaba, se acercaron diez canoas manejadas por guerreras jóvenes.

En cada una de estas canoas hay campo para diez señoras de la luna. Las cien mujeres se distribuyeron en las canoas y ya dentro de ellas, a cada una se le dio un cuchillo de obsidiana. Las canoas salieron de la cueva desde el palacio en ruinas y se abocaron a una tenue luz de la luna que se deslizaba sobre el tular. Un bergantín castellano, lleno de soldados iba pasando; alrededor y al frente, unas canoas le servían de coraza, manejadas diestramente por los guerreros de Texcoco. Partiendo la noche se escuchó la voz del capitán del navío castellano, que emitió las órdenes:

—Os pido tener bien abiertos los ojos, pues, como nos lo ha dicho nuestro capitán Hernán Cortés, estos infieles no soportan ni una batalla más, pero para ello no debe de llegarles ningún tipo de auxilio y en vosotros, en vuestro coraje y vuestros ojos está esa imposibilidad... Acordaos cómo hace una semana, doscientas canoas llenas de infieles lograron llegar hasta Tenochtitlan con enseres de boca y mano para los luchadores y ello provocó mucha molestia al capitán Sandoval...

Contra el pedazo de luna, se dibujaba la silueta de la embarcación y su coraza de canoas que sigilosamente manejaban los diestros guerreros. Las olas murmullantes chas..., chas... clacuas, daban contra los tulares.

—¡Ahora!

Matla les hizo una señal a sus guerreras. Sobre las diez canoas se improvisó un engaño, parecían camalotes a la deriva, cubiertas por tupidas selvas de juncias lagunares. El bergantín con sus canoas de

vigilancia pasó a pocos metros de donde se encontraba Matla y su cargamento de mujeres de la Luna. Cuando pasó la nave, las canoas de Matla se movieron lentamente, casi al mismo ritmo de las olas... Cuas... cuas... cuascuas... chas... chas... El bergantín y las canoas de custodia seguían su camino. Se escuchó un santo y seña.

—Allá, a estribor, ¿quién está? —Tres marineros oteaban la oscuridad...

—Os digo, ¿quién vive?

—*Turú-ru, tururu, plí, plí...*

—¡Ah, son ranas!

Apareció otro bergantín y casi se embistieron; también navegaba de patrulla desde allá, Matla y sus canoas siguieron como a la deriva, rumbo a la ciudad de Tenochtitlan... como siguiendo las aguas de un canal... La última canoa de los texcocanos iba pasando: ya había pasado. Pero, por un instante; el conductor de la canoa de Texcoco, la retaguardia del bergantín escuchó un movimiento; aguzó el oído, pero no sorprendió nada. Entonces se inclinó sobre la borda de la canoa, metió su mano derecha dentro del agua y escudriñó las ondas. Había sentido un extraño movimiento en ellas. Los ojos del guerrero buscaban entre la neblina y el tular. Con un gesto pequeño ordenó a sus remeros desviar la barca para investigar. La neblina se alejó por un momento y el disco de la luna brilló con más intensidad. Era como un reguero de plata sobre los tulares. A muy corta distancia, el guerrero de Texcoco se puso de pie sobre la barca, expectante. En una fracción de segundo, de pie sobre la barca, divisó la primera nave cargada de mujeres. Tomó el pito e intentó tocarlo, pero fue lo último que hizo, pues una lanza, tirada por Matla, le atravesó el corazón. El guerrero puso en movimiento a sus compañeros, que largaban gritos de guerra. EI batel castellano fue detenido por su capitán; viró a la derecha y se dirigió al lugar donde ya se entablaba una batalla.

—¡Regresad, regresad a las armas!

Otras canoas de los texcocanos descubrieron las barcas cargadas de mujeres y comenzó una batalla cuerpo a cuerpo, con una atrocidad incierta por ambas partes. Se escuchó una corneta castellana y los guerreros de Texcoco se apresuraron a salir a la batalla... Otro bergantín se acercó ante el aviso de la corneta de alarma. Matla y sus mujeres, en cubierta, dentro de las juncias, estaban como a la espera, atrapadas: no había forma de huir. El capitán de la nave castellana

gritó:

—¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego!...

Levantó su espada que brillaba ante el rayo de la luna. Las lombardas de los dos bergantines empezaron a vomitar fuego sobre las canoas cargadas de mujeres. La neblina se iba disipando. Los soldados castellanos capturaron a algunas mujeres que trataron de huir nadando. A unas las capturaron vivas, otras estaban heridas y eran rematadas. Las que se rebelaban eran lanceadas desde la borda. Sobre uno de los bergantines, tres soldados acosaban con sus espadas a una mujer desnuda que le había arrebatado a uno de ellos su espada. Se hizo un juego entre los tres soldados contra la mujer, que demostraba una fuerza increíble. Una finta hizo que la mujer perdiera la espada y quedara indefensa. Uno de los soldados levantó su arma para partirle la cabeza en dos, pero la mujer tomó en el aire la espada entre sus manos, que le quedaron tintadas en sangre. EI capitán del batel apareció.

—Haceos a un lado... —apuntó su arcabuz y le disparó en la cabeza. Matla estaba nadando hasta algún lugar de los turales. Nadaba en una forma silenciosa; detrás de ella otras mujeres hacían lo mismo. Era un nadado extraño, se sumergían, sacaban la cabeza para respirar y volvían a nadar. Para respirar daban la vuelta y respiraban boca arriba, luego, se hundían y seguían nadando. Así llegaron hasta la orilla de la laguna de Tenochtitlan. Matla sacó la cabeza, vio a su alrededor y contó a las mujeres que se salvaron y la habían seguido. Notó que sus guerreras habían desaparecido. Subieron hasta una calzada destruida y caminaron por sobre las rocas. Se detuvo un momento, del agua salieron otras mujeres.

—Una, dos, tres, siete, diez.

Llegó la última mujer, estaba herida, en el pecho traía una lanza. Murió cuando Matla le ayudaba a ubicarse sobre una de las rocas.

—No hay más... —dijo Matla mirando el agua y escudriñando en la tenue iluminación de la luna sobre las juncias. Introdujo las manos dentro del agua de la laguna para sentir las ondas de alguna otra mujer que se acercara—. ¡Ninguna otra se ha salvado!

Siguiendo la ruta de las rocas que antes formaban una calzada, pronto fueron alcanzadas por un guerrero, que ayudó a dos heridas.

—¡Vamos!

A la orden de Matla, todas las mujeres se dirigieron a una extensa casa que parecía abandonada y solitaria en el centro de una chinampa. Cuauhtémoc corrió al encuentro de Matla y la saludó.

—*¡Campa uee!*

—¡*Campa uee, m*i señor! Han llegado las señoras...

—¿Cuántas?

Matla le indicó con su mano a las diez mujeres. Ambos ingresaron en la casa abandonada, seguidos por las mujeres. Adentro todo era penumbra, apenas iluminada por las llamas de amaranto que el alba iba dejando sobre la ciudad. En una esquina estaban apretujados unos hombres guerreros. Por las insignias que portaban se notaba que se trataba de valientes entre los valientes. Algunos tenían los brazos tatuados. Pero solo levantaron la cabeza cuando arribaron Cuauhtémoc y Matla. Eran señores Águila, Coyote, Jaguar, Ocelotl... Algunos estaban de pie, pero como tenían las fuerzas mermadas, se sostenían recostados a las paredes de piedra. Otros estaban heridos... desfallecientes. El hambre los estaba matando.

—Señores y guerreros del Sol —dijo Cuauhtémoc— es la hora de descansar sentados...

Los guerreros se sentaron acuclillados, se acercaron las mujeres que acompañaban a Matla; tenían el cuerpo mojado, sus cabelleras chorreaban todavía agua del lago. Se quitaron las mantas mojadas que les cubrían los senos y estos quedaron descubiertos. Se inclinaron y ofrecieron sus pechos a los guerreros acercándolos a sus labios, que ellos succionaron con ansiedad para calmar el hambre.

Era un sol en mitad de la mañana, un sol espléndido, el sol de la laguna de Tenochtitlan, el lugar de las juncias sobre el lago. Era un sol amarillo, tierno como el jugo de los nances en las orillas de los caminos de antes en la ciudad. Era un sol que empezaba a bañar los caminos de Texcoco. Caravanas de macehuales ingresaban en la ciudad de Texcoco cargando costales llenos de frutas, frijoles, tamales, tunas. Unos hombres portaban jaulas llenas de huaxolotes. Se escuchaba un sonido intermitente, *tap, tap, tap, tap tap, tap, tap*... Un caballo salió corriendo desde el real de Cortés con un capitán a cuestas. En aquella plazuela, un grupo de guerreros de Tlaxcala, a las órdenes de un capitán de Castilla, hacía juegos de guerra. Lanzaban las jabalinas, hacían fuerzas cuerpo a cuerpo, copiaban con sus

espadas de obsidiana las fintas que trazaban en el aire las espadas de Castilla... *tap... tap... tap tap... tap...* El ruido parecía venir de todas partes, estaban por encima de cualquier otro sonido... Era como de manos batiendo palmas... pero más rítmico... *Tap, tap, tap, tap, tap…*

Hernán Cortés hacía un recorrido sobre su caballo, lo acompañaban varios capitanes.

—¿Cuántas mujeres eran?

—¡Centenas!... ¡Tal vez miles!... —le informó el capitán Sandoval. —De haberlo logrado...

—Hace quince días recibimos noticias acerca de unas enviadas de Tenochtitlan que andaban en búsqueda de mujeres recién paridas o en estado de dar de mamar. Las noticias nos llegaron desde Chalco, Amaquemecan... Nos llamó la atención que buscaran solamente mujeres paridas. Nuestros espías estaban confusos y yo me preguntaba. ¿para qué las quieren? Las buscaban sobre todo entre la clase de las guerreras que fueran capaces de cruzar, la laguna a nado... Mi señor capitán, todas ellas son temibles y guiadas por una sacerdotisa llamada Matla...

—Matla... Matla... La que capturó a Velázquez de León... La recuerdo —y la recordaría siempre, ya que en los momentos en que él luchaba por su vida, escuchaba la voz de ella que a gritos ordenaba "¡Mátenlo, mátenlo! ".

Ante el recuerdo, Cortés hizo un gesto de venganza apretando las bridas de su caballo... Y continuó pasando revista al ejército que esa mañana habría de intentar lo que sería, a no dudar, el último de los asaltos. El *chas, chas, chas,* de los cascos de los caballos era apagado por el ruido que se acercaba más y más... *tap, tap, tap, tap... tap, tap...*

—Anoche, mi señor capitán, intentaron de nuevo la misma empresa. Señor, van más allá de la audacia. Cuando hacemos entradas solemos saber mucho sobre los guerreros que están todavía allá copados... Ya se mueren de hambre todos los días... todos los días. El capitán Bermejo vio a dos guerreros Águilas que se sostenían el uno al otro sobre una azotea y, cuando el capitán pasó, uno de ellos empujó al otro usándolo como una piedra grande... siguen con la esperanza de aplastar a uno de nuestros soldados con sus cuerpos...

—¡Insensatos, deberían de comprender que están derrotados! — Son señores de la Guerra —observó Ixtlixóchitl—, no se pueden rendir. Para los señores de la Guerra dejar de luchar es lo mismo que

morir...

Hernán Cortés guardó silencio... En su memoria estaban lejanas las historias de la fiereza de los moros... historias de guerras en las que él nunca participó pero que escuchaba narrar a sus compañeros... *tlap, tlap, tlap... tlap, tlap, tlap*... Cortés siguió pasando revista a los diferentes cuerpos de los aliados.

—Hoy será el último día... —dijo y clavó la mirada en Tenochtitlan... Ya no se veían casas ni palacios... Ya no había hermosas casas flotando a la deriva sobre las chinampas... Ya no existían los barrios... Todo había sido usado como relleno para secar pasos de puente... No quedaba nada más que el Recinto Mayor y unos cuantos templos allá, al centro de la ciudad... El tambor del Templo Mayor se escuchaba todavía. Hernán Cortés se acercó a una de las plazas del centro de Texcoco y el motivo del sonido que se enquistaba sobre la ciudad estaba ahí... *Tlap, tlap, tlap, tap*... Eran miles de mujeres chichimecas que palmeaban las tortillas para alimentar al ejército de Texcoco y Tlaxcala. Todas estaban desnudas de la cintura para arriba. Eran humildes trabajadoras de la tierra que no tenían todavía méritos para usar huipiles que les cubrieran las tetas... Hacían palmas al aire con la masa . Tlap, tlap, tlap. Otras encendían los fogones, movían las ollas llenas de frijoles, preparaban ollas enormes con caldos de chile rojo, las niñas soplaban los fogones... Allá, en un fogón especial, se cocinaban los huaxolotes del almuerzo de Hernán Cortés y sus capitanes... EI capitán miró fijamente cómo las mujeres palmeaban en el aire la masa y moldeaban las tortillas... *Tap, tap, tap, tap, tap*... El viento lanzaba los olores sobre la sitiada ciudad de México Tenochtitlan.

En la tercera hora del día me presenté en el encuentro de los caminos.

Y me dije: “Te irás por este camino rumbo al mar de las orillas calientes, donde existen las aguas divinas sin fin. Llegarás al camino de nuestro señor Quetzacóatl y luego vivirás; para siempre donde habita el quetzal, donde se ocultan los nidos de tacuara y hace el amor el azulejo. Nos iremos de casa, de nuestra casa, donde hasta el color de la mañana, como una vieja pintura, se ha borrado”. Ya todo era gris en nuestra amada Tenochtitlan. La ciudad donde el ayer se multiplicaba en frutos, ahora por sus canales ondula la tristeza. Tomé mis libros viejos, los que hablan de Dios, de la vida, de las flores; mis libros viejos que cuentan la historia de antes, cuando sobre el lago de

Texcoco solamente habitaban las garzas, las garzas sobre el agua. Y en una esquina, la que iba a ser la esquina de mi huida, estaba ella, la sombra de ella, la figura de ella, ahí estaba. La rodeaban unas guerreras jóvenes como ella, pero ya secas de tanto pelear y, como ella, también heridas. Dirigía a un grupo que estaba recogiendo piedras, las últimas piedras de Tenochtitlan, que eran como el oro, como el jade, como las flores, como los vientos sobre la laguna y que también se contaban como parte de nuestra libertad. En ese momento ella me vio. Me miraron sus ojos, se clavaron en mi bordón de caminante; y me preguntó:

—¿Para dónde camina el señor Acolmiztli?

Sus palabras me sonaron como una flecha que corta el vuelo de la garza sobre las flores del tular. No me dijo señor Amoxua, señor maestro, como era siempre la forma en que me saludaba la gente. En vez de eso me llamó por mi nombre.

—¿Para dónde camina el señor Fuerza de Ocelotl?

Después clavó su mirada, como si fuera una daga, en mi bordón de caminante.

—Ya veo que te vas, maestro...

—Así es Matla, el eco de mi bordón lo dice…

—¿Tienes adónde ir, maestro?

Su pregunta me dejó paralizado. Le iba a responder la dirección de mi rumbo y decirle que tras de mi bastón llegaría hasta el mar de las aguas sin fin, pero ella, ya sin mirarme, ya poniendo sus ojos para el lado del sol, ya pronunciando sus palabras bajitas, con respeto, me siguió diciendo.

—Maestro Acolmiztli, recuerdo las lecciones en la Casa de las Niñas Guerreras, cuando aprendía cómo se guiaban los pasos por la vida tras el eco del bordón... ¿Y ahora te vas? ¿Ahora nos dejas? ¿Vas guiado por el miedo? ¿Ya no te ilusionan los cantos? Hoy, maestro, los caminos que salen de Tenochtitlan no conducen a ninguna parte.

Recuerdo, maestro Acolmiztli, que de tus labios escuché por primera vez la historia de nuestro templo, este mismo que hoy quieres abandonar para buscar refugio en las tierras del quetzal... ¿Es que la memoria te falla? Solías enseñarnos que en cada chichimeca estaba la poesía que se esconde en las alas de los colibrís... Nos decías “Hicimos

los caminos sobre el agua. Hicimos una raya en el agua, y donde no había nada, nosotros, los chichimecas, hicimos florecer hasta el mismo nido de las garzas". ¿Te acuerdas, maestro Acolmiztli?

Cuando se hablaba de ti, cuando otros maestros pronunciaban tu nombre, yo decía que era imposible que fueras más viejo que el tiempo, pues tú habías nacido el día Ce Mazatl del año Ce Tochtil. Me decía, "si el señor Amoxua nació en el Uno Venado del Año Uno Conejo es un hombre tan viejo como las orillas del lago". Pero señor Acolmiztli, nunca lo pude dudar. Eras sabio entre los sabios. Y como si hubiera pasado ayer, como si lo hubiese vivido, narrabas con el amor del tiempo la llegada del guerrero chichimeca que destruyó la ciudad de Tula, que venía desde Xólotl, que llegó a Tenayuca para terminar multiplicado en Texcoco. Y ahora señor, vas tras el eco de tu bastón de caminante. ¿Es verdad que irás tan lejos? ¿Crees que los soldados de Topiltzin no te han de poder alcanzar y que nunca serás destinado a saciar el hambre de sus perros?

¡Ah, señor Acolmiztli, señor Acolmiztli, vas siguiendo el eco de tu bordón y no sabes que desandas el camino! En las reuniones del Consejo de las Naciones cuando nuestro señor Moctezuma preguntaba, tú siempre te quedabas en silencio...

—Matla, señora de la Guerra, yo sabía, yo había leído...

—¿Qué habías leído? ¿Qué seríamos alimento de los perros? ¿Que nuestros hijos ya nunca iban a nacer? ¿Que se marchitarían las flores del lago? ¿Es que no tenías lengua para sepultar tu silencio en el corazón de una esperanza? Y ahora huyes, ¡ah, Maestro! huyes... Piensas que vas detrás de tu bastón de caminante, pero la verdad es que te empuja el miedo...

Y levantándose retadora me quitó el bastón de caminante, lo rompió contra unas piedras, y me repitió:

—Señor Acolmiztli, ya tu bastón de caminante no sirve para nada... Si Tenochtitlan deja de existir, ya no habrá campo alrededor de la tierra para el corazón del hombre. ¡Desanda el camino maestro, desándalo!

Un poco humillado, recogiendo lágrimas de mis ojos, recuperé los restos de mi bastón de caminante, y por el mismo camino derruido, regresé a Tenochtitlan.

Fue como si regresara la alegría. Desde la noche se iniciaron los relámpagos en dirección a los señores del Humo allá en la sierra. Primero fueron unas gotitas que traía el viento... Después se desató la laguna del cielo sobre la ciudad... y empezó a llover. Llovía a cántaros, como la gente de Tenochtitlan creía que nunca había llovido. Las guerreras y los guerreros se volvieron locos de alegría. Danzaban sobre los charcos de lodo, los tomaban entre sus manos. ¡Lluvia, era lluvia!

Se sacrificaron, con toda la solemnidad del caso, algunos soldados castellanos en la altiplanicie del Templo del dios de la Lluvia... Un soldado gritaba pidiendo auxilio... El agua seguía cayendo... los canales subieron de cantidad. Se escuchaba el ruido alegre y tenaz de las quebradas que se precipitaban sobre el lago... Llovía y amaneció lloviendo. En la mitad del día, la lluvia continuaba intermitente, monótona, pero ya sin la furia del anochecer. Todos los guerreros y las guerreras de Tenochtitlan tenían buenas cantidades de agua guardadas. Todos la bebieron y estaban felices. Los sacerdotes decían que eso era buen augurio. Los dioses habían despertado, regresaban por el corazón del cielo... ¡Llovía! Los rayos cayeron sobre el agua... Y todos, todos, habían bebido agua...

En la mano izquierda, en la mano derecha, en las dos manos, Matla tenía la poesía. Durante el amanecer había danzado bajo la lluvia. Otras guerreras, al igual que ella, también danzaron. Y es que sabía que después de la lluvia vendrían los retoños de las plantas que les aplacarían el hambre. Mañana el campo renacería. Además, todos comieron tierra mojada. Los castellanos habían realizado una de sus entradas, debajo de la lluvia y Matla atrapó a diez de ellos. Cuando el sol empezara a teñir el día, los pintaría de rojo, desnudos, pintados de rojo; rojos los pies, rojas las manos, rojas las barbas amarillas. Después de atarles un dogal y entregar a cada uno de ellos un bastón amarillo, se los entregaría a los niños para que los condujeran al Templo Mayor. El señor de Tenochtitlan bailó con ella. El señor de Cuitláhuac la acompañó en su danza. El señor de Tlacopan danzó y danzó a su lado. Junto a ellos, el señor de Tlatelolco había iniciado una danza hasta caer desfalleciente.

—Nos ha llegado en verdad la hora de la danza —había dicho el señor Tetlepanequetzalzin.

Marcharían hasta las orillas del lago y observarían el azul de las águilas y una que otra ave que volara sobre el lago, de esas aves que no se asustan con los disparos de Topiltzin. Juntos, mañana, sí, sí, mañana, observarían cómo germinaba de nuevo la hierba...

Germinando la hierba, se salvaría Tenochtitlan. Ya tendrían entonces qué comer. Los heridos, los guerreros, los enfermos, las guerreras, todos, iban a comer la hierba.

—Reúne a todas las mujeres —solicitó el señor Cuauhtémoc—. No es necesario que las cuentes, sencillamente reúnelas. Les hablas como yo te he hablado. Sé el eco de mi voz sobre las mujeres del gran Tenochtitlan, en la misma forma que me has escuchado hablar. Recuerda a nuestros dioses... porque Tetlepanequetzalzin y yo tenemos algo que hacer en otra parte.

Matla inició la reunión. Era un número mayor a las quinientas mujeres.

Explícales, son las mujeres que parieron esta nación. Son las mujeres que mueren en el parto dando guerreros al sol. Son las viudas que van por los caminos con la cabeza y las manos y las ropas cubiertas de ceniza. Habla de nuestro señor de las Flores y de los que han muerto por salvar esta tierra, de la barbarie y de la ignorancia que nos trae Topiltzin y sus itzcuintlis. Diles que mañana, con los soldados capturados vamos a construir nuevos caminos y una nueva ciudad, con más rojo que las flores del nopal, con más verde que las tunas, con más color de rosa que el rosado de las mañanas del lago y con más color de azul y de azul...

Por último, si lo quieres, diles que a ellas toca terminar la guerra que iniciaron los hombres en mala manera, cuando no escuchamos tu consejo de atrapar a Topiltzin, hacerle pedazos y lanzar después sus cenizas a los canales del lago. Y si todavía te queda una palabra libre, diles...

Al presentarse ante las compañeras guerreras, Matla mostró la cabeza rapada. Una vez muerta la señora Rapada Preciosa, era Matla la candidata para sucederla, aunque todavía el Consejo de los Señores no la había designado para el puesto. Vestía con las ropas de la gran sacerdotisa, y sobre la cara tenía una franja negra de ojo a ojo. Las mujeres ingresaron en una galería semidestruida, donde Matla quiso reunirlas a todas. Las mujeres, de entre los once y cincuenta años de edad, estaban armadas. Eran todas guerreras del Sol. Matla las miró y, con una gran seguridad en la voz, preguntó:

—¿Las armas de repuesto?

Todas las mujeres elevaron hasta arriba de sus cabezas las más diversas armas, espadas de Castilla, arcabuces, ballestas, venablos,

jabalinas, macanas de obsidiana, arcos, flechas.

—¿Las uñas?

Dejaron las armas en el suelo y enseñaron las uñas... Esas uñas que Matla había encargado dejarse crecer al máximo. Las uñas estaban crecidas, como garfios, como pequeñas dagas. Matla pasaba la vista sobre las guerreras y todas tenían un gesto de valentía y ferocidad. Revisaba los dientes. Todas habían ido con los artífices para que les limaran los dientes, ahora aguzados como colmillos de animales.

—Señoras de la Guerra... ¡En México Tenochtitlan los niños, los hombres y los viejos han dado ya la última batalla! ¡Ahora nos toca a las mujeres! ¡Vamos a demostrar que jamás existió un hombre con un centímetro de altura superior a la mujer! ¡Ambos tenemos un mismo corazón!

—*¡Campa ueeeee!* —respondieron al unísono.

—¡A la vida, a la vida, a la libertad!

Abandonaron la extensa galería en grupos de veinte para ocupar los puestos de vigilancia en la ciudad, donde habían estado los hombres cuidando y muriendo. Después que la lluvia cesó, se iniciaron los encuentros fierísimos entre las mujeres de Tenochtitlan y los hombres de Castilla.

Las guerreras aztecas montaban guardia y estaban alertas en las orillas de la ciudad en condiciones de retirada. Unos niños les repartían agua en jícaras. Allá, bajo las paredes de un palacio destruido, pasaba una patrulla castellana seguida por un cortejo de guardias tlaxcaltecas. Un guerrero Águila, enfermo, herido, los observaba. Eran las patrullas que asediaban el Templo de Tenochtitlan...

—¡Qué hacemos? —preguntó una guerrera joven.

—Vamos a tenderles una emboscada —respondió otra, de menor edad.

—¿Cómo lo haremos? Ya no tenemos armas... Se nos han terminado los dardos, las flechas.

Se acercaron a un grupo de guerreros heridos, enfermos,

moribundos.

—Serán nuestras últimas armas...

Los guerreros enfermos comprendieron lo que las muchachas pretendían de ellos. Se inclinaron sobre la barda de las tapias en tanto que allá abajo pasaba la patrulla de los castellanos.

—¡Ahora!

Y las niñas empezaron a arrojar contra la patrulla enemiga a los aztecas enfermos como si fueran peñascos.

Hernán Cortés corría con el capitán Sandoval cuando los detuvo un mensajero.

—Necesitamos ayuda en las piscinas.

—¿Ayuda? ¿Para qué queréis ayuda si esos indios ya están derrotados?

—Han aparecido unas mujeres guerreras que pelean cada una de ellas como si fueran diez hombres y mataron a nuestro capitán... ¡Fue terrible señor capitán, terrible le cortaron el cuello con sus clientes!

Hernán Cortés hizo que se tocara una corneta y se dirigió hasta el lugar donde estaban las pilas de natación de las escuelas. Dentro de la pila, una veintena de mujeres peleaban. Cortés se asomó y las vio. Hizo sonar la corneta. Los guerreros de Texcoco se retiraron y dejaron a las mujeres, copadas, en el fondo de la gran pileta. De inmediato las rodearon mil guerreros, pero sin entrar en la piscina. Hernán Cortés se quedó contemplándolas. Desde la altura de su caballo parecían muñecas de juguete, como hechas de trapo. Las mujeres, allá abajo, actuaban sin importarles lo que sucedería. Cortés ordenó que todos los guerreros alistaran las flechas, los arcos; las miró un instante con fiereza y dijo:

—Allá los arcos... allá las flechas... allá las jabalinas... ¿Prestos? —y ordenó disparar.

Matla iba de una azotea a otra la gran mayoría de los templos de

Tenochtitlan habían caído en manos de las patrullas de Hernán Cortés. Atrás de Matla quedó la Puerta del Águila que daba directo al Templo Mayor, y más allá, las aguas de la laguna. Tres guerreros aztecas ya viejos, sacerdotes, se interponían en su camino y le hablaban. Creían que era mejor seguir el camino de los guerreros de Churubusco...

—¡Ellos se han rendido!

—¿Rendido? ¡Estamos solos!

Todavía nos quedan los tlatelolcas, pero todo es inútil... vamos a perecer... es mejor rendirnos.

—¿Lo han opinado ante el señor Cuauhtémoc?

—Nos mandaría matar...

Matla los miró llena de desprecio, como diciéndose que ella debería de hacer lo mismo, matarlos. Pero eran viejos guerreros... estaban cansados, heridos y habían perdido sus templos.

—Los guerreros del Sol iniciaron esta guerra —les dijo Matla con acritud—. Fue una guerra fuera del tiempo. Se dejaron impresionar por Topiltzin y ahora quieren atajar las aguas saladas del lago de Texcoco con ilusiones... ¡Qué absurdo! ¡No podemos con las manos limpias detener las aguas saladas del lago cuando nuestros abuelos duraron la mitad de la vida para lograrlo... Topiltzin y sus hombres atlaquilitalli solamente son buenos como huaraches para caminos cortos!... Los guerreros siempre han sabido el momento en que se inicia una guerra, pero nunca han logrado terminarla.

¿Rendirnos? ¿Rendirnos ahora cuando ya hemos comido zacate en los caminos al amanecer? Hoy, esta mañana, los niños y las mujeres enfermas han salido a buscar los retoños del zacate...Ya tenemos una esperanza. ¿Por qué rendirnos? Ya nos hemos comido las semillas del colorín y sus cáscaras. Y nos hemos alimentado de cuero... pedazos de cuero, plantas de lirios... Hemos bebido en los charcos de la lluvia... Un día se nos terminaron las mazorcas del maíz. Se han muerto los señores de la ciudad en las cuatro distancias, Teopan, Moyotlan, Aztalco, Cuepopan... De rendirnos nos espera la miseria de los blancos... Ya lo dijo antes nuestro señor Cuauhtémoc, “La miseria no tapará las goteras del llanto sobre nuestros hijitos, sobre nuestras hijitas...” Pueden rendirse los hombres ¡Ya! Las mujeres no vamos a rendirnos... Si abandonamos este momento en que retoñan los tallos, de la hierba, ¿quién ha de cuidar a nuestros dioses de la Luna, del Sol, del Agua? Si abandonamos nuestra lucha hoy, mañana la historia dirá:

miren ahí va esa mujer tenocha, la hija de la hija de la que se orinó ante los itzcuintlis... ahí va la que lleva la miseria, la que no tuvo valor, la que corrió frente a los perros, la que no fue digna hermana de la guerrera Águila, de la guerrera Coyote, de la guerrera Ocelotl, de la guerrera Jaguar... ¡Rendirnos nunca! ¡Nunca! *¡CAMPA UEEEEEE...!*

Si los itzcuintlis ganan esta guerra a nosotros nos van a dedicar mañana para el oficio de las putas... y mañana andaremos buscando por todas partes lo que hoy no hemos perdido.

Cuando terminó de hablar, los señores guerreros ancianos, sucios y heridos, guardaron silencio. En verdad ya no quedaban hombres. Los niños también habían muerto. Pero la ciudad estaba resucitando, había llovido. No fue necesario que ella les recordara las tremendas palabras que Cuauhtémoc les advirtió ante las gradas del Templo Mayor.

—Si perdemos esta guerra... solamente nos usarán para hacer cacharros... para cocer cacharros... nadie escuchará nunca más las palabras mexicanas... ya no seremos un número como las juncias del lago...Ya no seremos garzas... Ya no podremos volar. Llegará la iniquidad, el vicio... Seremos herrados todos en la cara...Ya los techos de las casas han de caer destruidos... Nuestros dioses quedarán silenciosos... Sé que si perdemos esta guerra... ni en mitad del desierto se ha de hablar de nosotros los tenochas, los de México Tenochtitlan... ¡Ni en mitad del desierto se pronunciará nuestro nombre...!

Cuauhtémoc, los señores de Tlacopan, de Cuitláhuac, de Tlatelolco, se encontraban en consejo en las cuevas de un palacio abandonado... La voz de un capitán Águila informaba, y las escenas se sentían en el rostro de los que escuchaban.

—¡Aquí en Tenochtitlan... hemos perdido la guerra!

—¿Y las mujeres?

—Heridas... muertas... violadas... capturadas... arrastradas por las colas de los caballos cuando han sido muy valientes. Esta tarde hemos repartido el último manojo de la hierba recogida después de la lluvia... Los gusanos pululan por las calles. Las paredes están salpicadas de sangre. Rojas están las aguas de la laguna, teñidas de rojo por la sangre de las guerreras que les faltaba su turno de morir. Ya no hay más agua... Cuando bebemos es como beber salitre. Ya quedamos otra vez mascando adobes húmedos para sentir un remedo

de agua entre nuestros labios... Señores de Tenochtitlan, señores de Tlatelolco, señores de Cuitláhuac; señores, ya ni siquiera hay mujeres para morir. Ya lo hemos hecho todo.

—¡No todo! —dijo Cuauhtémoc.

—¿Qué nos falta? —preguntó Tetlepanequetzalzin.

—Morir... Pero hay algo más que tenemos y que debemos hacer... Que uno de nosotros, el más valiente, vista las ropas y las armas del señor Ahuízotl, mi sagrado abuelo...

La insinuación se recibió con sorpresa y alegría.

—Ya saben que el escudo es sagrado y que la tradición y los libros dicen que esgrimidas de último... la ciudad de Tenochtitlan nunca ha de morir... Los guerreros de Tlaxcala, de Cholula, de Huexotzinco, abandonaron a Hernán Cortés cuando se escondió el lucero del alba... Pero ya saben... cuando apareció la estrella, de nuevo regresaron. Cuando Matla preparaba el ataque suicida...

Se detuvo y notó que Matla no estaba en el Consejo de los señores. —¿Matla?

—No está aquí y solamente por dos razones no ha venido, debe estar muerta o prisionera...

Cuauhtémoc bajó los ojos. Pero se repuso al instante. —Vestiremos al más valiente con el escudo sagrado, la lanza sagrada y la guerra será a nuestro favor.

◆◆◆

XXIX

Estaba en los libros. Lo habíamos aprendido desde niños en la escuela. Los maestros enseñaron la historia una y otra vez. El gran señor de México Tenochtitlan, Ahuízotl, recibió una noche el escudo, la tilma, la macana, el arco y la flecha y una lanza larga y fuerte que necesitaba de un hombre fuerte y grande para manejarla. En su día, fueron las armas del señor Quetzalcóatl. Las armas que lucharon contra los hombres de hule... Fueron armas hechas por los artífices toltecas, aquellos sabios que escuchaban a las estrellas, escribieron libros y construyeron lindas ciudades. Las armas fabricadas en Tula, la ciudad misteriosa de los sueños, donde los dioses vivieron mil años.

Ante los guerreros de Tlaxcala, apareció el señor de la guerra, Tlapaltecatlopoctzin... Estaba vestido con las ropas sagradas de Ahuízotl y Quetzalcóatl, tal como ellos también lo habían aprendido en sus libros. Quedaron paralizados cuando lo vieron. Tlapaltecatlopoctzin, tornando la pesada lanza, se lanzó contra la patrulla que se hizo a un lado temerosa. Pero de pie, detrás de la patrulla, estaba un capitán de Castilla con su mosquete cargado. Fue lo que informaron a Cuauhtémoc y a los señores del Consejo...

Hernán Cortés recorría todos los rincones de la gran ciudad de México Tenochtitlan... Los guerreros, que habían pasado meses de angustia y zozobra, ejecutaban la venganza contra todo lo que se movía, caminaba o hablaba. Los soldados de Castilla intervinieron para evitar la venganza de los guerreros de Tlaxcala, Cholula, Chalco, Texcoco... Los soldados deseaban esclavos.

—¡Destruidlo todo! —ordenó Cortés—. ¡Todo! No quiero ver una piedra sobre otra piedra en esta ciudad del demonio. Que mañana nadie pueda decir ni en sueños que aquí estuvo Tenochtitlan.

Gesticulaba, movía la espada, daba gritos: y los capitanes salían a cumplir sus órdenes.

—Ni una piedra sobre otra piedra. Que nadie nunca, nunca, pueda decir que esta fue la ciudad de México Tenochtitlan. Nadie. —Y tomando la brida de su caballo dio espuelas y se dirigió a lo que fue el

gran mercado de Tlatelolco.

En la ciudad reinaba el desorden... Uno que otro soldado castellano sorprendía a una mujer que trataba de huir a nado. Los soldados de Castilla y Aragón capturaron a las mujeres heridas, y las herraron en el acto. Para eso caminaban con su brasero...

—¡Esta es mía, es mía! —y ponían el rojo candente sobre los hombros, o en un lado del rostro a las feas y viejas. En un patio abandonado, el tesorero Alderete vendía en subasta a un grupo de prisioneros. Pertenecían al quinto de la Iglesia Católica. Entre ese grupo de esclavos había niños, niñas... y una mujer. La mitad del rostro lo tenía quemado, la herida todavía le supuraba... En el lado izquierdo se le veía la huella de un tatuaje, eran alas de mariposa.

Tenía la cabeza rapada, estaba cubierta de harapos... No se podía tener en pie y se arrastraba. Era Matla. Nadie podría reconocer en ella la belleza de otros días. Había perdido un ojo y casi todos los dedos de la mano derecha. Llegó su turno en la subasta. Un soldado levantó un dedo, pero cuando se acercó a ella y la examinó, no ofreció nada. Alderete otorgó la palabra al subastador. Presentaron a Matla recostada sobre una piedra.

—¿Cuánto ofrecen por esta vieja?

—Medio duro... medio duro...

—¿De plata o de cobre?

—¡De cobre!

Es menos de lo que cuesta un cerdo... mas, tomadla.

Cristóbal Flores tomó el martillo con las dos manos en alto sobre su cabeza... Pensaba descargarlo dos, tres veces, tantas veces como cuentas tenía en el alma. Frente a él, los hermanos Alvarado estaban limpios, lúcidos, alegres. Jorge, Gonzalo y Juan, junto a su hermano Pedro de Alvarado que ya se sentía grande de la Nueva España. Un golpe por cada recuerdo. Un recuerdo por cada uno de los infelices que con su sangre habían escrito su nombre en las paredes del Templo Mayor de Tenochtitlan antes de que...

“Aquí ha terminado sus días Benítez... Dios se apiade de mí...”
“Viva España, Solís el anciano”.

“Aquí hemos terminado nuestras vidas los traicionados.”

Lo último nadie lo había firmado. ¿Quién los había traicionado? Hernán Cortés no quiso que esto último fuera puesto en las cartas que se escribían...

Cristóbal Flores estaba en la cima de un templo, ahora convertido en iglesia dedicada a María, madre de Dios, refugio de los pescadores, salvación de los cristianos... Madre de madres... Con un nombre raro, estaba esa diosa cristiana, como la diosa madre del mundo azteca. Flores elevó un poco más las manos y descargó el martillo de madera sobre el rostro de la Nicolasa... *Ton... ton... ton … tonton... ton …* En lo alto del templo, sobre una madera, había colgado a la Nicolasa que ahora cantaba sobre el silencio de los tambores que ya no sonaban, que ya no sonarían nunca...Y daba maromas sobre el madero la Nicolasa... *Tatan, tantan, tantan, ton, ton, ton, toooon*... Por los que murieron sin confesión... *Ton, ton*... Por los heridos ya por morir... *Ton, ton*... Por la tristeza de los que perdieron la guerra... *Ton... ton*... Por los que han triunfado... *Ton, ton, ton, ton, ton, ton, ton, ton*...

La campana era como una niña vestida de fiesta para el Corpus, en las calles de Sevilla... y sonaba por el tiempo... *Ton, ton*. Por lo que había sucedido... *Tan, tan, tan*. Por lo que estaba pasando... *Ton, ton, ton*. Por lo que sucedería esa mañana, a destiempo, que estaba ya pasando en la historia de México Tenochtitlan...

La campana hacía gorgoritos en el aire... sobre el aire, la Nicolasa... la maromera del tiempo, la que vino desde Santiago de Cuba, la vestida con papeles de colores, la que se hamacaba sobre el madero como las juncias que ya de nuevo florecían sobre el lago... *tan, tan, tan*... Por los niños ya nacidos, ya bautizados con nombres de Córdoba, Andalucía, Sevilla, Toledo; con nombre de los que habían muerto... Por los que lucharon hasta que se les terminó el fuego en el pecho, los héroes vencidos, los que no recogerían las preces, las mieses, la cosecha, la alegría. Por los señores de la tristeza... Por los que dejaron sus huesos en los caminos, los que ya no pudieron, los que pusieron tanto que, gracias a ellos, la Nicolasa repicaba movida, cimbrada, aterrorizada por el martillo de madera gruesa con que Flores la golpeaba... *Ton, ton, ton, ton*...

—Hace falta —había dicho Fray Bartolomé de Olmedo— una campana pequeña para hacerle compañía.

Era cuestión de tiempo pues ya el señor capitán había enviado gente a Taxco con el encargo de hacer campanitas de plata...

Campanitas de plata para la mesa tendida del señor Justicia Mayor de la Nueva España y Capitán General Hernán Cortés.

La campana doblaba hasta en nombre de los que, como Pedro Solís, siempre tuvieron miedo y se murieron de miedo.

Desde los lejanos pueblos de Texcoco vino la gente. Había sido una orden. La primera orden. La campana iba a sonar *ton ton ton*... y sería como la voz de Dios. A su repique debían de acudir todos. "¡Los indios todos! "había dicho Hernán Cortés. Debían hincarse doquier que se escuchara la campana. Ya sabían que la campana iba a sonar, a gritar, a llamar a rezar en la mañana, en la tarde. Los atlácatl no gritaron, no hablaron, no llamaron; llamó la campana, gritó la campana, la Nicolasa, la campana. El que no acudiera al eco de la campana perdería una mano, un ojo, quizás las dos manos, o los dos pies. Era orden del Señor de señores, señor de Cara Alegre, señor de mar a mar, Justicia Mayor, Capitán General, don Hernán Cortés, capitán de Castilla y Aragón, enviado de sus dignísimas serenísimas... *Ton ton ton*... La Nicolasa iba horadando la mañana con el eco de su grito.

Desde diferentes lugares de Texcoco llegaron los vecinos cumpliendo la orden de Hernán Cortés. Venían con flores, muchas flores; miles y miles de manos con flores en sus jícaras; flores en la entrada del camino principal; de igual forma como la gente de Tenochtitlan recibió a Hernán Cortés y al ejército de su majestad don Carlos I de España y de su amadísima madre doña Juana de Castilla y Aragón. Pero eso había sido ayer, el día del día.

Los artífices floreros hacían flores de papel y cruces con las hojas del maguey, bajo la mirada ferviente y religiosa de Fray Bartolomé de Olmedo. Los vecinos se preguntaban: ¿Quién ha de venir? ¿Cuál señor tan grande merece tal recibimiento? Y es que la orden era adornar no solamente la entrada principal a Texcoco, sino todas las calles. Había miles de banderas de papel, como las que se ponían antes sobre las casas de oración... En las puertas de la ciudad se preparaba un altar dedicado a San Francisco de Asís. ¿Quién es San Francisco de Asís? Un hombre blanco que amaba los pájaros, las mariposas, que se quitaba los huaraches para que su pie no hiriera las piedras del camino... Dador de bien. Dador de bondad. Un poco parecido a nuestro señor Quetzalcóatl. San Francisco de Asís fue pintado sobre una tela blanca de algodón, la cual después fue barnizada por uno de los famosos pintores de Texcoco.

Encendiendo unos cirios de cera roja estaba todo contrito Juan

López de Jiménez. No le pasaba la tristeza del día en que vio cómo los aztecas subían a su hermano por las gradas del Templo Mayor para ofrecerlo al Dios y cómo le gritaba: "Ayúdame Juan... ayúdame..." Gonzalo estaba casi al alcance de uno de los arcabuces, pero no lo pudo ayudar. Juan de Limpias, que había quedado sordo después de la batalla, pedía a San Francisco de Asís que le devolviera el oído y rezaba mansamente, con gran serenidad. Por ahí andaba don Fernando de Lerma preguntando a todos los esclavos si conocían a su pariente Lerma, si estaba vivo, si sabían de él... Le decían que sí, que lo conocieron cuando entrenaba al ejército azteca y que después no lo volvieron a ver. El capitán Francisco de Orozco, al que Cortés mandó a gobernar Tepeaca, y que lloraba por la buba que había contraído en Italia, con él estaba un grupo de indias enfermas, sus mancebas, a las que había contagiado. Fray Bartolomé de Olmedo vestía su traje de nuestra señora de la Merced, estaba un poco ansioso por la llegada de los visitantes esperados. Repetía una y otra vez: "Loado sea el señor, loado sea el señor... Con nosotros ha empezado la invasión de estas tierras de infieles, pero con los nuevos visitantes empezará la conquista... La verdadera conquista por todos los caminos de México".

Desde un kilómetro antes de la puerta Mayor de Texcoco, la calle se había engalanado con banderas de muchos colores, y muy especialmente amarillas, de la Iglesia Católica. Un jinete entró a galope y cuando atravesó la puerta mayor gritó.

—¡Ya vienen, ya vienen!

Hernán Cortés y los capitanes principales esperaban un poco alejados del altar mayor, donde se celebraría la misa de recibimiento.

—Gracias a Dios que su cesárea majestad, don Carlos, y su augustísima señora madre, a quienes Dios guarde siempre, acordados han de nosotros y de nuestras necesidades.

Soldados y capitanes compartían la alegría de Hernán Cortés. Un esclavo de los nuevos le acercó un espejo para que pudiera observar. Le acompañaban también sus dos ayudas de cámara. Vestía regiamente. Su rostro aún mostraba huellas de cansancio de las dos últimas batallas. La pena por la muerte del capitán Olea le traía recuerdos tristes. Su cuerpo de carnes enjutas, su tez pálida, cenicienta y la escasez de barba, le daban aspecto de enfermo; estaba parado y sus piernas estevadas formaban un arco.

—En mi conciencia está que nuestros ilustres visitantes nos han de entregar un buen recaudo y noticias de nuestro señor emperador.

En cada mano lucía una sortija de esmeraldas. De vez en cuando —siempre lo hacía cuando se sentía feliz— acercaba a la nariz el pañuelito blanco y aspiraba con deleite. La costumbre de oler caca se le había acentuado. En la gorra se advertía el medallón de San Juan Bautista y, desde la cadena de oro que le pendía del cuello, se balanceaba a cada movimiento la perla grande, como huevo de huaxolote. De vez en vez, se mordía el labio, debajo del cual se asomaba la cicatriz un poco morada. Recuerdo de una cuchillada que recibiera en su juventud y que ocultaba en sus pláticas, diciendo que era producto de una guerra... Guerra contra el moro que nunca había conocido.

Una chirimía castellana ensayaba algunos sones. Después se entonó una marcha, pero el director que dirigía ordenó a los músicos que empezaran de nuevo. Era día de gloría y debían de tocar bien. Hernán Cortés trataba de divisar a lo lejos del camino, por lo que se cubría los ojos con las manos, para evitar el sol.

—¿Lo tenéis todo preparado? —preguntó a Sandoval.

—A vuestro anhelo señoría.

—¿La carrera?

—Podéis ver que están listas... —y señaló el lugar donde se preparaban unos caballos para la carrera.

Juan Pinto, el portugués, estaba marcando con una línea de tiza la meta a donde habría de terminar la carrera de caballos. Eran cien metros cumplidos, ni más, ni menos. Los caballos corcoveaban... Habían recibido su buena porción de maíz, el nuevo alimento les encantaba. Estaban enjaezados con mantas bordadas por las mejores bordadoras de Texcoco. Eran los caballos de Hernán Cortés que se preparaban para la carrera.

—Ya saben, los caballos de Hernán Cortés no deben de perder... ¡Nunca, nunca han de perder! —gritó el capitán Sandoval para que lo escuchara Pedro de Alvarado, su contrincante en la carrera; este lo había escuchado y rio. Frente a él, en una línea marcada con tiza, se alineaban los que correrían contra los caballos de Hernán Cortés.

—En línea recta... en línea recta... Los caballos de su Excelencia no deben ganar...

Pedro de Alvarado miró hasta la línea donde se alistaban los contrincantes. Y repitió, golpeando su bota con el látigo de puntas de

oro: —Los caballos de Hernán Cortés no deben de ganar... Pero si ganan... Si los caballos del Capitán General de Nueva España ganan esta carrera yo he de perder mi apuesta... Y si yo pierdo la apuesta, os cortaré las tetas a todas —dijo con una mirada amarga, llena de furia, a las diez mujeres semidesnudas, otrora guerreras del Sol, señoras Jaguar, señoras Águila, que se encontraban paradas en la línea de tiza, a la espera de que el juez de campo anunciara que debían correr hasta allá, a cien metros de distancia, para ganar la carrera a los caballos de Hernán Cortés. Un soldado se empeñaba en darles directrices en mal idioma de Tenochtitlan, al tiempo que las amenazaba con el látigo...

Se escuchó la chirimía, que emanaba un canto de alabanza a la virgen María, lo que interrumpió los preparativos para la carrera de los caballos y las mujeres. Los vecinos de Texcoco no entendían lo que sucedía. En la ciudad ingresaron unos hombres descalzos, haraposos, barbudos, con el cansancio reflejado en sus ojos... A su paso, los soldados de Castilla y Aragón se hincaban, se inclinaban, les besaban las manos... Hasta el orgulloso de Hernán Cortés se hincó. Era la primera vez que los de Texcoco le veían hincado, sumiso, con las dos manos juntas, viendo las piedras del suelo. No era posible. Los vecinos de Texcoco se miraban los unos a los otros y no entendían lo que ocurría. Creían que venía de visita un rey o un príncipe, tales habían sido los
preparativos que había ordenado Cortés. Pero he aquí que los visitantes eran esos barbudos, esos pobres que venían hasta sin huaraches.

Se murmuraba que venían comiendo frutas por los caminos, que no habían insultado a nadie, que no habían solicitado escolta, que habían venido rezando, que habían dormido sobre el camino, donde la noche los sorprendiera; que no habían querido beber en cuencos de cerámica, que no habían tomado vino. ¿Quiénes eran esos seres a los que este grupo de capitanes de Castilla observaba con tanto respeto y devoción? La gente observó cómo se apoyaban en sus báculos de madera, y cómo en la noche se cubrían con los mantos haraposos para enfrentar el frío.

Los recién llegados eran doce. Se detuvieron ante Hernán Cortés que, inclinado, besó los pies de uno de ellos y demandó una bendición. El que mandaba entre los doce se identificó:

—Mi nombre es Martín de Valencia y aquí están mis hermanos. Hemos venido a serviros a vos y a todos los hermanos de aquestas tierras. Francisco de Soro, Martín de la Coruña, Juan Álvarez, Antonio de Ciudad Rodrigo, García de Cisneros, Luis de Fulnesalida, Juan de

Palos, Juan de Riba, Francisco Jiménez, Andrés Córdoba —y señalando a uno rezagado, más pobre que todos ellos, dijo: Aquel es Fray Toribio de Benavente.

—¡Alabado sea el santísimo nombre del Señor!

—¿Quiénes son para merecer tanta reverencia de los itzcuintlis? —preguntó una mujer.

—Son los conquistadores...

Y la campana fue golpeada fuertemente por el mazo de madera... *Ton... ton... ton... ton... ton...*

El palacio fue destruido desde arriba hasta abajo a punta de tiros de lombarda; después, le prendieron fuego. Había ardido todo el día y toda la noche. Patrullas de soldados de Castilla y Aragón husmeaban por todas partes. Detenían a los que huían y, antes de matarlos o herrarles, les preguntaban:

—Decid bajo la pena de muerte; ¿habéis visto a alguno de los señores? Nadie había visto a los señores de Tenochtitlan, de Cuitláhuac,de Tlacopan, de Tlatelolco.

—So pena de muerte, decid lo que sabéis...

Se quedaron muertos, con sus secretos entre los labios. También los guerreros de Texcoco y Tlaxcala andaban preguntando. Buscaban a Tetlepanequetzalzin... Dondequiera que estuviera Tetlepanequetzalzin, ahí tenía que estar el señor de Tenochtitlan, el señor de México, Cuauhtémoc.

Escondidos entre las piedras, alrededor de troncos calcinados, celebraban el último consejo de Tenochtitlan. Además de Cuauhtémoc estaban Tetlepanequetzalzin, dos señores de Tlatelolco y una docena de guerreras. Los guerreros de Tlatelolco insistían en permanecer en la ciudad hasta morir...

—Tú lo ofreciste al pueblo, hasta morir...

Cuauhtémoc, que también había sido señor de Tlatelolco, disentía del consejo de los guerreros de aquella ciudad.

—¡Nuestra ciudad ha caído... pero no estamos vencidos! Por diferentes lugares saldremos de aquí al caer la noche. Iremos a seguir la lucha en las montañas, en los valles. Nuestro pueblo existe, vive; a

ellos vamos a buscar para seguir la lucha. —Estaba herido, pero sin atender la sangre que manaba de su cuerpo, se paró y gritó: — *¡CAMPA UEEE!*

Sus compañeros le siguieron en silencio; salieron sigilosamente del palacio que humeaba, pues todo era ceniza, y las piedras todavía estaban calientes por el incendio. En un bosquecillo cercano lo esperaba su esposa, vestida también con armadura de guerra, y le ayudó a subir a la canoa. Las mujeres guerreras aprestaron los remos y la nave se fue deslizando en silencio por entre las juncias...

El tesorero Alderete, Alvarado, Olid y Fray Bartolomé de Olmedo escuchaban a Cortés.

—Toda la ciudad ha sido vencida, ¡Loa a Dios!

—¡Loa a Dios!

—¡Loa a Dios!

—¡Loa a Dios, nuestro señor!

—¡Amén!

—¿Habéis encontrado oro? –preguntó Cortés.

—No, también ha desaparecido el señor de México.

—Pregunto por el oro...

—Perdón... no ha aparecido... hemos preguntado. Hemos torturado a la gente y todos dicen que Cuauhtémoc lo escondió.

—¿Cómo lo dicen?

—En estertores, en el momento de morir...

—¡Buscadle por todas partes! Removed hasta el vientre de los muertos, entre la ceniza de los palacios. Buscad escondrijos en los ídolos, en las paredes dobles, rescatadlo y no regreséis a mí si no es con todo ese oro. ¡Mal rayo os parta si no lo encontráis!

—Señor... hemos capturado un grupo de gente que huía... — ¿Está Cuauhtémoc entre ellos?

—No, señor... son sacerdotes, artistas, jefes, señoras de la guerra;

sabios se nombran ellos.

—¡Matadles!

—Señor...

—¡Os ordeno que los matéis!

—¿A todos, señor?

—Capitán don Hernando de Alvarado, todos esos hombres y mujeres que llamáis genios, todos esos jefes, ¿sabéis lo que pasará mañana con ellos?

—Señor...

—¡Callad, terco, callad; vive Dios!... ¡Esos hombres que llamáis valientes, sabios, artistas, guerreros y guerreras sin miedo, de vivir mañana pasarán la herencia del odio a sus hijos y estos a los hijos de los hijos y ya no habrá lugar para nosotros en aquestas tierras! ¡Matadles... y matad también su herencia! ¡Quemad todos los libros, que son los hijos endemoniados de su inteligencia! ¡Que nadie nunca se entere quiénes son sus padres, ni sus madres, de dónde han venido ni para dónde caminaban... ¡Que no haya herencia, ni guías, ni caminos, nada!

—¿Y... a... los niños... las niñas...?

—Haced de ellos lo que hacía el gran Alejandro con las piezas de Persia, ¡castradles!

En la canoa que se arrastraba por entre las ondas del lago iban ocultos Cuauhtémoc, Tetlepanequetzalzin y Mayahualtzin. Sobre ellos habían colocado enseres. Iban en una de las canoas abandonadas en Tenochtitlan; sus guías llevaban sus pertenencias... La ciudad hedía... Sobre el lago flotaban muchos cadáveres que los castellanos trataban de rescatar para quemarlos en piras... La canoa era conducida por seis guerreras Águila que ocultaban entre sus harapos las armas. Cuando llegaron a donde el dique se encontraba partido, un vigía dijo al capitán del bergantín que custodiaba esa salida:

—Capitán, ahí va una canoa sospechosa... las mujeres miran en forma rara.

—¡A ellos!

La canoa de inmediato cambió su curso y otras mujeres, también escondidas, tomaron los remos... El capitán del bergantín ordenó disparar contra la canoa un tiro de lombarda.

—Ya no tenemos pólvora, capitán...

El batel se atravesó frente a la canoa y las mujeres y los hombres que estaban dentro de ella se aprestaron en pie de guerra. La bandera de Cuauhtémoc asomaba sobre la canoa.

También una bandera de mariposas, señal de que iban a luchar hasta morir.

—¡Deteneos, deteneos, no disparéis los arcabuces!

El capitán Olguín conferenciaba con un guerrero de Tlaxcala. —Ahí va Cuauhtémoc... y esas son guerreras escogidas... —¡Deteneos, no disparéis —repitió el capitán Olguín–! En esacanoa va el señor de México y lo quiero vivo...

La barca embistió al bergantín. La acción era suicida. El capitán, por medio de su intérprete, gritó:

—Rendíos, no tenéis salvación, rendíos y se os salvará la vida... En ese momento acudió una gran cantidad de canoas, manejadas por los guerreros de Texcoco. Se lanzaron contra las guerreras de Tenochtitlan. Hubo una fiera lucha y al final, rodeados por treinta canoas, cansados los brazos de luchar, los guerreros de Texcoco se lanzaron sobre Cuauhtémoc y sus compañeros y les capturaron vivos.

Cortés estaba sentado con una gran dignidad. Detrás de él se encontraban Jerónimo de Aguilar, Malintzin, Guzmán, el representante del Rey; y otros capitanes. Introdujeron a Cuauhtémoc envuelto en una red y lo tiraron a los pies de Hernán Cortés. Este se puso de pie y ordenó que le quitaran las ataduras. Cuauhtémoc se levantó. Estaba herido. Miró a Hernán Cortés. A pesar de la situación, Cortés se sintió turbado y levantó los ojos para ver a Cuauhtémoc, que le llevaba bastante estatura. Se acercó a él y le ordenó:

—¡Hincaos, soy vuestro señor!

Malintzin repitió la orden, pero Cuauhtémoc se quedó quieto. De

su cuerpo manaba la sangre por sus heridas abiertas; y en un gesto desesperado se lanzó contra Hernán Cortés y le arrebató la daga que tenía prendida al cinto, cuando levantó las manos para herirle, fue detenido por los capitanes de Castilla que lo lanzaron al suelo dándole de patadas. Cortés colocó una de sus botas sobre la cabeza y dijo:

—Nos importa vuestra vida... por ahora. Decidme dónde habéis escondido el oro que perdimos en el puente durante la primera batalla de Tenochtitlan.

Malintzin tradujo dos veces las palabras del Capitán General. Cuauhtémoc clavó su vista en los ojos de Cortés y este pudo leer todo el odio y el asco que le inspiraba a su contrincante.

—Llevadle a rastras, encerradle con cadenas. ¡Que nos diga dónde está el oro o morirá!

—Señor capitán, os pide audiencia el señor de Texcoco.

—¿Qué quiere?

—Hablaros...

—Hacedle pasar.

Con un gesto lleno de amistad ingresa en el real de Hernán Cortés el señor Ixtlixóchitl.

—Señor, he sabido que mi hermano, el señor de Texcoco...

—El señor de Texcoco sois vos...

Ixtlixóchitl sonrió con profunda amistad y agradecimiento, y continuó.

—Mi hermano Coanacotzin, que está por tu orden en un calabozo cargado de cadenas, me ha llamado. Lo he visitado, está enfermo, padece grandes dolores por sus heridas mal curadas. Te pido su libertad, es hijo de mi padre.

—Es un enemigo de Dios...

—Ya tendrá tiempo de cambiar...

—Vuestro hermano no es mi prisionero, ni el vuestro, a pesar de

que vos le capturasteis. Es prisionero del rey de Castilla, nuestro emperador Carlos V y de su digna madre doña Juana de Aragón... Es un prisionero real y he recibido la orden de que solamente por oro se puede liberar a los prisioneros principales... Como el exseñor de Texcoco, vuestro hermano...

Ixtlixóchitl, que no esperaba esas frases, frunció el entrecejo y preguntó:

—¿Cuánto oro?

—Un cesto de oro de este tamaño —contestó Cortés señalando a la altura de la cintura.

El señor Ixtlixóchitl caminó rumbo a su canoa, donde lo esperaban otros guerreros. En su camino se encontró con un capitán castellano que jugaba con un prisionero joven. El capitán le lanzó la espada al prisionero y dijo:

—Tenéis fama de manejarla... de que habéis aprendido pronto. ¡Tomadla!

El prisionero, un guerrero Águila, no desaprovechó la ocasión y se lanzó sobre la espada.

—¡Defendeos!

El capitán de Castilla se puso en guardia. De un quite hizo saltar la espada del prisionero por el aire.

—Cogedla y mátame si podéis.

El prisionero parecía no entender la nueva orden. La espada estaba a sus pies.

—¿No entendéis? Mis soldados dicen que eres el más diestro hombre que han visto con la espada... ¿Por qué no estáis en guardia? Yo quiero que luches, que hagáis algo por vuestra vida... Vamos... animaos...

El guerrero levantó de nuevo la espada y se abalanzó con furia contra el capitán, pero este repitió la misma finta; lo desarmó y le dijo:

—No sabéis... ¡vas a morir!

En ese instante apareció el señor Ixtlixóchitl y se interpuso con

fiereza entre el guerrero azteca y el capitán. Tenía una mano herida, pero a pesar de ello levantó la espada del suelo y cubrió al guerrero azteca.

—¡Santiago! —exclamó el capitán.

Intentó hacer la misma finta que usó contra el guerrero azteca, pero Ixtlixóchitl lo desvió, le regresó el golpe y el capitán vio cómo su espada voló por el aire. Hubo un momento de expectación entre los soldados castellanos. Ixtlixóchitl, por medio de su intérprete, le dijo:

—Nada hay de lo que hemos visto de ti y tus compañeros, los capitanes de Castilla, que nosotros, los capitanes Águila, no podamos hacer... y mejor —y lanzando la espada a los pies del capitán castellano, dio media vuelta y subió a su canoa.

Hernán Cortés se asomó a una ventana. En la casa contigua los castellanos celebraban la victoria. Muchos de ellos estaban pasados de vino. Gritaban y bailaban. Con ellos estaba María Estrada, que los llamó al orden, a pesar de que ella misma había sido pródiga en repartir el vino. La chirimía castellana emitía sones que se oían hasta muy lejos. Se escuchaban disparos de mosquetes. Los hombres bailaban con los hombres, ya que las mujeres eran pocas.

Hernán Cortés sonrió y regresó a la mesa a tomar unas notas, para dictarlas a su secretario Godoy. El tesorero Alderete ingresó en la habitación.

—¿Os ha dicho dónde escondió el oro y las otras joyas? —preguntó Cortés expectante.

Su compañero ya murió por la tortura... A él le hemos quemado las manos... las pantorrillas... Parece que tiene el mismo diablo en el cuerpo. No quiere confesar. Tampoco gime.

—¿Qué dice?

—No habla... Una vez se erigió y me escupió en el rostro... —Continuad con la tortura hasta que toda la carne le arda. Él, como señor de México, sabe dónde está el oro escondido... A eso hemos venido, no lo olvidéis, tratad de que confiese...

Alderete abandonó la habitación. Se anunció al capitán Ixtlixóchitl y Hernán Cortés se puso vivamente de pie. Junto con

Ixtlixóchitl venían tres señores de Texcoco, cargaban una cesta llena de oro, de objetos de oro, que llegaba hasta donde tenía el puño de su espada. La cesta estaba abierta y relumbraba ante los ojos de Hernán Cortés.

—¡Vengo por mi hermano!

Junto a Cortés se encontraba el capitán que había sido desarmado por Ixtlixóchitl. El señor de Texcoco venía armado con su espada de Andalucía que Hernán Cortés le había obsequiado con palabras de contento después de la caída de Tenochtitlan. Señaló la cesta con el oro.

—Todavía no os puedo entregar a vuestro hermano... hace falta otro tanto de oro —dijo Cortés.

Las miradas de Hernán Cortés y del capitán Ixtlixóchitl se cruzaron por un instante. El primero hizo un gesto con la mano, como doblando la altura del oro que necesitaba y puso la mano sobre el corazón. Ixtlixóchitl no respondió. Lo miró con arrogancia. Dio la media vuelta y salió sin despedirse de Hernán Cortés.

—Señor Cara Negra...

Ixtlixóchitl se detuvo, se volvió y se encaró a Cortés. El Capitán General avanzó hasta él y en un gesto dramático extendió su mano y le quitó la espada, que sonó al salir de la vaina.

La campana replicó seis veces... *Ton... ton... ton... ton... ton... ton...* Era la hora del *angelus* en el nuevo mundo de los cristianos. Hernán Cortés iba subiendo las ciento catorce gradas del Templo Mayor de Tenochtitlan. Una grada, otra grada, hasta llegar a la cima. Vestía sencillamente. No portaba espada, solamente una daga ceñida del cinturón ancho de cuero. La ciudad todavía lanzaba humo después de los incendios. Cuadrillas de esclavos regaban cal por todos los lugares. En lo sitios donde antes había templos, ahora había piedras tiradas a los lados. Allá al norte, al sur, al este, al oeste, ardían las piras con los cuerpos sacados de las aguas del lago. Los esclavos regaron tanta cal que la ciudad parecía blanca, pintada de blanco, vestida de blanco. Blanca. Al otro lado, por los rumbos de Texcoco, una neblina pálida empezó a deslizarse tenuemente, como una serpiente enorme de muchas cabezas, ocultando los tulares. Filas de esclavos salían de la ciudad por los senderos de Cuepopa, Moyotlan, Teopan, Aztacalco. Ya terminaron su nuevo trabajo, vivir junto a las piedras, sobre las piedras, debajo de las piedras. Mujeres con la cabeza, las manos y el

rostro cubiertos
de ceniza, deambulaban por los escombros. Buscaban. Nadie sabía lo que buscaban.

Los ojos de Hernán Cortés recorrieron la ciudad. Todo era desolación. Todo era tristeza. Con brincos de chapulín, la muerte había venido a dormir sobre la ciudad. Abajo, en la explanada del Recinto Mayor, los capitanes de Castilla y Aragón lo esperaban. El tesorero Alderete llegó presuroso en su caballo tordo, descendió de un brinco y se acercó al grupo. Indagó por el señor Justicia Mayor, y Pedro de Alvarado lo señaló para arriba. Alderete vio una sombra oscura que se dibujaba sobre la tenue claridad. Iba a subir, pero fue detenido por el capitán Alvarado.

—Tengo que informar... Cuauhtémoc resiste confesar dónde escondió el oro y si continuamos la tortura, morirá.

—No subáis… Dejadle… Él quiere estar solo.

Alderete volvió a ver la figura que se desvanecía en la noche y escuchó una voz.

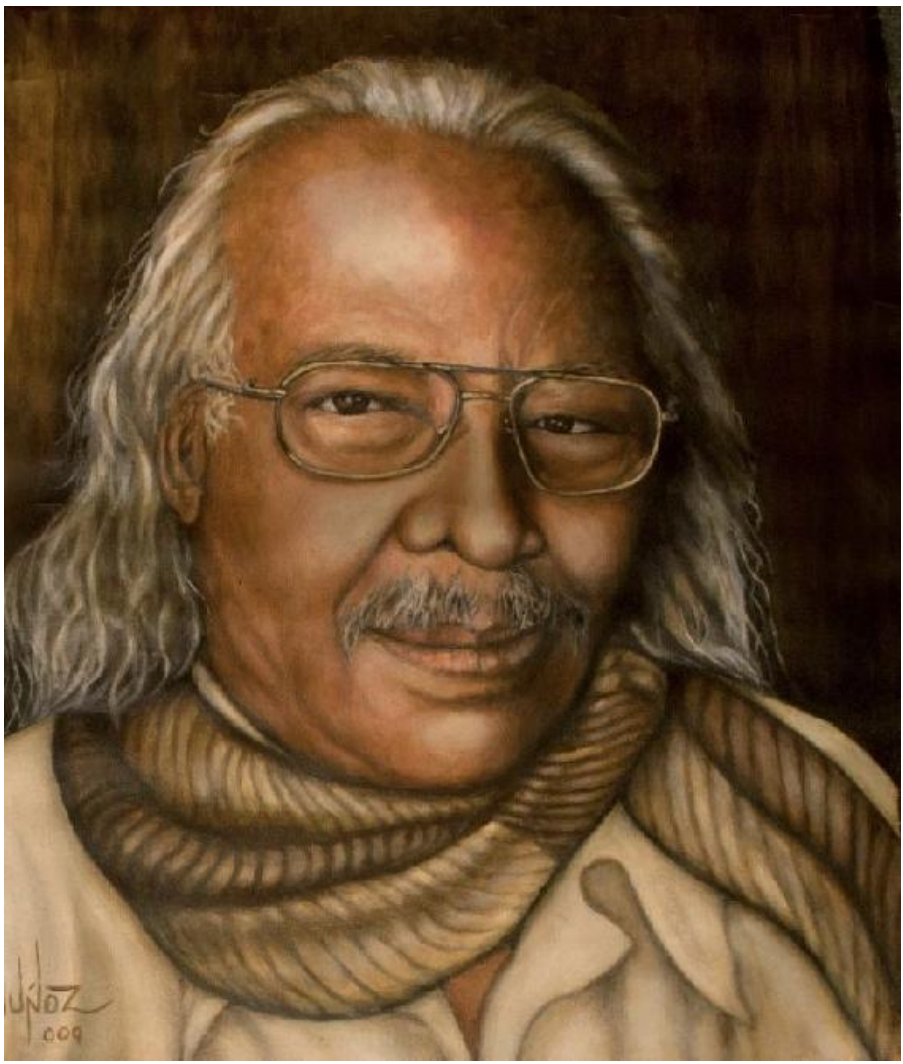
—¡Ya siempre estará solo!

La campana dejó de sonar, era la hora del perro. La silueta de Hernán Cortés se movió para distinguir, a lo lejos, cómo el sol iba cayendo… cayendo. Su sombra, al fin, se diluyó en la oscuridad de la noche; Hernán Cortés, a quien Matla quería vender en el tianquiztli de Acolman, el mercado de los perros.

Fairfield Way,
San Francisco, California 12 de octubre de 1984

About The Author

José León Sánchez



Nació, el 29 de abril de 1929, en Cucaracho de Río Cuarto (Costa Rica). Ha compartido el drama de grandes hombres de la humanidad y escritores, como Nelson Mandela, Mahatma Gandhi, Miguel de Cervantes, Fiódor Dostoievski, entre otros, de estar privado de libertad. Su paso por la cárcel fue un fiel testimonio de su inocencia, pero sobre todo de su gran espíritu de solidaridad y humanismo, pues estando en el presidio fundó el primer periódico, la primera escuela

penitenciaria, escribe el primer texto de enseñanza para reos, funda la primera biblioteca con el patrocinio de la Universidad de Kansas; funda también la primera orquesta penitenciaria y el primer Banco de Sangre de Costa Rica. Así mismo, demostró, mediante el uso de su arma más importante, la escritura, la inocencia de tres reos condenados por un crimen que no cometieron.

En 1963 ganó, el premio Juegos Florales, con el cuento El poeta, el niño y el río, que se le otorgó en el Teatro Nacional, en una silla vacía, con un ramo de rosas. Poco tiempo después ganó un premio internacional de literatura con su obra Cuando canta el caracol, en el Festival de Artes y Letras de la República de Guatemala.

Con el apoyo de la Universidad de Buenos Aires (Argentina), estudia Derecho y el periódico El Clarín destaca, en una edición especial, una entrevista al reo.

De su obra sobresalen: Cuando nos alcanza el ayer, La Cattleya Negra, Cuando canta el caracol, Campanas para llamar al viento, Mujer... aún la noche es joven, Tortura: el crimen de Colima, A la izquierda del sol y su novela más reciente Al florecer las rosas madrugaron, que es una biografía novelada de Chavela Vargas. El cuento La niña que vino de la luna fue traducido por la UNICEF a más de 100 idiomas. Su novela La isla de los hombres solos, que es un documento histórico, es un "best seller" y un "long seller", desde hace más de 50 años y ha vendido más de dos millones de ejemplares en tapa blanda.

Ha recibido múltiples reconocimientos, entre los que cabe destacar que ha sido cinco veces Premio Nacional de Literatura (Costa Rica); en el año 2017 se le distinguió con el máximo galardón de la cultura costarricense como lo es el Premio Nacional de Cultura (Magón); la Universidad Autónoma de México (UNAM) y la Barra Interamericana de Abogados A.C. (México) le otorgaron el Doctorado Honoris Causa; en 2018 recibió, en la Ciudad de México, el Premio Nelson Mandela, por su labor humanista y el importante legado literario en favor del arte y una cultura de paz; la Asociación de Escritores de México lo distinguió con el Premio Cuauhtémoc en Literatura.

Es miembro de la Comisión Mundial de Tratamiento del Delincuente de la Organización de las Naciones Unidas (ONU).

Tenochtitlan. La última batalla de los aztecas, el libro que usted tiene en su pantalla, ha vendido más de millón y medio de ejemplares en el formato de tapa blanda y ha sido publicado, además del español, que

es el idioma original, en alemán, ruso y mandarín.